STAR WARS®

DARTH PLAGUEIS



JAMES LUCENO

AUTOR DE ÉXITOS DE VENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

DE JAMES LUCENO

La serie ROBOTECH
(como Jack McKinney, con Brian Daley)

La serie BLACK HOLE TRAVEL AGENCY
(como Jack McKinney, con Brian Daley)
A Fearful Symmetry
Illegal Alien
The Big Empty
Kaduna Memories

THE YOUNG INDIANA JONES CHRONICLES
The Mata Hari Affair
The Shadow
The Mask of Zorro
Rio Passion
Rainchaser
Rock Bottom

Star Wars: Velo de Traiciones

Star Wars: Darth Maul: Saboteador (eBook)

Star Wars: La Nueva Orden Jedi: Agentes del Caos I: La Prueba del Héroe

Star Wars: La Nueva Orden Jedi: Agentes del Caos II: Eclipse Jedi

Star Wars: La Nueva Orden Jedi: La Fuerza Unificadora

Star Wars: El Laberinto del Mal

Star Wars: Darth Vader: El Señor Oscuro

Star Wars: Halcón Milenario

Star Wars: Darth Plagueis

STAR WARS®

DARTH PLAGUEIS

JAMES LUCENO

STAR WARS®

DARTH PLAGUEIS

JAMES LUCENO


Ballantine Books • New York


Título original: *Star Wars: Darth Plagueis*

Corrección: Eva Skywalker

Maquetación de portadas e ilustraciones: Hass_Dardo

Star Wars: Darth Plagueis es un trabajo de ficción. Los nombres, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o están usados de manera ficticia.

Publicado en los Estados Unidos por Del Rey, una marca de The Random House Publishing Group, una división de Random House, Inc., Nueva York.

ISBN 978-0-345-53255-8

Impreso en los Estados Unidos de América.

www.starwars.com

www.delreybooks.com

9 8 7 6 5 4 3 2 1

Primera Edición

Arte de la cubierta: Torstein Nordstrand

Declaración

http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/

En el foro de Star Wars Radio Net:

http://foro.swradionet.com/index.php

O en el foro de Star Wars Total:

http://www.starwarstotal.org/holored/index.php

¡Que la Fuerza os acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Howard Roffman, cuya inteligencia, perspicacia crítica
y dirección firme ayudaron a dar forma a esta historia.

La Línea Temporal de las Novelas de STAR WARS



LA ANTIGUA REPÚBLICA
5000-33 AÑOS ANTES DE
STAR WARS: Una Nueva Esperanza

Lost Tribe of the Sith*
- Precipice
- Skyborn
- Paragon
- Savior
- Purgatory
- Sentinel

3954 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

La Antigua República: Revan

3650 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

The Old Republic: Deceived

Lost Tribe of the Sith*
- Prantheon
- Secrets

Red Harvest

The Old Republic: Fatal Alliance

1032 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Knight Errant

Darth Bane: Sendero de Destrucción***
Darth Bane: Rule of Two
Darth Bane: Dynasty of Evil

67 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Darth Plagueis



ALZAMIENTO DEL IMPERIO
33-0 AÑOS ANTES DE
STAR WARS: Una Nueva Esperanza

Darth Maul:Saboteador*
Velo de Traiciones
Darth Maul: Cazador de las Tinieblas

32 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

***STAR WARS* : EPISODIO I**
LA AMENAZA FANTASMA

Planeta Misterioso
Vuelo de Expansión
La Llegada de la Tormenta

22 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

***STAR WARS:* EPISODIO II**
EL ATAQUE DE LOS CLONES

22-19 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

The Clone Wars
The Clone Wars: Espacio Salvaje
The Clone Wars: No Prisoners

Clone Wars Gambit
- Stealth
- Siege

Republic Commando
- Contacto Hostil***
- Ttiple Zero
- True Colors
- Order 66

Punto de Ruptura
Traición en Cestus
La Colmena *
MedStar I: Médicos de Guerra
MedStar II: Curandera Jedi
La Prueba del Jedi
Yoda: Encuentro Oscuro
El Laberinto del Mal

19 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

***STAR WARS:* EPISODIO III**
LA VENGANZA DE LOS SITH

Darth Vader: El Señor Oscuro
Imperial Commando 501st

Noches de Coruscant
- Crepúsculo Jedi
- Calle de Sombras
- Patrones de Fuerza***

La Trilogía de Han Solo
- La Trampa del Paraiso
- La Maniobra Hutt
- Amanecer Rebelde

Las Aventuras de Lando Calrissian
- Lando Calrissian y el Arpa Mental de los Sharu
- Lando Calrissian and the Flamewind of Oseon
- Lando Calrissian and the Starcave of ThonBoka

El Poder de la Fuerza

The Han Solo Adventures
- Más Allá de las Estrellas
- La Venganza de Han Solo
- Han Solo y el Legado Perdido

Las Tropas de la Muerte
The Force Unleashed II

* Ebook
** Próximo lanzamiento
*** En proceso de traducción



LA REBELIÓN
0-5 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Death Star
Shadow Games

0

STAR WARS: EPISODIO IV
UNA NUEVA ESPERANZA

Relatos de la Cantina de Mos Eisley
Lealtad ***
Choices of One
Galaxies: The Ruin of Dantooine
El Ojo de la Mente

3 ***AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza***

STAR WARS: EPISODIO V
EL IMPERIO CONTRAATACA

Tales of the Bounty Hunters
Sombras del Imperio

4 ***AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza***

STAR WARS: EPISODIO VI
EL RETORNO DEL JEDI

Tales from Jabba's Palace
Tales from the Empire
Tales from the New Republic

The Bounty Hunter Wars

The Mandalorian Armor
Slave Ship
Hard Merchandise

La Tregua de Bakura
Luke Skywalker y las Sombras de Mindor ***



LA NUEVA REPÚBLICA
5-25 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Ala-X

El Escuadrón Rebelde
La Apuesta de Wedge
La Trampa del Krytos
La Guerra del Bacta
Wraith Squadron
Iron Fist
Solo Command

El Cortejo de la Princesa Leia
A Forest Apart *
El Fantasma de Tatooine ***

La Trilogía de Thrawn

Heredero del Imperio
El Resurgir de la Fuerza Oscura
La Última Orden

X-Wing: Isard's Revenge

La Trilogía de la Academia Jedi

La Búsqueda del Jedi
El Discípulo de la Fuerza Oscura
Campeones de la Fuerza

Yo, Jedi ***
Los Hijos de los Jedi
Espada Oscura
Planeta de Penumbra
X-Wing: Starfighters of Adumar
La Estrella de Cristal

La Trilogía de la Flota Negra

Antes de la Tormenta
Escudo de Mentiras
La Prueba del Tirano

La Trilogía de Corellia

Emboscada en Corellia
Ofensiva en Selonia
Ajuste de Cuentas en Centralia

Duología de la Mano de Thrawn

Espectro del Pasado
Visión del Futuro

Pacto Subrepticio *
Survirvor's Quest

* Ebook
** Próximo lanzamiento
*** En proceso de traducción

La Línea Temporal de las Novelas de STAR WARS



LA NUEVA ORDEN JEDI
25-40 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Boba Fett: A Practical Man *

La Nueva Orden Jedi

Vector Prime
Marea Oscura I: Ofensiva
Marea Oscura II: Desastre
Agentes del Caos I: La Prueba del Héroe
Agentes del Caos II: Eclipse Jedi
Punto de Equilibrio
Recuperación *
Al Filo de la Victoria I: Conquista
Al Filo de la Victoria II: Renacimiento
Estrella a Estrella
Viaje a la Oscuridad
Tras las Líneas Enemigas I: Sueño Rebelde
Tras las Líneas Enemigas II: Resistencia Rebelde
Traidor
Los Caminos del Destino
Ylesia *
Hereje en la Fuerza I: Remanente
Hereje en la Fuerza II: Refugiado
Hereje en la Fuerza III: Reunión
La Profecía Final
La Fuerza Unificadora

35 ***AÑOS DESPUÉS DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza***

Trilogía del Nido Oscuro

El Rey Unido
La Reina Invisible
La Guerra del Enjambre



LEGADO
+40 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

El Legado de la Fuerza

Traición
Linajes
Tempestad
Exilio
Sacrificio
Infierno
Furia
Revelación ***
Invencible ***

Contracorriente ***
Marea Viva ***

Halcón Milenario

43 ***AÑOS DESPUÉS DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza***

El Destino de los Jedi

Desterrado
Presagio
Abismo ***
Repercusión ***
Aliados ***
Vórtice ***
Condena ***
Ascensión ***
Apocalipsis ***

* Ebook
** Próximo lanzamiento
*** En proceso de traducción

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

STAR WARS®

DARTH PLAGUEIS

JAMES LUCENO

 Ballantine Books • New York 

PRÓLOGO

Un estremecimiento recorrió el planeta.

Originado por la muerte, se liberó en una poderosa oleada, simultáneamente enterrándose profundamente en el núcleo del planeta y radiando a través de su atmósfera azucarada para estremecer a las propias estrellas. En el epicentro del terremoto estaba Sidious, con una mano elegante apoyada sobre el alfeizar bruñido de una enorme translucidez, un recipiente lleno de repente hasta rebosar, con la Fuerza tan fuerte en su interior que temió que podría desaparecer dentro de ella, para no volver nunca. Pero el momento no constituyó un final tanto como un nuevo comienzo, largamente demorado. Era menos una transformación que una intensificación: un cambio gravitacional.

Una confusión de voces, lejanas y cercanas, presentes y de eones pasados, ahogando sus pensamientos. Alzadas por las alabanzas, las voces proclamaron su reinado y aclamaron la inauguración de un nuevo orden. Con los ojos amarillos elevados hacia el cielo nocturno, él vio centellear las titilantes estrellas y en lo más profundo de su ser sintió el poder del lado oscuro ungiéndole.

Lentamente, casi a desgana, volvió en sí mismo, con su mirada posándose sobre sus pulcras manos. Volvió al presente, tomó nota de su respiración rápida, mientras que detrás de él la sala se esforzaba por restaurar el orden. Los purificadores de aire zumbaban, con los costosos tapices de las paredes ondulando en la brisa creada. Las alfombras caras sellaban sus fibras contra la cobertura de líquidos de-

rramados. El droide se movía en un conflicto obvio. Sidious pivotó para ver el desastre: muebles antiguos volcados y obras de arte enmarcadas torcidas. Como si un torbellino hubiera pasado por allí. Y bocabajo en el suelo descansaba una estatua de Yanjon, uno de los cuatro sabios promulgadores de la ley de Dwartii.

Una pieza que Sidious había codiciado secretamente.

También tendido allí, Plagueis: con sus delgados miembros extendidos y su larga cabeza girada hacia un lado. Vestido de gala, como para pasar una noche en la ciudad.

Y ahora estaba muerto.

¿O no lo estaba?

La inseguridad onduló a través de Sidious, con la rabia volviendo a sus ojos. ¿Un estremecimiento que había creado él mismo o una advertencia?

¿Era posible que el astuto muun le hubiera engañado? ¿Había desentrañado Plagueis la clave de la inmortalidad y había sobrevivido después de todo? No importaba que eso constituyera un movimiento insignificante para alguien tan sabio, para alguien que había declarado que colocaba al Gran Plan por encima de todo lo demás. ¿Se había vuelto Plagueis tan atrapado en una red de celos y posesividad tejida por él mismo, víctima de su propia creación, de sus propias debilidades?

Si no hubiera estado preocupado por su propia seguridad, Sidious podría haber sentido pena por él.

Teniendo cuidado al aproximarse al cadáver de su antiguo Maestro, llamó a la Fuerza para darle la vuelta al viejo muun. Desde aquel ángulo Plagueis casi tenía el mismo aspecto que cuando Sidious le vio por primera vez, décadas antes: un cráneo suave y sin pelo, una nariz arqueada, con el puente aplastado por un golpe de bola-choque y su punta afilada presionada casi contra su labio superior, una mandíbula inferior prominente y ojos hundidos que todavía estaban llenos de amenaza, una característica física que se encontraba raramente en un muun. Pero por otra parte, Plagueis nunca había sido un muun ordinario, ni un ser ordinario de ninguna clase.

Sidious tuvo cuidado, todavía abriéndose a la Fuerza. En una ins-

pección más de cerca, vio que la piel ya cianótica de Plagueis se estaba suavizando, con sus rasgos relajándose.

Débilmente consciente del zumbido de los purificadores de aire y de los sonidos del mundo exterior que se infiltraban en la lujosa suite, continuó la vigilia. Entonces, con alivio, se puso en pie en toda su altura y dejó escapar el aliento. Esto no era un truco Sith. Ni una pose de fingimiento de la muerte, sino la de alguien que sucumbía a su frío abrazo. El ser que le había guiado hasta el poder estaba muerto.

Una irónica diversión estrechó sus ojos.

El muun podría haber vivido otros cien años sin igual. Podría haber vivido eternamente de haber tenido éxito completamente en su búsqueda. Pero al final, aunque podía salvar a otros de la muerte, había fallado en salvarse a sí mismo.

Una sensación de realización suprema hinchó el pecho de Sidious y sus pensamientos se liberaron.

Bueno, entonces, eso no fue ni de cerca tan malo como pensamos que podría ser…

Los sucesos raramente se desarrollaban como se imaginaban, en cualquier caso. El orden de los sucesos futuros era efímero. Del mismo modo que el pasado se reconfiguraba por la memoria selectiva, los sucesos futuros también eran objetivos móviles. Uno sólo podía actuar por instinto, agarrarse a un pretendido momento perfecto y lanzarse a la acción. Un segundo tarde y el universo se habría recompuesto a sí mismo, sin que ninguna imposición de la voluntad fuera suficiente para evitar las corrientes. Uno sólo podía observar y reaccionar. La sorpresa era el elemento ausente de cualquier tabla periódica. Un elemento clave. Un ingrediente perdido. Los medios por los que la Fuerza se solazaba a sí misma. Un recordatorio para todos los seres inteligentes de que algunos secretos nunca se podrían desentrañar.

Confiado en que la voluntad del lado oscuro se había cumplido, volvió a la pared del ventanal de la suite.

Dos seres en una galaxia de incontables trillones, pero lo que había ocurrido en la suite afectaría a las vidas de todos ellos. A la galaxia ya le había dado forma el nacimiento de uno y de ahora en adelante se le volvería a dar forma por la muerte de otro. ¿Pero se había

sentido el cambio y había sido reconocido en otra parte? ¿Eran conscientes sus enemigos jurados de que la Fuerza había cambiado irrevocablemente? ¿Sería suficiente para despertarles de su autorrectitud? Esperaba que no. Porque ahora el trabajo de la venganza podía empezar en serio.

Sus ojos buscaron y encontraron una constelación ascendente de estrellas, una de poder y consecuencia nueva para el cielo, aunque pronto sería derrocada por la primera luz del amanecer. Abajo en el cielo sobre las tierras planas, visible sólo para aquellos que sabían dónde y cómo mirar, esta iniciaba un remarcado futuro. Para algunos las estrellas y los planetas podrían estar moviéndose como siempre, destinados a alinearse en configuraciones calculadas mucho antes de sus ardientes nacimientos. Pero de hecho los cielos se habían perturbado, llevados por la materia oscura hacia nuevas alineaciones. En su boca, Sidious saboreó el sabor de la sangre. En su pecho, sintió que el monstruo se alzaba, emergiendo de las profundidades sombrías y desfigurando su aspecto hasta convertirse en algo temible justo antes de revelarse al mundo.

El lado oscuro le había convertido en su propiedad y ahora él convertiría al lado oscuro en la suya.

Sin aliento, no por el esfuerzo sino por la repentina *inspiración* de poder, soltó el alfeizar y permitió que el monstruo se retorciera a través de su cuerpo como una bestia salvaje de las montañas o la pradera.

¿Había sido la Fuerza jamás tan fuerte en alguien?

Sidious nunca había sabido cómo había encontrado su fin el propio Maestro de Plagueis. ¿Había muerto a manos de Plagueis? ¿Había experimentado también Plagueis una euforia similar al convertirse en el único Señor Sith? ¿Se había elevado la bestia del final de los tiempos hasta la cima del mundo que iba a habitar, sabiendo que su liberación era inminente?

Elevó su mirada hacia la eclíptica. Las respuestas estaban allí fuera, codificadas en la luz, corriendo a través del espacio y el tiempo. Con el fuego líquido recorriéndole y con visiones del pasado y el futuro pasando rápidamente a través de su mente, se abrió a la galaxia reconfigurada, como en un esfuerzo por deshojar las décadas…

PRIMERA PARTE:
Reclutamiento

67-65 Años Antes de la Batalla de Yavin

1. EL INFRAMUNDO

Cuarenta y siete años estándar antes del terrible reinado del emperador Palpatine, Bal'demnic no era nada más que un planeta embrionario en el sector Auril del Borde Exterior, poblado por reptiles inteligentes que expresaban poca tolerancia por los extranjeros como la que expresaban los unos por los otros. Décadas más tarde el planeta tendría un papel que jugar en los sucesos galácticos, su propio guiño de notoriedad histórica, pero en aquellos años de formación que presagiaban el desliz ineludible de la República hacia la decadencia y la agitación, Bal'demnic era de interés únicamente para los xenobiólogos y los cartógrafos. Podría incluso haber escapado a la observación de Darth Plagueis, para quien los planetas remotos tenían un atractivo especial, de no haber descubierto su Maestro, Tenebrous, algo especial sobre el planeta.

—Darth Bane apreciaría nuestros esfuerzos —le estaba diciendo el Maestro Sith a su aprendiz mientras estaban el uno junto al otro en la cueva cristalina que les había traído a través de las estrellas.

Un bith, Tenebrous era tan alto como Plagueis y casi tan cadavéricamente delgado. Para los ojos humanos, su complexión malhumorada podría haberle hecho parecer tan macilento como el pálido muun, pero ambos seres tenían de hecho una salud robusta. Aunque conversaban en básico, cada uno hablaba fluidamente el idioma nativo del otro.

—Los primeros años de Darth Bane —dijo Plagueis a través de su

máscaras transpiradora—. Continuando con los asuntos ancestrales, por así decirlo.

Tras la placa facial de su propia máscara, los labios arrugados de Tenebrous se crisparon con desaprobación. El aparato respiratorio parecía absurdamente pequeño en su enorme cabeza hendida y la convexidad de la máscara hacía que los discos planos de sus ojos sin párpado parecieran como agujeros muy juntos en una cara comprimida.

—Los años trascendentales de Bane —le corrigió.

Plagueis resistió la suave reprimenda. Había sido el aprendiz de Tenebrous durante tantos años como podía vivir un humano medio y todavía Tenebrous no dejaba de encontrar fallos cuando podía.

—¿Qué modo más apropiado para nosotros de cerrar el círculo que al imitar los esfuerzos trascendentales del Sith'ari? —continuó Tenebrous—. Nos entretejemos en la base del tapiz que él creó.

Plagueis se guardó sus pensamientos para sí mismo. El apropiadamente llamado Darth Bane, que había redefinido los Sith al limitar su número y operar ocultos, había extraído cortosis de las minas en Apatros mucho antes de abrazar los dogmas del lado oscuro. En los mil años que habían pasado desde su muerte, Bane se había vuelto una deidad. Los poderes que se le atribuían, legendarios. ¿Y por supuesto qué lugar más apropiado para que sus discípulos completaran el círculo, se dijo a sí mismo Plagueis, que en profunda oscuridad , en el hondo interior de un acantilado que rodeaba una extensión azul del Mar del Norte de Bal'demnic?

Los dos Sith estaban vestidos con trajes ambientales que les protegían del calor abrasador y la atmósfera nociva. La cueva estaba atravesada por montones de cristales enormes que se parecían a lanzas brillantes clavadas en todas direcciones en un baúl trucado por un ilusionista. Un suceso sísmico reciente había inclinado el continente, vaciando el sistema laberíntico de cuevas de agua rica en minerales, pero la sala de magma que había mantenido las aguas hirviendo durante millones de años todavía calentaba el aire húmedo hasta temperaturas muy por encima de lo que incluso Tenebrous y Plagueis podían soportar sin ayuda. Muy cerca descansaba un treddroide encargado

de monitorizar el progreso de una sonda minera que estaba tomando muestras de una vena rica de mineral de cortosis en el fondo de un profundo pozo. Un mineral legendario, lo llamaban algunos, debido a su escasez, pero incluso más, por un habilidad intrínseca para disminuir la efectividad de los sables láser Jedi. Por esa razón, la Orden Jedi había ido hasta grandes extremos para restringir su extracción y refinamiento del mineral. Aunque no era el fin de la existencia de la Orden, la cortosis era una especie de irritación, un desafío para la reputación de temible invencibilidad de su arma.

Era mérito de Tenebrous que los Sith hubieran conocido las ricas vetas de Bal'demnic antes que los Jedi, quienes por medio de un acuerdo con el Senado de la República habían reclamado primero todos los descubrimientos, como lo habían hecho con los cristales de Adegan y los niños sensibles a la Fuerza de todas las especies. Pero Tenebrous y las generaciones de Maestro Sith que le habían precedido tenían conocimientos de datos encubiertos recabados por vastas redes de informantes de las que el Senado y los Jedi no sabían nada, incluyendo los equipos de exploración minera y los fabricantes de armas.

—Basándome en los datos que estoy recibiendo —entonó el treddroide—, el ochenta y dos por ciento del mineral se puede purificar para hacer escudos de cortosis de grado militar.

Plagueis miró a Tenebrous, que le devolvió un asentimiento de satisfacción.

—El porcentaje es consistente con lo que me dijeron que esperara.

—¿Quién, Maestro?

—Eso no tiene importancia —dijo Tenebrous.

Desperdigados por el túnel supercalentado había trocitos de taladradores rotos, gasificadores gastados y de máscaras de filtro atascadas, todos abandonados por el equipo de exploración que había abierto el pozo varios meses estándar antes. De la ancha boca del pozo salían los informes repetidos de los gatos hidráulicos del droide sonda. Música para los órganos auditivos de Tenebrous, Plagueis estaba seguro.

—¿No puedes compartir tus planes para este descubrimiento?

—A su debido tiempo, Darth Plagueis. —Tenebrous se dio la

vuelta para dirigirse al treddroide—. Instruye a la sonda que evalúe las propiedades de la veta secundaria.

Plagueis estudió la pantalla fijada a la cabeza plana del droide. Esta mostraba un mapa de los movimientos de la sonda y un análisis gráfico de sus penetrantes escáneres, que alcanzaban limpiamente hasta los límites superiores de la cámara de magma.

—La sonda está haciendo un análisis —actualizó el treddroide.

Con los sonidos alternos de los gatos hidráulicos de la sonda retumbando en la cueva de cristal, Tenebrous empezó a dar vueltas alrededor del pozo, sólo para detenerse repentinamente cuando la perforación cesó.

—¿Por qué ha parado? —preguntó antes de que pudiera hacerlo Plagueis.

La réplica del droide fue inmediata.

—La unidad Eme-Dos me informa de que ha descubierto una bolsa de gas directamente bajo el nuevo orificio de perforación. —El droide hizo una pausa y entonces añadió—: Siento informar, señores, de que el gas es una variante altamente combustible de lethano. La unidad Eme-Dos predice que el calor generado por sus gatos hidráulicos desencadenará una explosión de magnitud significativa.

La sospecha crepitó en la voz de Tenebrous.

—El informe original no hacía mención alguna de lethano.

El droide pivotó para mirarle de frente.

—No sé nada de eso, señor. Pero la unidad Eme-Dos es bastante insitente. Lo que es más, mi propia programación corrobora el hecho de que no es inusual encontrar bolsas de lethano en las proximidades del mineral de cortosis.

—Consúltale a la sonda sobre excavar alrededor de la bolsa de lethano —dijo Plagueis.

—La unidad Eme-Dos recomienda emplear esa misma estrategia, señor. ¿Le ordeno que proceda?

Plagueis miró a Tenebrous, que asintió.

—Encárgale a la sonda que proceda —dijo Plagueis. Cuando el martilleo comenzó de nuevo, fijó su mirada en la pantalla del monitor del progreso de la sonda—. Dile a la sonda que pare —dijo des-

pués de que hubiera pasado sólo un momento.

—¿Por qué estás interfiriendo? —dijo Tenebrous, lanzándose hacia delante.

Plagueis hizo un gesto hacia la pantalla.

—El mapa indica una concentración más grande de lethano en el área donde está perforando.

—Tiene usted razón, señor —dijo el droide con lo que equivalía a desaliento—. Le ordenaré a la unidad que detenga toda actividad.

Y sin embargo el martilleo continuó.

—Droide —espetó Plagueis, ¿aceptó la sonda tu orden?

—No, señor. El Eme-Dos no está respondiendo.

Tenebrous se tensó, evitando por poco golpearse la cabeza contra uno de los enormes cristales de la cueva.

—¿Está todavía dentro del alcance?

—Sí, señor.

—Entonces haz un diagnóstico de comunicaciones.

—Lo he hecho, señor, y todos los sistemas están nominales. La inhabilidad de la sonda para responder… —Guardó silencio brevemente y empezó de nuevo—. La negación de la unidad a responder parece ser deliberada.

—Desactívala —dijo Tenebrous—. Al instante.

El martilleo frenó y cesó eventualmente, pero no durante mucho tiempo.

—La unidad Eme-Dos ha anulado mi orden.

—Imposible —dijo Tenebrous.

—Claramente no, señor. De hecho, es altamente probable que la unidad esté ejecutando una subrutina profundamente arraigada que escapó a escrutinios anteriores.

Plagueis miró a Tenbrous.

—¿Quién adquirió la sonda?

—Este no es el momento para las preguntas. La sonda está a punto de romper la bolsa.

Acelerando hasta el borde del pozo circular, los dos Sith se quitaron los guantes y apuntaron sus manos desprotegidas de dedos largos hacia la negra oscuridad. Instantáneamente, marañas de energía eléc-

trica azul salieron de las yemas de sus dedos, lloviendo sobre el pozo de perforación. Parpadeando y arañando hacia el fondo, las poderosas descargas centellearon por el corredor lateral que la sonda había excavado. Sonidos crepitantes salieron de la abertura mucho después de que los Sith hubieran utilizado sus poderes.

Entonces los golpes repetitivos del martillo perforador empezaron una vez más.

—Es el mineral —dijo Tenebrous—. Hay demasiada resistencia aquí.

Plagueis sabía que se necesitaba hacer.

—Bajaré —dijo y estaba a punto de saltar en el pozo cuando Tenebrous le contuvo.

—Esto puede esperar. Vamos a volver a la gruta.

Plagueis dudó y entonces asintió.

—Como digas, Maestro.

Tenebrous se giró hacia el droide.

—Continúa con tus intentos de desactivar la unidad.

—Lo haré, señor. Para hacer eso, sin embargo, necesitaré permanecer aquí.

—¿Y qué pasa? —dijo Tenebrous, inclinando la cabeza hacia un lado.

—De fallar en mis esfuerzos, la explosión resultante con certeza resultará en mi destrucción.

Plagueis lo comprendió.

—Has sido útil, droide.

—Gracias, señor.

Tenebrous frunció el ceño.

—Malgastas tu aliento.

Casi derribado por la rapidez de la partida de Tenebrous, Plagueis tuvo que llamar profundamente a la Fuerza meramente para mantenerse en pie. Desandando el camino inclinado que habían tomado desde la gruta en la que su nave estelar esperaba, volaron por el túnel tachonado de cristales que habían elegido antes. Plagueis comprendió que una poderosa explosión era, quizás, inminente, pero estaba desconcertado por la arremetida casi loca de su Maestro hacia la su-

perficie. En el pasado Tenebrous raramente había manifestado señales de malestar, mucho menos de miedo. Así que, ¿qué peligro había sentido que le impulsaba con tal abandono? ¿Y cuándo, en el pasado, habían huido del peligro de cualquier clase? Salvaguardados por los poderes del lado oscuro, los Sith difícilmente podían temer la muerte cuando estaban aliados con ella. Plagueis se abrió con sus sentimientos en un intento de identificar la fuente del temor de Tenebrous, pero la Fuerza guardó silencio.

Diez metros delante de él, el bith se había agachado bajo un afloramiento escabroso. La prisa, sin embargo, le hizo levantarse demasiado rápidamente y su hombro izquierdo golpeó la roca dura, dejando una porción de su traje hecha trizas.

—Maestro, permíteme ir delante —dijo Plagueis cuando alcanzó a Tenebrous.

Era sólo ligeramente más ágil que el bith, pero tenía una visión nocturna mejor y un sentido de la dirección más agudo, sobre y por encima del que le daba la Fuerza.

Con su orgullo herido más que su hombro, Tenebrous rechazó la oferta con una agitación de la mano.

—Recuerda tu lugar.

Recuperando el equilibrio y la compostura, se alejó a toda prisa. Pero en una bifurcación del túnel, tomó la desviación equivocada.

—Por aquí, Maestro —le llamó Plagueis desde el otro corredor, pero se detuvo para dejarle ir primero.

Más cerca de la superficie los túneles se abrían en cavernas del tamaño de catedrales, pulidas y ahuecadas por el agua de lluvia que todavía surgía en ciertas estaciones del largo año de Bal'demic. En lagos de agua estancada nadaban varias especies de peces ciegos. Sobre sus cabezas, murcielhalcones hacían vuelos asustados desde los lugares donde dormían en el techo irregular. La luz natural en la lejana distancia impulsó a los dos Sith a correr hacia la gruta. Pero incluso así, llegaron un momento tarde.

La explosión de gas les alcanzó justo cuando estaban entrando en la cavidad llena de luz en la parte superior del acantilado. Desde las profundidades del túnel resonó un gemido chillón y electrónico y, al

mismo tiempo, casi como si el sistema de cuevas estuviera jadeando en busca de aliento, un viento abrasador bajó desde una perforación en el techo arqueado de la gruta a través de cual había entrado la nave. Una detonación ahogada pero que hizo elevarse al suelo le siguió. Luego una bola de fuego rodante que era la exhalación abrasadora del laberinto. Pasando a toda prisa por el túnel por el que acababan de salir y arreglándoselas de alguna manera para permanecer en pie, Tenebrous conjuró un escudo de la Fuerza con sus brazos que se agitaban, que se encontró con la bola de fuego y la contuvo, con miles de llameantes murcielhálcones girando dentro del tumulto como ascuas dispersadas por el viento.

A unos cuantos metros de distancia, Plagueis, lanzado bocabajo al suelo por la intensidad del estallido vaporizante, levantó la cabeza a tiempo para ver como la parte inferior del techo abovedado empezaba a lanzar enormes losas de roca. Directamente bajo las losas que se desplomaban descansaba su nave estelar.

—¡Maestro! —dijo, luchando por ponerse en pie con los brazos levantados en un intento por contener las rocas en mitad del aire.

Con sus propios brazos aun levantados en una postura de invocación de la Fuerza, Tenebrous se giró para reforzar el intento de Plagueis. Tras él, las llamas finales de la bola de fuego surgieron de la boca del túnel para lamerle la espalda y llevarle hasta un lugar más profundo en la gruta.

La cueva continuó sacudiéndose bajo sus pies, enviando ondas expansivas a través del techo resquebrajado. Las grietas se esparcían como una red desde el ojo, disparando derrumbamientos a través de la gruta. Plagueis oyó un sonido de rasgadura sobre su cabeza y miró zigzaguear a una grieta a través del techo , colapsando capa tras capa de piedra mientras seguía la pared curvada de la gruta.

Ahora, sin embargo, fue Tenebrous quien se había posicionado bajo la cascada.

Y en ese instante Plagueis percibió el peligro que Tenebrous había visto por anticipado antes: su muerte.

Su muerte a manos de Plagueis.

Mientras Tenebrous estaba preocupado sosteniendo en alto las lo-

sas que amenazaban con aplastar la nave, Plagueis se reorientó rápidamente, apuntando sus manos levantadas hacia las losas que se desplomaban sobre su Maestro y, con un movimiento hacia debajo de ambos brazos, los bajó tan rápidamente y con tanto impulso que Tenebrous fue enterrado casi antes de que comprendiera qué le había golpeado.

Con el polvo de la piedra arremolinándose a su alrededor, Plagueis se quedó anclado en su lugar mientras las losas enterraban también la nave estelar. Pero no pensó en ello. Su éxito al desplomar el techo sobre Tenebrous era prueba suficiente de que el bith se había vuelto torpe y prescindible. De lo contrario, habría adivinado la auténtica fuente del peligro que había sentido y sería Plagueis el que estaría presionado contra el suelo de la gruta, con la cabeza abierta como un huevo y la cavidad del pecho atravesada por la punta afilada de una estalactita caída.

A su carrera hasta el lado de Tenebrous le dio forma tanto la excitación como la charada.

—Maestro —dijo, haciendo una genuflexión y quitándose su respirador y a Tenebrous el suyo.

Sus manos movieron torpemente las piedras, eliminando algo del peso aplastante. Pero el único pulmón de Tenebrous estaba atravesado y la sangre hacía borbotones en su garganta. Harapientas rasgaduras en las mangas del traje ambiental revelaron esotéricas marcas corporales y tatuajes.

—Detente, aprendiz —se esforzó por decir Tenebrous—. Vas a necesitar toda tu fortaleza.

—Puedo traer ayuda. Hay tiempo…

—Me estoy muriendo, Darth Plagueis. Sólo hay tiempo para eso.

Plagueis le sostuvo la dolorida mirada al bith.

—Hice todo lo que pude, Maestro.

Tenebrous le interrumpió al instante.

—Ser fuerte en la Fuerza es una cosa. Pero creer que uno es todopoderoso es invitar a la catástrofe. Recuerda que incluso en el reino etéreo que habitamos, lo imprevisto puede suceder. —Una tos vacilante le silenció durante un momento—. Es mejor así, quizás, que pe-

recer a tus manos.

Como habría deseado Darth Bane, pensó Plagueis.

—¿Quién proporcionó la sonda minera, Maestro?

—Subtext —dijo Tenebrous con una voz débil—. Minería Subtext.

Plagueis asintió.

—Te vengaré.

Tenebrous inclinó su enorme cabeza aunque muy ligeramente.

—¿Sí?

—Por supuesto.

Si el bith estaba convencido, se lo guardó para sí mismo.

—Estás destinado a llevar el imperativo Sith a fruición, Plagueis —dijo en su lugar—. Recae sobre ti el poner a la Orden Jedi de rodillas y salvar al resto de los seres inteligentes de la galaxia de sí mismos.

Por fin, se dijo Plagueis a sí mismo, *el manto se confiere*.

—Pero necesito advertirte… —empezó a decir Tenebrous y guardó silencio abruptamente.

Plagueis pudo sentir la mente muy desarrollada del bith revisando los sucesos recientes, calculando las posibilidades y llegando a conclusiones.

—¿Advertirme de qué, Maestro?

Los ojos negros de Tenebrous brillaron con luz amarilla y su mano libre se agarró al aro del cuello del traje ambiental de Plagueis.

—¡Tú!

Plagueis arrancó la fina mano del bith de la tela y sonrió débilmente.

—Sí, Maestro, tu muerte viene según mis designios. Tú mismo dijiste que la perpetuación con propósito es el camino de la victoria y así es. Vete a la tumba sabiendo que eres el último de la vieja orden, la elogiada Regla de Dos, y que la nueva orden permanecerá durante mil años bajo mi control.

Tenebrous tosió hasta escupir saliva y sangre.

—Entonces por última vez, te llamo aprendiz. Y aplaudo tu uso habilidoso de la sorpresa y la desinformación. Tal vez estaba equivocado al pensar que no tenías estómago para ello.

—El lado oscuro me guió, Tenebrous. Lo sentiste, pero tu caren-

cia de fe en mí nubló tus pensamientos.

La cabeza del bith se movió arriba y abajo para mostrar su acuerdo.

—Incluso antes de que viniéramos a Bal'demnic.

—Y sin embargo vinimos.

—Porque estábamos destinados a hacerlo. —Tenebrous hizo una pausa y entonces habló con renovada urgencia—: ¡Pero espera! La nave…

—Aplastada, igual que tú.

La furia de Tenebrous apuñaló a Plagueis.

—¡Lo has arriesgado todo para deshacerte de mí! ¡El futuro entero de los Sith! ¡Mis instintos sobre ti demostraron ser correctos, después de todo!

Plagueis se inclinó para apartarse de él, indiferente, pero de hecho lleno de furia helada.

—Encontraré un camino a casa, Tenebrous, al igual que lo harás tú.

Y con un movimiento de su mano izquierda como si fuera a cortarle, le rompió el cuello al bith.

Tenebrous estaba paralizado e inconsciente pero todavía no estaba muerto. Plagueis no tenía interés en salvarle, incluso si fuera posible, pero estaba interesado en observar el comportamiento de los midiclorianos del bith cuando la vida disminuía. Los Jedi pensaban que los orgánulos eran simbióticos, pero para Plagueis los midiclorianos eran intrusos, creando interferencias con la Fuerza e interponiéndose en la habilidad de un ser para contactar directamente con la Fuerza. A través de años de experimentación y meditación directa, Plagueis había perfeccionado la habilidad de percibir las acciones de los midiclorianos, aunque todavía no tenía la habilidad de manipularlos.

Manipularlos, digamos, para prolongar la vida de Tenebrous.

Mirando al bith a través de la Fuerza, percibió que los midiclorianos ya estaban empezando a morirse, al igual que las neuronas que formaban el cerebro sublime de Tenebrous y las células musculares que alimentaban su una vez capaz corazón. Una equivocación común sostenía que los midiclorianos eran partículas que transmitían la Fuerza, cuando de hecho funcionaban más como traductores, como

interlocutores de la voluntad de la Fuerza. Plagueis consideró que su antigua fascinación por los orgánulos era tan natural como lo había sido la fijación de Tenebrous con darle forma al futuro. Donde la inteligencia bith estaba anclada en las matemáticas y la computación, la inteligencia muun estaba impulsada por una voluntad de sacar ganancias. Como muun, Plagueis veía su lealtad hacia la Fuerza como una inversión que podría, con el esfuerzo apropiado, maximizarse hasta producir gran rentabilidad. Fiel también a la psicología y la tradición muun, había pensado que las décadas acumulaban sus éxitos y ni siquiera una vez confió en Tenebrous.

Los moribundos midiclorianos del bith se estaban apagando, como luces privadas lentamente de una fuente de energía y sin embargo Plagueis todavía podía percibir a Tenebrous en la Fuerza. Un día tendría éxito en imponer sus voluntad sobre los midiclorianos para mantenerlos integrados. Pero tales especulaciones eran para otro momento. Justo ahora Tenebrous y todo lo que había sido en vida estaba más allá del alcance de Plagueis.

Se preguntó si los Jedi estaban subsumidos de forma similar. Incluso en vida, ¿se comportaban los midiclorianos en un Jedi como en un devoto del lado oscuro? ¿Se revitalizaban los orgánulos por impulsos diferentes, eran impulsados a llevar a cabo acciones por deseos diferentes? Se había encontrado con muchos Jedi durante su larga vida, pero nunca había hecho el intento de estudiar uno de la misma manera que evaluaba ahora a Tenebrous, por preocupación a revelar el poder de su alianza con el lado oscuro. Eso también podría tener que cambiar.

Tenebrous murió mientras Plagueis observaba.

En la época de Bane un Sith podría tener que guardarse contra un intento de transferencia de esencia por parte del difunto (un salto a la consciencia del Sith que sobrevivía), pero esos tiempos pasaron hacía mucho y no eran relevantes. No desde que las enseñanzas habían sido saboteadas y la técnica perdida.

El último Sith que poseyó el conocimiento había sido atraído inexplicablemente hacia el lado luminoso y había sido asesinado, llevándose con él el proceso secreto…

2: EL PAISAJE INTERIOR

Plagueis no estaba seguro de cuánto tiempo permaneció al lado de Tenebrous. Aunque fue lo suficiente como para cuando se levantara sus piernas se estaban estremeciendo y parte del polvo de la explosión se había asentado. Sólo cuando dio unos cuantos pasos hacia atrás comprendió que el suceso no le había dejado ileso. En algún momento, probablemente cuando estaba concentrado en el asesinato, una roca o algún otro proyectil le había hecho papilla un área grande de la parte inferior de su espalda y ahora la fina túnica que llevaba bajo el traje ambiental estaba saturada de sangre.

A pesar de los remolinos de polvo, tomó aire profundamente, provocando una puñalada de dolor de su caja torácica y una tos que arrojó sangre al aire caliente. Utilizando la Fuerza, se hizo insensible al dolor y le encargó a su cuerpo limitar el daño lo mejor que pudiera. Cuando la herida dejó de preocuparle, examinó la gruta, permaneciendo anclado en su lugar pero girando en un círculo completo. Cubriendo el suelo duro, los mulcielalcones heridos estaban piando por la angustia y haciendo círculos impulsándose con las garras. Muy por encima de él, un rayo de luz del día oblicuo y moteado de polvo manaba a través del gran ojo de la cúpula, sintió en sí mismo el resultado de un derrumbe anterior. Cerca del revoltijo de piedras que el derrumbe había apilado en el suelo de la gruta, descansaba la pequeña nave estelar de gran valor de Tenebrous (un diseño Rugess Nome) con la aleación de las alas y del morro plano sobresaliendo del mauso-

leo natural que la explosión había creado. Y finalmente, no a metros de distancia, yacía Tenebrous, similarmente enterrado.

Aproximándose a la nave, Plagueis examinó el daño que se había infligido en los panales del escudo deflector y de navegación, en los conductos de refrigeración, los sensores y las antenas.

Tenebrous con certeza habría sido capaz de realizar reparaciones en algunos de los componentes, pero para Plagueis era terreno desconocido, careciendo no sólo de los buenos conocimientos sobre motores del bith sino también de su conocimiento de los sistemas de la nave. Aunque única, una maravilla de la ingeniería, a la nave no se le podría seguir el rastro hasta Tenebrous, dado que el registro y el título estaban falsificados. Era posible que la baliza de rescate todavía funcionara, pero Plagueis se sentía poco inclinado a activarla. Habían llegado a Bal'demnic en secreto y pretendía marcharse de igual manera.

¿Pero cómo?

De nuevo entrecerró los ojos por la luz que entraba a través de la abertura. Ni siquiera su poder de la Fuerza era suficiente para llevarle desde el suelo hacia arriba a través del ojo que no parpadeaba de la gruta. Nada por debajo de una mochila cohete serviría y la nave no llevaba ninguna. Su mirada se movió desde el ojo hacia las paredes curvas de la gruta. Supuso que podría trepar a lo largo de la parte inferior arqueada de la cúpula y alcanzar la abertura, pero ahora vio un modo mejor.

Más aun, un modo de conseguir dos tareas al mismo tiempo.

Desde un punto a media distancia entre la nave y la pila de escombros bajo la abertura, se sumergió en la Fuerza y, con gestos no diferentes de los que Tenebrous y él había utilizado para detener el derrumbamiento del techo, empezó a levitar losas de la nave y a añadirlas al montón de escombros, deteniéndose únicamente cuando hubo dejado al descubierto la escotilla de la nave y tuvo confianza en que podía saltar con la Fuerza a través del hueco desde la parte superior de la pila aumentada.

Sin embargo, cuando intentó correr hacia la escotilla, descubrió que no se movería. Al final fue capaz de conseguir entrar en la cabina al

arremeter contra la cubierta de transpariacero con una serie de golpes de la Fuerza. Entrando a rastras, recogió su bolsa de viaje, que contenía un comunicador, su sable láser y una muda de ropa, entre otras cosas. También cogió el comunicador y el sable láser de Tenebrous y se aseguró de borrar la memoria del ordenador de navegación. Una vez fuera de la nave, se quitó el traje ambiental y la túnica llena de sangre, cambiándolos por unos pantalones negros, una camisa por fuera, botas ligeras y una capa con capucha. Fijando ambos sables láser a su cinturón, activó el comunicador y abrió un mapa de Bal'demic. Con pocos satélites en órbita, el planeta no tenía nada parecido a un sistema de posicionamiento global, pero el mapa le dijo a Plagueis todo lo que necesitaba saber sobre el área inmediata.

Le echó una mirada final a su alrededor. No era probable que un indígena tuviera razones para investigar la gruta y era incluso menos probable que otro visitante interestelar encontrara este lugar. Incluso así, pasó un momento mirando la escena objetivamente.

Una nave estelar costosa y digna de ser rescatada parcialmente aplastada. El cuerpo descompuesto de un viajero espacial bith. El resultado de un suceso explosivo…

La escena de un desafortunado accidente en una galaxia llena de ellos.

Satisfecho, Plagueis saltó a lo alto de la pila y luego atravesó el techo hacia lo que quedaba del día.

El calor radiado de la estrella principal de Bal'demnic le quemaba su piel expuesta y un viento de altamar agitó la capa. Hasta donde sus ojos podían ver hacia el oeste y el sur era una extensión de océano azul, encrespándose en blanco donde golpeaba la costa. Las colinas escabrosas y desnudas se desvanecían en la niebla marina.

Plagueis imaginó una época en la que el bosque había cubierto el terreno, antes de que los indígenas kon'me hubieran talado los árboles para conseguir materiales de construcción y madera para quemar. Ahora la vegetación que había sobrevivido estaba confinada a cañadas inclinadas que separaban las colinas marrones. Una belleza som-

bría. Quizás, pensó, había más por lo que recomendar el planeta que los depósitos de mineral de cortosis.

Un residente de Muunilinst durante la mayor parte de su vida adulta, Plagueis no era ajeno a los planetas oceánicos. Pero a diferencia de la mayoría de los muuns, también estaba acostumbrado a los remotos de baja tecnología, habiendo pasado su infancia y su adolescencia en un montón de planetas y lunas similares.

Con aquel hemisferio de Bal'demnic rotando rápidamente hacia la noche, el aire estaba aumentando en fuerza y la temperatura estaba cayendo. El mapa que había abierto en el comunicador mostraba que el espaciopuerto principal del planeta sólo estaba a unos cuantos cientos de kilómetros hacia el sur. Tenebrous había eludido intencionadamente el puerto cuando habían llegado a tierra, acercándose desde el casquete polar norte en vez de por el mar. Plagueis calculó que podría cubrir la distancia hasta el espaciopuerto a la tarde del día siguiente, lo que todavía le daría una semana estándar en la que volver a Muunilinst a tiempo para celebrar la Reunión en Sojourn.

Pero también sabía que la ruta le llevaría a través de áreas habitadas por la élite y los plebeyos de los kon'me. Así que determinó viajar por la noche para evitar el contacto con los fétidos y xenófobos reptiles inteligentes. Tenía poco sentido dejar un rastro de cadáveres.

Sujetándose la capa a la cintura, empezó a moverse, lentamente al principio y luego aumentando la velocidad, hasta que a cualquier ser que le estuviera viendo le habría parecido un borrón deslumbrante. Un demonio del polvo errante corriendo a través del terreno sin árboles. No había corrido mucho antes de se encontrara por casualidad con un sendero rudimentario, marcado en algunos lugares por las pisadas de los indígenas, y se detuvo a estudiarlas. Pies descalzos, kon'me de clases bajas habían dejado las pisadas, probablemente pescadores cuyas casas con tejados de paja salpicaban la orilla. Plagueis estimó el tamaño y el peso de los reptiles responsables de las huellas y estimó el tiempo que había transcurrido desde que habían pasado.

Poniéndose en pie, examinó las colinas marrón grisáceas y luego olisqueó el aire, deseando poseer incluso un toque de la precisión olfatoria de Tenebrous. Más adelante con seguridad se encontraría tam-

bién con la élite de los kon'me o, como mínimo, con sus casas de cúpulas en los costados de los acantilados.

La noche cayó mientras reanudaba su camino. El océano brillaba plateado bajo la luz de las estrellas y la flora, que florecía de noche, perfumaba el aire húmedo con aromas embriagadores. Los predadores de cualquier tamaño habían sido cazados hasta la extinción en los continentes de las islas del norte, pero las profundas grietas eran el hogar de incontables variedades de insectos voraces que se cernían sobre él en nubes mientras él se abría camino a través de la densa maleza. Bajar la temperatura de su cuerpo y ralentizar su respiración para alterar la mezcla de gases de sus exhalaciones hizo poco por disuadir a los insectos, así que después de un tiempo cesó todo intento de alejarlos y se rindió a su sed de sangre, la cual extrajeron libremente de su cara, cuello y manos.

Dejemos que devoren al viejo Plagueis, pensó.

En el bosque oscuro de aquel planeta remoto, con un viento salado silbando a través de los árboles y un sonido distante de olas parecido a un zumbido, él alzaría el vuelo desde el inframundo en el que los Sith habitaban. Despertado de un milenio de sueño lleno de significado, el poder del lado oscuro renacería y él, Plagueis, completaría el plan forjado hacía mucho.

Durante la noche corrió, escudándose dentro de una cueva vacía cuando la niebla de la noche se estaba desvaneciendo de las hondonadas.

Incluso tan temprano, los indígenas de escamas azules estaban en los alrededores, saliendo de sus chozas para lanzar las redes en el rompeolas o las barcas de remos hacia la zona del arrecife o las isletas cercanas. Lo mejor que pescaran se llevaría a las colinas para llenar las barrigas de los ricos, en los que descansaba la responsabilidad del futuro político y económico de Bal'demnic. Sus voces guturales se colaban en la cueva que a Plagueis le parecía como una tumba y pudo comprender algunas de las palabras que intercambiaban.

Intentó dormir, pero el sueño le eludió y él deploró el hecho de necesitarlo aun. Tenebrous nunca había dormido, pero entonces, pocos bith dormían.

Despierto en el opresivo calor, revisó los sucesos del día anterior, todavía de alguna manera sobrecogido por lo que había hecho. La Fuerza le había susurrado: *Tu momento ha llegado. Reclama tu derecho al lado oscuro. Actúa ahora y acaba con esto*. Pero la Fuerza sólo le había aconsejado. Ni había dictado sus acciones ni había guiado sus manos. Eso había sido sólo cosa suya. Sabía de sus viajes con y sin Tenebrous que no era el único practicante del lado oscuro (ni el único Sith ya puestos, dado que la galaxia estaba llena de aspirantes) pero ahora era el único Señor Sith descendiente de la línea de Bane. Un *auténtico* Sith, y esa comprensión avivó el poder desnudo que se retorcía en su interior.

Y sin embargo…

Cuando se abrió con la Fuerza pudo detectar la presencia de algo o algún ser de un poder casi igual.

¿Era el propio lado oscuro o meramente un vestigio de su inseguridad? Había leído las leyendas de Bane. Cómo había sido perseguido por las presencias persistentes de aquellos que había derrotado al instalar la Regla de Dos: un Maestro para encarnar el poder y un aprendiz para anhelarlo. Según se decía, Bane incluso había sido perseguido por los espíritus de Señores Sith que llevaban muertos generaciones cuyas tumbas y mausoleos había profanado en su ferviente búsqueda de holocrones y otros aparatos antiguos que ofrecían sabiduría y guía.

¿Era el espíritu de Tenebrous la fuente del poder que sentía? ¿Existía un breve periodo de supervivencia después de la muerte durante el cual un auténtico Sith podría continuar influenciando el mundo de los vivos?

Era como si la masa de la galaxia hubiera descendido sobre él. Un ser inferior podría haber levantado sus hombros, pero Plagueis, introducido en su tumba clandestina, se sentía tan ligero como lo habría estado en el espacio profundo.

Sobreviviría a cualquiera que le desafiara.

Horas después, cuando las voces se hubieron desvanecidos y el frenesí alimentario de los insectos hubo empezado de nuevo, el dolor

sacó a Plagueis de su sueño torturado. La túnica se había adherido a su carne hinchada como un vendaje de presión, pero la sangre había rezumado de la herida y había calado a través de la capa.

Deslizándose silenciosamente en la noche, cojeó hasta que hubo suprimido el dolor y entonces empezó a correr, con las gotitas del sudor evaporándose de su cabeza sin pelo y la capa oscura desplegándose tras él como un estandarte. Famélico, consideró atacar una de las casas locales y devorar los huevos de alguna kon'me de clase baja, o quizás alimentarse de la sangre de ella y de su pareja. Pero refrenó sus impulsos de causar terror, de su apetito por la destrucción, saciándose en su lugar de murciélagos y de los restos podridos de pescado que las olas habían empujado a la orilla. Corriendo a lo largo de la playa de arena negra, pasó a unos metros de casas construidas de bloques de piedras del arrecife fosilizado, pero sólo vio a un indígena, que, al haber dejado desnudo su choza para aliviarse, reaccionó como si hubiera visto una aparición. O en otro caso, con hilaridad ante la figura que debía haber presentado Plagueis con la capa y las botas. En los acantilados altos sobre la playa, brillaban luces artificiales, anunciando los hogares de la élite y la proximidad del espaciopuerto, cuyo brillo ambiental iluminaba un área amplia del litoral sur.

Con su destino cerca, cada ola del océano que llegaba reverberaba dentro de él, invocando una marea de energía del lado oscuro sin precedentes. Las líneas anudadas del tiempo se soltaron y él tuvo un destello del futuro de Bal'demnic. Involucrado en una guerra de múltiples frentes, una guerra galáctica, en parte debido a sus ricos depósitos de cortosis, pero más como una marioneta en un juego convulso, los serviles kon'me se volvían contra aquellos que les habían dominado durante eones…

Perdido en la ensoñación, Plagueis casi no se dio cuenta de que un enorme rompeolas seguía ahora la curva de la playa. Embarcaderos de piedra destacaban en una amplia bahía calmada y detrás la muralla de una ciudad subía hasta un grupo de circundantes colinas deforestadas. Kon'me de ambas clases estaban alrededor, pero diseminados entre ellos había extranjeros de muchas especies, la mayoría de sistemas estelares vecinos, pero algunos de lugares tan distantes como el

Núcleo. El espaciopuerto formaba las afueras más al sur de la ciudad, formado de cúmulos de edificios modulares, almacenes y hangares prefabricados y áreas de aterrizaje iluminadas para la carga y para las naves de pasajeros. Para un ser poco familiarizado con planetas aislados, un viaje a través del espaciopuerto le habría parecido cercano a un viaje en el tiempo, pero Plagueis se sentía en casa entre hoteles cochambrosos, cafés débilmente iluminados y cantinas mugrientas, donde el entretenimiento era caro y la vida barata. Levantándose la capucha de la capa sobre la cabeza, se mantuvo en las sombras, con su altura siendo suficiente por sí sola para atraer la atención. Con una seguridad poco estricta, fue capaz de circular entre las naves posadas sin dificultad. Ignoró las naves más pequeñas para viajes en el interior del sistema en favor de los cargueros de gran capacidad e incluso entonces sólo se fijó en aquellos que parecían estar en buenas condiciones. Muunilinst estaba a varios saltos de hiperespacio de distancia y sólo una nave con una adecuada capacidad de salto podría llevarle allí sin demasiado retraso.

Después de una hora de búsqueda encontró una de su gusto. Un producto de ingeniería del Núcleo, el carguero tenía que tener medio siglo, pero había sido bien mantenido y mejorado con grupos de sensores modernos y motores subespaciales. Que no llevara letrero sugería que el capitán de la nave no estaba interesado en que la nave se ganara un nombre propio. Más largo que ancho, LS-447-3 tenía una estrecha cola en abanico, una cabina bajo la boca y amplias puertas para la bahía de carga, que le permitían recoger una gran carga. Con el número del registro almacenado en su comunicador, Plagueis fue hacia el edificio de la autoridad del espaciopuerto. A aquella hora de la noche la estructura desvencijada estaba casi desierta, salvo por los dos guardias kon'me de ancho cuello que estaban durmiendo durante la guardia. Soltando el cierre de su capa para proporcionarse un rápido acceso a su sable láser, Plagueis pasó junto a ellos y desapareció a través de las puertas principales. La débil luz de las oficinas no ocupadas se derramaba en los pasillos oscuros. En el segundo piso encontró la oficina del registrador, que dominaba la mayor de las zonas de aterrizaje y la silenciosa bahía de más allá.

Un ordenador que había sido una antigüedad veinte años antes descansaba encima de un escritorio en una oficina privada más pequeña. Plagueis colocó su comunicador junto a la máquina y un instante después había entrado en la red de control del espaciopuerto. Una búsqueda sobre el carguero reveló que realmente tenía un nombre, el *Desolado*, y era de Ord Mantell. Programada para salir a la mañana siguiente, la nave con su tripulación de ocho, incluyendo a un droide, tenía rumbo a varios planetas en el sector Auril, llevando cargas de vida marina fresca. Según el manifiesto, la carga ya había pasado la aduana y estaba albergada en un hangar refrigerado esperando ser transferida a la nave. La buena noticia era que el último destino del *Desolado* era Ithor, en la parte más alejada de la Vía Hydiana. Por consiguiente, a un paso de Muunilinst podría no parecerle a la tripulación un desvío demasiado grande.

Plagueis abrió una imagen de la capitán del carguero, cuyo nombre resultó ser Ellin Lah. Abriéndose completamente a la Fuerza, estudió la imagen durante un largo momento. Entonces, exhalando lentamente, se puso en pie, borró toda evidencia de su intrusión tecnológica y devolvió el comunicador al bolsillo interior de su capa.

El *Desolado* había estado esperándole.

3: EL *DESOLADO*

Los instintos de Plagueis sobre Bal'demnic fueron correctos. La belleza escabrosa del planeta era de una clase que atraía al lado hedonista de la naturaleza humana y un día atraería a los más ricos de esa especie a tostarse en la cálida luz de su estrella principal, a pasear por sus arenas prístinas, a nadar en sus aguas animadas y a comer el sabroso pescado que llenaba sus vastos océanos.

Pero en aquellos días, los humanos todavía eran relativamente escasos en aquella parte del Borde Exterior y la mayoría de los visitantes de Bal'demnic provenían del espacio hutt o de los límites más lejanos de la Ruta de Comercio Perlemiana. Así la capitán Ellin Lah era togruta y su primer oficial, un zabrak llamado Maa Kaap. El piloto del *Desolado* era un balosar. Su navegante, un dresseliano. Y los tres miembros de su tripulación eran un klatooiniano, un kalesh y un aqualish, de la raza quara. Todos "casi humanos", para utilizar el término preferido de aquella época en el Núcleo, donde el chovinismo se había alzado hasta convertirse en una forma de arte. El único no sensible era un droide bípedo y de múltiples apéndices llamado "UnoUno-CuatroDé", por el número de modelo.

Bal'demnic no era sino uno de sus planetas frecuentados. Generalmente se les podía ver en Vestral, Sikkem IV o en la Locura de Carlix. Pero todos se parecían en que la capitán Lah y sus compañeros de nave raramente veían nada más de los planetas que lo que descansaba dentro de un radio de cinco kilómetros de los espaciopuertos principales y

sus contactos con indígenas se limitaba a los funcionarios del espaciopuerto, mercaderes, tratantes de información y aquellos que se dedicaban a las profesiones del placer.

El suyo era un negocio precario, en un tiempo en el que los piratas recorrían las rutas de comercio entre sistemas, los faros hiperespaciales eran pocos y muy distantes entre sí y un error de juicio podría resultar en desastre. El coste del combustible era exorbitante, los oficiales de aduanas corruptos tenían que ser sobornados y los impuestos de importación-exportación estaban sujetos a cambios sin previo aviso. Los retrasos significaban que las cargas de comida podían perder la frescura que las hacían deseables o, peor aun, echarse a perder completamente. Los peligros eran múltiples y las ganancias eran exiguas. Tenías que amar el trabajo o quizás estar huyendo (de la ley, de ti mismo o de quien fuera).

Como consecuencia de haber ingerido demasiado brebaje local y haberse jugado demasiados créditos ganados duramente, y quizás como expiación por demasiada juerga, la preocupación por el próximo viaje había subido hasta la superficie de la mente de la capitán Lah como un balón inflado mantenido bajo el agua y luego liberado.

—Nada de equivocaciones en este viaje —les estaba advirtiendo a la tripulación de un modo amable, mientras se abrían camino por la zona de aterrizaje hacia la nave que les esperaba.

El hecho de que hubiera utilizado el mismo eufemismo que tenía Blir' para minimizar el impacto de la casi catástrofe que había causado les hizo reír a todos, excepto al balosar, que bajó la cabeza con burlona vergüenza, con sus antenas oscureciéndose de color.

—Comprendemos lo que quieres decir, capitán —dijo Maa Kaap—. Nada de omisiones inoportunas…

—Ni errores irremediables —exclamó el kaleesh, PePe Rossh.

—Ni equivocaciones estúpidas —completó Doo Zuto, con su colmillos poco separados y curvados hacia dentro necesitando una limpieza exhaustiva.

La capitán les permitió un momento de jovialidad.

—Hablo en serio —dijo ella cuando se aproximaron a la rampa

de entrada bajada del *Desolado*—. Lo diré de nuevo: esta nave opera como una democracia. Soy vuestra capitán porque saber quién es bueno en qué es simplemente algo para lo que tengo talento—. Miró a Blir'—. ¿Alguna vez te digo cómo pilotar? —Y luego a Semasalli—. ¿Alguna vez cuestiono tu decisión sobre los puntos de salto?

—No, capitán —dijeron los dos, como si lo dijeran de memoria.

—Así que estoy hablando simplemente como un miembro de lo que debe ser un equipo competente y no como comandante. —Dejó escapar su aliento de un modo que estremeció su trío de colas cerebrales rayadas—. O sacamos beneficio de este viaje o pensamos en ir a los hutts a por otro préstamo.

Incluso Wandau, que había tenido más tratos con los hutts que ningún otro, se quejó ante la mera perspectiva.

—Exacto —le dijo Lah al alto klatooiniano—. Y que ninguno de vosotros se engañe a sí mismo pensando que podemos obtener un préstamo honesto. Porque ningún banco que valore sus activos va a aceptar al *Desolado* como aval.

Maa Kaap y Blir' intercambiaron miradas rápidas antes de que el zabrak hablara.

—Perdona por decirlo, capitán, pero no parecías particularmente preocupada por los créditos anoche…

—Vigila lo que dices —le dijo Lah a su primer oficial, apenas conteniendo una sonrisa.

—Pensé que estabas lista para darle la nave a esa cosita joven —dijo PePe, uniéndose a la broma.

Lah agitó una mano con desdén.

—Sólo estaba jugando con él.

—Donde *jugar* es la palabra clave —dijo Maa Kaap—. Dado que era lo bastante joven como para jugar con ellos.

La capitán plantó las manos en las caderas.

—Puedo ser convincente cuando quiero.

—Oh, y lo fuiste —dijo Zuto, reiniciando un coro de risas que les acompañó al espacio de la cabina principal del *Desolado*, donde 11-4D estaba esperando.

—¿Todo en orden? —le preguntó Lah al droide.

El droide levantó tres de sus apéndices en una aproximación a un saludo.

—En orden, capitán.

—¿Toda la carga está a bordo y justificada?

—A bordo y justificada, capitán.

—¿Comprobaste las lecturas térmicas?

—De cada bahía, capitán.

Ella le devolvió un asentimiento de cabeza satisfecho.

—Bien, de acuerdo entonces.

Los compañeros se separaron, cada uno con deberes que llevar a cabo. Blir' y Semasalli fueron a la cabina. Zuto, Wanday y PePe a comprobar que la carga hubiera sido cargada apropiadamente. Maa Kaap y 11-4D a sellar la nave. Y la capitán Lah fue a conseguir permiso del control del espaciopuerto de Bal'demnic.

Sin ostentación, la nave dejó detrás el cálido planeta y saltó desde el frío éter al infierno del hiperespacio. Lah todavía estaba sentada en la consola de comunicaciones cuando Blir' la llamó por radio desde la cabina.

—Necesitamos tus comentarios sobre algo.

—¿Desde cuándo? —dijo ella.

—En serio.

Ella se dirigió hacia delante y apenas se había agachado para entrar en la cabina cuando Semasalli señaló un indicador centelleante en el grupo de la pantalla de estado de la nave. Una pequeña placa de metal debajo del indicador decía: AMBIENTE DE LA BAHÍA DE CARGA 4.

—¿Demasiado caliente o demasiado fría? —le preguntó Lah al dresseliano.

—Demasiado fría.

Lah le dio un golpecito con su dedo índice al indicador, pero este continuó centelleando.

—Tiene gracia, eso normalmente funciona. —Estudió el fruncimiento de ceño de Semasalli—. ¿Qué opinas?

Él sorbió por la nariz y se pasó una mano por la cabeza sin pelo y profundamente hendida que igualaba el aspecto del cerebro convulso que contenía.

—Bueno, podría ser el termostato.

—¿O?

—¿O uno de los contenedores de transporte podría haberse abierto?

—¿Por sí solo?

—Tal vez durante el salto —dijo Blir' desde la silla del piloto.

—Vale, entonces vamos a comprobarlo. —Miró de Blir' a Semasalli y negó con la cabeza por su ignorancia—. ¿Qué es lo que no me estáis diciendo?

Blir' respondió por los dos.

—¿Te acuerdas del zabrak con el que Maa estaba hablando en la cantina?

—¿Qué cantina? —dijo Lah. Entonces añadió—: No, me acuerdo de él. Estaba buscando que le llevaran.

Semasalli asintió.

—Le habían echado de su último carguero. No dijo porqué, pero Maa pensaba que olía a problemas y dijo que no podíamos traerle a bordo.

Lah siguió las pistas que le estaban dando y asintió.

—Pensáis que tenemos un polizón.

—Sólo es una idea —dijo el dresseliano.

—Que es por lo que queríais consultarlo conmigo antes de ir atrás.

—Exactamente.

La cara de Lah casi se arrugó tanto como la de Semasalli.

—La nave nos lo habría dicho si alguien hubiera alterado el sistema antiintrusos.

—¿A menos que viniera con la carga? —dijo Blir'.

—¿Quieres decir dentro de uno de los contenedores?

Blir' asintió.

—Entonces estaría tan tieso como un témpano a estas alturas. —Lah se volvió hacia Semasalli—. ¿Tiene la bahía cuatro una conexión de video?

—En la pantalla —dijo Semasalli, girando su silla para mirar de frente a las pantallas de estado.

Lah puso las palmas de sus manos sobre la consola y se inclinó ha-

cia la pantalla mientras el dresseliano abrió imágenes granuladas de la bahía de carga. Finalmente la cámara remota encontró lo que estaban buscando: un contenedor de transporte abierto, envuelto en nubes de refrigerante, con la carga de costosas aletas de carne descongelándose ya.

—Engendro de… —empezó Lah cuando la siguiente imagen de la bahía de carga la aturdió hasta dejarla en silencio y con la boca abierta.

Blir' parpadeó repetidamente antes de preguntar.

—¿Es eso lo que creo que es?

Lah tragó con fuerza y encontró su voz.

—Bueno, con seguridad no es el zabrak.

Plagueis estaba sentado encima de los contenedores de transportes más pequeños cuando la escotilla empezó a completar el ciclo. Totalmente despierto desde el salto al hiperespacio del *Desolado*, había estado sentado quieto durante los varios escaneos que la tripulación habían hecho y ahora bajó la capucha de la capa ligera y ensangrentada. Cuando la escotilla se deslizó, se encontró confrontado por la capitán togruta femenina de la nave, junto con un musculoso hombre zabrak, un klatooiniano moteado tan alto como un muun normal, un aqualish de la variedad de dos ojos y un kaleesh de tono rojizo, de piel escamada, cuya cara se parecía a la de los murciélagos que Plagueis había consumido en Bal'demnic y que estaba emitiendo una mezcla de potentes feromonas. Los cinco llevaban armas láser, pero sólo la del klatooiniano estaba preparada para disparar y apuntada a Plagueis.

—No estás inscrito en el manifiesto de carga, extraño —dijo la capitán Lah mientras entraba en la bahía, con nubes de aliento emergiendo con las palabras.

Plagueis separó sus manos en un gesto inocente.

—Confieso ser un polizón, capitán.

Lah se aproximó cautelosamente, haciendo un gesto hacia el contenedor abierto a unos cuantos metros de distancia.

—¿Cómo sobreviviste ahí dentro?

Plagueis imitó el gesto de su mano.

—Aquellas criaturas marinas forman una cama cómoda.

El zabrak se inclinó hacia delante, con su cráneo punteado arrugado por la furia.

—Esas criaturas es como nos ganamos la vida, muun. Y justo ahora no valen ni un karkado crédito.

Plagueis cruzó la mirada con él.

—Me disculpo por arruinar parte de vuestra carga.

—El refrigerante —dijo Lah más severamente—. ¿Cómo sobreviviste a eso?

—Nosotros los muuns tenemos tres corazones —dijo Plagueis, cruzando una pierna sobre la otra—. Dos de ellos están bajo control voluntario, así que fui capaz de mantener circulando mi sangre y mantener la temperatura corporal cerca de lo normal.

—Hablando de sangre —dijo el quara, de pie junto al contenedor abierto—, estás perdiendo alguna.

Plagueis vio que algunas de las criaturas marinas estaban cubiertas con sangre congelada.

—El resultado de un desafortunado accidente. Pero gracias por darte cuenta.

Lah movió la mirada del contenedor a Plagueis.

—Tenemos un droide médico. Haré que le eche un vistazo a tu herida.

—Eso es muy amable de tu parte, capitán.

—Estás muy lejos de la Carrera Braxant —dijo el kaleesh—. Y probablemente eres de la última especie que esperaríamos encontrar escondiéndose en un contenedor de carga.

Plagueis asintió en acuerdo.

—Puedo imaginarlo bien.

—El Espaciopuerto Kon'meas tiene vuelos de pasajeros a Bimmisaari —añadió el zabrak—. ¿No podías esperar o te has quedado sin créditos?

—Para ser honestos, deseaba evitar los caminos espaciales comunes.

Lah y el zabrak intercambiaron miradas dudosas.

—¿Eres un fugitivo? —preguntó ella—. ¿Te buscan?

Plagueis negó con la cabeza.

—Sin embargo, valoro mi privacidad.

—Bien podrías —dijo el quara—. Pero tienes que admitir… —Hizo un gesto hacia las criaturas marinas ensangrentadas—… esto socava un tanto tu credibilidad.

—¿Qué te trajo a Bal'demnic, muun? —preguntó el klatooiniano antes de que Plagueis pudiera hablar.

—No estoy en libertad de divulgar la naturaleza de mis actividades.

—Inversiones del Clan Bancario —dijo el klatooiniano con una burla—. O como abogado. Eso es todo lo que hacen los muuns, capitán.

Lah evaluó a Plagueis.

—¿Tiene razón?

Plagueis se encogió de hombros.

—No todos nosotros somos banqueros o abogados. No más que todos los togrutas son pacifistas.

—Sería mejor para ti si *fueras* un mago financiero —dijo el zabrak—, para evitar que te echemos de nuestra nave.

Plagueis mantuvo los ojos fijos en Lah.

—Capitán, aprecio que usted y su tripulación tengan muchas preguntas sobre mí. Pero quizás, por el bien de la simplicidad, los dos podríamos hablar privadamente durante un momento. —Cuando ella dudó, él añadió—: Estrictamente por el interés de facilitar un acuerdo.

Lah miró a todo el mundo, luego apretó la mandíbula y asintió.

—No tardaré mucho —le dijo ella al zabrak cuando él salía de la bahía—. Pero mantened encendido los videos de todas maneras.

El zabrak le lanzó a Plagueis una mirada taladrante mientras hablaba.

—Si tardas mucho, volveremos bastante pronto.

Plagueis esperó hasta que Lah y él estuvieran solos.

—Gracias capitán.

Ella frunció el ceño.

—Ya basta de parloteo educado. ¿Quién eres y porque no dejaste Bal'demnic a bordo de fuera cual fuese la nave que te llevó allí?

Plagueis soltó un suspiro elaborado.

—Antes de que entremos en algo de eso, supongo que evaluaremos sinceramente la situación actual. Me he ocultado a bordo de su nave con la esperanza de concertar un pasaje rápido hacia Muunilinst. —Hablando en básico, Plagueis pronunció la palabra con la segunda *n* silenciosa—. Afortunadamente para los dos, estoy en posición de recompensarles bellamente por el transporte… y, por supuesto, cubriré el coste de cualquier carga preciosa que haya arruinado. Sólo necesita nombrar un precio razonable y el trato se puede concluir. Le aseguro, capitán, que soy un muun de palabra.

Los ojos de ella se estrecharon con recelo.

—Dejando a un lado tu identidad por el momento (ya sabes, las cosas importantes), tu actual pasaje es una cuestión que tendré que hablar con la tripulación.

Plagueis parpadeó con confusión genuina.

—No estoy seguro de entenderlo. Usted es la capitán del *Desolado*, ¿verdad?

—Somos iguales a bordo de esta nave —dijo Lah—. No tomo ninguna decisión importante sin al menos oír a todos, tanto si esas decisiones conciernen a la carga que transportamos o a dónde la entregamos. Y mientras tomas una decisión sobre si estoy siendo noble o simplemente tonta, déjame añadir que no me importa lo que pienses del acuerdo. Como dices: es la situación.

Plagueis sonrió sin enseñar los dientes.

—En ese caso, capitán, espero el resultado de la reunión.

Lah se relajó un tanto.

—Vas a tener que estar bien sentado mientras tanto.

Plagueis recibió las condiciones tal y como vinieron.

—Tómense tanto tiempo como necesiten. Cuando más nos acerquemos a Ithor, más me acercaré a mi hogar.

Las palabras la detuvieron de golpe.

—¿Cómo sabes que nos dirigimos a Ithor?

—Del mismo modo que sé que su nombre es Ellin Lah. —Encan-

tado con la confusión de ella, Plagueis dijo—: No soy un telépata, capitán Lah. Después de elegir su nave de entre aquellas en el campo, me colé en la red del espaciopuerto de Bal'demnic.

Ella inclinó la cabeza en una mezcla de interés e incomodidad.

—¿Por qué el *Desolado*, entonces?

Plagueis sorbió por la nariz.

—Yo no juego, capitán, a menos que sepa que las posibilidades de ganar estén de mi lado.

Ella bufó.

—Eso no es jugar.

En el espacio de la cabina, 11-4D había estado monitorizando la conversación de los miembros de la tripulación desde su regreso de la bahía de carga 4. Siendo lo más cercano que el *Desolado* tenía a un auténtico especialista médico, el droide era responsable del cuidado y la salud de la tripulación y de ese modo se había acostumbrado a oír a escondidas las conversaciones cada vez y donde fuese posible. Habiendo creado un perfil individual basado en las velocidades de los latidos y la respiración, la temperatura y el lenguaje corporales, la expresión facial y la vocalización, el droide comprendió que el descubrimiento del intruso muun a bordo de la nave había elevado significativamente el nivel de estrés de Maa Kaap.

—¿Cuándo has conocido alguna vez que un muun hiciera eso? —estaba diciendo el zabrak.

—¿Cuándo has conocido alguna vez a un muun, punto? —preguntó Wandau a cambio.

—De acuerdo, entonces, ¿cuándo has *oído* alguna vez que un muun haga eso?

Antes de que Maa Kaap o alguien más pudiera responder, la capitán entró en el espacio de la cabina, claramente confundida aunque hacía todo lo que podía por disfrazarlo. 11-4D notó un creciente flujo sanguíneo en las colas cerebrales de ella, que eran en sí mismas órganos sensores, y un cambio en su pigmentación: una respuesta togruta a la tensión nerviosa que a veces provocaba un involuntario

camuflaje mimético.

—Entonces —dijo Maa Kaap, poniéndose en pie.

Los miembros escucharon intensamente mientras la capitán Lah resumía el pequeño intercambio que había tenido con el polizón muun, que se había negado a proporcionar a ningún detalle personal, ni siquiera su nombre. Ni había ofrecido explicación alguna por su presencia en Bal'demnic, ni había divulgado la razón por la que quería marcharse deprisa. Lo que era más importante, no había revelado nada sobre la causa o naturaleza de su herida. En su lugar había determinado organizar un trato para un pasaje a Muunilinst, un planeta en la parte más lejana del Corredeor Braxtan y el cuartel general corporativo del Clan Bancario InterGaláctico.

—¿Qué te dicen tus entrañas, capitán? —preguntó PePe, con sus orejas puntiagudas agitándose con curiosidad.

La capitán Lah miró hacia atrás al corredor que llevaba a la bahía de carga 4.

—Es tan escurridizo como se puede ser y está acostumbrado a salirse con la suya. Pero o le llevamos de vuelta a Bal'demnic, y ponemos en riesgo nuestra carga, o le dejamos en nuestra primera parada y le convertimos en el problema de otro.

—O simplemente le tiramos fuera ahora —dijo Wandau.

Lah negó con la cabeza.

—No sabemos que no le dijera a alguien en Bal'demnic que se estaba escondiendo. Y si lo hizo, su desaparición podría meternos en una mierda seria.

—¿Entonces qué va a ser? —presionó Maa Kaap.

Lah puso los labios en una línea fina.

—Creo que deberíamos quitárnoslo de encima tan pronto como sea posible.

Wandau y Zuto intercambiaron miradas.

—¿No queréis ni siquiera discutir ponerle precio al pasaje?

—Nunca he estado en el Corredor Braxtan —dijo Lah—. ¿Habéis estado alguno de vosotros?

Las cabezas negaron.

—¿Está dispuesto a cubrir los costes de la carga estropeada? —pre-

guntó PePe.

—Dijo que sí.

—Entonces quizás le llevemos a Ithor —continuó el kaleesh—. Si demuestra ser un pasajero cooperador, podríamos considerar llevarle todo el camino hasta Muunilinst. Con certeza no haría daño familiarizarse con ese rincón del espacio.

—No sé… —Lah tomó su labio inferior entre sus dientes.

—Yo iré un paso más allá —dijo Zuto, inclinándose con su morro bigotudo—. Quiero decir, este muun podría ser un premio gordo que nos ha caído justo en el regazo. ¿No acababas de decir que ningún banco nos concedería jamás un préstamo por el *Desolado*? Bueno, Muunilinst *es* el banco y este muun puede proporcionar todos los avales que necesitemos jamás.

—Nuestra recompensa por años de llevar vidas limpias —añadió PePe.

Lah les miró a los dos.

—¿Qué significa eso? ¿Le retenemos para pedir un rescate?

Zuro se rozó los colmillos hacia el interior y se encogió de hombros.

—No tenemos que llamarlo así.

—Olvídalo —dijo Lah—. Nunca hemos hecho eso. Bueno, una vez, quizás, pero no estamos a punto de hacerlo de nuevo.

—Estoy de acuerdo —dijo Maa Kaap.

La cabeza de Wandau subió y bajó.

—Lo mismo digo.

PePe retrocedió un poco.

—De acuerdo, entonces sólo estaba pensando en voz alta.

—Hay algo más —dijo Maa Kaap. Levantando su gran mano, llamó por señas a 11-4D—. Dile a la capitán lo que nos estabas diciendo.

El droide se movió hacia donde los miembros de la tripulación estaban reunidos y giró su cabeza redonda hacia Lah.

—Capitán, meramente apunté que los muuns no son conocidos por viajar sin compañía sin amplias razones para hacerlo. De hecho, la mayoría de los muuns están poco dispuestos a dejar Muunilinst

por cualquier propósito aparte de negociaciones de asuntos de transacciones.

—Eso es exactamente lo que estaba diciendo sobre los avales —le interrumpió PePe—. Tiene que haber alguna razón financiera para que estuviera en Bal'deminic, algún trato mayor en los trabajos que pudiéramos ser capaces de conseguir. Un proyecto de construcción, quizás.

—Dejad que CuatroDé acabe —dijo Maa Kaap.

Lah miró al droide.

—Continua.

—Aun tiene que ser determinado justo en qué estaba metido el muun. Supongo, sin embargo, que la naturaleza de su negocio va a impactar en Bal'demnic de un modo negativo. De difundirse las noticias de que la tripulación del *Desolado* dio apoyo a la partida ilegal del muun, ¿entonces qué podría ser de la reputación de la nave en el sector Auril? Podéis desear incluir la valía de eso en vuestros cálculos respecto a un acuerdo para un próximo pasaje.

Maa Kaap cruzó los brazos sobre su gran pecho redondeado.

—¿Va nuestro polizón a mantenernos a cada uno de nosotros de por vida, en caso de que nuestros servicios ya no se deseen en este sector?

—¿Qué hay de lo que los muuns pueden hacernos si *no* le llevamos? —dijo Zuto—. Tienen un alcance tan largo como un brazo galáctico.

Wandau se rió sin alegría.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Descargar nuestras carteras? ¿Congelar nuestros activos? ¿Arruinar nuestra calificación de crédito? Nuestros únicos activos son esta nave y nuestra reputación para hacer lo que vamos a hacer.

—Principalmente —dijo tranquilamente Maa Kaap.

PePe se golpeó los muslos con las manos.

—Volvemos a lo que dije sobre pedir mucho más de lo que podríamos ver como un precio justo. Estos tipos del Clan Bancario se aferran a cada crédito. Pero tenemos a un muun vivo, y sin importar quién es o qué está pretendiendo ser, os garantizo que vale más de diez años de comerciar con aletas de carne y octópodos.

Maa Kaap rompió el corto silencio.

—¿Capitán?

—No me siento inclinada a nada de esto —dijo después de un momento—. Le quiero fuera de nuestras manos.

Una mirada de perplejidad tiró de los rasgos de Zuto.

—¿Crees que es peligroso?

PePe ridiculizó la idea.

—Los muuns son cobardes, todos ellos. Utilizan los créditos como armas.

Lah tomó aire profundamente.

—Preguntaste la reacción de mis entrañas. Eso es lo que os estoy dando.

—Tengo una idea —dijo Maa Kaap—. Una especie de compromiso. Salimos del hiperespacio y llamamos a las autoridades de Bal'demnic. Si este muun está buscado, por la razón que sea, le entregamos, con carga o sin ella. Si no, decidimos una cifra por llevarle a Ithor y no más lejos. —Miró a Lah—. ¿Estás dispuesta a presentarle ese trato? ¿Capitán?

Lah respondió como si sus palabras acabaran de alcanzar a sus pensamientos.

—De acuerdo. Eso suena razonable.

Pero permaneció sentada.

—¿Quieres, uh, refuerzos? —preguntó Wandau después de que pasara otro largo momento.

—No, no —dijo ella, poniéndose finalmente en pie.

Soy la capitán, casi pudo oír 11-4D recordándose ella a sí misma. Concentrando sus fotorreceptores, observó la mano derecha de ella moviéndose discretamente hacia la pistola láser enfundada en su cadera. Y con un golpecito de su pulgar, ella cebó el arma para que disparara.

—Vamos a tener que mantenerte en hielo un poco más —dijo Lah cuando entró en la bahía de carga.

Plagueis no se había movido del contenedor que le servía de

asiento, pero su capa estaba abierta y sus manos descansaban encima de sus rodillas.

—¿Significa eso que no consiguió alcanzar un consenso?

—Yo no iría tan lejos —dijo Lah—. Hemos decidido que necesitamos saber quién eres antes de que aceptemos proporcionarte pasaje. Y dado que pareces poco dispuesto a decírnoslo, vamos a comprobarlo con Bal'demnic.

Plagueis hizo que sus ojos se apagaran por la decepción.

—Capitán, le he dicho todo lo que realmente necesita saber.

El *Desolado* se inclinó ligeramente.

—Estamos saliendo del hiperespacio —dijo Lah.

En su mente Plagueis oyó hablar a Darth Tenebrous: *Para nosotros que habitamos en la Fuerza, la vida normal es poco más que fingimiento. Nuestras únicas acciones significativas son aquellas que emprendemos al servicio del lado oscuro*.

—No puedo permitir esto, capitán —le dijo a ella.

La expresión de ella se endureció.

—Me temo que tendrá que hacerlo.

Él había sido consciente desde el principio de la conversación de que su pistola láser estaba cebada y ahora la mano de ella se alargó hacia allí. Caninos afilados centellearon en la boca ligeramente abierta de ella. ¿Realmente había creído él que se podía hacer un trato con los miembros de la tripulación de temperamento caliente e inmadura del *Desolado*? Sus destinos habían estado sellados desde el instante en el que Plagueis había visto la nave en el campo de aterrizaje. La posibilidad de alcanzar alguna otra conclusión era una ficción. Desde aquel primer momento, todos ellos habían estado atrapados en una serie inevitable de sucesos. La Fuerza les había llevado a unirse, al conflicto. Incluso Lah debía de haber sentido eso.

—No lo haga, capitán —dijo Plagueis.

Pero para entonces la advertencia no era nada más que palabras.

4: EL SIGNIFICADO DE LA MUERTE

El *Desolado* acababa de revertir al espacio real cuando los sensores auditivos de 11-4D registraron sonidos inusuales desde la parte de atrás: un chasquido de activación, un prolongado siseo de energía, un tajo con un efecto doppler y una vacilante exhalación de aliento. Los sonidos fueron seguidos por una repentina emanación de calor proveniente del corredor que daba acceso a las bahías de carga y que podría haber sido interpretado como una ráfaga de viento. Sólo al ajustar la velocidad de entrada de sus fotorreceptores, fue capaz el droide de identificar el borrón que corría hacia el espacio de la zona de los camarotes como un hombre muun vestido con una capa encapuchada, pantalones y unas botas suaves que le llegaban a las espinillas.

Maa Kaap, PePe, Wandau y Zuto se volvieron al unísono cuando el Muun hizo una parada que desafiaba el impulso a unos cuantos metros de donde los cuatro estaban sentados. Sujeto en su mano derecha había un aparato con una hoja de energía carmesí que los bancos de datos del droide reconocieron como un sable láser, un arma utilizada casi exclusivamente por los miembros de la Orden Jedi. Y sin embargo la comprensión impulsó un momento de aturdimiento. Los Jedi eran conocidos por ser guardianes de la paz y refuerzos de la justicia, pero el comportamiento del muun (la colocación de sus largos miembros, el movimiento salvaje de su mandíbula abultada, el brillo amarillo de sus ojos) sugería cualquier cosa menos paz. Y en cuanto a la justicia, 11-4D no podía recordar ni una única ocasión en

la que los cuatro miembros de la tripulación hubieran llevado a cabo una ofensa que justificara un castigo capital.

Con el sable láser zumbante colgando de su mano izquierda, el muun permaneció en silencio, dejando que su postura hablara de su propósito nefario. A cambio los miembros de la tripulación, comprendiendo que estaban siendo acusados equivocadamente, se pusieron en pie, alargando al mismo tiempo las manos hacia las armas atadas a sus caderas y muslos. Que el muun les permitiera hacerlo le proporcionó a 11-4D otro misterio, al menos hasta que comprendió que el muun estaba meramente festejando el combate.

El droide se preguntó qué le había podido decir o hacer la capitán Lah posiblemente para que elevara tanto la ira en el muun. Reprodujo el recuerdo de ella cebando la pistola láser. ¿Había decidido ella que los problemas que el muun representaban para el *Desosaldo* podían estar mejor resueltos matándole, sólo por haberle juzgado mal completamente? No obstante, era aparente que el muun creía que la nave entera era cómplice en las acciones de la capitán Lah y había decidido encargarse él mismo de impartir un castigo de la clase más cruel. 11-4D asumió que esto le incluiría a él e inició instantáneamente una serie de rutinas redundantes que haría una copia de seguridad y almacenaría los datos, para proporcionara una grabación de lo que estaba a punto de ocurrir.

La escena de la confrontación en la zona de camarotes sólo había durado un momento cuando Wandau, que había servido como guardaespaldas para un célebre hutt, saltó a la acción, desenfundando y disparando su pistola láser incluso mientras corría para ponerse a cubierto tras uno de los mamparos. Una décima de segundo después, Maa Kaap levantó su arma y disparó una ráfaga continua de disparos láser hacia el muun. En el mismo instante Zuto y PePe, se agacharon mucho sobre la cubierta y se lanzaron hacia delante en un intento de rodear a su oponente y colocarle en el centro de un fuego cruzado mortal.

Desde el pasaje que llevaba a la cabina vinieron las pisadas rápidas del piloto, Blir', y del navegante dresseliano de la nave, Semasalli. 11-4D sabía que habían estado monitorizando las imágenes de las cáma-

ras de la bahía de carga y pensaba que era probable que ellos hubieran sido testigos de cualquiera que fuera la frase que había hecho que el muun luchara contra la capitán Lah.

La reacción del muun ante la andanada de disparos que convergieron en él requirió casi más poder de procesamiento de la que el droide tenía a su disposición. Al emplear una combinación de movimientos corporales, sable láser y la mano derecha desnuda, el ágil ser inteligente esquivó, desvió o devolvió cada disparo que se dirigió a él. Rindiendo energía lentamente, los disparos rebotaron de la cubierta y los mamparos, conectando alarmas, provocando un cambio a la iluminación de emergencia y liberando cascadas de espuma supresora de fuego de los aerosoles del techo. Apenas habían entrado el balosar y el dresseliano en el espacio de los camarotes cuando las escotillas sellaron los corredores, evitando cualquier escape de la melé. Sólo la habilidad de 11-4D para calcular las trayectorias y reaccionar instantáneamente al peligro evitó estar en la parte receptora de cualquiera de los numerosos rebotes.

Espiando a Blir' y Semasalli, el muun lanzó el sable láser en un arco giratorio que le cortó las pinzantenas y el cráneo del balosar y la mayor parte del hombro izquierdo del dresseliano arrugado, empañando el aire ya agitado con sangre de color verde. Mientras las alarmas continuaban gimiendo y la espuma continuaba brotando, Blir' se dobló y cayó bocabajo en la cubierta resbaladiza, mientras que Semasalli, chillando de dolor, se derrumbaba sobre un costado, alargando su brazo fútilmente hacia el brazo cortado.

El sable láser apenas había dejado la mano del muun cuando Wandau salió volando de su lugar a cubierto para atacar al muun, disparando su pistola láser tan incesantemente como todavía lo estaba haciendo Maa Kaap. Sin embargo esta vez, el muun apenas alargó su mano derecha y *absorbió* los disparos. Viajando por su brazo arriba y a través de su pecho estrecho, la energía pareció brotar de la mano que esperaba el retorno del arma giratoria como una maraña de electricidad azul que siseaba desde sus dedos huesudos, alcanzando a Wandau directamente y levantándole hasta el techo de la bodega antes de dejarle caer hasta la cubierta sucia en un montón, como si sus huesos se hubieran convertido en polvo.

Bajo una estroboscópica luz roja, los ojos de Maa Kaap siguieron el alzamiento y la caída de su compañero destrozado. Con su pistola láser vacía, el zabrak extrajo una vibrocuchilla de una vaina en el cinturón y se lanzó contra el muun, con su gran mano derecha pretendiendo clavarse en el cuello larguirucho del muun.

El muun cogió el sable láser, pero en lugar de moverlo para apuntarlo contra Maa Kaap, bailó y giró fuera del alcance de la vibrocuchilla y comenzó a desviar las patadas y puñetazos marciales del zabrak, hasta que una patada lateral en el tórax lanzó a Maa Kaap por el camarote y le estrelló contra el mamparo. Los receptores de audio de UnoUno-CuatroDé registraron el chasquido de la espina dorsal del zabrak y el estallido de las arterias pulmonares.

Ahora Zuto y PePe se lanzaron hacia el muun desde ambos lados y realmente se las arreglaron para cogerle. Pero fue como si el muun se hubiera convertido en piedra. El kaleesh y el quara atacaron con dientes y garras, pero sin efecto perceptible. Y cuando el muun hubo tenido bastante, posicionó su sable láser directamente delante de él y lo giró entre el agarre de ellos, arrancando la cara con colmillos de PePe y el morro achatado y con bigotes de Zuto. Los sensores olfativos de UnoUno-CuatroDé detectaron una efusión de feromonas que señaló la muerte del kaleesh. Zuto, por otra parte, aunque gorjeando por la sangre y gimiendo de dolor, quizás podría salvarse si se trataba a tiempo.

Poniéndose recto desde una posición con las piernas estiradas, el muun desactivó el sable láser y examinó a los seres que había matado y a aquellos que había mutilado con escalofriante exactitud. Sus ojos amarillos se posaron sobre 11-4D, pero sólo durante un instante. Entonces se enganchó el sable láser a su cinturón y fue rápidamente hasta su víctima más cercana, que resultó ser Doo Zuto. Dejándose caer sobre una rodilla junto a él, el muun miró intensamente al cuerpo con espasmos del quara, pero precisamente a qué, el droide no pudo suponerlo. Los ojos protuberantes color mar de Zuto parecieron implorar ayuda a su asaltante, pero el muun no hizo nada por detener el flujo de sangre o por ofrecer ayuda paliativa.

Permaneció al lado del quara durante unos pocos momentos y entonces se movió rápidamente hacia Maa Kaap, de cuya cavidad aplastada del

pecho burbujeaba la sangre con cada respiración superficial. De nuevo, el muun pasó su mirada sobre su víctima, desde la cara tatuada de Maa Kaap hasta sus grandes pies. Con los ojos cerrados, el muun adoptó una postura que sugería una concentración intensa o meditación y Maa Kaap volvió de golpe a la consciencia aterrorizada. UnoUno-CuatroDé examinó el pulso del zabrak y lo encontró regular, pero sólo durante un momento. Entonces el ritmo de los latidos del corazón de Maa Kaap se volvió irregular y la respiración empezó a vacilar en sus pulmones.

Pronto estuvo muerto.

El muun pareció estar frustrado y la decepción aumentó al descubrir que Blir' estaba también muerto. Pasó sólo unos momentos evaluando a Semasalli antes de ir hasta Wandau, que estaba consciente aunque obviamente paralizado de la cintura para abajo.

—Deshonra tu herencia y tu arma, Jedi —se las arregló para decir Wanday—. Podrías haber utilizado… la Fuerza para obligarnos a hacer que deseabas. No sólo he visto eso, sino que lo he experimentado.

La cara del muun se deformó por el disgusto.

—Si tienes tan poca voluntad —dijo en la lengua de la especie de Wanday—, entonces no me sirves, klatooiniano.

Y terminó con la miseria de Wandau con un chasquido del pulgar y el dedo corazón.

Gradualmente el espray del techo se redujo y los cláxones quedaron en silencio. Con sus exámenes completados, el muun se puso en pie y se volvió lentamente hacia el droide.

—¿A qué nombre respondes?

—UnoUno-CuatroDé, señor.

—¿Puedes pilotar esta nave, UnoUno-CuatroDé?

—Sí puedo, señor. —El droide hizo una pausa y entonces preguntó—: ¿Desea que recoloque los supervivientes hasta la bahía médica o que me deshaga de alguno de los cadáveres?

El muun examinó su trabajo.

—Déjalos. —Movió los hombros para quitarse la capa empapada y la colgó en una silla, revelando un segundo sable láser fijado a su cinturón—. La capitán Lah remarcó que tienes capacidades médicas.

—Sí, señor.

Volviéndole la espalda a 11-4D, el muun se subió la túnica ensangrentada de su espalda baja hinchada.

—¿Eres capaz de reparar esto?

El droide agudizó el enfoque de sus fotorreceptores y de sus sensores olfativos.

—La herida muestra signos de infección y putrefacción, señor, pero, sí, puedo repararlo.

El muun se bajó la túnica y sacó un comunicador de un bolsillo de la capa. Activando el aparato, pasó un momento introduciendo datos y luego giró la pantalla de manera que 11-4D pudiera leerla.

—Fija un curso hacia estas coordenadas y luego atiéndeme en las habitaciones de la capitán.

—¿Algo más, señor?

—Prepara comida y bebida. Estoy famélico.

Con el *Desolado* viajando a través del hiperespacio, Plagueis estaba tendido bocabajo sobre el camastro de la capitán, con un parche de bacta cubriendo la herida de su espalda, contemplando los resultados de sus intentos de prolongar las vidas de aquellos miembros de la tripulación que habían sobrevivido al altercado. Incluso donde había tenido éxito en efectuar reparaciones en los vasos sanguíneos y los órganos, el resultado había sido temporal, como si no hubiera sido capaz de influenciar o apelar a los midiclorianos para que ayudaran. Llamar a la Fuerza para reparar las arterias rotas, los músculos desgarrados o los huesos rotos no era más difícil que levitar losas de piedra. Pero tales restauraciones tenía pocos efectos en la concha etérea de un ser, que era esencialmente el dominio de los midiclorianos, a pesar de su presencia física en las células vivas.

Entre la tripulación de la nave, la togruta, la capitán Lah, había sido la más fuerte en la Fuerza, pero estaba más allá de su ayuda para cuando llegó hasta ella. De no haber sido por el descuido de su parte, debido a la fatiga y a la pérdida de sangre, y unos reflejos rápidos como el rayo de parte de ella, el sable láser podría simplemente haberle atravesado el cuello y la médula espinal en la cervical. Pero ella había girado en el momento del impacto y la hoja carmesí casi la había decapitado. También el zabrak había tenido un recuento de midi-

clorianos ligeramente más alto de lo normal, pero no lo bastante alto como para hacerle sensible a la Fuerza. Qué diferente había sido observar el comportamiento de los midiclorianos del zabrak comparados con los de Darth Tenebrous, ¡sólo dos días antes!

Los Jedi hacían pruebas de sangre rutinariamente para verificar los recuentos de midiclorianos de reclutas potenciales, pero Plagueis había pasado más allá de la necesidad de medidas tan crudas. No sólo podía sentir la fortaleza de la Fuerza en otro sino que también percibía los midiclorianos que individualizaban la Fuerza en los seres. Era esa habilidad del lado oscuro la que había permitido a generaciones de Sith localizar e iniciar a los reclutas. La dispersión de los midiclorianos en el momento de la muerte física era, a falta de un término mejor, inexorable. Análogo a su confrontación predestinada con la tripulación del *Desolado*, el momento de la muerte parecía estar fijado de alguna manera en el espacio y el tiempo. Según su educación Sith, dado que la capitán Lah y los otros habían estado en cierto sentido muertos desde el momento en que la mirada de Plagueis se había posado en el carguero, resulta que los midiclorianos que residían en supuesta simbiosis con ellos debían de haber estado preparándose para ser subsumidos en la reserva de energía vital que era la Fuerza mucho antes de que Plagueis se hubiera colado en la nave. Sus intentos de salvarles, de prolongar ese estado de simbiosis, eran comparables a utilizar una esponja para detener un río desbocado. Y, sin embargo, los Señores Sith de antaño se decía que habían sido capaces de utilizar las energías liberadas durante la muerte para extender sus propias vidas, al igual que las vidas de otros. Desafortunadamente, de manera muy parecida a la técnica de transferencia de energía, ese conocimiento antiguo se había perdido.

Sintiendo que la nave revertía al espacio real, Plagueis se levantó del camastro, se vistió y caminó hacia delante, saltando por encima de los cadáveres desparramados en la cabina principal, sobre las placas de la cubierta inundadas de fluido supresor de fuego y charcos ennegrecidos de sangre y a través de pasajes que apestaban a muerte. Uno de los miembros de la tripulación, el dresseliano que ahora tenía un brazo, todavía estaba vivo pero en estado comatoso.

En la cabina encastrada de la nave el droide estaba inmóvil en la

consola de control. Más allá del ventanal de transpariacero una miríada de estrellas flotaba en el espacio.

—Señor, nos estamos aproximando a las coordenadas proporcionadas por su comunicador —dijo el droide sin apartarse de las vistas.

Plagueis se colocó en la silla del piloto, que apenas acomodaba a su cuerpo largo.

—¿Cómo llegaste a estar a bordo del *Desolado*, droide?

—Antiguamente servía a las necesidades de una instalación médica en Obroa-skai.

—¿En capacidad de qué?

—Investigación, además de llevar a cabo una amplia variedad de cirugía en seres de diversas especies.

Plagueis miró al droide.

—De ahí, tus muchos apéndices.

—Sí, señor. Pero los que llevo actualmente fueron actualizados cuando me convertí en propiedad de la capitán Lah, de manera que pudiera servir mejor a las necesidades del *Desolado*.

—¿Y cómo te convertiste en propiedad de la capitán?

—Creo, señor, que fui adjudicado a la capitán Lah en lugar de pagas debidas por la recepción de ciertas mercancías. También es mi creencia que el intercambio se pretendía que fuera temporal…

—Pero la capitán Lah decidió quedarse contigo.

—Sí, señor. Decidió quedarse conmigo. Siento decir que no puedo explicar sus razones y nunca fui lo bastante impertinente como para preguntar.

Plagueis asintió.

—Esa es una buena cualidad en un droide.

—Comprendo cómo podría serlo, señor.

—Dime, droide, ¿cuál es la posible consecuencia de bajos niveles de theloxina en un pau'an?

UnoUno-CuatroDé no dudó.

—Una posible consecuencia sería una elevación de la velocidad de oxidación, llevando al crecimiento de una papera exoptálmica, que a cambio afectaría a la producción de roaamin de los lóbulos anteriores de la glándula lutiaary.

—¿Y?

—Un resultado podría ser gigantismo, muy por encima de un pau'an normal.

—¿Y en ese caso?

—El ganglio de conexión que constituye el sistema nervioso autónomo y que controla la secreción glandular podría inducir a una aceleración de los músculos circulares del esfínter del tracto digestivo, resultando en una xeroftalmia.

—Así que también eres un diagnosticador.

—En menor medida, señor.

Más allá del ventanal, haciéndose más grande contra el telón de fondo de un planeta enorme con anillos, una estación espacial giraba en una órbita fija cerca de una luna con muchos cráteres. Un revoltijo de módulos con cúpula interconectados, la estación mostraba dos brazos largos y rectangulares a los que estaban unidas naves de diferentes tamaños. Plagueis abrió los datos en la pantalla de su comunicador y los colocó a la vista de 11-4D.

—Transmite este código por el comunicador.

El droide llevó a cabo la tarea y esperó al comunicador mientras los altavoces de la cabina crujían al encenderse.

—Carguero no identificado, Espacio Profundo Demo y Extracción está en recepción de su petición. Denos un momento para autentificar su transmisión.

—Esperaremos mientras la autentifican —dijo Plagueis.

—Carguero, tiene permiso para atracar —volvió la voz un momento después.

—La nave es mía —dijo Plagueis, inclinándose hacia delante para agarrar la palanca de control.

Como precaución, la estación les dirigió hasta un atracadero en la parte más distante del más largo de los dos brazos.

—Me acompañarás a la bahía de aterrizaje —le dijo Plagueis al droide cuando hubo apagado la nave—. Levanta la rampa de entrada tras nosotros y activa el sistema antiintrusión. Nadie debe abordar el *Desolado* a menos que yo diga lo contrario.

—Lo comprendo, señor.

Esperando en la sombría bahía de aterrizaje había una mujer nikto y un joven dug de color bermejo, respaldados por un contingente variopinto de seres armados. Bajándose la capucha de su capa mientras se aproximaba, Plagueis vio que la nikto se puso rígida y les hizo señas a aquellos que estaban tras ella para que dejaran el área inmediatamente.

—Magíster Damask —empezó ella en básico—. No tenía conocimiento previo…

Plagueis la interrumpió.

—Esta no es una visita social.

—Por supuesto, Magíster. No obstante, ¿desea que yo informe al Jefe Cabra de su visita?

—¿Está de guardia?

—No, señor. Pero se puede contactar con él por comunicador.

—Eso no será necesario —dijo Plagueis—. Yo mismo contactaré con él.

—Como desees, Magíster. ¿Qué servicios puede ofrecerle la estación?

Plagueis hizo un gesto de un modo improvisado hacia el carguero atracado.

—Esta nave debe ser sellada y destruida.

—¿Sin salvar nada? —dijo el dug.

Plagueis le miró.

—Dije sellada y destruida. ¿Necesitas oírlo una tercera vez?

El dug desnudó sus dientes.

—¿Sabes con quién estás hablando, muun?

Plagueis movió la mirada hacia la nikto.

—¿Quién es este cachorro inexperto?

—¿Cachorro? —repitió el dug antes de que la nikto pudiera intervenir.

—El descendiente más joven del Jefe Cabra, Magíster —dijo ella rápidamente, conteniendo al dug con su brazo izquierdo extendido—. No pretende ofender.

Plagueis volvió a mirar al dug.

—¿Cómo te llamas, cachorro?

Las patas traseras del dug se tensaron para saltar, pero la nikto giró rápidamente, abofeteándole en su morro de labios colgantes y amplias narinas y agarrando con una mano su tráquea.

—¡Respóndele! —rugió ella en la cara gruñona de él—. ¡Y con el debido respeto!

El dug se aplacó y gimoteó, aunque con certeza fue más por humillación que por dolor.

—Darnada —chilló al fin.

—Darnada —repitió Plagueis antes de dirigirse a la nikto—. Quizás el joven Darnada debería ser amordazado para evitar que ponga en peligro las relaciones comerciales de su padre.

—Su insolencia refleja su inexperiencia, Magíster —dijo la nikto en abatida disculpa. Ella le dirigió una mirada amenazadora a Darnada antes de continuar—: Confío que sus órdenes respecto a la nave serán obedecidas completamente, Magíster.

—También necesitaré un cambio de ropa y una nave repostada y con piloto.

—¿Podemos proporcionarle al piloto un destino por adelantado?

—Muunilinst.

—Por supuesto, Magíster. ¿Y cuáles son sus instrucciones respecto al droide?

—¿Instrucciones?

—¿El droide será destruido junto con la nave?

Plagueis miró por encima de su hombro hacia 11-4D.

—¿Cuánto de tu memoria se puede borrar sin interferir con tus protocolos médicos?

—Soy de diseño modular —dijo el droide—. Mi almacenaje de memoria se puede borrar en su integridad o según cualquier parámetro que usted establezca.

Plagueis consideró eso.

—Permanece con la nave hasta que haya sido licuada. Espero una grabación de audio y video completa.

UnoUno-CuatroDé levantó sus apéndices del lado derecho en un gesto de aceptación.

—A su servicio, Magíster Damask.

5. EL REGRESO A CASA

Aquellos lo bastante afortunados como para haber visitado Muunilinst en las décadas que precedieron a las Guerras Clon a menudo remarcaban que el planeta había sido bendecido con los cielos más bellos de la galaxia. Para mantener esa prístina área azul (para evitar que fuera mancillada por naves de desembarco, lanzaderas o naves de aterrizaje), los muuns habían erigido la cúpula celeste más costosa de su clase en cualquier lugar fuera del Núcleo. Tan eficiente como lujosa, la cúpula celeste, conocida cariñosamente como el Embudo Financiero, conectaba la ciudad orbital de Puerto Alto con la capital planetaria, Harnaidan, que funcionaba como el centro neurológico del Clan Bancario InterGaláctico. Mientras que la torre majestuosa parecía hablar del gran aprecio de los muuns por la estética y la ecología, su auténtico propósito era evitar que los visitantes pusieran un pie en Muunilinst, salvaguardando así la riqueza de recursos del planeta y guardando en secreto los estilos de vida fastuosos de aquellos que habían ascendido a la cúspide de la cadena alimentaria.

Desde su remoto rincón del Borde Exterior, Muunilinst ejercía su influencia a través de todo el espacio conocido y hasta mitad de camino del cúmulo estelar satélite más cercano de la galaxia. Datando de la época de la fundación de la República, el Clan Bancario había fundado gobiernos, apoyado asentamientos y financiado incontables gremios de comercio, corporaciones de negocios y cárteles de transporte. En un sentido muy real, el CBI dictaba el flujo y reflujo de la

riqueza desde el Núcleo hasta el Borde Exterior. Apenas un edificio se levantaba en Coruscant sin la aprobación del Clan Bancario. Apenas una nave estelar dejaba los astilleros de Kuat o Bilbringi o Fondor sin que el CBI hubiera negociado el trato. Y apenas una elección ocurría en Corellia o Conmmenor sin que se hubiera consultado a los muuns.

Los muuns conseguían todas estas cosas con una serenidad meticulosa que desmentía los trabajos frenéticos de sus mentes matemáticas. Salvo cuando se trataba de cobrar las deudas atrasadas, los muuns, a primera vista, parecían ser una especie impasible e indulgente, aunque algo arrogante, con una naturaleza ascética que estaba completamente en armonía con sus cuerpos esbeltos y se reflejaba en la arquitectura simple pero armoniosa de sus ciudades.

Tan pálido como los propios muuns, el Centro Espacial Puerto Alto incorporaba los elementos de diseño que más favorecían: interiores en cúpula, ventanas terminadas en arcos, columnas acanaladas y frisos y entabladuras sin adornos. Entre estos bloques de edificios de piedra falsa grandes grupos de muuns maniobraban y se mezclaban con los que no tenían prisa como si tuvieran un propósito único, manteniendo un clamor de conversaciones que a algunos visitantes les parecía un reminiscente de la lengua hablada de máquinas pensantes. Asistiéndoles había droides de toda variedad y trabajadores extranjeros de los planetas cercanos de Bescane, Jaemus, Entralla y otros. Cualquier día un visitante podría espiar a enviados de Yagai, Gravlex Med o Kalee, junto con hutts de la clase drixo o progga. Pero lo que uno más veía, en números abrumadores, eran miembros del Clan Bancario (financieros, contables, abogados) vestidos con su traje Palo de signatarios fiduciarios: pantalones verdes ajustados y botas, túnicas verdes de cuellos redondos y capas verdes de hombros anchos. Algunos estaban acompañados de séquitos de soldados achaparrados de piel oscura y nariz plana del planeta Iotra, llevando armaduras corporales chillonas y armas ceremoniales.

Ese día, cortando a través del mar verde como alguna criatura marina predadora vino un grupo con forma de cuña de muuns vestidos con capas y sombreros negros, guardados por un contingente de guerreros echani cuyos ojos plateados se movían con rapidez vigilan-

temente y cuyos monos metálicos enmascaraban la translucidez de su piel. En la parte delantera de la cuña marchaba un muun anciano con una barbilla muy pequeña y hombros encorvados, que se estaba dirigiendo directamente hacia el puesto de control de la aduana de Puerto Alto, donde Hego Damask, como Plagueis era conocido para todo el mundo excepto el difunto Darth Tenebrous, y 11-4D estaban esperando, en mitad de un contingente de seguridad personal.

—Vinimos tan pronto como Inmigración de Espacio Profundo nos lo notificó —dijo Larsh Hill—. Si hubieras contactado con nosotros desde Demolición Espacio Profundo, podríamos haber enviado una nave, en vez de haber dependido de la hospitalidad falsa del Jefe Cabra.

—Nadie parece creer que soy capaz de encontrar mi propio camino a casa —dijo Damask.

La cara larga de Hill se arrugó.

—No lo entiendo.

—No importa que lo entiendas. Es suficiente decir que si hubieras enviado una nave sólo habría resultado en un retraso mayor.

Como la de Hill y su camarilla de media docena de seres, la cabeza sin pelo de Damask estaba revestida por un bonete ceñido y el dobladillo de su capa negra barría el suelo pulido.

—Se te esperaba hace días —dijo Hill, con una nota de exasperación.

—Sucesos de una naturaleza imprevista me evitaron volver antes.

—Un viaje exitoso, no obstante, asumo.

—Asumes correctamente.

Hill se relajó de alguna manera.

—No deberíamos demorarnos aquí más de lo necesario. El transporte está esperando.

Ante un gesto de Hill, los muuns de capas negras empezaron a girar hacia los turboascensores de la cúpula celeste, con cuatro de los guerreros vestidos de plateado flanqueando a Damask y al droide, que caminaba tras él.

—Estás cojeando —dijo Hill con silenciosa urgencia—. ¿Estás herido?

—Me estoy curando —dijo Damask—. No lo vuelvas a mencionar.

—Podríamos posponer la Reunión…

—No. Tendrá lugar según se programó.

—Me alivia oír eso —dijo Hill—, dado que varios de tus invitados ya están en tránsito hacia Sojourn.

El grupo estaba a medio camino de los turboascensores cuando una facción de oficiales del Clan Bancario cruzó deliberadamente por su camino, forzándoles a parar. El líder obvio de la facción, un muun de mediana edad, se separó del resto y se movió hacia delante.

—Magíster Damask —dijo—. Qué sorpresa encontrarle aquí, entre la plebe.

Damask adoptó una débil sonrisa.

—Excluyéndole a usted, por supuesto, Presidente Tonith.

Tonith se tensó.

—Simplemente estamos de paso.

—Igual que nosotros —dijo Damask, haciéndoles gestos a Hill y al resto.

—¿Ha estado viajando, Magíster?

—Un viaje de negocios, Presidente.

—Por supuesto. —Fue el turno de Tonith de mostrar una sonrisa débil—. Pero en ese caso quizás no ha oído que el Senado está a punto de crear zonas de comercio libre adicionales en los Territorios del Borde Exterior. A pesar de lo que comprendo que eran esfuerzos considerables de su parte para lo contrario, los cárteles de transporte se enfrentan al peligro de romperse e incluso si no es así, con certeza tendrán que tratar con la feroz competición de las compañías emergentes. Los planetas del Núcleo y del Borde Exterior deberían beneficiarse mucho del arreglo, ¿no está de acuerdo?

Damask inclinó la cabeza en un asentimiento de acuerdo.

—No lo había oído, Presidente. ¿A quiénes debemos agradecerles el influenciar a los liberales para que adoptaran la enmienda?

—Entre otros, la Orden Jedi presionó con éxito.

—Entonces debe ser para mejor.

—Eso pensaría uno —dijo lentamente Tonith—. Salvo por el he-

cho de que, a cambio, la Federación de Comercio ahora disfrutará de privilegios de voto completos en el Senado.

—Ah, bien. El aplacamiento de una u otra clase siempre figura en los asuntos del Senado.

Tonith se inclinó ligeramente hacia Damask.

—Gracias, sin embargo, por sugerir que invirtiéramos en el Borde Exterior y los transportes trans-Perlemianos. Los resultados proporcionaron una ganancia inesperada.

—Dónde y cuándo pueda ser de ayuda, Presidente.

Tonith se enderezó.

—Su padre de clan estaría orgulloso.

Damask miró a Tonith a los ojos.

—Me tomo eso como un cumplido.

—¿De qué otro modo lo habría dicho, Magíster?

Cuando los miembros del Clan Bancario se hubieron apartado y el grupo de Damask estuvo de nuevo en movimiento, Damask miró a Hill.

—Algún día haremos caer a los Tonith de su posición elevada.

Hill sonrió con los ojos.

—Espero estar vivo para ver ese día. Y sólo para que lo sepas, Hego, tu padre *estaría* orgulloso. A pesar del sarcasmo del Presidente Tonith.

—Tú lo sabrías mejor que la mayoría.

Habiendo llegado a los turboascensores de la cúpula celeste, Hill estaba haciendo gestos a todo el mundo excepto a Damask para que entraran en otro ascensor cuando Damask habló.

—El droide vendrá con nosotros.

Hill evaluó a 11-4D mientras los tres entraban en el turboascensor.

—¿Una nueva adquisición?

—Un premio de entrada de alguna manera —dijo Damask.

Hill no continuó con ello.

—¿Iras a tu residencia o a Aborah?

—Directamente a la isla. El droide me acompañará.

—Haré los arreglos necesarios.

Damask bajó la voz para preguntar.

—¿Estamos seguros aquí?

—Completamente.

Damask se volvió para enfrentarse al muun más alto y más anciano.

—Rugess Nome está muerto.

—¿El bith? —dijo Hill con sorpresa—. ¿Cómo? ¿Dónde?

—Eso no es relevante —dijo Damask recordándolo—. Eventualmente, la finca de Nome pasará a nosotros, pero eso no será hasta dentro de algún tiempo, dado que es improbable que su cuerpo sea encontrado jamás.

Hill no se molestó en preguntar los detalles.

—Dejaremos que pase un año estándar. Entonces haremos una petición al tribunal testamentario para que tomen una decisión. Al menos por cualquier activo que sea contractualmente nuestro. Tú eres el ejecutor, en cualquier caso, ¿verdad?

Damask asintió.

—Al final estaremos liquidando la mayor parte de la finca. Pero hay varias… antigüedades de una clase curiosa que planeo quedarme. Prepararé un inventario. Mientras tanto, quiero que te familiarices con un planeta llamado Bal'demnic. Una vez que lo hayas hecho, vas a adquirir derechos mineros para toda la península noreste de la masa de tierra principal. Compra tanta propiedad como puedas, desde la orilla hasta las tierras altas centrales. Te proporcionaré coordenadas específicas.

La inseguridad tiró de los rasgos fuertes de Hill.

—¿Vamos a aventurarnos ahora en el negocio de la minería?

—Cuando el momento sea adecuado. Utiliza intermediarios que no se puedan seguir hasta nosotros. Sospecho que tendrás que ir hasta la cima para asegurar lo que necesitamos. Los indígenas serán problemáticos para negociar con ellos, pero confío en que se les puede persuadir. Negocia como sabes, pero al final no escatimes en gastos.

—¿Bal'demnic es tan importante?

—Una corazonada —dijo Damask.

Descendiendo rápidamente, el turboascensor de la cúpula celeste

atravesó capas de nubes blanco puro, revelando un panorama curvo de océanos aguamarina, planicies marrón pálido y bosques siempre verdes. Y directamente debajo, la imagen que se decía que arrebataba el aliento: la ciudad de Harnaidan, llena de estructuras neoclásicas tan altas como las espiras volcánicas que la rodeaban, y hogar de cincuenta millones de muuns, viviendo en un paisaje urbano que tenía un diseño ordenado que era una obra maestra del arte. Para algunos, era la antítesis de la mayoría de las capitales planetarias: la anti-Coruscant, la anti-Denon.

—¿Qué podemos esperar de la Reunión? —preguntó Damask, apartándose de la vista.

—Gardulla ha solicitado una audiencia.

—No tengo costumbre de sentarme con hutts.

—Ella pide tu ayuda para que medies en una disputa.

—¿Con quién?

—El clan Desilijic.

Damask asintió astutamente.

—Esto ha estado cociéndose desde hace algún tiempo. ¿Qué más?

—Los representantes de Yinchorr estarán allí.

—Bien. Las holotransmisiones tienen sus limitaciones.

—Los miembros de la Federación de Comercio y el Protectorado Gran también asistirán.

Damask bufó.

—No hay nada agradable en ninguno de ellos. —Se volvió pensativo y entonces dijo—: Hay otro pequeño asunto que necesitamos resolver. Extiende una invitación personal a los propietarios de Minería Subtext.

Hill se frotó su barbilla pequeña.

—No puedo recordar habernos metido en tratos con ellos. ¿Tiene esto algo que ver con Bal'demnic?

Damask ignoró la pregunta.

—Durante un tiempo asesoraron a Nome. Asegúrate de que comprenden que operamos con completa confidencialidad.

—Si el bith se asoció con ellos, deben venir altamente recomendados.

—Eso pensaría uno. —Damask le volvió a la espalda a Hill para abarcar las vistas una vez más—. Pero, de hecho, no les veo mucho futuro.

A diferencia de tantos planetas que habían sido explorados y colonizados desde el Núcleo, Muunilinst había dado origen a su propia rama de seres inteligentes. Granjeros y pescadores, los antiguos muuns no habían sabido lo privilegiado que era su planeta hasta que los viajes interestelares se habían convertido en algo común y los metales preciosos se habían vuelto el eje central de la economía galáctica. De no haber sido aquellos primeros milenios de expansión una época de paz, los muuns podrían haber perdido lo que tenían ante el poder militar. Pero dio la casualidad de que habían resistido todos los intentos de explotación y se habían convertido en dueños de su destino. Aun así, lo que fue una bendición económica eventualmente se convirtió en una carga. Una vez que los muuns comprendieron el valor de lo que habían dado por sentado previamente, se aferraron a sus riquezas con una tenacidad feroz y desarrollaron un apego casi agorafóbico a su planeta.

En mitad de los océanos poco profundos de Muunilinst, la misma actividad volcánica que había fertilizado las vastas planicies arrojó nuevos lechos marinos y suficientes metales preciosos para alimentar el crecimiento de nuevos imperios. Se descubrió que las montañas que crecían a lo largo de los cráteres en la dorsal planetaria eran depósitos de extraordinaria riqueza. Pulidas por aguas cálidas repletas de crustáceos, gusanos tubo y flora bioluminiscente, tales como "humeantes", como se les conocía, se convirtió en la fuente y la cripta financiera de los clanes más poderosos y prósperos de Muunilinst.

Más remota que algunas, Aborah, que había sido la provincia del clan Damask durante varias generaciones, era por lo demás típica de los humeantes inactivos cuyos picos cónicos espesamente arbolados sobresalían de las aguas calmadas del Mar Oeste. Una maraña de tubos de lava interconectados recorría las profundidades de la isla montañosa. Cascadas se desplomaban desde las alturas escarpadas. Y el

incienso de los árboles perfumaba el aire salado de los valles bajos. Conducidos en deslizador al complejo de la torre norte de Aborah, Plagueis escoltó a 11-4D en un viaje por los corredores y cavernas que constituían su lugar de soledad sacrosanta.

—Llegarás a encontrarte en casa aquí, igual que yo —dijo Plagueis, haciéndoles gestos a los muchos droides que estaban al alcance para darle la bienvenida a la pareja a Aborah.

—Estoy seguro de que sí, Magíster Damask —dijo 11-4D, con sus fotorreceptores registrando una docena de tipos de droides diferentes de una sola mirada.

Droides memo, droides de energía GNK e incluso un prototipo de droide quirúrgico ubrikkiano.

—Con el tiempo nos encargaremos de que se restauren tus apéndices originales de manera que puedas ganarte el sustento.

—Lo espero con impaciencia, Magíster.

El viaje empezó en las puertas exteriores, que estaban señaladas con mobiliario y objetos de arte de la más alta calidad, reunidos de todos los sectores de la galaxia. Pero Plagueis no era ni tan ambicioso como un neimoidiano ni tan ostentoso como un hutt. Y así las salas ornamentadas rápidamente daban paso a habitaciones de reunión de datos llenas de receptores de audio y video y proyectores de la HoloRed. Y luego a galerías llenas a rebosar con antiguos documentos y tomos, registrados en medios que iban desde pergaminos de tronco de árbol pasando por plastifino hasta cristales de almacenamiento y holocrones. Se decía que los muuns aborrecían la literatura y que odiaban guardar archivos de cualquier cosa aparte de noticias de préstamos, tablas actuariales y escritos legales y sin embargo Plagueis era guardián de una de las mejores bibliotecas que se encontraban en cualquier lugar fuera de Obroa-skai o el Templo Jedi de Coruscant. Aquí, ordenado y catalogado y almacenado en cajas de clima controlado había una colección de tratados y comentarios acumulados durante los siglos por los Sith y sus agentes a menudo involuntarios. Antiguas historias de los rakata y los vjun. Textos consagrados a los Seguidores de Palawa, a la Academia Chatos y a la Orden de Dai Bendu, archivos que habían pertenecido una vez a la casa Malreaux, anales de los He-

chiceros de Tund y de la reina Amano de Onderon, estudios biológicos de los ysalamiri y los vornskrs de Myrkr y de los taozin de Va'art. Ciertas especies longevas, como los wookiees, los hutts, los falleen y los toydarianos se les concedían galerías propias.

Más adentro en la montaña había laboratorios donde tenía lugar el auténtico trabajo de Plagueis. Confinadas en jaulas, campos de estasis, biorreactores y tanques de bacta había formas de vida traídas a Muunilinst de toda la galaxia, muchas de los planetas más remotos de la galaxia. Algunas eran criaturas de instintos y otras eran semiinteligentes. Algunas fueron reconocibles inmediatamente para 11-4D. Otras se parecían a criaturas creadas de partes prestadas. Algunas estaban recién nacidas o recién salidas del huevo y algunas parecían como si estuvieran siendo mantenidas a las puertas de la muerte. Más de unas cuantas eran sujetos de experimentos que estaban teniendo lugar en lo que parecían ser vivisecciones o hibridaciones y otras estaban claramente en animación suspendida. UnoUno-CuatroDé notó que muchos de los animales llevaban remotos que les conectaban con maquinas que estaban monitorizando sus signos biométricos, mientras que otros estaban bajo el cuidado directo de droides especialistas. En algún otro lugar de la montaña vacía había cercados sellados calentados por luces artificiales, rodeados por mezclas giratorias de gases raros y exuberantes por la flora. Y más profundo todavía había centros de pruebas llenos con maquinas complejas y unidades refrigerantes con la parte delantera de cristal destinadas al almacenamiento de complejos químicos, alcaloides derivados de plantas y animales, muestras de sangre y tejidos y órganos corporales de una gran cantidad de especies.

Plagueis le dio instrucciones a 11-4D de que vagara por las galerías y los laboratorios por sí solo y que luego volviera a presentarse ante él.

Horas después el droide volvió para hablar.

—Reconozco que está usted involucrado en una investigación relacionada con la durabilidad de las especies y la hibridación. Pero debo confesar que no estoy familiarizado con muchos de los ejemplos de fauna y flora que ha reunido y con pocos de los documentos arcanos de su biblioteca. ¿Están disponibles los datos para cargarlos?

—Alguna parte de ella —dijo Plagueis—. El resto tendrá que ser escaneado.

—Entonces la tarea requerirá años estándar, Magíster.

—Soy consciente de ello. Mientras que hay cierta urgencia, no tenemos prisa.

—Lo comprendo, señor. ¿Hay datos específicos que desee que asimile primero?

Del bolsillo del pecho de su capa, Plagueis sacó un cristal de almacenamiento.

—Empieza con esto. Es una historia de los Sith.

UnoUno-CuatroDé se tomó un momento para buscar en su memoria.

—Tengo múltiples listas bajo ese encabezamiento. Una define a los Sith como una antigua secta consagrada al estudio de la Fuerza. Similar a los Jedi, pero guiada por principios diferentes.

—Eso está bastante cerca por ahora —dijo Plagueis.

—Magíster Damask, si puedo ser tan atrevido como para preguntar: ¿cuál es nuestra meta eventual?

—La meta es extender mi vida indefinidamente. Para conquistar a la muerte.

El droide fijó sus fotorreceptores en Plagueis.

—Tengo acceso a datos sobre los pretendidos “elixires de vida” y “fuentes de la juventud”, Magíster. Pero todas las cosas vivas mueren al final, ¿verdad?

—En el presente, UnoUno-CuatroDé.

El droide pensó más en ellos.

—Tengo experiencia en cirugía para reemplazar órganos, genoterapia telómera y suspensión en carbonita. Pero nada más allá de eso.

El suave labio superior de Plagueis se arrugó.

—Entonces meramente has arañado la superficie.

Con 11-4D profundamente en su modo de procesamiento, Plagueis sacó un frasco de su propia sangre y lo sometió a análisis. A pesar de la amplificación reciente de sus poderes sintió que el recuento

de sus midiclorianos no se había incrementado desde los sucesos de Bal'demnic y el análisis de la muestra de sangre confirmó sus sospechas. La investigación había establecido hacía mucho que las transfusiones de sangre de individuos sensibles a la Fuerza no confería poderes de la Fuerza a los receptores, aunque la sangre con un recuento alto de midiclorianos concedía temporalmente fortaleza y elasticidad. Los experimentos con transfusión absoluta habían ido horriblemente mal para los receptores, sugiriendo para algunos que la Fuerza exigía un precio de aquellos que intentaban manipularla. Los midiclorianos de un individuo parecían saber a quienes pertenecían y se volvían inertes fuera de sus contenedores a los que estaban consagrados.

Mientras que los midiclorianos parecían resistir la manipulación de una clase que pudiera poner en peligro el equilibrio de la Fuerza, parecían permanecer pasivos, incluso obedientes, en el caso de uno de voluntad débil siendo manipulado por alguien que era fuerte en la Fuerza. Quizás eso explicaba porqué a menudo era más fácil llamar a la Fuerza para curar a alguien que a uno mismo. Extender la vida, entonces, podría depender de algo tan simple como ser capaz de inducir a los midiclorianos a crear nuevas células, a subdividirlas a voluntad, incrementando sus números por decenas de miles para curar o reemplazar las células dañadas, envejecidas o con metástasis. Los midiclorianos tenían que estar obligados a servir las necesidades del cuerpo, a conceder fortaleza cuando se necesitara, a superar el insulto físico o evitar que las células alcanzasen la senectud.

Si uno aceptaba las historias dejadas en relatos y holocrones, los antiguos Sith habían sabido cómo conseguir esto. ¿Pero habían sido los Sith como Naga Sadow y Exar Kun genuinamente más poderosos o se habían beneficiado del hecho de que el lado oscuro había sido más prominente en aquellas eras pasadas? Algunos comentaristas clamaban que la habilidad para sobrevivir a la muerte se había limitado a aquellos con talento para la brujería y la alquimia y que el uso de tales prácticas realmente fue anterior a la llegada de los Jedi Oscuros exiliados en Korriban. Pero la brujería se había estado empleando menos para extender la vida que para crear ilusiones, crear bestias y resucitar a los muertos. Se decía que los adeptos poderosos habían sido capa-

ces de saturar las atmósferas de los planetas con energía del lado oscuro, obligar a las estrellas a que explotaran o inducir parálisis en las masas, como aparentemente hizo Exar Kun al seleccionar a los miembros del Senado de la República. Otros adeptos utilizaban la brujería meramente como un medio para comprender mejor los encantamientos y runas de los antiguos Sith.

Darth Bane se había referido a la brujería como una de las expresiones más puras del lado oscuro de la Fuerza y, sin embargo, él no había sido capaz de utilizar aquellas energías con la misma habilidad como había hecho su antigua aprendiz Zannah. Los discípulos de Bane, sin embargo, creían que él había experimentado con una técnica de incluso mayor significancia: la de la transferencia de esencia, que había aprendido después de adquirir y saquear el holocrón de Darth Andeddu y que implicaba la recolocación de la consciencia de un individuo en otro cuerpo o, en algunos casos, un talismán, templo o sarcófago. Así habían sobrevivido a la muerte los más poderosos de los antiguos Señores Sith para perseguir y acosar a aquellos que se infiltraran en sus tumbas.

Pero nada de esto equivalía a la supervivencia *corpórea*.

Plagueis no tenía interés en ser una presencia persistente e incorpórea, atrapada entre mundos y sin poderes para afectar al mundo material excepto a través de las acciones de seres de mente débil a los que pudiera incitar, persuadir o forzar a la acción. Ni buscaba pasar su mente al cuerpo de otro, tanto si era un aprendiz, como se pensaba que había intentado Bane, o de algún clon criado en un tanque. Nada menos que la inmortalidad de su cuerpo y su mente sería suficiente.

La vida eterna.

Tristemente sólo podía recabar ciertas cosas de los textos, los cristales y los holocrones almacenados en la biblioteca. El conocimiento crucial se había perdido durante el breve maestrazgo de Darth Garvid y muchos de los elementos más importantes del entrenamiento Sith desde entonces se había pasado de Maestros a aprendices en sesiones que se habían quedado sin grabar. Más concisamente, Darth Tenebrous había tenido muy poco que decir respecto a la muerte.

Solo en uno de los centros de pruebas, rodeado por los experimentos, estas cosas que Plagueis podía decir que le encantaban, la enormidad de lo que había ocurrido en Bal'demnic de repente se elevó ante él como un monolito de proporciones inmensurables. Por primera vez podía sentir la Fuerza del lado oscuro no como un mero viento de apoyo, hinchando las velas de un barco de placer, sino un huracán ansioso de liberar una tormenta de destrucción sobre la República que se desmoronaba y la indolente Orden Jedi. Una tormenta erosionadora que arrasaría todo lo anticuado y corrupto y allanaría el camino para un nuevo orden en el que los Sith regresarían al lugar que les correspondían como senescales de la galaxia y ante quienes todas las diversas especies se inclinarían, no sólo con obediencia y miedo, sino con gratitud por haberles apartado del borde del abismo.

La tarea ante él era a la vez estimulante y desalentadora y en el ojo de esa tormenta ciclónica podía oír las voces lejanas de todos aquellos que habían fijado las bases del imperativo Sith: el Gran Plan. De aquellos que habían avivado el huracán con sus alientos y sus vidas: Darth Bane y Zannah y hacia abajo a través de las generaciones que habían incluido a Cognus, Vectivus, Ramage y Tenebrous. Cien años antes, el Maestro twi'leko de Tenebrous había abierto una pequeña rendija en la tela de la Fuerza, permitiendo que el lado oscuro fuera sentido por la Orden Jedi por primera vez en más de ochocientos años. Esa había sido la inauguración, el inicio de la venganza de los Sith. Y ahora había llegado el momento de aumentar esa rendija hasta un agujero abierto, hasta una *herida* abierta, por la que la República y la Orden Jedi serían tragados por su propio riesgo.

6: LA LUNA DE LOS CAZADORES

Una brisa de la tarde llevaba el olor de la sangre fresca. Chillidos de agonía y muerte atravesaban hilillos de niebla enganchados por las ramas nudosas de los árboles greel. Las detonaciones de las armas, viejas y nuevas, de proyectiles y de energía, reverberaban desde los acantilados que rodeaban la antigua fortaleza hacia el oeste, detrás de cuyo sistema principal estaban desapareciendo justo ahora mismo. Como si se tratase de algún santuario fantástico subido encima de un lugar de culto, el Magíster Hego Damask se alzaba sobre la muralla más alta, con su capa negra agitándose, en armonía con los sonidos de la matanza. Y con el clamor de los grupos de seres volviendo de sus cacerías separadas, con la sangre de cualquier color y consistencia revuelta por la violencia primitiva, con las voces elevándose en una canción antigua o en un canto gutural y con las carcasas destripadas de su presa atada a literas antigravidez, listas para ser asadas sobre las hogueras que ardían en el patio central de la fortaleza, o para ser preservadas por taxidermistas hábiles. Veermoks, nexus y mongworsts. Dragones krayt, acklays y reeks. Cualquiera que fuera su preferencia.

Una indicación del planeta que la había engendrado, la luna se conocía como Sojourn, "Estadía", un nombre susurrado por aquellos que la conocían ligeramente e incluso por aquellos que la habían visitado repetidamente a lo largo de los siglos. El sistema se podía encontrar en los registros, pero sólo si uno sabía dónde mirar y cómo descifrar los datos que revelaban su localización.

Aquí, una vez al año, Damask y la docena de muuns que formaban el Holding Damask albergaban una reunión de seres influyentes de la galaxia. Sus nombres podrían ser conocidos por unos pocos, pero eran principalmente invisibles para las masas y podían moverse entre ellas sin ser reconocidos, aunque eran responsables (no en menor medida) de los sucesos que daban forma a la historia galáctica. Eran conducidos a Sojourn en secreto, a bordo de naves diseñadas por Rugess Nome y que pertenecían a Hego Damask. Nadie venía sin invitación, porque hacerlo era arriesgarse a una destrucción inmediata. Lo que compartían, hasta el último de ellos, era la creencia de Damask de que el beneficio financiero importaba más que la notoriedad, la política o la moralidad vulgar.

Fundada generaciones antes por miembros del Clan Bancario InterGaláctico, Sojourn había empezado como un lugar de relajación para la clientela más rica del clan. Una bonificación para aquellos de exaltado privilegio. Más tarde, bajo la dirección del anciano Damask (el padre biológico de Hego), en su retiro de la presidencia del CBI, la luna se había convertido en algo más: un lugar donde los jugadores más importantes se reunían para intercambiar ideas. Fue en Sojourn donde había sido establecido el crédito galáctico estándar, donde se propuso por primera vez la cancillería de Eixes Valorum, donde se reorganizó la constitución del Directorado de la Federación de Comercio. Luego, bajo Hego Damask, Sojourn volvió a convertirse de nuevo en otra cosa. Ya no era un centro de recreo ni un grupo de expertos, sino un experimento en pensamiento intrépido, en alquimia social. Un lugar en el que maquinar y hacer estrategias y doblar el curso de la historia galáctica en las manos de los sucesos fortuitos. Donde una vez Iotran Brandsmen había proporcionado seguridad, el contingente de Guardias del Sol echani de vestimentas plateadas de Damask ahora predominaba. A un alto precio, retoños de árboles greel de madera escarlata habían sido sacados de contrabando de Pii III y plantados en el suelo modificado de Sojourn. Los bosques se habían llenado con animales de caza clonados y criaturas exóticas. La antigua fortaleza se había transformado en una especie de albergue, con los invitados muy importantes de Damask residiendo en toscos

refugios, con nombres como Nido, Cueva, Escondite y Acantilado. Todo para animar a la similitud de pensamiento que acabaría en asociaciones de una clase inusual.

Damask permanecía en la muralla mientras que la luz disminuía y la oscuridad avanzaba sobre el paisaje boscoso. En el gran patio de abajo, las llamas de las hogueras saltaban más alto y los olores de la carne quemada flotaban pesadamente en el aire. Vinos y otros licores fluían libremente. Mujeres twi'leko y theelin les entretenían. Y la multitud se volvía pendenciera. Se requería que cada grupo de caza mostrara y descuartizara sus piezas. Que se mancharan los miembros y otros apéndices de sangre. No todos los seres eran comedores de carne, pero incluso aquellos que subsistían con granos y otros cultivos eran arrastrados al desenfreno. A medianoche se harían burlas en sátiras de los principios que servían de guía a la República y prominentes senadores, salvo aquellos que estaban presentes, estarían sujetos al ridículo. Que ceremonias y símbolos Sith se habían incorporado a las ceremonias y a la arquitectura de la fortaleza era un secreto sólo de Damask.

Sintiendo la llegada de Larsh Hill y otros dos muuns, se apartó de la vista del parapeto.

—La hutt ha estado esperándote desde la caída de la noche —dijo Hill.

—El precio de reunirse conmigo —dijo Damask.

Hill le dirigió una mirada de largo sufrimiento.

—Si no supiera eso, se habría ido hacía mucho.

El Magíster siguió al trío hacia abajo por un largo tramo de escalones de piedra y hacia un área de recepción abierta calentada por alfombras coloridas, tapices y un gran fuego. Gardulla Besadii la Anciana, señor del crimen y notable jugadora, flotaba en un palanquín apropiado a su gran tamaño, asistida por un séquito que incluía un mayordomo rodiano, guardaespaldas y otros. Los propios guardias de Damask estuvieron rápidos en escoltar a todo el mundo excepto a la hutt de vuelta hasta la sala de espera. Larsh Hill y los otros dos muuns de capas oscuras permanecieron al lado de Damask.

Enroscada recta sobre su poderosa cola, Gardulla extendió sus bra-

zos desnudos y regordetes.

—He estado admirando a sus artistas, Magíster —dijo ella—. Particularmente a las cantantes theelin. Quizás pueda usted procurarme alguna.

—Tenemos una twi'leko que proporciona las mujeres —dijo Damask desde su sillón—. Tendrá que hablar con ella.

Gardulla notó el tono cortante de su voz.

—Vayamos a los negocios entonces.

Damask ofreció un gesto de disculpa.

—Una agenda ocupada me permite un tiempo escaso para las nimiedades.

Poco acostumbrada a las conversaciones directas, la hutt frunció el ceño.

—Planeo hacerme con Tatooine, Magíster —dijo entonces—, y he venido a solicitar su apoyo.

—Un planeta árido en el sector Arkanis del Borde Exterior —le explicó Hill en voz baja desde detrás del sillón.

—Con *apoyo*, presumo que estamos hablando de créditos —dijo Damask.

Gardulla se reposicionó en la litera.

—Soy consciente de que usted desaprueba la especia y la esclavitud, pero hay beneficios que conseguir en Tatooine por otros medios.

—Nada de granjas de humedad, entonces.

Gardulla le miró encolerizadamente.

—Se está riendo de mí.

Damask hizo un gesto negligentemente.

—Le tomo el pelo, Gardulla. Sé poco sobre Tatooine, aparte de que el planeta es heredero de una catástrofe ecológica en el pasado difuso y que sus vastos desiertos ahora apoyan una población de vagos, sinvergüenzas y viajeros desventurados de todas las especies. He oído decir que nada da buen resultado en Tatooine y que los seres que residen allí envejecen prematuramente.

Damask también sabía que los antiguos Sith habían tenido una vez un puesto avanzado en Tatooine, pero se guardó eso para sí mismo.

—Afortunadamente, la longevidad viene naturalmente con mi es-

pecie —dijo Gardulla—. Pero no quiero enemigos de una clase diferente, Magíster. Enemigos a los que nada les gustaría más que verme en la tumba prematuramente.

—El clan Desilijic.

—Ellos son precisamente la razón por la que deseo alejarme de Nal Hutta. Y de los que son como Jabba Desilijic Tiure y el resto. Sin su ayuda financiera puedo conseguir eso. Sé que ha hecho amigos hutts en su previo vecindario planetario.

—Es cierto que Drixo y Progga han tenido éxito por ellos mismos en Comra —dijo Damask—, pero su éxito vino a un alto precio. ¿Qué está ofreciendo a cambio de nuestra inversión?

Una luz apareció en los ojos oscuros y oblicuos de la hutt.

—Una trazada de carreras de vainas que hará que las de Malastare y en su propio Muunilinst parezcan como carreras amateur. Además, el renacimiento de un evento anual de carreras de vainas que traerá a decenas de miles de jugadores a Tatooine y llenará mis arcas a rebosar. —Hizo una pausa y luego añadió—: Y estoy dispuesta a aceptarle como socio.

—Un socio silencioso —le corrigió Damask.

Ella asintió.

—Como desee.

Damask unió sus largos dedos y levantó las manos hasta su barbilla prominente.

—Además de un porcentaje de los beneficios, quiero que lo arregle para el que el Jefe Cabra opere libremente en Nar Shaddaa.

Gardulla adoptó una expresión incrédula.

—¿El jefe del crimen dug?

—Usted le conoce —dijo Hill cortantemente.

La hutt se irritó.

—No puedo hacer promesas, Magíster. Sol Negro está profundamente atrincherado en Nar Shaddaa y los Vigos están adiestrando a Alexi Garyn para que asuma el control de la organización. Ellos pueden no apreciar o permitir…

—Esos son nuestros términos, Gardulla —le interrumpió Damask—. Encuentre algún modo de permitirle a Cabra llegar a un acuerdo con Sol

Negro y nosotros apoyaremos su toma de Tatooine. —Él hizo un gesto hacia el patio de la fortaleza—. Esta misma noche puedo organizarlo para que se encuentre con oficiales que representan al Banco de Aargau, que le avanzarán cualquier cantidad de créditos que usted necesite.

Después de un largo momento de silencio, Gardulla asintió.

—Acepto sus términos, Magíster Damask. No estará decepcionado.

Cuando la hutt hubo dirigido su litera antigravedad fuera de la habitación, miembros de la Guardia del Sol hicieron pasar a un grupo de altos reptiles inteligentes que se alzaban sobre dos gruesas patas y cuyos anchos morros se curvaban hacia abajo en la punta. El contacto previo de Damask con los yinchorri se había limitado al holoproyector. Ahora se inclinó hacia delante con vivo interés mientras el miembro que habló se presentó en un básico brusco como Qayhuk, secretario del Consejo de Ancianos, y se lanzó inmediatamente a una diatriba denunciando al Senado por negarse a admitir a Yinchorr en la República. Con ánimos belicosos de sus compañeros, Qayhuk continuó diciendo con un énfasis de golpeo de puños que aunque su planeta natal había sido cartografiado cientos de años antes por la República, Yinchorr permanecía siendo un planeta desfavorecido y perdido que se merecía un tratamiento muchísimo mejor.

—O alguien pagará con sangre por la injusticia actual —advirtió el secretario.

Larsh Hill esperó hasta estar seguro de que Qayhuk había terminado para hacer un comentario en voz baja.

—No estoy seguro de que incluso el Senado esté listo para ellos.

Sosteniendo la mirada venenosa de Qayhuk y moviendo su mano, Damask habló.

—No tiene interés en ver a Yinchorr sentado en el Senado.

Qayhuk se ofendió.

—¿Por qué otra cosa habríamos viajado hasta aquí?

—No tiene interés en ver a Yinchorr sentado en el Senado —repitió Plagueis.

Qayhuk miró a su hermano de piel verde y luego miró a Hill.

—¿El Magíster Damask está sordo o mal de salud?

Hill se volvió hacia Damask con preocupación pero no dijo nada.

Damask ocultó su sorpresa. Como se rumoreaba, ¡los yinchorri eran aparentemetne *resistentes* a la sugerencia de la Fuerza! ¿Pero cómo era posible que los midiclorianos en un ser de inteligencia relativamente baja pudieran erigir una pared impenetrable contra la influencia de un Sith? ¿Era esto alguna clase de mecanismo de supervivencia, el modo de los midiclorianos de proteger la consciencia de sus recipientes al negarse a ser manipulados? Necesitaría poseer uno de estos seres para descubrir el secreto.

—Podríamos estar dispuestos a ayudarle a ejercer presión para que tengan representación en el Senado —dijo al fin—, pero el proceso podría requerir años estándar o incluso décadas y no estoy convencido de que tengan la paciencia para ello.

Las amplias narinas de Qayhuk se inflamaron.

—¿Qué es una década cuando hemos sido pacientes durante un siglo? ¿No somos inteligentes? ¿O se requiere que *abracemos* las condiciones junto con aceptarlas? Damask negó con la cabeza.

—Nadie les está pidiendo que aplauda el arreglo.

La expresión de Qayhuk se suavizó de alguna manera.

—¿Entonces tenemos un acuerdo?

—Redactaremos un contrato —dijo Damask—. Mientras tanto, quiero asegurarles que puedo llamarles para pedirles un favor personal de presentarse la necesidad.

Qayhuk le miró.

—¿Un favor personal? ¿De qué clase?

Damask mostró las palmas de sus manos.

—De cualquier clase que requiera, Secretario.

El yinchorri y su hermano intercambiaron miradas inciertas, pero Qayhuk al final asintió con acuerdo.

—Hecho, Magíster.

—¿Un favor? —preguntó Hill mientras acompañaban fuera a los yinchorri.

—Nada más que una prueba —le dijo Damask.

Los siguientes en ser admitidos para una audiencia eran dos gran. El más grande de la pareja, un senador de la República llamado Pax

Teem, representaba al Protectorado Gran. Teem apenas había tomado asiento cuando habló.

—Prométame, Magíster Damask, que no ha entrado en un trato con Gardulla.

—Nuestros tratos con los hutts —dijo Hill— no son menos confidenciales que nuestros tratos con usted, senador Teem.

El trío de ojos con tronco del gran se crisparon con furia.

—Rumores sobre los planes de Gardulla para renovar la trazada de carreras de vainas de Tatooine y entrar en competición directa con Malastare.

Damask le miró inexpresivamente.

—Con certeza no ha venido todo el camino hasta aquí para oírme tratar de rumores.

Teem movió su gran mandíbula.

—Se hicieron promesas, Magíster.

—Y se cumplieron —dijo Damask. Entonces, con una voz más calmada, añadió—: Como una manera de compensar las pérdidas por los ingresos derivados de las carreras de vainas, el coste de las exportaciones de combustible de Malastare se podría subir.

El gran rumió.

—Eso suena más como una posibilidad que como una garantía.

Damask se encogió de hombros.

—Lo llevaremos ante el comité dirigente. Pero por ahora, considérelo un punto inicial para la discusión. —Reclinándose en la silla, evaluó a Teem antes de decir—: ¿Qué más le está preocupando, senador?

—El favoritismo que muestra usted hacia la Federación de Comercio.

—Meramente les ayudamos a asegurarse una representación completa en el Senado —respondió Hill.

Teem se volvió estridente.

—El directorado lo estaba haciendo perfectamente bien por sí mismo sin una representación completa. ¿Y a cambio de qué? ¿De entregar algunos monopolios de transporte de los que disfrutaban en el Borde Exterior?

—Lo que es justo es justo —dijo tranquilamente Hill.

Teem le dirigió una mirada mordaz.

—La justicia no tiene parte en ello. Está usted interesado únicamente en tener al directorado para que haga su voluntad en Coruscant. —Abruptamente, se levantó sobre sus grandes pies e hizo rechinar sus dientes cuadrados—. ¡Incluso un aumento de las tasas para el combustible de Malastare dará más beneficios a los Holdings Damask y a la Federación de Comercio que a mí!

El gran les mostró su espalda a los muuns y empezó a dirigirse con paso majestuoso hacia la puerta, dejando a su ayudante agitándose con confusión durante un momento antes de que él también se levantara y se diera prisa en salir.

La boca de Hill se abrió por la sorpresa.

—Él no puede…

—Déjale irse —dijo Damask.

El muun más anciano comprimió sus labios ya finos.

—Si vamos a beneficiarnos del poder que blanden en el Senado, necesitaremos encontrar algún modo de aplacarlos, Hego.

—No estoy de acuerdo —dijo Damask—. Necesitamos encontrar un modo de mostrarle a Teem que es prescindible.

Para cuando los guardias hubieron acompañado adentro al cuarteto de gossams que dirigían Minería Subtext, su ira se había elevado tanto en su garganta que podía saborearla. Típicos de su diminuta especie, los tres saurios tenían piernas de articulación inversa, cabezas en forma de pez y largos cuellos que Damask sabía que podía romper con dos dedos. Y quizás lo hiciera, por cómo habían engañado a Tenebrous.

—Nos sorprendió recibir su invitación, Magíster —dijo el oficial jefe de operaciones de Subtext—. No teníamos ni idea de que estuviéramos incluso en sus escáneres.

Damask apenas sonrió.

—Vigilamos de cerca los sucesos galácticos. Confío en que hayan estado disfrutando de nuestra comida y nuestros entretenimientos.

—Más de lo que sabe, Magíster —dijo el jefe gossam con una risa significativa. O quizás más de lo que admitiremos.

Damask forzó una risa similar.

—Más de lo que sé… Eso es realmente muy divertido. —Dejó de reír para añadir—: Permítanos mostrarles cómo ejecutamos el funcionamiento interno de la Reunión.

Los gossam se miraron los unos a los otros con sorpresa antes de que su líder hablara.

—Estaríamos honrados.

Damask se puso en pie y asintió hacia los cuatro Guardias del Sol, que se colocaron junto al gossam como hicieron él, Hill y los otros dos muuns llevándoles hacia un grupo de antiguas cabinas de turboascensores.

—Toda la auténtica acción tiene lugar debajo —dijo Damask, poniendo la cabina en movimiento con un gesto de su mano.

En silencio descendieron dos niveles y, cuando las puertas de la cabina se separaron, entraron en un vestíbulo cavernoso subterráneo. En el centro del espacio débilmente iluminado había varias plataformas grandes y cuadradas que se podían elevar por medio de poleas hidráulicas, operadas por equipos separados de sudorosos ugnaughts de nariz chata que resollaban. Una plataforma, cargada con una escombrera de metal, estaba justo descendiendo, ante los sonidos de vítores roncos y aplausos salvajes que entraban a través de la abertura en el techo alto. Asegurado por grilletes y cadenas en una plataforma adyacente se retorcía una bestia siseante, rugiente y llena de dientes del tamaño de un bantha.

—Estamos directamente bajo el patio central —explicó Damask mientras la plataforma cargada con la bestia se estaba elevando—. Cada carga simboliza un aspecto abominable de la República, prácticas que todos deseamos ver derrocadas.

Para entonces la plataforma se había elevado hasta el nivel del patio. La multitud se acalló durante un momento y entonces, de manera simultanea con enormes descargas de energía, estallaron en ovación una vez más.

—Esas descargas eran los cañones láser haciendo su trabajo —dijo Damask lo bastante alto como para ser oídos cuando la plataforma volvió a bajar a la vista, revelando que lo que había sido una bestia ahora era un montón humeante y de olor apestoso de nervios y hue-

sos. Dirigió una sonrisa siniestra a los gossams—. Es todo teatro, ya me comprenden. Alegría para las masas.

—Obviamente un auténtico ídolo de masas, Magíster —dijo uno de los gossams, tragándose algunas de sus palabras.

Damask separó mucho sus delgados brazos.

—Entonces deben unirse a ello. —Aproximándose, asintió con la barbilla hacia una de las plataformas vacías, junto a la cual se habían posicionado los Guardias del Sol—. Suban a bordo.

Los saurios le miraron.

—Adelante —dijo Damask, ahora sin humor—. Suban a bordo.

Dos de los guardias blandieron sus armas láser.

El jefe gossam miró de un muun al siguiente, con el terror abriendo mucho sus ojos.

—¿Hemos hecho algo para disgustarle, Magíster?

—Una buena pregunta —dijo Damask—. ¿Lo han hecho?

El jefe gossam no habló hasta que los cuatro hubieran subido a la plataforma.

—Precisamente, ¿cómo llegamos a llamar su atención?

—Un amigo mutuo les trajo a llamar nuestra atención —dijo Damask—. Un bith llamado Rugess Nome. Recientemente ustedes le proporcionaron un informe de exploración y una sonda minera.

La plataforma empezó a elevarse y los gossam extendieron sus largos cuellos por el miedo.

—¡Podemos arreglar esto! —dijo uno de ellos con una voz suplicante.

Damask miró al techo.

—Entonces háganlo rápidamente. Los cañones láser disparan automáticamente.

—¡Plasma! —chilló claramente el mismo—. ¡Una reserva de plasma sin explotar! ¡Suficiente como para proporcionar energía a mil mundos!

Damask le hizo una seña a uno de los ugnaughts para que detuviera la elevación de la plataforma.

—¿Dónde? ¿En qué planeta?

—Naboo —dijo el gossam. Y luego más alto—: ¡Naboo!

Hill lo explicó, aunque innecesariamente.

—Una especie de planeta eremita en el Borde Medio y capital del sector Chommell. Relativamente cerca de Tatooine, de hecho. Una vez fue la fuente de los veermoks que habíamos clonado para utilizarlos como juego en los bosques de greel.

Damask le permitió terminar y levantó la mirada hacia los gossams.

—¿Quién os contrató para que llevarais a cabo la exploración minera?

—Una facción en oposición a la monarquía, Magíster.

—Juramos que es verdad —dijo otro.

—¿Este Naboo está gobernado por un aristócrata? —preguntó Damask.

—Un rey —dijo el jefe gossam—. Sus detractores desean ver al planeta abierto al comercio galáctico.

Damask se alejó paseando de la plataforma. Consideró torturar a los gossams, para descubrir quién les había contratado para sabotear a Tenebrous en Bal'demnic, pero decidió dejar eso para otro día, dado que el bith era conocido por haber tenido muchos adversarios. Volviéndose finalmente, le ordenó al ugnaught que devolviera la plataforma al suelo.

—¿Esta reserva de plasma es tan enorme como clamáis? —demandó.

—Única entre los planetas conocidos —dijo el líder con alivio mientras sus camaradas y él se estremecían bajo la mirada desdeñosa de Damask.

Damask les miró en silencio y luego se giró hacia el comandante de los Guardias del Sol.

—Transpórtalos hasta el planeta más remoto que puedas encontrar en el Brazo Tingel y asegúrate de que permanecen allí en caso de que tenga más necesidad de ellos.

Dejando a sus compañeros muuns para que descansaran, Damask subió a la muralla este para el amanecer. Estaba tan rendido como cualquiera de ellos pero demasiado disconforme con el resultado de

la Reunión como para encontrar mucho consuelo en el sueño. Sólo por si acaso una reserva de plasma sin explotar pudiera ser de interés para el malhumorado liderazgo de la Federación de Comercio, e ignorando por el momento el efecto que podría tener sobre las exportaciones de energía de Malastare, le había ordenado a Hill y a los otros que descubrieran todo lo que pudieran sobre el planeta Naboo y su monarquía aislacionista.

Una vez que se hubo tratado con los gossams de Minería Subtext, Damask y los muuns habían dedicado el resto de la noche a reunirse con miembros de lo que ellos llamaban su comité dirigente, que estaba formado por políticos electos, intrigantes e industriales, financieros que representaban a Sestina, Aargau y al Banco del Núcleo, miembros de élite de la Orden del Círculo Inclinado y del Directorado de la Federación de Comercio y talentosos diseñadores de naves, como Narro Sienar, a quien Plagueis planeaba apoyar en su intento por convertirse en oficial jefe de operaciones de Tecnología Santhe/Sienar. El comité se reunió periódicamente, aunque raramente en Sojourn, para asegurar la transición a una legislación amistosa con las corporaciones, fijar el precio de comodidades tales como el gas tibanna, el transpariacero y el combustible de naves estelares y mantener a los senadores en su lugar en Coruscant como diplomáticos de carrera, como un medio de distanciarlos de lo que realmente estaba teniendo lugar fuera del Núcleo.

No todo el mundo estaba de acuerdo con que la estrategia de los muuns de “astricción táctica” era el mejor método para mantener desequilibrada la República y de ese modo llegar a la manipulación. Pero Damask había insistido en que su meta común de la oligarquía (el gobierno de unos pocos elegidos) se realizaría eventualmente, incluso si la lograban como resultado de acciones y sucesos que pocos observarían, y sobre las que algunos de los miembros no podrían descubrir nunca.

La luz de las estrellas centelleó de los cascos de las últimas naves que se marchaban. Damask se consoló al saber que sus invitados creían que habían tomado parte en algo secreto y grande y que se les había animado a ejecutar campañas que en la superficie podrían ha-

ber parecido informados por su propio interés pero de hecho eran trocitos de asuntos Sith.

Movimientos en la sinfonía que era el Gran Plan…

Sirenas chillonas fracturaron el silencio de la mañana.

Los ojos de Damask se estrecharon y barrieron los bosques circundantes en busca de signos de disturbios. Se había movido hacia el parapeto más al sur cuando dos Guardias del Sol subieron corriendo por las escaleras buscándole.

—Magíster, el perímetro este se ha roto —informó uno de ellos.

Fuera de los muros de la fortaleza, la iluminación se estaba encendiendo y naves zángano estaban empezando a serpentear a través de las copas de los árboles. Ocasionalmente, una de las bestias importadas entraba en la zona segura, disparando las alarmas, pero ninguna de las cámaras remotas estaba mostrando pruebas de intrusión.

—Es posible que uno de nuestros invitados puedan haber prolongado su bienvenida —dijo el segundo Guardia del Sol. Se detuvo a escuchar un mensaje siendo retransmitido a los auriculares de su casco—. Creemos que tenemos algo. —Miró a Damask—. ¿Estará bien, Magíster, o debemos esperar con usted?

—Marchaos —les dijo Damask—. Pero mantenedme informado.

Abriéndose con sus sentimientos, empezó a examinar de nuevo el bosque. Alguien estaba allí fuera, pero no en el área en el que estaban buscando los guardias. Prestó atención a través de la Fuerza al sonido de movimientos en los árboles. ¿Había infiltrado el gran a un asesino? Si era así, ¿habían encontrado a uno lo bastante inteligente como para distraer a los Guardias del Sol para que persiguieran una ilusión? Damask y los otros muuns deberían haber sido los objetivos, pero en lugar de moverse *hacia* la fortaleza, el intruso se estaba en realidad alejándose de ella.

Pasó otro largo momento escuchando. Entonces, como fantasma, se lanzó por tres tramos de escaleras de piedra y salió a través de la vieja puerta hacia el bosque que despertaba, separando su capa mientras corría, con su mano izquierda sobre la empuñadura de su sable láser. Echando a volar en grandes números del lugar donde se posaron por la noche y chillando por el disgusto, los madrugadores de

la mañana advirtieron al resto que un cazador andaba suelto. De la clase más peligrosa, podría haber añadido Damask: un cazador de seres inteligentes. En unos momentos estaba en lo más espeso de un grupo de árboles greel adultos bien lejos del perímetro de seguridad, cuando sintió algo que le detuvo en mitad de un paso. Inmóvil, se retrajo hacia dentro en un esfuerzo por verificar lo que había sentido.

¡Un usuario de la Fuerza!

¿Un espía Jedi?, se preguntó.

Ellos habían intentado repetidamente penetrar en las defensas de Sojourn durante Reuniones previas. Pero a menos que uno hubiera llegado en una nave diseñada y construida por Darth Tenebrous, no habría habido modo de llegar a la superficie sin ser detectado. Y sin embargo alguien obviamente había tenido éxito en llegar al suelo. Levantando su mano de la empuñadura del sable láser, Damask minimizó su presencia en la Fuerza, rindiendo su eminencia y desapareciendo en el mundo material. Entonces empezó a adentrarse más profundamente en el bosque, serpenteando a través de los árboles, permitiendo que el Jedi le acechara incluso mientras se reprendía a sí mismo por haber actuado con precipitación. Si se llegaba a una emboscada, no sería capaz de luchar y arriesgarse a exponerse como un Sith. Debería haber permitido que los Guardias del Sol trataran con el intruso.

¿Pero por qué un Jedi se molestaría en poner en marcha los sensores del perímetro sólo para retirarse más allá de su alcance? Ellos no cometían errores de esa clase. Y con certeza quien fuera que estuviera allí fuera no habría esperado que un muun respondiera, aunque no fuera por más razón que porque los muuns no cometían errores de esa clase. Así que, ¿detrás de qué iba este?

Delante Damask oyó el característico siseo y zumbido de un sable láser y vio la hoja del arma brillar en la niebla. Emergiendo de detrás de un árbol de tronco grueso, el que lo blandía tenía el sable láser en su mano derecha, inclinado hacia el suelo esponjoso.

Una hoja carmesí en un bosque carmesí.

Instantáneamente llamó a su propio sable láser hasta su mano izquierda, encendiendo la hoja mientras la figura de la nieva se revelaba

completamente: un cefaloforme alto, delgado y de piel rosa con grandes ojos sin párpados…

¡Un bith!

¿Tenebrous?

Vaciló momentáneamente. No, eso no era posible. ¿Pero quién entonces? El descendiente de Tenebrous, quizás. Algún engendro criado de su material genético en un laboratorio, dado que la especie se reproducía sólo en acuerdo con los dictados de un servicio de emparejamiento por ordenador. ¿Era eso por lo que Tenebrous había declinado discutir los midiclorianos o las maneras de alargar la vida? ¿Porque ya había encontrado un modo de crear un sucesor sensible a la Fuerza?

—Sabía que podría atraerte fuera, Darth Plagueis —dijo el bith.

Plagueis dejó caer toda pretensión y se enfrentó a él completamente.

—Estás bien entrenado. Sentí la Fuerza en ti, pero no el lado oscuro.

—Tengo que darle las gracias a Darth Tenebrous por ello.

—Te hizo a su imagen. Eres un producto de la ciencia bith.

El bith se rió con dureza.

—Eres un viejo tonto. Él me encontró y me entrenó.

Plagueis recordó la advertencia que Tenebrous casi había pronunciado antes de morir.

—¿Él te tomó como aprendiz?

—Soy Darth Venamis.

—¿Darth? —dijo Plagueis con disgusto—. Eso ya lo veremos.

—Tu muerte legitimará el título, Plagueis.

Plagueis inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Tu Maestro dejó órdenes para que me mataras?

El bith asintió.

—Incluso ahora él espera mi regreso.

—Espera… —dijo Plagueis. A pesar de lo sorprendente que era descubrir que Tenebrous había entrenado a un segundo aprendiz, él tenía una sorpresa guardada para Venamis. Inhalando, dijo—: Tenebrous está muerto.

La confusión apareció en los ojos de Venamis.

—Deseas que fuera así.

Plagueis sostuvo su sable láser hacia un lado, paralelo al suelo.

—Lo que es más, murió por mi mano.

—Imposible.

Plagueis se rió con determinación.

—¿Cómo de poderoso puedes ser si fallaste en sentir la muerte de tu Maestro? Incluso ahora, tus pensamientos vuelan en todas direcciones.

Venamis levantó su sable láser por encima de un hombro.

—Al matarte vengaré su muerte y me convertiré en el Lord Sith que él sabía que tú nunca podrías ser.

—El Sith que él *quería* que fuera —le corrigió Plagueis—. Pero esto ya es suficiente. Has venido hasta muy lejos para desafiarme. Ahora haz que el esfuerzo valga la pena.

Venamis cargó.

Para Plagueis, los duelos con sable láser eran asuntos tediosos, llenos de emociones desgastadas y acrobacias innecesarias. Tenebrous, sin embargo, que había nombrado a Plagueis un maestro del arte, siempre había disfrutado de una buena pelea y claramente había legado ese entusiasmo a su otro aprendiz. Apenas habían chocado las hojas de sus armas cuando Venamis empezó a llevarle la lucha de maneras inesperadas, girando su cuerpo sorprendentemente ágil, lanzando el sable láser de una mano a otra, mezclando formas. En cierto punto saltó sobre una rama de greel que colgaba por encima y, cuando Plagueis la cortó con un golpe de la Fuerza, flotó suspendido en el aire (no es que fuera una proeza en sí mismo) y continuó la lucha, como si lo hiciera desde un terreno elevado. Peor para Plagueis era que Tenebrous había convertido a Venamis en un experto en el estilo de Plagueis y así el bith podía no sólo anticiparse sino contrarrestar cada movimiento de Plagueis.

Enseguida, Venamis penetró sus defensas, abrasando el lado del cuello de Plagueis.

El combate les llevó hacia atrás y hacia delante a través de los árboles, a través de torrentes estrechos y sobre pilas de rocas que eran las

ruinas de un antiguo puesto de centinelas. Plagueis se tomó un momento para preguntarse si alguien en la fortaleza estaba observando los resultados del combate, lo que, desde lejos, debía de haber parecido como relámpagos centelleando a través del monte bajo del bosque.

Comprendiendo que la lucha podía continuar indefinidamente, se llevó fuera de su cuerpo y empezó a trabajar su yo material como una marioneta, ya sin estar a la ofensiva, instigando los ataques, sino respondiendo meramente a las estocadas y ataques de Venamis. Gradualmente el bith comprendió que algo había cambiado, que lo que hasta entonces había sido una lucha a muerte de repente parecía como un ejercicio de entrenamiento. Exasperado, dobló sus esfuerzos, luchando más fuerte, más desesperadamente, poniendo más energía en cada maniobra y golpe y al final rindiendo su precisión y exactitud.

En el auge del ataque de Venamis, Plagueis volvió en sí con tal furia que su sable láser se convirtió en una barra cegadora. Un giro hacia arriba a dos manos lanzado desde entre sus piernas cogió a Venamis con la guardia baja. La espada no se clavó lo suficientemente profundo como para perforar el pulmón de bith pero le abrasó desde el pecho a la barbilla. Mientras su gran cabeza hendida se echó hacia atrás en retirada, Plagueis llevó su sable láser directamente hacia abajo, arrancando el arma de Venamis de su mano enguantada y casi amputándole también sus dedos largos.

Con un gesto de su otra mano, Venamis llamó a su sable láser, pero Plagueis fue una décima de segundo más rápido y la empuñadura salió disparada hasta su propia mano derecha. Sintiendo una tormenta de rayo de la Fuerza creciendo en el bith, cruzó las dos hojas carmesí delante de él.

—¡Ríndete! —dijo.

Venamis se quedó congelado, permitiendo que la tormenta naciente muriera, y cayó de rodillas en rendición mientras la estrella principal de Sojourn resplandecía a su espalda a través de los árboles.

—Me rindo, Darth Plagueis. Acepto que debo convertirme en tu aprendiz.

Plagueis desactivó la espada de Venamis y se la enganchó en su cin-

turón.

—Presumes demasiado, Venamis. Cerca de ti siempre tendría que vigilar mi espalda.

Venamis levantó la cara.

—¿Es cierto, Maestro? ¿Darth Tenebrous está muerto?

—Muerto y merecidamente. —Dio un paso hacia Venamis—. El futuro de los Sith ya no depende de la destreza física sino de la astucia política. Los nuevos Sith gobernaremos menos por la fuerza bruta que por medios de infundir *miedo*.

—¿Y qué va a ser de mí, Maestro? —preguntó Venamis.

Plagueis le estudió pétreamente. Después de una mirada rápida a su alrededor, arrancó una flor amarilla con forma de cuerno de una enredadera que colgaba y la lanzó al suelo delante de Venamis.

—Consúmela.

La mirada de Venamis fue de la flor a Plagueis y dejó que su recelo se viera en su cara.

—Conozco esta planta. Me envenenará.

—Sí —le dijo Plagueis de una manera que no tenía simpatía—. Pero me aseguraré de que no mueres

7: ALLÍ DONDE SOLÍAN ESTAR

En las profundidades de Aborath, Venamis flotaba suspendido en un tanque de bacta, con sensores sin cables fijados a su estrecho pecho, a su cuello y a su cráneo hundido y sin pelo.

—Puedes ser el regalo más importante de Tenebrous para mí —dijo Plagueis mientras miraba subir y bajar el cuerpo de bith en el espeso líquido terapéutico.

—Su cerebro continúa recuperándose de los efectos de los alcaloides al entrar en coma —remarcó 11-4D desde la parte más alejada del laboratorio—. Su condición física, sin embargo, permanece estable.

Plagueis mantuvo su mirada en Venamis. La herida que el sable láser de Venamis había infligido en el cuello de Plagueis se había curado, pero la débil cicatriz era un recordatorio vívido de su mortalidad.

—Eso es bueno, porque no estoy interesado en su mente.

En un gesto de saludo, los nuevos apéndices del droide hicieron un movimiento de un corte quirúrgico.

El análisis de sangre había revelado un alto recuento de midiclorianos, lo que para Plagueis era mayor indicación de que un ser podía tener un gran potencial en la Fuerza y, sin embargo, ser aun un inepto. Se preguntó: ¿era a Venamis a quien había sentido a través de la Fuerza después del asesinato de Tenebrous? Un Jedi habría sido un sujeto experimental más interesante, pero un Adepto del Lado Oscuro quizás era más apropiado para sus propósitos. Y dentro de muy poco el tanque de bacta adyacente contendría también a un yinchorri resistente a

la Fuerza.

Inmediatamente después de la lucha en Sojourn, Plagueis le había ordenado a los miembros de la Guardia del Sol que localizaran la nave estelar que le había permitido a Venamis infiltrarse en la Luna de los Cazadores y que después la llevaran a ella y al bith envenenado a Aborah. Larsh Hill y los otros muuns habían sido informados de que se había capturado a un intruso y que se había dispuesto de él, pero de nada más. Una investigación de la nave había producido datos que podrían haber sorprendido incluso a Darth Tenebrous, quien había proporcionado la nave. Parecía que mucho antes de que se hubiera enfrentado a Plagueis o descubierto el destino de su Maestro, el propio Venamis había estado buscando aprendices potenciales. Plagueis no podía evitar estar impresionado, aunque a regañadientes. El joven bith lo habría hecho bien en la era de Bane. Ahora, sin embargo, era un anacronismo y, por extensión, Tenebrous también.

Que Tenebrous se hubiera fijado en él no era una sorpresa para Plagueis. El bith y él habían llegado a un punto muerto décadas antes respecto a la ejecución del imperativo Sith. Siendo el producto de una de las civilizaciones más antiguas de la galaxia, Tenebrous creía que la victoria sólo se podría alcanzar a través de la unión de los poderes del lado oscuro y de la ciencia experta bith. Con la ayuda de sofisticados ordenadores y fórmulas para fundir el futuro, la variedad de seres de la galaxia podrían proporcionarlo y la Orden Jedi gradualmente menguaría y desaparecería. Tenebrous había intentado persuadir a Plagueis de que la Fuerza no jugaba a juegos de azar con la galaxia. Y que mientras que la destinada ascendencia del lado oscuro se podría predecir, su alzamiento no podía ser influenciado o acelerado por los Sith.

Los muuns creían en fórmulas y en cálculos tanto como los bith, pero Plagueis no era un fatalista. Convencido de que a las brillantes ecuaciones de Tenebrous se les pasaba por alto un factor importante, había argumentado que los sucesos futuros, tanto si eran predichos por máquinas o vistos en destellos en visiones, a menudo estaban nublados y eran poco fiables. Lo que era más importante, había sido criado para creer en la eliminación de los competidores y veía a los Jedi justo así. La Orden no era simplemente alguna corporación rival que se podía

adquirir secretamente. Tenía que ser socavada, derrocada y desmantelada. Arrancada de raíz. Había asumido que, con el tiempo, habría sido capaz de convencer a Tenebrous, pero su antiguo Maestro obviamente le había nombrado indigno de vestir el mando de sucesor Sith y había mirado a otro lugar. Los deseos desenfrenados de los seres inteligentes eran una bendición para los Sith, porque esos deseos engendraban una abundancia de seres zelotes y audaces que se podían utilizar para defender la causa. Plagueis había sido instruido para que buscara seres adecuados, justo como lo había estado Tenebrous cuando había descubierto a Venamis. Quizás Tenebrous había visto el sigiloso ataque como beneficioso, sin importar el resultado. De haber salido Venamis victorioso, él sería merecedor del mando. Y si no, Plagueis podría llegar a aceptar la auténtica naturaleza de la relación Maestro-aprendiz.

Una vieja historia que nunca había tenido mucho sentido para él.

Pero eso explicaba el curioso comportamiento en los meses y semanas previos a los sucesos de Bal'demnic. Era imposible saber durante cuánto tiempo se había estado planeando el ataque de Venamis, pero Tenebrous, a pesar de su desapego frío, simplemente había estado preocupado por la decisión. En Bel'deminic había estado distraído y esa falta de atención le había costado la vida. Pero en aquellos momentos finales, antes de que hubiera comprendido completamente el papel que Plagueis había jugado, había estado a punto de revelar la existencia de Venamis. Ahora marcaba poco la diferencia y, de hecho, Plagueis encontró la vacilación del bith despreciable.

Como Plagueis, Tenebrous había abrazado obviamente el hecho de que la Regla de Dos de Darth Bane había expirado. Muy pocos Lores Sith la habían honrado, en cualquier caso, y por buenas razones, como Plagueis veía. Las metas del Gran Plan eran la venganza y la readquisición del poder galáctico. Pero mientras que la mayoría de los Señores Sith desde Bane habían ayudado a su propia manera a debilitar a la República, sus esfuerzos habían tenido menos de desinterés y lealtad a la Regla que de debilidad e incompetencia. Podrían haber estado impulsados hacia cumplir el imperativo de Bane y, sin embargo, cada uno había caído presa de debilidades y excentricidades individuales y así habían fallado en vengarse de la Orden Jedi. Plagueis lo comprendía. Él

nunca habría sido alguien que se quedara esperando o que dedicara su reinado meramente a posicionar al subsiguiente Lord Sith para que tuviera éxito. Ni se habría contentado con permanecer a la sombra de Tenebrous como aprendiz de haber triunfado realmente el bith donde otros habían fallado.

¿Cómo, con toda su sabiduría, no había visto Tenebrous que *Plagueis* era la culminación de las ansias de venganza de un milenio? ¿Cómo no había comprendido el bith que el destino le había llamado?

En un raro momento de elogio, el bith incluso había dicho eso.

Del mismo modo que las fuerzas tectónicas hacen que una peña se precipite hasta un río, desviando para siempre su curso, los sucesos dan origen a individuos que, entrando en la corriente de la Fuerza, alteran la marea de la historia. Tú eres uno de ellos.

¿Tenía que creer ahora Plagueis que Tenebrous también había considerado que Venamis era uno de ellos?

Si era así, eso le degradaba.

Los datos descubiertos a bordo de la nave estelar de Venamis no arrojaron ninguna luz sobre qué edad había tenido cuando Tenebrous le encontró, ni había revelado nada sobre su entrenamiento. Fijar modos de entrenar a un aprendiz era algo del pasado, no obstante. La doctrina era para los Jedi. Donde los Jedi obsequiaban al poder, los Sith lo ansiaban, donde los Jedi creían que conocían la verdad, los Sith la poseían. Poseídos por el lado oscuro, al final se *convertían* en su conocimiento.

Durante los pasados quinientos años, los Sith de la línea de Bane se había abstenido de seleccionar a niños como aprendices, encontrando más ventajoso descubrir a seres que ya habían sido endurecidos o marcados por la vida.

Plagueis, sin embargo, había sido una excepción.

Muunilinst no había seguido el ejemplo cuando, en la locura que era la Tercera Gran Expansión, los planetas del Núcleo y del Borde Interior se habían extendido para asentarse y reclamar muchos de los pla-

netas explorados y que estuvieron disponibles por la Ley de Colonización y la Enmienda de Concesión de Planetas. La razón era simple: aunque los muuns tenían riqueza más allá de los sueños más salvajes de muchas especies y acceso a naves estelares de la mayor calidad, estaban poco dispuestos a dejar sus holdings desatendidos en Muunilinst. Ni estaban interesados en colonizar porque sí, en expandir su semilla, porque cuantos más muuns contuviera la galaxia, menos riqueza habría por ahí.

Al final, sin embargo, la autarquía y el aislacionismo cedieron a un deseo de hacerse esenciales para la galaxia y los muuns empezaron a financiar asentamientos establecidos por otros planetas, o por grupos independientes, autoexiliados tan a menudo como no. Y así las colonias en la parte más distante del Corredor Braxant se volvieron dependientes de Muunilinst para que les diera apoyo, pidiendo préstamos contra la promesa de descubrir venas ricas en minerales y metales preciosos. Sin embargo, cuando los tesoros propuestos no se materializaban o los mercados se saturaban, resultando en precios más bajos, las poblaciones agobiadas de aquellos asentamientos se encontraban desesperadamente endeudados con Muunilinst y se veían forzados a aceptar una supervisión directa de los muuns.

Así resultó que el padre del clan de Plagueis, Caar Damask, llegó a ser administrador del rico planeta de Mygeeto.

Localizado en el propio vecindario estelar de Muunilinst, y un terreno fértil para cristales de Adegan nuevos, artesianos y de nivel bajo, Mygeeto (*Gema*, como era conocido en la antigua lengua muun) también era uno de los planetas menos hospitalarios que los muuns habían adquirido. Cautivo de la nieve y el hielo, el planeta ostentaba pocas formas de vida indígenas y estaba asaltado constantemente por tormentas que amontonaban su superficie en espiras de cristal del tamaño de montañas. No obstante, a gran coste, los muuns habían tenido éxito en construir unas cuantas ciudades independientes y cámaras acorazadas, alimentándolas con la energía derivada de los propios cristales. Incluso en los mejores casos, Mygeeto era un desafío para la aproximación debido a su anillo de asteroides, pero los asteroides se convirtieron en impedimentos secundarios una vez que

el Clan Bancario InterGaláctico asumió el control de las operaciones de minería en las plataformas de hielo y los glaciares. Incluso entonces los Jedi tenían prohibido ir de visita sin una autorización previa.

Ya un miembro de larga trayectoria en el CBI, el Damask mayor había aceptado la comisión como un favor personal para el Alto Oficial de Muunilinst, Mals Tonith, pero más con la esperanza de avanzar en una carrera que le había dejado varado y le había tenido confinado en un nivel administrativo medio. Sin ser reconocido por su genio y enfadado por ello, Damask había dejado a su esposa principal y a sus compañeros de clan y había intentado construirse, si no una vida, entonces al menos una carrera por sí mismo en el remoto planeta helado. El éxito en supervisar las operaciones mineras llegó rápidamente, pero la satisfacción, de cualquier clase, demostró ser esquiva hasta la llegada, diez años después de la suya, de una mujer muun de casta más baja que se convertiría primero en su ayudante y luego en su esposa secundaria, dando a luz a su debido momento a un hijo al que llamaron Hego, por el padre del clan de Caar.

Su formación en una ciudad abovedada en un ambiente congelado perpetuamente era en cierto modo la antítesis de la infancia muun típica y, sin embargo, el joven Hego se las arregló no sólo para soportarla sino para prosperar. Su madre se tomó lo que algunos consideraron un interés poco sano en su desarrollo, recordando cada detalle y animándole a compartir incluso sus pensamientos más furtivos con ella. Tenía especial interés en observar las interacciones de él con sus compañeros de juegos, de especies diversas, que ella nunca se quedaba corta a la hora de proporcionarlas, interrogándole después de cada sesión sobre sus sentimientos hacia este o aquel niño. Incluso Caar encontraba suficiente tiempo en un horario exigente para ser un padre mimoso.

Hego aun no tenía cinco años cuando empezó a sentir que de alguna manera era diferente. No sólo era más astuto que sus compañeros de juegos, sino que a menudo podía manipularles, provocando risas cuando lo deseaba o igual de a menudo lágrimas, consuelo igual de a menudo como ansiedad. Aprendió a leer las intenciones y el lenguaje corporal. Cuando sentía que él no le gustaba a alguien se apar-

taría de su camino para ser generoso y, cuando sentía que a alguien le gustaba demasiado ocasionalmente se apartaba de su camino para ser difícil, como un medio para probar los límites de la relación. Adivinaba trucos y engaños y, a veces, se premitía hacerse la víctima, el crédulo, por preocupación de provocar sospechas no deseadas o por verse forzado a revelar demasiado sobre sus talentos ocultos.

Cuando sus habilidades aumentaron, otros niños se convirtieron en cosas con las que jugar más que compañeros de juegos, pero no con menos disfrute por parte de Hego. Una tarde, un muun más joven que había llegado a disgustarle empujó a Hego en un esfuerzo por ser el primero en llegar hasta la escalera que bajaba hasta el patio del nivel más abajo del hogar de los Damask. Agarrando a su amigo por la parte superior del brazo, Hego habló.

—Si tienes tanta prisa por bajar, entonces salta por la ventana.

Cruzando la mirada, Hego repitió la sugerencia y su víctima se lo tomó al pie de la letra. Se hicieron muchas preguntas después de que se descubriera el cuerpo roto del niño en el patio, pero Hego le ocultó la verdad a todo el mundo excepto a su madre. Ella le hizo repasar su explicación con crecientes detalles, hasta que finalmente habló.

—He sospechado durante mucho tiempo que tienes el don que tu padre y yo compartimos y ahora sé que es cierto. Es un poder extraño y maravilloso, Hego, y lo tienes en abundancia. Tu padre y yo hemos pasado nuestras vidas manteniendo nuestros dones como un secreto íntimamente guardado y quiero tu palabra de que de ahora en adelante hablaras de ello sólo conmigo o con él. Más adelante en la vida este poder te servirá bien, pero ahora mismo debe permanecer sin ser revelado.

Habiendo vivido una vida subrepticia durante tantos años, Hego encontró la noción de compartir el secreto con sus padres completamente natural.

Nadie le hizo responsable del salto por la ventana de su compañero de juego, pero, poco después, el flujo constante de compañeros de juegos empezó a secarse. Peor aun, su padre empezó a volverse distante, incluso mientras Hego se encontraba volviendo más y más

parte del mundo de Caar. Consideró que su padre podría haber estado mintiendo sobre tener poder o había llegado a pensar en Hego como alguna especie de monstruo. Y sin embargo observó que su padre empleaba sus poderes sobrenaturales de persuasión y manipulación en sus tratos de negocios.

Como Muunilinst, Mygeeto recibía muchos visitantes importantes y, a veces, le parecía a Hego que, en lugar de ser capaz de explorar la galaxia, la galaxia estaba viniendo a él. En varias ocasiones, su padre se encontraba con Caballeros y Padawans Jedi que venían en busca de cristales de Adegan, que la Orden Jedi utilizaba en la construcción de sables láser de entrenamiento. Hego había perfeccionado hacía mucho su habilidad de enmascarar sus poderes ante otros. Incluso sin revelar su auténtica naturaleza a los Jedi, era capaz de sentir en ellos una especie de poder afín, aunque claramente con intenciones contrarias al suyo propio. Desde el principio él supo que nunca podría ser uno de ellos y empezó a aborrecer sus visitas, por razones que no podía comprender. Incluso más intrigante, llegó a sentir un poder más cercano al suyo propio en un visitante bith llamado Rugess Nome. Nome no era un Jedi sino un ingeniero de naves estelares, que llegaba en una nave luminosa de su propio diseño. Antes de que pasara mucho tiempo, sin embargo, Hego empezó a sospechar que su madre era la razón de las visitas frecuentes de Nome. Y la sospecha de que había algo entre ellos incitó sentimientos de furia y celos en el joven Hego y una especie de abatimiento en conflicto en su padre.

Hego había tomado su decisión de recurrir a su poder para tratar la situación intolerable cuando, durante una de las visitas de Nome, fue llamado a la oficina de su padre, donde Caar, su madre y el bith le estaban esperando.

—Eres de nuestra sangre, Hego —había dicho Caar sin mirar a su esposa—, pero ya no podemos criarte durante más tiempo como nuestra progenie.

Hego había mirado de su padre a su madre con creciente angustia, temiendo las mismas palabras que Caar añadió un momento después.

—En realidad —dijo con un asentimiento en dirección a Nome—, y de modos que eventualmente llegarás a entender, le perteneces a él.

Una década después, Hego descubriría que mientras que Caar había hecho, de hecho, todo lo que podía para guardarse sus habilidades de la Fuerza para sí mismo, había llegado a llamar la atención de Nome cuando los dos habían tenido la oportunidad de encontrarse en el Centro Espacial de Puerto Alto. Pasarían años antes de que Nome encontrara a la madre de Hego, a quien había reclutado no como aprendiz, porque ella no era lo bastante fuerte en la Fuerza, sino como una discípula, cuya tarea había sido enamorar a Caar y llevar el fruto de esa seducción: un niño que Nome y la ciencia bith predijeron que nacería fuerte en la Fuerza. Los padres de Hego salvaguardaron el secreto hasta que su poder había empezado a revelarse. Y entonces se había hecho un trato: Hego, a cambio de la realización del sueño de la vida de Caar Damask de ser aceptado en el escalón más alto del Clan Bancario InterGaláctico.

Cinco años después de la revelación en la oficina, Caar fue llamado de vuelta a Muunilinst para convertirse en director de la rama del tesoro del CBI. La madre de Hego se desvaneció, para no volver a ser vista de nuevo ni por su marido ni por su hijo. Y el aprendizaje de Hego del Lord Sith Darth Tenebrous comenzó.

Además de ser ampliamente respetado como un sabio ingeniero y diseñador de naves espaciales, Rugess Nome dirigía una organización en las sombras que a lo largo de las décadas había reunido datos de inteligencia sobre los datos de casi cada criminal, contrabandista, pirata y terrorista potencial que había dejado una marca en la galaxia. Con el joven Hego camuflado como el contable de Nome, los dos Sith secretos habían viajado mucho, a menudo conspirando con los seres más notables de la galaxia y facilitando la anarquía cada vez que era posible.

Nosotros los Sith somos una oposición invisible, le había dicho Tenebrous a su joven aprendiz. *Una amenaza fantasma. Donde los Sith llevaron una vez armadura, ahora llevamos capas. Pero la Fuerza trabaja a través de todos nosotros mucho más poderosamente en nuestra invisibilidad. Durante el presente, cuanto más encubiertos permanezcamos, más influencia podemos*

tener. Nuestra venganza será alcanzada no a través de la subyugación sino por contagio.

Como explicó Tenebrous, los Jedi habían emergido fuertes de la guerra de un milenio antes y, mientras que Darth Bane y los Señores Sith subsecuentes habían hecho todo lo posible por desestabilizar la renacida República, trabajaron en desventaja. Así que al final se decidió que los Sith debían ocultarse a plena vista, amasando riquezas y conocimiento y asegurando contactos y alianzas con grupos que un día formarían la base de una oposición por toda la galaxia a la República y la reverenciada Orden que la servía. Sin lugar a dudas, aquellos primeros siglos habían sido desafiantes, viendo a los Jedi volver a su posición eminente. Pero los Sith habían tenido el lujo de estudiar a la Orden desde lejos sin que los Jedi fueran jamás conscientes de que tenían adversarios.

El desgarro que el Maestro twi'leko de Tenebrous había abierto en la tela de la Fuerza había sido sentido por los Jedi y la Orden ya estaba empezando a mostrar signos de circunspección y languidez. También la República había sido socavada de manera similar, al animar a la corrupción en el Senado y la anarquía en los sistemas del Borde Exterior, lo que se habían convertido en vertederos para el Núcleo.

Con los desgraciados de la galaxia siendo convertidos para la causa, los poderosos necesitaban ahora estar unidos, con Darth Plagueis como su líder, manipulando las acciones de unos cuantos importantes para controlar el comportamiento de incontables trillones.

8: VÍCTIMAS DE SUS PROPIAS ARGUCIAS

Al entrenar a Venamis, Tenebrous obviamente había creído que estaba protegiendo el Gran Plan. Venamis también lo creía, al mantener vigilados a un puñado de candidatos poderosos en la Fuerza que él, o quizás Tenebrous, habían descubierto. Pero ahora recaía en Plagueis hacer algo sobre esos competidores potenciales, aunque no fuera por otra razón más que eliminar la posibilidad de otro ataque sorpresa.

Los bancos de datos de la nave de Venamis contenían información sobre seis seres, pero investigaciones subsecuentes de 11-4D revelaron que uno había muerto por causas naturales, otro fue ejecutado y un tercero fue asesinado en una reyerta en una cantina. Dos de los tres que quedaban no tenían nombres, pero Plagueis y 11-4D habían tenido éxito en descubrir tanto sobre ellos como sabía Venamis, después de romper el código complejo que el bith había utilizado para salvaguardar las entradas. Cómo les habían pasado inadvertidos los candidatos de Venamis a los Jedi era una especie de misterio, pero uno que apenas merecía la pena solventar. Plagueis simplemente tenía que determinar si representaban una amenaza, para él o para el Gran Plan.

Los muun raramente eran vistos bebiendo demasiado Reserva Rywen en cafés exclusivos, probando especia refinada en clubs cerrados o desafiando a la banca en torneos de maratón de sabacc. Los programas de celebridades de la HoloRed nunca les mostraban con bailarinas twi'lekos en sus brazos delgados, o aventurándose en los

bosques, mares o cordilleras puramente por deporte o aventura.

Pero Plagueis estaba a punto de romper con la tradición, ahora que el primero de los candidatos potenciales de Venamis había sigo seguido hasta un casino en Ciudad Lianna, en el corazón del remoto Cúmulo Tion.

Con los mofletes temblando, los ojos límpidos reflejando preocupación y flanqueado por personal de seguridad nikto, el regordete gerente sullustano del Casino Colliders se dio prisa por cruzar el vestíbulo enmoquetado hacia el escritorio del conserje donde Plagueis y 11-4D estaban esperando. Un par de brazos utilitarios gruesos a propósito, uno de los cuales ocultaba un arma láser, sustituían a los apéndices quirúrgicos normales del droide y Plagueis estaba ataviado con lo que la mayoría de los seres asumiría que eran ropajes del Clan Bancario, aunque de corte diferente y de un verde más claro.

—Bienvenido, señor, bienvenido —empezó el gerente con una voz agitada—. El Colliders se siente honrado de tenerle como cliente, aunque puedo decirle que es usted el primer ser de Muunilinst que ha utilizado la entrada pública del casino. La entrada privada…

Plagueis levantó una mano para interrumpirle.

—No estoy aquí por negocios del banco.

El sullustano le miró.

—¿Entonces esto es una auditoría de improviso?

—Estoy aquí en relación con un asunto privado.

El gerente se aclaró la garganta y se alzó más recto.

—Entonces quizás podríamos empezar con su nombre.

—Soy Hego Damask.

Los mofletes del sullustano empezaron a temblar de nuevo.

—¿El Magíster Damask? ¿De los Holdings Damask?

Plagueis asintió.

—Perdóneme por no reconocerle, señor. De no ser por su altruismo, el Colliders estaría en la bancarrota. Más concretamente, Ciudad Lianna no sería el centro que es hoy y el orgullo del Cúmulo Tion.

Plagueis sonrió agradablemente.

—Entonces si pudiéramos terminar la reunión en su oficina…

—Por supuesto, por supuesto. —El sullustano le hizo señas a los guardias para que formaran una falange y luego le hizo gestos cortésmente a Plagueis y a 11-4D para que los siguiera—. Después de usted, señor. Por favor.

Un turboascensor les llevó directamente a una gran oficina que dominaba la sala de juego principal del casino, que estaba llena de patrones de especies del Borde Medio y Exterior sentados en mesas y en máquinas individuales o apiñados alrededor de ruletas y ruedas de la fortuna y otros aparatos de juego. El gerente le hizo un gesto a Plagueis para que se sentara en una silla con mucho relleno y se sentó en un escritorio reflectante. UnoUno-CuatroDé se quedó en pie silenciosamente al lado de Plagueis.

—¿Dijo usted algo sobre un asunto privado, Magíster Damask?

Plagueis entrelazó sus manos.

—Tengo entendido que el Colliders albergó a un gran ganador hace una semana.

El sullustano negó tristemente con la cabeza.

—Las malas noticias viajan rápidamente, según veo. Pero sí, casi nos arrasó. Una racha de suerte extraña.

—¿Está seguro de que fue suerte?

El sullustano consideró la pregunta.

—Creo que comprendo adónde quiere llegar, así que permítame explicarlo. A las especies conocidas por tener habilidades telepáticas se les ha prohibido jugar en el Colliders, igual que en la mayoría de los casinos. Además, siempre hemos operado bajo la asunción de que el noventa y nueve por ciento de los seres fuertes en la Fuerza pertenecen a la Orden Jedi y los Jedi no juegan. Con respecto al uno por ciento restante, aquellos que pueden haber caído entre las grietas, esto es, bueno, la mayoría de ellos probablemente están fuera en algún lugar haciendo buenas obras o encerrados en monasterios contemplando los misterios del universo.

—¿Y los restantes?

El sullustano plantó sus codos en el escritorio y se inclinó hacia de-

lante.

—En esas ocasiones raras, y enfatizo el raras, cuando tenemos sospechas de que un ser podría estar utilizando la Fuerza, hemos demandado que se sometan a un análisis de sangre.

—¿Han desenmascarado alguna vez a un usuario de la Fuerza?

—No en los veinte años que he sido el administrador de esta instalación. Por supuesto, en este negocio se oyen historias. Por ejemplo, hay una sobre un casino en Danon que empleaba a un iktotchi poderoso en la Fuerza como un refrigerante, alguien capaz de romper la racha ganadora de un jugador. Pero sospecho que la historia es apócrifa. Aquí en el Colliders nos basamos en los métodos estándar para asegurarnos de que las probabilidades están siempre a nuestro favor. No obstante, de vez en cuando, alguien demuestra una excepción a la regla. —Hizo una pausa durante un momento—. Pero admitiré que no he visto una racha ganadora como esta en años. Podría llevarnos meses recuperarnos.

—¿Demandó la prueba de sangre?

—De hecho sí, Magíster Damask. Pero nuestro analista residente dijo que la sangre del ganador no contenía… bueno, lo que fuera que tendría que contener si el jugador fuera un usuario de la Fuerza. Confieso que tengo una comprensión pobre de la química involucrada.

—Yo mismo desearía comprender más —dijo Plagueis—. ¿Tiene por casualidad una imagen del ganador?

El gerente frunció el ceño.

—No quiero entrometerme, pero, ¿podría preguntar porqué esto es de interés personal?

Plagueis absorbió por la nariz.

—Es una cuestión de impuestos.

El sullustano se animó.

—Entonces no faltaría más.

Sus pequeños dedos volaron a través del panel de introducción de datos del escritorio y en segundos la imagen de un weequay apareció en una pantalla en la pared.

Plagueis estaba decepcionado y desconcertado. Los datos a bordo de la nave de Venamis habían identificado al candidato potencial

como un quarren. El ser de Mon Calamari había estado utilizando la Fuerza para hacer saltar la banca de casinos de media docena de planetas, desde Coruscant a Taris, desde Nar Shaddaa hasta Carratos. Aparentemente el weequay que había ganado mucho en el Colliders simplemente había tenido suerte. Plagueis estaba a punto de decirle eso a 11-4D cuando un intercomunicador sonó y el gerente insertó un receptor en su gran oreja.

—¡Otra vez no! —dijo—. De acuerdo, envía un equipo de seguridad para vigilarle.

Plagueis esperó una explicación.

—Otra racha ganadora —dijo el sullustano—. ¡Un kubaz esta vez!

Plagueis se puso en pie.

—Deseo acompañar al equipo de seguridad a la sala. No interferiré. Simplemente siento curiosidad sobre sus métodos para detectar a los tramposos.

—Por supuesto —dijo el gerente, distraído—. Quizá usted vea algo que se nos pasó por alto.

Plagueis alcanzó el truboascensor simultáneamente con la llegada de dos bothans vestidos con trajes de chaqueta y permaneció con ellos mientras serpenteaban a través del área de juego en la sala a nivel del suelo hasta una de las mesas de collider del casino. Los jugadores atraídos por la acción estaban agrupados en tres filas alrededor de la mesa, haciendo imposible ver poco más de un destello del afortunado kubaz hasta que Plagueis y los bothans llegaron hasta el hueco del crupier. Presionado entre mujeres de varias especies que estaban intentando sin éxito conseguir su atención, el hombre insectívoro de piel oscura y morro largo estaba sentado frente al crupier, tras varios montones de chips de créditos. El juego se llamaba collider porque los jugadores hacían las apuestas sobre los tipos y las espirales de los caminos que creaban las partículas subatómicas creadas como resultado de las colisiones que ocurrían dentro del acelerador de la mesa y los disparos aleatorios de desvíos electromagnéticos que la rodeaban. Debido a la naturaleza impredecible de las colisiones, la casa disfrutaba sólo de una pequeña ventaja, donde los aceleradores no estaban amañados, pero el kubaz estaba superando las probabilidades al

apostar solamente por los caminos de las partículas más que las categorías de partículas.

Con el acelerador de la mesa zumbando al encenderse y el kubaz deslizando algunos de sus chips a través de la parrilla de juego, Plagueis se abrió cuidadosamente con la Fuerza, sintiendo una concentración intensa por parte del kubaz y después un aumento extraordinario de energía psíquica. El kubaz estaba utilizando la Fuerza, no para guiar a las partículas a lo largo de ciertos caminos, sino para deslumbrar a los electroimanes y reducir significativamente el número de caminos que era probable que siguieran las partículas creadas.

La multitud reunida aplaudió y rugió cuando él ganó otra vez y el crupier empujó otro montón más de chips de créditos por la mesa, añadiéndolo a los millones de créditos que el kubaz ya había ganado. En un esfuerzo por ver más al kubaz, Plagueis se abrió a la Fuerza de nuevo y se dio cuenta al instante de que el kubaz había percibido la intrusión. Levantándose de la silla tan repentinamente que las mujeres a cada lado de él casi fueron derribadas, le ordenó al crupier que se lo convirtiera en efectivo. Sin mirar a su alrededor, aceptó el chip de ganancias canjeable y se dirigió a toda prisa en dirección al bar más cercano. El equipo de seguridad bothan se colocó tras él, después de prometer alertar a Plagueis si el kubaz intentaba dejar el casino.

Volviendo a la oficina del piso superior donde 11-4D todavía le estaba esperando junto a la silla y el gerente sullustano se estaba recuperando de un sudor nervioso, Plagueis le preguntó si el Colliders mantenía una base de datos de jugadores que se habían ganado una reputación de hacer saltar la banca de los casinos, no sólo en Lianna sino en otros planetas donde el juego era un pasatiempo popular. En la pantalla de la pared aparecieron momentos después imágenes de hombres y mujeres ongree, askajianos, zabraks, togrutas, kel dors, gotals y kiltos. Incluso un cambiante clawdita.

—Estos son los más notorios del grupo —estaba explicando el gerente cuando la imagen de un neimoidiano apareció en la pantalla—. Los que la Autoridad del Juego sospecha que han desarrollado métodos fiables de hacer trampas. De aparecer alguno en el Colliders se

le negará la entrada.

Plagueis estudió las imágenes finales y se volvió hacia el sullustano.

—Ha sido de lo más servicial. No le molestaremos más.

El tuboascensor acababa de bajarles a 11-4D y a él hasta el nivel del casino cuando le preguntó al droide si se había dado cuenta de algo delator sobre la lista de ganadores.

—Encuentro curioso que son todos, digamos, bípedos muunoides aproximadamente de la misma constitución física y casi de idéntico peso. Uno punto ochenta metros, para ser exactos. —UnoUno-CuatroDé miró a Plagueis—. ¿Es posible que sean el mismo ser?

Plagueis sonrió con satisfacción.

—¿Quizás un clawdita?

—Estaba a punto de sugerir eso. Sin embargo, es mi comprensión que los cambiantes reptomamíferos zolan raramente tienen éxito en perpetuar el camuflaje de otras especies durante algo más que un tiempo breve sin experimentar una incomodidad intensa. Lo que es más, la lista mostraba a un clawdita.

—¿Qué pasa si era un ser tomando la forma de un clawdita?

UnoUno-CuatroDé le dio una especie de punto de partida.

—Un shi'ido, Magíster. ¡El candidato que Venamis estaba monitorizando era un cambiapiel!

Poco se sabía sobre la especie recluida y telépata de Laomon, salvo que eran capaces de imitar una amplia variedad de especies inteligentes. Se decía que los más dotados eran capaces de imitar árboles e incluso rocas. Una poderosa mujer shi'ido llamada Belia Darzu había sido un Lord Sith en la era pre-Bane, creando ejércitos de tecnobestias que controlaba utilizando la energía del lado oscuro.

—Eso explicaría los resultados negativos de los análisis de sangre —estaba diciendo 11-4D.

Plagueis asintió.

—Sospecho que este shi'ido poderoso en la Fuerza ha aprendido cómo alterar su sangre. O quizás meramente nubló la mente del analista, urgiéndole a ignorar el resultado del recuento de midiclorianos.

Acababan de bajar al área de juegos cuando uno de los bothans se acercó a toda prisa.

—Magíster Damask, acabo de recibir noticias de que el kubaz se marcha.

—¿Pidió el kubaz que transfirieran sus ganancias a una cuenta?

El bothan negó con la cabeza.

—Prefirió un chip de créditos. Muchos ganadores lo hacen, esperando proteger su privacidad.

Plagueis le dio las gracias y se volvió hacia el droide.

—Deprisa, CuatroDé. Antes de que nos saque mucha ventaja.

Salieron a la brillante ecumenópolis, donde los rascacielos y mónadas se alzaban sobe ellos, las pasarelas peatonales estaban congestionados por seres de un lado a otro de la Ruta de Comercio Perlemiana y el cielo estaba atestado de tráfico. Y casi a todos lados que miraban, veían el nombre Santhe: sobre las puertas de los edificios, en los anuncios que aparecían en pantallas gigantes en las paredes y emblasonadas en los laterales de los deslizadores aéreos y las naves. La familia prominente casi poseía Lianna y le había arrebatado, durante los pasados treinta años, un interés controlador en una de las empresas principales de Lianna: Tecnologías Sienar, representantes de la cual habían sido invitados a la reciente Reunión de Sojourn.

Manteniendo una distancia razonable, Plagueis y 11-4D siguieron al kubaz de una pasarela ajetreada a otra y luego a través de uno de los ornamentados puentes que cruzaba el Río Lona Cranith hasta la ciudad hermana de Lianna, Lola Curich. Más allá del cuartel general de la Sociedad Histórica de Aliados de Tion, Deslizadores de Fronde, una cantina llamada Thorip Norr… Todo mientras el kubaz había estado mirando por encima de su hombro y ahora estaba acelerando el paso mientras se acercaba a la entrada de un túnel peatonal.

—El shi'ido se comporta como si fuera consciente de que le están siguiendo —dijo 11-4D, con los fotorreceptores fijados en su presa.

—Intentará perdernos en el túnel. Haríamos mejor en esperarle a la salida. —Plagueis se detuvo para echar un vistazo a su alrededor—. Por aquí, CuatroDé.

Dándose prisa por rodear los edificios que el túnel atravesaba por abajo, emergieron justo donde los peatones fluían directamente hasta una plaza pública rodeada por restaurantes y boutiques. UnoUno-

CuatroDé agudizó sus receptores ópticos y los apuntó hacia la boca del túnel.

—Basándome en media de la velocidad a la que el shi'ido estaba caminando cuando entró en el túnel, debería haber salido a estas alturas.

—Y realmente ha salido —dijo Plagueis—. Dirige tu atención hacia el askajiano fornido que está pasando junto a la Cuchara de Aurodium.

Los fotorreceptores del droide rotaron ligeramente.

—El shi'ido cambió de piel dentro del túnel.

—Sospecho que podría haberlo hecho.

—Ojalá tuviera una herramienta comparable a la Fuerza, Magíster.

Reasumieron su vigilancia clandestina, siguiendo ahora al askajiano, que les llevó por un recorrido enrevesado por Lola Curich que terminó en un kiosco automatizado del Clan Bancario InterGaláctico al lado de una franquicia de PetVac. Plagueis confió en 11-4D para que realizara una actualización de las actividades del cambiapiel.

—Ha depositado el chip de crédito —dijo el droide—. Pero soy incapaz de proporcionar el número de cuenta. Incluso mis mejoras de macrovisión tienen sus limitaciones.

Plagueis le hizo un gesto de desprecio.

—Eso no será un problema.

Esperaron hasta que el shi'ido hubo salido del kiosco para lanzarse dentro. Con la ayuda de los códigos del CBI que Plagueis proporcionó, 11-4D pronto consiguió no sólo el número de cuenta sino también la identidad del titular.

—Kerred Santhe, Segundo —dijo el droide.

Plagueis se quedó sin palabras durante un momento. Santhe había heredado la propiedad principal de las Tecnologías Santhe Sienar del anciano Kerred, que tuvo la distinción de ser el primer asesinato de Plagueis bajo la tutela de Darth Tenebrous. Pero que un industrial rico como Santhe debiera tener necesidad de las ganancias de un jugador tenía poco sentido. A menos que el shi'ido estuviera de alguna manera en deuda con Santhe. ¿Explicaba la conexión retorcida con Tenebrous cómo había llamado por primera vez el cambiapiel la aten-

ción de Venamis?

—¿Está muy versado en fisiología shi'ido? —le preguntó Plagueis a 11-4D.

—Los sujetos shi'ido participaron en los estudios de longevidad llevados a cabo en Obroa-skai. Poseen una fisiología y una anatomía muy flexibles, con tendones y ligamentos reconfigurables y rasgos esqueléticos delgados pero densos que les permiten sustentar sus masas carnosas y sus reservas extensas de fluidos corporales.

—¿Son capaces tus sensores de determinar cuándo está a punto de cambiar de piel un shi'ido?

—Si el shi'ido está cerca, sí.

—Entonces no tenemos un momento que perder.

Alcanzando a su presa mientras estaba entrando en la plaza pública, le adelantaron y se dieron prisa por entrar en el túnel peatonal delante de él. Cien metros más allá se encontraron en un tramo sin ocupar y débilmente iluminado que Plagueis supuso que utilizaría el shi'ido para transformarse y esperaron.

El shi'ido no le decepcionó. Y en el momento empezó a cambiar, de askajiano a lo que podría haber sido un ongree o un gotal, 11-4D activó el arma láser oculto en su brazo derecho y disparó un rayo compacto en la base del cerebro del shi'ido.

La mezcla de especies momentáneamente monstruosa liberó un grito atormentado y se derrumbó sobre el suelo del túnel, retorciéndose de dolor. Moviendo rápidamente, 11-4D le arrastró más adentro en la oscuridad, donde Plagueis se posicionó tras el cráneo grotescamente protuberante, los hombros desnivelados y la espalda encorvada del cambiapiel.

—¿Por qué transferiste tus ganancias a Kerred Santhe? —preguntó Plagueis.

La boca retorcida del shi'ido luchó por formar una respuesta.

—¿Estás con la Autoridad del Juego?

—Más quisieras tú. De nuevo: ¿Por qué Kerred Santhe?

—Deudas de juego —pronunció mal el shi'ido, mientras la saliva le caía hasta el suelo—. Le debe dinero a un par de Vigos de Sol Negro y a otros prestamistas.

—Santhe es uno de los seres más ricos de la galaxia —le presionó Plagueis—. ¿Por qué necesitaría que hubieras estado robando los casinos desde aquí a Coruscant?

—Debe *millones*. No ha dejado de beber y jugar desde que su padre fue asesinado.

Brillantemente asesinado, pensó Plagueis.

—Incluso así, Sol Negro nunca le fijaría como objetivo.

El shi'ido poderoso en la Fuerza estiró su cuello lleno de bultos en un esfuerzo por echarle un vistazo a su inquisidor.

—Eso lo sabe. Pero los Vigos están amenazando con hacer pública la información. Un escándalo podría persuadir al consejo de administración de Santhe/Sienar de echarle del puesto de oficial jefe de operaciones y nombrar a Narro Sienar como su sustituto.

Plagueis se rió un poco de un modo sorprendido pero satisfecho.

—También deberían hacerlo, cambiapiel. —Se puso en pie y empezó a alejarse—. Has sido de lo más útil. Eres libre de marcharte.

—No puedes dejarme así —rogó el shi'ido.

Plaguies se detuvo y volvió hasta su víctima.

—Si estuvieras sufragando al terrorismo o comprando armas, podría haberte permitido continuar desplumando los casinos. Pero al engordar las arcas de Sol Negro y proteger la reputación de un enemigo de uno de mis amigos, te conviertes también en mi enemigo. —Bajó la voz en un gruñido amenazador—. Considera esto: tienes una última oportunidad de utilizar tus talentos de la Fuerza para ganar mucho dinero antes de que tu imagen horrible se convierta en la pieza central de la base de datos de tramposos en cada planeta en los que se juega. Te sugiero que utilices tus ganancias sabiamente para fabricarte una vida nueva para ti mismo donde la Autoridad del Juego no sea capaz de encontrarte y yo no iré a buscarte.

Decir que el planeta Saleucami era el punto brillante de su sistema significaba meramente que sólo él, entre media docena de planetas sin aires y desolados, era capaz de soportar vida. Sus propios puntos brillantes no eran, como uno podía sospechar, aquellas áreas que

todavía no habían sido victimizadas por bombardeos de meteoritos, sino más bien algunos de los cráteres de impactos que las tormentas celestiales incesantes habían dejado atrás. Porque allí donde los meteoritos impactaban habían sacado las aguas subterráneas ricas en minerales a la superficie árida, convirtiendo los cráteres en lagos de caldera y los alrededores en oasis de flora de hojas redondeadas.

Bípedos de piel azul y ojos amarillos de la parte más alejada del Núcleo habían sido los primeros en colonizar Saleucami, que significaba "oasis" en su lengua, porque el planeta esta justo entre aquellos que habían visitado durante el largo viaje desde Wroona. Desde entonces habían llegado grupos de vigorosos weequays, grans y twi'lekos, huyendo de conflictos o buscando aislamiento pobre, y siendo aptos para las tareas de las granjas en el terreno incoloro en busca de humedad y subsistiendo de insípidos tubérculos que se secaban al calor del mediodía y se congelaba completamente por la noche. Eventualmente el planeta dio origen a una ciudad y un espaciopuerto, construidos a la sombra de una de las calderas y alimentados por energía geotermal.

Los inmigrantes más recientes de Saleucami eran de una clase diferente: seres jóvenes de planetas tan distantes como Glee Anselm y Arkania, vestidos con ropajes harapientos y llevando sus posesiones sobre sus espaldas. Viajeros y buscadores llegando en transportes apaleados y cargueros vagabundos que servían en los sistemas del Borde Exterior. Hombres y mujeres, aunque tres veces más lo último que los primeros, distinguiéndose por lo que algunos veían como una mirada incansable y otros como la expresión de la pérdida. Al principio los colonos nativos no sabían que pensar de estos apáticos viajeros, pero gradualmente había crecido una industria para atender a sus necesidades simples aunque peculiares de abrigo, comida y transporte en superficie hasta las tierras yermas, donde esperaba la iluminación, entregados a las manos grandes de un ser que se rumoreaba que poseía poderes proféticos.

Entre ellos aquel día había un muun llevando una simple capa con capucha y botas usadas. Donde normalmente la mera imagen de un muun podría haber generado rumores que Saleucami estaba a punto

de ser adquirido por el Clan Bancario InterGaláctico, la horda juvenil con la que iba el muun apenas le dirigió una segunda mirada. No cuando la multitud ya incluía ryn y fosh y otras especies exóticas. Y no cuando el propio Saleucami se veía como poco más que una piedra de toque hacia un planeta más grande.

Plagueis había dejado a 11-4D en Sy Myrth y había completado el viaje en carguero con la esperanza de mantener un perfil tan bajo como fuera posible. Los datos de la trayectoria de la profetisa eran escasos, aunque Venamis había apuntado que había nacido en el Borde Interior y había llegado a Saleucami sólo tres años antes. Los colonos de Saleucami estaban dispuestos a tolerar su presencia, al igual que al campamento de los seguidores que atraía, con tal que se quedaran confinados con su asamblea en los páramos.

Incrustado entre otros cuarenta en un autobús demasiado lleno, Plagueis dejó que su mirada barriera el terreno abandonado de montañas volcánicas y las paredes escarpadas de los cráteres de impactos. En un cielo sin nubes de un púrpura pálido, con la luz cegadora centelleando intermitentemente, y la monotonía del viaje de cinco horas aliviada únicamente por los asentamientos ocasionales o solitarias granjas de humedad. El final del viaje fue un lago de caldera relativamente pequeño, desde las orillas de la que se elevaba una zona comunal de tiendas y refugios toscos, poblados por veteranos soñadores de asentamientos previos.

Los Seleccionados, como les llamaban.

Subiendo desde el autobús deslizador, Plagueis se unió a la multitud de recién llegados en un viaje corto hasta un anfiteatro natural, donde los trozos de meteoritos proporcionaban asientos para algunos. Otros se sentaban sobre sus mochilas o estaban diseminados por el suelo desigual. Poco después, el sonido de los motores lloriqueantes anunciaron la llegada de una caravana de deslizadores terrestres hibridizados, muchos en una condición prístina, aunque cubiertos con polvo y descoloridos por la luz dura. Casi todo el mundo en el anfiteatro se puso en pie y una oleada de anticipación se movió a través de la multitud, aumentando hasta fervor cuando una mujer iktotchi salió de uno de los vehículos, rodeada por discípulos vestidos tan simplemente

como ella.

Plagueis no podía pensar en un ser más apropiado para Saleucami o para el estatus de culto: una bípeda sin pelo con unos cuernos curvados hacia abajo y un ceño prominente, con la piel endurecida por soportar los vientos violentos de su planeta y un semblante beligerante que revelaba una naturaleza emocional. Pero, lo más importante, poseía una acreditada habilidad precognitiva.

Sola, subió a una losa de piedra que era el escenario del anfiteatro y, una vez que la multitud se hubo tranquilizado, empezó a hablar con una voz solemne.

—He visto la oscuridad que viene y a los seres que visitarán la galaxia. —Hizo una breve pausa para permitir que sus palabras se sintieran—. He sido testigo del colapso de la República y he contemplado a la Orden Jedi girar en agitación. —Apuntó un dedo hacia las montañas distantes—. En el horizonte acecha una guerra que se extenderá a toda la galaxia, un conflicto entre máquinas de aleación y máquinas de carne y la subsecuente muerte de decenas de millones de inocentes.

Paseó fuera de la losa, casi como si hablara consigo misma.

—He visto planetas subyugados y planetas destruidos y del caos nacerá un nuevo orden, reforzado por armas feroces como las que no se han visto en más de mil años. Una galaxia llevada bajo el yugo de un déspota cruel que sirve a las fuerzas de la entropía. Y finalmente he visto que sólo aquellos endurecidos por esta verdad ineludible pueden sobrevivir. —Examinó a la audiencia—. Sólo aquellos de vosotros que estéis dispuestos a volveros los unos contra los otros y beneficiaros de las desgracias de otros.

La multitud estaba sentada en sorprendido silencio. Se decía que los iktotchi renunciaban a algunas de sus habilidades precognitivas cuanto más lejos viajaban de su planeta natal, pero ese no siempre era el caso. Y con certeza no era así, se dijo Plagueis a sí mismo, en el caso de un iktotchi que era fuerte en la Fuerza. No era de extrañar que Venamis la hubiera estado observando.

—He sido enviada a derrocar vuestras creencias más alegres en un futuro brillante y a ayudaros a hacerle la guerra a las buenas intencio-

nes y el engaño de las ideas puras. A enseñaros cómo aceptar el hecho de que incluso en mitad de esta era aparentemente bendecida, este parpadeo de un ojo en la historia de los seres inteligentes, nuestros instintos básicos prevalecen sobre nosotros. He sido enviada a aconsejaros que la propia Fuerza llegará a ser como si no hubiera sido sino un capricho pasajero entre los que se engañan a sí mismos, una ilusión anticuada que se convertirá en el humo de los fuegos limpiadores de una nueva era.

Hizo una pausa una vez más y, cuando habló de nuevo, algo del tono cortante había abandonado su voz.

—Lo que esta galaxia reordenada necesitará son seres que no tienen miedo a ser arrogantes, egoístas e impulsados a sobrevivir a toda costa. Aquí, bajo mi guía, aprenderéis a dejar ir vuestros viejos yo y a encontrar la fortaleza para refundiros como seres de duracero, a través de acciones que posiblemente nunca podríais haberos creído capaces de llevar a cabo.

»Yo soy el piloto de vuestro futuro.

Abrió sus brazos a la multitud.

—Mirad, cada uno de vosotros, a los que tenéis a la izquierda y a la derecha y a aquellos delante y detrás…

Plagueis hizo lo que decía, encontrándose con miradas inocentes y con miradas enfadadas, miradas asustadas y expresiones de pérdida.

—… y pensad en ellos como piedras de toque en vuestra escalada eventual —dijo la iktotchi. Mostró sus manos—. El toque de mis manos fijará la corriente que fluye a través de vosotros. Accionará el botón que comenzará vuestro viaje hacia la transformación. Venid a mí si deseáis ser seleccionados.

Muchos en la multitud se pusieron en pie y empezaron a presionar hacia el escenario, empujando a otros para quitarles de en medio, luchando por ser los primeros en llegar a ella. Plagueis se tomó su tiempo, encontrando un lugar al final de la línea serpenteante. Mientras que la noción de tener un ejercito preparado de seguidores del lado oscuro disponible no carecía de cierto atractivo, la iktotchi estaba difundiendo un mensaje que había condenado a los Sith de la antigüedad, a los Sith que precedieron a la reforma de Bane, y había

permitido la lucha fraticida que había empujado a la Orden al olvido. El mensaje apropiado debía haber sido que renunciaran a su necesidad de sentir que controlaban sus propios destinos y aceptaran el liderazgo iluminado de unos pocos seleccionados.

La estrella principal de Saleucami estaba baja en el cielo para cuando Plagueis alcanzó la losa de piedra y estuvo frente a la iktotchi. Las amplias manos de ellas cogieron las de él y ella tensó sus dedos gruesos alrededor de las estrechas palmas de él.

—Un muun de riqueza y gusto. El primero que ha venido a buscarme —dijo ella.

—Fuiste seleccionada —le dijo Plagueis.

Ella le sostuvo la mirada y una expresión repentina de inseguridad apareció en sus ojos, como si Plagueis hubiera chocado sus cuernos con ella.

—¿Qué?

—Fuiste seleccionada, aunque sin tu conocimiento. Y por lo tanto necesitaba reunirme contigo en persona.

Ella continuó mirándole.

—Eso no es por lo que estás aquí.

—Oh, pero lo es —dijo Plagueis.

Ella intentó retirar sus manos, pero Plagueis las tenía ahora firmemente sujetas.

—Eso no es por lo que *tú* estás aquí —dijo ella, alterando el énfasis—. Llevas la oscuridad del futuro. Soy yo la que te ha buscado. Yo la que debería ser tu sirvienta.

—Desafortunadamente no —susurró Plagueis—. Tu mensaje es prematuro y peligroso para mi causa.

—¡Entonces déjame deshacerlo! Déjame hacer cumplir tus deseos.

—Estás a punto de hacerlo.

Un fuego se encendió en los ojos de ella y su cuerpo se puso rígido mientras Plagueis empezaba a hacer fluir los rayos dentro de ella. Sus miembros temblaron y su cuerpo empezó a hervir. Sus manos se pusieron calientes y ella se derrumbó entre las manos de él. De reojo, él vio a uno de los discípulos twi'lekos de la iktotchi corriendo hacia él y él de repente soltó las manos de ella y se apartó de su cuerpo con

espasmos.

—¿Qué ha pasado? —demandó el twi'leko mientras otros discípulos se estaban apresurando a socorrer a la iktotchi—. ¿Qué le hiciste?

Plagueis hizo un gesto calmante.

—No hice nada —dijo con voz profunda y monótona—. Ella se desmayó.

El twi'leko parpadeó y se volvió hacia sus compañeros.

—Él no hizo nada. Ella se desmayó.

—¡No respira! —dijo uno de ellos.

—Ayudadla —dijo Plagueis en el mismo tono monótono.

—Ayudadla —dijo el twi'leko—. ¡Ayudadla!

Plagueis se apartó de la losa y empezó a caminar contra una marea repentina de seres frenéticos hacia uno de los autobuses deslizadores que esperaban. La noche estaba cayendo rápidamente. Tras él sonaban gritos de incredulidad, retumbando en el anfiteatro. El pánico estaba creciendo. Los seres estaban retorciéndose las manos, agitando sus antenas y otros apéndices, caminando en círculos y murmurando para ellos mismos.

Él era el único a bordo del autobús deslizador. Aquellos con los que había llegado y los Seleccionados que habían construido los refugios sobre los lagos estaban corriendo en la oscuridad, como si estuvieran determinados a perderse en las tierras yermas.

En una nave estelar similar en diseño a la que había llevado a Tenebrous y a Plagueis a Bal'demnic, un vehículo Rugess Nome, Plagueis y 11-4D viajaron al planeta del Borde Medio llamado Bedlam, cerca del pulsar argentado del mismo nombre. Un punto de fuga en el espacio real y un terreno de juegos para aparentes seres transdimensionales, el luminoso fenómeno cósmico le pareció a Plagueis como el escenario perfecto para el sanatorio en el que el último de los aprendices potenciales de Venamis, un nautolano, había sido confinado durante los últimos cinco años.

Guardias gamorreanos uniformados se encontraron con ellos en las altas puertas delanteras de la Institución Bedlam para los Criminal-

mente Dementes y les llevaron a la oficina del superintendente, donde un ithoriano les dio la bienvenida, quien escuchó atentamente pero con consternación obvia el propósito de la visita sorpresa de Plagueis.

—¿Naat Lare ha sido nombrado beneficiario de un testamento?

Plagueis asintió.

—Una pequeña herencia. Como ejecutor jefe he estado buscándole durante algún tiempo.

La cabeza de lóbulos gemelos del ithoriano se movió de un lado a otro y sus dedos largos y de puntas bulbosas tamborilearon una marcha militar en el escritorio.

—Siento tener que informarle que ya no está con nosotros?

—¿Está muerto?

—Bastante posiblemente. Pero lo que quiero decir es que ha desaparecido.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—¿Por qué fue confinado originalmente en Bedlam? —preguntó Plagueis.

—Fue puesto en libertad bajo fianza por las autoridades de Glee Anselm, pero fue sentenciado al final a cumplir su condena aquí, donde se le pudiera cuidar.

—¿Cuál fue su crimen?

—Crímenes, es más correcto. Tiene un largo historial de prácticas sadomasoquistas, la mayoría de las veces ejecutadas contra pequeños animales, piromanía, crímenes insignificantes y uso de intoxicantes. Típicamente, vemos esto en seres de los que se ha abusado o tuvieron una educación inestable, pero Naat Lare tuvo una familia cariñosa y es muy inteligente, a pesar de haber sido expulsado de incontables colegios.

Plagueis consideró cuidadosamente su siguiente pregunta.

—¿Es peligroso?

El ithoriano tamborileó con sus dedos de espátula de nuevo antes de responder.

—Aun a riesgo de violar la confidencialidad del paciente, yo diría *potencialmente* peligroso, dado que tiene ciertos..., digamos, *talentos*,

que trascienden lo ordinario.

—¿Figuraron esos talentos en su escapada?

—Quizás. Aunque creemos que puede haber tenido ayuda.

—¿De quién?

—Un médico bith que se tomó un interés en su caso.

Plagueis se inclinó hacia atrás en su silla. *¿Venamis?*

—¿Ha contactado con el médico?

—Lo intentamos, pero la información que nos proporcionó respecto a sus prácticas y su lugar de residencia era fraudulenta.

—Así que podría no haber sido médico.

La cabeza del ithoriano subió y bajó en su cuello curvo.

—Tristemente. El bith puede haber sido un cómplice, de alguna clase.

—¿Tiene alguna idea de hacia dónde puede haber desaparecido Naat Lare?

—Asumiendo que dejara Bedlam por sus propios medios, las posibilidades están limitadas, dada la escasez de naves estelares que nos sirven. Su primera parada tendría que haber sido Felucia, Caluula o Abraxin. Se lo notificamos a las autoridades de esos planetas. Desafortunadamente, carecemos del presupuesto para emprender una búsqueda intensiva.

Plagueis le lanzó una mirada significativa a 11-4D y se levantó de la silla.

—Su cooperación es muy apreciada, superintendente.

—Tenemos confianza en que los Jedi le localizarán, en cualquier caso —añadió el ithoriano mientras Plagueis y el droide estaban a punto de salir de la oficina.

Plagueis se dio la vuelta.

—¿Los Jedi?

—Debido a los dones peculiares de Naat Lare, nos sentimos obligados a contactar con la Orden tan pronto como descubrimos que había desaparecido. Ellos consintieron graciosamente en ayudarnos en la búsqueda. —El ithoriano hizo una pausa—. Podría contactar con usted si descubro algo…

Plagueis sonrió.

—Dejaré mi información de contacto con su asistente.

11-4D y él volvieron a la nave en silencio.

—Los seres como Naat Lare no permanecen ocultos durante mucho tiempo —dijo Plagueis, mientras estaba bajando la rampa de entrada—. Busca en la HoloRed y otras fuentes de noticias de sucesos recientes en los tres planetas que ha nombrado el superintendente e infórmame de cualquier historia que capture tu interés.

La nave apenas había dejado la atmósfera de Beldam cuando 11-4D se presentó en la cabina.

—Una exquisitez de Abraxin, Magíster —empezó el droide—. Enterrada entre historias de intrigas o de acontecimientos raros. Hay informes de las matanzas recientes de docenas de fantasmas de las ciénagas en los pantanos que rodean un asentamiento barabel en el continente sur.

Criaturas bípedas grandes y no inteligentes, los fantasmas de las ciénagas cazaban en manadas y eran conocidos por utilizar la Fuerza para atraer a su presa a campo abierto.

—Los supersticiosos entre los barabels creen que la Plaga de los Barabels es responsable del aluvión de muertes.

Plagueis se golpeó los muslos con las palmas de sus manos.

—Nuestro nautolano ha pasado de torturar mascotas caseras a asesinar criaturas poderosas en la Fuerza. Y estoy seguro de que los Jedi llegarán a la misma conclusión.

—Si no lo han hecho ya, señor.

Plagueis acarició su barbilla pensando.

—Este tiene más que un rastro del lado oscuro. No me extraña que Venamis le estuviera visitando. Haz que el ordenador de navegación trace un curso hacia Abraxin, CuatroDé. Vamos a volver al Cúmulo Tion.

Un día estándar después habían aterrizado cerca del área donde las muertes de los fantasmas de las ciénagas habían estado ocurriendo. Por diseño, los asentamientos barabels estaban lejos de cualquiera de los espaciopuertos del planeta, al borde incierto de un enorme pantano, las orillas retorcidas del cual estaban empalizadas por un grupo de árboles de raíces acuáticas. En una lengua de terreno alto se ele-

vaban unos cuantos edificios prefabricados entre cúmulos de hogares altos y de tejados de paja conectados unos con otros por pasarelas que estaban tejidas entre las hierbas de la estación seca. Los reptiles nativos y con escamas llevaban justo suficiente ropa como para ser modestos un olor enfermizamente dulce a vegetación podrida flotaba en el aire inmóvil. Abraxin había sido fuerte en el lado oscuro durante la vida de Bane, cuando había estado alineado con la Hermandad de la Oscuridad de Lord Kaan, pero Plagueis podía sentir que el poder había disminuido significativamente en los siglos intermedios.

11-4D y él no había caminado ni un kilómetro desde la nave cuando se encontraron con un grupo de barabels arrastrando a un cuarteto de fantasmas de las ciénagas masacrados del agua con color de sopa de legumbres. Los restos de los bípedos de olor apestoso había sido cortados y apuñalados y habían perdido sus ojos rojos ante el trabajo delicado de una vibrocuchilla. A primera vista uno podría haber pensado que las criaturas habían sido también decapitadas, debido a que sus pequeñas cabezas habían sido colocadas hacia abajo entre los hombros encorvados. Plagueis descubrió que los barabels no tenían un olor más agradable que los fantasmas despedazados, pero sabían suficiente básico para responder a sus preguntas sobre la oleada de muertes recientes.

—Los miembros del mismo grupo de caza, estos cuatro —explicó uno de los reptiles— y se hizo en sólo la pasada noche.

—Ez la Ruina —añadió otro, cuya cola amputada estaba justo empezando a volver a crecer. Su zarpa con garras indicó los huecos negros de los ojos de uno de los fantasmas flácidos—. Este cree que sólo la Ruina se llevaría los ojos.

Continuando por el camino sombrío que llevaba al asentamiento, Plagueis se quitó la capa y la dobló sobre su brazo derecho. Un giro en el camino reveló que era el único visitante vestido inapropiadamente para el clima. Más adelante dos Jedi cubiertos por los ropajes marrones tradicionales de la Orden estaban regateando con un barabel el precio de arrendamiento de un fueraborda acuático. Plagueis se ancló en el mundo material mientras el más joven de los dos Jedi, un zabrak, se giraba lentamente para mirarles a 11-4D y a él mientras pasaban.

Respondiendo a la mirada del Jedi con un asentimiento de cabeza,

Plagueis siguió andando, desviándose del camino sólo cuando hubieron alcanzado el pequeño edificio del mercado, desde donde la pareja de Jedi y el piloto barabel del fueraborda todavía podían ser observados. Familiarizados con el barabel, Plagueis escuchó a escondidas las conversaciones entre los mercaderes, que estaban sentados entre bandejas de peces, pájaros e insectos muertos que el pantano había proporcionado. Las muertes de los fantasmas de las ciénagas estaban en la mente de todo el mundo, al igual que las supersticiones de la Ruina. Pero la llegada de los Jedi se veía como un presagio bueno, ya que la Orden era venerada por haber ayudado a resolver una disputa de clan en Barab I casi un milenio antes.

Plagueis arrastró a 11-4D hasta la entrada del mercado y le instruyó que agudizara sus fotorreceptores sobre los Jedi, que estaban en mitad de concluir su negocio con el piloto del fueraborda. Entonces se permitió llamar profundamente a la Fuerza.

—Ambos reaccionaron —dijo el droide—. El cereano dirigió una mirada hacia el mercado, pero no se concentró en usted.

—Sólo porque tiene sus antenas buscando a un nautolano en vez de un muun.

Un corto tiempo después, mientras Plagueis y 11-4D estaban vagando por el asentamiento, alguien les llamó en un básico con el acento del Núcleo.

—Parecemos ser los únicos forasteros del pueblo.

La voz pertenecía al cereano alto y delgado, que había salido de un restaurante llevando un frasco de líquido. Siguiéndole al salir, el zabrak colocó dos jarras en una mesa que disfrutaba de una zona de sombras.

—Únase a nosotros, por favor —dijo el cereano, asintiendo con su alta cabeza cónica hacia la silla libre de la mesa.

Plagueis se acercó a la mesa pero declinó la silla.

—Una cerveza producida localmente —dijo el zabrak, vertiéndola de la botella—. Pero vi una botella de Brandy de Abraxin dentro, si eso es más de su gusto.

—Gracias, pero ninguno en este momento —dijo Plagueis—. Quizás después de horas de trabajo.

El cereano hizo un gesto hacia sí mismo.

—Soy el Maestro Ni-Cada. Y este es el Padawan Lo Bukk. ¿Qué le trae a Abraxin, ciudadano…?

—Los microcréditos —le interrumpió Plagueis antes de tener que proporcionar un nombre—. El Clan Bancario está considerando abrir una sucursal del Banco de Aargau aquí como medio de reforzar la economía local.

Los Jedi intercambiaron miradas enigmáticas por encima de los bordes de sus jarras.

—¿Y qué trae a los Jedi a Abraxin, Maestro Ni-Cada? No el marisco, me imagino.

—Estamos investigando los asesinatos recientes de los fantasmas de las ciénagas —dijo el zabrak, quizás antes de que su Maestro pudiera evitarlo.

—Ah, por supuesto. Mi droide y yo vimos los cuerpos de cuatro de las pobres criaturas cuando entramos en el asentamiento.

El cereano asintió gravemente.

—Esta llamada Ruina habrá acabado mañana.

Plagueis adoptó una expresión de sorpresa agradable.

—Eso son noticias maravillosas. No hay nada peor que la superstición para aplastar una economía. Disfruten de sus bebidas, ciudadanos.

UnoUno-CuatroDé esperó hasta que Plagueis estuviera bien lejos del los oídos de los Jedi para hablar.

—¿Vamos a partir de Abraxin, Magíster?

Plagueis negó con la cabeza.

—No antes de que encuentre al nautolano. No tengo elección excepto intentar atraerle fuera de su escondite.

—Pero de verse en la obligación de llamar a la Fuerza, es probable que también atraiga a los Jedi.

—Puede que ese riesgo merezca la pena.

Pasaron la tarde oyendo las conversaciones sobre las localizaciones de las muertes y determinaron que Naat Lare, tanto si se daba cuenta como si no, había estado siguiendo un patrón. En la oscuridad al borde del asentamiento, en un punto a lo largo de la orilla plagada

de chupasangres del pantano oscuro, a unos seis kilómetros del mercado, Plagueis se quitó los pantalones, la túnica y el bonete y se deslizó desnudo en el agua turbia. Con un respirador aquata sujeto entre sus dientes, se impulsó hacia el fondo. Allí, acuclillado en el fango, se abrió completamente a la Fuerza e invocó al nautolano, cuyos sentidos de la Fuerza y olfatorio podría sugerirle que la madre de todos los fantasmas de las ciénagas estaba a su alcance para que la matara. Una mujer nautolana tatuada llamda Dossa se había considerado una vez adecuada para servir al Señor Sith Exar Kun. ¿Quién sabía qué dones podría poseer Naat Lare?

Saliendo a la superficie hacia los cantos alborotados de los insectos, Plagueis saltó a la orilla fangosa, se vistió y se colocó bajo la luz de las estrellas en las raíces resbaladizas de un árbol frondoso. Poco después, sintió un eco en la Fuerza y vio ondulaciones en el agua a cierta distancia. En la débil luz, un nido azul verdoso de mechones de la cabeza salió a la superficie, seguido por un par de ojos castaños sin párpados. Entonces el ser inteligente anfibio de Glee Anselm apareció, empujándose hacia la tierra como alguna bestia degenerada y fijando su atención en Plagueis.

Al mismo tiempo, Plagueis oyó el sonido de un fueraborda acuático aproximándose rápidamente desde las profundidades del pantano y sintió la presencia de los dos Jedi.

—No eres Venamis —dijo Naat Lare en básico, con una mano sobre la empuñadura de una vibrocuchilla atada a su muslo musculoso.

—Él te ayudó a escapar de Bedlam y te envió aquí como parte de tu entrenamiento.

La mano de Naat Lare se cerró sobre la empuñadura.

—¿Quién eres?

Plagueis se alzó en toda su estatura.

—Soy el Maestro de Venamis.

El nautolano pareció confuso, pero sólo momentáneamente. Entonces hizo una genuflexión en el barro.

—Lord —dijo, bajando la cabeza.

El sonido del fueraborda estaba ahora más cerca, justo al otro lado de la curva del pantano.

—Dos Jedi te han seguido.

Los mechones de la cabeza de Naat Lare giraron hacia el sonido del fueraborda.

Plagueis empezó a retirarse hacia las sombras y hacia la naturaleza mundana.

—Demuestra que eres digno de mí y de Venamis matándoles.

—Sí, mi señor.

El nautolano saltó para ponerse en pie y se zambulló en el agua cubierta de limo.

En las profundidades del árbol frondoso Plagueis esperó. El motor del fueraborda quedó en silencio. Entonces el agua emergió y gritos de alarma y centelleos repentinos de luz estallaron en la noche.

—¡Maestro!

Se oyó un sonido gutural áspero, seguido por un grito de dolor.

—Hazte a un lado, Padawan.

—Maestro, es…

Otro grito, más alto de tono.

—¡No! ¡No!

El tamborileo de un sable láser enfurecido, un aullido de dolor y algo pesado que golpeaba el agua.

—¿Está vivo? ¿Está vivo?

Alguien gimió.

—Espera…

Las olas rompieron en la orilla enraizada cerca de donde Plagueis se había ocultado.

—¿Maestro?

—Está hecho. Está muerto.

9: RESERVAS VÍRGENES

Durante más de cincuenta años los Holdings Damask habían ocupado una de las superespiras más magníficas de Harnaidan. No tan alto o enorme como los pertenecientes al Clan Bancario InterGaláctico y sus numerosas subsidiarias, el edificio tenía la ventaja de estar construido cerca del mayor de los lagos calentados naturalmente de la ciudad, el cual había sido incorporado a la propiedad como un spa exclusivo. La sala de juntas de la compañía dominaba el lago y las fuentes termales que lo rodeaban desde un altibajo arquitectónico en el piso doscientos, donde Hego Damask, Larsh Hill y los oficiales jefes y ejecutivos de los Holdings Damask se congregaban para reuniones quincenales. Aquel día, una holopresencia de un cuarto de su tamaño real se alzaba en el centro de la enorme holomesa circular de la sala, dirigiéndose en básico a los muuns reunidos desde el planeta muy remoto de Naboo.

Un humano de estatura media, el que hablaba tenía el pelo castaño oscuro peinado recto hacia atrás desde una frente inclinada, una barba y un bigote anchos y largos y brillantes ojos azules colocados en una cara simétrica aunque poco remarcable. Estaba vestido con capas de ropa ricamente coloreadas, que incluían un chaleco bordado con caligrafía futhork y una sobrecapa de brocado que le caía hasta las rodillas, revelando unas botas de cuero de tacón bajo, altas y brillantes. Su nombre era Ars Veruna y, aunque no tenía un puesto en el gobierno monárquico de Naboo, estaba hablando por el actual pre-

tendiente al trono, Bon Tapalo, y era probable que fuera nombrado gobernador de la ciudad de Theed en el caso de que Tapalo fuera elegido.

—Nuestra campaña se ha atascado por alegaciones recientes de los líderes de algunas de las casas reales —estaba diciendo Veruna a los muuns reunidos—. Hay que hacer algo para recapturar el impulso, y rápidamente. Contraalegaciones hechas públicas por un benefactor desconocido llegaron bastante lejos para deshacer el daño inicial de los comunicados de prensa de los nobles, pero un nuevo recelo se ha apoderado del electorado, fortaleciendo la posición de nuestros oponentes provincianos.

—Cancelación de audio —dijo uno de los muuns hacia la recogida de datos del holosistema. Seguro al saber que la conversación que tenía lugar alrededor de la mesa había sido silenciada, continuó—: ¿Son todos los naboo tan hirsutos y están tan elaboradamente vestidos como este Veruna?

Larsh Hill replicó.

—Son tradicionalistas, tanto en el peinado como en la política. El estilo de los vestidos y los adornos faciales son un homenaje a los símbolos de la realeza de la reina Elsinore den Tasia de Grizmallt, que envió un fuerza expedicionaria de humanos al planeta hace unos cuatro mil años y hasta quien algunos de los naboo claman que son capaces de seguir sus ancestros sin interrupción.

—No son, después de todo, tan peludos como los wookiees —dijo otro.

Hill gruñó afirmativamente.

—Además de los humanos, Naboo mantiene a una especie anfibia sin pelo conocida como los gungans. Quizás son indígenas, o quizás no, pero que no está en posición de representar al planeta en tratos galácticos, en cualquier caso.

Sentado de espaldas a la imagen paisajística de más allá de la pared de ventana, Plagueis estudió la holoimagen de Veruna. Generalmente aborrecía a los políticos por sus pretensiones y sus creencias mal informadas de que la riqueza y la influencia les conferían un auténtico poder. Pero los políticos eran un mal necesario y, aunque no fuera por

nada más, Veruna ardía con avaricia y ambición, que significaba que podía ser manipulado si fuera necesario.

Las misiones a Lianna, Saleucami y Abraxin todavía estaban frescas en sus pensamientos. En un nivel filosófico comprendía porqué las generaciones de Señores Sith que le habían precedido habían entrenado a aprendices, a quienes les habían legado su conocimiento del lado oscuro de la Fuerza en anticipación de un eventual desafío por la superioridad. Pero con el Gran Plan llegando a su culmen, no tenía sentido desafiar o matar a seres de igual poder a menos que representaran una amenaza para el destino personal de Plagueis. La línea de los Sith continuaría a través de él o no continuaría para nada. Así que se necesitaba a un compañero más que a un secuaz, de un cómplice para ayudar a poner en juego los estadios finales del imperativo. Había sido su creencia desde hacía mucho que el lado oscuro se lo proporcionaría cuando el momento fuera el adecuado.

Plagueis no había anticipado tener que volver su atención tan repentinamente hacia Naboo, pero con la Federación de Comercio todavía refunfuñando por su apoyo a las zonas libres de comercio del Borde Exterior, y los grans preocupados por perder los ingresos de las Carreras de Vainas ante Gardulla la Hutt, había amplias razones para ponerse a trabajar. Más importante aun, Plagueis había buscado desde hacía mucho un planeta en el que los Holdings Damask y los miembros del comité dirigente pudieran utilizar como base de operaciones. La posibilidad de tener a un futuro rey a su servicio era un bono añadido e incluso tales jugadores poco probables como el jefe Cabra estaban por beneficiarse de que los muuns se aseguraran Naboo.

Fue durante su ausencia de Muunilinst cuando Larsh Hill y algunos de los otros habían hecho propuestas al grupo que competía por el trono de Naboo. A cambio de apoyo financiero y logístico en las elecciones que se acercaba, los Holdings Damask habían pedido derechos exclusivos para el transporte de plasma desde las reservas aun vírgenes que había descubierto recientemente el Grupo de Minería Subtext bajo la meseta que soportaba la ciudad capital de Theed. No todos los naboo, sin embargo, estaban a favor de involucrar al planeta en la clase de comercio que resultaría de hacer que la energía del

plasma estuviera disponible y un grupo de nobles habían dado su apoyo al rival principal de Tapalo por la monarquía.

—¿Cuál es la naturaleza de las alegaciones hechas por las casas reales? —preguntó Plagueis, reactivando la entrada de audio.

—Primero, filtraron la noticia de las exploraciones de minería que habíamos llevado a cabo —dijo Veruna—, pero la revelación no tuvo el efecto deseado, porque varios miembros del electorado están a favor de abrir a Naboo al comercio galáctico. Entonces, cuando descubrieron nuestras conversaciones iniciales con los Holdings Damask, los nobles nos acusaron de vender Naboo al mejor postor, a, y cito textualmente, "un cártel dudoso y extra-sistema de criminales crueles". —El humano hizo una pausa durante un momento—. Debe comprender, Magíster, que nuestro planeta aun tiene que superar una larga historia de prohibir la influencia extranjera. Las casas reales se dan cuenta de que el comercio es un asunto sensible y ahora están abogando por que Naboo supervise el transporte de plasma a otros planetas. Pero, francamente, carecemos de los fondos y de la experiencia para convertir eso en realidad.

—¿Cómo fueron capaces los nobles de descubrir nuestras propuestas hacia usted? —preguntó Plagueis.

—No hemos sido capaces de determinar la fuente —dijo Veruna.

Plagueis apagó la entrada de audio y se volvió hacia Hill.

—Necesitamos considerar que alguien cerca de nuestra organización puede ser responsable de esta "filtración".

Hill y algunos de los otros asintieron en acuerdo.

—Las casas reales necesitan ser informadas de que saltar al negocio del transporte intergaláctico es imprudente —dijo Plagueis cuando hubo reactivado la entrada de audio—. Naboo necesitará fondos, apoyo logístico y quizás incluso legislación de la República y es precisamente en esas áreas donde los Holdings Damask pueden servir como intermediarios. Los fondos reales vendrían del Clan Bancario InterGaláctico y otros conglomerados estarían involucrados en ayuda a Naboo a explotar el plasma y en la construcción de un espaciopuerto de tamaño suficiente para manejar las naves que se necesitarán para transportarlo.

Veruna se acarició su barba afilada.

—Bon Tapalo con certeza querrá tratar estas cuestiones con el electorado.

A Plagueis le gustó lo que estaba oyendo.

—Mencionó ciertas contraalegaciones hechas públicas por un grupo desconocido.

—Sí y confieso que nos sorprendió la información como a cualquiera. Parece que nuestro grupo no es el primero en buscar el consejo y el apoyo de intereses extranjeros. Hace apenas unos sesenta años estándar, en el punto álgido de la guerra entre los naboo y los gungans, nuestro monarca fue asesinado y ahora ha salido a la luz que algunos de las mismas casas reales que se oponen a Tapalo hicieron un trato secreto con un grupo de mercenarios para que interviniera en la guerra de haber sufrido los naboo más derrotas. Afortunadamente, el conflicto se resolvió sin la necesidad de ayuda extranjera. De hecho, como resultado de ese conflicto, la monarquía ha sido elegida desde entonces en vez de ser una posición hereditaria.

—Dice que la información llegó como una sorpresa —continuó Plagueis.

Veruna asintió.

—La información tiene que haber sido proporcionada por una fuente dentro de la oposición.

Ahora recayó en Larsh Hill el apagar el sonido.

—Veruna tiene razón. Fuimos capaces de seguir la divulgación de la información hasta el joven hijo de uno de los nobles. Con la esperanza de evitar un escándalo que dividiría al electorado, el jefe de la casa real ha prolongado la mentira de que el grupo de Tapalo encontró la información por casualidad y la hizo pública, cuando en realidad sólo alguien con acceso a los archivos de la familia podría haberla descubierto.

—¿Cuál es el nombre de la familia real? —preguntó Plagueis, con el interés avivado.

—Palpatine.

—¿Y el hijo?

—Sólo eso. Sólo se le conoce por el apodo.

Plagueis se echó hacia atrás en la silla para considerar esto.

—Podemos haber encontrado un aliado potencial —dijo entonces—, alguien dispuesto a mantenernos informados de los planes de los realistas para las elecciones.

—Un agente —dijo Hill—. Un hombre dentro, por así decirlo.

Plagueis cancelo la función de silencio.

—Deseamos visitar Naboo para discutir estos asuntos cara a cara.

Veruna estaba claramente sorprendido.

—Una aparición pública de ustedes nos permitiría refutar cualquier alegación de confabulación secreta.

—Entonces todos tenemos algo que ganar.

Veruna se inclinó hasta la cintura.

—Será un gran honor para nosotros darle la bienvenida, Magíster Damask.

Más tarde se diría por naboo y gungans por igual que no podían recordar un invierno más frío que el que siguió a la visita otoñal de Hego Damask a su planeta. Los ríos e incluso las cascadas bajo Theed se congelaron. Las planicies onduladas y los bosques altos fueron cubiertos por tres metros de nieve. Temblores plásmicos estremecieron a las Montañas Gallo y al País de los Lagos, los Lugares Sagrados y la ciudad submarina de Otoh Gunga. Y muchas de las salidas de las rutas submarinas que atravesaban el planeta estuvieron bloqueadas por témpanos de hielo.

Tapalo y Veruna habían insistido en enviar a una de las naves estelares de diseño de Naboo a transportar a los muuns desde Muunilinst y el esbelto Nubian se había posado en el espaciopuerto de Theed, una pequeña instalación que tendría que ser ampliada veinte veces si Naboo tenía la esperanza de convertirse un día en un jugador en el comercio galáctico. La propia ciudad le parecía a Plagueis como la propia antítesis de Harnaidan. Donde la capital de Muunilinst era vertical, angular y austera, Theed era baja, convexa y condensada, dominada por rotonda coronada con cúpulas verdosas o tejados planos y torres escalonadas apoyadas por arcos redondos en la parte su-

perior. Un río y varios subafluentes recorrían el lugar, cruzados por puentes decorados con filigranas y caían en una serie de altas cataratas desde un acantilado hasta las llanuras verdes de abajo.

Un cortejo de vehículos aéreos llevó a los muuns de capas negras a través de las calles más apropiadas para el tráfico de peatones hasta el patio interior de un antiguo palacio, donde el pretendiente al trono Bon Tapalo, Veruna y otros varios consejeros humanos y pretendientes a ministros de ambos sexos estaban a mano para darles la bienvenida. Envuelto en ropajes de brilloseda y apoyado en botas de tacones altos, el barbudo y rubio Tapalo ya se conducía como a un regente, aunque de un planeta de segunda fila, permaneciendo sentado mientras Hego Damask y el resto de los muuns fueron presentados, y estaba flanqueado por guardias vestidos con uniformes resplandecientes y armados con armas láser distintivas. Veruna, por otra parte, se colocó inmediatamente junto a Damask cuando los muuns fueron escoltados hasta el edificio central del complejo.

—Como les dije cuando hablamos hace semanas, Magíster Damask, nos sentimos honrados por su visita.

—Y como le dije yo entonces, todos tenemos algo que ganar. —Damask se volvió ligeramente para bajar la mirada hacia él—. Especialmente usted, sospecho.

Veruna hizo un gesto interrogativo hacia sí mismo.

—Yo…

—Ahora no —dijo Damask suavemente—. Cuando sea el momento adecuado, usted y yo conferenciaremos en privado.

Bajo un amplio arco y a través de un vestíbulo de piedra pulida se movieron como un grupo, llegando al final a un segundo patio pequeño donde habían sido preparadas varias mesas, algunas llenas de comida y bebida, y la más grande estaba reservada para los muuns. Apenas se habían sentado cuando aparecieron sirvientes y empezaron a servir comida, incluyendo varias carnes que los muuns declinaron educadamente. La práctica de consumir comida mientras hacían negocios, algo que Damask había llegado a tolerar en sus tratos con humanos, pero en secreto lo detestaba.

Durante muchos años había detestado también la compañía de

los humanos. Para ser los comedores de carne bárbaros que eran, los humanos eran una especie altamente evolucionada. Dada su inteligencia nativa y sus facultades astutas, se merecían ser tratados con la misma deferencia que se otorgaba a los muuns. Y sin embargo muchas de las especies inteligentes de la galaxia se consideraban iguales a los humanos, que sólo podían culparse a sí mismos por ello. A diferencia de los muuns, los humanos no tenían remordimientos por rebajarse hasta el nivel de seres menos avanzados (los torpes, los desfavorecidos, los necesitados y los dignos de lástima), haciendo una pretensión de igualdad y demostrando una disposición a trabajar y sudar mejilla contra papada junto a ellos. En lugar de celebrar su superioridad, frecuentemente se permitían ser arrastrados a la mediocridad. Un muun no aceptaría antes una posición como piloto de nave estelar o contrabandista de lo que aceptaría una carrera de diplomático o político a menos que se requiriera que lo hiciera por el mayor bien de los muuns en todas partes. Los humanos, sin embargo, se podían encontrar en cualquier ocupación. Pero lo que les hacía especialmente intrigante era su aparente intento de desperdigarse hasta los límites más lejanos de la galaxia, sin ninguna sensación de control o planificación, a cualquier precio, y utilizando planeta tras planeta en su insaciable búsqueda, como si su diáspora desde el Núcleo reflejara alguna clase de imperativo de la especie. Lo que era más importante, la Fuerza parecía no sólo permitir su diseminación sin control sino que la apoyaba. En las manos de los humanos, sospechaba Damask, descansaba el futuro profano de la galaxia.

El vino de flores de Naboo todavía estaba siendo servido cuando los muuns hicieron su discurso para el grupo de Tapalo, empleando el holoproyector del patio para proporcionar un retrato virtual de qué aspecto podrían tener Theed y otras ciudades cercanas en diez años. Los fondos del CBI serían adjudicados para explotar las reservas de plasma bajo la meseta. Al mismo tiempo, Construcciones y Ensamblajes del Borde Exterior (una de las compañías de Cabra) construiría una enorme refinería en el lugar que actualmente era un parque forestal, dominando la Catarata Verdugo, albergando la tecnología dentro de una estructura de triple cúpula de diseño neoclásico. Los

muuns detallaron como las paredes del acantilado podría ser estabilizada y los subafluentes del Río Solleu desviados sin alterar la arquitectura existente o la red de túneles subterráneos del Theed. Bajo los acantilados, la Federación de Comercio aumentaría el espaciopuerto de Theed, construyendo una enorme plataforma de aterrizaje que seguiría la curva natural del acantilado y abriría un segundo puerto comercial en Spinnaker.

Para cuando el discurso concluyó, Tapalo pareció afectado.

—Claramente han pensado mucho en esto —le dijo a Larsh Hill—, ¿pero no hay sitio en sus planes para las compañías de Naboo?

—Lo último que queremos es que estos proyectos de construcciones se vean como signos de ocupación extranjera —dijo Hill—. Nuestros socios desean trabajar íntimamente con las propias compañías de Naboo Ingeniería de Energía de Plasma y Corporación de Ingeniería de Vehículos Espaciales de Theed para asegurase de que las mejoras son vistas como un esfuerzo de cooperación. Cuando las fases de construcción se completen, la refinería y los espaciopuertos estarán completamente bajo su control.

Algo del color volvió a la cara de Tapalo.

—La oposición asevera que Naboo estará eternamente en deuda con el Clan Bancario y la Federación de Comercio.

—Sólo hasta que el plasma empiece a fluir —dijo Damask—. Comprendo su trepidación. Pero la pregunta que necesita hacerse a sí mismo es si puede ganar la corona sin nuestra ayuda.

Conversaciones separadas estallaron en todas las mesas.

—Supongo que sí, Magíster —dijo Tapalo, haciendo señas para que guardaran silencio—. Pero quizás es mejor correr el riesgo de la derrota antes que ascender al trono con deshonor.

—¿Deshonor? —repitió Hill con ofendida incredulidad—. ¿Hemos cruzado la galaxia para que nos insulten?

—Esperen —dijo Veruna, poniéndose en pie y haciendo gestos para pedir calma—. No pretendíamos insultar a los Holdings Damask. —Se volvió para mirar de frente a Tapalo y a su equipo escogido de ministros y consejeros—. Sí, debemos tener presente las preocupaciones del presente electorado, pero no debemos permitir que las voces temerosas de

unos cuantos aplaste nuestra oportunidad de unirnos a la comunidad galáctica y elevar el perfil de todo el sector Chommell. Sugiero que actuemos audazmente. Para evitar que perciban que hemos inclinado la cabeza ante la presión, yo digo que utilicemos esta visita sin precedentes de los Holdings Damask para anunciar públicamente que nosotros y sólo nosotros somos capaces de entran en un acuerdo con el Clan Bancario y otros que le permitirá a Naboo reestructurar su deuda, alcanzar el estatus de planeta favorecido con el Nucleo y proporcionará un recorte de impuestos, una rebaja de los índices de interés y oportunidades infinitas de trabajo dentro y fuera del planeta—. Apretó los puños para dar énfasis—. Debemos aferrarnos a este momento antes de que desaparezca.

Lentamente, Tapalo y los otros empezaron a asentir con acuerdo.

—¿Tiene algo que añadir, Magíster Damask? —dijo al fin Tapalo.

Damask separó sus manos.

—Sólo que no podríamos haber expuesto nuestro caso mejor de lo que ya lo ha hecho el futuro gobernador de Theed.

—¡Escuchen! ¡Escuchen! —dijo uno de los consejeros de Tapalo, levantando su copa de vino en un brindis hacia Veruna.

El resto siguió su ejemplo y bebieron.

Y Damask pensó: *Un día dentro de poco, Veruna será el rey de Naboo*.

El plan requería que los muuns pasaran la noche en Theed y reasumieran las conversaciones por la mañana. Con Hill y los otros siendo conducidos hacia los alojamientos, Plagueis se excusó y salió a pie hacia el edificio de la universidad en el lado opuesto de la ciudad. Su ruta le llevó a través de parques frondosos, sobre dos puentes, más allá de torres y obeliscos, y a través del corazón de la Plaza del Palacio, con su par de arcos triunfales. Coronada por una estatua de una figura humana, la rotonda central de la universidad estaba colocada tras uno de los subafluentes del Solleu, dominando un recinto de edificios majestuosos y lugares públicos. Plagueis localizó el centro de estudiantes y fue hasta el escritorio de registro, que estaba atendido por una joven de pelo claro que le miró abiertamente mientras se aproximaba.

—Estoy buscando a un estudiante llamado Palpatine —dijo él en básico.

—Le conozco —dijo ella asintiendo.

—¿Sabe dónde podría encontrarle ahora mismo? ¿Quizás está asistiendo a una clase?

Ella sopló para dejar escapar su aliento.

—Él va y viene. Quizás le vi en el Edificio del Programa Juvenil.

—Quizás.

—Creo que era él.

Humanos, pensó Plagueis.

—¿Puede dirigirme allí?

La respuesta de ella fue un mapa de plastifino, que Plagueis utilizó para recorrer su camino a través del campus hacia el cuartel general del Programa Legislativo Juvenil, una organización que supervisaba el plan de estudios del servicio público de los mandatorios de Naboo. Jóvenes de ambos sexos cuchicheaban a su alrededor, algunos apenas fijándose en él, otros apartándose de su camino para observarle con más detalle. Varias veces preguntó por Palpatine y fue capaz de estrechar su búsqueda hasta una plaza que estaba frente a la biblioteca con columnas, donde finalmente reconoció a Palpatine de los holos que Hill le había proporcionado, caminando vivamente a través de la plaza en compañía de un humano que casi le doblaba la edad, pelo negro y llevando un atuendo más formal. El propio Palpatine estaba vestido con unos pantalones flojos, unas botas bajas y una camisa amplia que estaba cerrada en el cuello. De estatura media, tenía un pelo rojo y rizado, una nariz prominente y una cara estrecha que los humanos probablemente habrían encontrado amistosa. Su espalda era recta, sus brazos eran largos en relación con la longitud de su torso y se movía con gracia fácil.

Durante un tiempo Plagueis le observó desde cierta distancia, aproximándose a Palpatine sólo después de que se hubiera separado del hombre más mayor. Palpatine no le descubrió hasta que Plagueis estuvo sólo a unos pasos de distancia y cuando lo hizo, se volvió bruscamente y empezó a caminar en la dirección opuesta.

—Joven humano —dijo Plagueis, acelerando su propio paso—.

Un momento de tu tiempo. —Cuando Palpatine no le reconoció, él alargó su paso y le llamó—: Palpatine.

Frenando hasta detenerse de mala gana, Palpatine miró por encima de su hombro.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Sé más de ti que sólo tu nombre —dijo Plagueis, llegando frente a él.

El interés y la precaución se mezclaron en los ojos azules de Palpatine.

—Normalmente me ofendo ante la gente que clama saber algo sobre mí, pero dado que también sé algo sobre ti, me contendré.

¿De hacer qué?, preguntó Plagueis.

—¿Qué sabes de mí?

Palpatine exhaló con placida impaciencia.

—Eres Hego Damask. El presidente, no, el "Magíster", de los Holdings Damask. Mi padre dice que ibas a venir a Naboo para reuniré con Bon Tapalo. Tu grupo está apoyando sus esfuerzos hacia el trono.

—¿Dijo tu padre que podría estar viniendo a reunirme también contigo?

—¿Por qué me lo diría? ¿Y qué es exactamente lo que quieres de mí?

—Creo que tenemos algo en común.

—Dudo mucho eso.

—Quizás entonces con mucha más razón para llegar a conocernos.

Palpatine miró a su alrededor, como si buscara un escape.

—¿Quién era el hombre con el que estabas hablando antes? —preguntó Plagueis.

Palpatine empezó a decir algo, entonces se interrumpió y empezó de nuevo.

—Mi mentor en el programa juvenil. Su nombre es Vidar Kim. Es un ayudante de la senadora de Naboo en la República y es probable que la suceda. —Miró con dureza a Plagueis—. Y no es un partidario de Tapalo.

Plagueis sopesó la respuesta.

—¿Estás interesado en la política más allá de tu participación en el

Programa Legislativo Juvenil?

—No sé qué quiero hacer después de la universidad.

—Pero tienes algún interés en la política.

—No dije eso. Dije que no estoy seguro.

Plagueis asintió y miró hacia el edificio de la biblioteca.

—Soy un extraño en Theed. ¿Considerarías enseñarme la ciudad?

La mandíbula de Palpatine se abrió un poco.

—Escucha, soy…

—Sólo un pequeño paseo turístico.

Enfrascándose en una pequeña charla, caminaron a lo largo del río en dirección a la sala del concierto y la Aguja de la Reina Yram, luego cruzaron un puente peatonal y empezaron a girar hacia el complejo del palacio. Aparte de proporcionarle a Plagueis holos de Palpatine, Larsh Hill no había sido capaz de ofrecer mucha información respecto al pasado del joven. Aunque él carecía de un nombre, el padre de Palpatine era un aristócrata rico y con influencia, con una reputación de abogar por la continua independencia y aislamiento de Naboo. El nombre de la familia se pensaba que era un nombre antiguo de estado entre las familias nobles hereditarias o quizás un nombre tomado prestado de una antigua región de Naboo.

—Theed es una ciudad bonita —remarcó Plagueis mientras emergían de una callejuela estrecha hacia la Plaza del Palacio.

—Si le gustan los museos —dijo Palpatine despreocupadamente.

—¿No tienes interés por el arte?

Palpatine le miró de reojo.

—Disfruto el arte. Pero soy más un minimalista.

—¿En todas las cosas?

—Deseo que Theed no estuviera tan poblada. Deseo que los inviernos fueran más cálidos. Deseo que nuestro rey tuviera menos consejeros y ministros.

—Eso suena como una declaración política.

—Es simplemente mi opinión personal.

—No son mutuamente excluyentes.

Palpatine se detuvo de golpe.

—¿Hacia dónde estás intentando arrástrame?

Plagueis indicó un banco cercano. Cuando Palpatine finalmente cedió y se sentó, Plagueis habló.

—Ha llegado a mi atención que tú fuiste el responsable de la divulgación de la información que ha ayudado a la campaña de Tapalo.

Una sorpresa genuina floreció en la cara de Palpatine.

—¿Cómo…?

Plagueis levantó una mano.

—Eso no es importante ahora mismo. Lo que lo *es*, es que lo hiciste contra lo que habrían sido los deseos de tu padre, tu mentor y algunos de los otros realistas.

—¿Estás planeando divulgar eso?

Plagueis examinó la cara de Palpatine.

—¿Qué podría pasar si lo hiciera?

—Para empezar, mi padre me mataría.

—¿Literalmente?

Palpatine exhaló forzadamente.

—Me desheredaría.

—Es cierto, entonces. Tu padre y tú os encontráis en lados opuestos de las cuestiones que animan a la futura elección.

Palpatine bajó su mirada hasta el suelo.

—Sería mucho más extraño encontrarnos en el mismo bando de cualquier tema. —Volvió a levantar la mirada hacia Plagueis—. Quiero ver a Naboo romper con el pasado. Quiero que pertenezcamos a una galaxia más grande. ¿Está mal querer jugar un papel importante en la historia de la República?

Plagueis sacudió la cabeza.

—Los gobiernos se alzan y caen.

—¿Tienes una idea mejor de cómo gobernar la galaxia?

Plagueis se permitió una risa.

—Sólo soy un viejo muun que no sabría sobre eso.

Viendo a través de él, Palpatine resopló.

—¿Simplemente cuántos años tienes?

—En años humanos tendría muchos más de cien.

Palpatine silbó.

—Te envidio eso.

—¿Por qué?

—Todas las cosas que ya has hecho y que todavía puedes hacer.

—¿Qué harías tú?

—Todo —dijo Plagueis.

Se levantaron del banco y empezaron a deambular de vuelta hacia el complejo de la universidad. Plagueis se sumergió profundamente en la Fuerza para estudiar a Palpatine, pero fue incapaz de distinguir mucho. Los humanos eran difíciles de leer en los más fáciles de los casos y la mente de Palpatine estaba repleta de conflictos. *Tanto está ocurriendo en ese pequeño cerebro*, se dijo Plagueis a sí mismo. Demasiada corriente emocional y egoísmo. Tan diferente de los intelectos predecibles y concentrados de los seres inteligentes del Borde Exterior, especialmente los de mente de colmena entre ellos.

Palpatine se detuvo a lo largo de un deslizador terrestre de colores brillantes y de triple aletas con un morro puntiagudo y un motor repulsor que parecía lo bastante poderoso para elevar a un droide levantador de carga.

—¿Este vehículo es tuyo? —preguntó Plagueis.

El orgullo brilló en los ojos de Palpatine.

—Un prototipo Flash de calidad de patrullero. Corro competitivamente.

—¿Ganas?

—¿Por qué más me molestaría en correr?

Subiendo al deslizador, Palpatine se colocó frente a los controles.

—Tengo justo algo para adornar tu espejo retrovisor —dijo Plagueis. Del bolsillo de su pecho sacó una moneda de aurodium puro colgando de una larga cadena y la dejó caer en la palma de la mano de Palpatine—. Es una antigüedad.

El joven humano evaluó el regalo.

—Nunca he visto nada como eso.

—Es tuya.

Palpatine le mostró una mirada inquisitoria.

—Quién sabe, quizás entres en la banca algún día —dijo Plagueis.

Palpatine se rió de un modo relajado.

—Es improbable, Magíster Damask.

—Supongo que hay maneras mejores de ganar créditos.

Palpatine negó con la cabeza.

—Los créditos no me interesan.

—Estoy empezando a preguntarme qué te interesa.

Palpatine se mordió la lengua para no decir lo que fuera que estaba a punto de decir.

—Palpatine, me pregunto qué sentirías sobre trabajar con nosotros. Con los Holdings Damask, quiero decir.

Las espesas cejas de Palpatine sobresalieron.

—¿En qué capacidad?

—Para ser perfectamente brusco, como una especie de espía. —Continuó antes de que Palpatine pudiera hablar—. No diré que tú y yo queremos las mismas cosas para Naboo, porque claramente, y a pesar de tus sentimientos acerca de la arquitectura, tu planeta te es querido. Mi grupo, sin embargo, tiene menos interés en el gobierno de Naboo que en el plasma de Naboo y lo que traerá en el mercado abierto.

Palpatine pareció como si la simple verdad fuera algo para él.

—Si hubieras pronunciado eso de manera diferente, habría rechazado tu oferta sin más.

—¿Entonces aceptas? ¿Estás dispuesto a tenernos al día respecto a cualquier maquinación política que el grupo de tu padre pueda tener en planificación?

—Sólo si puedo informarte directamente a ti.

Plagueis intentó una vez más verle en la Fuerza.

—¿Ese es tu deseo?

Palpatine devolvió un asentimiento sobrio.

—Sí.

—Entonces no faltaría más, me informarás exclusivamente a mí —dijo Plagueis—. Me encargaré de que se hagan los arreglos necesarios.

Se apartó del deslizador cuando Palpatine lo arrancó.

Palpatine guardó silencio durante un momento.

—Podría llevarte mañana a dar una vuelta —dijo al fin, por encima

del lloriqueo del motor—. Si tienes tiempo, quiero decir. Enseñarte algo más de Theed y sus alrededores.

—Si tengo tu palabra de que no irás demasiado rápido.

Palpatine le sonrió con picardía.

—Sólo lo bastante rápido como para mantenerlo interesante.

10: EL CICLO DE LA VIOLENCIA

Volando a un metro por encima del suelo, el ágil deslizador de Palpatine se escoró sobre las planicies por debajo de la meseta de Theed, dejando sólo rastros curvados en las hierbas altas. El día era brillante y claro, con el aire cálido avivado por los insectos y lleno de polen.

—Interesante —dijo Plagueis desde el asiento individual del pasajero cuando el pie de Palpatine aflojó el acelerador.

—Tal vez me convierta en un corredor profesional.

—Los naboo podrían esperar más del hijo mayor de la Casa Palpatine.

—Ignoro las expectativas de los otros —dijo Palpatine sin mirarle.

—¿Fue el deslizador un regalo de tu padre?

Palpatine le miró.

—Un soborno. Pero uno que acepté.

—¿Aprueba él que corras?

Palpatine hizo un sonido enojoso.

—Mi padre no ha montado conmigo desde hace años.

—No sabe lo que se está perdiendo.

—No tiene nada que ver con mis talentos. —Palpatine se volvió ligeramente en el asiento del conductor—. Cuando era más joven fui responsable de la muerte de dos peatones. En aquel momento, mi padre me amenazó con no permitirme nunca volar, pero eventualmente se ablandó.

—¿Qué le hizo cambiar de idea?

Palpatine se giró hacia delante.

—Le agoté.

—Lo siento —dijo Plagueis—. No lo sabía.

Aunque, de hecho, lo sabía. Con la ayuda de 11-4D había descubierto que el tormentoso pasado de Palpatine le había tenido rebotando de una escuela privada a la siguiente, perseguido por incidentes de crímenes y ofensas insignificantes que habrían hecho aterrizar a un plebeyo en una institución correccional. Una y otra vez su padre, que compartía con su hijo una inclinación hacia la violencia, había utilizado su influencia para rescatar a Palpatine y evitar el espectro de los escándalos familiares. Para Plagueis, sin embargo, las transgresiones del joven eran sólo una indicación más de su excepcionalidad. Aquí estaba un joven que ya se había elevado sobre la moralidad común y se había juzgado lo bastante único como para crear un código ético individual.

Palpatine apuntó a la distante línea de árboles.

—Hay algunas ruinas antiguas ahí, pero eso es territorio gungan.

—¿Has tenido algún trato con ellos?

—Personalmente, no. Pero he visto los que vienen a Moenia a comprar bienes.

—¿Qué piensas de ellos?

—¿Aparte de que son primitivos de orejas largas y lenguas babosas?

—Aparte de eso, sí.

Palpatine se encogió de hombros.

—No me importan, siempre y cuando se queden en sus ciudades sumergidas y sus canales.

—Que no se metan por medio.

—Exactamente. Los humanos nos merecemos tener ventaja aquí.

Plagueis no pudo reprimir una sonrisa.

—Hay muchos planetas en la galaxia donde la cuestión de quién tiene ventaja, por así decirlo, está en disputa.

—Eso es porque la mayoría de los seres tienen miedo de hacerse cargo. Piensa en lo que el Senado de la República podría conseguir

bajo el liderazgo de un ser fuerte.

—He pensado en eso, Palpatine.

—¿Qué hace el Senado en respuesta a todas y cada una de las crisis? Despacha los Jedi para restaurar el orden y continúa sin encargarse de las raíces del problema.

Plagueis encontró entretenida la ignorancia juvenil del chico.

—Los Jedi podrían gobernar la República si quisieran —dijo después de un momento—. Supongo que deberíamos estarles agradecidos de que la Orden esté dedicada a la paz.

Palpatine negó con la cabeza.

—Yo no lo veo así. Creo que los Jedi se han dedicado a limitar el cambio. Esperan a que el Senado les digan cuándo y dónde intervenir, y qué arreglar, cuando de hecho podría utilizar la Fuerza para imponer su voluntad sobre la galaxia entera, si quisieran. Yo sentiría más respeto por ellos si lo hicieran.

—¿Le otorgas respeto a tu padre cuando intenta imponer su voluntad sobre ti?

El agarre de Palpatine en la palanca de control se tensó.

—Eso es diferente. La razón por la que no le respeto es porque no es ni la mitad de inteligente de lo que cree. Si pudiera admitir su debilidad, podría al menos sentir pena por él.

Deteniendo de repente el deslizador, se volvió hacia Plagueis una vez más, con su cara enrojecida por la furia. Entre ellos, colgando del retrovisor, estaba la moneda que Plagueis le había dado.

Antes de mucho tiempo, poseeré a este humano, se dijo Plagueis a sí mismo.

—La Casa Palpatine es rica —continuó el joven—, pero ni de cerca tan rica como algunas de las otras casas y ni de cerca tan influyente con el Rey y el electorado, a pesar de los intentos de mi padre de dirigir una posición de liderazgo con los aristócratas. Carece de la perspicacia política necesaria para elevar nuestra Casa hasta una posición de auténtico privilegio y, junto con ella, la consciencia para reconocer que el momento ha llegado para Naboo de explotar sus recursos inigualables y unirse a la galaxia moderna. En su lugar, él y sus secuaces, en completa y total ineptitud social, quiere que estemos enjaula-

dos en el pasado.

—¿Comparte tu madre su visión?

Palpatine forzó una risa.

—Sólo porque ella no adopta puntos de vista propios. Sólo porque él la ha convertido en su subordinada, al igual que ha hecho con mis hermanos y hermanas de buen comportamiento, quienes me tratan como a un intruso y sin embargo, para mi padre, representan todo lo que yo nunca podré ser.

Plagueis consideró los comentarios en silencio.

—Y sin embargo honras a tu Casa al utilizar su nombre.

La expresión de Palpatine se suavizó.

—Durante un tiempo pensé en adoptar el nombre de nuestro linaje femenino. No he rechazado la dinastía en la que nací. He rechazado el nombre que se me *dio*. Pero no por las razones grandiosas que algunos creen. Sólo por lo contrario, en realidad. Estoy seguro de que tú, de entre todos los seres, comprendes eso.

Ahí estaba de nuevo, pensó Plagueis: la cadencia engañosa. El uso de la adulación, el encanto y la modestia como si se tratara de las fintas cortantes en un duelo. La necesidad de ser visto como un cándido, un humilde y un comprensivo. Un joven sin deseos de entrar en la política y sin embargo *nacido* para ella.

Tenebrous le había dicho desde el principio que la República, con la ayuda de los Sith, continuaría descendiendo en la corrupción y el desorden, y que llegaría un momento en el que tendría que depender de las fortalezas de un líder iluminado, capaz de salvar a las masas de seres menores de ser gobernados por sus pasiones irrefrenables, sus celos y sus deseos. En la cara de un enemigo común, auténtico o fabricado, dejarían a un lado todas sus diferencias y abrazarían el liderazgo de cualquiera que les prometiera un futuro más brillante. ¿Podría este Palpatine, con la ayuda de Plagueis, ser el que provocaría tal transformación?

De nuevo intentó ver más profundamente en Palpatine, pero sin éxito. Las paredes psíquicas que el joven había levantado eran impenetrables, lo que convertía al joven humano en algo realmente raro. ¿Había Palpatine aprendido de alguna manera a controlar la Fuerza

dentro de sí mismo, como Plagueis había ocultado sus propios poderes cuando era joven?

—Por supuesto que lo comprendo —dijo finalmente.

—Pero… cuando eras joven, ¿te cuestionabas tus motivos, especialmente cuando iban en contra de los de todos los demás?

Plagueis sostuvo su mirada desafiante.

—Nunca pregunté porqué esto o porqué aquello, qué pasa si esto o qué pasa si aquello. Simplemente respondí a mi propia determinación.

Palpatine se echó hacia atrás en el asiento de deslizador como si un gran peso se hubiera levantado de él.

—A algunos de nosotros se nos requiere que hagamos lo que otros no pueden hacer —añadió Plagueis de un modo conspiratorio.

Sin una palabra, Palpatine asintió.

Plagueis no tuvo necesidad de ahondar más en los traumas que fueran que hubieran dado origen a la naturaleza astuta y reservada de Palpatine. Simplemente necesitaba saber: *¿Tiene este joven humano la Fuerza?*

Dos días estándar más tarde, en Malastare, un planeta de terreno variado que ocupaba una posición destacada en la Vía Hydiana, incluso el estrépito ensordecedor y el olor nauseabundo de los acelerones de las vainas de carrera no eran suficiente para distraer a Plagueis para que no pensara en Palpatine. Holdings Damask había solicitado una reunión con el senador Pax Teem y el líder del Protectorado Gran le había proporcionado a los muuns los asientos de palco para la Carrera Memorial Phoebos. Habían llegado directamente de Naboo a la espera de discutir asuntos de negocios, pero los grans, los dugs, los xi charrianos y casi todos los demás en la ciudad de Pixelito estaban más interesados en el deporte y en las apuestas.

—¿Ha escogido un ganador, Magíster? —preguntó Pax Teem después de que dos vainas de carreras pasaran desgarrando los puestos de observación.

—Creo que sí —dijo Plagueis, perdido en sus pensamientos so-

bre Naboo.

Sus conversaciones con Palpatine parecían haber abierto alguna clase de compuertas emocionales en el humano. Los muuns apenas habían dejado atrás Naboo cuando el primero de varios holocomunicados fue recibido de Palpatine, respecto a los últimos planes de los realistas para minar la propuesta de Bon Tapalo para la monarquía. Plagueis había escuchado atentamente, pero, de hecho, Palpatine tenía poco precioso que ofrecer. Desde el anuncio de la información sobre las acciones de los realistas durante el conflicto gungan, el padre de Palpatine había estado conduciendo sus reuniones tras puertas cerradas en la finca de la familia y le había prohibido a su hijo de que incluso discutiera la futura elección. La campaña de Tapalo, por contraste, estaba en alza, como resultado de haber anunciado un trato pendiente con el Clan Bancario InterGaláctico. La urgencia de las transmisiones de Palpatine sugería que había formado un apego con Plagueis y se estaba abriendo a él no sólo como a un empleador secreto sino también como a un consejero potencial. En Hego Damask, Palpatine veía la riqueza y el poder que había buscado durante mucho tiempo para la Casa Palpatine. Confiado en que el joven humano continuaría siendo útil mucho después de que se hubiera realizado el plan de los Holdings Damask para Naboo, Plagueis no hizo nada para desanimar ese apego.

—¿Por qué es que nunca vemos a humanos compitiendo en las carreras? —le preguntó a Teem después de un momento.

El gran agitó su mano de seis dedos con rechazo.

—No tienen talento para ello. El favorito para ganar hoy es el dug a los controles del corredor azul.

Plagueis siguió a la vaina de carreras durante un momento. En las gradas bajo él, miles de dugs (alzándose sobre los cuatro apéndices, sobre sus piernas traseras o apoyados sólo sobre sus brazos) estaban ladrando sus ánimos.

Plagueis encontraba opresiva la alta gravedad de Malastare y a los grans incluso más. Habían llegado al planeta mil años antes como colonos y habían procedido a aplastar a los dugs nativos hasta la sumisión. El protectorado había crecido desde entonces para eclipsar al

planeta natal de los grans, Kinyen, y era una fuerza poderosa dentro del Senado de la República, con una amplia influencia en los Bordes Medio y Exterior.

Sentado junto a Plagueis, Larsh Hill se inclinó hacia delante para dirigirse a Pax Teem.

—Quizás Gardulla será capaz de tentar a los humanos para que piloten las vainas de carreras en el circuito que está restaurando en Tatooine.

Teem trompeteó con irritación.

—Así que es cierto: apoyan a la hutt.

—Son sólo negocios —dijo Hill.

Pero Teem no estaba aplacado.

—¿Es este el propósito de su visita? ¿Reabrir las heridas que aun no han curado?

—Sí —dijo rotundamente Plagueis.

El trío de péndulos oculares de Teem giraron hacia él.

—No….

—No complique la ofensa —le interrumpió Hill.

Teem fingió incomprensión.

—¿De quién supo de nuestro interés en Naboo? —preguntó Plagueis.

El gran miró a sus camaradas, pero no encontró apoyo en su abrupto silencio.

—¿De quién? —repitió Plagueis.

Un mugido de resignación escapó de Teem.

—Se nos aproximó Minería Subtext, tras la desaparición inexplicable de algunos de sus miembros. Los que me encontré en Sojourn, sospecho.

—Gozaban de buena salud cuando dejaron la Reunión —dijo Hill.

Teem asintió.

—Estoy seguro de que sí.

—¿Por qué se les aproximó Subtext? —dijo Plagueis.

Teem dudó.

—Para informarnos —dijo entonces— que ustedes están involucrados en un trato para el plasma.

—Confiando en que ustedes intentaría subvertir nuestros esfuerzos al hacerlos públicos —dijo Hill.

El gran bufó.

—Primero hacen un trato con Gardulla que favorece a Tatooine por encima de Malastare y ahora el plasma de Naboo captura su atención, a pesar de su oferta de incrementar los costes de las exportaciones de energía de Malastare. Así que, ¿por qué no deberíamos haber alertado a sus oponentes en Naboo, cuando ustedes habrían hecho lo mismo?

Plagueis esperó a que terminara y a que pasara un grupo de vainas de carrera. Entonces fijó su mirada en los grans reunidos.

—Se hacen daño a ustedes mismos al intentar sabotearnos. El Protectorado podría haberse beneficiado de Naboo, como hará la Federación de Comercio, pero ya no.

Los enormes pies de Pax Teem golpearon el suelo del palco privado.

—¡Nos negamos a que nos humillen! De nuevo les recuerdo, Magíster, que se hicieron promesas.

Plagueis sonrió para sus adentros. Era cierto que Tenebrous había tenido planes para el gran. En cierto momento Pax Teem había sido propuesto como alguien a quien los Sith podrían mover hasta la cancillería y podrían manipular desde lejos para que cometiera errores que harían caer a la República. Pero Plagueis había empezado ahora a explorar sus opciones.

—No carecemos de aliados y amigos en el Senado —estaba diciendo Teem con enojo—. Podemos aplastar cualquier legislación que ustedes deseen verla pasar u organizarlo para que sus leyes y contratos sin licitación languidezcan en el procedimiento durante años. Pondremos a uno de los nuestros en la cancillería. Le negaremos a la Federación de Comercio los derechos de transporte a Kinyen y a lo largo de la Dorsal de Comercio. Lanzaremos a los dugs contra los muuns. —Miró a Plagueis—. Nunca conseguirán lo que quieran, *Magíster*.

—Al contrario —dijo Plagueis, mientras los otros muuns y él se levantaban—. Ya tengo lo que quiero.

Una creciente ovación subió desde las gradas mientras un piloto toong alcanzó al dug favorito.

Plagueis se volvió hacia Hill mientras salían del palco privado.

—Ordena a la Guardia del Sol que recoja a los mineros que dejamos varados en el Brazo Tingel. Que les ejecuten y haz que dejen sus cuerpos a las puertas del cuartel general corporativo de Minería Subtext en Corellia.

Una nave estelar clase *Capital* recién creada devolvió a Plagueis y a Hill a Naboo. Fabricada por Hoersch-Kessel y Gwori, la nave tenía una forma como de una vaina alargada con una parte baja plana. Un ala lateral que cortaba transversalmente la parte trasera convexa del casco, en la que se albergaban series de poderosos receptores transmisores de hiperondas. A bordo junto con los ejecutivos jefes de los Holdings Damask había varios miembros de alto rango del Clan Bancario, incluyendo al sobrino del Presidente Tonith, todos ellos vestidos con los trajes ceremoniales completos del CBI.

Había pasado un mes desde la visita inicial de Plagueis y mientras tanto Palpatine y él habían hablado por holo en muchas ocasiones. Los datos de inteligencia que proporcionaba el humano, aunque escasos, les habían permitido a Plagueis y Hill mantenerse un paso por delante de los detractores de Bon Tapalo y, como resultado, él continuaba disfrutando de un ligero margen con el electorado.

Los grupos de muuns se acercaron a los puestos de inmigración en el espaciopuerto de Naboo donde fueron interceptados por un contingente de personal de seguridad armado llevando chalecos de cuero, botas altas y sombreros de ala ancha. Conducidos hasta un área de espera de paredes de cristal equipada sin mucho más que bancos y unidades de baños, los muuns esperaron durante más de una hora hasta que dos Guardias del Palacio entraron, demandando saber quién de ellos era Hego Damask.

Después de identificarse y asegurarle a Larsh Hill que no necesitaba preocuparse, Plagueis siguió a los guardias fuera de la terminal hasta un deslizador Gian de morro redondo que les esperaba. Un

guardia uniformado sentado en los controles le ordenó a Plagueis que se sentara en el banco trasero del deslizador descapotable, donde uno del personal de escolta se reunió con él. No tenía ni idea de adónde le llevaban, pero se negaba a darle a los guardias la satisfacción de decirle que pronto lo descubriría, o palabras a ese efecto. En su lugar se sentó en silencio en el asiento acolchado, con cuidado de no registrar ni siquiera la sorpresa más ligera cuando el piloto empezó a dirigir el deslizador lejos de Theed y a través del ondulante terreno verdoso a través de cual le había llevado Palpatine.

—También puede ponerse cómodo —dijo al fin su compañero de asiento—. Viajaremos durante dos horas.

Plagueis asintió como respuesta y se permitió entrar en un trance ligero, en preparación para lo que fuera que le estuviera esperando en su destino. Gradualmente las planicies onduladas empezaron a elevarse y una cordillera de montañas vino a la vista, dibujadas contra el brillante cielo azul de Naboo. El deslizador siguió un valle de un río ancho hasta las montañas exuberantes por el follaje, donde rebaños de shaaks de patas cortas pastaban y retozaban. Mientras el deslizador ganaba altura, el río se estrechó y se hizo más rápido, alimentado por cascadas y lagos cristalinos. Nubes blancas puras estaban empezando a formarse en las cimas de los picos más altos donde cuando el deslizador giraron a través de la vasta distancia de un meandro y se detuvo delante de una casa majestuosa construida en el estilo de las cúpulas grandes y las torres gráciles de Theed. Dos de los guardias le llevaron por unas amplias escaleras de piedra hasta un recibidor frío y débilmente iluminado. Abandonado allí, Plagueis vagó más allá de tapices y estatuas con pedestales en la parte opuesta del recibidor, donde ventanas desde el suelo al techo con la parte superior de forma redondeada que dominaban una terraza y un gran lago más allá. Sentada a una mesa había una mujer humana de aspecto aristocrático de mediana edad y un joven malhumorado de la edad de Palpatine o más joven, ocupado en lo que parecía ser una conversación seria. Tocada por una brisa que bajaba por las pendientes de las montañas, la superficie del agua centelleo como una gema de Mygeeto. Mientras Plagueis le volvió la espalda al lago, cuando su atención fue atraída

hacia un tapiz que mostraba el mismo emblema familiar que había observado en el bolsillo de la chaqueta de Palpatine y exhibiendo un trío de criaturas: veermok, aiwha y zalaaca.

Fue consciente de que alguien se aproximaba a él desde atrás, pero no se movió.

—Un trabajo bello, ¿verdad? —dijo una voz humana de bajo en básico.

Plagueis se volvió para encontrar a un hombre alto de modales patricios de pie en el umbral de una habitación más grande.

—Igual que la vista —dijo Plagueis, haciendo un gesto amplio hacia el valle.

Vestido de forma casual, aunque de buen gusto, el hombre de pelo plateado avanzó hacia el recibidor.

—Me alegro tanto de que decidiera aceptar mi invitación para visitarme, Magíster Damask.

—La presencia de guardias armados sugería una ausencia de elección, Cosinga Palpatine.

—Estaban allí para su protección, Magíster.

—Nunca pensé en Naboo como en un planeta peligroso.

—Para algunos lo es —dijo el Palpatine más mayor—. Pero ahora que está aquí, permítame mostrarle esto.

El recorrido les llevó a través de una docena de habitaciones adornadas con alfombras fastuosas y obras de arte. La mampostería predominaba, pero los muebles estaban construidos con las maderas más preciadas de la galaxia. Para cuando bajaron hasta la terraza a la mujer y al joven no se les veía por ninguna parte, pero la brisa había aumentando y amenazaba tormenta. Cosinga Palpatine indicó una isla en la distancia y la casa majestuosa que se elevaba desde la orilla.

—Eso es Varykino —explicó—. Un trofeo del País de los Lagos. Una vez perteneció al poeta Omar Berenko y actualmente está ocupado por la familia Naberrie. —Miró a Plagueis—. ¿Está tal vez familiarizado con la obra maestra de Berenko, *La Defensa de Naboo*?

—Tristemente, no.

—Lo arreglaré para que se le proporcione una traducción.

—Una copia del texto original estaría bien. Hablo fluidamente su

lengua.

Poniéndole a prueba, Cosinga Palpatine cambió al naboo para hablar.

—Sí, comprendo que ha llegado a ser bastante experto en la política de Naboo.

Antes de que Plagueis pudiera responder, agitó su mano delante de un sensor que llamó a tres sirvientes a la terraza, llevando cada uno bandejas de comida y bebidas.

Plagueis exhaló de un modo fatigado. Más comida, pensó. Más estimulación olfatoria para las narices humanas.

Se sentaron uno frente a otro en la misma mesa que la mujer y el joven habían ocupado antes y permanecieron en silencio mientras los sirvientes dejaban la comida.

—Fruta fresca, verdura y platos farináceos —dijo Palpatine, indicando la comida para untar—. Nada de shaak u otras carnes.

Plagueis forzó una sonrisa.

—Tal vez se ocupe usted en estudiar el idioma muun a continuación.

Su anfitrión frunció el ceño y luego se echó hacia atrás en su silla para permitir que los sirvientes apilaran la comida en su plato. No empezó a comer hasta que los sirvientes hubieron salido y se detuvo después de sólo unos cuantos bocados y dejó sus utensilios con irrevocabilidad.

—Déjeme que cuente una pequeña historia sobre Bon Tapalo y Ars Veruna —comenzó, mirando a Plagueis con ira—. Hace setenta años, unas dos décadas después de nuestro propio conflicto con ellos, los gungans se encontraron enzarzados en una guerra por la supervivencia con un ejército de mercenarios. Afortunadamente los gungans prevalecieron, aunque no sin muchas muertes y la pérdida de algunas de sus ciudades del pantano. Muy poco se hizo público jamás respecto a la causa de la guerra o la fuente de los mercenarios, pero estoy dispuesto a revelarle uno de los secretos más oscuros de Naboo, con la esperanza de que descubra algo sobre ello. La razón para la guerra era el plasma y las Casas que contribuyeron más a la financiación del ejército mercenario fueron la Casa Tapalo y la Casa Veruna. Cuando

mi abuelo descubrió esto, desafió al padre de Tapalo a un duelo de honor y al final sucumbió a las heridas que le infligió la espada de Tapalo. —Hizo un gesto hacia el césped que rodeaba la terraza—. El duelo tuvo lugar justo ahí.

Plagueis miró al lugar.

—Que totalmente romántico y humano.

La cara bella de Cosinga Palpatine se quedó sin color.

—Quizás no comprende la cuestión de la historia, Magíster. Tapalo, Varuna y el resto del grupo de sinvergüenzas sólo están interesados en el poder y la riqueza, sin importar lo que le cueste a Naboo. El descubrimiento de la reserva de plasma bajo Theed fue lo peor que podría haber ocurrido. Y ahora pretenden explotarlo por todo lo que vale, con la ayuda de seres influyentes como usted mismo. Esto es por lo que Tapalo nunca debe ser rey.

Plagueis pretendió considerarlo.

—Parecería que el electorado está en desacuerdo con usted —dijo entonces.

Palpatine asintió.

—Por ahora, sí. Pero tenemos planes para traer de nuevo al electorado bajo control. Empezando con el anuncio de que el trato que Tapalo hizo con el Clan Bancario ha fracasado.

—No era consciente de que había fracasado —dijo tranquilamente Plagueis.

Palpatine se volvió más enfadado conforme hablaba.

—¿Por qué cree que detuvimos a su grupo para que no entrara en Theed? Todavía blandimos suficiente poder como para evitar que ustedes pongan un pie en Naboo. Y también puede oír el resto, Magíster. El Senado de la República ha sido informado del intento de Muunilinst de interferir y desestabilizar la soberanía de nuestro planeta. —Cuando Plagueis no respondió, añadió—: Los naboo tenemos una leyenda sobre las puertas impenetrables que contienen el caos. La Casa Palpatine es una de esas puertas, Damask.

—Y nosotros los muuns representamos el caos —dijo Plagueis, sin hacer que sonara como una pregunta.

Palpatine se inclinó hacia delante y habló con una voz más cal-

mada.

—No nos oponemos a hacer que Naboo se una a la comunidad galáctica cuando el momento sea el adecuado. Pero ahora no y no de este modo. La promesa de Tapalo de rebajar los impuestos y del comercio con el Núcleo… Esas son las mismas tácticas que la República despliega para seducir a los planetas primitivos para que entreguen sus recursos. —Negó con la cabeza mientras la furia le gobernó una vez más—. Los naboo admiramos a los filósofos, no a los *banqueros* y los intermediaros en los tratos. La elección de Tapalo para el trono llevaría a la catástrofe.

—*La Defensa de Naboo* —dijo Plagueis—. El poema que mencionó.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué fue del autor? ¿De Berenko?

Los ojos de Cosinga Palpatine se estrecharon hasta rendijas.

—Fue secuestrado por asaltantes y nunca le encontraron. —Medio se levantó de su silla para añadir—: ¿Me está amenazando? ¿Aquí, en mi propia casa?

Plagueis hizo un gesto para aplacarle.

—Pensé que estamos discutiendo la historia. Sólo pretendía preguntar qué podría ocurrirle si no tuviera éxito en… contener el caos y Tapalo gana a pesar de sus mejores esfuerzos.

—Ya le he dicho que eso no ocurrirá. Y aquí está el porqué: porque usted va a decirle a sus amigos del Clan Bancario y de la Federación de Comercio que ha perdido el interés en Naboo. Que ha encontrado mejor compañía entre los hutts, los esclavistas y los transportistas de especia del Borde Exterior. —Hizo una pausa momentáneamente—. Está muy lejos de Muunilinst, Magíster Damask. Le sugiero fuertemente que vuelva a abordar su nave y que deje el sector Chommell tan rápidamente y tan silenciosamente como sea posible, para que nadie caiga víctima de un suceso inconveniente.

Plagueis miró al lago.

—Comprendo lo que quiere decir, Cosinga Palpatine —dijo sin mirarle.

—Y una cosa más —dijo Palpatine, envalentonado—. No sé precisamente porqué se ha tomado tanto interés por mi hijo, o él por us-

ted, pero no va a tener más tratos con él.

Plagueis se volvió hacia él.

—Su hijo tiene un gran potencial.

—Potencial que no deseo ver saqueado por los de su clase. Le vamos a llevar lejos de su alcance, en cualquier caso.

—Se me había dado a entender que los naboo eran un pueblo abierto. Pero entonces, los gungans probablemente tampoco estarían de acuerdo.

Palpatine se puso en pie bruscamente.

—Ya es suficiente. ¡Guardias! —dijo. Y cuando los tres se dieron prisa en entrar—: Sáquenle de mi vista.

11: EL AVATAR DE LA MORTALIDAD

El planeta Chandrila patrocinaba un retiro de un mes para los miembros del Programa Legislativo Juvenil. Una vez al año los jóvenes de un montón de planetas llegaban para participar en falsos juicios del Senado dentro y en los alrededores de Ciudad Hanna y para viajar por los vastos proyectos agrícolas de Chandrila, áreas salvajes, arrecifes de coral y parques botánicos. Fue en el Parque Gladean, una actividad reservada fuera del litoral de Hanna, donde Plagueis le hizo una visita sin anunciar al joven Palpatine. Pero fue Plagueis el sorprendido.

—Sabía que vendrías, Magíster —dijo Palpatine cuando Plagueis y 11-4D aparecieron en uno de los puntos ciegos de la reserva de juego.

—¿Cómo lo sabías?

—Lo sabía, eso es todo.

—¿Y simplemente con qué frecuencia son correctas tus premoniciones?

—Casi siempre.

—Curioso —remarcó 11-4D mientras Palpatine se daba prisa por excusarse de la compañía de dos amigos.

Plagueis reconoció al hombre más mayor como el mentor de Palpatine en el programa juvenil, Vidar Kim, y sintió que la mujer atractiva de pelo negro era la amante de Kim. Tras la conclusión de la animada explicación de Palpatine, Kim volvió la cabeza para mostrarle a Plagueis una mirada de desaprobación antes de alejarse con

su acompañante.

—A tú mentor no le caigo muy bien —dijo cuando Palpatine volvió.

Palpatine lo desechó.

—No te conoce.

Semanas estándar habían pasado sin ninguna comunicación entre ellos dos. A juzgar por el humor de Palpatine, no sabía nada sobre la forzada reunión en el País de los Lagos y, sin embargo, estaba igual de agitado, posiblemente como reacción a algo que Cosinga había hecho para monitorizar o frustrar las holotransmisiones fuera del planeta de su hijo. Con el agente secreto de los Holdings Damask silenciado, los aristócratas habían ganado terreno. A pesar de las negaciones de Tapalo de que el trato con el Clan Bancario se había disuelto, la prohibición de viajar que se había impuesto a los muuns había plantado semillas de duda entre los electores y la lucha por el trono se estaba calentando más con cada día que pasaba. Peor aun, el interés del Clan Bancario en Naboo estaba empezando a decrecer.

—Tendremos que hacer que esta reunión sea breve —le dijo Plagueis a Palpatine mientras seguían una pasarela elevada que conectaba el punto ciego con uno de los albergues rústicos del parque—. Tu padre puede haber despachado a personal de vigilancia.

Palpatine ridiculizó la idea.

—Está monitorizando mis comunicaciones fuera del planeta, eso es por lo que no has oído noticias de mí, pero incluso él sabe que es mejor no tenerme vigilado.

—Le subestimas, Palpatine —dijo Plagueis, deteniéndose en mitad de la pasarela—. Hablé con él en Convergencia.

La boca de Palpatine se abrió.

—¿En la casa del lago? ¿Cuándo? ¿Cómo…?

Plagueis hizo un gesto calmante y explicó con gran detalle lo que había tenido lugar.

—También amenazó con colocarte fuera de alcance —dijo concluyendo.

Todo el tiempo en el que Plagueis habló, Palpatine estuvo dando vueltas en círculos por el estrecho pasillo, negando con la cabeza con furia y apretando los puños.

—¡No puede hacer esto! —gruñó—. ¡No tiene derecho! ¡No lo permitiré!

La furia de Palpatine golpeó a Plagueis. Las flores que crecían a lo largo de la pasarela se doblaron sobre sí mismas y sus polinizadores empezaron a zumbar con agitación. CuatroDé también reaccionó, tambaleándose sobre sus pies, como si estuviera sujeto a un poderoso electroimán. ¿Realmente había nacido este humano de padres de carne y hueso?, se preguntó a sí mismo Plagueis. Cuando, de hecho, parecía originarse de la propia naturaleza. ¿Era la Fuerza tan poderosa en él que se había ocultado *a sí misma*?

Palpatine se detuvo de repente y giró hacia Plagueis.

—¡Tienes que ayudarme!

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó Plagueis—. Es tu padre.

—¡Dime qué hago! ¡Dime qué harías tú!

Plagueis colocó una mano sobre el hombro de Palpatine y empezó a caminar lentamente.

—Podrías utilizar este incidente como un medio para emanciparte.

Palpatine frunció el ceño.

—Naboo no honra esa práctica. Estoy en su poder hasta que tenga veintiún años.

—Las legalidades de la emancipación no me interesan y no deberían interesarte a ti. Hablo de *liberarte*, de completar el acto de diversión que comenzaste cuando rechazaste tu nombre de pila.

—¿Quieres decir desobedecerle?

—Si hasta ahí es hasta donde estás dispuesto a ir. Y sin pensar en las consecuencias.

—He querido…

—La inseguridad es el primer paso hacia la autodeterminación —dijo Plagueis—. El coraje viene después.

Palpatine sacudió la cabeza, como para aclararla.

—¿Qué haría yo?

—¿Qué quieres hacer, Palpatine? Si la elección fuera tuya y sólo tuya.

El joven dudó.

—No quiero vivir la vida como un ser ordinario.

Plagueis le miró.

—¿Te las das de extraordinario?

Palpatine pareció avergonzado por la pregunta.

—Sólo quería decir que quiero vivir una vida extraordinaria.

—No te disculpes por tus deseos. ¿Extraordinaria en qué sentido?

Palpatine desvió la mirada.

—¿Qué te estás guardando? Si vas a soñar, entonces hazlo a lo grande. —Plagueis hizo una pausa y luego añadió—: Diste a entender que no tienes interés en la política. ¿Eso es cierto?

Palpatine apretó los labios.

—No completamente.

Plagueis se detuvo en mitad del paseo.

—¿Cómo de profundo es tu interés? ¿A qué posición aspiras? ¿A senador de la República? ¿A monarca de Naboo? ¿A Canciller Supremo de la República?

Palpatine le miró.

—Pensarás mal de mí si te lo digo.

—Ahora me subestimas, como subestimas a tu padre.

Palpatine tomó aire y continuó.

—Quiero ser una fuerza para el cambio. —Su mirada se endureció—. Quiero *gobernar*.

¡Ahí está!, pensó Plagueis. *¡Lo admite! ¡Y quién mejor que un humano para llevar la máscara de poder mientras un Lord Sith inmortal gobierna en secreto!*

—Si eso no puede pasar, si no puedes gobernar, ¿entonces qué?

Palpatine rechinó los dientes.

—Si no es el poder, entonces no es *nada*.

Plagueis sonrió.

—Supón que digo que estaría dispuesto a ser tu aliado en la búsqueda.

Dejado repentinamente sin palabras, Palpatine le miró.

—¿Qué esperarías a cambio de mí? —se las arregló para decir entonces.

—Nada más que te comprometas con tu intento de liberarte. Que te concedas la licencia de hacer lo que fuera que sea necesario para al-

canzar tus ambiciones, al riesgo que sea para tu pretendido bienestar y esperando completamente la soledad que resulte.

Aun no habían alcanzado el albergue cuando Plagueis les guió hasta un mirador que ocupaba el centro de un jardín exuberante.

—Quiero contarte algo sobre mi pasado —empezó—. Nací y me crié no en Muunilinst sino en un planeta llamado Mygeeto y no de la primera mujer de mi padre sino de una segunda esposa, lo que los muuns llamamos una compañera secundaria. Así que era un joven adulto antes de que mi padre volviera finalmente a Muunilinst y yo saboreara por primera vez el planeta que crió a mi especie. Debido a las regulaciones que gobiernan el crecimiento de la población de Muunilinst, a ningún muun con menos influencia que mi padre se le habría permitido importar a un hijo no indígena, mucho menos a un medio-clan. Y sin embargo los miembros de la familia de mi padre me vieron como a un intruso, carente de la apropiada legalidad y del aplomo social que tienen aquellos nacidos y criados en Muunilinst. Porque si hay algo que los muuns detestan más que un gasto despilfarrado es la discordancia y yo la tenía en abundancia.

»Ellos eran ciudadanos modelo, mis buenos hermanos y hermanas: exclusivistas, prepotentes, idénticos en su manera de pensar, excesivamente ahorradores, dados al cotilleo y me enfurecía profundamente haber sido aceptado por los oprimidos de la galaxia sólo para ser rechazado por esta colmena de seres pueblerinos y egoístas. Para su mayor desagrado, se vieron forzados a aceptar que yo era un miembro del clan completamente afianzado, con derecho a la misma parte de la vasta riqueza de mi padre que el resto de ellos. Pero como es el caso con todos los miembros de los clanes de élite, tuve que demostrar que era digno del puesto preparando exitosos pronósticos financieros y permitiéndome ser juzgado por el gobernante electo.

»Pasé mis exámenes y pruebas, pero poco después, mi padre cayó enfermo. En su lecho de muerte busqué su consejo concerniente a mi difícil situación y él me dijo que yo debía hacer lo que fuera que necesitase hacerse, ya que mi propia supervivencia estaba en peligro. Dijo que las mentes menores necesitaban guía, y castigo en

ocasiones, y que yo no debía dudar en utilizar cualquier medio que fuera necesario para proteger mis intereses. Que me debía eso a mí mismo, a mi especie y a la vida misma.

Plagueis hizo una pausa.

—La causa de su muerte prematura se determinó que era una anomalía genética rara que afectaba al corazón terciario y una que todos mis hermanos habían heredado, pero que yo, al haber nacido de una madre diferente, no tenía. Rendidos al pánico por la idea de una muerte temprana, mis hermanos se lanzaron a una búsqueda galáctica de los mejores genetistas que los créditos podían procurar y al final surgió uno, clamando tener el conocimiento de un procedimiento curativo. Y así se sometieron al tratamiento, todos y cada uno de ellos, mi madre de clan incluida, totalmente confiados en que habían esquivado la maldición familiar y en que pronto volverían a su pasión principal, que era desterrarme legalmente de la familia.

Miró con dureza a Palpatine.

—Poco se dieron cuenta de que *yo* había contratado al genetista y que los tratamientos que él les proporcionaba eran tan falsos como sus credenciales. Y así, a su debido tiempo, empezaron a ponerse enfermos y a morir, cada uno de ellos, mientras yo miraba desde lejos, regodeándome, incluso entreteniéndome al fingir tristeza en sus funerales e indiferencia en los rituales de adjudicación que me transfirieron porciones de sus riquezas acumuladas. Al final les sobreviví a todos ellos y lo heredé todo.

Con su amalgama de hechos y ficción concluida, Plagueis se puso en pie y cruzó sus finos brazos sobre su pecho. A cambio, Palpatine enfocó su mirada sobre el suelo de madera del mirador. Plagueis detectó el giro silencioso de los fotorreceptores de 11-4D al enfocarse en el joven.

—Crees que soy un monstruo —dijo cuando hubo transcurrido un largo momento de silencio.

Palpatine levantó la cabeza.

—Me subestimas, Magíster —dijo.

* * *

El Espaciopuerto de Ciudad Hanna era caótico por el lanzamiento de las naves estelares que devolvían a los reclutas del programa juvenil a sus planetas cercanos y distantes. En la cabina central de pasajeros de la nave de Naboo *Jafan III*, Palpatine y un joven recluta de Keren estaban comparando notas sobre sus experiencias durante la semana previa. De camino a convertirse en amigos íntimos a pesar de sus diferencias políticas, la pareja había continuado hasta discutir las próximas elecciones de Naboo cuando una asistente de vuelo les interrumpió para decirles que Palpatine necesitaba volver inmediatamente a la terminal del espaciopuerto. La asistente no sabía quién había solicitado su presencia o porqué, pero él apenas había entrado en el conector cuando reconoció el semblante severo de uno de los guardias de seguridad que su padre había contratado recientemente.

—Palpatine no volverá a embarcar —le dijo el guardia a la asistente.

Confundido, Palpatine demandó saber porqué le habían sacado de su nave.

—Tu padre está aquí —dijo el guardia después de que la asistente hubo vuelto a entrar en la nave.

Apuntó hacia el ventanal de transpariacero del conector hacia el lado más alejado del campo donde descansaba una lustrosa nave estelar que llevaba el emblema de la Casa Palpatine.

Palpatine parpadeó por la sorpresa.

—¿Cuándo llegó?

—Hace una hora. Tu madre y tus hermanos también están a bordo.

—No me dijeron nada sobre venir aquí.

—No sabría decirte nada sobre eso —dijo el guardia—. Ya has pasado la aduana de Chandrila, así que podemos proceder directamente hasta la nave.

Palpatine le miró.

—Sólo estás entregando tus órdenes, ¿eso es todo?

Sereno, el guardia encogió sus hombros anchos.

—Es un trabajo, niño. En resumidas cuentas es eso.

Rindiéndose a lo inevitable pero enfurecido por el repentino cambio de planes, Palpatine siguió al guardia a través del laberinto de co-

nectores parecidos al que accedía a la nave de su familia. El Palpatine de más edad estaba esperando en la escotilla de entrada.

—¿Por qué no fui informado de esto por adelantado? —demandó Palpatine.

Su padre asintió hacia el guardia para que sellara la escotilla.

—Tu madre y tus hermanos están en la parte de atrás. Me reuniré contigo allí una vez que hayamos completado el salto.

Rodeando a Palpatine, se deslizó en la cabina. Palpatine se volvió hacia la escotilla y consideró marcharse mientras tuviera la oportunidad, pero al final lo pensó mejor y fue hacia la parte trasera, aunque no hacia el compartimento principal sino a uno más pequeño que albergaba la suite de comunicaciones. Con el cinturón abrochado a una silla de aceleración, se preocupó durante el lanzamiento y el salto al hiperespacio. Desabrochándose el cinturón cuando la nave estuvo entre planetas, se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro en el camarote y todavía estaba en movimiento cuando su padre entró unos minutos más tarde.

—Nuestro curso está fijado hacia Chommel Minor.

Palpatine se detuvo para mirarle.

—Durante el futuro inmediato, vas a estar residiendo con la familia Greejatus. La ropa y otras cosas que pensamos que te gustaría tener contigo ya están a bordo. —Cuando Palpatine no dijo nada, él continuó—. Janus y tú os llevasteis bien la última vez que les visitamos. Un cambio de ambiente te hará bien.

—¿Decidiste eso sin comentarlo conmigo? —se las arregló para preguntar Palpatine al fin—. ¿Qué hay de mis cursos en la universidad? ¿Qué hay de mis obligaciones en el programa juvenil?

—Eso ha sido todo arreglado. Puedes ser el compañero de Janus en el programa de Chommell Minor.

—Entonces el odio de los Greejatus hacia los no humanos recibe tu aprobación.

—A pesar de su chovinismo, les aprecio mucho más que a tus amigos actuales.

Palpatine empezó a negar con la cabeza.

—No. No.

El tono de su padre se volvió duro.

—Esto es por tu propio bien.

Las narinas de Palpatine se inflaron.

—Padre de mentiras —murmuró—. ¿Cómo sabrías qué es bueno para mí? ¿Te ha importado alguna vez? Esto se trata de mi amistad con Hego Damask, ¿verdad?

El Palpatine más mayor bufó con sorna.

—¿Es eso lo que crees que es? Damask meramente te está utilizando como un medio de asegurarse información sobre nuestras estrategias para las elecciones.

—Por supuesto que sí.

—Y sin embargo continuas… siendo amigo suyo —dijo Cosinga, desconcertado momentáneamente.

—Lo que tú consideras el saqueo de Naboo, yo lo considero un paso esencial hacia delante y Hego Damask es una bendición. Es poderoso, tiene influencia y es brillante, más que cualquiera de mis profesores. Os saca la cabeza y los hombros a ti o a cualquiera de tus confederados aristocráticos.

El labio de Cosigna se arqueó.

—Empieza a sonarme que esta confrontación va más allá de las meras diferencias políticas.

—Sabes que sí. Estás utilizando la situación como una excusa para volver a ponerme bajo tus garras.

—Lo cuál no sería necesario si mostrases incluso la habilidad más ligera para conducirte apropiadamente.

Palpatine sorbió por la nariz.

—Mis infracciones y mis violaciones sociales. Me niego a ir al viejo terreno.

—No eres muy duro contigo mismo, considerando la vergüenza que casi has traído sobre nosotros.

—No he traído más vergüenza a la familia que tú.

—No estamos discutiendo sobre mí —dijo Cosinga.

Palpatine levantó las manos.

—De acuerdo. Déjame en Chommell Minor. Pero no permaneceré allí.

—Puedo encargarme de que sea así.

—¿Asignándome algunos de tus hombres de músculos para mantenerme a raya? Yo soy mucho más listo que ellos, padre.

Cosinga convirtió sus labios en una fina línea.

—Después de lo que ya hiciste para contar nuestros planes para Tapalo, no puede haber ni rastro de escándalo. ¿Es que no tienes ni idea de lo que hay en juego para Naboo?

—Y para ti —dijo Palpatine con una sonrisa astuta—. El hermano de tu amante se convierte en rey y tú logras la posición elevada que siempre has deseado pero que no te mereces.

Cosinga lanzó sus palabras con abandono cruel.

—Será tan bueno que te hayas ido.

—Finalmente admites eso.

Cosinga de repente estuvo cabizbajo.

—Eres tan misterioso para mí ahora como cuando eras joven.

La sonrisa de Palpatine floreció.

—Sólo porque careces de la habilidad para comprenderme completamente.

—Grandioso, como siempre.

—Grandioso, de *hecho*, padre. No tienes ni idea de lo que soy capaz. Nadie la tiene.

Cosinga exhaló profundamente.

—Sé que eres de mi sangre, porque hice que te hicieran las pruebas, sólo para estar seguro. Pero en verdad, no sé de dónde vienes. De quién o de qué eres realmente el descendiente. —Miró a Palpatine—. Sí, ahí está: esa mirada furiosa que he estado recibiendo durante diecisiete largos años. Como si quisieras asesinarme. El asesinato siempre ha estado en tus pensamientos, ¿verdad? Meramente has estado esperando a que alguien te dé permiso para actuar.

Una oscuridad cayó sobre la cara de Palpatine.

—No necesito el permiso de nadie.

—Precisamente. Eres un animal de corazón.

—Rey de las bestias, padre —dijo Palpatine.

—Sabía que este día llegaría. Lo he sabido desde el primer momento en que intenté ponerte los pañales y luchaste conmigo con

una fortaleza que era demasiado poderosa para tu tamaño o tu edad.

Palpatine miró desde debajo de sus cejas curvadas.

—Nací maduro, padre, totalmente adulto, y tú me odiaste por ello, porque llegaste a comprender que yo era todo lo que tú no podrás ser nunca.

—Te he odiado más de lo que sabes —dijo Cosinga, permitiendo que su ira se elevara una vez más—. Suficiente para querer matarte desde el principio.

Palpatine se mantuvo firme.

—Entonces habría sido mejor que lo hubieras hecho ya.

Cosinga dio un paso en dirección a Palpatine, sólo para ser lanzado hacia atrás contra el mamparo que separaba la sala de comunicaciones de la cabina principal.

—¿Qué fue eso? —preguntó con angustia una voz de mujer desde detrás de la escotilla cerrada.

Cuidando un hombro herido, Cosinga pareció repentinamente como un animal atrapado, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el miedo. Hizo un movimiento para pulsar la placa que abría la escotilla, pero Palpatine frustró su esfuerzo sin levantar un dedo. Girado violentamente, Cosinga cayó sobre una de las sillas de aceleración, ensangrentándose la cara cuando esta golpeó el brazo.

Unos golpes comenzaron en la escotilla.

—¡Guardias! —gritó Cosinga, pero la palabra apenas había dejado sus labios cuando el mamparo contra el que estaba apoyado se abombó hacia dentro, lanzándole de cara hacia el suelo y dejándole sin aliento.

Palpatine estaba anclado en su lugar, con sus manos temblando delante de él y con su cara angustiada. Algo se agitaba tras sus ojos incandescentes. Oyó los golpes en la escotilla y se volvió.

—¡No entréis! ¡Alejaos de mí!

—¿Qué has hecho? —Era la voz llena de pánico de su madre—. ¿Qué has hecho?

Cosinga se impulsó hasta quedar de rodillas y empezó una retirada aterrorizada, dejando manchas de sangre sobre la cubierta. Pero Palpatine estaba avanzando hacia él ahora.

—Si la Fuerza te engendró, ¡entonces la *maldigo*! —dijo Cosinga con voz rasposa—. ¡La maldigo!

—Igual que yo —rugió Palpatine.

La escotilla empezó a deslizarse y él oyó la voz del guardia que le había escoltado desde la *Jafan III*.

—¡Alto!

—¡Cosinga! —gritó su madre.

Palpatine presionó las palmas de sus manos en su cabeza, luego con una calma escalofriante pasó como un rayo por la escotilla, metió al guardia sorprendido de un tirón por el umbral y le lanzó limpiamente por el camarote.

—¡Todos estamos en esto ahora! —gritó, levantando su cara hacia el techo.

Podrían haber sido torturadores: Plagueis y 11-4D, inclinados sobre una mesa de operaciones en Aborah que sustentaba a Venamis, todavía en un coma inducido y ahora también anestesiado. Los apéndices del droide sostenían escalpelos, retractores y hemostatos y Plagueis, vestido y enmascarado y con los ojos cerrados, con su sombra formando charcos en el suelo por las luces de la sala, pero en verdad no estaba en ningún lugar que se pudiera encontrar en el plano mundano. Replegado profundamente dentro de la Fuerza, en su lugar, indiferente al daño meticuloso que 11-4D le había hecho a los órganos internos del bith, pero concentrado en comunicar su voluntad directamente a los intermediarios de la Fuerza, con el droide monitorizando la actividad celular en busca de signos que las manipulaciones para extender la vida de Plagueis y sus experimentos mentales, y que estaban teniendo el efecto pretendido.

Una repentina corriente de intensa energía del lado oscuro recorrió a Plagueis. Más fuerte que cualquier sensación que hubiera experimentado desde la muerte de Darth Tenebrous, repleta de eventos pasados, presentes y quizás futuros, con la perturbación siendo lo bastante poderosa como para sacarle de golpe de su trance completamente. Un rito llevado a cabo. Una confirmación conferida. Medio

esperando encontrar a Venamis sentado derecho en la mesa, abrió los ojos ante la imagen de 11-4D arrastrando los pies hacia él desde la consola de comunicaciones de la sala de operaciones.

La boca de Plagueis formó una pregunta.

—¿Hill?

—No. El humano joven. Palpatine. Una transmisión desde el espacio profundo.

Plagueis se dio prisa por llegar hasta el aparato. No habían hablado desde la reunión en Chandrila, pero Plagueis había estado esperando, preguntándose si sus manipulaciones habían dado fruto. Si no, entonces podría haber tomado acciones personales para solidificar la jugada de Naboo. Colocándose a la vista de las holocámaras, se tomó un momento para evaluar la imagen ruidosa de la pantalla, la cara de Palpatine bañada en las luces centelleantes de un panel de instrumentos, algo nuevo en sus ojos… un color que no había estado allí previamente. Una mirada a la lectura de coordenadas del panel de comunicaciones.

—¿Dónde estás? —preguntó entonces.

—No estoy seguro —dijo Palpatine con clara distracción, con su mirada moviéndose hacia algo fuera de la cámara.

—Estás en una nave.

Palpatine asintió, tragó y encontró su voz.

—La nave de la familia.

—Lee en alto las coordenadas del ordenador de navegación.

Cuando lo hubo hecho, Plagueis miró a 11-4D en busca de explicación.

—Hacia el borde de Exodeen a lo largo de la Vía Hydiana —dijo el droide.

Plagueis lo absorbió.

—Contacta con la Guardia del Sol. Haz que preparen una nave y prepárate para acompañarles.

—Sí, Magíster.

Plagueis se giró de nuevo hacia la pantalla del monitor.

—¿Eres capaz de mantener tu curso presente?

Palpatine se inclinó hacia un lado.

—El piloto automático está conectado.

—Dime qué pasó.

El humano tomó aire profundamente.

—Mi padre llegó inesperadamente a Chandrila. Hizo que me sacaran de la nave del programa juvenil y me trajeran a nuestra nave. Mi madre y mis hermanos ya estaban a bordo. Después del lanzamiento descubrí que me estaban llevando a Chommell Minor. Justo como me advertiste. Tuvimos una pelea… entonces, no estoy seguro de lo que pasó…

—Dime qué pasó —demandó Plagueis.

—Yo les *maté* —le replicó con un gruñido Palpatine—. Les maté. Incluso a los guardias.

Plagueis contuvo una sonrisa, sabiendo que Naboo sería suyo. *Termínalo completamente. Ahora dale más carrete y asegura su continuada utilidad.*

—¿Observó alguien en Chandrila que abordaste la nave familiar? —preguntó rápidamente.

—Sólo el guardia. Y está muerto. Todo el mundo está *muerto*.

—Necesitamos devolverte en silencio y encubierto a Chandrila. Voy a enviar ayuda, mi droide entre ellos. No ofrezcas ninguna explicación de lo que pasó, incluso si preguntan, pero sigue cada orden sin cuestionarla.

—¿No vas a venir con ellos? —preguntó Palpatine con los ojos muy abiertos.

—Te veré bastante pronto, Palpatine.

—Pero la nave. La… *prueba*.

—Haré arreglos para la eliminación de la nave. Nadie sabrá jamás de este suceso, ¿lo entiendes?

Palpatine asintió.

—Confío en ti.

Plagueis le devolvió el asentimiento de cabeza.

—Y Palpatine: enhorabuena por convertirte en un ser emancipado.

Lustrosa como la criatura de las profundidades marinas según la que estaba modelada, la nave de pasajeros *Coloso Quántico* empleaba las

corrientes esotéricas del hiperespacio. Una de las mejores naves de pasajeros de su clase, el *CQ* hacía viajes semanales entre Coruscant y Eriadu, revertiendo en varios planetas a lo largo de la Vía Hydiana para recibir o despedir pasajeros. Envuelto en brilloseda verde mate, Plagueis había subido a bordo en Corellia, pero había esperado hasta que la nave hiciera el salto a la velocidad luz antes de subir en un turboascensor hasta la cubierta superior y anunciarse a la entrada del camarote privado que había asegurado para Palpatine.

—Dijiste *pronto* —ladró Palpatine en el momento en que la escotilla se hubo metido en el mamparo—. Una semana estándar no es *pronto*.

Plagueis entró, se quitó la capa y la dobló sobre el respaldo de una silla.

—Tenía negocios a los que atender. —Miró a Palpatine por encima de su hombro—. ¿Se suponía que simplemente iba a dejarlo todo en el trabajo por el apuro en el que tú mismo te metiste?

Sin palabras durante un momento, Palpatine habló.

—Perdóname por haberme permitido creer que estábamos en esto juntos.

—¿Juntos? ¿Cómo es eso?

—¿No soy tu agente en Naboo?

Plagueis movió la cabeza de un lado a otro.

—Nos proporcionaste información útil.

Palpatine le estudió inciertamente.

—Hice más que eso, Magíster, y eres bien consciente de ello. Compartes tanta responsabilidad por lo que ocurrió como yo.

Plagueis se sentó y cruzó una pierna sobre la otra rodilla.

—¿Realmente ha pasado sólo una semana? Porque pareces muy cambiado. ¿Fueron las autoridades chandrilanas y de Naboo tan duras contigo?

Palpatine continuó mirándole.

—Como prometiste, donde no hay evidencia, no hay crimen. Llegaron hasta reclutar la ayuda de los rescatadores y los piratas en la búsqueda, pero volvieron con las manos vacías. —Su mirada se endureció—. Pero eres tú quien ha cambiado. A pesar del hecho de que

viste este suceso gestándose.

Plagueis hizo gestos hacia sí mismo.

—¿Sospechaba yo que tú y tu padre podríais alcanzar un punto muerto? Por supuesto. Habría sido obvio para cualquiera. Pero pareces implicar que de algún modo adiviné que la confrontación terminaría en violencia.

Palpatine lo consideró y luego resopló con sorna.

—Estás mintiendo. También puedes haber forzado mi mano.

—Qué extraño modo de expresarlo —dijo Plagueis—. Pero dado que has comprendido la verdad de ello, ofrezco una confesión. Sí, te incité deliberadamente.

—Viniste a Chandrila para asegurarte de que los espías de mi padre nos vieran juntos.

—Una vez más, correcto. Haces que esté orgulloso de ti.

Palpatine ignoró el halago.

—Me utilizaste.

—No había otro modo.

Palpatine negó con la cabeza con enfadada incredulidad.

—¿Algo de la historia sobre tus hermanos era verdad?

—Algo. Pero eso apenas importa ahora. Me pediste ayuda y te la proporcioné. Tu padre intentó frustrarte y actuaste libremente por propia voluntad.

—Y al matarle te he librado de un oponente. —Palpatine hizo una pausa—. Mi padre tenía razón sobre ti. Eres un gánster.

—Y tú eres libre y rico —dijo Plagueis—. Así que, ¿ahora qué, joven humano? Continuo teniendo grandes esperanzas para ti, pero antes de que pudiera contártelo todo necesitaba que estuvieras libre.

—¿Libre de qué?

—Del miedo de expresar tu auténtica naturaleza.

La expresión de Palpatine se oscureció.

—No sabes nada de mi auténtica naturaleza. —Caminó para alejarse de Plagueis, luego se detuvo y se volvió hacia él—. Nunca preguntaste sobre los asesinatos.

—Nunca he sido uno al que le vayan los detalles lúgubres —dijo Plagueis—. Pero si necesitas desahogarte, hazlo.

Palpatine levantó sus manos convertidas en garras.

—¡Les ejecuté con estas! Y con el poder de mi mente. Me convertí en una *tormenta*, Magíster. Un arma lo bastante fuerte para deformar mamparos y lanzar cuerpos a través de los camarotes. ¡Era la propia muerte!

Plagueis estaba sentado erguido en la silla, con genuino asombro.

Podía ver ahora a Palpatine en toda su oscura gloria. La furia y el asesinato habían derribado los muros que él había levantado tal vez desde la infancia para salvaguardar su secreto. Pero ahora no había ocultación: ¡la Fuerza era poderosa en él! Embotellado durante diecisiete años estándar, su poder finalmente había surgido y nunca más se podría taponar. Todos los años de represión, los crímenes inocentes, la emoción desnuda burbujeando, tóxica para cualquiera que se atreviera a tocarla o saborearla. Pero bajo su furia acechaba un enemigo sutil: la aprensión. Recién renacido, él corría el mayor riesgo. Pero sólo porque no comprendía simplemente lo poderoso que era o lo extraordinariamente poderoso que podía llegar a ser. Necesitaría ayuda para completar su autodestrucción. Necesitaría ayuda reconstruyendo esos muros, para evitar que fuera descubierto.

Oh, ¡qué cuidadosa domesticación requeriría!, pensó Plagueis. Pero qué aliado podría hacer. *¡Qué aliado!*

—No estoy seguro de qué pensar de esto, Palpatine —dijo al fin—. ¿Has tenido siempre tales poderes?

El color abandonó la cara de Palpatine y sus piernas temblaron.

—Siempre he sabido que era capaz de invocarlos.

Plagueis se levantó de la silla y se aproximó a él con cautela.

—Aquí es donde el camino se bifurca, joven humano. Aquí y ahora necesitas decidir si repudias tu poder o si te aventuras valiente y escrupulosamente en las profundidades de la verdad… sin importar las consecuencias.

Resistió la urgencia de coger a Palpatine por el hombro y en su lugar se alejó de él.

—Podrías dedicar el resto de tu vida a intentar encontrarle sentido a este poder, a este don —dijo sin mirar atrás—. O podrías considerar una opción diferente. —Se giró para mirar de frente a Palpatine—.

Es un camino oscuro en una tierra salvaje sin caminos del que pocos regresan. No sin guía, en cualquier caso. Pero también es la ruta más corta y más rápida entre hoy y mañana.

Plagueis comprendió que estaba corriendo un gran riesgo, pero no había vuelta atrás. El lado oscuro les había unido y sería la voluntad del lado oscuro la que decidiría si Palpatine se convertía en su aprendiz.

—En tus estudios —dijo cuidadosamente—, ¿alguna vez has aprendido algo de los Sith?

Palpatine parpadeó, como si estuviera preocupado.

—Una secta Jedi, ¿verdad? El resultado de una especie de disputa familiar.

—Sí, sí, en algunos sentidos es sólo eso. Pero es más: los Sith son los hijos pródigos, destinados a volver y derrocar a los Jedi.

Palpatine apartó sus ojos de Plagueis.

—Se considera que los Sith son malvados.

—¿Malvados? —repitió Plagueis—. ¿Qué es eso? Hace unos momentos te definiste como una tormenta. Dijiste que eras la propia muerte. ¿Entonces eres malvado o simplemente eres más fuerte y más consciente que otros? ¿Quién le da más forma a la historia de los seres inteligentes: los buenos, que se adhieren a lo fiable o aquellos que buscan despertar a los seres de su estupor y llevarles a la gloria? Eres una tormenta, pero una muy necesaria, para que se lleve a los viejos y complacientes y pode de la galaxia el peso muerto.

El labio de Palpatine se arqueó con furia y amenaza.

—¿Es esta la sabiduría que ofreces? ¿Los dogmas de algún culto arcano?

—La prueba de su valor es si puedes vivir según ellos, Palpatine.

—Si hubiera querido eso habría forzado a mis padres hace años a entregarme a la Orden Jedi en lugar de transferirme de escuela privada en escuela privada.

Plagueis plantó sus manos en las caderas y se rió sin alegría.

—¿Y qué posible utilidad crees que tendría una persona de tu naturaleza para la Orden Jedi? No tienes corazón, eres ambicioso, arrogante, insidioso y no tienes ni vergüenza ni empatía. Es más, eres un

asesino. —Le sostuvo la mirada encapuchada a Palpatine y vio como las manos del joven se convertían en puños de rabia—. Ten cuidado, niño —dijo después de un momento—. No eres el único ser en este fastuoso camarote con el poder de matar.

Los ojos de Palpatine se abrieron mucho y él dio un paso atrás.

—Puedo sentirlo…

Plagueis se volvió deliberadamente arrogante.

—Lo que sientes es una fracción de lo que puedo utilizar.

Palpatine pareció apropiadamente regañado.

—¿Podría ser de alguna utilidad para los Sith?

—Posiblemente —dijo Plagueis—. Quizás incluso probablemente. Pero tendríamos que esperar y ver.

—¿Dónde están los Sith?

Plagueis se permitió una sonrisa.

—Justo ahora hay sólo uno. A menos, por supuesto, que sea tu voluntad unirte a mí.

Palpatine asintió.

—Deseo unirme a ti.

—Entonces arrodíllate ante mí y promete que es tu voluntad unir tu destino para siempre con la Orden de los Señores Sith.

Palpatine miró al suelo y entonces hizo una genuflexión.

—Es mi voluntad —pronunció— unir mi destino para siempre con la Orden de los Señores Sith.

Plagueis extendió su mano derecha para tocarle en la coronilla.

—Entonces está hecho. Desde este día en adelante, tu verdad, ahora y para siempre, será *Sidious*.

Cuando Palpatine se puso en pie, Plagueis le cogió por los hombros.

—Con el tiempo llegarás a comprender que eres uno con el lado oscuro de la Fuerza y que tu poder está más allá de la contradicción. Pero justo ahora, y hasta que te diga algo diferente, la sumisión continuada es tu único camino hacia la salvación.

12: SEDUCIDO POR EL LADO OSCURO DE LA FUERZA

El huérfano obediente estaba temblando en la nieve que se arremolinaba. A su alrededor se elevaban pináculos de hielo con formas como de dientes puntiagudos. Un viento glacial aullaba a través de ellos. Plagueis estaba cerca, con copos de hielo y nieve girando a su alrededor pero sin rozarle nunca, fundiéndose antes de que llegaran hasta él. A diferencia de Sidious, que estaba vestido con un fino traje ambiental, el Señor Sith sólo llevaba una capa, pantalones estrechos y un gorro.

—Fue en este planeta donde fui consciente por primera vez de mis poderes de la Fuerza y mis impulsos oscuros —dijo él, lo bastante alto como para que se le oyera por encima del viento—. Comparada con la temperatura de Muunilinst, Mygeeto es cruel e inflexible, pero aprendí a adaptarme a sus condiciones brutales y antes de tener ocho años de edad podía aventurarme en la más violenta de las tormentas vestido con menos de lo que tú llevas ahora. Pero no te he traído aquí para que te familiarices con mi pasado, Sidious. Si fueras de una especie aclimatada a estas condiciones, te habría llevado en su lugar a un planeta desértico. Si fueras un ser acuático, te habría varado en tierra seca. La división entre los caminos de la Fuerza como los practican los Sith y los Jedi tiene menos que ver con la distinción entre la oscuridad o la presencia de la luz que entre, en tu caso, el frío desnudo y la presencia de la calidad. Entre la angustia y la comodidad, la entropía y la previsibilidad.

Plagueis hizo una pausa para mirar a Sidious.

—Tu sangre está cerca de congelarse. Demasiado tiempo aquí y morirás. Eso es lo que pensarás al principio, cuando el lado oscuro te haya olfateado y se haya acercado a ti. Pensarás: *Moriré; el lado oscuro me matará*. Y es cierto, morirás, pero sólo para renacer. Debes aceptar profundamente en tu interior el conocimiento de lo que significa ser muy diferente. Debes sentirlo en la médula de tus huesos, porque será por siempre así.

Plagueis se rió un poco.

—Quizás sueno como un profesor de filosofía de esa buena universidad tuya de Theed. Pero esto no es un sermón, ni deberías pensar en ello como en un condicionamiento físico. Necesitamos, en su lugar, prepararte para lo que te espera de optar el lado oscuro por interesarse por ti. La mezcla de miedo y alegría. De ser humilde y fortalecido. De ser aumentado mientras al mismo tiempo eres utilizado, como si fueras un instrumento. De ser señalado y sin embargo incluido en una grandeza predominante.

Una expresión predadora apareció en su cara macilenta mientras avanzaba hacia Sidious.

—Ahora cuéntamelo de nuevo, aprendiz. Y con gran detalle.

Una vez más, Sidious permitió que sus recuerdos se desplegaran y revivió el crimen, el suceso, como había llegado a pensar en él al fin. El cuerpo flácido y ensangrentado de su padre. Los cráneos aplastados de los guardaespaldas. Sus manos cerradas fuertemente alrededor de la delgada garganta de su madre, pero no en realidad, sólo en su mente, estrangulándola con sus pensamientos. Las formas sin vida de sus hermanos, desplomados aquí y allá… Al contarlo y recontarlo, al revivirlo, finalmente había obtenido una especie de autoridad sobre ello, la habilidad de ver el suceso meramente por lo que era, sin emoción, sin juicio. Era como si el suceso hubiera ocurrido años antes más que meses antes y como si algún otro hubiera sido el autor del crimen. Cuando ese momento definitivo había llegado, un poder transformador se había acurrucado en su interior, tan oscuro como el espacio sin estrellas, nacido del odio y del miedo pero uno que ahora podía utilizar.

—Muy bien —dijo Plagueis, después de que el cuento relatado se hubiera forzado a salir entre los labios azules y temblorosos de Sidious—. Puedo sentir tu cambio y sentir tu creciente poder. —Continuó evaluando a Sidious mientras la nieve giraba entre ellos—. No puedo tener tu voluntad atemperada por sentimientos de arrepentimiento o compasión. Fuiste creado para liderar. Por lo tanto debes ver a todas las cosas vivas como nada más que una herramienta para elevarte, para moverte hasta tu lugar destinado. Esta es nuestra galaxia, Sidious, nuestra realidad.

»En este lugar despiadado, tu poder se forja.

»Impulsado por el miedo o el odio, incluso a un Jedi puede pasar más allá de las restricciones de las enseñanzas de la Orden y descubrir un poder de una clase más profunda. Pero ningún Jedi que llegue a ese lugar, que se ha alzado por encima de su lealtad a la paz y la justicia, que mata por furia o por deseo, puede presentar una petición real al lado oscuro de la Fuerza. Sus intentos de convencerse a sí mismos de que cayeron al lado oscuro, o que el lado oscuro forzó sus acciones, no son nada más que racionalizaciones patéticas. Eso es por lo que los Sith abrazamos la oscuridad desde el principio, concentrándonos en la adquisición de poder. No damos excusas. Las acciones de un Sith empiezan en el yo y fluyen hacia fuera. Acechamos a la Fuerza como cazadores, en vez de rendirnos como presas a sus enigmáticos caprichos.

—Lo comprendo, Maestro —se las arregló para decir Sidious con un balbuceo.

Plagueis le mostró una sonrisa malevolente.

—Una vez le dije eso mismo a mi Maestro, cuando de hecho no entendía nada. Meramente quería terminar con el dolor. —Con un borrón de movimiento, abrió de un tirón la parte delantera del traje ambiental de Sidious—. Soy tu torturador, Sidious. Pronto harás todos los esfuerzos para aplacarme y, con cada mentira que digas, con cada intento que hagas por invertir nuestros roles, te volverás tan brillante como una moneda de aurodium para el lado oscuro.

»Así que, aplácame, Sidious. Dime de nuevo como les mataste.

* * *

Sidious se balanceó sobre la pendiente de piedrecitas sueltas, con las piedras puntiagudas bajo las palmas sangrantes de sus manos, con los codos y las rodillas temblando, como si anhelaran sumergirse en las aguas heladas del cristalino lago azul en la base de la cercana pendiente escarpada. Unos cuantos metros por encima estaba sentado Plagueis, con las piernas cruzadas en cima de un afloramiento con la parte superior plana, con la espalda vuelta hacia Sidious y su mirada aparentemente fijada en los cegadores campos de nieve que cubrían la cima de la montaña.

—Si no quieres ya asesinarme, lo querrás antes de que acabe contigo —estaba diciendo—. La urgencia de matar a un superior está intrínseca en la naturaleza de nuestro proyecto. Mi fortaleza irrefutable aumenta tu envidia. Mi sabiduría alimenta tu deseo. Mis logros incitan tu anhelo. Así ha sido durante mil años y así debe perdurar hasta que te haya guiado hasta la paridad. Entonces, Sidious, debemos hacer todo lo que podamos para sabotear la dinámica que Darth Bane puso en movimiento, porque nos necesitaremos el uno al otro si vamos a hacer realidad nuestras metas últimas. Al final no puede haber secretos entre nosotros. Ni celos ni desconfianza. Para nosotros el futuro de los Sith brotará y los diversos seres de la galaxia servirán para ello. Hasta entonces, sin embargo, debes afanarte. Debes demostrar tu valía, no meramente a mí sino al lado oscuro. Debes coger el odio que sientes por mí y transformarlo en poder, el poder para sobreponerte, para prohibirle a cualquier cosa que se interponga en tu camino, para transformar cualquier obstáculo que el lado oscuro diseñe para ponerte a prueba.

Escuchando apenas, Sidious se movió con el máximo cuidado, con sus manos y sus rodillas buscando agarrarse firmemente a las piedras. Durante semanas Darth Plagueis le había privado de sueño, comida y agua. Ahora si tan sólo pudiera alcanzar al muun, su sed se apagaría, su hambre se saciaría y sus contusiones se curarían. Incontables veces la amplia extensión de restos de rocas se

habían deslizado y él había tenido que cabalgar la pendiente hasta la orilla del lago, cayendo, deslizándose por delante y por detrás, raspándose la piel rojiza, amoratándose casi todas las partes de sí mismo. Sólo para tener que escoger de nuevo su camino hasta la cima.

Enfureciéndose en silencio, se las arregló para escalar un metro más de la pendiente, acudiendo a la Fuerza para asegurar su equilibrio, para que le hiciera liviano.

—Tonto —le ridiculizó Plagueis—. El éxito no viene de invocar ayuda de la Fuerza, sino de tomar el control de ella y generar el poder desde tu interior. —Suspiró teatralmente—. Aun así, me siento de alguna manera animado por el progreso que has hecho. Estás a meros centímetros de mí ahora, casi dentro del alcance de tu brazo. Pronto seré capaz de sentir tu aliento en mi cuello y percibir el calor de tu furia. Tu deseo de matarme, como si al hacerlo, pudieras reclamar la autoridad que yo encarno. —Hizo una pausa pero no se movió, y mucho menos miró por encima de su hombro—. Quieres estrangularme, como le hiciste a tu pobre y malentendida madre. Arrancarme miembro por miembro como le hiciste a los guardaespaldas. Es bastante justo. Pero para hacerlo tendrás que hacer un gran esfuerzo, aprendiz.

Como un felino, Sidious saltó de las rocas, con sus dedos encorvados apuntando hacia Plagueis. Pero en lugar de apretarse sobre el delgado cuello del muun, sus manos recorrieron el fino aire y se encontraron la una a la otra, dejándole derrumbarse de cara encima del afloramiento. A un lado oyó a su Maestro reírse con desprecio. O Plagueis se había movido más rápidamente de lo que Sidious podía discernir o, peor aun, nunca había estado allí para empezar.

—Es tan fácil engañarte —dijo Plagueis, confirmando lo último—. Malgastas mi tiempo. Más de esto y el lado oscuro nunca tendrá interés por ti.

Sidious se giró, lanzándose contra Plagueis, sólo para encontrar una fuerza irresistible y ser lanzado hacia atrás contra el terreno helado.

La sombra del muun cayó sobre él. Con los brazos cruzados sobre el pecho, Plagueis se acercó.

—Si vas a tener éxito en habitar ambas esferas, Sidious (el mundo profano y aquel de la Fuerza), necesitas aprender cómo utilizar la astucia para tu ventaja y a reconocer cuánto la están empleando otros. —Sin extender una mano, Plagueis tiró de él para ponerle en pie—. Si puedes sobrevivir unos cuantos días más sin sustento o descanso, yo puedo estar inclinado a enseñarte.

Abriéndose camino a zarpazos a través de la tundra, con su cuerpo surcado por quemaduras de sable láser, Sidious levantó la mirada hacia Plagueis, implorantemente.

—¿Cuánto más, Maestro?

Plagueis desactivó la hoja carmesí de su arma y frunció el ceño.

—Quizás un momento, quizás una eternidad. Deja de pensar en el futuro y ánclate en el presente. Un aprendiz Sith es la antítesis de un niño Jedi criado en el Templo y que lucha con un remoto flotante con un sable de entrenamiento. Un Sith se familiariza con el dolor desde el principio y también lo inflige. Un Sith va a por la garganta, justo como hiciste en la nave estelar de tu familia.

Sidious continuó mirándole.

—Quiero decir, ¿cuánto más me llevará aprender?

El muun le sopesó con una mirada.

—Es difícil de decir. Los humanos son su propio peor enemigo. Vuestro cuerpo no está hecho para soportar un castigo real. Se hiere fácilmente y es lento en curar. Vuestros sentidos olfatorio y táctil son relativamente precisos, pero vuestros sentidos auditivo y visual son extremadamente limitados.

—¿No tengo puntos fuertes, Maestro?

Plagueis cayó sobre una rodilla delante de él.

—Tienes a la Fuerza, aprendiz, y el talento para liderar. Más aun, tienes la sed de sangre de un asesino en serie, aunque necesitamos mantener eso en reserva a menos que la violencia sirva a algún propósito extraordinario. No somos matarifes, Sidious, como algunos Se-

ñores Sith pasados. Somos arquitectos del futuro.

Sidious tragó y encontró su voz.

—¿Cuánto?

Plagueis se puso en pie, reencendiendo su sable láser mientras lo hacía.

—Ni un día estándar antes de una década.

SEGUNDA PARTE:

Aprendiz Del Poder

54-52 ABY

13: JINETES EN LA TORMENTA

En loca persecución de su presa y casi echando a volar, los dos Sith, Maestro y aprendiz desde hacía ahora once años, saltaron a través del terreno cubierto de hierba, con sus capas cortas agitándose tras ellos, las vibrocuchillas apretadas en sus manos y los antebrazos desnudos moteados de sangre. La sangre se apelmazaba en el pelo largo del humano y se secaba sobre el ceño sin pelo del muun. Retorciéndose y girando alrededor de ellos había un rebaño de cuadrúpedos ágiles y de cuello largo con el pelaje a rayas marrones y negras, idénticos y moviéndose como si poseyeran una única mente, saltando en el mismo instante, invirtiendo su dirección, girando como un ciclón en manadas sobre la sabana aterciopelada.

—Esto no es una persecución —dijo Plagueis mientras corrían—, esto es una invocación. Necesitas colocarte detrás de los ojos de tu objetivo y convertirte en el objeto de su deseo. Lo mismo es válido para cuando invocas a la Fuerza: debes hacerte deseable, fascinante, adictivo y cualquier poder que necesites estará bajo tu mando.

Fundiéndose en el rebaño, el animal que Sidious había fijado en sus miras habría sido indistinguible para un ser normal. Pero Sidious tenía al animal en su mente y ahora estaba mirando a través de sus ojos, siendo uno con él. Junto a él, de repente, la criatura pareció intuir su final e inclinó la cabeza hacia un lado para exponer su cuello musculoso. En el momento en el que la vibrocuchilla le golpeó, los ojos de la criatura se pusieron en blanco y se vol-

vieron opacos. La sangre caliente salió a chorros pero dejó de fluir rápidamente, con la Fuerza marchándose y Sidious atrayendo su poder hasta lo más profundo de sí mismo.

—Ahora otro —dijo Plagueis en un tono congratulatorio—. Y otro más después de ese.

Sidious se sintió empujado al movimiento, como si fuera por un viento con fuerza de vendaval.

—Siente el poder del lado oscuro fluir a través de ti —añadió Plagueis desde detrás de él—. Servimos al propósito de la naturaleza al escoger al rebaño y al nuestro propio al agudizar nuestras habilidades. ¡Somos el enjambre predador!

El planeta de baja gravedad era conocido como Bouyant, con la complicada confusión de su flora y su fauna siendo el resultado de un experimento de una especie olvidada hacía mucho que había manipulado la atmósfera, había hecho que el planeta girara más rápido de lo que la naturaleza había pretendido y había animado el crecimiento de bosques frondosos y enormes hierbazales. Las máquinas que todavía funcionaban de los antiguos puntuaban el paisaje y milenios después los animales que habían importado estaban prosperando. Nada se movía lenta o sopesadamente en el rápido movimiento giratorio de Bouyant, incluso el día y la noche, o las tormentas que limpiaban la atmósfera con violenta regularidad.

En cualquier otro lugar del planeta (en los bosques densos, en las planicies áridas, bajo las olas de los mares interiores) los dos Sith ya habían arrebatado las vidas de incontables criaturas: seleccionando, agudizándose y marinándose a sí mismos en una miasma de energía del lado oscuro.

A kilómetros de donde había comenzado la cacería de los cuadrúpedos, Plagueis y Sidious se sentaron bajo la enorme copa de un árbol cuyo tronco era lo bastante ancho para envolver un deslizador terrestre y cuyas gruesas ramas estaban cargadas con plantas parasitas en flor. Respirando con dificultad y empapados en sudor, descansaban en silencio mientras las nubes de insectos ansiosos se reunían a su alrededor. Los latidos del pulso del trío del corazones del muun era visible bajo su piel translúcida y sus ojos claros seguían los movi-

mientos del rebaño que escapaba colina abajo.

—Pocos de mi gente son conscientes de simplemente lo rico que soy —dijo al fin—, dado que la mayoría de mis riquezas derivan de activos que no tienen nada que ver con los negocios ordinarios de financiación. Durante muchos años mis iguales se preguntaron porqué elegía permanecer sin casarme y al final llegaron a la conclusión de que estaba en esencia casado con mi trabajo, sin darse cuenta de cuánta razón tenían. Excepto que mi auténtica novia es el lado oscuro de la Fuerza. Lo que los antiguos llamaban Bogan, como separado del Ashla.

»Incluso los Jedi comprenden que no hay beneficio de asociarse con un ser que carece de la habilidad de comprender lo que significa estar en manos de la Fuerza y así la Orden restringe el matrimonio por dogma, en servicio, así dicen los Jedi, de la pureza del Ashla.

»Pero el Ashla es una perversión —continuó él—, porque la oscuridad siempre ha precedido a la luz. La idea original era capturar el poder de la Fuerza y volverla supeditada a la voluntad de la vida inteligente. Los antiguos (los celestiales, los rakata) no dictaron sentencia sobre sus trabajos. Movían planetas, organizaban sistemas estelares y conjuraron aparatos del lado oscuro como la Forja Estelar según creían adecuado. Si millones morían en el proceso, que así sea. Las vidas de la mayoría de los seres son de poca consecuencia. Los Jedi no han comprendido esto. Están tan ocupados salvando vidas y esforzándose por mantener los poderes de la Fuerza en equilibrio que han perdido de vista el hecho de que la vida inteligente es un medio para evolucionar, no simplemente languidecer en estasis contenida.

Hizo una pausa para Sidious.

—Sin duda los textos que te he proporcionado contiene referencias a la llamada teoría del Potentium, que la luz y la oscuridad dependen de la intención del usuario. Esto es otra perversión más de la verdad perpetrada por aquellos que nos mantendrían con las manos atadas ante la Fuerza. El poder del agua y el poder del fuego son completamente diferentes. Los glaciares y los volcanes tienen el potencial para transformar los paisajes, pero uno lo hace al enterrar lo que yace debajo, donde el otro lanza hacia delante el nuevo terreno. Los Sith

no somos estrellas plácidas sino singularidades. En vez de arder con propósito mudo, deformamos el espacio y el tiempo para retorcer a la galaxia a nuestro propio diseño.

»Para convertirse en un poder grandilocuente se requiere más que mera sumisión. Lo que se necesita es obstinación y tenacidad. Eso es por lo que siempre debes estar receptivo a las corrientes del lado oscuro, porque no importa lo ágil que seas, o que creas que eres, la Fuerza no te mostrará piedad. Como has aprendido, tu cuerpo duerme pero tu mente nunca descansa.

Poniéndose en pie, Plagueis extendió sus largos brazos delante de él y liberó una tormenta de rayos de la Fuerza que crepitó sobre el paisaje, prendiendo fuego a la hierba.

—Un Jedi suficientemente fuerte en la Fuerza puede ser entrenado para producir un facsímil, pero no el auténtico rayo Sith, que, constante, tiene el poder no sólo de incapacitar o matar, sino de transformar físicamente a la víctima. El rayo de la Fuerza requiere la fortaleza de una clase que sólo un Sith puede comandar porque aceptamos las consecuencias y rechazamos la compasión. Hacerlo requiere una sed de poder que no se satisface fácilmente. La Fuerza intenta resistir a las llamadas de los espíritus voraces. Por lo tanto debe ser rota y convertida en una bestia de carga. Debe convertirse en la respuesta a la voluntad de uno.

»Pero a la Fuerza no se la puede tratar respetuosamente —añadió mientras unos cuantos hilillos finales centellearon desde las puntas de sus dedos—. Para invocar y utilizar apropiadamente el rayo, algún día tendrás que estar recibiendo su poder, como un medio de recibir la energía dentro de ti mismo.

Sidious vio el último estallido de fuegos arder.

—¿Me transformaré físicamente al final? —dijo entonces.

—En algún monstruo envejecido, de piel pálida, voz rasposa y ojos amarillos, quieres decir. Como el que ves ante ti. —Plagueis hizo un gesto hacia sí mismo y luego se bajó hasta el suelo—. Con certeza estás al tanto de las tradiciones populares: el rey Ommin de Onderon, Darth Sion y Darth Nihilus. Pero si te ocurrirá a ti, no puedo decirlo. Aunque debes saber, Sidious, que el poder del lado oscuro no debi-

lita al practicante tanto como debilita a aquellos que carecen de él. —Sonrió con propósito malvado—. El poder del lado oscuro es una enfermedad de la que ningún Sith auténtico desearía curarse.

En Hypori ellos eran la presa, de pie espalda contra espalda con sus capas con capucha de tela de zeyd negra en el centro de anillos concéntricos de droides, acondicionados por Baktoid Armor para funcionar como autómatas de combate. Doscientos asaltantes programados (bípedos, con bandas de rodamientos, algunos levitados por generadores antigravedad) estaban armados con una variedad de armas, que iban desde armas láser de mano a rifles de ataque de cañón corto. Plagueis no le había permitido a su joven aprendiz blandir un sable láser hasta unos pocos años antes, pero Sidious estaba blandiendo uno ahora, autoconstruido de aleación de phrik y aurodium (tan obra de arte como arma), el sable láser zumbaba mientras movía la hoja de un lado a otro delante de él.

—Toda arma, fabricada por la especie que sea, tiene sus propias propiedades y peculiaridades —estaba diciendo Plagueis, con su propia hoja inclinada hacia el suelo de ferrocreto del falso paisaje urbano de la cúpula de batalla, como si fuera a encender una mecha—. Alcance, poder de penetración, velocidad de refresco… En algunos casos tu vida podría depender de tu habilidad para concentrarse en el arma más que en el que la blande. Debes entrenarte para identificar un arma instantáneamente (si es un producto de BlasTech o Merr-Sonn, Tenloss o Prax), de manera que sabrás dónde posicionarte y los varios modos de desviar mejor un disparo bien apuntado.

Plagueis puso en práctica sus palabras mientras el primer anillo de droides empezó a converger hacia ellos, escalonando el ataque y lanzando ráfagas aleatoriamente. Orbitando a Sidious, la hoja del muun alejaba cada andanada, devolviendo los disparos hacia sus fuentes, o desviándolos hacia las fachadas de los edificios de imitación que les rodeaban o hacia otros droides. Otras veces Plagueis no hizo intentos de redirigir los ataques, sino que simplemente retorció y giró su cuerpo alto y delgado, permitiendo los disparos fallaran por centíme-

tros. Alrededor de los dos Sith, los autómatas se derrumbaban uno tras otro, haciendo brotar lubricante de reservas agujereadas o explotando en una granizada de piezas de aleación, hasta que todos estuvieron apilados en el suelo de ferrocreto.

—El siguiente anillo es tuyo —dijo Plagueis.

El escabroso e inhabitado Hypori pertenecía a la Tecno Unión, cuyo presidente skakoano, Wat Tambor, poseía su asiento en el Senado de la República gracias a los Holdings Damask. A cambio, el humanoide biónico había hecho que Hypori estuviera disponible como terreno de entrenamiento para los miembros de la Guardia del Sol echani y proporcionaba los droides de batalla necesarios. Pidiendo otro favor, Hego Damask había solicitado una sesión privada en el paisaje urbano falsificado, de manera que Plagueis y su aprendiz pudieran ser libres de emplear sables láser, aunque sólo para el propósito de desviar disparos más que para desmembramiento o penetración.

Cuando llegó el turno de Sidious de demostrar sus habilidades, Plagueis habló continuamente desde detrás de él, añadiendo la distracción a la posibilidad distintiva de la desintegración inadvertida.

—Un ser entrenado en las artes de matar no espera a que le conviertas en objetivo o que le establezcas a él o a ella como oponente, como en algún combate de artes marciales. Tus reacciones deben ser instantáneas y nada menos que letales, porque eres un Lord Sith y estarás condenado a muerte.

Los droides continuaron convergiendo, anillo tras anillo de ellos, hasta que el suelo estuvo apilado hasta arriba con restos humeantes. Plagueis dio una orden verbal que detuvo la ofensiva de golpe y desactivó su sable láser. Los sonidos metálicos de las armas al enfriarse, el siseo del gas al escapar y el zumbido inestable de los servomotores que fallaban puntuaron el repentino silencio. Miembros de aleación tuvieron espasmos y fotorreceptores se apagaron, perdiendo su brillo fantasmagórico. El aire reciclado estaba podrido por el olor de los circuitos fritos.

—Recrea tu mirada en nuestro trabajo —dijo Plagueis, haciendo un gesto amplio.

Sidious apagó su arma.

—No veo nada excepto droides arruinados.

Plagueis asintió.

—Darth Bane avisó: *Un día la República caerá y los Jedi serán destruidos. Pero eso no ocurrirá hasta que estemos preparados para hacernos con ese poder para nosotros mismos*.

—¿Cuándo? —dijo Sidious—. ¿Cómo sabremos cuándo es el momento adecuado?

—Estamos cerca de saberlo. Durante mil años los Sith se han permitido ser reducidos a cosas del folclore. Dado que sirve a nuestros propósitos no hemos hecho nada para rebatir la creencia de que somos perversiones de los Jedi, magos malos, personificaciones del odio, la rabia y la sed de sangre, capaces incluso de dejar el residuo de nuestros crímenes y nuestras viles acciones en lugares de poder.

—¿Por qué no hemos visitado aun esos lugares, Maestro? ¿En vez de planetas como Bouyant e Hypori?

Darth Plagueis le miró.

—Eres impaciente. No ves valor en aprender sobre las armas o los explosivos, la sugestión de la Fuerza o las artes curativas. Ansías poder de la clase que imaginas que se encuentra en Korriban, en Dromund Kaas y en Zigoola. Entonces déjame que te diga qué encontrarás en esos relicarios: Jedi, cazadores de tesoros y leyendas. Por supuesto, están las tumbas del Valle de los Señores Oscuros, pero han sido desvalijadas y ahora sólo atraen turistas. En Dxun, Yavin Cuatro y Ziost, lo mismo es cierto. Si es la historia la que te ha fascinado, puedo mostrarte cien planetas en los que símbolos Sith esotéricos han sido entretejidos en secreto en la arquitectura y la cultura y puedo aburrirte durante años con historias de las hazañas de Freedon Nadd, Belia Darzu, Darth Zannah, quien se supone que se infiltró en el Templo Jedi, y de naves estelares imbuidas con consciencias Sith. ¿Es ese tu deseo, Sidious, convertirte en un académico?

—Sólo deseo aprender, Maestro.

—Y lo harás. Pero no de fuentes espurias. No somos un culto como los Hechiceros de Tund de Tetsu. Descendientes de Darth Bane, somos los pocos elegidos que se niegan a ser llevados por la Fuerza y que, en su lugar, la llevan a ella. Treinta en un milenio más que las de-

cenas de miles adecuados para ser Jedi. Cualquier Sith puede fingir compasión y auto-rectitud y control de las artes Jedi, pero sólo uno en un millar de Jedi podría jamás convertirse en Sith, porque el lado oscuro sólo es para aquellos que valoran el auto-determinismo por encima de todo lo demás que ofrece la existencia. Sólo una vez en estos pasados mil años un Señor Sith se ha desviado hacia la luz y un día te *contaré* esa historia. Pero por ahora, tómate a pecho el hecho de que la Regla de Dos de Bane fue el comienzo de nuestra gracia redentora, terminando con la disputa destructiva que le permitió a la Orden Jedi ganarnos por la mano. Parte de nuestra tarea actual será perseguir y eliminar a cualquier pretendiente Sith que represente una amenaza para nuestras metas finales.

Sidious permaneció en silencio durante un largo momento.

—¿Tengo que ser igualmente receloso de las lecciones contenidas en los Holocrones Sith?

—No receloso —dijo gravemente Plagueis—. Pero los holocrones contienen conocimiento específico e idiosincrático de cada Sith que lo construyó. El conocimiento real se ha pasado de Maestro a aprendiz en sesiones como esta, donde nada se codifica o se graba, se diluye, y así *no* puede ser olvidado. Llegará un momento en el que puedas desear consultar los holocrones de Maestros pasados, pero hasta entonces harás bien en no ser influenciado por ellos. Debes descubrir el lado oscuro a tu propio modo y perfeccionar tu poder a tu propia manera. Todo lo que puedo hacer mientras tanto es ayudarte a evitar que pierdas tu camino mientras nos ocultamos a plena vista de los ojos inquisidores de nuestros enemigos.

—"¿Qué cuerpo celeste es más luminoso que una singularidad —recitó Sidious—, ocultándose a plena vista pero más poderoso que todos?"

Plagueis sonrió.

—Estás citando a Darth Guile.

—Continúa comparando a los Sith con una célula dañina o mala, demasiado pequeña para ser descubierta por escáneres u otras técnicas, pero capaz de dispersarse silenciosa y letalmente a través de un sistema. Inicialmente la víctima simplemente no se siente bien, después cae enferma y finalmente sucumbe.

Plagueis cruzó la mirada con él.

—Considera la mentalidad de un anarquista que planea sacrificarse por una causa. Durante las semanas, meses, o posiblemente años que pasa preparando el terreno para el día en el que se ata un detonador termal al pecho y ejecuta su tarea, ha vivido y ha sido fortalecido por el secreto que lleva, sabiendo el precio que su acto tendrá. Así ha sido para los Sith, residiendo en un lugar de conocimiento secreto y sagrado durante mil años y sabiendo el precio que nuestros actos tendrán. Esto es poder, Sidious. Donde los Jedi, por contraste, son como seres que, mientras se mueven entre los sanos, guardan en secreto el hecho de que se están muriendo de una enfermedad terminal.

»Pero el *auténtico* poder no necesita tener garras o colmillos o anunciarse con rugidos y ladridos guturales, Sidious. Puede dominar con grilletes de brilloseda, carisma decidido y astucia política.

La localización del planeta conocido por los Sith como Kursid había sido borrada de los archivos de la República en tiempos distantes y, durante los pasados seiscientos años, había sido reservado para utilizarlo como un lugar de espectáculo. Maestros y aprendices del linaje de Bane lo había visitado con suficiente regularidad como para que naciera un culto en aquella parte del planeta basado en el regreso periódico de los visitantes del cielo. Los Sith no se habían molestado en investigar lo que los humanoides indígenas de Kursid pensaban de las visitas, si en su sistema de creencias los Sith eran vistos como el equivalente de deidades o demonios, dado que era improbable que los primitivos hubieran incluso puesto nombre a su planeta. Sin embargo, al visitarlo como aprendiz y, más a menudo que no, como Maestro, cada Señor Sith había advertido el lento avance de la civilización de Kursid. Cómo, en las primeras visitas, los primitivos se habían defendido con garrotes para la guerra de madera y rocas lisas lanzadas con hondas. Doscientos años después, muchos de los pequeños asentamientos habían crecido hasta convertirse en ciudades o centros ceremoniales construidos con piedras talladas con clases sociales de gobernantes y sacerdotes, comerciantes y guerreros. Gra-

dualmente las ciudades se habían rodeado con armas lanzadoras de proyectiles de una clase tosca y símbolos mágicos protectores habían sido grabados en los lados inclinados de las murallas defensivas. En algún punto previo a la visita de Darth Tenebrous como aprendiz, se habían construido replicas de las naves Sith en el centro de la meseta árida que servía como campo de batalla y enormes figuras totémicas, visibles sólo desde arriba, habían sido silueteadas al remover decenas de miles de rocas volcánicas del tamaño de puños que cubrían el terreno. Durante la primera visita de Plagueis, unos cincuenta años antes, los guerreros a los que Tenebrous y él se habían enfrentado habían estado armados con arcos y lanzas con la punta de metal.

Que los Sith nunca hubieran demandado nada aparte de una batalla no había evitado que los primitivos intentaran adoptar una política de apaciguamiento, dejando en el sitio de aterrizaje perpetuo de las naves comida, victimas sacrificatorias y obras de lo que ellos consideraban arte, forjadas de materiales que para ellos eran preciosos o sagrados. Pero los Sith simplemente habían ignorado las ofrendas, esperando en su lugar en la planicie de piedra a que los primitivos desplegaran a sus guerreros, como hacían los primitivos ahora con Plagueis y Sidious esperando.

Anunciando su llegada con pasadas bajas sobre la ciudad, habían posado la nave y habían esperado durante seis días, mientras las llamadas fúnebres de los cuernos de viento habían perturbado los silencios secos, y grupos de primitivos se habían reunido en un grupo en las pendientes de las colinas que dominaban el campo de batalla.

—¿Recuerdas lo que Darth Bane dijo respecto a matar inocentes? —había preguntado Plagueis.

—Nuestra misión —parafraseó Sidious— no es traer la muerte a todos aquellos indignos de vivir. Todo a lo que debemos servir es a nuestro auténtico propósito, a la preservación de nuestra Orden y a la supervivencia de los Sith. Debemos trabajar para hacer crecer nuestro poder y para alcanzar lo que necesitamos para interactuar con los individuos de muchas especies en muchos planetas. Al final las noticias de nuestra existencia alcanzarán los oídos de los Jedi.

Para evitar muertes sin sentido, blandieron picas de fuerza en vez

de sables láser. Armas de cuerpo a cuerpo de un metro de larga utilizadas por los echani y llevadas por la Guardia del Senado, las picas estaban equipadas con puntas con módulos aturdidores capaces de provocar una descarga que podría sobrecargar el sistema nervioso de la mayoría de los seres inteligentes, sin causar daños permanentes.

—Las próximas horas pondrán a prueba los límites de tu agilidad, velocidad y precisión —dijo Plagueis, mientras varios centenares de los guerreros más grandes, más valientes y más hábiles (con sus cuerpos embadurnados con pigmentos obtenidos de plantas, la arcilla y la tierra) empezaron a separarse de las multitudes—. Pero esto es más que algún ejercicio simple de destreza. Es un rito de paso para estos seres, ya que son ayudantes en nuestro alzamiento al poder último y, por lo tanto, sirvientes del lado oscuro de la Fuerza. Dentro de siglos a partir de ahora, avanzados por los Sith, podrían enfrentarse a nosotros con armas de proyectiles o rayos de energía. Pero para entonces nosotros también habremos evolucionado, quizás hasta más allá de la necesidad de este rito, y vendremos en su lugar para honrarles más que para enfrentarnos a ellos en una batalla. A través del poder obtenemos victoria y a través de la victoria nuestras cadenas se rompen. Pero el poder es sólo un medio para un fin.

Ante el repiqueteo clamoroso de los tambores y los aullidos de los espectadores, los guerreros blandieron sus armas, levantaron un ensordecedor grito de guerra y atacaron. Un asentimiento de Plagueis y los dos Sith aceleraron a través de la llanura para encontrarse con ellos, volando entre ellos como espectros, esquivando flechas, brillantes puntas de lanza y golpes de hachas de batalla, luchando uno contra uno, dos o tres, pero haciendo caer oponente tras oponente con golpes de las picas de fuerza, hasta que entre los cientos de cuerpos que se agitaban y tenían espasmos derribados por el suelo basto, sólo quedó uno en pie.

Fue entonces cuando Plagueis lanzó a un lado la pica aturdidora y encendió su espada carmesí y un lamento colectivo se alzó de las multitudes en las pendientes de las colinas.

—Ejecuta a uno y aterroriza a mil —dijo.

Lanzando al guerrero al suelo con un empujón de la Fuerza, uti-

lizó el sable láser para abrir con destreza la cavidad del pecho del primitivo. Entonces alargó una mano hasta el interior y extrajo su corazón que todavía latía.

Los lamentos fúnebres de la multitud llegaron a un tono febril cuando él levantó el corazón por encima de la cabeza. Entonces terminaron de repente. Tras un prolongado momento de silencio, los guerreros caídos fueron ayudados a salir del campo de batalla y las multitudes empezaron a dispersarse, desconsoladas pero alentadas por el hecho de que se habían liberado de su deber. Los cuernos sonaron y un cántico comunal que era a la vez sombrío y de celebración fue arrastrado por el viento. En la ciudad principal, se tallaría una estela de piedra y se erigiría por el muerto y la cuenta atrás de los días comenzaría hasta el regreso de los Sith.

Plagueis colocó el corazón quieto en el pecho del primitivo y utilizó el dobladillo de su capa para limpiarse la sangre de la mano y el antebrazo.

—En cierto momento, aunque reconocía que los muuns son una clase de seres más alta, me desconcertaba el hecho de que los seres renunciaran a sus asientos por mí o se metieran en el fango para permitirme pasar. Pero al principio de mi aprendizaje llegué a comprender de las especies inferiores me dejaban sitio no porque fuera un muun, sino porque yo era, de hecho, superior a ellos en todos los sentidos. Más aun, que ellos debían por todo derecho permitirme a mí no meramente pasar junto a ellos sino *sobre* ellos para llegar a donde necesitaba estar, porque los Sith somos su salvación, su única esperanza real. Ya que al final mejoraremos las vidas de sus descendientes, nos deben todas las cortesías, todos los sacrificios, nada por debajo de sus propias vidas.

»Pero hay tiempos oscuros adelante para muchos de ellos, Sidious. Una era de guerra necesaria para purgar a la galaxia de aquellos que han permitido que se corrompiera. Porque la corrupción no tiene cura. Tiene que ser erradicada por las llamas de un fuego limpiador. Y los Jedi son a los que hay que culpar principalmente. Incapacitados por la empatía, coartados por la obediencia (a sus Maestros, a su Consejo, a su querida República) perpetúan un mito de igualdad, sir-

viendo a la Fuerza como si ella fuera un sistema de creencias que ha sido programado dentro de ellos. Con la República son como padres indulgentes, permitiendo a sus hijos que experimenten con elecciones sin consecuencias, y apoyando su mal comportamiento meramente por el bien de mantener a la familia unida. Tropezándose con sus propias capas por las prisas por conservar un gobierno galáctico que se ha estado deteriorando durante siglos. Cuando en vez deberían estar proclamando: *Sabemos qué es mejor para vosotros*.

»La galaxia no puede ser fijada en un curso apropiado hasta que la Orden Jedi y la República corrupta hayan sido derrocadas. Sólo entonces los Sith podemos comenzar el proceso de reconstruir desde los cimientos. Esto es por lo que animamos a las rivalidades entre los sistemas estelares y las metas de cualquier grupo que aspire a fomentar el caos y la anarquía. Porque la destrucción de cualquier clase favorece nuestras propias metas.

Plagueis hizo una pausa para volver a coger el corazón del guerrero en sus manos.

—A través de nosotros, los poderes del caos son aprovechados y explotados. Los tiempos oscuros no emergen simplemente, Sidious. Los seres iluminados, las inteligencias dirigentes manipulan los sucesos para provocar una tormenta que pondrá el poder en las manos de un grupo de élite dispuesto a tomar las elecciones difíciles que la República teme tomar. Los seres pueden elegir a sus líderes, pero la Fuerza nos ha elegido a nosotros.

Miró a su aprendiz.

—Recuerda, sin embargo, que un político astuto es capaz de infligir más destrucción que dos Señores Sith armados con vibrocuchillas, sables láser o picas de fuerza. Eso es en lo que debes convertirte, conmigo aconsejándote desde la oscuridad.

—¿Somos lo bastante grandiosos? —dijo Sidious.

—Deberías preguntar: ¿somos lo bastante violentos? —Plagueis hizo una mueca de una sonrisa—. No vivimos en una era de gigantes, Sidious. Pero para tener éxito debemos volvernos como bestias.

Tomando un bocado del corazón del guerrero, le pasó el órgano lleno de sangre a su aprendiz.

14: LA FORMA DE SU SOMBRA

—Parece estar disfrutando del filete, embajador Palpatine.

—Exquisito —dijo él, sosteniendo la mirada de ella durante una fracción de segundo más de lo que podría haber sido necesario.

Ocupada en su tercera copa de vino desde que empezó la cena, ella interpretó la sonrisa fácil de él como un permiso para volverse totalmente hacia él.

—¿No es demasiado fuerte?

—Apenas tiene un rastro de pique.

Una belleza humana de pelo oscuro con grandes ojos azules, ella estaba ligada de alguna manera al consulado eriaduano en Malastare, anfitrión de la gala en la que los ganadores dugs de la Clásica de la Cosecha Vinta estaban siendo agasajados.

—¿Está en Malastare por negocios o por placer?

—Afortunadamente, ambos —dijo Palpatine, dándose unos golpecitos en los labios con la servilleta—. Kinman Doriana y yo somos miembros del grupo del senador Kim.

Indicó al joven afeitado y ligeramente calvo en el asiento adyacente.

—Encantador —dijo la mujer.

Doriana sonrió ampliamente.

—No está usted bromeando.

La mirada de ella se movió hacia la mesa vecina, donde Vidar Kin estaba sentado con miembros del Protectorado Gran y políticos de

los cercanos Sullust, Darknell y Sluis Van.

—¿El senador Kim es el alto con la barba pintoresca?

—No, es el que está con los de los tres troncos oculares —dijo Doriana.

La mujer parpadeó y luego se rió con él.

—Una amiga mía estaba preguntando antes por el senador Kim. ¿Está casado?

—Desde hace muchos años y felizmente —le dijo Palpatine.

—¿Y usted? —dijo ella, volviéndose de nuevo hacia él.

—Los viajes frecuentes lo prohíben.

Ella le miró por encima de su copa de vino.

—Casado con la política, ¿es eso?

—Con el trabajo —dijo él.

—Por el trabajo —dijo Doriana, levantando su copa en un brindis.

Justo con veintiocho años, Palpatine llevaba su pelo rojizo largo, siguiendo la tradición de los hombres de estado de Naboo, y vestía impecablemente. Muchos de los que se encontraban con el embajador le describían como un joven elocuente y carismático de gustos refinados y fortaleza tranquila. Un buen oyente, de temperamento tranquilo, políticamente astuto y sorprendentemente bien informado para alguien que sólo había estado en el juego político durante siete años. Un patricio en una época en la que pocos podían clamar ese título, y destinado a llegar lejos. También muy viajado, cortesía de su posición como embajador sin destino fijo de Naboo pero también como el único heredero superviviente de la riqueza de la Casa Palpatine. Se había recuperado hacía mucho de la tragedia que había golpeado a su familia más de una década antes, pero, quizás como resultado de haber quedado huérfano a los diecisiete, era una especie de solitario. Un hombre cuyo amor por la soledad periódica dejaba entrever un lado oculto de su personalidad.

—Dígame, embajador —dijo ella, mientras dejaba su copa—, ¿es usted uno de esos hombres con una amiga en cada espaciopuerto.

—Siempre estoy ansioso por hacer amigos —dijo Palpatine en un tono bajo y monótono que llevó un repentino rubor a la cara de ella—. Somos igual en ese sentido.

Tomando su brillante labio inferior entre los dientes, ella alargó su mano hacia su copa de vino una vez más.

—¿Es usted quizás un lector de mentes Jedi disfrazado con los ropajes de un embajador?

—Cualquier cosa excepto eso.

—A menudo me he preguntado si ellos tienen relaciones secretas —dijo ella en un tono conspiratorio—. Correteando por la galaxia, utilizando la Fuerza para seducir a seres inocentes.

—No sabría decir, pero sinceramente, lo dudo —dijo Palpatine.

Ella le miró de un modo calculador y levantó su mano para acariciar la barbilla de él con un dedo índice pulcro.

—En Eriadu algunos creen que una barbilla hendida identifica a alguien a quien la Fuerza ha rechazado.

—Es sólo mi suerte —dijo él con burlona sinceridad.

—Realmente es sólo su suerte —dijo ella, deslizando una tarjeta de plastifino a través de la mesa hacia él—. Tengo deberes de anfitriona a los que atender, embajador. Pero estoy libre después de medianoche.

Palpatine y Doriana la vieron alejarse caminando de la mesa, balanceándose ligeramente sobre los tacones altos.

—Muy bien jugado —dijo Doriana—. Estoy tomando notas.

Palpatine deslizó la tarjeta de plastifino hacia él.

—Un regalo.

—¿Cuándo tú te lo ganaste? —Doriana negó con la cabeza—. No estoy tan desesperado. Aun, en cualquier caso.

Los dos hombres se rieron. La sonrisa cautivadora de Doriana y su buen aspecto inocente contradecían una siniestra personalidad que le había llevado a la atención de Palpatine varios años antes. Un naboo, tenía un pasado turbulento y, quizás como consecuencia, talentos que le hacían útil. Así que Palpatine se había hecho amigo de él y le había arrastrado a su tela de araña, en acuerdo con las instrucciones de Plagueis de que siempre estuviera vigilante en busca de aliados y probables co-conspiradores. Que Doriana no era fuerte en la Fuerza no marcaba ninguna diferencia. En once años de aprendizaje Sith y de viajar lejos y ampliamente por la galaxia, Palpatine aun tenía que encontrar a un único ser cuya fortaleza en la Fuerza hubiera pasado sin

ser reconocida o explotada.

En la mesa vecina, Vidar Kim y el resto se lo estaban pasando bien, con su privacidad asegurada por el paraguas transparente para anular el sonido de la mesa. La envidia carcomía a Palpatine mientras vigilaba a Kim… la posición que disfrutaba en el Senado Galáctico, la designación en Corsucant y fácil acceso a la élite de la galaxia. Pero sabía que necesitaba esperar su momento. Que Plagueis le movería hasta la capital galáctica sólo cuando hubiera una buena razón para hacerlo.

Cada vez que Plagueis mantenía que la Regla de Dos había terminado con su asociación, el muun permanecía el poderoso y Palpatine el ambicioso. A pesar de la máxima de Bane, la negación todavía era un factor clave en el entrenamiento Sith. Un factor clave en ser "roto", como Plagueis lo exponía. De ser reformado por el lado oscuro de la Fuerza. Cruelmente, a veces, y dolorosamente. Pero Palpatine estaba agradecido, porque la Fuerza le había formado lentamente hacia un ser de poder oscuro y le había concedido también una identidad secreta. La vida que había estado llevando, como jefe noble de la Casa Palpatine, legislador y más recientemente como embajador sin destino fijo, no era más que la parafernalia de un alter ego. Su riqueza, un subterfugio. Su cara hermosa, una máscara. En el reino de la Fuerza sus pensamientos ordenaban a la realidad y sus sueños preparaban a la galaxia para un cambio monumental. Él era una manifestación del propósito oscuro, ayudando a avanzar al Gran Plan Sith y obteniendo gradualmente poder sobre sí mismo de manera que pudiera un día, en las palabras de su Maestro, ser capaz de obtener el control sobre otro, luego sobre un grupo de otros, luego sobre un orden, sobre un planeta, sobre una especie y sobre la propia República.

El golpe del codo de Doriana le sacó de su ensueño.

—Kim viene.

—No creo que no viera eso —dijo el senador cuando llegó hasta Palpatine.

Palpatine dejó que se viera su desconcierto.

—La tarjeta de plastifino que esa mujer te deslizó —dijo Vidar—. Supongo que la entretuviste con los cuentos fantásticos de costum-

bre.

Palpatine se encogió de hombros de un modo cándido.

—Puede que haya dicho algo sobre ir a conocer la galaxia.

—Ir a conocer la galaxia de las mujeres, quiere decir —interrumpió Doriana.

Kim se rió de corazón.

—¿Cómo es que llego a tener ayudantes que dejan rastros de conquistas y un hijo que medita en la Fuerza en el Tempo Jedi?

—Eso es lo que le hace tan polifacético —dijo Doriana.

Más incluso que Plagueis, Kim había sido el mentor de Palpatine en la esfera de la política mundana. Su relación databa de hacía quince años, de cuando Palpatine había sido matriculado a la fuerza en una escuela privada en Theed y Kim había acabado de completar su trabajo en el programa de Aprendiz de Legislador. En el tiempo que había pasado desde entonces, Palpatine había visto crecer a la familia de Kim hasta incluir a tres hijos, uno de los cuales, Ronhar, seis años más joven que Palpatine, había sido entregado a la Orden Jedi cuando era un bebé. Cuando Plagueis se había enterado de esto, había animado a Palpatine a permitir que su amistad con Kim se hiciera más profunda, a la expectativa de que antes o después su camino se cruzara con el del Jedi Ronhar.

Dale orden al futuro al prestarle atención con tus pensamientos, le había dicho frecuentemente su Maestro.

—Ven y únete a nosotros en la mesa —le estaba diciendo Kim.

Palpatine se puso en pie y caminó junto a Kim mientras se dirigía de vuelta hacia la mesa más grande.

—Un día me reemplazarás en este trabajo —dijo tranquilamente el senador— y cuanto antes te acostumbres a lo qué ocurre, mejor. —Suspiró con propósito—. ¿Quién sabe?, unas cuantas horas de chismes senatoriales podrían incluso ser suficientes para disuadirte completamente de que entres en la política galáctica.

Algunas docenas de seres estaban agrupados en círculos, todos ellos hombres pero no todos humanos. Las sillas prominentes estaban ocupadas por el senador Pax Teem del Protectorado Gran y su ayudante, Aks Moe. A ambos lados de ellos se sentaban los senado-

res sullustano y sluissi. También presente estaba el senador eriaduano, Ranulph Tarkin, y su ayudante, Bor Gracus, el embajador de Darknell y los dugs, el Jefe Cabra (un Vigo de Sol Negro) y su hijo Darnada, invitados de los ganadores de la Carrera de Vainas y asistentes de la Reunión más reciente de Sojourn.

Para entonces Palpatine había hecho tres visitas a la Luna de los Cazadores, pero sólo para observar y familiarizarse con algunos de los jugadores clave de la galaxia. Plagueis, como Hego Damask, había hecho todo lo posible para ser identificado como benefactor de Palpatine. Sólo el ministro jefe del rey Tapalo, Ars Veruna, sabía que Damask le estaba preparando para una carrera en la política galáctica y, como favor personal hacia el muun, había nombrado a Palpatine embajador de Naboo.

—Ah, sangre nueva —remarcó Pax Teem después de que Kim hubo presentado a Palpatine a todo el mundo.

—Disfruté bastante de las Carreras de Vainas —dijo Palpatine mientras se sentaba.

Las orejas parecidas a hojas de Teem se estremecieron.

—Es usted demasiado joven para haberlas visto en sus días gloriosos, embajador. Antes de que Tatooine tuviera éxito en capturar la afición de los entusiastas de las carreras.

El gran pronunció *Tatooine* como si fuera una maldición.

Palpatine sabía que Plagueis había sido el responsable del alzamiento de Tatooine, al igual que de debilitar el comercio de combustible lucrativo en otra época de Malastare, al ayudar a que los recursos de plasma de Naboo estuvieran disponibles para muchos planetas.

—¿Le han llevado sus deberes a ese horrible lugar? —preguntó Aks Moe.

Palpatine asintió mientras se sentaba.

—Hace sólo dos meses.

—¿Y cómo lo encontró? —dijo Cabra.

Palpatine se volvió hacia el señor del crimen dug.

—Contencioso. Debido a la lucha por el control de los hutts Desilijic y Besadii.

La declaración fue recibida con murmullos de acuerdo.

Teem habló sobre ello.

—Quizás la rivalidad de Gardulla con Jabba Tiure resultará un día en el resurgimiento de Malastare. —Sus tallos oculares se retorcieron hacia los dugs—. Aunque estoy seguro de que el Jefe Cabra favorece a Gardulla, por respeto a la ayuda que ella le proporcionó en Nar Shaddaa.

El joven Darnada se inquietó ante el comentario.

—Cualquier marca que hayamos hecho en Nar Shaddaa, la hicimos solos. Pregúntenle a Sol Negro…

—Siempre estaremos en deuda con Gardulla por sus esfuerzos a nuestro favor —dijo Cabra, deteniéndole antes de que pudiera continuar.

Kim miró a los dugs y luego hizo un gesto negligentemente.

—Tatooine es demasiado remoto y anárquico para tener un impacto en los sucesos galácticos, en cualquier caso. Son las actividades de la Federación de Comercio las que deberían preocupar a la República. Miren lo que la Federación de Comercio le ha hecho a nuestro propio Naboo.

Kim se convirtió en el objeto de las miradas de todo el mundo. Un crítico franco del rey Tapalo y de Ars Veruna, continuaba sirviendo en el Senado sólo como apaciguamiento para aquellas casas nobles que estaban alineadas contra el regente.

—Es mi comprensión que Naboo aceptó el acuerdo —dijo Ranulph Tarkin.

—*Algunos* lo hicieron.

—Nadie puede negar que su planeta ha prosperado como resultado —dijo de pronto Teem.

—Prosperado sí —dijo Kim—, pero no casi hasta el extremo que debería haberlo hecho. De no ser por los tratos que Hego Damask negoció con el Clan Bancario, la Federación de Comercio y… —Miró a Cabra—… Construcciones del Borde exterior, Naboo sería tan rico como Kuat o Chandrila.

El dug continuó en silencio mientras Kim continuaba.

—El plasma de Naboo está siendo vendido por diez, a veces veinte veces lo que la Federación paga por él.

—Un monstruo de nuestra propia creación —murmuró Tarkin—. La Federación de Comercio no se volvió poderosa explotando el Borde Exterior. Fue apoyada por la propia Casa Valorum de Eriadu y fue apoyada por Tagge y otros.

—Entonces quizás ha llegado el momento de que hagamos público nuestro descontento —dijo Kim, mirando alrededor de la mesa—. Los muuns son meramente avariciosos, pero la Federación de Comercio tiene el potencial de volverse peligrosa.

—Estoy de acuerdo con el buen senador de Naboo —dijo el delegado sullustano—. Incluso ahora la Federación de Comercio busca sentar a sus planetas clientes en el Senado como un modo de fortificar su bloque de votos. Mechis, Murkhana, Felucia, Kol Horo, Ord Cestus, Yinchorr… la lista continua y continua.

El senador sluissi hizo un sonido de desaprobación y un temblor pareció recorrer el torso superior del humanoide.

—No desprecie demasiado a la ligera la parte que los muuns juegan en todo esto. El asiento en el Senado de Yinchorr fue obra de los Holdings Damask. —Miró a Cabra—. ¿No es ese el caso?

Los hombros poderosos del dug se alzaron.

—No estoy en posición de saberlo.

Las risotadas de los otros impulsó a Darnada a separar su hocico justo lo suficiente para revelar las puntas de los colmillos.

El sluissi miró a Kim y Palpatine.

—Quizás Sol Negro no es consciente de que el hijo del oficial de operaciones de Hego Damask, Lash Hill, está en la fila para reemplazar a Tonith como presidente del Clan Bancario.

Tarkin puso sus codos sobre la mesa y se inclino hacia delante.

—He oído los rumores al efecto de que Damask ha estado reuniéndose con los jefes de los gremios, la Alianza Corporativa y la Tecno Unión. ¿Qué podría llegar a ser del comercio, de cualquier clase, si él negoció un trato entre ellos y la Federación de Comercio?

—Ahí tiene razón —dijo Kim—. Si vamos a evitar que la Federación de Comercio, y los muuns, tensen su agarre del Senado, necesitamos unirnos y votar para detener la legislación propuesta.

—¿Está de acuerdo con que es necesario pararle los pies a la Fede-

ración de Comercio, embajador? —le dijo Tarkin a Palpatine antes de que Kim pudiera añadir nada.

Palpatine miró a Kim.

—Habla libremente —le dijo.

—El senador Kim y yo estamos en completo acuerdo en el asunto y lo hemos estado desde hace algún tiempo. A ninguna entidad corporativa se le puede permitir volverse demasiado poderosa, especialmente a expensas de planetas en desarrollo. Naboo debe salvaguardar sus intereses, justo como Eriadu y Sullust y Sluis Van han salvaguardado los suyos.

Tarkin le miró detenidamente.

—¿Está preparado Naboo para asumir el control de transportar su plasma? ¿No están en peligro de morder la proverbial mano que les alimenta?

—Naboo no tiene intenciones de planetizar las instalaciones de la Federación de Comercio. Simplemente estamos presionando para obtener una renegociación de los contratos originales.

Tarkin pensó en ello.

—Así que piensa que una derrota en el Senado podría hacer que la Federación de Comercio estuviera más… flexible, por así decirlo.

Palpatine le concedió una sonrisa fina.

—Sólo aquellas leyes que apoyan las regulaciones bien razonadas deberían ganar la aprobación en el Senado.

—Bien dicho —dijo Tarkin.

Palpatine esperó a que alguien apuntara que no había ofrecido nada de sustancia, pero nadie lo hizo. Incluso Kim no comprendió que estaba siendo socavado.

Pax Teem estaba a punto de hablar cuando un mensajero gran irrumpió en la cubierta de privacidad.

—Senador Kim, hemos recibido un comunicado urgente de Naboo.

Mientras que Kim se excusaba, Palpatine se sumergió en la Fuerza. Las conversaciones en la mesa se volvieron débiles y las formas físicas de Pax Teem y los otros se volvieron indistinguibles, más como borrones de energía luminosa. Él se mantuvo en silencio mientras un eco perturbador le alcanzó. Para cuando un ceniciento Kim estaba

volviendo a la mesa, Palpatine ya estaba fuera de su silla y dándose prisa para reunirse con él.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Kim le miró como desde otro mundo.

—Están muertos. Todos. Mi mujer, mis hijos…

Y se derrumbó sollozando contra el hombro de Palpatine.

El funeral por la familia Kim fue todo lo que no había sido para los Palpatine. Para mantener la tradición, los cuerpos de la mujer de Kim, los dos hijos y el piloto y el copiloto de la nave habían sido devueltos a Theed desde el lugar de la colisión en la playa de Kaadara e incinerados en el Templo del Funeral. Una procesión de centenares de seres encabezada por el rey Tapalo y sus consejeros jefes procedieron a pie desde el Templo desde la cercana Torre Livet, donde todo el mundo pasó un momento reunido alrededor de la Llama Eterna, contemplando la transitoriedad y la importancia de vivir una vida harmoniosa. Luego se movieron en solemne procesión hasta los márgenes del Río Solleu, donde el senador enfermo de pena esparció las cenizas y lloró abiertamente mientras la corriente se las llevaba sobre la Catarata Verdugo hacia las llanuras de más allá.

Siguiendo la ceremonia, los asistentes al funeral se reunieron para expresar sus condolencias a Vidar Kim, que llevaba una capa verde oscuro sobre una túnica negra. Cuando llegó el turno de Palpatine, los dos hombres se abrazaron.

—Sólo tengo una esperanza de familia, Palpatine, una esperanza. —Los ojos de Kim estaban bordeados de rojo y brillantes por las lágrimas—. Ronhar.

Palpatine comprimió sus labios con inseguridad.

—Es un Caballero Jedi, Vidar. Su familia es la Orden.

Kim era insistente.

—Yo le necesito más de lo que le necesita la Orden. Sólo él puede continuar hacia delante el linaje Kim. Justo como tú continuarás algún día el linaje Palpatine.

Palpatine no dijo nada.

Con el tráfico de vehículos prohibido en las calles estrechas de Theed, la ciudad tenía casi el mismo aspecto que una década antes, antes de que las leyes anticuadas hubieran sido abolidas y la riqueza hubiera hecho su magia dudosa. Antes de que los deslizadores Flash y los droides astromecánicos R2 se hubieran hecho populares y las modas y las costumbres (en el vestir, el transporte y la comida) hubieran llegado desde el Núcleo.

Los asesinatos de Cosinga y los otros habían dejado a Palpatine emancipado y rico. Aunque interrogado por numerosos oficiales, había sido absuelto. Su historia, su coartada, aceptada. Algunos de los nobles influyentes tuvieron sus sospechas de que Palpatine había ofrecido datos de inteligencia a los Holdings Damask para asegurar la elección de Bon Tapalo, pero la mayoría de los naboo habían ofrecido su simpatía y su apoyo. Inmediatamente después de la ascensión de Tapalo al trono, Palpatine había vendido la finca del País de los Lagos y había tomado un apartamento en Theed, llenándolo de arte de fuera del sistema que había encontrado el camino hasta Naboo desde los planetas del Núcleo y el Borde Medio. En los primeros años de su aprendizaje bajo Darth Plagueis había permanecido en el servicio público obligatorio. Pasó entonces cinco años en el programa de Aprendiz de Legislador antes de ser nombrado embajador, tras la reelección de Tapalo.

Palpatine supuso que podría haber presionado para obtener una posición más prestigiosa, pero sólo a riesgo de menoscabar a Plagueis. Lo que era igualmente importante, un puesto de estatus alto podría haber interferido con su habilidad para reunirse con su Maestro Sith en planetas remotos, donde habían sido capaces de ser observados juntos sin consecuencias.

Mientras dejaba a Kim con el siguiente asistente al funeral de la fila, se dio cuenta de que Ars Veruna se separaba de un grupo que incluía a los aliados de Palpatine, Kinman Doriana y Janus Greejatus.

—Una palabra, embajador —dijo Veruna cuando se acercó.

Palpatine se permitió se guiado por el codo hasta un mirador cercano desocupado cerca del Puente Solleu.

—Siento mucha pena por el pobre Vidar —empezó Veruna.

Aproximadamente de la misma altura que Palpatine, llevaba una capa de brocado y un sombrero alto—. Una colisión de nave estelar, de entre todas las cosas. Uno habría pensado que una tragedia de tal naturaleza podría haberle obligado a retirarse de la política, pero ese no parece ser el caso. —Descansó sus codos en la balaustrada de piedra y miró al río que se movía rápidamente—. Bueno, tú de entre todos habrías sabido mejor que la mayoría el efecto de tales sucesos imprevistos.

—Vidar está planeando volver a Coruscant antes de que acabe el mes.

—¿Por asuntos del Senado?

—Personales, creo.

Veruna se volvió pensativo.

—La última vez —dijo entonces— que tú y yo estuvimos juntos fue en la ceremonia inaugural del generador de plasma. —Se volvió a mirar a Palpatine—. Tienes buen aspecto. Estás cambiado, creo. Por tus viajes.

—He ensanchado —dijo Palpatine.

—La propia palabra que estaba buscando. —Veruna hizo una pausa breve—. Ha llegado a mis oídos que hiciste cierta impresión en el senador Renulph Tarkin del sector Seswenna cuando estuviste recientemente en Malastare.

Palpatine se encogió de hombros.

—No era consciente.

—Él disfrutó oyendo tus puntos de vista referente al plan de la Federación de Comercio para sentar a varios de sus planetas clientes en el Senado. ¿Te importaría explicarme lo que le dijiste?

Palpatine sonrió ligeramente.

—No le ofrecí nada sustancial. De hecho, estaba meramente jugando a la política.

Veruna asintió conscientemente.

—Estoy muy aliviado de oír eso. —Miró a su alrededor antes de continuar—. Como bien sabes, el rey y yo tenemos nuestros acuerdos separados con la Federación de Comercio. Ahora, sin embargo, nos vemos forzados a tomar en cuenta el descontento de nuestros electo-

res. Desafortunadamente, la persona principalmente responsable de la elección de Tapalo y de la continuada popularidad de nuestro partido no va a tomarse muy amablemente oír los planes de Naboo para votar contra la misma legislación que los Holdings Damask han estado presionando para ver promulgada.

—Puedo apreciar tu apuro —dijo Palpatine—. ¿Por qué no ordenas al senador Kim que vote a favor de la Federación de Comercio?

Veruna se rió brevemente.

—Lo haría si fuera tan simple como eso. El problema es que Kim conoce nuestros acuerdos separados y pretende utilizar esta oportunidad para enviar un mensaje a la Federación de Comercio, al igual que los detractores de Tapalo, de que Naboo ya no permitirá que lo saqueen. —Inhaló profundamente—. Traerle desde Coruscant sería equivalente a admitir que Naboo permanece a la merced de la Federación de Comercio y podría poner en peligro nuestra posición con muchos de los planetas de comercio de los que hemos llegado a depender.

Palpatine pretendió considerarlo.

—Quizás valdrá la pena correr el riesgo de votar *contra* la Federación de Comercio.

Veruna le estudió con repentino interés.

—Continua.

—Tanto si la legislación es aprobada o se queda atascada en el procedimiento, los contratos de Naboo con la Federación de Comercio permanecerán bloqueados e inalterables. La Federación continuará adquiriendo nuestro plasma por créditos exiguos y vendiéndolo por precios inflados. Pero Naboo al menos estará en los archivos públicos por haberle plantado cara a los conglomerados galácticos.

—Más juegos de política, ¿es eso?

Palpatine osciló la cabeza de lado a lado pero no dijo nada.

—¿Qué pasa con el Magíster Damask?

—Adviértele a él del plan por adelantado. No es irrazonable.

Veruna se acarició la barba pensando.

—Eso simplemente podría funcionar. —Sonrió astutamente—. Es una pena que Naboo ya tenga una voz en el Senado.

Palpatine sorbió por la nariz.

—De presentarse alguna vez la oportunidad, por supuesto, aceptaría. Pero hasta entonces, estoy contento con servir a mi propio modo.

—Servir a Naboo.

—¿A quién o qué más?

Veruna se frotó las manos.

—Un día, si me salgo con la mía, nuestros Cuerpos Espaciales incluirán una flota de veloces cazas Nubian que seran capaces de perseguir a la Federación de Comercio fuera de nuestro sistema.

—Yo también anticipo el día —dijo Palpatine.

Veruna se rió de nuevo.

—Ah, ¿pero cuándo? ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar, Palpatine?

—Sólo hasta que Hego Damask te adjudique el trono.

15: SER QUÁNTICO

Siendo un regalo para Damask del Consejo de Ancianos con motivo de que Yinchorr se sentara en el Senado, el enorme reptil condenado por asesinato se movió en el centro del campo de energía que definía su jaula en Aborah y, con la confusión retorciendo los rasgos de su cara picuda, se postró en el suelo de permacreto y murmuró en básico.

—Me siento honrado de estar aquí y de llevar a cabo cualquier tarea que requiera de mí.

De pie junto al perímetro brillante del campo, 11-4D giró la cabeza hacia Plagueis.

—Enhorabuena, Magíster. Al fin él responde a su sugerencia. Ha socavado su resolución.

Esa *resolución*, había descubierto Plagueis después de más de dos años de experimentos en el yinchorri, era de hecho una clase de burbuja de la Fuerza creada por el limitado número de midiclorianos inusualmente testarudos del alienígena parecido a una tortuga. Esto sugería que los yinchorri eran realmente fuertes en la Fuerza, a pesar de su recuento lastimosamente bajo. El descubrimiento había llegado como un logro y Plagueis todavía estaba luchando con las implicaciones.

La propia burbuja de la Fuerza era similar a las generadas por criaturas que dependían de la Fuerza para evitar la depredación de los enemigos naturales. La relación entre el ysalamir arbóreo y su adversario, el vornskr, proporcionaba un ejemplo curioso, en el que el úl-

timo era atraído hacia el primero por el mismo mecanismo que el ysalamir empleaba como defensa. Donde un recuento de midiclorianos extremadamente bajo podría haber reforzado las posibilidades de supervivencia, la naturaleza había convertido en su lugar a la especie ysalamir en poderosa en la Fuerza. Tan poderosa, de hecho, que varios de las criaturas actuando en concierto podían crear una burbuja de la Fuerza que abarcara kilómetros en vez de metros. En cierto sentido, la Orden Jedi había hecho lo mismo a escala galáctica, pensaba Plagueis, al bañar a la galaxia en la energía del lado luminoso de la Fuerza. O más concretamente al crear una burbuja de la Fuerza que había evitado la infiltración del lado oscuro, hasta que el Maestro de Tenebrous había tenido éxito en reventar la burbuja o, al menos, encogerla. Cómo se podría pensar que las acciones de la Orden *equilibraban* la Fuerza había confundido a generaciones de Sith, que no albergaban falsas esperanzas respecto a la habilidad de la Fuerza para auto-regularse.

El antiguo convicto yinchorri no era la única adición nueva a la instalación de la isla de Plagueis. En los once años que habían pasado desde la captura de Venamis y el reclutamiento de Sidious, Plagueis había coleccionado más de una docena de seres de especies diversas y había estado sometiéndoles a una amplia gama de experimentos que involucraban la voluntad, la telepatía, la curación, la regeneración y la extensión de la vida, con algunos resultados prometedores. En cuanto al aspirante a Lord Sith, estaba vivo y bien, aunque mantenido en coma más a menudo que despierto y siempre bajo los fotorreceptores vigilantes de 11-4D o un grupo de droides de custodia.

Plagueis no había perdido el interés en Venamis de ninguna manera, pero la inmunidad del yinchorri a la sugerencia de la Fuerza, una inmunidad que la especie compartía con hutts, toydarianos y otros, le había proporcionado una nueva línea de investigación. A diferencia de los ysalamiri, que creaban una burbuja de la Fuerza ante la presencia del peligro, el yinchorri estaba en un estado perpetuo de inmunidad *involuntaria* a la sugerencia de la Fuerza. El hecho de que esa inmunidad fuera en cierto sentido predeterminada en ellos significaba que la habilidad era una adaptación, impulsada por una ame-

naza pasada para la supervivencia de la especie. Para Plagueis, esto significaba que los midiclorianos de los yinchorri habían evolucionado para proporcionar protección a una especie que era naturalmente fuerte en la Fuerza. Si ese era realmente el caso, entonces los yinchorri eran la prueba viviente de que los Sith del linaje de Bane habían estado en el camino correcto desde el mismo comienzo.

Mientras que derrocar a la Orden Jedi y a la República era esencial para la tarea de restaurar el orden en la galaxia, esa meta pertenecía al reino de lo ordinario, al mundo que no era más que un subproducto de la lucha eterna entre las fuerzas de la luz y la oscuridad, las cuales estaban más allá de cualquier concepto de bien o mal. La meta mayor de los Sith implicaba derrocar a la propia Fuerza y convertirse en la encarnación del principio que avivaba a la galaxia.

Se había teorizado por parte de los Jedi y los Sith por igual que el equilibrio entre los lados luminoso y oscuro estaba en realidad bajo la guía de un grupo de seres incorpóreos (quizás lo llamados Celestiales) que se habían fusionado con la Fuerza miles de generaciones antes y habían continuado guiando el destino de la galaxia desde entonces. De hecho, una orden más alta de intermediarios, cuyos poderes estaban más allá de la comprensión de los seres mortales. Pero muchos Sith veían la idea con desdén, porque la existencia teórica de tal grupo era poco relevante para la meta de convertir a la Fuerza en sirviente de la voluntad de una élite iluminada. Sólo los Sith comprendían que la vida inteligente estaba al borde de un salto transformador. Que a través de la manipulación de los midiclorianos, o del derrocamiento del grupo de seres poderosos en la Fuerza que los supervisaba, la división entre la vida orgánica y la Fuerza se podía salvar con un puente y la muerte se podía borrar de la continuidad.

Como se había evidenciado por parte de aquellos pocos Lores que se las habían arreglado para perpetuar sus espíritus después de la muerte física (el más prominente entre ellos era el emperador Vitiate, que se decía que había vivido mil años), los antiguos Sith habían llegado hasta la mitad de ese puente. Pero aquellos pocos habían estado tan concentrados en poderes mundanos que habían acabado atrapándose entre los mundos. Eso nunca le había proporcionado a la Orden

una guía más allá de lo atestiguado por los hechos de que su influencia había sido insignificante y se había desvanecido desde hacía mucho del mundo.

Del mismo modo que los Sith pre-Bane habían sido responsables de su propia extinción, los grandes Señores del lado oscuro del pasado se habían condenado a un mundo inferior a través de sus intentos de conquistar la muerte al alimentarse de las energías de otros, en vez de derrocar los estratos más profundos de la Fuerza y aprender a hablar el idioma de los midiclorianos. Plagueis había aprendido finalmente a hacer eso y estaba justo empezando a aprender cómo persuadirlos, incitarlos, engatusarlos y coaccionarlos para que entraran en acción. Ya podría ordenarles que estimularan la curación y ahora había tenido éxito en seducirles para que bajaran sus defensas. Si podía obligar al asesino yinchorri a volverse pacífico, ¿podría, con una mera sugerencia, conseguir lo opuesto al convertir a un ser pacífico en un asesino? ¿Sería capaz un día de influenciar a los líderes de los planetas y sistemas a actuar de acuerdo con sus designios, sin importar lo inmorales que fueran? ¿Conquistaría un día no sólo la muerte sino también la vida, al manipular a los midiclorianos para *producir* seres poderosos en la Fuerza, incluso con la ausencia de fertilización, como Darth Tenebrous podría haber intentado hacer con técnicas de ingeniería genética y ordenadores?

Tal vez.

Pero no hasta que la llama singular del lado luminoso se extinguiera de la galaxia. No hasta que la Orden Jedi fuera exterminada.

Desde el comienzo de su aprendizaje con Plagueis, su Maestro había demandado saber qué veía Palpatine como su mayor fortaleza, de manera que supiera cómo minarle mejor. Saber qué veía como su mayor miedo, de manera que Plagueis supiera con qué fuerza enfrentar a Palpatine. Saber qué apreciaba más Palpatine, de manera que Plagueis pudiera arrebatárselo. Y saber qué cosas deseaba Palpatine, de manera que Plagueis pudiera negárselas.

Alguna combinación de las restricciones, o quizás un reconoci-

miento por parte de Plagueis de los deseos constantes de su aprendiz por visitar los planetas Sith, había dejado a Palpatine en el pintoresco Dathomir. Apenas poblado y en gran parte inexplorado, Dathomir no era Korriban o Ziost, pero era poderoso en la Fuerza, en parte debido a su fecundidad, pero principalmente debido a la presencia de un grupo de mujeres adeptas que practicaban magias del lado oscuro.

Él estaba vagando sin un propósito claro a través de uno de los barrios más polvorientos de la Ciudad del Desierto Azul, lejos del centro de la ciudad, cuando fue consciente de un débil pulso de energía de la Fuerza, el origen del cual era poco claro pero cercano.

Llamando más profundamente a la Fuerza, se permitió ser atraído hacia la fuente misteriosa, como si fuera una nave rindiéndose hacia el abrazo de un rayo tractor. Una serie de giros tortuosos le llevó hasta el área de un mercado lleno de copias de bienes, joyas copiadas y trozos y pedazos de chatarra que habían encontrado el camino hasta Dathomir desde quién sabe dónde, y al final hasta una pequeña plaza en mitad del bullicio, en una esquina de la cual había una mujer humana, cuya cara simétricamente manchada era del color del duracero pulido y cuya ropa llamativa la identificaba como una visitante de la ciudad, probablemente de algún pueblo remoto en la parte más antigua del planeta. La capucha de su capa carmesí estaba levantada y de un hombro colgaba una bolsa suave del tamaño de una pequeña maleta.

Palpatine se movió hacia la esquina diagonal de la plaza para observarla. Ella estaba mirando a los individuos en la multitud que pasaba, no como si buscara a alguien en particular, sino con una mirada más para adquirir un objetivo. Ella no le pareció a Palpatine como una ladrona o una carterista, aunque exudaba una energía oscura fundamentada a partes iguales de urgencia y engaño. De repente él se hizo discernible en la Fuerza e inmediatamente ella volvió la cabeza en dirección a él y empezó a cruzar deprisa la plaza en su dirección.

—Buen señor —dijo ella en básico mientras se acercaba.

Fingiendo interés en los enseres baratos de un comerciante itinerante, pretendió ser cogido por sorpresa cuando ella se aproximó a él desde su punto ciego.

—¿Te estás dirigiendo a mí? —preguntó, volviéndose hacia ella.

—Sí, señor, si tiene un momento para complacer a un ser en necesidad.

Los ojos oblicuos de ella estaban rodeados por manchas oscuras que igualaba el tono de sus gruesos labios. Sobresaliendo de las amplias mangas de sus ropajes, los dedos afilados de sus manos tenían uñas largas y parecidas a garras.

Palpatine pretendió impaciencia.

—¿Por qué señalarme a mí, entre esta multitud de seres más ricamente vestidos?

—Porque usted tiene el aspecto y los modales de un hombre de inteligencia e influencia. —Ella hizo un gesto amplio—. El resto son chusma, a pesar de sus buenas capas y sombreros.

Él hizo una demostración decorosa de suprimir un bostezo.

—Ahórrate tu adulación para los palurdos, mujer. Pero dado que me has identificado correctamente como mejor que el resto, obviamente eres consciente de que no tengo tiempo para juegos de engaños o trucos. Así que si vas detrás meramente de créditos, te sugiero que amplíes tu búsqueda de alguien más caritativo.

—No pido créditos —dijo ella, estudiándole abiertamente.

—¿Entonces qué? Ve al grano.

—Es un regalo lo que ofrezco.

Palpatine se rió sin alegría.

—¿Qué podrías tener posiblemente para ofrecer a alguien como yo?

—Sólo esto.

Ella abrió la suave bolsa del hombro para revelar un bebé humanoide de menos de un año estándar de edad. La cabeza sin pelo del bebé estaba punteada por un conjunto de cuernos cortos pero todavía blandos y su cuerpo entero había sido tatuado entero chillona y ceremonialmente con pigmentos rojos y negros.

Un zabrak macho, se dijo Palpatine. Pero no de la clase iridoniana. Más bien, un dathomiri.

—¿Cómo has conseguido este recién nacido? ¿Lo has robado?

—Lo ha malinterpretado, buen señor. Mi propio hijo, este es.

Palpatine la fulminó con la mirada.

—Dices que es un regalo y sin embargo te ocultas. ¿Has tenido tratos que te han llevado a unas deudas tan grandes que te separarías de tu propia carne y tu propia sangre? ¿O quizás eres adicta a la especia o a algún otro embriagante?

Ella sorbió por la nariz.

—Ninguna de las dos cosas. Sólo busco salvarle la vida.

La expresión de Palpatine cambió.

—Entonces habla honestamente. Estás muy lejos de tu asamblea, Hermana de la Noche. Y una practicante de la magia es más que suficiente para mantener a tu hijo a salvo.

Los ojos de ella se abrieron mucho y le taladraron, en busca de una explicación.

—¿Cómo…?

—No importa cómo lo sé, bruja —dijo Palpatine bruscamente—. El niño, si es tuyo o no, es un Hermano de la Noche, concebido con el propósito de servir a la hermandad como guerrero y esclavo.

Ella se negó a desviar la mirada.

—No eres un Jedi.

—Claramente no lo soy, como sospecho que ya has intuido. Pero todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué estás intentando librarte del niño?

—Para perdonarle la vida a uno por el bien del otro —dijo ella después de un momento—. La mitad de una pareja de clan, este es. Y quiero que uno viva libremente, dado que el otro no puede.

—¿Quién representa la amenaza?

—Talzin es su nombre.

—¿Quién es Talzin?

—La Madre de las Hermanas de la Noche.

Palpatine guardó la información.

—¿Dónde está el padre del bebé?

—Muerto, según la tradición.

Él resopló.

—¿No será echado de menos el bebé?

—Talzin sólo conoce a uno, no al otro.

—Te engañas a ti misma.

Amablemente, ella empujó la bolsa del hombro hacia él.

—Entonces cógele. Por favor.

—¿Qué haría yo con él?

—Este es fuerte en la Fuerza. En las manos adecuadas, puede convertirse en un activo poderoso.

—Una servidumbre de una clase diferente.

Ella ignoró el comentario.

—Cógele. Sálvale.

Palpatine miró de nuevo al recién nacido.

—¿Le has puesto nombre?

—Maul, *Mazo*, se llama.

—Es apropiado para el poder que adivinas en él.

Ella asintió.

—Cógele.

Palpatine la miró y, moviendo su mano derecha, habló.

—Olvidarás este encuentro.

Ella fijó sus ojos en él.

—Lo intentaré.

—Por tu propio bien, espero que sí. Ahora, vete. Antes de que cambie de idea.

Colocando la bolsa en las manos de él, ella se volvió y se alejó deprisa, desapareciendo en la multitud.

Palpatine estudió el bulto de vida que sostenía. Que la Fuerza era fuerte en el bebé era razón suficiente como para no permitirle vagar por ahí desprotegido y quizás caer en las manos de los Jedi.

Ahora Palpatine simplemente tenía que imaginarse qué hacer con él.

Desde un torreón alto en la vieja fortaleza de Sojourn, Plagueis y Sidious observaban la celebración en el patio de abajo. Allí, en mitad de los fuegos ardientes, el olor de la sangre fresca y la carne asada, la cacofonía de cánticos guturales, la música estridente y los gritos de abandono, había una Reunión en progreso. De vuelta de las cacerías, seres de muchas especies contaban cuentos y compartían risas vulgares, mientras que bailarinas

exóticas se contorsionaban encima de mesas llenas de comida y bebidas embriagadoras. Lejos de los pozos de asar, los seres se apiñaban en el bochornoso aire nocturno, formando alianzas, revelando agendas ocultas y urdiendo complots. La pasión, la envidia y la conspiración andaban sueltas. Desde el alto torreón, los dos Sith podían ver a los Guardias del Sol de Damask y los muuns circulando, con Larsh Hill presentando al mayor de sus hijos, San, a representantes del Gremio de Comercio y la Tecno Unión. El gotal que era el Gran Mago de la Orden del Círculo Inclinado estaba hablando con diseñadores de naves estelares y el OJE de Santhe/Sienar, Narro Sienar. El Jefe Cabra estaba también haciendo rondas, estrechando las manos de carne, escamas y cuero duro de los compañeros y aliados potenciales. Miembros de la Federación de Comercio estaban presentes, incluyendo un neimoidiano ricamente vestido. Y por primera vez en décadas, estaban presentes representantes de varias especies de colmena: el prelado xi charriano, el archiduque geonosiano e incluso un par de desconfiados insectoides colicoides de aspecto peligroso, del Nido Creación Colicoide.

—No nos contradecirán —estaba diciendo Plagueis con un enfado inusual—. Nos saldremos con la nuestra en el Senado, a pesar de lo que el Protectorado Gran, Sol Negro y el resto deseen que ocurra. Deja que los seres de los planetas de la Via Hydiana y la Ruta de Comercio Rimma sigan pensando que la Federación de Comercio está pensando en estrechar el control sobre el comercio entre sistemas. El auténtico peligro en sentar a los planetas clientes de la Federación emergerá cuando el Senado ignore las necesidades de esos planetas y la privación de los derechos empiece a esparcirse a través de los Bordes Medio y Exterior. Entonces la República tendrá problemas muy preocupantes y nosotros cosecharemos los beneficios.

Exhaló con disgusto.

—Pax Teem y el resto no están actuando por preocupación por la República sino por miedo a que sus derechos puedan desaparecer si el comercio cambia hacia los sistemas exteriores. La mitad de ellos se sienta en la Rotonda sólo porque *yo* les quiero allí. Han olvidado

lo fácilmente que se les puede reemplazar. —Se giró para alejarse de la imagen del patio para mirar de frente a Sidious—. En cuanto a Veruna, deberías animarle en sus planes para amasar unos Cuerpos Espaciales para defender Naboo contra la Federación de Comercio. Cuando le convirtamos en rey, le llevaremos por la nariz hacia un embrollo que parecerá ser cosa suya.

Plagueis bajó la mirada hacia el patio.

—El clima comienza a cambiar, Darth Sidious. El cuerpo político empieza a mostrar signos de contagio. La reemergencia de la furia, el odio y el miedo señalan una pérdida de fe en la Fuerza. La luz se está tambaleando, empujada hacia la retirada por la materia oscura, y el universo empieza a parecer hostil en vez de consolador. En tales tiempos, los seres se acostumbran a buscar soluciones en la promulgación de leyes duras, en el ostracismo de los extraños y en la guerra. Una vez que la República haya caído, los Jedi no sean sino un recuerdo y los seres no tengan un lugar hacia el que volverse excepto nosotros, les proporcionaremos una sensación de estabilidad y orden: una lista de enemigos, armas capaces de diezmar sistemas estelares enteros y prisiones de duracero en las que se puedan sentir seguros. —Hizo un gesto hacia el patio—. Mira lo hambrientos que están de oscuridad.

Una luz feroz apareció en los ojos de Plagueis.

—Debemos demandar la atención del lado oscuro para que nos ayude a dictar el futuro. Juntos y separadamente nos encargaremos de eso y, una vez que hayamos dejado estas cuestiones del Senado detrás, colocaremos el escenario para el siguiente acto. Con la promesa de fondos ilimitados, gremios y uniones se aliarán y las especies colmena volverán una pinza y una garra hacia los fabricantes de armas, incluso en la ausencia de conflicto, ni qué decir en una guerra abierta.

La duda tiró de las comisuras de la boca de Sidious.

—Los Jedi no se quedarán simplemente quietos y no harán nada, Maestro. Mientras que no siento cariño por ellos, respeto su poder. Y debilitar a la República sin debilitar a los Jedi podría proporcionarles una justificación para intentar un golpe de estado. Tienen los números para tener éxito.

Plagueis lo tomó bajo consideración.

—Su momento se acerca, Sidious. Las señales están en el aire. Su Orden ya podría haber sido diezmada de no ser por la derrota que Darth Gravid le dio a los Sith. Pero su aprendiz continuó con el imperativo, aunque malgastaron años intentando crear un virus dirigido que pudiera ser desplegado contra los Jedi, separándoles de la Fuerza. Como si hubiera alguna diferencia orgánica entre los practicantes de los lados luminoso y oscuro. ¡Como si nos comunicáramos con el lado oscuro a través de una especie diferente de intermediarios celulares! Cuando, de hecho, estamos animados por el mismo poder que impulsa la pasión de estos seres reunidos ahí abajo. Fijemos nuestro objetivo en los midiclorianos y fijaremos como objetivo a la vida misma.

—No obstante, un ataque de esa clase fallaría —dijo Sidious, como si pensara en voz alta—. Los Jedi están muy diseminados y es improbable que fuéramos capaces de actuar con suficiente rapidez para matarlos a todos en el mismo instante. Necesitaríamos asignar un asesino individual a cada uno y no habría modo de silenciar las lenguas de tantos asesinos. Nuestro plan se revelaría. Seríamos traicionados y nos convertiríamos en los objetivos.

Plagueis caminó para alejarse de la ventana del torreón, con las manos entrelazadas detrás de su espalda.

—No queremos que mueran demasiado rápidamente en cualquier caso. No, esto es, hasta que la República haya sido tan arrasada, tan debilitada, que los seres abracen gustosamente la estabilidad que imponemos.

—¿Las armas que producirán los colicoides y los otros se pretenden que sean utilizadas al final contra los Jedi?

—Ya veremos qué pasa. Hasta ese momento debemos aceptar el hecho de que ningún mero ejército puede abrumar a los Jedi. Los antiguos Sith eran decenas de miles y fallaron la prueba. Una vez la galaxia estuvo llena de guerreros y naves y de guerra. Ahora tenemos sólo a bandas aisladas de mercenarios y fuerzas de defensa de sistemas estelares. Eso es por lo que debemos esforzarnos por devolver a la galaxia a un estado en el que el barbarismo sea la norma.

—Los Jedi tendrán que ser derribados desde el interior —dijo

Sidious, con sus ojos siguiendo a Plagueis mientras el muun paseaba por el suelo—. Atraerles a una trampa de su propio diseño, como dijiste que haremos con Veruna.

Plagueis se detuvo para mirarle.

—Sigue con esa idea.

Sidious se tomó un momento.

—Tendremos que explotar su vanidad y su obediencia ciega a la República —dijo con mayor confianza y como si la veracidad de ello debiera ser obvia—. Debemos hacer que parezcan los *enemigos* de la paz y la justicia en vez de los guardianes.

—Los *enemigos* de la paz y la justicia en vez de los guardianes —repitió Plagueis, como una revelación—. Incluso los supervivientes de una purga se verían forzados a ocultarse… —Volviendo en sí, clavó su mirada en Sidious—. Hay que tener gran cuidado en no convertirles en mártires, Darth Sidious, si queremos que al final los seres de la galaxia le vuelvan la espalda al lado luminoso de la Fuerza.

—Seres poderosos en la Fuerza continuarán naciendo.

—En ausencia de entrenamiento y lavado de cerebro, no representarán daño alguno para nosotros. *Tú* te encargarás de eso, *Canciller Supremo Palpatine*.

Sidious miró al suelo y negó con la cabeza.

—Deberías serlo tú, Maestro.

—No —dijo Plagueis firmemente—. Debes ser tú. Tienes las habilidades políticas y, para ir más directos al grano, eres humano. En esta era sólo un humano es capaz de elevarse hasta lo alto de la mediatizada pila política de Coruscant.

—Humano o no, mi conocimiento del lado oscuro nunca igualará el tuyo. El título, la corona, debe ser tuya.

—Y lo será, una vez que me nombres abiertamente co-canciller. Temido y respetado por los seres más poderosos de la galaxia, Hego Damask se verá como un golpe de la fortuna para la República. Pero incluso entonces te aconsejaré sólo en secreto desde detrás de tu trono.

Sidious inclinó la cabeza en deferencia.

—En los anales de la historia Sith, serás conocido como Plagueis el Sabio.

Plagueis hizo una mueca de una sonrisa astuta.

—Me halagas.

—Cualquier cosa que me pidas, Maestro, lo haré.

Plagueis guardó silencio durante un largo momento.

—Ahora necesitas oír —dijo entonces— la primera misión que llevé a cabo para Darth Tenebrous. Los sucesos ocurrieron cuando iban unos veinticinco años de mi aprendizaje. En aquel momento, Tenebrous había buscado expandir su red de seres influyentes al dirigirse a un industrial humano llamado Kerred Santhe…

—El antiguo propietario de la Corporación Santhe.

—El mismo —dijo Plagueis—. La Corporación Santhe había estado diseñando vehículos de carga durante generaciones, pero sólo había tenido un éxito limitado con su línea de naves estelares personales. Mi Maestro creía que él podría seducir a Kerred a una alianza al ofrecerle derechos exclusivos sobre una nave Rugess Nome. Santhe saltó a la oportunidad, pero sólo para manipular a Tenebrous para colocarle en una situación donde los agentes de Seguridad de Santhe fueran capaces de robar los planos.

Plagueis se detuvo en una reflexión de ojos entornados.

—Fue una de las pocas veces que vi a mi Maestro engañado. Pero él no fijó sus miras en la venganza. No inmediatamente, en cualquier caso. Una vez que estuvo en producción, la nave estelar tuvo tal éxito que Kerred Santhe fue capaz de adquirir una participación mayoritaria en Tecnologías Sienar y Sistemas Sienar de la República. Sólo al aceptar un matrimonio pactado de su hija fue capaz el presidente de Sienar, Narro, de retener su posición como diseñador jefe. Para entonces, sin embargo, Narro había entrado en un pacto secreto con Tenebrous y había llegado la hora de ajustar cuentas.

Plagueis se movía mientras hablaba.

—Los Holdigns Damask estaban en su infancia, pero yo ya me había ganado una reputación entre la élite de la galaxia y de ese modo recibí una invitación para asistir a una conferencia de diseño en Corulag, que era entonces el cuartel general no sólo para Tecnologías Sienar sino por Hipernátuica Aether, Artificio Danthe y una docena de corporaciones más. El orador invitado era el senador que

representaba al sector Bormea y asistieron muchos personajes célebres de Coruscant, Corellia y Kuat. Desde el distante Lianna llegó Kerred Santhe y su joven e infeliz esposa, apoyado por un séquito de criados y guardias de Seguridad Santhe. Yo estaba sentado en una mesa directamente frente a él y la especialidad del menú esa noche era bloateel. ¿Lo has probado alguna vez, Sidious?

—Cuando era un adolescente. En una gala celebrada por la Casa Palpatine.

—Entonces sabes que la criatura es una de las más venenosas que se encuentran en la galaxia. La preparación es peligrosa y exacta, dado que la criatura debe ser despellejada mientras está viva para evitar que sus toxinas se infiltren en la carne. Es innecesario decir que nada anima más un banquete que la perspectiva de una muerte casi instantánea y el salón apenas podía contener la anticipación cuando fueron servidas porciones individuales.

»Esperé para actuar hasta que vi a Santhe masticando su primer bocado.

Plagueis unió el pulgar y el índice de su mano izquierda y Sidious, tomado por sorpresa, sintió que su garganta se cerraba. Jadeó en busca de aliento.

—Sí. Justo así tienes una comprensión de lo que Santhe debió haber sentido.

Plagueis abrió sus dedos y Sidious inhaló profundamente, con su cara enrojecida y sus manos acariciando su garganta.

—Sólo que entonces mantuve la presión hasta que su cara empezó a volverse roja, con sus manos volando hacia su garganta y sus silenciosas llamadas pidiendo ayuda sacaron a todo el mundo a su alrededor de sus sillas. Creo que sus ojos abultados podrían haber encontrado los míos cuando finalmente comprimí su tráquea para que se cerrara completamente. Por supuesto, los técnicos médicos habían estado de pie para el caso de que se presentara tal emergencia. Eran ithorianos, si recuerdo correctamente, armados con dosis de antitoxinas y medicinas para contrarrestar los efectos del shock anafiláctico. Pero nada funcionó aquella noche, porque el lado oscuro de la Fuerza tenía a Santhe en sus garras y ninguna droga o técnica de reanimación

estaba a la altura de la tarea de mantenerle con vida.

Plagueis se tocó la barbilla.

—Muchos supusieron que Rugess Nome y Narro Sienar habían de alguna manera orquestado un asesinato. Otros, que los Envenenadores Malkite o una secta de GenoHaradan habían sido contratados para llevar a cabo la muerte. Pero al final los chefs fueron considerados culpables y recibieron largas condenas en prisión. Los escuadrones de Seguridad de Santhe llevaron a cabo varios intentos contra la vida de mi Maestro después de eso, pero tratamos con ellos. Mucho después descubrimos que el cuerpo de Santhe había sido colocado en carbonita congelada y que todos sus órganos internos habían sido reemplazados por unos criados en tanques. Los equipos quirúrgicos pueden incluso haber tenido éxito en reiniciar su cuerpo, pero el Kerred Santhe que habían conocido era irrecuperable.

Plagueis no dijo nada durante un largo momento y luego continuó.

—Las circunstancias serán diferentes para ti. No tendrás la satisfacción de ver morir a tu oponente en persona, pero queremos asegurarnos de que puedas negar tu implicación. Un asesinato público en Coruscant sería lo mejor para enviar un mensaje.

—El senador Pax Teem —dijo Sidious con una voz rasposa, teñida con una furia residual.

Plagueis negó con la cabeza.

—Teem puede resultar aun útil. Me estoy refiriendo al senador Vidar Kim. Sus sentimientos le han convertido en un inconveniente. Lo que es más importante, su muerte nos permitirá posicionarte donde has anhelado estar desde hace mucho.

16: AUDAZ COMO EL AMOR

Con la capucha de su capa elegante levantada contra el viento frío, Palpatine se dio prisa por recorrer las calles de Theed. El cambio repentino del tiempo ayudaba a su deseo de evitar el contacto visual con extraños o, peor aun, a evitar encontrarse con alguien que conociera. Cuando se había vuelto más poderoso en el lado oscuro, el mundo profano se volvió un lugar más y más extraño, barrido por corrientes de las que no había sido consciente previamente y poblado por formas de vida vagamente silueteadas que veía como magnitudes de la Fuerza. Como le ordenara Plagueis, había estado viviendo en el futuro, en armonía con el lado oscuro para ejecutar los planes que su Maestro y él habían diseñado.

La oficina de Vidar Kim estaba en la parte este de la ciudad, a una larga caminata de distancia del apartamento que Palpatine había tenido alquilado durante los años anteriores, y la ruta más rápida requería cruzar y volver a cruzar los afluentes del Solleu que definían los distritos y los barrios de Theed. Nunca había sentido mucho cariño por la ciudad, con sus edificios antiguos, sus plazas públicas y sus decenas de miles de residentes ocupándose de sus vidas, y ahora Theed empezaba a parecer como algún gran escenario en una elaborada producción teatral y el propio Naboo, un nódulo en una vasta telaraña tejida por el lado oscuro, a la que tantísimos planetas y especies serían arrastrados al final.

En ningún momento durante su visita a Sojourn le había pedido

Darth Plagueis oír sus sentimientos sobre la condena a muerte que había decretado para Vidar Kim. Y no era de extrañar, dado que Palpatine había dado su palabra de hacer cualquier cosa que Plagueis le pidiera. Pero era obvio que el muun había sentido el conflicto en Palpatine. El miedo y el odio le habían impulsado a asesinar a su familia a sangre fría, pero su relación con Kim era tan íntima como habría llegado a ser de haber tenido una auténtica amistad. Incluso así, como senador de Naboo, Kim se interponía entre Palpatine y su meta inmediata. En Sojourn, las palabras de despedida de Plagueis hacia él fueron: *Recuerda porqué los Sith son más poderosos que los Jedi, Sidious: porque no tenemos miedo de sentir. Abrazamos el espectro de emociones, desde las alturas de la alegría trascendente a las profundidades del odio y la desesperación. Sin miedo, le damos la bienvenida a cualquier camino que el lado oscuro trace para nosotros y a cualquier destino que nos aguarde*.

Claramente Plagueis sabía que Palpatine había ayudado a sellar el destino de Kim al animarle a hacerle frente a la Federación de Comercio y, por consiguiente, contra Plagueis. Que su Maestro no hubiera dicho eso era quizás su manera de recordarle a Palpatine que tendría que estar preparado para aceptar todas y cada una de las consecuencias que surgieran de sus maquinaciones. Era una lección sutil, pero una que Palpatine se tomó a pecho. Desde aquel momento en adelante, tendría cuidado de planear sus movimientos meticulosamente. Y lo que era más importante, permitir que el lado oscuro completara su trabajo lapidario de transformarle en un ser poderoso. Recordando el estrangulamiento de la Fuerza por sorpresa de Plagueis, se prometió también no volver a bajar su guardia. Pero vio la lección como parte del proceso de su aprendizaje a depender el uno del otro y forjarles en un equipo. Unidos en el lado oscuro, no podían guardarse secretos. No podría haber ninguna oportunidad de que un ser fuera capaz de actuar sin que el otro ser fuera consciente. Tenían que aprender a ver uno a través del otro.

Palpatine no había estado intentando halagar a Plagueis cuando le había llamado *sabio*. No completamente, en ningún caso. El muun era poderoso más allá de la comprensión presente de Palpatine. El único ser capaz de guiar a la galaxia al futuro. Un crescendo. En mo-

mentos era difícil comprender que verían en su vida la caída de la República y la aniquilación de la Orden Jedi y sin embargo Palpatine parecía saber que eso era cierto. Un gran designio se estaba desarrollando, en el que él no era meramente un jugador sino un arquitecto.

Resignándose a la muerte de Kim era más fácil de lo que podría haber sido porque también Kim se había convertido en un hombre roto tras las muertes de su mujer y sus hijos más jóvenes. Que se pusiera en contacto con el hijo que había entregado voluntariamente a los Jedi era un acto de desesperación. Y no estaba basado en nada más que un deseo de asegurar que el linaje de la familia Kim continuaba. Qué propio de los realistas engreídos entre los que Palpatine había sido criado. ¡Tan fervientes por ser recordados por aquellos que les seguirían!

En vez de demandar o de asegurarse que Palpatine se manchara las manos una vez más, Plagueis había insistido en proporcionarle un agente para facilitar el asesinato. Plagueis había dicho que necesitaban garantizar la negación de la implicación de Palpatine y asegurarse de que ningún rastro de escándalo le perseguía. Pero Palpatine había empezado a preguntarse: A pesar de todas las charlas sobre compañerismo y transparencia, ¿había estando Plagueis meramente excusándose ante el hecho de que albergaba dudas sobre las habilidades de Palpatine?

Palpatine pensó en la historia que Plagueis le había contado sobre el asesinato de Kerred Santhe. La culpa había recaído sobre los chefs que habían preparado el bloateel. La muerte de Kim, sin embargo, no resultaría del envenenamiento de comida sino de un asesinato público. Así que, ¿quién podría surgir como el que tenía más que ganar de su muerte? Con certeza, no los naboo o el Protectorado Gran. El hecho de que los dedos apuntaran en su lugar a la Federación de Comercio le hizo preguntarse porqué Plagueis querría colocar al cártel en una posición que pondría en peligro sus oportunidades de sentar a nuevos planetas en el Senado. Así que una vez más se encontró preguntándose: ¿Tenía Plagueis un motivo implícito para *no* querer que la Federación de Comercio tuviera éxito?

Quería que la muerte de Kim se viera como un mensaje. ¿Pero para quién? Quizás se suponía que Palpatine fuera el receptor. Cuando

Plagueis dijo que muchos de los senadores eran prescindibles, que retenían sus asientos sólo gracias a él, ¿estaba diciendo, a la misma vez, que Palpatine, incluso como Sidious, también era prescindible, fácil de reemplazar por otro aprendiz poderoso en la Fuerza? Mientras que el muun animaba a la transparencia en Palpatine, a veces se hacía opaco. ¿Le legaría en cierto punto todo su conocimiento a su aprendiz o se contendría, meramente para mantener la ventaja?

—Gracias por venir tan rápidamente, Palpatine —dijo Kim con prisas, dirigiéndole hasta una oficina abarrotada con discos de datos y documentos impresos en plastifino y que olía a sudor, aire rancio y comida echada a perder. Altas ventanas frente a las puertas de entrada de madera dominaban el palacio, incluyendo la nueva torre que Tapalo, de acuerdo con la tradición, había construido al ser elegido monarca.

—Lo que tengo que decir te colocará en cierto riesgo, pero no hay nadie en quien confíe más que tú. —Kim estaba en constante movimiento mientras hablaba, moviéndose desde su escritorio hasta las ventanas y de vuelta otra vez—. No estoy completamente seguro de que esta oficina sea segura, pero tenemos que correr el riesgo.

Palpatine ocultó un fruncimiento de ceño por la suspicacia e hizo un gesto hacia el sofá.

—Por favor, Vidar, siéntate y desahógate.

Kim se detuvo, exhaló con cansancio e hizo lo que Palpatine le sugería. Su cara estaba tensa, con su pelo revuelto y su barba y su bigote normalmente pulcros necesitando un corte.

—Palpatine, tengo buenas razones para sospechar que Tapalo y Veruna organizaron la colisión que reclamó las vidas de mi familia.

La sorpresa de Palpatine fue sincera.

—Vidar, la colisión fue investigada y se decretó que fue un accidente. Algún problema con el antigrav…

—Los accidentes pueden ser fingidos. ¡Planeados! Has pilotado deslizadores desde que te conozco. Sabes que los sistemas pueden ser saboteados.

Palpatine se sentó frente a él.

—¿Qué motivo tendrían posiblemente para matar a tu familia?

Los ojos inyectados en sangre de Kim se fijaron en él.

—Conozco sus trapos sucios, Palpatine. Sé lo de los pagos que han estado recibiendo de la Federación de Comercio desde que Tapalo cogió el puesto. Las leyes que han promulgado para abrir todo Naboo a la exploración y la explotación del plasma. Sé los tratos que hicieron con ciertos miembros del electorado para urdir la victoria sin precedentes de Tapalo en las últimas elecciones.

—Incluso así —dijo Palpatine después de un momento—, ¿por qué meterían a tu familia en esto?

Kim casi rugió.

—Al eximirme de mis deberes plenarios se arriesgan a enfadar a muchos de los realistas que me apoyan. En su lugar esperan *persuadirme* a presentar mi dimisión, por pena, por miedo o por no sé qué.

—Tapalo sabría que es mejor no intentar un acto tan despreciable.

—Le concedes demasiado crédito. La colisión se suponía que era un mensaje para mí. Pero tuvo el efecto contrario.

—¿Cómo es eso? —dijo Palpatine, inclinándose hacia él.

—Me marcho hacia Coruscant esta tarde. Y mi primera actuación será presentarme ante la Orden Jedi.

Palpatine se sentó recto.

—Vidar, los Jedi escuchan sólo al Senado y al Canciller Supremo. No puedes simplemente entrar caminando en el Templo…

—Contactaré con los miembros del Consejo a través de mi hijo. Si puedo convencer a Ronhar para que deje la Orden, la información será mi regalo para los Jedi.

—Y supón que Ronhar no quiere ser parte de esto. —Palpatine cruzó sus brazos sobre el pecho—. ¿Has sido incluso capaz de hablar con él? Es mi comprensión que a los Jedi no se les permite contactar con sus padres.

Kim frunció el ceño y estudió la carpeta.

—No obstante, fui capaz de establecer contacto.

—¿Y?

La expresión de Kim era alegre cuando levantó la mirada.

—Me dijo que soy un extraño para él y que el nombre Kim no

tiene significado para él.

Palpatine suspiró.

—Entonces ese es el final.

—No. Ha estado de acuerdo en hablar conmigo en persona en Coruscant. Estoy determinado a convencerle, Palpatine. La familia *debe* ser lo primero.

Palpatine se mordió la lengua para no decir lo que estaba a punto de decir y comenzó de nuevo.

—¿Prometes mantenerme informado? ¿O al menos hacerme saber cómo ponerme en contacto contigo?

Kim fue hasta el escritorio y rebuscó en el desorden hasta que encontró el plastifino que estaba buscando.

—Este es mi itinerario durante la próxima semana —dijo, entregándole el plastifino a Palpatine—. Palpatine, si algo fatal me ocurre en Coruscant…

—Para, Vidar. Nos estamos adelantando a los acontecimientos.

Kim se pasó una mano sobre la cabeza.

—Tienes razón. —Volvió al sofá y se sentó—. Palpatine, tenemos una edad demasiado parecida como para que haya pensado en ti como en un hijo, pero te considero el hermano pequeño que nunca tuve.

Palpatine asintió sin una palabra.

—Si no llego hasta Ronhar o los Jedi, puedo al menos alertar a mis colegas en el Comité Investigador del Senado.

Palpatine contuvo el impulso de ponerse en pie.

—Creo que estás equivocado respecto a Tapalo y Veruna, Vidar. Pero puedo decir sin dudar que estarás arriesgando tu vida al hacer públicas tales acusaciones.

—Soy perfectamente consciente de eso, Palpatine. Pero si Ronhar rechaza mi súplica, ¿qué más tengo por lo que vivir?

Palpatine colocó sus manos en el hombro de Kim.

La pequeña parte que jugarás en la venganza de los Sith.

Para cuando dejó la oficina de Kim el tiempo se había vuelto agudamente más frío. Las ráfagas de nieve estaban girando alrededor de

las torres del palacio y las aguas poco profundas de los afluentes del Solleu estaban brillantes por el hielo. El agente de Coruscant que Plagueis le había proporcionado, Sate Pestage, estaba esperando en una pequeña plaza tras el Museo de Arte Parnelli, calentándose las manos con su aliento.

—¿Los naboo no habéis oído hablar nunca del control del clima? —comentó mientras Palpatine se aproximaba.

Recordando sus sesiones de acondicionamiento previas en el glacial Mygeeto, Palpatine casi se rió ante los comentarios del hombre.

—Un cambio radical siempre ha llegado lentamente a este planeta —dijo en su lugar.

Pestage lanzó una mirada a las columnas majestuosas que rodeaban al museo abovedado.

—No hay duda de eso.

Ligeramente más alto y mayor que Palpatine, era nervudo y de aspecto capaz. Sus ojos marrones estaban muy juntos y eran brillantes y su nariz prominente y sus mejillas angulosas estaban enfatizadas por el pelo negro que se había retirado de su frente y sus sienes. Plagueis le había mencionado que Pestage había nacido en Daplona en Ciutric IV, una ecumenópolis industrializada fuera de donde Darth Bane y Darth Zannah habían vivido una vez vidas secretas. Plagueis no había rebelado cómo había descubierto a Pestage (quizás los Holdings Damask habían tenido tratos con la familia influyente y larga de Pestage), pero había dicho que Pestage era alguien a quien Palpatine podría querer considerar añadir a su creciente séquito de ayudantes y confidentes.

Del bolsillo de su capa, Palpatine sacó el plastifino que Vidar Kim le había dado y se lo entregó.

—Su itinerario para Coruscant.

—Perfecto.

Pestage deslizó el plastifino en su bolsillo.

—Quiero que esperes hasta que sus asuntos en Coruscant hayan concluido.

—Lo que tú digas.

—Está amenazando con alertar a la Orden Jedi y al Comité Investigador del Senado sobre varios tratos que se hicieron.

Pestage resopló.

—Entonces se merece todo lo que le va a pasar. —Examinó lo que había a su alrededor sin mover la cabeza—. ¿Has tomado una decisión sobre a quién utilizar de los datos que te proporcioné?

—A los maladianos —dijo Palpatine.

Un grupo altamente entrenado de asesinos humanoides, le habían parecido como la elección obvia.

Pestage asintió.

—¿Puedo preguntar porqué?

Palpatine no estaba acostumbrado a tener que justificar sus decisiones, pero respondió de todos modos.

—La Guardia de la Muerte mandaloriana tiene sus propios problemas y los Bando Gora su propia agenda galáctica.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Pestage—. Además, los maladianos son conocidos por honrar sus contratos.

—¿Cuándo puedes tenerlos en Coruscant?

Pestage le miró de reojo.

—Tal vez es mejor que eso permanezca reducido a la base de la necesidad de saber.

La audacia del hombre impresionó y refrenó a Palpatine.

—No puede haber errores, Sate.

Una expresión de largo sufrimiento centelleó en la cara de Pestage, pero su tono era complaciente cuando respondió.

—Si los hay, entonces estoy seguro de que esta será nuestra última conversación. Sé perfectamente bien de lo que sois capaces el Magíster Damask y tú y espero hacer que sea digno de continuar sirviéndote. Un día, tal vez, empieces a pensar en mí como en tu familia, como estoy seguro de que lo hace el senador Kim.

¿Cuánto sabe este hombre?, se preguntó Palpatine.

—¿No tienes escrúpulos por vivir una doble vida, Pestage?

—Algunos de nosotros simplemente hemos nacido para ello —dijo Pestage, indiferente a la mirada penetrante de Palpatine.

—¿Contactarás conmigo aquí?

—Tan pronto como se complete el trabajo. Sólo asegúrate de quedarte cerca de tu comunicador.

—¿También contactarás con el Magíster Damask?

Pestage volvió la cabeza.

—Me dio la impresión de que no estaría disponible durante las próximas semanas. Pero sospecho que es seguro asumir que los resultados no se le pasarán por alto.

En un planeta en el borde del espacio conocido, sobre el pozo holográfico de una brillante mesa metálica, una imagen tridimensional de un cuarto de tamaño de un bípedo alto rotando entre gráficos y líneas que se movían de datos anatómicos y fisiológicos. En un asiento con forma de cuchara suspendido del alto techo de la habitación blanca se sentaba Hego Damask, empequeñecido por un trío de científicos delgados y con cola: dos hombres con cresta y una mujer cuya complexión era más gris que blanca.

—¿Este ser es representativo de su especie? —preguntó el científico llamado Ni Timor con una voz suave y casi susurrante.

—Este asesinó a seis miembros de su especie —dijo Damask—, pero aparte de eso es el típico yinchorri.

Tenebrous le había presentado el planeta Kamino al principio de su aprendizaje, pero no lo había visitado en más de tres años. Para aprovisionar los bosques de greel de Sojourn con fauna rara y en algunos casos extinta, había contratado a los kaminoanos para que criaran clones de muestras biológicas que procuró a través de intermediarios de materiales genéticos. Los ojos vidriosos, los cuellos largos y los cuerpos lustrosos de los bípedos indígenas hablaban de un pasado marino, aunque de hecho habían sido habitantes terrestres durante millones de años antes del diluvio universal que había inundado Kamino. Con la catástrofe global acercándose, la mayoría de las especies inteligentes tecnológicamente avanzadas habrían abandonado su planeta natal y se habrían ido a las estrellas. Pero los kaminoanos habían construido en su lugar enormes ciudades sobre pilotes que estaban completadas incluso cuando los océanos de su planeta todavía estaban elevándose y sumergiendo los continentes. También había vuelto su intelecto considerable hacia la ciencia de la clonación como un medio de asegurar

la supervivencia de su especie y, a lo largo del camino, habían llevado la replicación genética más lejos que ninguna especie conocida en la galaxia. Residiendo fuera del borde galáctico, los kaminoanos llevaban a cabo su trabajo en secreto y sólo para los muy ricos. Era improbable, en cualquier caso, que hubieran cumplido las restricciones de la República sobre la clonación. Los principios morales respecto a la selección natural parecía ser algo que habían dejado en el suelo de lo que ahora era el océano que recubría todo el planeta de Kamino, lo que quizás explicaba porqué no eran más reacios a proporcionar animales de juego para Sojourn que a proporcionar clones que cavaban a mano para trabajar en las minas del inhóspito Subterrel.

Damask les consideraba una de las especies más avanzadas de la galaxia: casi parecida a los Sith en su distanciamiento emocional y objetividad científica.

La científica femenina, Ko Sai, había resaltado un área del cerebro medio del yinchorri.

—La carencia de caminos neuronales de la parte delantera del cerebro indica una propensión innata para la violencia. Aunque la ausencia podría ser idiosincrática.

El tercer kaminoano, Lac Nor, pidió un aumento de la zona resaltada.

—La naturaleza violenta de los yinchorri podría complicar las cosas, Magíster. Sin acceso a estudios sociológicos, no tenemos modo de determinar hasta qué grado la cultura de la violencia forma al ser que nace en ella. Un clon criado en el escenario de un laboratorio podría exhibir un comportamiento feroz a menos que le proporcionemos algunos medios para expresar la agresión.

—Un desahogo —ofreció Ko Sai.

—Hay estudios científicos disponibles —dijo Damask—. La pregunta es, ¿se les puede integrar obediencia sin afectar a sus tendencias violentas?

—Probablemente no sin perturbar la matriz básica de la personalidad —dijo Ko Sai—. Podríamos producir un clon que sea yinchorri meramente de aspecto, pero que carece de las características singulares de la especie.

Damask frunció el ceño.

—Eso no servirá.

—¿Ha considerado utilizar una especie más sumisa? —preguntó Ni Timor.

—¿Cuál me recomendaría?

—Una de las especies plácidas. Ithorianos, por ejemplo. O caamasi.

Damask negó con la cabeza.

—Ninguna especie serviría a mis propósitos. ¿Qué hay de los humanos?

—Nuestra experiencia con los humanos es limitada, aunque, por supuesto, hemos criado muchos órganos para ser reemplazados.

—El sentimentalismo humano es de alguna manera problemático —añadió Ko Sai—, pero no irresoluble.

Damask consideró el comentario y luego estuvo de acuerdo con la aseveración de la kaminoana.

Las emociones en los seres humanos era un fallo fatal. La misma característica que alimentaba su necesidad de formar vínculos fuertes y a creer que toda vida era sagrada les hacía excesivamente compasivos. Sólo unas semanas antes en Sojourn, se dio cuenta de que incluso Sidious, a pesar de todo su crecimiento de fortaleza en el lado oscuro, permanecía prisionero de sus emociones. Que Sidious sintiera una urgencia de abrirse con sus nuevos poderes era de esperar y había que animarlo, pero había que enseñarle la lección que todo Sith necesitaba aprender. Con gran sutilidad Sidious había manipulado a Vidar Kim hasta una posición en la que se había convertido en un lastre y, por lo tanto, tenía que morir. No se había molestado en hablar del asunto directamente porque había llegado el momento de que Sidious se embarcara en la carrera política que le llevaría a la cancillería. Aun así, la reacción de Sidious a las órdenes de asesinato, tan fugaz como había sido, había convencido a Plagueis de la necesidad de pruebas adicionales. Sidious no necesitaba que le explicaran sus errores. Necesitaba experimentar las consecuencias.

—Tal vez, Magíster —estaba diciendo Lac Nor—, si comprendiéramos sus planes para los clones yinchorri.

—Esperaría que sirvieran como soldados.

—Ah —dijo Ni Timor—. Entonces la obediencia, no la mera sumisión, debe ser una consideración principal.

—Y a pesar de eso la necesidad de algo de libre voluntad —apuntó rápidamente Ko Sai—. O si no, ¿por qué no utilizar simplemente un autómata de combate?

Los grandes ojos de Lac Nor se fijaron en Damask.

—Estos yinchorri parecen estar preparados para la guerra, Magíster. ¿Hay tan pocos de ellos que necesita clonar un ejército?

Él había evitado deliberadamente mencionar la inmunidad yinchorri a la sugerencia de la Fuerza porque no debía tener modo de saber eso o, en realidad, nada sobre las acciones de los midiclorianos. Pero era precisamente la capacidad de los reptiles de crear burbujas de la Fuerza la que esperaba explorar.

—Como ha apuntado ya —dijo después de un momento—, su belicosidad innata interfiere con su habilidad para seguir órdenes.

—Necesitaríamos asegurar que sus tendencias violentas están intactas —dijo Ni Timor, principalmente para sí mismo.

—Sí —dijo Damask.

Ko Sai estiró su largo cuello.

—Un gran desafío. Aunque quizás si se nos suministran con una plantilla para experimentar… —Ella hizo un gesto hacia las imágenes 3-D—. ¿Está disponible este espécimen para un examen minucioso?

—Podría hacer que le envíen a Kamino —dijo Damask—. Asumiendo, por el momento, que puedan descubrir algún modo de proporcionarme lo que necesito, ¿cuánto tiempo requeriría criar un clon maduro?

Los tres científicos intercambiaron miradas.

—En el caso de los yinchorri —dijo Ni Timor al fin—, con certeza no menos de doce años estándar, para permitir el desarrollo físico y mental. Como sabe, hemos tenido algunos éxitos en acelerar la velocidad de crecimiento de ciertas criaturas clonadas, pero todavía no lo hemos conseguido completamente con los seres inteligentes, debido a la plasticidad del cerebro juvenil.

—Lo que es más importante —dijo Lac Nor—, mientras que podríamos ser capaces de hacer crecer unos cuantos clones, nuestras ins-

talaciones son inadecuadas en el presente para producir un ejército de cualquier clase.

—También necesitaríamos consultar con especialistas militares respecto a la programación —añadió Ko Sai.

—Todo eso se puede arreglar —dijo Damask—. ¿Tendrían alguna objeción a trabajar con Ingeniería Pesada Rothana?

—Por supuesto que no —dijo Ni Timor.

—Entonces los Holdings Damask pueden proporcionarle los fondos que necesiten.

Los ojos de Ko Sai parecieron abrirse mucho.

—El Primer Ministro estará muy complacido de oír esto —dijo ella con lo que pasaban por animación en Kamino.

En su apartamento en un Theed bloqueado por la nieve, Palpatine miraba a la HoloRed volver a emitir al Caballero Jedi Ronhar Kim saltando de un taxi de Coruscant en mitad del vuelo hasta un monodeslizador pilotado por la maladiana contratada para asesinar al mayor de los Kim. Al mismo tiempo Palpatine hablaba por el comunicador con Sate Pestage.

—¿Están repitiendo la historia en Naboo? —preguntó Pestage.

—En cada emisora.

—*Última hora, Coruscant* —estaba diciendo una mujer corresponsal—, *el senador del sector Chommell, Vidar Kim, de Naboo, murió hoy a primera hora mientras estaba en ruta hacia el Espaciopuerto Mezzileen, en lo que parece haber sido un asesinato. Una cámara flotante estacionada en el Nódulo SSJ en el Distrito Sah'c capturó el momento en el que un monodeslizador se aproximó al taxi del senador Kim desde atrás y su piloto cubierto por un casco liberó una andanada de disparos láser, matando a Kim instantáneamente y sin alcanzar apenas al segundo pasajero, un Caballero Jedi aun por identificar. Las grabaciones de la cámara flotante muestran al hombre Jedi humano, armado con un sable láser activado, lanzándose desde el taxi y derribando al piloto asesino desde el asiento del monodeslizador. Testigos visuales declaran que el Jedi se las arregló para conducir al asaltante hasta una pasarela peatonal cerca de donde el desli-*

zador se estrelló y ardía, pero Noticias en Tiempo Real aun tiene que descubrir si el asesino sobrevivió a la caída. Herido en el ataque, el piloto del taxi fue llevado al Centro Médico Sah'c, donde se ha indicado que su condición es grave.

—¿Está viva la maladiana? —demandó Palpatine a Pestage.

—No. Se inyectó una neurotoxina mientras Ronhar estaba intentando sacarle información a la fuerza.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente seguro.

—La tonta —se enfureció Palpatine—. ¿Por qué no esperó hasta que Kim hubiera salido del taxi en Mezzileen?

—Me instruiste que lo hiciera en público, que es exactamente lo que le dije. Ella aclaró que era mejor disparar a plena vista de una cámara de seguridad, pero no fui capaz de determinar si sabía o no que Kim estaba viajando con un Jedi. Basándome en el emplazamiento de los disparos láser, creo que ella planeaba acabar con ambos.

—Y si hubiera tenido éxito, los Jedi estarían llevando a cabo su propia investigación.

—Lo están haciendo, no obstante —dijo Pestage—. Porque Ronhar hizo una declaración para los medios de que él podría haber sido el objetivo.

Palpatine le dirigió un fruncimiento de ceño a la cámara del comunicador.

—¿Por qué no la advertiste sobre Ronhar?

—La advertí. Quizás quería añadir otra muerte Jedi a su currículum.

—¿Otra?

—Como te dije, los maladianos son muy buenos en lo que hacen.

Palpatine lo consideró.

—Si Ronhar tiene la impresión de que podría haber sido el objetivo, entonces Kim puede no haber revelado sus sospechas sobre Tapalo y Veruna.

—No lo hizo. Le tuve bajo vigilancia desde el momento en el que llegó a Coruscant y no fue a ningún lugar cerca del Templo Jedi ni se reunió con nadie del Comité Investigador del Senado. Tengo graba-

ciones de las tres reuniones que tuvo con Ronhar en su oficina en el Anexo del Senado y en ningún momento ofreció nada más que referencias veladas sobre las intrigas en Naboo.

—¿Fue capaz de persuadir a Ronhar de que dejara la Orden?

—No. Ronhar dijo que respetaba a Kim por ser su… ¿cuál fue la palabra que utilizó?… *progenitor*. Pero que considera el Templo como su hogar y a los Jedi como su familia.

Palpatine forzó una exhalación.

—Se lo advertí.

—Kim intentó convencerle de que la sangre de la familia viene primero, pero Ronhar también podría haber estado escuchando a un episodio de *Confesiones de Coruscant*.

—El Magíster Damask no estará complacido. ¿Qué rumores están circulando por el Senado?

—Que Kim puede haber estado involucrado en negocios turbios. Que engañó a un grupo de presión. Tienes al Senado preocupado, si esa era la idea.

Plagueis estaría satisfecho de saber eso, pensó Palpatine. El *mensaje*, comprendió ahora, no había estado dirigido a nadie en particular, sino al propio Senado. Más allá de la meta de hacer avanzar la carrera política de Palpatine antes de tiempo, el asesinato de Kim había dispersado la aprensión en la capital galáctica.

—Está hecho, en cualquier caso —dijo al fin.

—Y sin pistas para que las sigan la policía o los Jedi. Estás completamente limpio.

Palpatine se relajó un tanto.

—Lo has hecho bien, Sate. A pesar del casi desastre. Hay un lugar para ti entre mi grupo de apoyo si estás interesado.

Pestage también sonó aliviado.

—Entonces supongo que te veré en Coruscant, senador Palpatine.

17: DÍAS DE VINO E INDECORO

El Canciller Supremo Thoris Darus era principalmente responsable de la atmósfera excitante que prevalecía en Coruscant. Un humano nativo de Corulag, Darus había traído una sensación de estilo a la capital galáctica que había estado ausente una década antes cuando Vaila Percivas tenía el puesto y que no se había visto realmente desde la era de Eixes Valorum. Darus no se había casado, era un mujeriego incorregible, un entusiasta de los deportes, la ópera, el juego legítimo y la alta cocina. Su primer mandato estuvo caracterizado por un ascenso marcado del desenfreno y, al final, de la corrupción rampante. Siguiendo el ejemplo dado por el Canciller Supremo, muchos de los decenas de miles que servían en el Senado o presionaban a favor de las corporaciones y los cárteles autocráticos habían transformado Coruscant en una madriguera de egoísmo sin igual en cualquier lugar del Núcleo o el Borde Interior. Desde todas las áreas de la galaxia habían venido seres ansiosos por atender a las necesidades de la nueva élite política, desde chefs a artistas y a especialistas en placer. Cortesía de la Federación de Comercio y sus numerosos afiliados y socios corporativos, los bienes fluían desde miles de mundos, dando origen a nuevas modas, nuevas comidas y nuevas formas de extravagancia. Los coruscanti privilegiados, determinados a disfrutar de la vida en el centro, hacían la vista gorda a las tormentas que se estaban formando en los bordes de la civilización (rivalidades dentro de los sistemas, piratería, crimen organizado) y que se abrían camino hacia el Núcleo. En tres años el planeta vio

más inmigración de la que había visto en los cien anteriores, principalmente del Borde Exterior, cuyas especies no humanoides llegaban en completa ignorancia de las dificultades que les esperaban.

Para Palpatine, Coruscant excedió a sus expectativas. Cinco años de viaje y aventuras por la Región de Expansión y las Colonias le habían dado un gusto por la vida alta y aquí esta un lugar donde no simplemente se podían cumplir sus deseos más oscuros, sino también donde podría poner a prueba sus talentos únicos. Su topografía de edificios que atravesaban las nubes era un microcosmos de la galaxia: lleno de seres que estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para abrirse camino a zarpazos desde las profundidades, vigilados por una élite estratificada que alimentaba su miseria. Si Coruscant era un imán para aquellos sin habilidades o promesa, también era un paraíso para aquellos con créditos y conexiones. Y con la ayuda de muchos de los herederos de la riqueza que Palpatine había conocido mientras servía como embajador de Naboo, junto con la camarilla de compinches y secuaces de Hego Damask, sentía que estaba de camino a la cima del Podio del Senado desde el momento en el que sus botas tocaron el suelo artificial.

Comprendió inmediatamente que el único modo en el que la República podría haberse salvado a sí misma era llevando al Senado a un planeta donde las tentaciones no estuvieran acechando en cada nexo de tráfico, la oportunidad en cada café con terraza y el vicio en cada cañón, aunque el barullo que estaban armando el Canciller Supremo Darus y el Senado sólo era obvio si uno sabía dónde mirar y eso requería frecuentemente tener acceso sin limitaciones a los clubs privados y a las habitaciones traseras donde gravitaban los sobornos. Incluso sin la Fuerza, Palpatine sabía que habría tenido éxito. La tarea demostraría no ser más desafiante que ganarse la confianza total de sus iguales. Con todo el mundo esforzándose por superarse los unos a los otros, él sólo necesitaba asegurarse de que se vestía bien, cenaba en los lugares correctos, se asociaba con la compañía apropiada y renovaba sus pases de temporada de la Ópera Galaxias. Al mismo tiempo, comprendía que podría ser casi tan anónimo como deseara, aventurándose simplemente hacia arriba o hacia abajo, vistiéndose o

desvistiéndose, relacionándose con mercaderes en vez de con políticos o colaborando con charlatanes, sinvergüenzas, timadores y estafadores que poblaban los niveles inferiores.

Su primer apartamento no era lujoso, pero estaba localizado en el distrito del gobierno, con sitio suficiente para su creciente colección de arte, que ahora incluía una costosa escultura de neuraium y broncium del antiguo sabio Sistros, apropiada para el acaudalado jefe de la Casa Palpatine, y que contenía su sable láser hecho a mano original, ocultado en una cavidad cilíndrica indetectable por los escaneos de seguridad.

El hecho de que su primer puesto oficial como senador interino de Naboo fuera asistir a un funeral, su segundo en este año, sólo parecía apropiado, dado los planes eventuales de los Sith para Coruscant.

Las órdenes de asistir al funeral de Vidar Kim habían venido de Naboo y de Plagueis, que dijo que debería utilizar la oportunidad para buscar a Ronhar Kim y hablar con él personalmente. Palpatine aun tenía que reunirse cara a cara con un Jedi y una conversación con Ronhar le permitiría poner a prueba su habilidad de ocultar su auténtica naturaleza a otro usuario de la Fuerza.

A pesar de lo malvado que es Coruscant, le había dicho Plagueis, *la Fuerza es fuerte allí debido a la presencia de tantos Jedi. Si tienes éxito en esconderte a plena vista, serás capaz de ocultarle tu naturaleza incluso al más poderoso de ellos. Acepta a Ronhar en tu círculo de confianza y, una vez que lo hayas hecho, pasa algún tiempo en Coruscant familiarizándote con el cuartel general con espiras de nuestro enemigo y pregúntate a ti mismo: ¿No es esta una fortaleza diseñada para mantener alejada a la oscuridad?*

Aparte de eso, el silencio de Plagueis sobre la cuestión del asesinato de Kim había sido ensordecedor. Al descubrir que el rey Tapalo había nombrado a Palpatine senador interino, Plagueis le había ofrecido su enhorabuena, pero nada más. Después de meses de no verle, Palpatine había tenido la esperanza de encontrar a Plagueis esperándole en Coruscant, pero Hego Damask y los muuns que conforma-

ban los Holdings Damask estaban llevando a cabo negocios no especificados en el distante Serenno.

El servicio funerario tuvo lugar en la embajada de Naboo, que estaba localizada por debajo y hacia el oeste de la Plaza del Monumento y del Senado. Vestido con una capa de cuello alto y unos ropajes púrpura, Palpatine llegó a la mónada ornamentada en compañía de Kinman Doriana, Sate Pestage y Janus Greejatus, que había sido despachado hacia Coruscant por Tapalo y quien Palpatine sospechaba que tenía cierta fortaleza en la Fuerza. Kinman y Sate habían forjado un vínculo instantáneo. El juvenil Doriana estaba hecho para un planeta como Coruscant y no podría haber pedido un guía mejor para la titilante parte inferior de la capital galáctica que Pestage, que parecía conocer todos los rincones del lugar.

Ronhar Kim estaba entre varias docenas de invitados que estaban asistiendo al servicio. Palpatine esperó hasta que el Jedi estuvo solo en la sala del velatorio antes de aproximarse a él.

Al ocultarte a ti mismo, no serás capaz de depender de tus dones oscuros, dijo Plagueis. *En su lugar debes ser tú mismo, debes sumergirte en el patrón unificado con el que los Jedi están en armonía. Visible en la Fuerza, pero no como un Sith. Dado que no puedes permitirte ser visto, debes asegurarte de que no te dan por sentado. Disfrazado con lo profano. Camuflado en la rutina. En esos mismos reinos desde los que puedes atacar sin advertencia cuando sea necesario.*

Un joven alto y musculoso vestido con ropajes negros, Ronhar tenía el espeso pelo negro recogido detrás en un moño y con largos mechones en la parte delantera que le colgaban de las sienes hasta la barbilla. En él, Palpatine pudo ver a Vidar, cuyo cuerpo estaba en la capilla ardiente, tendido boca arriba en un enorme féretro rectangular de piedra. Una simple manta cubría el cadáver desde los hombros hasta las rodillas y sobre el pecho descansaba un cuenco metálico vacío que contenía las flores púrpuras y una vela encendida que pretendía simbolizar la Llama Eterna de la Torre Livet. Janus Greejatus transportaría las cenizas de la cremación a Naboo, donde serían esparcidas en el Río Solleu.

—Jedi Ronhar Kim —dijo Palpatine cuando entró en la sala—,

por favor perdone la intrusión, pero quería ofrecerle mis condolencias en persona.

Despertado de sus pensamientos, Ronhar giró hacia él, casi a la defensiva, y le examinó de la cabeza a los pies.

—¿Quién es usted?

—Palpatine —dijo él—. He sido nombrado para suceder a Vidar Kim como senador de Naboo. Conocía bien a su padre.

La vigilancia de Ronhar se tranquilizó.

—Perdóneme por no saber más sobre Naboo, senador… Palpatine. Pero de hecho, hasta hace varias semanas, no fui consciente de que Vidar Kim era mi padre biológico, o incluso que Naboo era mi planeta natal.

Palpatine fingió comprensión.

—No hay necesidad de disculparse. Imagino que la Fuerza es, en algún sentido, su propio dominio.

Ronhar asintió.

—Apenas conocí al hombre. De no haber sido por el hecho de que era un senador de la República, el Consejo Jedi no habría concedido la dispensa para que me reuniera con él.

Palpatine se permitió abrirse con la Fuerza, pero sólo durante un momento y principalmente para evaluar la reacción del Jedi, que demostró ser indiscernible.

—Discúlpeme por preguntar pero, ¿por qué eligió usted entonces asistir al servicio?

Ronhar se volvió pensativo.

—Sin duda conoce la tragedia que reclamó las vidas de su esposa y sus hijos.

—Sí.

—Vidar Kim contactó conmigo para preguntarme si consideraría renunciar a mi juramento a los Jedi, para convertirme en el portador del nombre de la familia.

Palpatine se acercó más a él y añadió compasión a su voz.

—Me lo contó, Ronhar. ¿Su presencia aquí refleja dudas en cuanto a sus obligaciones?

—No —dijo el Jedi, tal vez más firmemente de lo que pretendía—.

Sólo estoy aquí por respeto hacia el hombre. Como también sabrá, murió a manos de una asesina mientras estaba en mi compañía. —La voz de Ronhar traicionó decepción en vez de furia—. Si hubiera actuado antes, él estaría vivo y en este momento no puedo estar seguro de que los disparos láser de la asesina no estuvieran dirigidos a mí, en vez de a Vidar Kim.

—¿Quién en su sano juicio escogería a un Caballero Jedi como objetivo?

El Jedi sorbió por la nariz y estrechó sus ojos oscuros.

—Los Jedi no carecen de enemigos, senador. Distribuir justicia y asegurar la paz no encaja bien con algunos seres.

—El mundo de la política no es más seguro, Ronhar. No en esta era, con tantos que tienen necesidades. Gracias a la Fuerza que tenemos a los Jedi.

—Me pregunto —dijo Kim.

Palpatine le miró con interés. El Jedi estaba menos interesado en solventar el asesinato de Vidar que en agonizar por su fallo al no evitarlo.

—¿Se pregunta qué, Ronhar?

—Cómo podría haber sido mi vida de no haberme convertido en un Jedi.

Palpatine adoptó una expresión de sorpresa.

—La elección le correspondía tomarla a usted. Tiene usted a la Fuerza. Su destino era inevitable.

Ronhar reflexionó sobre ello.

—¿Y si Vidar Kim hubiera elegido no entregarme a la Orden?

—Una línea de pensamiento imposible de seguir hasta ninguna conclusión —dijo Palpatine.

El Jedi le miró y cuadró sus hombros.

—Hay muchas bifurcaciones en el camino, senador. De haber permanecido en Naboo podría haber seguido los pasos de Vidar Kim y haber entrado en la política. Quizás no es demasiado tarde.

Palpatine le mostró una sonrisa tolerante y se colocó a su lado, confiado ahora en que su auténtica naturaleza estaba más allá de ser detectada.

—Tengo que admitir que la noción de un político con valores Jedi no carece de atractivo. De hecho, la República estuvo una vez regentada únicamente por cancilleres Jedi. Pero me temo que es usted una especie de anacronismo, Ronhar. La galaxia parece haber rechazado la idea de un liderazgo iluminado. El mejor político actual es meramente excepcional, donde cada Jedi es extraordinario.

Ronhar se rió brevemente.

—Más y más, senador Palpatine, empieza a sonar como mi antiguo Maestro.

—Lo haría de tener yo tales talentos —dijo Palpatine, tomándoselo a broma—. Pero tengo una proposición, Ronhar. No sólo soy nuevo en el Senado, soy nuevo en Coruscant. Y sería bueno tener a alguien con quien contar como amigo. Así que, ¿qué diría acerca de una alianza entre un político y un Jedi? A través de mí usted podría obtener comprensión de cómo funciona la República y a través de usted yo podría comprender mejor a los Jedi, en sus papeles como guardianes de la paz.

Ronhar inclinó la cabeza en una reverencia.

—Respeto a Vidar Kim mucho más por unirnos. Que la Fuerza le acompañe, senador Palpatine.

En Serenno, lejos del Núcleo a lo largo de la Vía Hydiana, una sirvienta femenina del conde Vemec, vestida con un atuendo de un pasado de hacía mucho, escoltó al cuarteto de Jedi humanos a la sala de conferencias del castillo caramente modernizada. El primero en ser presentado a aquellos reunidos, incluyendo dignatarios y políticos representando a Serenno y al cercano Celanon y al núcleo muun de los Holdings Damask, fue la Maestra Jedi y miembro del Consejo Jocasta Nu, una mujer de aspecto agradable con el pelo liso, mejillas pronunciadas y unos brillantes ojos azules. Acompañándola estaban los distinguidos Maestros Jedi Dooku y Sifo-Dyas y un Caballero Jedi alto y de constitución poderosa llamado Qui-Gon Jinn, que permaneció en pie mientras el resto tomó asiento en la mesa circular. Los tres hombres se comportaban con palpable confianza en sí mis-

mos y lucían barbas de diferentes estilos: la de Dooku terminaba en una punta estilizada, la de Sifo-Dyas seguía la fuerte línea de su mandíbula y la de Qui-Gon era larga y espesa.

Plagueis, que raramente se perdía la oportunidad de interactuar con Jedi, había planeado dejarles los negocios en Serenno a Larsh Hill y los otros, hasta que descubrió que Dooku estaría presente.

De unos cincuenta años o así, Dooku era un hijo nativo de Serenno, procedente de un linaje noble análogo a los Palpatine de Naboo. De no haber nacido poderoso en la Fuerza, habría sido un conde, del mismo modo que Palpatine habría sido de sangre real. Pero en las pocas ocasiones en las que Plagueis se había encontrado con Dooku, había sentido algo en él que garantizaba una mayor investigación. Se decía que Dooku era uno de los mejores maestros de sable láser de la Orden y se había ganado también una reputación de diplomático habilidoso. Pero su pasión y su intranquilidad eran lo que había capturado la atención de Plagueis. A pesar de todas sus décadas en la Orden, parecía haber mantenido un pie anclado en lo mundano. En lugar de ropajes marrones sencillos llevados por la mayoría de los Jedi, como el robusto Qui-Gon Jinn, Dooku prefería capas y ropajes más apropiados para una noche en la ópera en Coruscant. Además, era un crítico cándido del Canciller Darus y las prácticas corruptas del Senado.

Lo que tal vez era más importante, Dooku estaba conectado al Gran Plan Sith de maneras que iban más allá de lo circunstancial. Unos veinte años antes, en un plan diseñado por Tenebrous para reemplazar al senador humano Blix Annon por una joven estrella en ascenso llamado Eero Iridian, Dooku y su padawan en aquella época, Qui-Gon Jiin, se vieron atrapados en los sucesos y se las habían arreglado para enviar a algunos de los jugadores principales a prisión. Dooku también había saboteado inconscientemente varios de los planes de Tenebrous para fomentar la disensión entre sistemas en la Región de Expansión.

Tras el asesinato casi desastroso de Vidar Kim, el interés de Plagueis por Dooku había asumido una nueva urgencia. Estaba seguro de que Sidious evolucionaría hasta un Sith al mando, pero justo ahora el joven naboo estaba borracho de poder y tenía tendencia a cometer errores.

Cuando la oscuridad reconocía a uno como un auténtico aliado, un novicio o una novicia podía perder su camino, como casi le había pasado a Plagueis tras el asesinato de Kerred Santhe. Los Maestros Sith que adoraban a Bane como Tenebrous podrían haber utilizado el encuentro en Serenno como un medio para amenazar a sus aprendices con reemplazos. Plagueis, sin embargo, no tenía tales intenciones, que era por lo que no le había mencionado a Sidious que los Jedi estarían asistiendo a la reunión. Incluso así, se encontró preguntándose si un Jedi insatisfecho como Dooku podría ser un seguro contra un cambio de la fortuna, algún suceso inesperado que le robara a Sidious, o quizás volverle al lado oscuro sin un reclutamiento formal y manipularle hasta instigar un cisma en la Orden.

Como le había dicho a Sidious, incluso un Jedi entrenado podría sucumbir a la atracción del lado oscuro por sí mismo o misma. Ciento treinta años antes, en un antiguo planeta Sith en el sistema Cularin, un Padawan llamado Kibh Jeen había sido afectado tan fuertemente por el poder prolongado en una fortaleza en Almas que se sometió al lado oscuro e inició un conflicto por todo el sistema. Quizás, bajo la influencia de Plagueis, el Maestro Dooku podría ser inspirado para hacer algo similar. El Jedi requeriría una observación más de cerca.

Uno de los abogados legales de Celanon fue el primero en hablar cuando todo el mundo se hubo sentado.

—Celanon protesta contra la presencia del Maestro Jedi Dooku en esta reunión, dado que ha llegado a nuestra atención que es serenniano de nacimiento.

El arrogante conde Vemec empezó a responder cuando Dooku le interrumpió, dirigiéndose él mismo al litigante.

—Si hubiera investigado más, también sabría que renuncié a todos los títulos de mi familia y a Serenno al ser aceptado en la Orden Jedi. —Volvió su mirada penetrante hacia el embajador de Celanon—. Le aseguro que seré tan imparcial como cualquiera de ustedes.

El embajador de Celanon, un humano grande y presuntuoso, se aclaró la garganta de un modo significativo.

—La reputación del Maestro Jedi Dooku de justo e imparcial le

precede. Confiamos en que será tan justo en esta cuestión como se sabe que lo ha sido en cualquier otro lugar.

—Con ese asunto superado —dijo Vemec—, demando el comienzo oficial de estos procedimientos.

La cuestión ante ellos involucraba la construcción planeada de un repetidor de hiperonda de fabricación aqualish en el espacio de Celanon que expandiría el alcance de la HoloRed hasta el interior del Sector Corporativo, una vasta región del Brazo Tingel que se había convertido en un campo de juegos económico para el Clan Bancario y la Alianza Corporativa, a través de tratos lucrativos negociados por los Holdings Damask. En compensación por el hecho de que el emplazamiento del repetidor necesitaría cambios en las rutas de comercio hiperespaciales, Celanon había anunciado que a las naves que entraran en el espacio de Celanon procedentes de sistemas de la parte superior de la Hydiana se les requeriría pagar unas sustanciales tasas de tránsito. Plagueis había limitado el interés en el debate. Secretamente había tenido la esperanza de que la mediación fallara. Mencionando la controversia, los Holdings Damask podrían entonces retirarse, y el proyecto se derrumbaría, dejando a los sistemas en el Brazo Tingel enfureciéndose por haber sido victimizados por una discusión trivial entre dos ricos planetas de la República.

Después de cuatro horas de idas y venidas sin sentidos, Plagueis empezó a sentirse como el victimizado. Cuando el conde Vemec finalmente pidió un receso en los procedimientos, y muchos de los participantes se dirigieron hacia las mesas de comida, Plagueis se encontró junto a Dooku, Sifo-Dyas y Qui-Gon Jinn y atrajo el velo de lo profano sobre sí mismo.

—Las disputas se están volviendo demasiado comunes —le comentó a nadie en particular—. En ausencia de resolución, serán los sistemas exteriores los que más sufrirán.

Dooku asintió sabiamente.

—El repetidor de hiperonda debería haber sido un proyecto de la República. El Senado erró al permitir que la HoloRed se privatizara.

Las orejas de Qui-Gon Jinn se irguieron y él miró a Plagueis.

—El descontento en los sistemas exteriores es en acuerdo con los Holdings Damask, ¿verdad, Magíster?

—Al contrario —replicó Plagueis con una voz compuesta—. Abogamos por el interés de los planetas abandonados cuándo y dónde podemos.

El alto Jedi no fue persuadido de retroceder.

—¿Al apoyar a los que son como la Federación de Comercio y otros cárteles?

—La Federación de Comercio ha llevado progreso a muchos planetas subdesarrollados, Maestro Jinn.

—A través de la explotación que lleva al final a la ruina.

Plagueis separó sus manos.

—El progreso a menudo tiene un coste. En ocasiones un planeta pasará por los dolores del crecimiento como resultado, pero llamar al resultado final una ruina es ir demasiado lejos. —Estudió a Qui-Gon—. Con certeza los Jedi han tenido que ignorar las consecuencias de la misma magnitud al hacer cumplir las leyes de la República.

Las oscuras cejas de Sifo-Dyas formaron un V. Un hombre bajo y musculoso, tenía una nariz ancha, prominentes mejillas y un lustroso pelo negro recogido con una cinta en un moño alto. Sus manos eran grandes y callosas, como de hacer trabajos físicos. La preocupación brilló en sus ojos marrones.

—Es una interpretación equivocada que servimos sólo a la República, Magíster. Nuestra Orden sirve al bien mayor.

—Tal y como lo define la Orden —dijo Plagueis, sólo para hacer un gesto para dejar a un lado el comentario—. Pero entonces ustedes tienen la ventaja de ser capaces de actuar en concierto con la Fuerza, donde al resto de nosotros se nos deja buscando a tientas en la oscuridad lo que es justo y correcto. Los Holdings Damask intentan, no obstante, adoptar una perspectiva más amplia.

—Igual que los Jedi —dijo Qui-Gon—. Pero en varios casos en los que hemos tenido que resolver conflictos, es su nombre el que ha salido a la superficie.

Plagueis se encogió de hombros.

—La riqueza se tiene en estándares más altos que la pobreza.

Dooku pensó en ello.

—Culpo al Senado por animar a la galaxia a volverse hacia el crédito.

Plagueis miró de Dooku a Qui-Gon.

—Estoy dispuesto a concederle al Maestro Jinn que los muuns hemos arrinconado el mercado de las finanzas, si él está dispuesto a conceder que los Jedi han arrinconado el mercado de la ética.

Qui-Gon le concedió a Plagueis una inclinación de cabeza dignificada.

—Y de ese modo nos encontramos en bandos diferentes, Magíster.

—No necesariamente. Quizás vamos tras la misma cosa.

—¿Diferentes caminos hacia el mismo destino? Es una racionalización inteligente, pero me niego a aceptarla. —Qui-Gon colocó sus manos en las mangas opuestas de su capa—. Si me disculpan…

Dooku sonrió ligeramente mientras el Jedi alto se alejó paseando.

—Mi antiguo aprendiz no se anda con rodeos.

—Las charlas francas son una rareza estos días —dijo Plagueis—. El Senado podría aprender de seres como Qui-Gon Jinn.

Dooku puso una cara malhumorada.

—El Senado sólo se escucha a sí mismo. Infinitamente y sin propósito. Si él y el Canciller Supremo Darus van a perpetuar el clima donde la injusticia pueda avanzar, entonces lo hará.

Sifo-Dyas se volvió incómodo.

—La Rotonda es una arena en la que ni siquiera nosotros entramos —dijo con una voz plana—, excepto como espectadores.

Plagueis no pudo contener una sonrisa.

—Pero se les ha conocido, de vez en cuando, por ejercer presión. —Continuó antes de que Sifo-Dyas o Dooku pudieran responder—. Puede ser un circo. Una cosa es segura, sin embargo: el Núcleo no está aguantando. Se necesita un nuevo liderazgo.

—Darus será elegido indudablemente para otro mandato —dijo Dooku.

Plagueis fingió preocupación.

—¿No hay nadie que pueda derrotarle, Maestro Dooku?

—Frix, posiblemente. Kalpana, eventualmente. En este momento

no es lo bastante fuerte para derrotar a los grupos de presión con intereses especiales.

La incomodidad de Sifo-Dyas se incrementó.

—Hemos jurado no tomar un papel activo, en cualquier caso.

—Kalpana con certeza fijaría un tono diferente —dijo Plagueis—, pero quizás uno igualmente arriesgado. Su posición contra la piratería, el contrabando e incluso la esclavitud es bien conocida. Desafortunadamente, muchos de los sistemas exteriores sobreviven sólo debido a tales prácticas.

—Entonces esos planetas tendrán que encontrar medios alternativos —dijo Sifo-Dyas.

Plagueis se volvió hacia él.

—¿Sin ayuda de la República? Empieza a sonarme como que los Jedi tendrán trabajo para rato.

Sifo-Dyas comprimió sus labios.

—Los Judiciales y los Jedi mantendrán el paso.

—Hay seguridad en su voz —dijo Plagueis—. Pero déjeme proponerle una pregunta: Si el descontento se extiende y los conflictos entre sistemas estallan, si los planetas miembros amenazan con la secesión, como amenazó Serenno en tiempos pasados, ¿no estarían divididos sus lealistas?

—La República será preservada.

Plagueis sonrió.

—De nuevo, esa consoladora confianza. Pero suponga que las metas de la República no son mantener el bien mayor. Suponga que el conflicto crece hasta convertirse en un auténtico cisma.

Los dos Jedi intercambiaron miradas.

—En ausencia de ejércitos no puede haber guerra —dijo Dooku.

—¿No son los Jedi un ejército? ¿O a menos no son capaces de convertirse en uno si se presenta la necesidad?

—Fuimos un ejército en cierto momento, pero nuestros enemigos fueron derrotados —dijo Sifo-Dyas con deliberada vaguedad—. No importa la extensión del conflicto, nosotros intentaremos forjar la paz. Y sin convertirnos en el cuerpo gobernante que usted parece temer.

Plagueis no replicó inmediatamente. Sifo-Dyas estaba demostrando

ser incluso más interesante que Dooku, aunque de un modo diferente. Sólo una sensación equivocada de lealtad hacia la Orden Jedi evitaba que le diera voz a la auténtica extensión de sus aprensiones.

—Y sin embargo usted dice *forjar* la paz. Eso tiene el sonido de la semántica, Maestro Sifo-Dyas. Pero por el bien de la discusión, ¿qué ocurre si los sistemas resentidos levantan un ejército? ¿No estarían los Jedi obligados a servir y proteger a la República?

Sifo-Dyas forzó una exhalación.

—¿De dónde se levantarían estos ejércitos hipotéticos? Los sistemas exteriores carecen de los recursos…

Dándose cuenta de su error, lo dejó sin terminar.

Plagueis esperó un momento, con su satisfacción ocultada.

—No pretendía sugerir que la República esté privando *a propósito* a los sistemas exteriores del derecho a la autodeterminación. Meramente estoy especulando, porque veo una amenaza creciente.

Dooku le miró.

—No es usted el único que la ve, Magíster.

—Entonces una pregunta final, si me permiten: Si son atacados, ¿contraatacarían?

—La República ha prometido permanecer desmilitarizada —dijo Dooku—. Sólo se militarizaría en el caso de una amenaza percibida.

—Una vez más, ha replanteado su pregunta inicial, Magíster Damask —le interrumpió Sifo-Dyas, con un nuevo fuego en sus ojos—. Está haciendo una hipótesis de un ataque contra la propia Orden Jedi.

—Supongo que sí —dijo Plagueis con autodesaprobación—. Supongo que estaba pensando en el reciente asesinato del senador Vidar Kim. Un Jedi estuvo involucrado, si no estoy equivocado.

—Esa cuestión está siendo examinada —dijo Sifo-Dyas con una voz controlada—. No hay pruebas que sugieran que el Jedi en cuestión era el objetivo.

El silencio que siguió fue roto por la voz de Jocasta Nu, que estaba llamando a los Jedi hacia la parte más alejada de la sala de conferencias. Plagueis estudió a Sifo-Dyas periféricamente. Mientras que Nu y los otros conferenciaban, él pensó en la conversación que había tenido con Sidious en Sojourn.

Tendremos que explotar su rectitud y su obediencia ciega a la República, había dicho Sidious en cierto punto. *Debemos hacer que los Jedi parezcan los enemigos de la paz y la justicia en vez de los guardianes.*

Reflexionando sobre ello de nuevo, Plagueis empezó a preguntarse si había tomado la aproximación equivocada en Kamino. Tal vez, pensó, sería mejor hacer que los kaminoanos crearan un ejército capaz de luchar *junto* a los Jedi en vez de contra ellos…

Sifo-Dyas fue el primero en volver al rincón de la habitación de Plagueis, como si estuviera ansioso por continuar la conversación.

—A menos que esté pensando en invertir en empresas militares, Magíster, puedo asegurarle que la República no invertirá su postura sobre la desmilitarización. —Sus palabras eran forzadas, pero carecían de seguridad—. Las Reformas de Ruusan no serán revocadas.

Plagueis le mostró las palmas de sus manos.

—Y yo puedo asegurarle, Maestro Jedi, que mis preguntas no estaban de ninguna manera motivadas por pensamientos de beneficios. Nosotros, es decir, yo, no deseo ver a la República cogida con la guardia baja. Por ahora colocaré mi fe en los Jedi y en la creencia de que un ejército se podría levantar si fuera necesario.

La mirada de Sifo-Dyas vaciló.

—¿Salido del aire? Eso es improbable, Magíster.

—Criado, entonces.

—Fabricado, quiere decir.

—No, estaba siendo literal —dijo Plagueis—. Pero sé sólo de un grupo que podría estar a la altura de la tarea. El grupo que crió trabajadores para que trabajaran en las minas de Subterrel.

El desconcierto arrugó la cara de Sifo-Dyas.

—No estoy familiarizado con Subterrel.

Plagueis estaba a punto de mencionar Kamino cuando vio aproximarse a Jocasta Nu y una sensación desde la más profunda oscuridad se elevó dentro de él, estrangulando su caja vocal, como si se negara a dejar que la palabra escapara.

—Me disculpo, Maestro Jedi —dijo cuando pudo—. El nombre del grupo lo tenía en la punta de la lengua, pero parece que me lo he tragado.

18: EVASIÓN ASTUTA

Palpatine había estado en Coruscant durante poco más de dos meses estándar cuando el Senado se reunió para votar si se les concedía o no un asiento a Felucia, Murkhana y a otra media docena de planetas considerados clientes de la Federación de Comercio. Con la esperanza de generar el interés público, el control del clima de Coruscant había prometido proporcionar un tiempo perfecto sobre el distrito del gobierno. Las nubes habían sido barridas y los espejos orbitales habían sido posicionados para proporcionar la máxima luz diurna. Los droides de mantenimiento habían limpiado las piedras del pavimento de la Plaza del Senado y habían pulido las estatuas de treinta metros de altura que flanqueaban la Avenida de los Fundadores del Núcleo. La policía había acordonado grandes áreas del distrito entre los niveles 55 y 106 y había desplegado unidades de francotiradores, escuadrones de autómatas detectores de bombas y tres veces el número de cámaras flotantes de seguridad que de costumbre. Los reporteros, documentalistas, periodistas independientes y columnistas de operaciones editoriales acudían en masa, pidiendo favores en un esfuerzo por estar tan cerca de la acción como fuera posible. Los servicios de limusina estaban trabajando a destajo y era casi imposible encontrar un taxi, lo que dejaba a los ayudantes y asistentes teniendo que arreglárselas por sí solos, llegando a pie o en tren magnético, vestidos con ropas recién lavadas, con los tocados y sombreros fijos, el pelo arreglado y las botas abrillantadas. Incluso los Caballeros y los

Padawans Jedi que estaban estacionados por la plaza como demostración de fuerza parecían estar llevando sus capas y túnicas más limpias.

Los analistas estaban pregonando la votación como un evento importante, aunque había que admitir que había sido una semana de pocas noticias en Coruscant. Más concretamente, a una vasta mayoría de los residentes de la capital no podía haberles importado menos el resultado, dado que a la mayoría sólo había oído hablar de la Federación de Comercio a través de los anuncios publicitarios interesados que aparecían en la HoloRed. Los cotilleos locales siempre eran más interesantes que la política, en cualquier caso.

Durante semanas, sin embargo, los oponentes y los partidarios de la enmienda que revisaría las reglas respecto al estatus de los miembros de la República habían expresado sus argumentos en la gran Rotonda, a menudo tan a gritos como para hacer que sus plataformas repulsoras se estremecieran, clavando sus dedos y otros apéndices en el aire para dar énfasis o como acusación, desafiando las llamadas al orden y el decoro del vicecanciller.

Estando con Sate Pestage y Kinman Doriana bajo la estatua abstracta del Fundador del Núcleo Tyler Sapius Praji, Palpatine se sentía un paso más cerca del lugar que le estaba destinado, incluso si la escena de la plaza le parecía más como una feria de vanidades que una reunión senatorial. Como muchos de los otros, había estado fuera la mitad de la noche, bebiendo y cenando con grupos de presión ansiosos por ganar su favor. En cafés, cantinas, restaurantes y clubs nocturnos a través de los distritos de entretenimiento, los créditos habían fluido libremente, se habían proferido susurros de sobornos, se habían hecho promesas, se habían hecho tratos. Ahora algunos de los jugadores con los que se había encontrado durante la larga noche estaban moviéndose de un lado a otro con los ojos nublados a través de las entradas abiertas del Edificio del Senado con forma de paraguas: senadores y sus ayudantes principales, comisionados del sector de las inversiones y seguridades de intercambio, miembros de la delegación de la Federación de Comercio y el consejo administrativo del Clan Bancario.

En otro lugar de la ancha avenida, en intersecciones claves, para-

das de taxi y las salidas del tren magnético, había grupos de Jedi, unos cuantos con las empuñaduras de sus sables láser llamativamente visibles. Para Palpatine la imagen de tantos de ellos en un lugar era a la vez exhilarante y serio. Aunque completamente oculto en el día a día, podía sentir el orgullo colectivo de ellos goteando en su interior a través de la Fuerza. Sólo la bajeza de la población de Coruscant, la ausencia casi total de algo natural, evitaba que el planeta fuera tan fuerte en la luz como Korriban lo era en la oscuridad. Mientras que aceptaba que Plagueis y él era más que iguales a los más poderosos de la Orden Jedi, comprendía que no eran rivales para la fuerza combinada de ellos, a pesar del imperativo Sith. Los Jedi caerían sólo con la completa colaboración del lado oscuro. Esto era, sólo cuando el lado oscuro de la Fuerza estuviera preparado y dispuesto para conspirar en su caída.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por una repentina ráfaga de viento, agitada por un lujoso deslizador terrestre que estaba descendiendo en el centro de la avenida. Precedido por una vanguardia de los guardias ceremoniales que llevaban las capas azules que llegaban hasta el suelo, el Canciller Supremo Darus salió, saludando a la multitud y por las holocámaras que se acercaban para inmortalizar su propia expresión. Palpatine le estudió mientras los guardias empezaban a guiarle a través de la multitud, con una sucesión de periodistas escogidos que le seguían respetuosamente: el modo fácil en el que se conducía, el modo en el que enfatizaba las cosas al detenerse y saludar a algunos mientras ignoraba a otros, el modo en el que se reía en el momento justo…

Recordó las dos coronaciones a las que su padre y él habían asistido en Theed y podía recordar como si fuera ayer la envidia que había salido flotando de Cosinga como un sudor agrio. ¡Qué pusilánimemente había deseado su inepto padre blandir tal poder! Y si Cosinga pudiera ver a su hijo ahora, estando tan cerca del centro, examinando el Senado como Cosinga podría haber examinado las tierras de los Palpatine en el País de los Lagos, pensando: *Todo sobre lo que cae mi mirada será mío: estos edificios, estas mónadas, estas estatuas que habré hecho chatarra, este espacio aéreo cuyo uso restringiré a los poderosos,*

ese ático en el República 500, este Senado…

De nuevo sus reflexiones fueron interrumpidas, esta vez por el senador Pax Teem del Protectorado Gran, que estaba contoneándose vivamente hacia el, seguido de cerca por los senadores de Lianna, Eriadu y Sullust.

—¿Está listo para hacer historia, senador? —dijo Teem, con los troncos oculares estremeciéndose por la excitación.

—Es preferible eso a ser una baja de ella —le dijo Palpatine.

El gran gruñó con diversión.

—Bien dicho, joven señor. Es innecesario decir que muchos contamos con usted.

—Mejor muchos que todos, porque no podemos complacer a todo el mundo.

Teem se puso serio.

—Tal vez no. Pero podemos defender al utilitarismo. El mayor bien para el mayor número.

Palpatine sonrió del modo en el que había visto sonreír a Darus.

—Y lo defenderemos, senador.

—Bien, bien —se rió Teem—. Entonces le veremos dentro donde se hacen los negocios de la galaxia.

Pestage soltó una risa con un resoplido mientras Teem se alejaba.

—El mayor bien para el mayor de los grans.

Era cierto. Teem no albergaba mala voluntad hacia la Federación de Comercio. Meramente quería ver cometer un craso error a los naboo, que le bajaran los humos a Hago Damask y que Malastare volviera a su antigua grandeza.

El contingente de senadores apenas se había marchado cuando Palpatine oyó que le llamaban por su nombre. Volviéndose, vio a Ronhar Kim en compañía de dos Jedi humanos más mayores. Silenciosamente empujó sus poderes más profundamente dentro de sí mismo y adoptó una máscara de cordialidad.

—Jedi Ronhar —dijo, inclinando la cabeza como saludo.

El Jedi de pelo negro le devolvió la inclinación de cabeza.

—Senador Palpatine, ¿puedo presentarle a los Maestros Dooku y Sifo-Dyas?

Palpatine estaba familiarizado con el primero, pero sólo por reputación.

—Es un gran honor, Maestros.

Dooku le evaluó abiertamente y luego arqueó una ceja.

—Discúlpeme por mirarle, senador, pero las descripciones de usted que hizo Ronhar me llevaron a esperar a alguien mayor.

—Me disfrazo bien, Maestro Dooku. Mi edad, esto es.

—En cualquier caso —comentó Sifo-Dyas—, es un talento requerido para su puesto.

—Una verdad innoble, Maestro Sifo-Dyas. Pero luchamos por permanecer fieles a nuestra consciencia.

Dooku sonrió con determinación.

—Aférrese fuerte a eso, senador Palpatine. Coruscant con certeza pondrá a prueba su resolución.

Ronhar Kim tenía su boca abierta para hablar cuando otra voz familiar sonó.

—No me di cuenta que se conocían.

Por encima del hombro de Dooku Palpatine vio con sorpresa que Hego Damask, Larsh Hill y otros dos muuns de ropajes negros estaban abriéndose camino hacia él. Que no hubiera sentido a su Maestro hablaba del poder de Plagueis para ocultarse completamente, incluso ante un compañero Sith.

—Magíster Damask —dijeron Dooku y Sifo-Dyas simultáneamente, volviéndose para saludarle.

Damask miró a Palpatine.

—Recientemente, en Serenno, de hecho, los Maestros Dooku, Sifo-Dyas y yo nos enzarzamos en una discusión animada sobre el actual estado de la galaxia y nuestras esperanzas para el futuro.

—Serenno —dijo Palpatine, más para sí mismo y medianamente confundido.

Damask no había dicho nada sobre los Jedi asistiendo a la reunión allí. Así que, ¿qué mensaje estaba enviando ahora? Mirando al trío de Jedi, pensó en el comentario de su Maestro de que incluso los Jedi podían ser vueltos hacia la oscuridad. ¿Había persuadido el asesinato casi desastroso de Vidar Kim a Plagueis de seducir y reclutar a un Jedi

para que sirviera como su aprendiz?

—Ronhar acaba de presentarnos al senador —estaba explicando Sifo-Dyas.

Los ojos de Dooku se movieron de Damask a Palpatine y de nuevo de vuelta.

—¿Puedo preguntar cómo es que usted y el senador se conocen el uno al otro?

Damask hizo un gesto hacia Palpatine.

—El senador Palpatine y los Holdings Damask comparten un sueño para Naboo… —Hizo un gesto para incluir a Hill y los otros muuns—. Palpatine fue uno de los pocos que primero vieron la inteligencia de abrir a una nueva era a su planeta natal.

Palpatine sintió el escrutinio de algunos fuera del círculo que ellos diez habían formado. Justo fuera de la Gran Puerta del Edificio del Senado, Pax Teem se había detenido y estaba mirando a Palpatine, con sus troncos oculares extendidos. Y Palpatine apenas podía culparle, dado que incluso a él le había cogido con la guardia baja por las ansias de Plagueis por reconocerle en público.

—¿Qué se siente al ver cumplido su deseo para su planeta? —dijo Dooku.

Palpatine volvió en sí mismo.

—Uno no puede interponerse muy bien en el camino del destino.

De nuevo, Dooku miró de Palpatine a Damask.

—La voluntad de la Fuerza engendra compañerismos poco comunes.

Los timbres sonaron, anunciando que la sesión estaba empezando y todo el mundo empezó a atravesar las puertas hacia la enorme estructura, siguiendo sus caminos separados desde el atrio, algunos hacia los palcos de los espectadores o las áreas de los medio de comunicación y otros, como Palpatine, Sate y Kinman, hacia los turboascensores que accedían al puesto de Naboo en el nivel medio del Senado, uno de los miles de puestos de atraque idénticos en la Rotonda, equipado con una plataforma repulsora que se separaba y a un grupo de oficinas privadas. En el centro del espacio iluminado artificialmente había una torre elegante decorada con el sello de la República, en la

cima de la cual descansaba el podio del Canciller Supremo. Darus, el vicecanciller y el ayudante administrativo ya estaban presentes y, después de unos breves comentarios introductorios del Canciller Supremo, el vicecanciller dio comienzo a la votación.

Unos cuantos senadores hablaron, pero la mayoría depositaron sus votos, con un recuento de los cuales era retransmitido a las pantallas de los monitores de cada puesto y proyectado por encima de sus cabezas, a lo largo de la curva interior de la cúpula. Para cuando el vicecanciller reconoció al sector Chommekk, la votación estaba empatada. Aunque el voto de Palpatine rompería el empate, varios sistemas aun tenían que intervenir.

Soltándose del puesto de atraque, la plataforma llevó a Palpatine sobre los niveles inferiores y a lo más profundo de la Rotonda de kilómetros de ancha. Un silencio cayó sobre una porción del Senado y él inhaló profundamente el momento. En silencio la plataforma continuó moviéndose hacia el podio, como si incluso el Canciller Supremo quisiera echarle un vistazo más de cerca, y le complació saber que su reputación se había dispersado hasta tan lejos.

Entonces Palpatine les habló.

—La Federación de Comercio vino a Naboo hace unos diez años. No llegó por la fuerza sino por invitación, después de que se descubriera una vasta reserva de plasma bajo el espeso manto de Naboo, lo bastante vasta como para proporcionar energía limpia a cientos de planetas desfavorecidos a lo largo de la Vía Hydiana y, al mismo tiempo, introducir a Naboo en la comunidad galáctica.

»En los meses siguientes de debate razonado, nuestro monarca recientemente elegido decidió que Naboo debía compartir sus recursos con la galaxia. Se hicieron acuerdos entre Naboo y la Federación de Comercio, junto con varios conglomerados de construcción. La minería empezó, se construyeron plantas de procesamiento y los espaciopuertos fueron ampliados para acomodar a la flota de lanzaderas necesarias para transportar el plasma a las naves de carga aparcadas en la órbita.

»Tres años después, el plasma estaba fluyendo hacia la galaxia y la riqueza estaba fluyendo hacia Naboo por el bien de aquellos seres

que se estaban beneficiando de lo que la naturaleza le había legado a nuestro pequeño planeta.

Hizo una pausa y se volvió ligeramente en la dirección de la plataforma de la Federación de Comercio.

—La Federación de Comercio ha sido acusada de fijar los precios, explotación y de prácticas monopolísticas, pero esas cuestiones no son el objeto del debate de hoy. Hoy se le está pidiendo a la República que abra los brazos para incluir a varios planetas en los sistemas exteriores que muchos consideran que son planetas clientes del cártel. A muchos de ustedes les preocupa que dar un asiento a estos planetas incline la balanza de poder al darle a la Federación de Comercio y a sus aliados corporativos una voz demasiado fuerte en el Senado. ¿Pero no se solucionó ya este asunto cuando las Cortes de Justicia dictaminaron que la Federación de Comercio debía ser tratada como si fuera un planeta? Esa decisión abrió la puerta a que entidades como el Gremio de Comercio, la Tecno Unión y la Alianza Corporativa, todas las cuales disfrutan de sus plataformas separadas en esta sala. Así que la cuestión de la *legalidad* no está abierta al debate.

»En su lugar, debemos imponernos la tarea de decidir si la Federación de Comercio se ha vuelto demasiado agresiva en su persecución de una voz más alta.

De nuevo hizo una pausa, esta vez para permitir que los debates individuales fueran y vinieran.

—No hace ni tres meses estándar —dijo al fin— el antiguo senador del sector Chommell fue asesinado, aquí, en Coruscant. El senador Kim era conocido por muchos de ustedes como un ser honesto, preocupado por la creciente influencia de los cárteles y el potencial de un cambio de poder en el Senado. Su trágica muerte provocó alegaciones e impulsó investigaciones y, sin embargo, no se han hecho progresos para determinar el motivo de su asesinato o identificar al agente tras él. Esto, a pesar de las pesquisas de los Judiciales, el Comité Investigador del Senado e incluso la Orden Jedi.

»Como consecuencia de ello y, sí, en protesta contra el modo en el que la investigación de la muerte del senador Kim ha sido dirigida, se me ha dado instrucciones por parte de mi regente, el rey Bon Tapalo,

para que anuncie que Naboo y los planetas del sector Chommell nos abstenemos en la votación.

El silencio que había caído sobre una sección selecta del Senado se expandió para incluir a la Rotonda entera. Entonces los estallidos que brotaron, condenándole y defendiéndole, fueron tan clamorosos y prolongados que el vicecanciller al final reprimió sus intentos de restaurar el orden y dejó que reinara el caos.

19: LAS PRUEBAS

Tras la victoria de la Federación de Comercio en el Senado, Felucia, Murkhana y otros antiguos planetas clientes se convirtieron en miembros de la República, firmes en su lealtad a las necesidades de la Federación de Comercio. Mientras que Pax Teem y un puñado de senadores similarmente decepcionados rehuían a Palpatine, acusándole a él, y a Naboo, de haber sido comprados por el cártel, la mayoría del Senado desechó la cuestión con un encogimiento de hombros. Palpatine era nuevo en el juego y, de hecho, estaba meramente expresando los deseos del rey Tapalo. Lo que era más importante, dar asiento a nuevos miembros significaba nuevos ingresos y oportunidades adicionales de soborno. Ronhan Kim le dio las gracias personalmente a Palpatine por no mencionarle en su discurso al Senado. Conmovido por la interpelación de Palpatine, el Canciller Supremo Darus envió un mensaje personal declarando que le estaba dando instrucciones al Comité Judicial para que utilizara sus poderes de amplio espectro para aclarar el asesinato de Kim.

Plagueis estaba complacido con el resultado, dado que era sólo una cuestión de tiempo que los planetas recién sentados se encontraran cogidos por la República por una mano y por la Federación de Comercio por la otra. Sujetos a los impuestos de la primera y explotados por la última. La receta perfecta para el resentimiento. Los dos Sith no se encontraron en persona, pero Plagueis notificó a su aprendiz que los otros muuns y él permanecerían en Coruscant du-

rante el futuro próximo, principalmente para asistir a la iniciación de Larsh Hill en la arcana Orden del Círculo Inclinado, muchos de cuyos miembros eran regulares en las Reuniones de Sojourn.

Para Darth Sidious, las semanas que siguieron a la votación fueron un regreso a los negocios como de costumbre. Con el Senado todavía en sesión, pasaba la mayor parte de sus días en la Rotonda y la mayor parte de sus noches continuaban explorando Coruscant, a menudo en compañía de Pestage y Doriana. En secreto continuó con su entrenamiento Sith, aceptando la ausencia de una guía real de su Maestro como una señal de que se pretendía que avanzara por sí mismo. Y así lo hizo, profundizando en muchos de los textos antiguos que Plagueis había descartado como sin valor, incluyendo tratados sobre brujería Sith y construcción de holocrones.

Hacia el final de la tercera semana contactó con él un intrigante de un consorcio de energía conocido como Silvestri Trace Power. En varios intercambios por comunicador, el intrigante, un sullustano, dejó claro que el senador Palpatine tenía mucho que ganar al abogar por STP en el Senado y sugirió una reunión para discutir los términos. Sidious probablemente no se suponía que debía indagar profundamente en los orígenes de STP, ni tener éxito en descubrir modos de abrirse camino a través de los bloqueos que el consorcio había construido para impedir tales investigaciones, pero lo hizo y quedó intrigado al descubrir que STP había sido una vez una compañía fantasma creada por Recursos de Combustible Zillo, que tenía su base en Malastare.

Sospechando un intento de tenderle una trampa, Sidious aceptó un encuentro diurno, la localización del cual sólo sirvió para elevar más sus sospechas. A diferencia de los restaurantes de los niveles superiores frecuentados por la multitud política, el Brilloseda estaba en un distrito de los niveles inferiores, conocido coloquialmente como PDLU, que la mayoría de los seres tomaban por "la periferia de los Uscru", pero que para los mejor informados significaba "el peligro de los Uscru", un área que se aburguesaba lentamente a la que solo se podía llegar en el Tren Magnético Núcleo Profundo, que había sido una vez la guarida de bandas callejeras, asesinos en serie, agresores,

ladrones y otros oportunistas de los bajos fondos, en un planeta cuyos fondos eran excepcionalmente profundos. Con los residentes atacándose principalmente unos a otros, la policía veía pocas razones para patrullar e incluso las cámaras de seguridad eran escasas, ya que eran robadas frecuentemente y desmontadas por sus piezas. Aun así, el riesgo de trifulcas o del asesinato atraía a las multitudes de la Rotonda y no era inusual encontrarse con un senador o una ayudante de visita por el PDLU, entremezclándose con seres oscuros, entregándose a las sustancias proscritas y flirteando con el peligro.

Sidious consideró llevar a Pestage y Doriana, pero al final rechazó la idea. Al no recibir ningún entrenamiento formal con Plagueis, estaba ansioso por ver lo que podía hacer por sí mismo.

Constreñido y sacudido por el paso frecuente de los cercanos trenes magnéticos, el Brilloseda satisfacía lo que parecía como una multitud local. Vestido para la reunión, como lo estaba Sidious, el intrigante sullustano estaba esperando en una mesa en un rincón, con la espalda a una pared adornada con holoimágenes baratas. Sólo otras seis mesas estaban ocupadas, principalmente por parejas no humanas, y estaba atendido por tres torpes camareros humanos y un barman dug. Música jatz instrumental, apenas audible, flotaba en el aire que tenía una gran necesidad de ser reciclado.

Sidious adoptó una expresión inocente de ojos muy abiertos mientras se sentaba frente al sullustano. Empezaron a hablar de un modo general sobre los sucesos actuales y los asuntos del Senado, antes de que el intrigante llevara a la conversación hacia la necesidad de STP de la aprobación para expandir sus operaciones a lo largo de la Ruta de Comercio Rimma. Las bebidas y los entremeses fueron encargados una y otra vez y antes de que pasara mucho tiempo el interés de Palpatine empezó a menguar.

—Creo que puede usted haber sobrevalorado mi valía para STP —dijo al fin—. No soy más que la voz del regente de Naboo.

El sullustano movió su pequeña mano en un gesto de desprecio.

—Y yo creo que se infravalora. Su pequeño discurso en el Senado le puso en el mapa, senador. Los seres están hablando de usted. STP cree que puede serle usted de gran utilidad.

—Y a mí mismo, dijo usted.

—Naturalmente… —empezó el sullustano, pero Sidious le interrumpió.

—De hecho, no está aquí para reclutarme. —Moviendo la mano negligentemente, repitió—: No está usted aquí para reclutarme.

El sullustano parpadeó con confusión.

—De hecho, no estoy aquí realmente para reclutarle.

—¿Entonces por qué estamos aquí?

—No sé porqué estamos aquí. Se me dieron instrucciones de que me reuniera con usted.

—¿Quién le dio las instrucciones?

—Yo, yo…

Sidious decidió no presionarle demasiado duramente.

—¿Qué estaba diciendo?

De nuevo el sullustano parpadeó.

—Estaba diciendo… ¿Qué estaba diciendo?

Ambos se rieron y tomaron un sorbo de sus bebidas. Al mismo tiempo, Sidious utilizó la Fuerza para mover el delantal de uno de los camareros justo lo suficiente como para revelar la empuñadura de la pequeña pistola láser oculta que el hombre llevaba en la cintura. Levantando su vaso para pedir que se lo llenaran, hizo lo mismo a otro de los camareros, cuyo delantal ocultaba un arma idéntica. Ambas habían sido fabricadas por BlasTech, pero no para consumo común. La serie E 1-9, llamada apropiadamente Patadaveloz, estaba disponible sólo para los miembros de élite de Seguridad Santhe, con cuartel general en Lianna.

—Habría hecho mejor en frenar —dijo con una torpeza a propósito—. Creo que estoy un poco mareado.

El comportamiento del sullustano cambió, aunque casi imperceptiblemente.

—Sólo necesita algo más de comida. —Deslizó un menú por la mesa—. Elija lo que desee. El precio no es un problema. —Se puso en pie—. Si me disculpa un momento, lo pediremos tan pronto como vuelva.

Sidious notó que el sullustano no era el único en ponerse en pie.

Bajo las órdenes en voz baja de los camareros, los clientes estaban pidiendo sus cuentas y saliendo. En unos momentos, él sería el único cliente del Brilloseda. Mientras se giraba ligeramente en su silla para mirar al rincón de la habitación, un escenario empezó a aparecer en su imaginación. El sullustano, la conexión de STP con Malastare, agentes de Seguridad Santhe, incluso el barman dug… Sus asuntos no eran con él sino con los Holdings Damask. No le estaban tendiendo una trampa para un alegato eventual de corrupción. Se estaba desarrollando un engaño muchísimo más siniestro y su interés se renovó inmediatamente.

Su primera idea fue que ellos habían intentado drogarle. Sus investigaciones de la brujería Sith le había enseñado cómo anular los efectos de muchas pócimas y venenos, una práctica que había llevado a cabo rutinariamente antes incluso de que se hubiera sentado a la mesa. Quizás, entonces, estaban esperando a que se derrumbara hacia delante y que perdiera la consciencia o que echara espuma por la boca y se estremeciera con espasmos…

Justo cuando estaba pensando que era su habilidad para actuar lo que iba a ser puesto a prueba, dos de los camareros se acercaron a él, mostrando ahora sus armas discretas pero poderosas.

—Alguien quiere tener unas palabras con usted, senador —dijo el más alto de la pareja.

—¿Aquí? —dijo Sidious con confusión aparente.

El otro hizo gestos hacia una puerta.

—Por allí.

Sidious enmascaró su sonrisa: el Brilloseda tenía una sala trasera.

Se puso en pie torpemente, inclinándose deliberadamente hacia uno de los hombres de seguridad, evaluando su temperatura corporal, la velocidad de su corazón y su respiración.

—Estoy ligeramente borracho. Puedo tener que contar con usted para apoyarme.

El hombre hizo un sonido de exasperación pero permitió que Sidious colocara un brazo en su hombro.

Qué fácil sería, pensó, mientras la oscuridad empezaba a elevarse en él, ardiente y hambrienta, gritando por asumir el control de su

cuerpo y liberarse a sí mismo, *romperles los cuellos a los dos, arrancarles sus corazones latiendo de sus pechos, lanzarles y pegarles contra las paredes, derrumbar todo el lugar de olor acre sobre sus cabezas…*

Pero no lo hizo. Necesitaba reunirse con su secuestrador. Necesitaba descubrir los nombres de todos los responsables. Necesitaba probar ante su Maestro que era diestro y capaz, un auténtico Lord Sith.

La habitación trasera tenía una segunda puerta que se abrió a un corredor oscuro que llevaba hasta un antiguo turboascensor. Empujado hacia delante por los guardias, Sidious calculó la distancia que habían recorrido desde el Brilloseda al turboascensor. Guardó silencio cuando empezaron a elevarse y dedicó su atención a calcular su velocidad de subida. Estimó que se habían elevado cincuenta niveles cuando el turboascensor se detuvo, depositándoles en un corredor tan envejecido como el primero, aunque más ancho, embaldosado e iluminado por portalámparas en la pared. Quizás era un corredor de mantenimiento para las mónadas de arriba, aunque todavía demasiado abajo en lo que constituía lo más profundo de los subcimientos. Los hombres de Seguridad Santhe le guiaron hacia el norte a través de un tramo del suelo de permacreto manchado hasta una intersección donde un deslizador para cuatro personas estaba en ralentí, con un rodiano pesadamente armado en los controles.

Este no es de Santhe, se dijo a sí mismo Palpatine. *Un mercenario o un asesino independiente*.

Empujado toscamente hacia el asiento trasero del deslizador, se le recordó que no hiciera nada estúpido. Conteniendo el impulso de revelar que *ellos* ya lo habían hecho, continuó haciéndose el secuestrado intimidado, encogiéndose en el asiento, con las manos enlazadas en su regazo, evitando el contacto visual. El deslizador viajó hacia el este a una velocidad moderada hasta la primera intersección y entonces giró en dirección al distrito del gobierno y reasumió la misma velocidad durante más tiempo. Sidious calculó que estaban a unos veinte niveles o así por debajo de los remotos edificios del Senado cuando el deslizador giró hacia el oeste por un corredor incluso más ancho hacia un distrito como Los Planos o Los Talleres, una especie de plani-

cie industrial muy por debajo de la meseta del gobierno, dominado desde el lejano norte por el Templo Jedi y los campos de aterrizaje horizontal del Espaciopuerto Pius Dea y hacia el sur por los resibloques y las torres comerciales del distrito Fobosi.

Donde Plagueis estaba asistiendo a la iniciación de Larsh Hill en la Orden del Círculo Inclinado.

El piloto rodiano del deslizador les dejó en una cabina de turboascensor antigravitatorio. Mientras pretendía temblar de miedo, Sidious había llegado a una conclusión adicional: el hecho de que sus secuestradores se habían tomado muchas molestias para mantenerle lejos de la visión del público lo que significaba que el plan requería que fuera retenido por un rescate o que fuera ejecutado clandestinamente en vez de públicamente.

El ascensor les llevó hasta un área de atraque en un nivel medio de una fábrica abandonada, donde varios guardias más estaban esperando. La luz del día oblicua y llena de partículas fluía a través de las enormes ventanas que todavía tenían que ser rotas por las bandas que gobernaban en Los Talleres, atacando a cosas que habían sido consideradas como sin valor cuando los propietarios de la fábrica habían abandonado Coruscant hacia planetas menos costosos en el Borde Medio o Exterior. Los humanos que retenían a Sidious le forzaron a sentarse encima del cuerpo cuadrado de un droide de energía volcado. Un holoproyector portátil fue colocado en posición delante de él y una parrilla de transmisión fue colocada bajo sus pies.

Uno de los guardias de Santhe pasó un momento activando el proyector y luego se hizo a un lado mientras una imagen débilmente azul a tamaño real del senador Pax Teem del Protectorado Gran tomó forma encima. Teem estaba vestido con una capa ricamente brocada y una túnica de brilloseda recogida con un cinto ancho. La calidad estable y de detalles precisos de la imagen sugería que su fuente era Coruscant o un planeta del Núcleo cercano, en vez de Malastare.

—Nos disculpamos por no haberle proporcionado un asiento más apropiado para su puesto, senador. Sin duda el jefe de la Casa Palpatine está acostumbrado a un ambiente más cómodo.

Sidious rechazó la furia y la intimidación por la irritada curiosidad.

—¿Es este el punto en el que se espera que pregunté porqué he sido secuestrado?

Los troncos oculares de Teem se alargaron.

—¿No está interesado en lo más mínimo?

—Asumo que esto tiene algo que ver con la abstención de Naboo en la votación.

—Esa es con certeza parte de la razón. Debería haber votado como lo habría hecho su predecesor, senador.

—Esas no fueron mis instrucciones.

—Oh, estoy seguro de eso.

Sidious cruzó sus manos sobre su pecho.

—¿Y el resto de ella?

Teem se frotó sus manos de seis dedos con ansiedad.

—Esto tiene menos que ver con usted que con los seres a los que sirve. En cierto modo, es simplemente su mala suerte la que ha hecho que se encuentre usted en medio.

—No creo en la mala suerte, senador, pero me lo tomo como que quiere decir que mi secuestro es un acto de retribución. Y con eso, demuestra que el Protectorado Gran está dispuesto a emplear las mismas tácticas utilizadas por aquellos que ordenaron el asesinato de Vidar Kim.

Teem se inclinó hacia la cámara que estaba transmitiendo su imagen y permitió que la furia retorciera sus rasgos.

—Dice usted eso como si todavía fuera un misterio, cuando ambos sabemos que el asesinato no fue ordenado por la Federación de Comercio sino por su amo muun. Por Hego Damask.

La expresión de Sidious no cambió.

—Él es difícilmente mi *amo*, senador. De hecho, apenas le conozco.

—Él le saludó delante del Edificio del Senado como a un amigo íntimo.

—Estaba extendiendo su saludo a los dos Maestros Jedi con los que resultó que yo estaba.

El dedo índice derecho de Teem se clavó en el aire.

—No se engañe pensando que puede salvarse al mentir. Usted y Damask se han conocido el uno al otro desde hace más de diez años.

Desde que fue usted instrumental en ayudarle a garantizar la elección de Bon Tapalo.

Sidious hizo un gesto casual.

—Un viejo rumor que no tiene base de hecho, comenzado y perpetuado por rivales de la Casa Palpatine.

—De nuevo, miente. Su traición fue hacia su padre y sus aliados reales. A cambio de la información que usted hizo pública y el subsecuente espionaje que llevó usted a cabo para Damask, él le recompensó persuadiendo a Tapalo que le nombrara embajador.

Sidious ocultó su pesar. Que sus enemigos en Naboo se hubieran puesto en contacto con Teem no era una sorpresa. Pero la revelación hizo más firme su decisión de hacer que eliminaran a esos enemigos a la primera oportunidad. Y para encargarse también de que la información respecto de su pasado desapareciera de los archivos públicos.

—El nombramiento como embajador llegó años después —dijo—. Como resultado directo de mis logros políticos en Naboo.

Teem bufó una risa.

—¿De la misma manera que el nombramiento para el Senado fue un resultado de sus logros?

—Hable claramente, Teem —dijo Sidious, con su voz ahora plana y amenazadora.

Teem le mostró una sonrisa amarga.

—Quizás no tiene usted nada que ver en la muerte de Kim, pero sospecho que fue usted cómplice. —Hizo una pausa y entonces añadió—: Ese pequeño discurso que dio en el Senado… Comprendo que tuvo éxito en atraer la atención del Canciller Supremo. Claramente tiene usted el potencial para convertirse en un político de carrera. Desafortunadamente, planeamos acabar pronto con su carrera.

Sidious se sacudió el polvo del hombro de su capa.

—Haga pública todas las alegaciones que tenga. Demostrarán ser cotilleos para un día y ser olvidadas al día siguiente.

Teem plantó sus grandes manos en sus caderas y se rió de todo corazón.

—Me ha malinterpretado, Palpatine. No estamos interesados en deshonrar su reputación o retenerle por un rescate. Pretendemos *ma-*

tarle.

Sidious se tomó un momento para responder. Era extraño pensar ahora en que una vez había conocido el miedo. Aunque nunca había sido un miedo incapacitador y nunca por mucho tiempo. Pero cuando era un niño, había experimentado el miedo como una respuesta condicionada a la amenaza. A pesar de la voz tranquilizadora dentro de él que le había prometido que no le podría haber ocurrido ningún daño, había habido, durante un tiempo, una *oportunidad* de que algo terrible pudiera ocurrir. Más de una vez la mano levantada de su padre le había hecho encogerse. Al final, había comprendido que él había conjurado esa voz. Que no se había estado engañando a sí mismo al ejercer alguna creencia infantil en la invulnerabilidad. Y ahora comprendía que había sido el lado oscuro diciéndole que no le podría ocurrir ningún daño, precisamente porque *era* invulnerable. Desde el comienzo de su entrenamiento, la voz se había acallado al internalizarse. La creencia de Teem de que tenía poder sobre él podría haberle movido hacía mucho tiempo hacia tenerle pena en vez de agitarle hacia la furia y el aborrecimiento. Las emociones desnudas eran una consecuencia de llevar una doble vida. Mientras que valoraba su identidad secreta, quería al mismo tiempo que se supiera que era un ser con el que no se podían meter. Que él blandía la autoridad última. Que mirarle meramente era equivalente a ver a la materia oscura que unía y dirigía a la galaxia…

—¿Qué espera ganar al matarme?

—Ya que lo pregunta: librar al Senado de otro compinche inútil más y enviar un mensaje especial a Hego Damask de que sus días de influenciar al Senado han terminado de repente. Durante diez años hemos estado esperando ejecutar esta… *retribución*, como usted la llama. Para algunos de nosotros, ha sido incluso más tiempo. Desde la asociación de Damask con un bith llamado Rugess Nome.

El asesinato de Kerred Santhe, pensó Sidious.

—Me temo, senador, que no ha pensado suficiente en esta cuestión.

La cara de Teem se quedó sin color.

—¿Repercusiones, Palpatine? Ah, pero hemos pensado en la cues-

tión y hemos tomado las precauciones necesarias.

Sidious asintió.

—Le daré una última oportunidad de reconsiderarlo.

Teem giró hacia alguien fuera de la cámara y soltó una carcajada.

—Dígale eso a los seres que tienen su vida en sus manos, Palpatine. Y consuélese en el hecho de que ya conseguido tanto en su breve carrera.

En cuanto se disolvió la holoimagen dos de los hombres de seguridad empezaron a avanzar hacia él. Sidious se preparó para la acción. Un golpe de la Fuerza para enviarles retrocediendo tambaleándose hacia el holoproyector, luego un salto, con los brazos extendidos y las manos curvadas en garras, una hacia cada una de las tráqueas, que arrancaría de sus gargantas…

La Fuerza se entrometió, atrayendo su atención hacia las ventanas de las paredes superiores.

Al instante, el sonido de los rifles láser repetidores y los gritos doloridos retumbaron de las salas adyacentes. Entonces se oyó unos cristales al romperse que afectó a los nervios cuando los Guardias del Sol entraron a través de las altas ventanas y empezaron a bajar haciendo rappel hasta el suelo sucio, disparando mientras bajaban deslizándose por sus cuerdas de microfilamentos, alcanzando a los hombres de Santhe y al rodiano con tantos disparos que sus cuerpos fueron dejados cuarteados por las andanadas.

Otros echani rubios se lanzaron hacia la plataforma desde ambos lados, algunos llevando picas de fuerza y otros armas láser. Sidious todavía tenía que mover un músculo cuando una mujer de ojos plateados se acercó a toda prisa hacia él.

—Ahora está a salvo, senador Palpatine.

Él le sonrió.

—Eso puedo verlo.

Un hombre echani de pie junto al holoproyector estaba utilizado un aparato portátil para extraer información de él. Un momento después, una imagen de Hego Damask vestido con una capa ceremonial apareció como por arte de magia donde había estado Teem. El droide 11-4D estaba junto a él.

—Tenemos la fuente, Magíster —dijo el Guardia del Sol—. La Instalación Orbital Panoplia.

Damask asintió.

—Reúnete con el resto de tu equipo y ejecuta el asalto.

El Guardia del Sol asintió enérgicamente.

—¿Dejo a personal con el senador Palpatine?

—No —le dijo Damask—. El senador Palpatine no requiere tu protección. Déjanos.

Sidious pudo oír a los deslizadores aéreos flotando fuera de la fábrica. Sin más palabras, los Guardias del Sol empezaron a correr por la habitación.

—Obviamente me has estado vigilando de cerca —dijo Sidious cuando se aproximó al proyector.

Darth Plagueis asintió.

—Tu secuestro ha estado en fase de planificación desde hace algún tiempo.

—Desde que hiciste hincapié en saludarme abiertamente en el Senado.

—Desde antes de eso. Veruna me alertó del hecho de que un grupo de nobles descontentos habían establecido contacto con el gran. —Plagueis hizo una pausa durante un momento—. Podrías considerar utilizar a Sate Pestage para igualar las cosas con ellos.

—La idea se me ocurrió.

—En cuanto a nuestro encuentro público, necesitaba agitarte delante de ellos.

—Sin mi conocimiento. —La rubicundez que había aparecido en la cara de Sidious se hizo más profunda—. ¿Otra prueba?

—¿Por qué debería necesitar ponerte a prueba?

—Quizá porque pensabas que me estaba volviendo tan maravillado por la vida en Coruscant que no reconocería el peligro.

—Claramente no estabas tan maravillado. Pude ver que eras consciente desde el principio. Estabas determinado a complacerme y realmente lo has hecho.

Sidious inclinó la cabeza en una reverencia respetuosa.

—Incluso en colaboración con la Seguridad Santhe, Teem y los

otros grans son vulgares aficionados —continuó Plagueis—. Nuestros agentes les persuadieron que utilizaran el establecimiento en Uscru y la fábrica en la que te encuentras, que es nuestra, por así decirlo, a través de una sociedad de control llamada LiMerge Power. Fuimos incapaces, sin embargo, de determinar donde estaría refugiándose el gran.

—Y ahora lo sabes —dijo Sidious—. ¿Pero por qué ir hasta tales extremos para tenderles una trampa? ¿Por qué no matarles simplemente?

—Esto no es una cuestión Sith, aprendiz. Por el bien de las apariencias necesitamos justificar lo que estamos a punto de desencadenar contra ellos. No han comprendido nuestro mensaje y ahora se les debe enseñar una lección. Aun así, otros intereses necesitan que les convenzan de nuestro razonamiento.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Ya has representado tu parte. Ahora ve a encargarte de tus asuntos de costumbre. Hablaremos de nuevo cuando concluya la ceremonia de la Orden del Círculo Inclinado.

Sidious guardó silencio durante un largo momento.

—¿Hay un fin para estas pruebas? —dijo entonces.

—Sí. Cuando no haya más necesidad de ellas.

20: EL CÍRCULO INCLINADO

El escenario estaba dispuesto.

Un círculo perfecto, de veinte metros de diámetro, había sido cortado de una única losa de piedra importada y construida de manera que una parte tocara el suelo mientras que la otra estaba sostenida diez grados por encima de él por generadores antigravitatorios ocultos. Este era el Círculo Inclinado, conocido sólo por los miembros de la orden, que, a través de su larga historia, nunca habían sido más de quinientos en ningún periodo de tiempo dado, y estaba domiciliada en la cima de cúpula transparente de la mónada de la sociedad esotérica en el corazón del distrito Fobosi de Coruscant. La leyenda aseguraba que el edificio de tejado redondo (se creía que era uno de los más viejos de aquella parte del planeta), estaba construido sobre el antiguo lecho de un lago y había sido el único superviviente de un suceso sísmico que lo había inclinado diez grados hacia el sudoeste. Un siglo después del temblor, la estructura había sido enderezada hasta quedar vertical, excepto por la porción central el suelo inclinado de su piso superior, lo que al final proporcionó el nombre para una organización clandestina fundada por seres influyentes que habían comprado el edificio en algún momento durante el reinado de Tarsus Valorum.

Justo entonces, Larsh Hill, envuelto en ropajes negros, estaba en la parte elevada del círculo y Plagueis, 11-4D y otros diez muuns, llevando también ropajes negros, aunque diferentes de los trajes negros con capucha de la orden, estaban en la otra. Programada para comen-

zar al principio de la hora, la ceremonia de iniciación comenzaría con el alto oficial reuniéndose con Hill en el círculo, iniciándole y colocando alrededor de su cuello el colgante identificativo de la orden. Plagueis había declinado una oferta de reclutamiento veinte años antes, pero había continuado haciendo negocios con el Gran Mago y muchos de los miembros más prominentes, varios de los cuales eran regulares en las Reuniones de Sojourn. La Orden del Círculo Inclinado se contentaba con servir como un club exclusivo para algunos de los seres más influyentes de la galaxia. Sus metas eran estrechas de miras y sus rituales eran universalmente alegóricos, repletos de frases secretas y apretones de manos. Plagueis comprendía la necesidad de inculcar en los miembros una sensación de fraternidad furtiva, pero no podía arriesgarse a que los altos oficiales cavaran demasiado exhaustivamente en su pasado. El pasado de Larsh Hill, por otro lado, era ejemplar, incluso durante las décadas que había pasado trabajando para el padre de Plagueis. Una vez iniciado, Hill se convertiría en el agente principal de los Holdings Damask en Coruscant y su hijo, San, se convertiría en la mano derecha de Hego, como preparación para su papel eventual como presidente del Clan Bancario InterGaláctico.

Habiendo regresado de su corta holocomunicación con Sidious, Plagueis estaba lleno de una sensación de triunfo. Antes de que cayera la noche en el distrito Fobosi, los miembros del Protectorado Gran dejarían de ser una preocupación. Pax Teem y el resto creían que habían encontrado refugio a bordo de una de las instalaciones orbitales de Coruscant, pero los Guardias del Sol, salvo por un par que Plagueis había mantenido en reserva en la sala de la iniciación de la orden, estaban de camino hacia ellos ahora, con fuerzas suficientes para aplastar cualquier defensa que la Seguridad Santhe pudiera proporcionar. Sidious había hecho su parte perfectamente y se había redimido completamente a ojos de Plagueis. Había llegado el momento de adentrar a su aprendiz más profundamente en los misterios de los Sith que había estado investigando durante la mayor parte de su vida. De introducirlo en los milagros que estaba llevando a cabo en Aborah.

Desde una serie de puertas en arcos rodeando la circunferencia de

la habitación llegaban los sonidos solemnes de los cánticos mientras quizás tres docenas de miembros de capas negras de la orden empezaron a entrar y a ocupar sus lugares a lo largo del perímetro del Círculo Inclinado. El último en entrar fue el alto oficial, que llevaba una máscara y el colgante circular y emblemático que le cubría ambas manos, que mantenía levantadas como si estuviera rezando. Rituales de una clase similar habían sido establecidos por los antiguos Sith, pensó Plagueis, mientras Larsh Hill se arrodilló ante el alto oficial.

En el mismo instante en el que la rodilla derecha de Hill tocó la piedra pulida, un tintineo de presentimiento subió por la espalda de Plagueis. Volviéndose ligeramente, vio que 11-4D había rotado su cabeza hacia él en un gesto que Plagueis había llegado a asociar con alarma. El lado oscuro cayó sobre él como una mortaja, pero en lugar de actuar por el impulso, se contuvo, teniendo miedo de traicionar su auténtica naturaleza prematuramente. En ese instante de duda, el tiempo se paralizó y varios sucesos ocurrieron a la vez.

El alto oficial dio un tirón hacia abajo del colgante que había colocado alrededor del cuello de Hill y la cabeza del viejo muun cayó de sus hombros y empezó a rodar por el escenario inclinado. La sangre salió como un géiser del cuello de Hill y su cuerpo cayó hacia un lado con un golpe y empezó a sacudirse de un lado a otro mientras sus corazones fallaban uno tras otro.

Sacando sus manos de un tiró de las mangas opuestas y anchas de sus capas, los miembros encapuchados de la orden hicieron movimientos laterales de lanzamiento, que enviaron docenas de discos decapitadores chillando por el aire. Los muuns a ambos lados de Plagueis cayeron de rodillas, con sus últimos alientos atrapados en sus gargantas. Con un disco enterrado profundamente en su frente, uno de los Guardias del Sol giró delante de Plagueis como una marioneta enloquecida. La sangre manaba, convirtiéndose en niebla. Alcanzado al menos tres veces y perdiendo lubricante, 11-4D estaba intentando cojear hasta el lado de Plagueis cuando otro disco giró en su cuerpo de aleación, provocando una tormenta de chispas y humo.

Plagueis presionó su mano derecha contra la parte derecha de su

cuello para descubrir que un disco le había arrebatado un trozo considerable de la mandíbula y el cuello y que en su paso cruel había cortado su tráquea y varios vasos sanguíneos. Presionó con la Fuerza contra la herida para evitar perder la consciencia, pero cayó al suelo de todos modos, con la sangre derramándose sobre el círculo de piedra ya resbaladizo. A su alrededor, inclinados en su visión titubeante, los asesinos habían desnudado vibrocuchillas de las otras mangas de las capas y estaban empezando un avance metódico hacia los pocos muuns que todavía estaban en pie. Una ráfaga de disparos salió del rifle láser acunado en los brazos del Guardia del Sol que quedaba, acabando con media docena de seres encapuchados del borde del círculo, antes de que él mismo fuera despedazado.

Engañado, pensó Plagueis, tan dolorido por la comprensión como lo estaba por la herida. *Superado por un grupo de seres inferiores que al menos han tenido suficiente sentido común como para colocar la astucia por encima de la arrogancia.*

En una oficina pequeña pero ordenada del Senado, Palpatine miró a un pedacito de Coruscant. En la parte más alejada de una corriente incesante de tráfico en un nivel medio estaba la escarpada cara del acantilado de un deslustrado complejo del gobierno.

Ve a encargarte de tus asuntos de costumbre, dijo Plagueis. ¿Pero cómo se podía esperar que se comportara como si nada hubiera pasado, incluso por el interés de establecer una coartada? ¿Esperaba Plagueis que volviera a los Uscru y terminara el almuerzo? ¿Qué fuera a dar un paseo por la Plaza del Monumento? ¿Qué mantuviera su cita para reunirse con el bothan inconsecuente que había presidido el Comité Financiero?

Se alejó rápidamente de la ventana de la oficina, víctima de su propia rabia desencadenada.

Esta no era la vida que había imaginado para sí mismo diez años antes cuando había jurado lealtad al lado oscuro de la Fuerza. Sus ansias por estar en contacto íntimo con la Fuerza, de ser un Sith incluso más poderoso, no conocían fronteras. ¿Pero cómo iba a saber

él cuando había llegado a alguna semblanza de maestrazgo? ¿Cuándo Plagueis se lo dijera?

Miró a sus manos temblorosas.

¿Llegaría su habilidad para llamar al rayo a ser más fácil? ¿Qué poderes se había guardado para sí mismo el Señor Sith Plagueis?

Estaba en pie en el centro de la habitación cuando sintió a alguien en el corredor de fuera. Los puños golpearon la puerta. Entonces esta se deslizó hacia un lado y Sate Pestage irrumpió en la habitación. Viendo a Palpatine, se detuvo de golpe y la expresión llena de pánico que llevaba al entrar se transformó en una de alivio visible.

—He estado intentado ponerme en contacto contigo —casi gritó, pasándose una mano por la frente.

Palpatine le miró con perplejidad.

—Estuve ocupado. ¿Qué ha pasado?

Pestage se hundió en una silla y levantó la mirada hacia él.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —Hizo una pausa y luego dijo—: Por el interés de separar lo que hago de lo que haces tú…

Los ojos de Palpatine resplandecieron.

—Deja de malgastar mi tiempo y ve al grano.

Pestage apretó los dientes.

—El comandante maladiano con el que hice negocios durante el asunto de Kim.

—¿Qué pasa con él?

—Contactó conmigo. Hace dos, quizá tres horas. Dijo que se sentía humillado debido a la manera en la que el contrato de Kim había sido llevado a la práctica y quería compensarme. Dijo que acababa de recibir noticias de que una facción maladiana había aceptado un contrato para llevar acabo un gran ataque en Coruscant, relacionado con alguien afiliado íntimamente con los Holdings Damask. —Pestage mantuvo sus ojos fijos en Palpatine—. Temí que pudieras ser tú.

Palpatine se giró de nuevo hacia la ventana para pensar. ¿Habían planeado los guardias Santhe entregarle a los maladianos tras la holocomunicación con Pax Teem?

Se volvió hacia Pestage.

—¿Quién hizo el contrato?

—Miembros del Protectorado Gran.

—Encaja —dijo Palpatine, más para sí mismo.

—¿Qué encaja?

—¿Dónde están estos grans ahora?

—Tan pronto como me enteré de lo de los maladianos, le pedí a Kinman que les echara un ojo. Están escondidos en la residencia del embajador de Malastare.

Palpatine parpadeó.

—¿Aquí? ¿En Coruscant?

—Por supuesto, aquí.

—¿No es posible que estén fuera del planeta?

—No, están abajo.

Palpatine se alejó caminando de Pestage. Se abrió completamente a la Fuerza y se quedó perplejo por una corriente interna de malevolencia abrumadora. Plantó su mano izquierda en el escritorio para poyarse y se las arregló para balbucear una inhalación. En algún lugar cercano, el lado oscuro se estaba desplegando.

—¡Palpatine! —dijo Pestage desde detrás de él.

—Hego Damask —dijo Palpatine, sin darse la vuelta.

Pestage estaba demasiado aturdido para replicar.

¡El gran le había devuelto la pelota a él! A *ambos*. Plagueis había estado tan fijado en ejecutar su propio plan que había hecho poco caso a considerar que el gran también podría tener un plan. ¿Aunque cómo? *¿Cómo podría haber estado tan ciego?*

—¡Prepara un deslizador, Sate!

Oyó a Pestage saltar para ponerse en pie.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Al Fobosi. A la logia del Círculo Inclinado.

Derrumbado sobre su costado derecho, con las rodillas subidas contra su pecho y los ojos abiertos pero sin moverse, Plagueis vio sucumbir al segundo echani ante las múltiples puñaladas de las vibrocuchillas de los asesinos. Con la sangre fluyendo de debajo de la mano presionada de Plagueis y brillando en un charco en el suelo bajo su

cuello, le habían tomado por muerto. Pero ahora se estaban moviendo desde el cuerpo de uno de los muuns caídos al siguiente, examinándolos en busca de signos vitales y acabando lo que habían empezado. Unos cuantos habían bajado sus capuchas negras, revelando que eran maladianos, el mismo grupo que Sidious había empleado para tratar con Vidar Kim.

Durante un instante se preguntó si Sidious había hecho en secreto un segundo contrato, pero inmediatamente descartó la idea, nacida como si no quisiera admitir para sí mismo que el gran le había derrotado. Se preguntó si los maladianos realmente habían sido lo bastante atrevidos como para matar a los prominentes miembros del Círculo Inclinado a los que estaban suplantando. Era improbable, dado que los asesinos eran conocidos y respetados por su profesionalismo. Los miembros probablemente habían sido dejados inconscientes por gas o por algún otro medio.

Ni a un metro de distancia se alzaba 11-4D, con cinco discos decapitadores sobresaliendo de su cuerpo de aleación y delatoras luces parpadeantes, en mitad de una rutina de auto-diagnóstico. Habiéndose hecho a sí mismo una prueba similar, Plagueis sabía que había perdido gran cantidad de sangre y que uno de sus corazones subsidiarios estaba en fibrilación. Las técnicas Sith le habían ayudado a llevar a cabo cardioversiones químicas en sus otros dos corazones, pero uno de ellos estaba trabajando tanto para compensarlo que también estaba en peligro de volverse arrítmico. Plagueis movió sus ojos justo lo suficiente como para fijar la localización de algunos de las dos docenas de asesinos que habían sobrevivido al contraataque de los Guardias del Sol. Entonces ahondó profundamente en la Fuerza y se catapultó hasta ponerse en pie.

El más cercano de los asesinos giró hacia él con las vibrocuchillas levantadas y se lanzó hacia delante, sólo para ser lanzado hacia atrás lejos del escenario inclinado y contra las paredes curvas de la habitación. A otros Plagueis les derribó con sus manos al romperles el cuello y clavar sus puños a través de sus torsos con armadura. Separando mucho los brazos, dio una palmada al unir sus manos, convirtiendo cada objeto suelto en las inmediaciones en un proyectil mortal. Pero

los maladianos distaban mucho de ser asesinos corrientes. Los miembros del culto habían matado y herido a Jedi y, en respuesta a ser enfrentados con poderes de la Fuerza, no se encogían o huían, sino que simplemente cambiaban de tácticas, moviéndose con asombrosa agilidad para rodear a Plagueis y esperando aberturas.

La espera duró sólo hasta que Plagueis intentó liberar el rayo. Su segundo corazón subsidiario falló, paralizándole con dolor y casi hundiéndole en la inconsciencia. Los asesinos no perdieron ni un momento, lanzándose hacia él por grupos, aunque en un vano intento por penetrar el escudo de la Fuerza que él levantó. De nuevo se concentró, esta vez con un sonido desgarrado extraído desde la profundidad de su interior que estalló de él como un arma sónica, rompiendo los tímpanos de aquellos que estaban a diez metros y obligando al resto a levantar sus manos hacia sus oídos.

En un movimiento cegador, sus manos y sus pies se estrellaron contra cráneos y tráqueas. Se detuvo una vez para conjurar una oleada de la Fuerza que casi atomizó los cuerpos de seis maladianos. Se volvió en un giro, arrastrando la oleada a través de media habitación para matar a media docena más. Pero incluso eso no fue suficiente para desalentar a sus asaltantes. Ellos fluyeron hacia él de nuevo, aprovechando al máximo su debilidad momentánea para abrir cuchilladas en sus brazos y hombros. Derribado sobre una rodilla, él levitó el rifle láser de uno de los Guardias del Sol desde el suelo y lo llamó hacia él. Pero uno de los asesinos tuvo éxito en alterar su trayectoria al lanzarse al camino del arma flotante.

Con nada más que la Fuerza en su mente, Plagueis sacudió el suelo, derribando a algunos de los asesinos, pero otros se precipitaron a tomar sus lugares, cortándole con sus vibrocuchillas desde todos los ángulos. Sabía que tenía suficiente vida como para conjurar una última contraofensiva. Estaba a un momento de desencadenar el infierno contra los maladianos cuando sintió a Sidious entrar en la habitación.

Sidious y Sate Pestage, en cuyas manos un rifle láser dio forma a un infierno propio, una andanada de luz que separó miembros de torsos y cabezas encapuchadas de los hombros cubiertos por capas. Dándose prisa por llegar al lado de Plagueis, Sidious le levantó para

ponerle recto y, al unísono, llevaron una muerte rápida al resto.

En la quietud que siguió, 11-4D, reluciente por las fugas de lubricante, se rehabilitó y caminó rígidamente hasta donde los dos Sith estaban en pie, con jeringuillas sujetadas en dos de sus apéndices.

—Magíster Damask, puedo ser de ayuda.

Plagueis extendió su brazo hacia el droide y luego se bajó hasta el suelo cuando las drogas empezaron a hacer efecto. Levantó su mirada hacia Pestage y luego miró a Sidious, quien, a cambio, le mostró a Pestage una mirada que dejaba abundantemente claro que se había convertido en un miembro de su fraternidad secreta, tanto si quería como si no.

—Maestro, necesitamos irnos al instante —dijo Sidious—. Lo que yo sentí, los Jedi podrían haberlo sentido y vendrán.

—Déjales que vengan —dijo Plagueis con voz rasposa—. Deja que inhalen el aroma del lado oscuro.

—Esta carnicería está más allá de explicación. No podemos estar aquí.

Después de un momento, Plagueis asintió y llamó con voz burbujeante.

—Llama a la Guardia del Sol. Cuando hayan terminado aquí…

—No —dijo Sidious—. Sé dónde están los grans. No será un asunto como de costumbre esta vez, Maestro.

La residencia del embajador de Malastare ocupaba tres pisos del nivel medio de un edificio delgado localizado al borde del distrito del gobierno. La parte delantera de la residencia miraba hacia las individuales Cortes Galácticas del Edificio de Justicia, pero la fachada trasera daba a un cañón estrecho que tenía más de cincuenta niveles de profundidad y fuera de los límites de tráfico. Siguiendo las direcciones proporcionadas por Pestage, Sidious viajó en turboascensores y pasarelas peatonales hasta una balconada exigua diez niveles por encima del piso superior de la residencia. A pesar de su furia, habría preferido esperar hasta la caída de la noche, que llegaba antes en aquella parte de Coruscant, pero estaba seguro de que los grans estaban espe-

rando noticias de que los maladianos habían satisfecho los términos del contrato y no podía arriesgarse a que huyeran a las estrellas antes de que él llegara hasta ellos. Así que esperó en la balconada hasta la noche y a que la pasarela no estuviera ocupada en ambas direcciones y entonces saltó desde la vista panorámica y llamó a la Fuerza para que le dejara a salvo en un borde estrecho que corría bajo el piso inferior de la residencia. Allí se quedó enganchado sólo durante el tiempo que llevó activar el sable láser que había recuperado de la nave estelar de Plagueis y lo utilizó para abrirse camino quemando un conducto de mantenimiento ancho que perforaba el edificio en cada nivel.

Arrastrándose hasta la primera salida, una distancia apenas a diez metros, se bajó hasta una oscura habitación de almacenaje y una vez más llamó a la hoja carmesí del arma desde la empuñadura. Construida para encajar en la mano más grande del muun, el sable láser parecía difícil de manejar en la de Sidious, así que cambió a un agarre de dos manos. Moviéndose con una precaución que contradecía su propósito asesino y alerta en busca de cámaras u otros aparatos de seguridad, salió de la habitación hacia un estrecho corredor y lo siguió hacia la parte delantera del edificio. Allí, en una entrada formal, dos dugs estaban de pie de guardia de un modo poco metódico. Moviéndose rápidamente, un borrón para los sentidos humanos, les cogió por sorpresa, hendiendo el pecho y el abdomen de uno y decapitando el otro mientras el primero estaba intentando evitar que sus entrañas se desparramaran sobre el mosaico lustroso del suelo. Un breve examen del vestíbulo reveló la presencia de cámaras instaladas en las paredes y en la parte alta del techo. Se preguntó qué aspecto tenían los asesinatos para alguien que estuviera monitorizando las pantallas. Debía de haber parecido como si los dos dugs hubiera sido despedazados por un fantasma.

Aun así, era una razón más para darse prisa.

Corrió escaleras arriba hacia el piso siguiente, donde oyó una cacofonía de voces humanas ahogadas por las gruesas puertas de una habitación cercana. Haciendo estallar la puerta hacia dentro con un empujón de la Fuerza, se colocó en una postura amplia en la puerta rota y posicionó la hoja del sable láser zumbante verticalmente de-

lante de él. A través del brillo del arma vio una docena o más de guardias de Santhe de uniforme sentados alrededor de una mesa llena de contenedores de comida y bebida jadeando en dirección a él por la incredulidad antes de alargar las manos hacia las armas enfundadas en sus caderas o de correr a toda prisa a por otras enterradas bajo los restos de su comida de celebración.

Sidious entró de golpe en la habitación, devolviendo andanadas de disparos láser de aquellos primeros que dispararon, y luego atacó, levantando su mano izquierda para hacer levitar a dos guardias en mitad del aire antes de pasar su arma a través de cada uno de ellos. Gruñendo como una bestia, giró trazando un círculo, librando a tres guardias de sus cabezas y cortando a un cuarto por la mitad a la altura de la cintura. La hoja empaló a un guardia que se había echado al suelo en abyecto terror y luego fue dirigida directamente hacia la boca que gritaba del último de ellos.

Mientras ese se derrumbaba en un momento, Sidious se vio de refilón en un espejo ornamentado: la cara contorsionada por la rabia, el pelo rojo desordenado por la excitación, la boca con una red de hilillos de espesa saliva y los ojos de un tono radiactivo de amarillo.

Volvió volando a la escalera y corrió hacia la parte superior del siguiente tramo, que se abría a una gran sala llena de mujeres y niños grans, junto con sirvientes grans y dugs. Habiendo oído la conmoción de abajo, algunos ya estaban levantados sobre sus enormes pies planos. Otros, sin embargo, estaban demasiado conmocionados para moverse.

Era mejor así para él y no dejo a ninguno de ellos con vida.

Entonces: a través de una madriguera de habitaciones caramente equipadas hacia otro grupo de puertas cerradas, desde detrás de las cuales se oían los sonidos de un banquete en progreso, uno que probablemente había comenzado horas antes y que no pretendía terminar hasta horas después, cuando las muertes del senador Palpatine, Hego Damask y los otros muuns fueran un hecho consumado.

Ahora Sidious le dio rienda suelta completa a su ira. Estrellándose a través de las puertas, aterrizó en el centro de una mesa cubierta con platos de grano y plantas herbáceas y rodeada por un rebaño de grans

que pastaban, cuyas risas bulliciosas se quedaron congeladas en sus gargantas. Desde la cabecera de la mesa, Pax Teem le miró estúpidamente como si pudiera ser una criatura salida de su pesadilla más horripilante. Y sin embargo él no sería el primero en saborear la hoja de Plagueis, sino el último: una vez que hubo sido forzado a ver al resto de su grupo despedazado, desde las pezuñas hasta los tallos oculares, a ver el techo pintado derrumbado por el tirón de la Fuerza de Sidious, a ver las llamas de un gas suave que resplandecían en la chimenea de la sala incitadas a convertirse en un infierno abrasador del que Sidious tiró tras él mientras descendía desde la mesa al suelo y se acercaba a su victima final.

En una huida desesperada del Sith y de las llamas que se expandían, Pax Teem se había arrinconado contra una ventana alta enmarcada del suelo al techo por cortinas. Las suplicas de cualquier tipo intentaron impulsarse a través de su presionada caja vocal y más allá de sus dientes cuadrados, pero ninguna tuvo éxito.

Desactivando el sable láser, Sidious hizo gestos a las llamas con sus dedos, animándolas a saltar de la mesa a las cortinas. Un balido chillón emergió finalmente del estrecho hocico que Teem tenía por boca cuando la ardiente tela se derrumbó a su alrededor y Sidious le vio quemarse hasta morir.

21: INVESTIDURA

Asesinatos, homicidios y demás crímenes no eran rivales para los códigos de silencio que habían gobernado a la Orden del Círculo Inclinado, el Protectorado Gran, Seguridad Santhe y el Alto Consejo Jedi casi desde sus comienzos. De no haber sido los miembros de la élite y los guardias privados del Círculo Inclinado drogados y encontrados inconscientes en los vestuarios y en otros lugares, a los investigadores de la policía llamados al cuartel general por dos Caballeros Jedi nunca se les habría permitido entrar en el simbólico edificio, mucho menos en la elogiada sala de iniciación, en la que se descubrieron los cuerpos de dos echani, que se creía que eran guardaespaldas, una docena de muuns, asesinados con discos decapitadores y vibrocuchillas, y tres veces ese número de asesinos maladianos vestidos con ropajes prestados, que habían sucumbido ante disparos láser, heridas de impacto y, en algunos casos, amputaciones traumáticas. Tan dispersas estaban las últimas que los investigadores sospecharon inicialmente que un dispositivo explosivo había sido detonado, pero ningún rastro del dispositivo fue encontrado jamás. Los muuns fueron identificados rápidamente como miembros de alto rango de un grupo financiero clandestino conocido como los Holdings Damask, aunque su rico fundador y oficial jefe de operaciones, Hego Damask, se creía que había sobrevivido al ataque sorpresa. Los Jedi que habían alertado a la policía nunca revelaron que les había atraído al distrito Fobosi para empezar o porqué expresaban tal interés en el caso. También los miembros

de la Orden del Círculo Inclinado se negaban a responder a cualquier pregunta.

En la embajada de Malastare en el corazón de Coruscant las evidencias eran incluso más desconcertantes y estaban complicadas por un fuego y la subsiguiente explosión de gas que se había extendido por el edificio. Los bomberos y los especialistas forenses estaban clasificando los restos quemados de tres pisos de resibloque cuando dos miembros del Consejo Jedi les habían hecho una visita inesperada. De nuevo, los Jedi habían declinado explicar sus acciones, pero la policía fue capaz de hacer progresos por sí sola. La cantidad de sangre residual descubierta en la escena llevó a los investigadores a determinar que, antes de la llegada de la policía, varios cuerpos habían sido incinerados en el lugar, lo que sugería el trabajo de elementos del crimen organizado. Tras el reciente asesinato del senador Vidar Kim, el Comité Investigador del Senado formó un grupo de trabajo especial para que investigara el asunto. Muchos seres fueron entrevistados e interrogados y muchas grabaciones de cámaras de seguridad fueron estudiadas durante el curso de la investigación, pero la mayoría de los jugadores principales y los testigos se ocultaban tras sus abogados, incluso cuando se les amenazaba con encarcelarles por obstrucción a la justicia.

Un mes estándar después de los sucesos de Coruscant, Plagueis llamó a Sidious a Muunilinst. Sidious había visitado la cúpula celeste de Puerto Alto pero nunca se le había invitado a bajar y ahora se encontró surcando los cielos sobre uno de los impolutos océanos azules del planeta en un elegante deslizador aéreo pilotado por dos Guardias del Sol. Cuando el deslizador se aproximó a Aborah, él se sumergió profundamente en la Fuerza y fue recompensado con una visión de la isla de la montaña como un vórtice trascendente de energía oscura diferente de todo lo había experimentado jamás. Era algo que habría esperado encontrar sólo en Korriban o en algún otro planeta Sith.

El droide 11-4D, totalmente reparado, estaba esperándole en la zona de aterrizaje y le llevó dentro, dejando a los guardias para que

esperaran con el deslizador aéreo.

—Pareces estar en una condición mucho mejor que cuando te vi por última vez, droide —comentó Sidious cuando un turboascensor les dejó en las profundidades interiores del complejo.

—Sí, senador Palpatine, Aborah es un lugar restaurador.

—¿Y el Magíster Damask?

—Dejaré que lo juzgue usted por sí mismo, señor.

Saliendo del turboascensor, lo primero que atrajo la mirada de Sidious fue la biblioteca: estante tras estante de textos, pergaminos, discos y holocrones, todos los datos que él había estado anhelando desde que empezó su aprendizaje. Deslizó sus manos amorosamente sobre las estanterías pero apenas tuvo tiempo de disfrutar de su excitación cuando 11-4D le condujo hasta una rampa descendente que llevaba a lo que podría haber sido una obra de arte de instalación medica de investigación.

—¿Es esto nuevo desde las heridas del Magíster? —preguntó, con sus ojos moviéndose rápidamente de un aparato al siguiente.

—Sólo algunas cosas de las que ve —dijo el droide—. La mayor parte de este área no ha cambiado desde que fui traído aquí por primera vez.

—¿Y cuándo fue eso?

—Aproximadamente un año estándar antes de que le fuera presentado a usted en Chandrila, señor.

Sidious lo consideró.

—¿Es el Magíster Damask tu hacedor, droide? —preguntó entonces.

—No, señor. Es simplemente mi dueño actual.

Más profundamente en el complejo, se movieron junto a jaulas que contenían tantas criaturas como se podían encontrar en un zoológico bien surtido. UnoUno-CuatroDé indicó un grupo separado del resto.

—Estas son las gestaciones más recientes del Magíster.

—¿Las del Magíster? —repitió Sidious con desconcierto.

—Su índice de éxitos ha mejorado.

Sidious estaba todavía intentando encontrarle sentido a los co-

mentarios del droide cuando entraron en un largo corredor recubierto de celdas sin ventanas. A través de la Fuerza pudo sentir formas de vida tras cada una de las puertas cerradas.

—¿Cautivos?

—Oh, no, señor —dijo 11-4D—. Experimentos en curso.

Cuando doblaron una esquina al final del corredor, Sidious se detuvo de golpe. En el centro de una especie de sala de operaciones se alzaba un alto tanque de bacta, en el que flotaba un hombre bith.

—Ese es Venamis —dijo Plagueis en una voz que no era enteramente suya.

Sidious se giró para ver a su Maestro entrar cojeando en la sala, con la boca, la barbilla y el cuello ocultos tras una máscara respiratoria o un transpirador de alguna clase. La mayor parte de las heridas de vibrocuchillas se habían curado, pero su piel parecía especialmente macilenta. Sidious se había estado preguntando si Plagueis se había debilitado por el ataque, pero ahora veía que, a pesar de todo el castigo que su cuerpo había recibido a manos de los asesinos maladianos, el muun no era menos poderoso en la Fuerza.

—Tus pensamientos te traicionan —dijo Plagueis—. ¿Crees que los poderes de Malak se debilitaron por el sable láser de Revan? ¿O los de Bane por estar recubierto por los orbaliskos? ¿Crees que la joven aprendiz de Gravid fue entorpecida por las prótesis que se vio forzada a llevar después de luchar con él?

—No, Maestro.

—Pronto seré más fuerte de lo que posiblemente puedas imaginar. —Plagueis se forzó a tragar y luego dijo—: Pero ven, tenemos mucho que discutir.

Sidious le siguió hasta una sala fría, decorada sólo con una cama, dos simples sillas, un armario y una alfombra cuadrada y exquisitamente tejida. Haciendo gestos a Sidious hacia una de las sillas, Plagueis se sentó con evidente dificultad en la otra. Después de un largo momento de silencio, asintió con satisfacción.

—Me complace ver lo grandemente que has cambiado, lo poderoso que te has vuelto, Lord Sidious. Lo que ocurrió en Coruscant tenía que pasar, pero me consuelo con el hecho de que los sucesos te

han transformado en un auténtico Señor Sith. Estás realmente preparado para conocer los secretos que he estado salvaguardando.

—¿Qué es este lugar, Maestro?

Plagueis se tomó un momento para reunir la fuerza suficiente para continuar.

—Piensa en él como en una nave que contiene todas las cosas a las que me he dedicado. Todas las cosas que amo.

—Esta puede ser la primera vez que te he oído pronunciar esa palabra.

—Sólo porque no existe otro término que exprese adecuadamente mi apego incondicional a las criaturas y seres con los que comparto este lugar. Amor sin compasión, sin embargo, porque la compasión no tiene parte en esto.

—El bith, Venamis…

—Despachado por Tenebrous para ponerme a prueba. Para eliminarme si fallaba. Pero Venamis ha sido un regalo. Ha sido esencial para ayudarme a descubrir algunos de los secretos más profundos de la Fuerza. Cada criatura que has visto o sentido aquí ha sido una bendición similar, como verás cuando te lleve al interior de los misterios.

—¿Qué quería decir el droide con *las gestaciones del Magíster*?

Bajo la máscara respiratoria, Plagueis podría haber hecho una mueca de una sonrisa.

—Significa que las gestaciones no fueron logradas por los medios normales de concepción, sino más bien a través de la Fuerza.

La sorpresa y la incredulidad se mezclaron en los ojos azules de Sidious.

—¿La Fuerza?

—Sí —dijo pensativamente Plagueis—. Pero no ejercí la debida precaución. Cuando intentamos arrebatarle los poderes de la vida y la muerte a la Fuerza, cuando buscamos inclinar la balanza, la Fuerza se resiste a nuestros esfuerzos. Acción y reacción, Sidious. Algo parecido a las leyes de la termodinámica. He sido audaz y la Fuerza me ha puesto a prueba del modo en el que Tenebrous buscó hacerlo. A los midiclorianos no se les persuade fácilmente de que ejecuten los dictados de uno recién iniciado en los misterios. La Fuerza necesita ser

convencida, especialmente en trabajos que competen al lado oscuro. Se le debe asegurar que un Sith es capaz de aceptar la autoridad. De lo contrario frustrará las intenciones de uno. Creará la mala fortuna. Te devolverá el golpe.

—Los maladianos…

—Tal vez. Pero en cualquier caso esto es por lo que la Orden Jedi ha descendido hasta la decadencia y está arrastrando a la República con ella. Porque los Jedi han perdido la lealtad de la Fuerza. Sí, su habilidad de extraer energía de la Fuerza continua, pero su habilidad para utilizar la Fuerza ha disminuido. Cada una de sus acciones engendra una consecuencia opuesta y a menudo sin reconocer que eleva a aquellos en armonía con el lado oscuro. Eso anima los esfuerzos de los Sith e incremente nuestro poder. Sin embargo nuestro uso de ese poder requiere delicadeza. Debemos estar alertas a los momentos en los que el lado luminoso flaquea y se crean las aberturas. Entonces y sólo entonces, cuando todas las condiciones se hayan encontrado, podemos actuar sin miedo a encontrarnos resistencia o repercusiones.

»Decir que la Fuerza trabaja de modos misteriosos es admitir la ignorancia de uno, porque cualquier misterio puede ser resuelto a través de la aplicación del conocimiento y el esfuerzo implacable. Igual que nos hemos salido con la nuestra en el Senado, y al igual que pronto nos saldremos con la nuestra con la República y los Jedi, nos saldremos con la nuestra con la Fuerza.

Silenciado por el pasmo, Sidious apenas supo cómo responder.

—¿Qué querrías que hiciera yo, Maestro?

El transpirador emitió una serie de tonos y Plagueis inhaló profundamente.

—Me mudaré a Sojourn para dedicarme completamente a nuestra investigación, para favorecer el imperativo y para curarme a mí mismo.

—¿Qué será de Aborah?

—Por lo pronto puede servir como almacén.

—¿Y los Holdings Damask?

—El grupo no será reformado, aunque puedo continuar celebrando las Reuniones anuales. Y seré personalmente el tutor de San

Hill, para prepararle para asumir la presidencia del Clan Bancario.

—¿Por qué le necesitamos?

—Porque la guerra está ahora en la agenda, Sidious —dijo Plagueis en un susurro áspero—. Pero nuestras acciones deben ser circunspectas, restringidas a los sistemas estelares llenos de conflictos insignificantes, donde se pueda animar a los seres apropiados, donde se puedan dar fondos a las operaciones apropiadas… Debemos organizarlo para que los planetas en el Borde Exterior sufran mientras los del Núcleo prosperan. A pesar de lo patéticos que puedan ser esos planetas, no tenemos más opción que utilizar lo que tenemos a la mano.

»El CBI será esencial para financiar la guerra que fomentaremos lentamente. Necesitaremos que el Clan Bancario financie a los fabricantes de armas y que apoye una economía alternativa para los enemigos eventuales de la República. —Plagueis miró directamente a Sidious—. Nuestro éxito será medido por señales y portentos. Hay mucho que necesitas aprender respecto a los yinchorri y los kaminoanos. Pero todo a su debido tiempo. Por ahora, Sidious, que sepas que eres la espada que clavaremos en el corazón del Senado, la República y la Orden Jedi y yo soy tu guía para reformar la galaxia. Juntos somos las estrellas recién nacidas que completan la constelación Sith.

Sidious tocó la hendidura de su barbilla.

—Me alivia saber que no te decepcioné, Maestro. Pero los Jedi llamaron a la policía al distrito Fobosi momentos después de que nos fuéramos. El plan ya está en peligro.

El color se elevó en las mejillas de Plagueis.

—Los Jedi han sabido desde hace mucho que el lado oscuro se ha vuelto a despertar y que ellos no pueden detenerlo. Ahora lo han sentido en su propio Coruscant.

—Incluso así, no podemos continuar arriesgándonos a quedar expuestos —dijo cuidadosamente Sidious.

Plagueis le estudió.

—Tienes más que decir sobre esto.

—Maestro, ¿considerarías entrenar a alguien en las artes Sith para ejecutar cualquier misión que se requiera?

—¿Otro Venamis? ¿En desafío a nuestra asociación?

Sidious negó con la cabeza.

—No un aprendiz. No alguien que pudiera aspirar jamás a convertirse en un auténtico Lord Sith. Sino alguien hábil en sigilo y el combate, que podría ser eliminado cuando ya no se le necesitara.

La sorpresa brilló en los ojos de Plagueis.

—Ya tienes a alguien en mente.

—Me diste instrucciones de que mantuviera los ojos abiertos en busca de seres que podrían demostrar ser útiles. Encontré a uno de esos en Dathomir no hace ni un año. Un bebé macho zabrak dathomiriano.

—Muchos zabrak demuestran poder en la Fuerza. Por naturaleza, según parece.

—Este bebé la tiene. La madre dio a luz a dos y buscó salvar a uno de las garras de las Hermanas de la Noche, especialmente de la conocida como Talzin.

—¿Lo compraste?

—Lo acepté.

—¿Dónde está?

—Le llevé a la instalación de contabilidad que los Holdings Damask mantienen en Mustafar y le dejé al cuidado de los droides custodios.

Plagueis cerró los ojos brevemente. Mustafar había servido como lugar en el que librarse de los enemigos y las pruebas mucho antes de que la estación de reclamación del Jefe Cabra hubiera estado disponible para Hego Damask y los otros.

—¿Y la madre? —preguntó.

—Viva, por ahora.

—¿No podría esta Talzin perseguir al bebé?

Sidious miró en su interior.

—Podría.

Plagueis rugió con irritación.

—Entonces será asunto tuyo si lo hace.

Sidious inclinó la cabeza en señal de aceptación.

—Deja al bebé en Mustafar al cuidado de los droides —añadió al fin Plagueis—, pero empieza a entrenarle. Cúrtele en el dolor, Lord

Sidious, de manera que sea capaz de servirnos completamente. De no madurar sus talentos en la Fuerza, elimínale. Pero si da la talla, trasládale a tu discreción a Orsis. Allí encontrarás un centro de entrenamiento de élite dirigido por un falleen especialista en combate llamado Trezza. Él y yo tuvimos tratos. Trezza criará al zabrak para ser feroz pero firme en su lealtad. Tú, sin embargo, supervisarás su entrenamiento en el lado oscuro. No hables de los Sith o de nuestros planes hasta que se haya probado a sí mismo. Y no le despliegues contra ninguno de nuestros notables enemigos hasta que yo haya tenido la oportunidad de evaluarle.

Sidious inclinó la cabeza.

—Lo comprendo, Maestro.

—La Fuerza provee, Sidious —dijo Plagueis después de un momento—. Igual que la naturaleza proporciona más seres macho tras una guerra, la Fuerza, siempre consciente del equilibrio, proporciona seres fuertes en el lado oscuro cuando la luz ha gobernado durante demasiado tiempo. Este zabrak promete mucho.

—Los Señores Sith que nos sigan pagarán tributo a tu sabiduría, Maestro —dijo Sidious con seriedad.

Plagueis se puso en pie y le tocó en el hombro.

—No, Lord Sidious. Porque nosotros somos el final del linaje. —Hizo un gesto amplio—. Todo lo hecho aquí ha sido por un único propósito: extender nuestro reinado indefinidamente.

TERCERA PARTE:

Maestrazgo

34-32 ABY

22: SERES ORDINARIOS

El frío crepuscular de la Rotonda del Senado tenía un modo de relajar a muchos hasta dejarles dormidos. Agudizando sus sentidos, Palpatine podía oír los suaves ronquidos de senadores humanos y no humanos sentados en plataformas flotantes adyacentes a su puesto. Más claramente, podía oír a Sate Pestage y Kinman Doriana, frente a él en el asiento circular de la plataforma, cotilleando maliciosamente. Desde hacía ahora veinte años, Naboo y el sector Chommell habían ocupado el mismo lugar en el mismo nivel de aquella inmensa seta que era el edificio, aunque se habían añadido plataformas por encima y por debajo y a ambos lados durante aquellas dos décadas para acomodar a representantes de planetas recientemente acogidos por la República. También en aquellos veinte años, Palpatine había estado sentado, y hay que admitir que había echado alguna siesta, durante los discursos, diatribas y tácticas dilatorias de incontables seres, al igual que discursos sobre el Estado de la República de cuatro Cancilleres Supremos: Darus, Frix, Kalpana y Finis Valorum. El último estaba llegando al final de su segundo mandato en el puesto, el cual había sido acosado por desafíos, a la mayoría de los cuales se les podrían seguir la pista, aunque no se le seguiría durante las décadas que estaban por venir, hasta las maquinaciones de Hego Damask y su conspirador secreto, Palpatine, en sus guisas como los Lores Sith Plagueis y Sidious. Pero de hecho, la mitad de los Senadores de la Rotonda estaban llevando dobles vidas

de una clase u otra: prometiéndose preservar la República mientras al mismo tiempo aceptaba sobornos de la Federación de Comercio, facilitando la esclavitud y el contrabando de especia y de barritas letales, o apoyando las operaciones piratas.

Las palabras del antiguo filósofo de la República Shassium se colaron en la mente de Palpatine: *Somos todos seres de dos caras, divididos por la Fuerza y destinados durante la eternidad a buscar nuestras identidades ocultas*.

Desde el alto púlpito de la Rotonda, el Canciller Supremo Valorum estaba hablando.

—La crisis que se está desarrollando en el sistema Yinchorr ofrece más prueba de que, en nuestra determinación por mantener una era de prosperidad en el Núcleo, hemos permitido que los sistemas exteriores se convirtieran en reinos sin ley, con piratas, esclavistas, contrabandistas y comerciantes de armas operando con impunidad. Material y tecnologías proscritos encuentran su camino hasta especies cuyas súplicas de ayuda a la República no han sido respondidas y el resultado es el antagonismo y los conflictos entre los sistemas. Unidos por la necesidad mutua, las alianzas de los planetas olvidados se vuelven hacia los cárteles galácticos para que les proporcionen lo que nosotros les hemos negado: crecimiento, protección y seguridad, junto con las armas y el entrenamiento de combate. —Hizo un gesto amplio hacia las plataformas senatoriales cercanas y distantes—. Mientras que nos sentamos en la fría comodidad, una confederación de los que han sido privados de los derechos se expande en el Borde Exterior.

Cerca, alguien bostezó con exageración teatral, provocando un coro de risas de los seres sentados dentro del alcance del oído. El Senado debería haber estado de vacaciones, pero la crisis en las Regiones de Expansión había forzado a Valorum a convocar al cuerpo gobernante en una sesión especial.

Al otro lado de la Rotonda del puesto de Naboo, la plataforma de Yinchorr estaba vacante. Era el resultado de los yinchorri cortando sus vínculos con la República seis meses antes y llamando a su personal diplomático. Seis meses antes de eso, y armados con armas que

Darth Sidious había ayudado a procurarles, los yinchorri habían lanzado ataques contra varios planetas en sistemas vecinos. Suministrados por un contrabandista devaroniano, los envíos clandestinos habían incluido un escudo de cortosis de una operación minera secreta en el planeta Bal'demnic y había contribuido a las muertes de un par de Jedi ingenuos. Plagueis había dicho que los yinchorri podrían ser incitados con una provocación mínima, pero incluso Sidious se había sorprendido por su ferocidad.

»Desde que Yinchorr se convirtió en un planeta miembro hace veinticinco años —continuó Valorum— y, a pesar de las sanciones que intentamos imponer, hemos permitido que los yinchorri se transformen en una fuerza militarista que ahora amenaza a una vasta región del espacio de la República. Hace sólo seis meses, cuando aumentaron su armada con naves requisadas a los astilleros Golden Nyss, votamos censurarles en vez de interceder, siguiendo una antigua creencia de que la responsabilidad de patrullar los sistemas exteriores descansan en los planetas que los constituyen. Al final, siguiendo los ataques más recientes de Yinchorr contra el sistema Chalenor, los Jedi fueron persuadidos de intervenir, pero con resultados penosos.

Valorum se detuvo brevemente.

—Como algunos de ustedes ya saben, los cuerpos mutilados de la Caballero Jedi Naeshahn y su Padawan, Ebor Taulk, fueron transportados hasta Coruscant y de alguna manera dejados en *mi* oficina en el edificio de la cancillería. —Apretó sus manos en puños para que todo el mundo lo viera—. ¡Aquí es cuando digo ya basta!

Palpatine unió las yemas de sus dedos. Valorum estaba intentando con muchas ganas ser conmovedor, pero el repentino tono cortante de su voz fue mitigado por la reacción de la audiencia, que fue una furia mecánica como mucho.

Una llamada a la tranquilidad del vicecanciller bothan apenas fue necesaria.

Valorum se compuso para las cámaras flotantes, con su expresión ruborizada pretendiendo transmitir indignación más que vergüenza.

—Los Jedi han despachado desde entonces una fuerza más grande para llevar ante la justicia a aquellos responsables de este acto bár-

baro y para conducir a los yinchorri de vuelta hasta su propio planeta. Pero me temo que sus esfuerzos no serán suficientes. Dado que no podemos estacionar a los Jedi o a los Judiciales allí como una fuerza de ocupación, le estoy pidiendo a este cuerpo que sancione el uso de paramilitares privados para hacer cumplir un bloqueo tecnológico a Yinchorr que evitará que los yinchorri se rearmen y renueven sus sueños nefarios de conquista.

Los gritos de acuerdo y de condena que saludaron a la petición de Valorum eran genuinos, como lo eran las llamadas al orden del vicecanciller bothan. Finalmente, Valorum levantó su voz para que se oyera.

—¡El expansionismo militante no se puede tolerar! Los precedentes para la utilización de paramilitares fueron establecidos bajo el Canciller Supremo Kalpana durante el Conflicto Combinado Stark, al igual que durante la más reciente crisis Yam'rii. En ambos casos, les siguió las soluciones diplomáticas y es mi creencia que la diplomacia tendrá éxito en el sistema Yinchorr.

La carrera política de Valorum se había forjado durante la Guerra Hiperespacial Stark. *Ahora*, pensó Palpatine, *empieza a sonar como su antiguo rival Ranulph Tarkin*.

Esperó a que la Rotonda se acallara.

—Los sucesos en Yinchorr hablan del desafío mayor al que ahora nos enfrentamos. El sistema Cularin, nuestro miembro más reciente, se encuentra plagado de ataques piratas. Lo mismo le ocurre a Dorvalla, en el sector Videnda. Las llamadas zonas de libre comercio se han convertido en campos de batalla entre planetas indefensos y gigantes corporativos como la Federación de Comercio o cárteles criminales como Sol Negro, que están exprimiendo a estos sistemas exteriores.

En un acto de lo que algunos consideraban juego limpio y otros astucia política, el vicecanciller escogió ese momento para permitir que la plataforma de la Federación de Comercio dejara su puesto de atraque y flotara en la fría oscuridad de la Rotonda.

—Con la impecable puntualidad bothan de costumbre —le comentó Pestage a Doriana.

El senador de la Federación de Comercio era un neimodiano empalagoso llamado Lott Dod, cuya voz susurrante y de encantador de serpientes flotó a través de los altavoces de la sala.

—Debo protestar por las acusaciones del Canciller Supremo. —Sus palabras no tenían tanta furia como la arrogancia de la riqueza, una estrategia que había aprendido de su predecesor, Nute Gunray—. ¿Se debe esperar que la Federación de Comercio absorba las pérdidas que ha soportado debido a los ataques piratas? La República se niega a crear un ejército que patrulle esos sectores mientras al mismo tiempo nos prohíbe proteger a nuestras cargas con armas defensivas o droides soldados.

—Ahora no es el momento para esta discusión, senador —dijo Valorum, mostrándoles las palmas de sus suaves manos.

Pero un centenar de voces le revocaron.

—Si no es ahora, ¿entonces *cuándo*, Canciller Supremo? —La pregunta llegó del magistrado humanoide zalamero y con cuernos craneales de la Alianza Corporativa, Passel Argente—. ¿Cuántas cargas tendrán que perder la Federación de Comercio o el Gremio de Comercio antes de que lleguemos al momento apropiado para tener este debate? Si la República no puede protegernos, entonces no tenemos más remedio que protegernos a nosotros mismos.

De nuevo la cara de Valorum enrojeció.

—En cada crisis en la que hemos despachado fuerzas paramilitares…

—Con resultados impresionantes. —La interrupción vino de Lavina Durada-Vashne Wren, la representante humana femenina del recién admitido sistema Curlain—. El ejército thaereinao acabó rápidamente con los piratas que estaban atacando nuestros transportes.

Una risa estridente acalló el resto de sus palabras.

—¡Lo único que el coronel Tramsig hizo en Cularin fue hacerse más despreciable! —rugió el senador twi'leko Orn Free Taa desde su plataforma—. El buen senador de Cularin meramente fue engañado por sus dudosos encantos.

Argente habló una vez más.

—¿Aboga el Canciller Supremo porque cada sistema tenga una fuerza paramilitar bajo su mando? Si es así, ¿entonces por qué no tener un ejército pangaláctico?

Los ojos de Palpatine centellearon con deleite sádico. Valorum estaba recibiendo todo lo que se merecía. Había demostrado algunas habilidades diplomáticas durante la Guerra Hiperespacial Stark, pero su elección para la cancillería tenía más que ver con un pedigrí que incluía tres Cancilleres Supremos y con tratos que había hecho con familias influyentes como los Kalpana y los Tarkin de Eriadu. Su adulación de la Orden Jedi era bien conocida. Menos conocida era su hipocresía. Gran parte de la riqueza de su familia derivaba de contratos lucrativos que sus ancestros habían hecho con la Federación de Comercio. Su elección siete años antes había sido una de las señales que Plagueis había estado esperando (el retorno al poder de un Valorum) y había ocurrido justo después de un gran adelanto remarcable que Plagueis y Sidious habían hecho al manipular a los midiclorianos. Un gran adelanto que el muun había descrito como "galactónico". Ambos sospechaban que los Jedi también lo habían sentido, a años luz de distancia en Coruscant.

—No habrá un ejército de la República —estaba diciendo Valorum, habiendo mordido el cebo de Argente—. Las Reformas de Ruusan se *deben* mantener. Una fuerza militar se tiene que financiar. Las tasas impuestas a los sistemas exteriores sólo se añadirían a su carga y llevarán a hablar de secesión.

—¡Entonces dejemos que paguen los Mundos del Núcleo! —gritó alguien sentado por debajo de Palpatine.

—¡El Núcleo no tiene necesidad de una fuerza militar! —respondió el senador kuati—. ¡Nosotros sabemos cómo vivir en paz los unos con los otros!

—¿Por qué son incapaces los Jedi de servir como un ejército? —preguntó el senador de Ord Mantell.

Valorum se volvió para mirarle.

—Los Jedi no son un ejército y son demasiado pocos, en cualquier caso. Interceden ante nuestra petición, pero también a su propia discreción. Además de esto, la Orden ha visto más muertes en los pasa-

dos doce años que las que vio en los cincuenta anteriores. Yinchorr se está convirtiendo en otro Galidraan.

Palpatine disfrutó en secreto de la referencia de Valorum, dado que lo que ocurrió en Galidraan había sido una clara evidencia del lado oscuro actuando en concierto con los subterfugios de Plagueis y de él. Lo que era más importante, para Plagueis el conflicto provincial había tenido un efecto devastador en el Maestro Jedi Dooku, profundizando su cisma con el Alto Consejo respecto a sus decisiones de desplegar a los Jedi como guerreros.

—De nuevo volvemos al punto de partida. —La voz de Orn Free Taa retumbó a través de la Rotonda—. La República puede encontrar los créditos para contratar ejércitos privados pero no para crear uno propio. Y sin embargo el Canciller Supremo ve apropiado sermonearnos a *nosotros* sobre pensamientos anticuados. ¿Por qué no entregar esos créditos a los sistemas exteriores y dejar que sean ellos los que contraten?

—Tal vez el senador de Ryloth ha puesto el dedo en la llaga —dijo Valorum cuando el aplauso se apagó—. Mejor aun, quizás ha llegado el momento de imponer una tasa a las *zonas de libre comercio* para proporcionar a los sistemas exteriores los fondos que requieren.

Palpatine se reclinó en el asiento acolchado de la plataforma mientras la oposición enfadada lanzada desde los planetas de la Facción del Borde, al igual que desde aquellos que pertenecían a la Federación de Comercio, el Gremio de Comercio, la Tecno Unión y la Alianza Corporativa. Qué maravillosa y predeciblemente se había deteriorado en el curso de veinte años. Como lo habían hecho tantas sesiones ordinarias y extraordinarias, esta terminaría en caos, sin resolver nada.

Por las pantallas que llenaban la Rotonda, las cámaras flotantes capturaron la triste expresión de impotencia de Valorum.

Pronto, muy pronto, recaería sobre Palpatine imponer el orden a todo el mundo.

Fuera de las paredes curvas del Senado, las crisis de los sistemas exteriores tenían poco efecto en las vidas de los billones que residían en

Coruscant. Los seres que vivían en los niveles inferiores continuaban haciendo todo lo que podían por sobrevivir, mientras que aquellos que vivían más cerca del cielo continuaban gastando profusamente en comidas, capas buenas y entradas para la ópera, que Valorum había vuelto a poner de moda. Palpatine era una excepción a la regla. En lo que a veces le parecía como un movimiento perpetuo, se encontraba frecuentemente con sus iguales en el Senado, escuchando cuidadosamente lo que cada uno tenía que decir sobre los sucesos galácticos, pero tan cuidadosamente como para que alguno tuviera razones para sospechar de él siendo nada aparte de un político de carrera, fijo en mejorar su perfil. Si había algo que le separaba, era una impresión que daba de estar tomándose su trabajo quizás demasiado en serio. Quedándole justo un poco más de un año al segundo mandato de Valorum en el puesto, la cancillería estaba vacante y aquellos que conocían mejor a Palpatine sospechaban que él podría realmente luchar por el puesto si se lo pedían. Sus equivocaciones sobre la cuestión sólo le hacía más deseable para aquellos que pensaban que él podría traer algo nuevo a la mezcla: un auténtico punto de vista de centro. Otros cuestionaban porqué, dados los desafíos sin precedentes de la época, él o cualquier otro aspiraría al puesto.

Varios días después de que el Senado se reuniera en una sesión especial, Palpatine violó la privacidad que tanto valoraba para albergar una reunión informal en su suite del República 500. La mudanza a la dirección más exclusiva de Coruscant había coincidido con el ascenso de Ars Veruna a la monarquía de Naboo doce años antes. La victoria de Veruna había dependido de un contrato renegociado con la Federación de Comercio por el plasma de Naboo, aunque se creía ampliamente que el rey y sus secuaces habían obtenido más por el trato que los ciudadanos de Naboo. A diferencia del apartamento que Palpatine había ocupado cuando llegó por primera vez al planeta capital, este tenía una docena de habitaciones y vistas del distrito del gobierno sólo superadas por las de los espaciosos áticos del edificio. La estatua de Sistros de neuranio y bronzium, que todavía ocultaba el sable láser que había construido al principio de su aprendizaje, compartía el espacio con antigüedades que habían sido adquiridas en

planetas remotos.

Elegantemente tarde, Finis Valorum fue uno de los últimos invitados en llegar. Palpatine le dio la bienvenida en la puerta, mientras un contingente de guardias de la República con cascos y capas tomaba posiciones en el corredor. La cara redonda del Canciller Supremo parecía tensa y el sudor adornaba con gotitas su afeitado labio superior. Colgando de su brazo como un adorno estaba Sei Taria, ostensiblemente su ayudante administrativa pero también su amante. Justo dentro del umbral, Valorum enganchó sus pulgares en el amplio fajín azul que sujetaba sus ropajes y se detuvo para abarcar la suite y asentir con aprobación.

—Lo que darían los perros de las noticias de la HoloRed por ver esto.

—Es difícilmente un ático —dijo Palpatine despectivamente.

—Aun no

—Aun no, quiere decir —comentó el senador de Corellia, haciendo que varios de los otros levantaran las copas de sus bebidas en una especie de brindis.

Palpatine pretendió enmascarar su vergüenza. En una época, habría estado actuando. Ahora, llevaba el disfraz de senador de Naboo tan sin esfuerzo como llevaba sus ropajes y su capa.

—Los periodistas son más que bienvenidos a visitarme —dijo.

Valorum inclinó una ceja plateada en señal de duda.

—Ahora que les ha acostumbrado usted a la transparencia y la accesibilidad —añadió Palpatine.

Valorum se rió sin alegría.

—Para todo lo que me ha servido.

Sei Taria rompió el incómodo silencio.

—Con certeza no ha guardado usted el secreto de su color favorito, senador.

Los párpados de sus ojos oblicuos estaban coloreados para igualar el color borgoña de su túnica de septiseda. Su pelo oscuro estaba retorcido en un elaborado moño tras su cabeza, mientras que delante, el flequillo liso dividía en dos su frente perfecta.

—El escarlata figura prominentemente en el emblema de mi casa

ancestral —explicó Palpatine tranquilamente.

—Y sin embargo usted favorece el negro y el azul en todo lo que lleva.

La fina sonrisa de Palpatine se mantuvo.

—Me siento halagado de que se haya dado cuenta.

La expresión de Taria se volvió maliciosa.

—Muchos se han fijado en usted, senador.

Los sirvientes se dieron prisa en recoger las capas de tela veda de Valorum y Taria.

—Les contraté expresamente para la noche —dijo tranquilamente Palpatine—. Soy un hombre solitario de corazón.

Taria habló antes de que pudiera hacerlo Valorum.

—El título de la última pieza de la HoloRed sobre usted, si no me equivoco. El senador que le volvió la espalda a una vasta fortuna para entregarse a la política. Que se abrió camino trabajando desde el cuerpo legislativo de Naboo hasta la embajada y el Senado Galáctico… —Sonrió sin mostrar los dientes—. Una historia alentadora.

—Y cada palabra de ella es cierta —dijo Palpatine—. Desde cierto punto de vista.

Los tres compartieron una risa y entonces Palpatine les llevó más adentro en el grupo de invitados, todos ellos bien dispuestos hacia Valorum. No había nadie en la suite que el Canciller Supremo no conociera y él les saludó a todos por su nombre. La habilidad para hacer que los seres se sintieran como si les importaran a él, personalmente al igual que políticamente, era uno de sus pocos puntos fuertes.

Un droide de protocolo llevó bebidas en una bandeja y Valorum y Taria se consiguieron unos vasos. Cuando el trofeo de Valorum se excusó para entablar una conversación con la mujer del senador alderaaniano Bail Antilles, Palpatine llevó a Valorum hacia la habitación principal.

—¿Cómo es que se las arregla para disfrutar del apoyo de las Facciones del Núcleo y el Borde? —preguntó Valorum con interés genuino.

—Una consecuencia de la localización de Naboo, más que cualquier otra cosa. El mío es una especie de planeta desplazado: locali-

zado en el Borde pero comparte las sensibilidades de muchos de los planetas del Núcleo.

Valorum hizo un gesto hacia una figurilla en un nicho en la pared.

—Exquisita.

—Bastante. Un regalo de la senadora Eelen Li.

—De Triffis.

Palpatine redirigió la figurilla ligeramente.

—Una pieza de museo, en realidad.

Valorum continuó a lo largo de la pared, indicando una segunda pieza.

—¿Y esta?

—Un tambor de viento ceremonial gran. Tiene más de mil años. —Miró por el rabillo del ojo a Valorum—. Un regalo de Baskol Yeesrim.

Valorum asintió.

—El ayudante del senador Ainlee Teem. No me di cuenta de que estaba en buenos términos con el Protectorado Gran.

Palpatine se encogió de hombros.

—Durante un tiempo no lo estuve. Tuve una vieja desavenencia por la abstención de Naboo en una votación senatorial de cierta significancia en aquel momento, pero ahora es historia antigua.

—¿Cree que podría traer a Malastare a mi bando? —preguntó Valorum bajando la voz.

Palpatine se giró para mirarle.

—¿Respecto al embargo de Yinchorr? Posiblemente. Pero no para la cuestión de poner impuestos a las zonas de libre comercio. Ainlee Teem y Aks Moe se han convertido en aliados de la Federación de Comercio.

—Un revés incluso más desconcertante. —Valorum suspiró—. Los amigos se convierten en enemigos. Los enemigos, en amigos… Sospecho que voy a tener que pedir cada favor político que me deben para tener éxito en Yinchorr. —Comprimió sus labios y negó con la cabeza—. Me temo que mi legado está en peligro aquí, viejo amigo. Sólo me queda un año de mi mandato, pero estoy determinado a que las cosas se hagan.

Palpatine conjuró un tono compasionado.

—Si sirve de consuelo, apoyo el uso de una fuerza paramilitar, incluso a riesgo de escalar la crisis, aunque sólo sea para silenciar a aquellos que han acusado a la República de ser débil.

Valorum le dio unas palmaditas a Palpatine en el hombro.

—Aprecio su apoyo. —Miró a su alrededor en la habitación y luego preguntó incluso más bajito—: ¿Con quién puedo contar, Palpatine?

Los ojos de Palpatine escanearon la multitud, fijándose brevemente en dos hombres humanos, un anx que no habría encajado en una habitación con los techos más bajos, un ithoriano y finalmente en un tarnab.

—Antilles. Com Fordox. Horox Ryyder. Tendau Bendon. Quizás Mot-Not-Rab…

Valorum les miró por turnos y entonces dejó que su mirada se posara en un rodiano.

—¿Farr?

Palpatine se rió para sí mismo. Onaconda Farr pensaba en la política del modo que sus hermanos rodianos pensaban en cazar recompensas: *Dispara primero. Pregunta después*.

—Es un militante, pero puedo ser capaz de persuadirle, ya que disfruta de vínculos cercanos con la Casa Naberrie, de Naboo.

—¿Tikkes? —preguntó Valorum, mirando disimuladamente al senador quarren, cuyos tentáculos faciales estaban manipulando aperitivos para meterlos en su boca.

—Tikkes querrá algo a cambio, pero sí.

Los pálidos ojos azules de Valorum encontraron al senador wookiee Yarua.

Palpatine asintió.

—Kashyyyk le apoyará.

Valorum vació su copa y la dejó a un lado.

—¿Y mis oponentes?

—¿Aparte de los obvios? El grupo entero de Ryloth: Orn Free Taa, Connus Trell y Chom Frey Kaa. También Toonbuck Toora, Edcel Bar Gan, Po Nudo… ¿Quiere que siga?

Valorum pareció desanimado mientras salían a la balconada. Sonó uno tono, indicando que la función de cancelación de ruido se había

activado. Valorum continuó hacia la barandilla y miró a la distancia.

—Una extraña noche oscura —dijo después de un momento.

Palpatine se unió a él en la barandilla.

—El control del tiempo está preparando una tormenta. —Se volvió ligeramente para ajustar el sistema de la cancelación de ruido—. Escuche: el estruendo de los truenos sobre Los Talleres. Y allí —añadió apuntando—, relámpagos.

—Que poco natural parece desde aquí. Si tan sólo se nos pudiera limpiar tan fácilmente como a este vasto cielo y estos edificios monumentales.

Palpatine le miró.

—El Senado le ha obstruido, pero no ha traído usted deshonor al puesto.

Valorum lo consideró.

—Supe cuando mi primer mandato empezó que me enfrentaría a oposición. Que los sucesos habían estado girando fuera de control desde el Conflicto Stark. Pero desde entonces he sentido una oscuridad que se aproximaba desde los lejanos límites de la galaxia para sacudir a Coruscant hasta sus cimientos. Se pensaría que, tras mil años de paz, que la República sería inamovible, pero ese no es el caso. Siempre he colocado mi fe en la Fuerza, creyendo que si actuaba de acuerdo con sus principios de guía, la galaxia actuaría del mismo modo.

Palpatine le frunció el ceño a la oscuridad.

—La República se ha vuelto pesada. Estamos coaccionados y nos halagan para que hagamos tratos que comprometan nuestra integridad. Somos criticados tanto por lo que hacemos como por lo que no hacemos. La mayoría de los seres del Núcleo no podrían señalar a Yinchorr en un mapa estelar y sin embargo la crisis de allí se convierte en su problema.

Valorum asintió de un modo distraído.

—No podemos quedarnos quietos y no hacer nada. Los Jedi expresan eso en privado y sin embargo están divididos. Si el Maestro Dooku se vuelve más elocuente en su criticismo hacia el Senado o la Orden, el Consejo puede tener que confinarlo en el Templo. —Guardó silencio y

luego dijo—: Bueno, con certeza no tengo que decírselo. La gente me dice que se ha convertido usted en su confidente.

—¿Y el Maestro Yoda? —dijo Palpatine en lugar de responder a ese comentario.

—Inescrutable como siempre —dijo Valorum—. Pero preocupado, creo.

Palpatine se giró para apartarse ligeramente de él.

—Los Jedi se han enfrentad a la oscuridad en el pasado.

—Cierto. Pero un estudio de historia revela que también han sido derrotados por ella.

—Entonces el resultado no está en nuestras manos.

Valorum levantó su mirada hacia el cielo nocturno.

—¿En las de quién, entonces?

23: BAJO EL SOL DE MEDIA NOCHE

Recién llegado a la Luna de los Cazadores, Sidious estudió a Plagueis mientras el Señor Sith y su droide, 11-4D, veían una holograbación de un asesino zabrak vestido de negro despachando rápidamente a autómatas de combate en su hogar de Coruscant, algunos flotando, algunos avanzando sobre dos patas, otros sobre cadenas y todos disparando armas láser.

Veinte años habían añadido una ligera joroba en la postura del muun y venas que sobresalían bajo su fina piel blanca. Llevaba un mono utilitario verde oscuro que abrazaba su forma delicada, una capa verde que caía de sus huesudos hombros hasta el suelo de piedra de la fortaleza y un auricular que se ceñía a su gran cráneo. Una máscara respiratoria triangular cubría su prognata mandíbula inferior arruinada, su boca, parte de su cuello largo y lo que quedaba de la nariz desigual que había tenido antes del ataque sorpresa en el Fobosi. Un aparato de su propia invención, la máscara de aleación tenía dos aberturas verticales y un par de conductos finos y rígidos que la conectaban con un transpirador fijado a la parte superior de su pecho, bajo el arnés blindado del torso. Había aprendido a ingerir y beber a través de los tubos de alimentación y a través de su nariz.

Visto a través de la Fuerza, él era un óvalo nuclear de luz moteada, un orbe rotatorio de aterradora energía. Si el ataque maladiano le había debilitado físicamente, también había ayudado a darle forma a su cuerpo etérico hasta un vehículo suficientemente fuerte como para

contener el poder total del lado oscuro. Determinado a no volver a ser cogido nunca con la guardia baja, se había entrenado para seguir adelante sin dormir y había dedicado dos décadas estándar a experimentar día y noche con la manipulación de los midiclorianos y a intentar descubrir unos últimos secretos de la Fuerza, de manera que él, y presumiblemente su aprendiz humano, pudieran vivir para siempre. Su giro hacia su interior le había permitido dominar las energías igualmente poderosas del orden y el desorden, la creación y la entropía, la vida y la muerte.

—Le has hecho temible —comentó Plagueis sin volverse de la grabación, mientras el atlético zabrak cortó a un Erradicador colicoide en la parte central y se giró para partir a otros dos por la mitad.

La cabeza sin pelo del humanoide de ojos amarillos llevaba una corona de cuernos pequeños y patrones geométricos de marcas negras y rojas.

—También sin temor —dijo Sidious.

—Aun así, son sólo droides.

—Es incluso más formidable contra seres vivos.

Plagueis miró por encima de su hombro, con sus ojos estrechados con un interrogante.

—¿Has luchado con él de un modo serio?

Las cuerdas vocales y la tráquea reconstruidas le daban una cualidad metálica a su voz, como si estuviera hablando a través de un altavoz.

—Le dejé varado en Hypori durante un mes sin comida y con únicamente una horda de droides asesinos por compañía. Entonces volví para incitarle y desafiarle. Considerándolo todo, luchó bien, incluso después de que le hubiera privado de su sable láser. Él quería matarme, pero estaba preparado para morir a mis manos.

Plagueis se volvió completamente para mirarle de frente.

—En vez de castigarle por su desobediencia, alabaste su resolución.

—Ya estaba humilde. Elegí dejarle su honor intacto. Le proclamé mi Mermedón. La encarnación de la mitad violenta de nuestra asociación.

—¿Asociación? —repitió Plagueis roncamente.

—La suya y la mía. No la nuestra.

—No obstante, le permitiste creer que es más hábil de lo que realmente es.

—¿No hiciste tú lo mismo por mí?

Los ojos de Plagueis reflejaron decepción.

—Nunca, Sidious. Siempre he sido sincero contigo.

Sidious inclinó la cabeza en aceptación.

—No soy el profesor que eres tú.

Plagueis pasó un largo momento observando la holograbación. Los puños y las piernas del zabrak eran tan letales como su sable láser y su velocidad era asombrosa.

—¿Quién aplicó las marcas?

—Lo hizo la madre, para mantener la costumbre de los rituales establecidos poco después del nacimiento. Una iniciación, durante la cual un bebé zabrak dathomiriano se sumerge en un baño de aceite y es energizado con icor conjurado por el uso de la magia de las Hermanas de la Noche.

—Una decisión peculiar, dada su esperanza de enviar al niño a un lugar oculto.

—Las Hermanas de la Noche raramente dejan Dathomir, pero los Hermanos de la Noche a veces son vendidos como esclavos. Creo que la madre deseaba que él fuera consciente de su herencia, donde quiera que terminara.

Al ver que el sable láser del zabrak generaba dos hojas, Plagueis contuvo el aliento.

—¡Un bastón-sable! ¡El arma de Exar Kun! ¿Construyó él eso?

—El prototipo era dos sables láser que él había soldado por las empuñaduras como imitación del zhaboka iridoniano. Yo le proporcioné el conocimiento que le permitió mejorar el diseño original y construir el que está utilizando.

Plagueis miró mientras droide tras droide eran empalados en las hojas carmesí opuestas.

—Me parece innecesario, pero no negaré su maestría de la técnica Jar'Kai. —De nuevo se volvió hacia Sidious—. El niman y el teräs

käsi nunca serán sustitutos para el dun möch, pero aprecio que le hayas entrenado para ser una máquina de guerra en vez de un auténtico aprendiz.

—Gracias, Maestro.

Los ojos de Plagueis se arrugaron… ¿con sospecha? ¿Con diversión?

—Estoy de acuerdo contigo en que él debe ser testigo del ataque yinchorri al Templo Jedi.

—Se lo diré. Él ya piensa en los Jedi como en abominaciones. La imagen de su santuario siendo violado acelerará su sangre.

—Incluso así, contenle. Deja que su furia y su odio se inflamen.

Sidious inclinó la cabeza.

Plagueis desactivó el holoproyector.

—El regalo que solicitaste para él está casi completo. Raith Sienar ha estado de acuerdo en hacer que entreguen la nave en Sojourn y yo lo arreglaré para hacer que la lleven al Edificio LiMerge. —Hizo un movimiento para llamarle con señas con sus dedos—. Ven, Darth Sidious, hay mucho que discutir.

La antigua fortaleza nunca había parecido más abandonada. Una compañía de Guardias del Sol todavía residían en Sojourn, escoltando a los visitantes a la superficie y manteniendo los turboláseres con base en la superficie en buen estado. Los códigos de autentificación todavía se necesitaban para que las naves que entraban en el espacio de Sojourn, pero las coordenadas de la luna ya no eran el secreto que habían sido una vez. Principalmente Plagueis había vivido como un eremita entre sus droides, raramente aventurándose fuera del mundo, aunque continuaba utilizando su vasta riqueza e influencia para apoyar a aquellas organizaciones que favorecían a la causa Sith y aplastando los planes de aquellas a las que se oponía. Durante el primer año tras el ataque, los rumores decían que Hego Damask estaba muerto, pero gradualmente empezó a circular la noticia de que él estaba viviendo meramente recluido en Sojourn. Cuatro años después, las Reuniones anuales habían recomenzado, pero sólo durante cinco años y ahora no había habido una Reunión en más de una década. Cada vez menos y menos seres habían asistido a los eventos, en

cualquier caso, habiéndose distanciado muchos de Damask tras los asesinatos en Coruscant.

Durante el gran periodo entre el ataque sorpresa gran y la primera Reunión de la nueva era, Sidious había hablado con Plagueis sólo por holo. Dejado para que progresara por sí mismo, había entrenado al zabrak en secreto en Mustafar, Tosste y Orsis, había visitado varios planetas Sith y había pasado un tiempo considerable estudiando los textos y los holocrones Sith que permanecieron bajo guardia en Aborah. De los Guardias del Sol, Sidious oyó que Damask se había encerrado en la fortaleza y que apenas se le veía. En unas pocas ocasiones Damask les había llamado y ellos habían encontrado la vivienda patas arriba, con algunos de los sujetos de los experimentos muertos en sus jaulas o celdas y muchos de los droides funcionando mal. Criaturas de los bosques greel de alrededor habían invadido y se habían alojado en el lugar, haciendo nidos en los torreones y devorando todo lo comestible. Mientras que Damask (sin lavarse, demacrado y errático en su comportamiento) había parecido capaz de hablar, fue 11-4D quien había comunicado las órdenes y las peticiones de Damask a los guardias. En cierto punto, a los guardias se les había ordenado instalar más de doscientos holoproyectores en lo que había sido la armería de la fortaleza, de manera que Damask pudiera monitorizar los sucesos actuales y sumergirse en grabaciones históricas, algunos de los cuales databan de hacía cientos de años.

Sidious sabía que sus propios poderes habían aumentado diez veces a lo largo de las décadas, pero no podía estar seguro de que hubiera aprendido todos los secretos de Plagueis ("sus métodos de brujo", como los Guardias del Sol se referían a ellos), incluyendo la habilidad para evitar que los seres murieran. A veces se preguntaba: ¿Estaba a un nivel por detrás? ¿Dos niveles por detrás? Tales preguntas eran precisamente lo qué había impulsado a generaciones de aprendices Sith a desafiar al final a sus Maestros. La inseguridad sobre quién era el más poderoso. La necesidad de ponerse a prueba a ellos mismos, de enfrentarse a la prueba definitiva. La tentación de tomar el mando por la fuerza, de poner el propio giro de uno en el poder del lado oscuro, como había intentado Darth Gravid, sólo para

retrasar a los Sith incontables años…

Y así le habían dejado principalmente a Sidious para llevar el mismo fervor a la manipulación de los sucesos en el plano mundano que Plagueis llevaba a la manipulación de midiclorianos. En vez de desafiarse el uno al otro, ambos se habían dedicado a ejecutar el Gran Plan. La maestría política y la maestría de la Fuerza. Algún día dentro de poco, los Sith blandirían ambas, con Sidious siendo la cara de la primera y Plagueis tras las bambalinas, aconsejándole sobre la última. Como Plagueis, Sidious se había movido juiciosamente, porque las repercusiones no pretendidas en el mundo real podrían ser tan dañinas para el imperativo Sith como las consecuencias negativas de la Fuerza. El hecho de que la Fuerza no les hubiera devuelto el golpe defendía que su asociación era algo único y en acuerdo con la voluntad de la Fuerza. El aislamiento autoimpuesto de Plagueis había afectado a algunos de los planes que Sidious y él habían diseñado para la Federación de Comercio y otros grupos. Pero Plagueis había hecho el equivalente a una completa recuperación de sus heridas y el lado oscuro ya no estaba simplemente en ascenso sino que se había elevado y subía hacia su cenit.

La Crisis Yinchorri fue la primera en la que Plagueis había sancionado la involucración directa de Sidious en los sucesos galácticos. Hasta entonces, los sucesos manipulados por los Sith habían sido conseguidos a través de la utilización de intermediarios. Pero cuando Sidious reclutó la ayuda del contrabandista devaroniano para instigar a los yinchorri, no sólo había establecido contacto por holoproyector (sin revelar su identidad Sith, por supuesto), sino que también le había puesto en contacto con Pestage y Doriana, que habían ayudado a dejar los cuerpos de los Jedi muertos en el umbral de Valorum y había facilitado la inserción de los guerreros yinchorri que tenían la misión de infiltrarse en el Templo Jedi.

Inicialmente, el plan había sido diseñado como una prueba, para ver si los reptiles inteligentes resistentes a la sugerencia de la Fuerza podían ser modelados en un ejército anti-Jedi. Pero del mismo modo que repetidos intentos de replicación por medio de la clonación habían fallado, todos los esfuerzos de convertirles en un ejército obe-

diente habían demostrado ser fútiles. Estaban hechos a la medida para la agresión, pero también eran impredecibles e ingobernables. Como resultado, una estratagema rediseñada se había puesto en movimiento para poner a prueba la habilidad de Valorum para manejar una crisis y la resolución del Senado para terminar con una. Pero ni Plagueis ni Sidious había esperado que el Canciller Supremo involucrara a los Jedi y ahora el plan modificado también estaba en peligro.

—Está muy bien que los Jedi hayan muerto —estaba diciendo Plagueis mientras Sidious, 11-4D y él entraba en su estudio desordenado—, pero debemos guardarnos de revelar nuestra jugada demasiado pronto. ¿Fue inteligente hacer que los cadáveres fueran transportados a Coruscant?

—Tuvieron el efecto pretendido en Valorum —dijo Sidious.

—De todas maneras, podríamos haberle juzgado mal.

—Está más preocupado por su legado que por la República, pero aun podría ganar a una mayoría del Senado para su bando, incluso a costa de todo su caché político.

—Necesitamos crear una crisis de la que no pueda recuperarse —dijo Plagueis.

—Acabo de poner tales sucesos en movimiento.

Plagueis asintió con satisfacción.

—Entonces quizás haya un lado beneficioso en esto. Si el Senado aprueba un embargo, él estará en deuda contigo.

Sidious sonrió tensamente.

—Un bloqueo promulgado para un bloqueo roto.

—Hacia ese fin, debemos empezar a mover al virrey Nute Gunray y al rey Veruna hasta sus posiciones. El neimoidiano estuvo asociado con Valorum durante el Conflicto Stark. Esta vez les lanzaremos al uno contra el otro.

—Conocí ligeramente a Gunray cuando sirvió como senador. Es codicioso y ambicioso, pero extrañamente inmune a la intimidación. Necesitaremos ganárnoslo.

—Y así lo haremos: con adquisiciones que le harán ganar una posición entre los siete que forma el directorado de la Federación de Comercio.

—¿Cómo nos aproximaremos a él?

—El regalo que solicitaste para el zabrak me dio una idea —dijo Plagueis—. Gunray es aficionado a los pylats, a los que los neimoidianos asocian con la riqueza. Las aves abundan en Neimoidia, pero los bosques de Sojourn albergan una clase rara blanca con puntos rojos, que proporcionaron los kaminoanos. Él nunca lo identificará como un clon.

—¿Un regalo de Hego Damask o del senador Palpatine?

Plagueis le miró de arriba abajo.

—De Darth Sidious, creo.

Sidious le miró dudoso.

—¿Por nombre?

—No meramente por nombre, sino también por título. Es hora de que hagamos que se conozca nuestra presencia para unos cuantos.

—¿Tendrá algún significado para él el título Sith?

—Cuando hagamos que sus sueños se hagan realidad.

Plagueis empezó a pasear por el frío suelo.

—Ningún Sith ha estado en la posición en la que nos encontramos ahora, Darth Sidious: a un paso de la reemergencia del lado oscuro, fortificados por las señales y los presagios, seguros de que la venganza y la victoria están casi en nuestras manos. Si los Jedi se guiaran por su filosofía de actuar de acuerdo con la Fuerza, de hacer lo que está bien, se pasarían al lado oscuro. Pero se resisten. Yoda y el resto de los miembros del Consejo doblaran sus sesiones de meditación en un esfuerzo por mirar en el futuro, sólo para descubrirlo nublado e inescrutable. Sólo para descubrir que la complacencia ha abierto la puerta a la catástrofe.

»Si realmente hubieran estado actuando de acuerdo con la Fuerza, ¿cómo podríamos estar teniendo éxito en inclinar la balanza? ¿Cómo podría ganar terreno el lado oscuro? De hecho, los Jedi han caído desde su deber autoasignado, desde su camino noble. ¿Podrían haberlo evitado? Quizás al haber permanecido al mando de la República, al elegir y reelegir a Cancilleres Supremos Jedi. O quizás al ausentarse completamente de los asuntos de la República y atender a sus rituales arcanos en la creencia de que el pensamiento correcto de su parte

mantendría a la República fuerte y en su curso, la galaxia se inclinaría hacia la luz, en lugar de haberse permitido a sí mismos convertirse en alguaciles y vigilantes.

Lanzó una mirada interrogadora a Sidious.

—¿Ves el gran error en sus métodos? ¡Ejecutan los asuntos de la República como si fueran asuntos de la Fuerza! ¿Pero ha tenido éxito alguna vez el cuerpo político en ser el árbitro de lo que está bien y es justo? Qué fácil es para ellos gozar de su confianza en sí mismos en su castillo de Coruscant. Pero al hacerlo, se han presentado mal equipados para el mundo que hemos tardado un milenio en crear.

Se aclaró la garganta.

—Vamos a arrinconarles con una contradicción, Darth Sidious. Vamos a forzarles a enfrentarse al dilema moral de su posición y a revelar sus fallos al exigirles supervisar los conflictos que plagan su elogiada República.

»Sólo Dooku y otros cuantos más han comprendido la verdad. Hace todos esos años cuando me encontré con él por primera vez en Serenno, pensé: *Qué golpe sería para la Orden si se le pudiera seducir para que se fuera y abrazara el lado oscuro. Qué pánico podría incitar*. Porque si uno pudiera irse, entonces diez o veinte o treinta podrían seguirle y el vacío en el centro de la Orden sería evidente para que lo vieran todos.

Los ojos del muun se estrecharon.

—Uno no puede contentarse con cumplir las reglas de la Orden Jedi o la Fuerza. Sólo al hacer que la Fuerza nos sirva hemos prevalecido. Hace ocho años cambiamos la galaxia, Darth Sidious, y ese cambio es ahora irreversible.

Aproximándose, descansó sus manos huesudas en los hombros de Sidious.

—En mi primera visita a tu planeta natal, lo reconocí como un nexo en la Fuerza. Y recuerdo que pensé qué apropiado era que el lado oscuro debiera estar ocultándose en un planeta tan bello. —Hizo una pausa, se enderezó y luego preguntó con repentina gravedad—: ¿Está preparado Veruna, Sidious? Me preocupa que pueda ser tan incontrolable como los yinchorri y que un líder más maleable serviría

mejor a nuestros intereses.

Sidious consideró la pregunta.

—Puede no ser necesario eliminarle, Maestro. Como Gunray, él favorece a la riqueza por encima del honor.

Plagueis asintió con la cabeza lentamente.

—Entonces empújale, Darth Sidious. Y veamos hacia dónde se inclina antes de decidir su destino.

24: SITH'ARI

Sus objetivos sólo eran asteroides, pero los cazas amarillos con morro de cromo atacaban a las rocas con microcráteres como si representaran una amenaza para el propio Naboo. Productos de la Corporación de Ingeniería de Vehículos Espaciales Theed y de Diseños Nubian y el proyecto favorito de Veruna, las naves esbeltas de alas cortas ejemplificaban la obsesión de Naboo por los diseños clásicos y la flagrante extravagancia. Se decía que los motores de los cazas habían fijado unos nuevos estándares de control de emisiones, pero para un planeta que se enorgullecía de su conciencia medioambiental, los N-1s parecían inusuales y fuera de lugar.

—Esperamos tener dos escuadrones adicionales listos para el vuelo a principios de año —le dijo Veruna a Palpatine mientras estaban en el ventanal dorsal de la Nave Real del rey que era incluso más grandiosa y con un acabado de espejo—. Todos llevarán cañones láser gemelos, lanzadores de torpedos de protones y escudos deflectores, junto con droides astromecánicos R-dos.

—Un sueño hecho realidad —dijo Palpatine—. Para vos y para el Colectivo de Diseños Nubian.

Veruna arqueó una poblada ceja gris y blanca.

—Nuestro trato con Diseños Nubian fue mutuamente beneficioso.

—Por supuesto que sí —dijo Palpatine, preguntándose cuánto se habían embolsado Veruna y sus compinches en un contrato al que la

mayoría de los naboo se habían opuesto.

Palpatine había llegado con Pestage y se había encontrado abajo con Janus Greejatus antes de reunirse con Veruna y algunos de los miembros de su consejo asesor en el Hangar Theed, incluyendo al Primer Consejero Kun Lago y la jefa de seguridad femenina de rasgos afilados del rey, Maris Magneta. Sospechosamente ausente estaba la gobernante adolescente de Theed, Padmé Naberrie, cuyo nombramiento había sido el compromiso de Veruna con un electorado que se había estado volviendo más opositor con cada año que pasaba. A Veruna, sin embargo, parecía que no le afectaba el paso de los años. Con sus cejas llamativas, su largo pelo plateado y su barba remilgadamente puntiaguda, todavía pasaba por tener una figura buena y atractiva. Lago y Magneta eran considerablemente más jóvenes y de aspecto más duro y habían dejado que se sintiera su disgusto por Palpatine y su grupo desde el momento en el que abordaron la nave brillante.

Fuera del ventanal, pasadas de bombardeo del Escuadrón Bravo estaban reduciendo asteroides a gravilla y a polvo espacial.

—Ese es el capitán Ric Olié en el Bravo Uno —dijo Veruna—. Endurecido por la batalla en Chommel Minor.

Pestage no pudo contener una risa corta.

—¿Contra ese grupo pirata cuyas naves chocaban unas con otras?

Veruna miró a Palpatine.

—Su ayudante parece haber olvidado cuál es su lugar, senador.

Palpatine le lanzó una mirada a Pestage que no decía nada y se volvió hacia Veruna.

—Mis disculpas, majestad.

Si Veruna estaba poco convencido, se lo guardó para sí mismo y fijó su mirada en el distante ejercicio de cazas distante.

—Planeo terminar nuestra asociación con la Federación de Comercio —dijo después de un largo momento de silencio y sin mirar a Palpatine.

Palpatine se movió ligeramente para colocarse en la visión periférica de Veruna, con sus ojos muy abiertos por una sorpresa genuina.

—¿Es ese el propósito de esta demostración?

El rey se volvió hacia él.

—Si hubiera querido que fuera una demostración de fuerza, habría esperado hasta la siguiente recolección programada de plasma. Sin embargo, dado que parece estar preguntándolo, Ingeniería de Theed y Diseños Nubian me aseguran ambos que los cazas Lucrehulk sería una presa fácil para nuestros N-Unos.

Palpatine movió su mirada hacia Pestage y Greejatus y negó con la cabeza por la consternación.

—Entonces es bueno que pensarais en invitarme a bordo, majestad, porque os traigo noticias que podrían persuadiros de que volváis a pensar en vuestra posición.

—¿Qué noticias? —demandó Magneta.

Palpatine la ignoró al continuar hablando con Veruna.

—Este asunto todavía tiene que llegar a la Rotonda, pero existen todos los indicios de que la República va a concederle permiso eventualmente a la Federación de Comercio para que arme a sus naves.

La mandíbula de Veruna se abrió y él parpadeó.

—¿Con qué?

Palpatine pretendió ponerse nervioso.

—No lo sé precisamente. Turboláseres, con certeza, al igual que con cazas estelares droide. —Hizo un gesto hacia fuera del ventanal—. Armas que demostrarán ser un equivalente mortal para esos cazas estelares.

Veruna todavía estaba intentando encontrarle sentido.

—¿Por qué está haciendo esto la República?

—Debido a lo que pasó en Yinchorr. Debido a los ataques persistentes de piratas y presuntos insurreccionistas. Y debido a que la República se niega a cambiar su posición sobre crear un ejército.

Veruna se alejó de golpe del ventanal, luego se detuvo y se giró hacia Palpatine.

—No me lo creo. Valorum tuvo éxito en Yinchorr. Él nunca se inclinaría ante la presión de la Federación de Comercio.

—No se está inclinando ante la presión. Su estrategia es hacer un trato con la Fedración: armamento defensivo a cambio de impuestos en las zonas de libre comercio.

Veruna se quedó sin palabras.

—Esto es por lo que urjo a vuestra majestad a mantener a Naboo en el bando apropiado de esto.

—Díganos, senador —le interrumpió Lago—, ¿qué significa estar en el lado *apropiado*?

Palpatine miró de Lago a Veruna.

—Cuando el asunto llegue a la Rotonda, Naboo debe votar en contra de los impuestos a las zonas de libre comercio.

Veruna tragó y encontró su voz.

—¿En apoyo de la Federación de Comercio? ¿Con mi reelección aproximándose? Debes estar loco, Palpatine. Naboo ha estado bajo el yugo de la Federación durante más de treinta años. La gente nunca me lo perdonaría.

—Vuestras bases permanecen fuertes —dijo Palpatine—. La gente llegará a entender gradualmente que tomasteis la decisión correcta.

Veruna estaba que echaba humo.

—No me gusta que me pongan en esta posición, Palpatine.

Palpatine adoptó una pose ensimismada y entonces miró al rey.

—Puede haber aun un modo… Estoy seguro de que Hego Damask estaría dispuesto a mediar en un trato renegociado con el bloque neimoidiano de la Federación de Comercio…

—No necesito que Damask medie en nada —le espetó Veruna—. El tiempo del muun ha llegado y pasado. Es un anacronismo. Sus enemigos nos hicieron a todos un favor al forzarle a una jubilación anticipada.

Los ojos de Palpatine se estrecharon imperceptiblemente. *Y así, con un estímulo, se revela a sí mismo*.

—Si recuerdo correctamente, los enemigos de Damask lo pagaron terriblemente. —Guardó silencio durante un momento, reposicionándose delante del ventanal, de manera que Veruna tuviera la imagen del bombardeo de los cazas directamente mientras escuchaba—. Concedido, Sojourn ya no es la fortaleza impenetrable que fue una vez. Pero el alcance de Damask es tan largo como lo ha sido siempre y sus vínculos con el Clan Bancario nunca han sido más fuertes.

—En caso de que no se haya dado cuenta, senador —le interrumpió Magneta—. El alcance de Naboo también es largo ahora.

Palpatine miró por encima de su hombro hacia los cazas y luego fijó sus ojos en Veruna.

—Majestad, Damask no se tomará amablemente ser apartado de nuestros tratos con la Federación de Comercio. Puede darnos problemas.

La mirada de Veruna vagó de nuevo hasta él.

—Deja que lo intente. Naboo no es el único planeta que ha explotado. No nos faltarían aliados. Estoy más preocupado por cómo reaccionaría el Senado ante nuestro voto contra los impuestos de las zonas de comercio.

Palpatine forzó un suspiro.

—Es una situación sin esperanzas. Los planetas de la Facción del Borde dependen de la Federación de Comercio para obtener bienes, así que es probable que voten negativamente. Los Planetas del Núcleo, por otra parte, votarán a favor de los impuestos, aunque sólo sea para traer ingresos a la República y evitar tener que apoyar a los sistemas exteriores. Ocupando el terreno intermedio, la Federación de Comercio ganará sin importar lo que pase, en que al final se le permitirá defenderse y forzará a sus clientes a cargar con los costes incrementados que resultará del impuesto.

—¿Qué significa todo esto para Valorum? —dijo Lago.

—Me temo que puede no completar su mandato en el puesto.

—¿Quién le sucederá? —preguntó Veruna.

—Eso es difícil de decir, majestad. Ainlee Teem, creo. Aunque Bail Antilles disfruta de cierto apoyo.

Veruna pensó en ello.

—¿Cuáles son las implicaciones para Naboo de ganar el gran al alderaaniano?

—Entonces, por supuesto, tendríais un amigo en la cancillería.

Veruna se acarició la barba.

—Tendré en cuenta tu recomendación. Pero estás advertido, Palpatine, no toleraré ningún engaño. Ni de ti —fijó en Pestage y Greejatus una mirada taladrante— ni de ninguno de tu cábala. Re-

cuerda: sé dónde se entierran los cuerpos.

El tiempo se acaba.

Enredaderas y plantas trepadoras se habían abierto camino hacia arriba por las paredes y las torres de la antigua fortaleza y las lianas conectaban los parapetos almenados hasta las copas frondosas de los árboles cercanos. Los insectos se escurrían bajo los pies, hurgando en busca de comida o cargados con pedacitos de vegetación o trocitos de astillas de madera. Las tormentas de la noche previa habían dejado charcos hasta la altura del tobillo en la pasarela y cascadas de escorrentías a través de las troneras. Los bosques que Plagueis había plantado y llenado de juegos raros y exóticos parecían determinados a librar a Sojourn de la fortaleza que había sido erigida en medio de ellos.

Desde las torres más altas, él miró sobre las copas de los árboles hacia el borde del planeta padre de la luna y la estrella distante que compartían. Sojourn estaba corriendo deprisa y la última luz se estaba desvaneciendo. El aire era calmante y estaba alborotado con el zumbido y el canto de los insectos, los chillidos territoriales de las aves y los tristes aullidos de despertar de las criaturas de la noche. Nubes de murciélagos salían de las cuevas del acantilado, devoradores chupasangre nacidos de las fuertes lluvias. Una brisa se elevó salida de ninguna parte.

El tiempo se acaba.

Todavía salvaguardados en Aborah había textos y holocrones que narraban las acciones y habilidades de los Maestros Sith que, según se había dicho y escrito, habían sido capaces de invocar el viento o la lluvia o fracturar los cielos con un rayo conjurado. En sus propias palabras o las de sus discípulos, unos cuantos Señores Oscuros clamaban haber tenido la habilidad de volar, de volverse invisibles o de transportarse a sí mismos a través del espacio y del tiempo. Pero Plagueis nunca había tenido éxito en duplicar algunos de esos fenómenos.

Desde el principio Tenebrous le había dicho que carecía de talento para la brujería Sith, incluso aunque la inhabilidad no estaba debida

a una deficiencia de midiclorianos. *No es un don innato*, habría dicho el bith cuando se le presionara, y era uno del que él también carecía. La brujería palidecía en comparación con la ciencia bith, de todas maneras. Pero Plagueis comprendía ahora que Tenebrous había estado equivocado sobre la brujería, como había estado equivocado acerca de tantas cosas. Sí, el don era más fuerte en aquellos que, con un esfuerzo escaso, podían permitirse sumergirse en las corrientes de la Fuerza y convertirse en conductos de los poderes del lado oscuro. Pero había un camino alternativo a aquellas habilidades y este llevaba desde un lugar donde el círculo se cerraba sobre sí mismo y sustituía la pureza por el desinterés. Plagueis comprendía también que no había poderes fuera de su alcance. Ninguno que él no pudiera dominar a través de un esfuerzo de su voluntad. Si un Sith de igual poder le había precedido, entonces él o ella se había se llevado sus secretos a la tumba o los había encerrado en holocrones que habían sido destruidos o que todavía tenían que salir a la superficie.

La cuestión de si Sidious y él habían descubierto algo nuevo o redescubierto algo antiguo no venía al caso. Todo lo que importaba era que, casi una década antes, habían tenido éxito en hacer que la Fuerza estuviera dispuesta a cambiar y a inclinarse irrevocablemente hacia el lado oscuro. No en un mero cambio paradigmático, sino una alteración tangible que se pudo sentir por parte de cualquiera fuerte en la Fuerza y tanto si estaba entrenado en las artes Sith o Jedi.

El cambio había sido el resultado de meses de intensa meditación, durante los cuales Plagueis y Sidious habían buscado desafiar a la Fuerza por la soberanía y ahogar a la galaxia en el poder del lado oscuro. Insolentes y atrevidos, y corriendo un peligro mortal, habían emprendido una guerra etérea, anticipando que sus propios midiclorianos, el ejército representante de la Fuerza, podría hacer que su sangre hirviera o detener el latido de sus corazones. Elevados fuera de sí mismos, incorpóreos y como una única entidad, habían puesto en práctica el poder de su voluntad, afirmando su soberanía sobre la Fuerza. Ninguna fuerza opuesta se había elevado contra ellos. En lo que equivalía a un estado de éxtasis, supieron que la Fuerza había gritado, como si alguna deidad hubiera sido expulsada de su trono. En

el punto de apoyo que habían creado, el lado luminoso se había hundido y el lado oscuro había ascendido.

En el mismo día habían permitido que Venamis muriera.

Entonces, al manipular los midiclorianos del bith, que deberían haber estado inertes y no responder, Plagueis le había resucitado. La enormidad del suceso había sorprendido a Sidious hasta dejarle en silencio y había abrumado y confundido los procesadores de 11-4D, pero Plagueis había continuado sin ayuda, permitiendo una y otra vez que Venamis muriera y volverá a la vida, hasta que los órganos del bith habían cedido y Plagueis le había concedido finalmente la muerte eterna.

Pero al haber obtenido el poder de mantener a otro vivo no había sido suficiente para él. Y así, después de que Sidious hubiera vuelto a Coruscant, se había entregado a internalizar esa habilidad, al manipular los midiclorianos que le animaban. Durante varios meses no había conseguido ningún progreso, pero al final empezó a percibir un cambio mesurado. Las cicatrices que habían crecido sobre sus heridas de repente habían empezado a suavizarse y desaparecer y él había empezado a respirar más libremente de lo que lo había hecho en veinte años. Empezó a sentir no sólo que sus tejidos dañados curaban, sino que su cuerpo entero se estaba rejuveneciendo. Bajo el transpirador, áreas de su piel estaban suaves y jóvenes y él sabía que al final dejaría de envejecer completamente.

Entonces, borracho del poder recién encontrado, había intentado un acto incluso más impensable: crear a un ser creado por él mismo. No meramente la fecundación de alguna criatura infeliz y estúpida, sino el nacimiento de un ser poderoso en la Fuerza. La habilidad de dominar la muerte había sido un paso en la dirección correcta, pero no era equivalente a la pura creación. Y así se había abierto (realmente, como si fuera invisible, o estuviera convertido) para informar a cada ser de su existencia y tener un impacto en todos ellos: muunoides o insectoides, protegido o desposeído, libre o esclavizado. Un guerrero agitando una bandera de triunfo en el campo de batalla. Un fantasma infiltrándose en un sueño.

Pero a la postre sin fin.

La Fuerza guardó silencio, como si huyera de él, y muchos de los animales de su laboratorio sucumbieron ante enfermedades horrorosas.

No obstante, ocho largas horas después, Plagueis permaneció convencido de que estaba al borde del éxito absoluto. La prueba estaba en el incremento de su propio número de midiclorianos. Y en el poder que sintió en Sidious cuando finalmente hubo vuelto a Sojourn. El lado oscuro de la Fuerza era suya para darle órdenes y, conjuntamente, algún día serían capaces de mantenerse con vida uno al otro y de gobernar la galaxia mientras les pareciera bien.

Pero aun tenía que informar a Sidious de esto.

Era más importante que Sidious permaneciera concentrado en manipular los sucesos del mundo profano mientras Plagueis estaba determinado a dominar el reino de la Fuerza, del que lo mundano era sólo un reflejo groso y distorsionado.

Sin duda, la luz se había extinguido, ¿pero durante cuánto tiempo y a qué precio?

Recordó un eclipse estelar del que había sido testigo en un planeta olvidado hacía mucho, cuya única luna era del tamaño perfecto y estaba a la distancia perfecta para ocultar la luz de la estrella principal del sistema. El resultado no había sido la oscuridad total sino la iluminación de una clase diferente, singular y difusa, que había confundido a los pájaros y había permitido que se vieran las estrellas en lo que habría sido a plena luz del día. Incluso totalmente bloqueada, la estrella principal había brillado desde detrás del disco del satélite y, cuando la luna continuó moviéndose había habido un momento de luz casi demasiado intensa para soportarlo.

Mirando al cielo oscurecido de Sojourn, se preguntó qué calamidad estaba planeando la Fuerza para que les visitara durante su retirada a él o a Sidious o a ambos por inclinar la balanza deliberadamente. ¿Estaba la retribución meramente esperando en las alas como lo había estado en Coruscant veinte años antes? Era una época peligrosa. Más peligrosa que sus primeros años como aprendiz cuando el lado oscuro podría haberle consumido en cualquier momento.

Por ahora, al menos, su convalecencia total casi se había com-

pletado. Sidious continuaba convirtiéndose en más poderoso como Sith y como político, con sus artimañas más intrincadas encontrándose con poca o ninguna resistencia. Y la Orden Jedi se estaba hundiendo…

El tiempo lo diría y el tiempo se estaba acabando.

El zabak dathomiriano estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de duracreto, relatando para Sidious la misión de vigilancia que había completado en el Templo Jedi, semanas antes, en el punto álgido de la Crisis Yinchorri.

—Me pone enfermo ver lo fácilmente que los reptiles infiltrados fueron engañados, Maestro, incluso por la mujer humana centinela de pelo claro que ellos pensaban que habían cogido por sorpresa fuera del Templo. Desde donde yo vigilaba vi que ella había fingido sorpresa cuando su sable láser no penetró el escudo de cortosis de su asaltante y que ella meramente estaba fingiendo estar inconsciente cuando los yinchorri la derribaron y ella le empaló con su hoja activada. —gruñó Maul, revelando sus dientes afilados—. Su estupidez me permitió deleitarme en el hecho de que su misión había sido comprometida, que los Jedi simplemente les estaban atrayendo a una trampa.

El Edificio LiMerge abandonado se había convertido en el hogar y centro de entrenamiento del asesino. Los Talleres y los bordes del cercano distrito Fobosi, en sus visitas nocturnas.

—¿Los Jedi se ganaron tu respeto? —preguntó Sidious, girando a su alrededor con la capucha de su capa levantada sobre su cabeza.

—Podrían haberlo hecho, de haber mostrado los infiltrados alguna habilidad. De haber estado yo liderándolos…

Sidious se detuvo.

—¿La misión habría sido un éxito? Con Caballeros y Padawans Jedi muertos. Y los niños masacrados.

—Estoy seguro de ello, Maestro.

—Sólo tú, contra los Maestros que forman el Alto Consejo.

—Al ocultarme y atacar podría haber matado a muchos.

Plagueis tenía razón, pensó Sidious. *Le he hecho orgulloso*.

La estratagema yinchorri había fallado, en cualquier caso. Jedi adicionales habían muerto, pero las muertes Jedi nunca habían sido la razón principal para instigar la crisis. Lo que importaba era que Valorum había triunfado, con algo de ayuda de Palpatine, era cierto, pero principalmente por sí mismo, al arreglárselas para atraer a los senadores Yarua, Tikkes, Farr y otros a su bando y establecer un embargo. Pero con su crédito político gastado, la posición de Valorum era más tenue que nunca. Incluso un rastro de escándalo y el Senado perdería la poca confianza que tenían en él.

—Eres formidable —dijo Sidious al fin—, pero no eres un ejército de un solo hombre y no he pasado años entrenándose sólo para hacer que te sacrifiques. Cuando te otorgué el título de *Darth*, no fue en recompensa por haber sobrevivido a misiones peligrosas, a morirte de hambre y a droides asesinos, sino por tu obediencia y lealtad. Sin duda tendrás amplias oportunidades de demostrar tus habilidades superiores a los Jedi, pero derrocar a la Orden no es tu obligación, a pesar de tu odio por ellos.

Maul bajó la cabeza, mostrando su corona de cuernos de punta afilada en su campo rojo y negro.

—Maestro. Con tal de que aquellos que lo hagan obtengan la alegría y la satisfacción que yo obtendría.

—Ya veremos, mi aprendiz. Pero hasta entonces, hay asuntos a los que necesitamos atender.

Hizo un gesto para que Maul se levantara y le siguiera hasta la mesa del holoproyector y la parrilla de transmisión, los mismos que el gran había dejado décadas antes, pero completamente modernizados y mejorados.

—Mantente fuera de la vista de las cámaras —dijo Sidious, indicando un lugar—. Por ahora, queremos mantenerte en reserva.

—Pero…

—Sé paciente. Tendrás una parte que jugar en esto.

Sidious se sentó en una silla de respaldo alto que le envolvía como un trono y tenía un control remoto construido en uno de los brazos, con sus pensamientos fijos en darle vueltas a lo que estaba a punto de

hacer. ¿Había sentido Plagueis la enormidad del momento en Naboo todos aquellos años antes cuando le había revelado su auténtico ser? ¿Cuando se había quitado, por primera vez, la máscara que llevaba en público? Tan fortalecido como podría haberlo estado, ¿había estado el momento también tintado por una especie de nostalgia? ¿Por la pérdida de algo tan personal, tan definitorio? Lo que había sido secreto nunca volvería a ser un secreto…

La comunicación cogió al virrey Nute Gunray en mitad de la comida y sin la tiara de solapas que le cubría las orejas y el collar ornamentado de piedrazul que le hacía parecer como un bufón.

—Saludos, virrey —dijo Sidious.

Las membranas de los párpados de los ojos carmesí del neimoidiano tuvieron un espasmo y su boca moteada se crispó.

—¿Qué? ¿Qué? Esta es una dirección segura. ¿Cómo…?

—No se moleste en rastrear el origen de esta comunicación —dijo Sidious, mientras los dedos grises y afilados de Gunray volaban a través del teclado de su holomesa—. Un rastro sólo le llevará en círculos y malgastará el tiempo limitado que tenemos.

—¿Cómo se atreve a entrometerse…?

—Recientemente, le envié un regalo. Un pylat de puntos rojos.

Gunray le miró.

—¿Usted? ¿Usted lo envió?

—Confío en que tuviera el suficiente sentido común para haberlo escaneado en busca de aparatos de monitoreo.

Gunray se giró para mirar a algo fuera de la cámara. Probablemente el propio pájaro con cresta.

—Por supuesto que sí. ¿Cuál fue su propósito al enviármelo?

Su acento alargaba las palabras y suavizaba el sonido de las *T*.

—Considérelo una muestra de mi aprecio por el trabajo no recompensado que ha hecho por la Federación de Comercio. El directorado no reconoce sus contribuciones.

—Ellos, esto es, yo… ¿Por qué se está ocultando dentro de la capucha de su capa?

—Es la vestimenta de mi Orden, virrey.

—¿Es usted un clérigo?

—¿Le parezco un hombre santo?

La expresión de Gunray se agrió.

—Demando ver su cara.

—Aun tiene que ganarse el privilegio de verme.

—¿Privilegio? ¿Quién se ha creído que es?

—¿Está seguro de que quiere saberlo?

—*Demando* saberlo.

La sonrisa de Sidious apenas escapó de la capucha.

—Eso es incluso mejor. Soy un Señor Sith.

Ahí está. Lo dije.

Lo dije.

—¿Un Señor Sith? —repitió Gunray.

La respuesta vino desde las profundidades de su interior, desde el centro de su auténtico ser.

—Tiene permiso para referirse a mí como Darth Sidious.

—No he oído hablar de Darth Sidious.

—Ah, pero ahora que lo ha hecho, nuestra asociación se ha forjado.

Gunray negó con la cabeza.

—No estoy buscando un socio.

Sidious mostró parte de su cara.

—No pretenda estar contento con su posición en la Federación de Comercio, o que no tiene aspiraciones. Ahora somos compañeros en el futuro.

Gunray hizo un sonido siseante.

—Esto es una broma. Los Sith han estado extinguidos durante mil años.

—Eso es precisamente lo que a la República y a la Orden Jedi les gustaría creer, pero nunca desaparecimos. A través de los siglos hemos escogido simplemente las causas y nos hemos revelado sólo a seres escogidos como usted mismo.

Gunray se echó hacia atrás en su silla.

—No lo comprendo. ¿Por qué yo?

—Usted y yo compartimos un interés ávido sobre adónde se dirige la República y he estimado que es la hora de que empecemos a

trabajar en concierto.

—No seré parte de ninguna conjura encubierta.

—¿De verdad? —dijo Sidious—. ¿Cree que de entre los millones de seres influyentes le escogería sin conocerle de arriba abajo? Me doy cuenta de que sus deseos voraces son el resultado de las condiciones crueles de su crianza. Usted y sus compañeros larvas en competición cruel por un suministro limitado de hongos. Pero lo comprendo. Todos estamos formados por nuestros deseos infantiles, por nuestra ansiedad de cariño y atención, por nuestros miedos de la muerte. Y a juzgar por lo lejos que ha llegado, está claro que no tuvo usted rival y continua sin tenerlo. Pongamos sus años en el Senado, por ejemplo. Las reuniones clandestinas en el Edificio Claus, el Restaurante Follin en el Corredor Carmesí, los fondos que desvió hacia Pax Teem y Aks Moe, los tratos secretos con los Holdings Damask, el asesinato de Vidar Kim…

—¡Ya es suficiente! ¡Ya es suficiente! ¿Pretende chantajearme?

Sidious retrasó su réplica.

—Quizás no me oyó cuando hablé de una asociación.

—Le oí. Ahora dígame qué quiere de mí.

—Nada más que su cooperación. Yo le traeré grandes cambios a usted y, a cambio, usted hará lo mismo por mí.

Gunray pareció preocupado.

—Clama usted ser un Señor Sith. ¿Pero cómo sé que lo es? ¿Cómo sé que tiene la habilidad de ayudarme?

—Le encontré un pájaro raro.

—Eso difícilmente valida su pretensión.

Sidious asintió.

—Comprendo su escepticismo. Podría, por supuesto, demostrar mis poderes. Pero estoy poco dispuesto a convencerle de ese modo.

Gunray sorbió por la nariz.

—No tengo tiempo para esto…

—¿Está cerca el pylat?

—Justo detrás de mí —concedió Gunray.

—Muéstremelo.

Gunray amplió el alcance de las cámaras de la holomesa para in-

cluir al pájaro, encaramado a una jaula que era poco más que un círculo de metal precioso, coronada con un generador de campo de estasis.

—Me preocupaba que, cuando lo sacara del hábitat de la jungla, muriera —dijo Sidious—. Y sin embargo parece estar en casa en su nuevo ambiente.

—Eso sugieren sus cantos —replicó Gunray.

—¿Y si le dijera que podría alcanzarlo a través del espacio y del tiempo y estrangularle donde está encaramado?

Gunray estaba aterrado.

—No podría. Dudo que incluso un Jedi…

—¿Me está desafiando, virrey?

—Sí —dijo de golpe. Y luego, con la misma rapidez—: No. ¡Espere!

Sidious se movió en la silla.

—Valora usted el pájaro. Este símbolo de riqueza.

—Soy la envidia de mis iguales por poseerlo.

—¿No generaría una auténtica riqueza una envidia incluso más grande?

Gunray se puso nervioso.

—¿Cómo puedo responder, cuando sé que podría estrangularme si me niego?

Sidious dejó escapar un suspiro elaborado.

—Los compañeros no se estrangulan los unos a los otros, virrey. Preferiría ganarme su confianza. ¿Está de acuerdo con eso?

—Podría estarlo.

—Entonces aquí está mi primer regalo para usted: la Federación de Comercio va a ser traicionada. Por Naboo, por la República y por los miembros del directorado. Sólo usted puede proporcionar el liderazgo que se necesitará para evitar que la Federación se fragmente. Pero primero debemos encargarnos de que sea ascendido al directorado.

—El directorado actual nunca le dará la bienvenida a un neimoidiano.

—Dígame qué haría falta… —empezó Sidious y luego se detuvo—. No. No importa. Déjeme sorprenderle al organizar un ascenso.

—¿Haría eso y no me pediría nada a cambio?

—De momento. Si me gano su total confianza y cuando lo haga, esperaré que se tome de todo corazón mis sugerencias.

—Lo haré. Darth Sidious.

—Entonces pronto volveremos a hablar.

Sidious desactivó el holoproyector y se quedó sentado en silencio.

—Hay un planeta en el sector Videnda llamado Dorvalla —le dijo a Maul un largo momento después—. No habrás oído hablar de él, pero es una fuente de mineral de lommite, que es esencial para la producción de transpariacero. Dos compañías, Lommite Limitada y Mineral InterGaláctico, controlan actualmente las operaciones de minería y transporte. Pero desde hace algún tiempo, la Federación de Comercio ha tenido sus miras en regentar Dorvalla.

—¿Cuál es tu deseo, Maestro? —preguntó Maul.

—Por ahora, sólo que te familiarices con Dorvalla, porque puede demostrar ser la clave para atrapar a Gunray en nuestras garras.

25: EL DISCRETO ENCANTO DE LA MERITOCRACIA

Un cuarteto más extraño no había puesto el pie, la panza, la garra y la mandíbula en Sojourn en veinte años. Una mujer theelin mestiza, su amo hutt, el mayordomo twi'leko y el jefe de seguridad chevin de este cruzaron el patio cubierto de hojas de la fortaleza y entraron en la sala de recepción de Plagueis. Con la excepción de la theelin, parecían como si pudieran haber vagado por los bosques de greel para confraternizar con las criaturas que habían construido sus nidos y madrigueras en los corredores húmedos y los altos torreones de la fortaleza.

Plagueis y 11-4D estaban esperando justo dentro de la entrada abierta de par en par.

—Bienvenido, Jabba Desilijic Tiure —dijo Plagueis a través de su máscara transpiratoria.

Los droides habían restaurado alguna apariencia de orden en la habitación y habían instalado mesas y sillas. La luz de la mañana entraba a través de las aberturas cuadradas en la parte alta de la pared y un fuego crepitaba en la chimenea de piedra.

—Es un placer verle de nuevo después de tantos años, Magíster Damask —dijo Jabba en un básico tosco.

El criminal atemporal se pasó la enorme lengua por los labios y maniobró su gran cuerpo de babosa en la plataforma baja que los droides habían erigido.

—Usted y su droide deben visitar mi pequeño lugar en Tatooine en el Mar de las Dunas del Oeste —añadió mirando a su alrededor.

—Algún día dentro de poco —dijo Plagueis mientras se sentaba en un sillón frente a la plataforma.

Como los toydarianos y los yinchorri, los hutts eran inmunes a las sugerencias de la Fuerza. De haber sabido Jabba con cuantos de su especie había experimentado Plagueis a lo largo de las décadas, podría no haber sido tan sociable, pero entonces la propia inclinación a la crueldad y la tortura del hutt era legendaria. Como atestiguaba un tatuaje en su brazo, sólo le importaban los miembros de su clan. Él no se molestó en presentar a sus subordinados por su nombre, pero como a menudo era el caso con muchos de los secuaces y maleantes de los que se rodeaba, dos de ellos tenían reputaciones que les precedían. El twi'leko de complexión rosácea era Bib Fortuna, un antiguo contrabandista de especia cuya especie le había vuelto la espalda. Alto y de ojos rojos, tenía unos pequeños dientes puntiagudos y unos lekku anchos y brillantes creciendo de su cráneo sin pelo que parecía como si hubiera sido rellenado inexpertamente con rocas. El chevin, un morro de dos metros de alto del que habían brotado brazos, piernas y cola, era Ephant Mon. Celebrado como guerrero entre los de su propia clase (y medianamente sensible a la Fuerza), llevaba una manta que alguien podría haber lanzado sobre él para ocultar su fealdad. Plagueis sabía por los contactos en la Federación de Comercio que Mon estaba involucrado en una operación de contrabando en la tecnofóbica Cerea, suministrando swoops a una banda de jóvenes agitadores.

La theelin le resultaba desconocida a Plagueis. Pálida y bien proporcionada, tenía un lustroso pelo naranja y unas bellas marcas púrpura que le bajaban por la cara y el cuello para desaparecer bajo un disfraz revelador.

—Diva Shaliqua —dijo Jabba cuando se dio cuenta que Plagueis la estaba estudiando—. Una cantante de la banda.

—Como sugiere su nombre.

—Un regalo de Ingoda, en lugar de los créditos que me debía. —Los grandes ojos de Jabba se posaron en la theelin—. Ella y Diva Funquita llegaron como una pareja, pero convertí a Funquita en un regalo para Gardulla con la esperanza de suavizar nuestra continuada rivalidad. —Gruñó—. Ese fue mi primer error. El segundo: presen-

tarle Shaliqua a Romeo Treblanc, que movería planetas por poseerla.

Notorio por sus apuestas, Treblanc era el dueño de la Casa de la Ópera Galaxias de Coruscant. Porqué Jabba elegía asociarse con jugadores y otros bajavida era un misterio para Plagueis. En cierto modo, el imperio ilícito del hutt era el inverso del de Hego Damask, donde, aunque no fuera por nada más, los criminales eran al menos políticos, jefes corporativos y financieros. Su venida a Sojourn era poco característica e inesperada.

—¿Está aquí para hablar de Treblanc o de Gardulla? —preguntó Plagueis.

Jabba reaccionó con enfado.

—Como siempre, directo al corazón del asunto. Pero puedo apreciar el hecho de que es usted un muun ocupado. —Se contoneó para ajustar su posición en la plataforma—. Sé que fue usted clave en darle vía libre a Gardulla para que utilizara Tatooine como su base de operaciones y para los eventos de las Carreras de Vaina hace treinta años. He venido hasta aquí para informarle a usted que Tatooine pronto tendrá un nuevo encargado. —Hizo un gesto hacia sí mismo—. Yo.

Plagueis no dijo nada durante un largo momento.

—Tenía la impresión de que Tatooine ya era tan suyo como de Gardulla.

—Las apariencias pueden ser engañosas —dijo Jabba—. He intentando minar la influencia de ella fomentando la desconfianza entre las llamadas Gente de las Arenas, los Incursores Tusken, pero el éxito en perseguirla hasta echarla del planeta me sigue esquivando.

Plagueis hizo un ajuste en la máscara respiratoria.

—¿Cómo puedo ayudarle?

Jabba le evaluó.

—Resulta que sé que Gardulla no ha sido capaz de pagar los préstamos que usted le extendió. Lo que gana con los eventos, como la Clásica Boonta Eve, lo pierde apostando.

—Eso es cierto —dijo Plagueis—. ¿Pero qué pasa con ello?

—Quiero que deje de darle fondos, de manera que yo pueda matarla de hambre.

Plagueis se encogió de hombros.

—Su información es incompleta, Jabba. No le he dado fondos a sus empresas en una década.

Jabba convirtió sus manos en puños por la furia.

—Usted tiene influencia sobre otros miembros del Clan Bancario y la Federación de Comercio que le están dando fondos.

Plagueis levantó la cabeza, como si tuviera una revelación.

—Ya veo. ¿Y qué puedo esperar a cambio?

—Para empezar, un porcentaje mejor de los beneficios de las carreras y de otras empresas.

Plagueis frunció el ceño con decepción.

—Debe saber que no tengo necesidad de créditos, Jabba. Y no habría venido *hasta aquí*, como dice usted, a menos que hubiera descubierto algunas cosas que podrían atraerme hacia su bando.

Jabba se movió, conteniendo su furia.

—A cambio de su ayuda, debilitaré la influencia de Sol Negro con el Directorado de la Federación de Comercio…

—No necesito ayuda. —Plagueis se inclinó hacia delante en el sillón—. ¿Qué sabe usted que yo no sé?

Jabba hinchó su cuerpo y luego permitió que el aire escapara de él con una risa prolongada y triste.

—Sé algo que usted podría no saber aun sobre Bando Gora.

Plagueis se levantó de alguna manera en la silla. Los asesinos Bando Gora odiosamente enmascarados se habían convertido en una creciente preocupación en el Borde Exterior, representando un problema para el liderazgo de algunos de los cárteles que Plagueis representaba.

—Ahora tiene mi interés, Jabba.

—El culto tiene una nueva líder —continuó Jabba, contento de tener la superioridad—. Una mujer humana, ha pactado un plan con Gardulla, un dug de Malastare llamado Sebolto y un senador de la República para distribuir barritas letales contaminadas, como un medio de suministrar a Bando Gora nuevos reclutas.

Plagueis se abrió con la Fuerza para mirar dentro del hutt. Jabba no estaba mintiendo.

—Esta mujer humana —dijo.

—He oído rumores.

De nuevo Jabba estaba diciendo la verdad.

—Los rumores serán suficiente por ahora.

El hutt se frotó sus manos regordetas.

—Su nombre era Komari Vosa y las noticias dicen que es una antigua Jedi.

Plagueis conocía el nombre demasiado bien. Unos diez años antes, Komari Vosa había sido una Padawan del Maestro Dooku.

Detrás de cada uno de los puestos de atraque de las plataformas flotantes de la Rotonda se extendían complejos de oficinas en forma de cuña de más de medio kilómetro de largo, donde los senadores se reunían unos con otros, entretenían a sus invitados y, en raras ocasiones, llevaban a cabo el trabajo para el que habían sido elegidos o nombrados. Algunas de las oficinas eran ambientes sellados, en las que se replicaban las atmósferas de los planetas miembros. Otras, especialmente aquellas que pertenecían a las especies colmena, estaban ocupadas por cientos de seres que llevaron a cabo sus deberes en cubículos que se parecían a celdillas nectarizadas. En comparación, la de Naboo era bastante prosaica en diseño y adornos y sin embargo no tenía rival en términos de número de visitantes de perfil alto que recibía.

—Estoy pensando en dejar la Orden —le dijo el Maestro Dooku a Palpatine en la habitación sin ventanas que era el estudio privado del senador—. Ya no puedo soportar las decisiones del Consejo y tengo que ser libre para decir lo que pienso sobre el estado deplorable de la República.

Palpatine no respondió, pero pensó: *Al fin*.

Con Darth Maul viajando hacia Dorvalla en su primera misión, Palpatine había estado preocupado toda la tarde y ahora la revelación de Dooku: largamente anticipada y sin embargo todavía una especie de sorpresa.

—Esta no es la primera vez que has estado exasperado con el Consejo —dijo cuidadosamente— y probablemente no será la última.

Dooku negó con la cabeza firmemente.

—Nunca más que ahora. Incluso después de Galidraan. No tengo recurso.

El frígido Galidraan había quedado atrás hacía años, pero para Dooku el incidente seguía siendo una herida abierta. Un gobernador local había tenido éxito en atraer a los Jedi a un conflicto con mercenarios mandalorianos que habían dejado once Jedi muertos y a los Auténticos Mandalorianos, principalmente inocentes de los cargos habían sido presentados contra ellos, les exterminaron, salvo por uno. Desde entonces, y en cada ocasión en la que Palpatine y él se habían encontrado, Dooku había empezado a parecerse cada vez menos a un Maestro Jedi y más al noble que habría sido en su Serenno natal. Meticulosamente acicalado, se conducía a sí mismo como un aristócrata, llevando túnicas y pantalones hechos a medida y una capa negra aterciopelada que le daba un aspecto elegante y teatral. La empuñadura ligeramente curvada de su sable láser también podría haber sido un respaldo, aunque se le conocía por ser uno de los duelistas más hábiles de la Orden. Y tras una máscara de arrogante cortesía, Palpatine sabía que era capaz de una gran crueldad.

—A petición del Senado —continuó Dooku—, el Consejo despachó a varios Jedi a Baltizaar y mi antigua Padawan consiguió de alguna manera acompañarles.

Palpatine asintió sombríamente.

—Sé algo de eso. El senador de Baltizaar pidió ayuda para frustrar los ataques de Bando Gora.

—Secuestradores y asesinos sádicos —dijo Dooku con furia—. Se necesitaba una acción militar, no una intercesión Jedi. Pero no importa, el Consejo accedió a la petición y ahora se cree que Komari Vosa y los otros están muertos.

Palpatine levantó una ceja.

—¿La joven que se enamoró de ti?

—La misma —dijo Dooku tranquilamente—. En Galidraan, ella luchó brutalmente contra los mandalorianos, casi como si fuera un intento de impresionarme. Como resultado, le dije al Consejo que ella no estaba lista para las pruebas y para la Caballería Jedi. Complicando su error inicial de despachar a los Jedi, el Maestro Yoda y

el resto se han negado a enviar refuerzos para buscar supervivientes.

Palpatine lo consideró.

—Si Baltizar pretendía ser otro intento de impresionarte, todo lo que Komari Vosa hizo fue demostrar que tenías razón sobre ella todo el tiempo.

Dooku le miró.

—Tal vez. Pero el fallo es mío. —Se pasó una mano sobre su barba corta—. A pesar de lo hábil que soy con un sable láser, he resultado ser un profesor ineficaz. El Maestro Qui-Gon Jinn se ha vuelto un renegado solitario y reservado. Y ahora Vosa… —Bufó—. Decliné ser un miembro del Consejo para dedicarme a la diplomacia y mira cómo ha resultado. La República se está deslizando más profundamente hacia el caos.

—Eres un único hombre contra una galaxia llena de sinvergüenzas —dijo Palpatine.

Los ojos de Dooku centellearon.

—Un hombre debería ser capaz de marcar la diferencia si es lo bastante poderoso.

Palpatine dejó que el silencio se demorara.

—¿Reclamarías el título de conde de Serenno?

—Por derecho de nacimiento. Mi familia está de acuerdo. Ahora simplemente es una cuestión de informar al Alto Consejo.

—¿Ha dejado alguien alguna vez la Orden?

—Diecinueve antes que yo.

—¿Has compartido tu descontento con alguno de ellos?

—Sólo con el Maestro Sifo-Dyas.

—Por supuesto.

Dooku levantó la mirada.

—Le preocupa que yo vaya a hacer algo drástico.

—¿Dejar la Orden no es lo bastante drástico?

—Teme que yo denuncie abiertamente al Consejo y que revele lo dividido que sus miembros están sobre responder al Senado. —Miró a Palpatine a los ojos—. Me siento tentado de unirme a tu causa.

Palpatine se tocó el pecho.

—¿*Mi* causa?

Dooku adoptó una mirada astuta.

—Entiendo la política, amigo mío. Sé que tienes que ser circunspecto sobre lo que dices y a quién. Pero que los planetas discriminados del Borde Exterior disfruten de algún apoyo se debe principalmente a ti. Hablas honestamente y abanderas a los desvalidos y puedes ser el único capaz de apartar a la República del borde del abismo. A menos, por supuesto, que hayas estado mintiéndome hace todos estos años.

Palpatine se tomó el comentario a broma.

—Quizás unas cuantas mentiras por omisión.

—Esas estoy dispuesto a perdonarlas —dijo Dooku—, tanto si nos convertimos en asociados como si no, además de ser aliados.

Palpatine entrelazó sus manos.

—Es una idea interesante. Tendríamos que ahondar en nuestras conversaciones, ser completamente honestos el uno con el otro, desnudar nuestros pensamientos y sentimiento más íntimos para determinar si realmente compartimos las mismas metas.

—Estoy siendo honesto cuando te digo que la República necesita ser destruida y reconstruida de nuevo desde los cimientos.

—Eso es difícil.

—Difícil, ciertamente.

—Podría requerir una guerra civil.

—¿Y a cuánto estamos ahora de eso? —Dooku guardó silencio durante un momento y luego dijo—: El Senado lucha con intentar solventar disputas que los Jedi a menudo vemos de primera mano. Las leyes que se cumplen sólo son la consecuencia de que hayamos empuñado nuestros sables láser.

—Fueron los Jedi los que juraron apoyar a la República.

—El lugar de la Orden en esto es una cuestión que Sifo-Dyas y yo hemos discutido infinitamente —le espetó Dooku—. Pero los miembros del Consejo no están inclinados de la misma manera. Están arraigados en una manera de pensar arcaica y son lentos en abrazar el cambio. —Hizo una pausa y adoptó una expresión siniestra—. No te dejes engañar, Palpatine. Ven tiempos oscuros delante. De hecho, piensan en poco más. Eso es por lo que han permitido que los

Jedi se lleguen a involucrar en conflictos provincianos como los de Galidraan, Yinchorr y Baltizaar, que son como fuegos nacidos de ascuas llevadas por el viento de una enorme llamarada justo más allá del horizonte. Pero en lugar de levantarse realmente contra la corrupción en la República, quizá disolviendo completamente el Senado durante un periodo de tiempo, han llegado a obsesionarse con la profecía. Esperan la llegada de un redentor profetizado que traerá equilibrio a la Fuerza y restaurará el orden.

—¿Un redentor? —Palpatine le miró con auténtica sorpresa—. Nunca has aludido a esta profecía.

—Ni lo haría ahora si todavía pensara en mí mismo como leal a la Orden.

—Nunca consideré que la Fuerza necesitara que la equilibraran.

El labio de Dooku se arqueó.

—La Orden interpreta que la profecía quiere decir que la marea oscura necesita ser detenida.

—¿Tú no lo aceptas?

Dooku tenía una respuesta preparada.

—Aquí está la verdad: los Jedi podrían cumplir la profecía por sí solos, si estuvieran dispuestos a desencadenar los poderes completos de la Fuerza.

—Los poderes completos de la Fuerza —dijo Palpatine—. Me temo que me he perdido.

Dooku dejó escapar un suspiro.

—Quizás es algo que tenemos que discutir en el futuro.

—¿Entonces has tomado tu decisión?

Dooku asintió.

—Si un Jedi más muere debido a la indolencia por parte de la República y la equivocación moral por parte del Consejo, dejaré el Templo y me negaré a mirar atrás.

Dooku apenas había dejado la oficina cuando Sidious estaba poniéndose su capa y dándose prisa por asistir a su próxima cita. Llamando a un taxi aéreo en la Plaza del Senado, le dio instrucciones al conduc-

tor gran de que le llevara al Espaciopuerto Tannik.

Relajándose en el asiento acolchado, exhaló en lo que le pareció la primera vez en todo el día. En el espacio de un año estándar había pasado de llevar dos vidas a arreglárselas para tener casi media docena: aprendiz de Plagueis, Maestro de Maul, distinguido senador, aliado del Canciller Supremo Valorum y líder de una cábala creciente de conspiradores que incluía a Pestage, Doriana, Greejatus (en la fila para reemplazarle en el Senado), al sensible a la Fuerza Sim Aloo, al analista de inteligencia Armand Isard, al senador de Eriadu Wilhuff Tarkin y al telépata umbarano Sly Moore, a quién había convertido en su ayudante encubierto.

Y llevando una doble vida propia: Dooku. Llevando a cabo asuntos Jedi mientras en los momentos privados flirteaba con el lado oscuro, hambriento por llevar el poder completo de la Fuerza al reino mundano, con su lenta reorientación siendo una inversión curiosa de la de Darth Gravid, cuyo deseo similar por alcanzar la preeminencia se le había ido de las manos.

Para los Jedi, el Maestrazgo se confería cuando uno alcanzaba una auténtica comprensión de los caminos de la Fuerza. Para los Sith, ese nivel de comprensión era meramente el principio. Las capas sencillas de la Orden Jedi anunciaban: *No quiero nada, porque estoy vestido con la Fuerza*. Las capas de los Sith: *Soy la luz en la oscuridad, la convergencia de las energías opuestas*. Y sin embargo, mientras que todos los Señores Sith eran poderosos, no todos eran brillantes o en completa posesión de los poderes que concedía el lado oscuro. Darth Millennial se había rebelado contra su Maestra, Darth Cognus, e incluso Plagueis hablaba de haber alcanzado un punto muerto filosófico con su Maestro, Tenebrous.

Un Lord Sith humano cuyo corto reinado había transcurrido unos cinco siglos antes, Gravid se había persuadido de creer que un compromiso total con el lado oscuro sentenciaría a la Orden Sith a una derrota final y de ese modo había buscado introducir el desinterés y la compasión Jedi en sus enseñanzas y prácticas, olvidando que no puede haber retorno hacia la luz para un adepto que ha entrado en el bosque oscuro, que el lado oscuro no renunciará a alguien a quién,

por acuerdo mutuo, ha reivindicado su derecho. Volviéndose crecientemente loco por sus intentos de estar a caballo entre los dos reinos, Gravid se llegó a convencer de que el único modo de salvaguardar el futuro de los Sith era ocultar o destruir los conocimientos que habían sido amasados a través de generaciones (los textos, los holocrones y los tratados) de manera que los Sith pudieran dar forma a un nuevo comienzo para ellos mismos que garantizaría el éxito. Parapetados dentro de los muros de un bastión que su aprendiz twi'leko, Gean, y él habían construido en Jaguada, había intentado eso y se pensaba que había destruido más de la mitad del almacén de artefactos antes de que Gean, demostrando una voluntad y un coraje consumados, se las había arreglado para penetrar los campos de Fuerza que Gravid había levantado alrededor de su fortaleza e intervenir, matando a su Maestro con las manos desnudas, aunque a costa de su brazo, su hombro y el lado izquierdo entero de su cara y su pecho.

Un Maestro Jedi de alto estatus, Dooku posiblemente ya tenía alguna comprensión teórica del lado oscuro. Quizás más, si había accedido a los Holocrones Sith guardados dentro del Templo. Con certeza, él podía ser una molestia para la República, aunque difícilmente un agente del caos, como lo habían sido Plagueis y Sidious. Aun así, sería interesante ver simplemente lo lejos que Dooku estaría dispuesto a ir…

Palpatine tendría que informar a Plagueis de su conversación. ¿O no? ¿Se le permitía alguna vez a un o una aprendiz ocultar sus conocimientos a su Maestro?

No. Nunca. Especialmente no cuando había una posibilidad de que Plagueis pudiera descubrir la apostasía de Dooku por sí mismo, de maneras que seguían siendo insondables.

Ejecutando una serie de maniobras imprudentes, el conductor gran había cambiado de líneas y estaba descendiendo rápidamente hacia el Espaciopuerto Tannik, una zona de atraque semicircular localizada al borde del distrito Manaai y estaba rodeada por todos lados por altas mónadas. Reservado para cargueros de bajo impacto, el puerto era

un paraíso para los miembros de las tripulaciones drogados y secuestrados, para trabajadores itinerantes y para inmigrantes indocumentados de diversas especies, la mayoría de los cuales estaban buscando un pasaje barato hacia planetas distantes.

Contento de estar libre del taxi aéreo, Palpatine se abrió camino entre las multitudes y fijó un curso hacia los cuarteles generales del Movimiento de Ayuda a los Refugiados, cuyas oficinas lúgubres estaban empotradas bajo el hueco del nivel superior del puerto. A medio camino de su destino, observó al corpulento naboo al que había venido a ver, de pie junto con su delgada esposa y dando órdenes a un grupo de jóvenes voluntarios.

—Ruwee —gritó Palpatine, adoptando una expresión de buen humor y agitando una mano en el aire.

El hombre giró ante el sonido de su voz y sonrió ampliamente.

—¡Palpatine!

Presidente del MAR, Ruwee Naberrie tenía una gran cabeza cuadrara, los labios finos, una cara afeitada y un pelo corto con flequillo. Un antiguo hombre de las montañas, un constructor de oficio, y un frecuente orador invitado en microeconomía en la Universidad de Theed, no se le engañaba fácilmente y su expresión por defecto era de sinceridad. La organización sin ánimo de lucro que dirigía estaba dedicada a proporcionar ayuda a los billones de residentes de los niveles inferiores de Coruscant.

—Qué feliz coincidencia —dijo Ruwee, estrechando la mano de Palpatine. Los dos naboo tenía una edad parecida, pero Ruwee era producto de la educación pública más que la serie de instituciones privadas a las que había asistido el joven Palpatine—. ¿Te acuerdas de Jobal?

Una mujer alta con una cara de forma triangular y unos ojos muy separados y compasivos, se permitía a sí misma envejecer con gracia, aunque su pelo largo todavía era oscuro y exuberante. Casada con Ruwee en un matrimonio concertado, era tan seria como lo era él y estaba igualmente comprometida con el movimiento de los refugiados.

—Por supuesto —dijo Palpatine. Inclinando la cabeza, él aña-

dió—: Madame Naberrie.

Ella hizo un movimiento para abrazarle, luego lo pensó mejor y simplemente le sonrió como saludo.

—Qué bueno es volver a verle, Palpatine.

Ruwee le tocó a él en la espalda.

—Nunca tuve la oportunidad de darte las gracias en persona por permitirme dirigirme al Senado por lo de la crisis de refugiados en Sev Tok.

Palpatine le quitó importancia.

—Fue un honor para mí estar afiliado con una causa tan digna. Hablando de lo cual, Onaconda Farr envía sus saludos.

—Rodia debe de estar orgullosa de él —dijo Ruwee—. Es uno de los pocos en el Senado que reconocen que la buena fortuna no se debe dar por sentada sino que debería servir como un impulso para traer consuelo a aquellos menos afortunados.

Palpatine sonrió tensamente.

—¿Qué le trae a los muelles, senador? —preguntó Jobal.

—Algo más que una coincidencia, milady. De hecho, una cuestión de la máxima urgencia que está relacionada con su hija, Padmé.

—Ella está aquí —dijo Ruwee.

Palpatine le miró.

—¿En Coruscant?

—Aquí, en Tannik. —Apuntó a un atracadero cercano, donde una enérgica chica de pelo oscuro estaba dirigiendo un palé antigravitatorio de comida hacia la bahía de un carguero que esperaba. Viendo a su padre, Padmé saludó con la mano.

—¿Quién es el joven que está con ella? —preguntó Palpatine.

—Ian Lago —dijo Jobal.

Palpatine agudizó su visión.

—¿El hijo del consejero del rey Veruna?

Jobal asintió.

—Se ha vuelto un poco enfermo de amor.

—¿Y Padmé por él?

—Esperamos que no —dijo Ruwee—. Ian es un buen chico, pero… Bueno, digamos que Kun Lago no se alegraría de saber que

su hijo ha estado confraternizando con el enemigo, por así decirlo.

Dándose cuenta de que el joven Ian estaba mirándole con repentino interés, Palpatine le devolvió la mirada durante un momento.

—Esto me trae directamente a la cuestión de mi visita —dijo entonces—. Como sin duda sois conscientes, nuestro rey me ha dado instrucciones de que apoye a la Federación de Comercio en la cuestión del impuesto de las zonas de libre comercio.

—Por supuesto que lo haría —dijo Ruwee con un desdén claro—. ¿De qué otro modo continuaría Veruna llenándose los bolsillos de sus ropajes con sobornos?

Palpatine asintió.

—Tú y yo somos de los nobles que sabemos eso. Pero ahora puede ser el momento para dejar que el resto de Naboo conozca sus secretos.

La expresión de Jobal se agrió.

—Si estás hablando de desafiarle en las elecciones que se acercan, estás afrontando una causa perdida.

—Le ruego que me perdone por estar en desacuerdo con usted, madame —dijo Palpatine—. Con discreción, ya me he aproximado a varios miembros del electorado y concurren en que Veruna puede ser derrotado por el candidato adecuado.

Cuando movió su mirada hacia Padmé, la boca de Ruwee se abrió de golpe.

—No puedes hablar en serio.

—Pero lo estoy haciendo, Ruwee. Miembro del Programa Legislativo Juvenil a los ocho años de edad. Una Aprendiz de Legislador completa a los once. Su trabajo con los refugiados en Shadda-Bi-Boran. Además, disfruta de más apoyo popular en Theed que la que ningún gobernador ha disfrutado en generaciones.

Jobal parpadeó y negó con la cabeza con incredulidad.

—Palpatine, ¡acaba de cumplir trece años!

Palpatine separó sus manos.

—Naboo ha elegido a reinas más jóvenes, milady. Y el suyo podría ser un reinado que dure cincuenta años. —Se negó a ceder ante Ruwee o Jobal—. La constitución tiene una provisión que permitiría

que la monarquía se volviera hereditaria para una dinastía digna. ¿Y qué familia hay más digna que los Naberrie?

Marido y mujer intercambiaron miradas.

—Eso es muy halagador, senador… —empezó a decir Jobal cuando Palpatine la interrumpió.

—Los naboo estamos exasperados con monarcas como Tapalo y Veruna. Padmé permitirá que Naboo se reinvente a sí mismo.

Ruwee lo meditó momentáneamente.

—Incluso si Padmé fuera a sopesar la idea, no estoy seguro de que se le pudiera persuadir de que apoye los impuestos de las zonas de libre comercio, sabiendo lo que eso podría significar para Naboo y otros planetas exteriores.

—No tendría que tomar una posición —replicó Palpatine—. Sólo necesitaría hacer campaña contra la corrupción y los tratos secretos y la avergonzante posición en la que Veruna ha colocado a Naboo.

Los ojos de Jobal se estrecharon con inseguridad.

—Aun a riesgo de poner el dedo en la llaga, senador, usted ayudó a poner a Veruna en el trono y ha sido su abogado desde entonces.

Palpatine negó con la cabeza.

—Nunca he sido un abogado. Siempre me he considerado un contrapeso y, en los últimos años, nos hemos encontrado en lados opuestos de casi todos los asuntos, incluyendo la biblioteca que él construyó y los créditos que derrochó para crear una fuerza espacial para Naboo. —Guardó silencio durante un momento y luego dijo—: Confíe en mí, Veruna puede ser derrotado.

De nuevo, Ruwee y Naberrie intercambiaron miradas preocupadas.

—Somos gente provinciana, Palpatine —dijo Ruwee al fin—. El mundo de la política… de la política galáctica, nada menos…

Palpatine comprimió sus labios.

—Lo comprendo. ¿Pero qué os impulsó a los dos a abandonar las montañas por Theed, sino Padmé y Sola y las oportunidad que podrían estar disponibles para ellas?

Palpatine sostuvo la mirada pensativa de Ruwee. *Está empezando a vacilar*.

—No querría hacer que Padmé pasara por esto sólo para verla perder, Palpatine.

Palpatine sonrió con placer.

—Trabajaré contigo para encargarnos de que eso no pase. No deseo hablar cuando no me corresponde, pero casi puedo garantizar también el apoyo del Canciller Supremo.

—¿Valorum conoce a Padmé? —preguntó Jobal con una sorpresa satisfecha.

—Por supuesto que sí. —Palpatine hizo una pausa—. Enfrentado en una competición con Padmé, quizás Veruna verá la luz y abdicará.

Jobal se rió y luego le mostró a Palpatine una mirada seria.

—Ha ido muy lejos, senador.

26: SU NATURALEZA BÁSICA

En un día claro, mirando hacia el noroeste a través de Los Talleres desde una sala diseminada de escombros en la azotea circular del Edificio LiMerge, Maul podía ver simplemente la elegante espira central del Templo Jedi, clavándose por encima del horizonte. Con su Maestro en ruta hacia Eriadu para asistir a la reunión de comercio que el propio Sidious había propuesto, el zabrak había adquirido la costumbre de subir hasta la azotea al menos una vez al día y, con los electrobinoculares en la mano, mirar a la distante espira con la esperanza de ver a un Jedi.

Pero eso no había pasado.

Si algún Jedi estuviera presente, estaría sentando en contemplación, como Maul sabía que también debería estar haciendo. O si no estaba meditando, entonces completando el trabajo en la moto deslizadora graciosamente curvada a la que había bautizado como *Bloodfin* o el droide llamado C-P3X, o perfeccionando su habilidad utilizando el lanzador de proyectiles montado en la muñeca conocido como lanvarok. Dedicarse a esas tareas habría provocado más aprobación en Darth Sidious que el que Maul mirara el pináculo ornamentado con aletas del Templo y soñara con el día en el que pudiera enfrentarse contra un Maestro Jedi. Pero desde su regreso de Dorvalla varias semanas estándar antes, había estado demasiado inquieto para sentarse con las piernas cruzadas sobre el suelo, sumergirse en el flujo del lado oscuro o pensar en los pla-

nos del droide sonda que Darth Sidious le había proporcionado antes de irse.

Cuando Maul reflexionaba en el tiempo que había pasado en Dorvalla, sus pensamientos no se concentraban en los asesinatos que había llevado a cabo. Había asesinado a muchos en su corta vida y no había nada en las muertes de Patch Bruit, Caba'Zan y los otros involucrados en el negocio de extraer mineral de lommite que les distinguiera de muertes anteriores. De hecho, la falta de cuidado de los mineros debería haberles condenado a muertes largas en vez de los finales rápidos que Maul les había dispensado. Lo que recordaba en su lugar era la sensación de participación que la misión le había proporcionado. No sólo había sido capaz de utilizar sus talentos para el sigilo, el seguimiento y el combate, sino que los había utilizado de una manera que impulsaba el Gran Plan Sith, como no había sido el caso durante sus años de entrenamiento en Orsis, o durante las correrías que Darth Sidious le había permitido hacer en otros planetas. A su regreso a Coruscant, el Señor Oscuro le había alabado, lo que, suponía Maul, debería haber sido suficiente recompensa. Y podría haberlo sido, de no haber llevado la misión a otra. Pero Darth Sidious le había excluido de participar en la operación de Eriadu y había sido vago sobre los planes futuros.

Como resultado directo de lo que Maul había conseguido en Dorvalla, Lommite Limitada y Mineral InterGaláctica se habían fusionado y su control había sido asumido por la Federación de Comercio, en lo que a cambio había resultado en el ascenso de Nute Gunray al directorado de siete miembros de la compañía. En conversaciones posteriores con el virrey, Darth Sidious había demandado que los neimoidianos sacrificaran voluntariamente uno de sus cargueros Lucrehulk, junto con un envío de lingotes de aurodioum, como medio para dar fondos a un grupo insurgente del Borde Exterior conocido como el Frente de la Nebulosa. Maul había estado desconcertado por la decisión de su Maestro de revelarse al líder del grupo, como Darth Sidious había hecho en su comunicación inicial con Gunray. Luego se desalentó cuando descubrió que el líder, un hombre humano llamado Havac, había traicionado a Darth Sidious

al intentar asesinar al Canciller Supremo Valorum en Coruscant. La comprensión de que a su Maestro se le podía engañar, que no era infalible, había tenido un efecto curioso en Maul. Le había causado *intranquilidad*, una repentina preocupación por la seguridad de su Maestro que se había entrometido en su habilidad de tranquilizar su mente y encontrar consuelo en el lado oscuro. No era miedo, porque el miedo era algo ajeno a la personalidad de Maul, sino un desasosiego preocupante. Desasosiego por el ser que una vez había intentado matar y al que quizás se *esperara que matara*. Todas estas semanas después, a veces todavía pasaba horas vagando por el Edificio de LiMerge como un animal doméstico percibiendo el olor de su dueño…

Sin embargo, cuando había expresado un deseo de tomar parte en la operación de Eriadu, incluso si eso sólo significaba ayudar a los neimoidianos en procurarle armas de las especies colmena o a comenzar las operaciones de fabricación en Alaris Prime y otros planetas remotos, su Maestro había rechazado la idea sin más.

No tienes papel en esto, le había dicho, sin explicación, y en compensación, resumió Maul, le había dado los planos del ojo oscuro.

El rechazo también había incitado preguntas de una clase nueva. De todos los seres de la galaxia, el Lord Oscuro le había elegido a *él* para que sirviera como su aprendiz y su sucesor eventual y, sin embargo, Darth Sidious había desatendido el equiparle con las mismas herramientas que necesitaría para continuar con el imperativo Sith. A pesar de todos sus intentos de familiarizarse con el terreno político y con las organizaciones criminales, algunas de las cuales estaban aliadas con Darth Sidious y otras contrarias a sus planes, tenía una comprensión limitada de cómo funcionaba precisamente la galaxia. Entendía que la guerra de los Sith era con la Orden Jedi más que con la República, pero no tenía una idea real de cómo se administraría la venganza.

¿Y si, entonces, más allá de lo esperado, le ocurriera algo desafortunado a su Maestro? ¿Había un plan de contingencia? A diferencia de Darth Sidious, que se enmascaraba como el senador Palpatine de la República y debatía asuntos complejos en el Senado, Maul carecía de una identidad secreta. Con sus ojos amarillos y una

máscara de símbolos mágicos arcanos negros y rojos en cabeza con cuernos, todo lo que podía hacer era rondar los límites de Los Talleres en lo más profundo de la noche sin inspirar miedo en casi todos los seres que le veían.

Maul había esperado que su vida cambiara cuando Darth Sidious le había trasladado a Coruscant. Pero, de muchas maneras, el movimiento le había parecido como un regreso a sus días como recluta de combate en Orsis, esperando a que le permitieran luchar, recibiendo alabanzas y recompensas, sólo para que le ordenaran que entrenara más duro. Las visitas ocasionales de su Maestro le habían permitido soportar el aislamiento y la superficialidad de su existencia. Sólo cuando su instrucción en las artes Sith había empezado, se había sentido singular, con sentido…

Pero no carecía completamente de esperanza.

En ocasiones, Darth Sidious aludía a una misión de la mayor importancia que necesitarían llevar a cabo juntos. Una que requeriría que hicieran uso de todos sus poderes. Aun tenía que proporcionarle detalles, incluso con respecto a los estudios de Maul. Pero continuaba implicando que la misión era inminente. Y cada vez más y más, Maul sentía que era algo conectado con el planeta natal de su Maestro, Naboo.

Al ser su presencia requerida por el rey Veruna, Palpatine interrumpió su viaje hacia la reunión de Eriadu para detenerse en Naboo. El espaciopuerto estaba lleno de naves de diseño inusual y Theed estaba repleta de ciudadanos que habían llenado las calles y callejuelas que rodeaban la Plaza del Palacio para oír hablar a la joven Padmé Naberrie. En marcado contraste con el entusiasmo alegre demostrado por las multitudes, y aparentemente organizado como una especie de contraevento, la sala del trono del palacio era la escena de un festín extravagante, al que asistían la mayoría de los partidarios corruptos de Veruna en el electorado y varias docenas de personajes dudosos extranjeros. El anuncio de la llegada de Palpatine en la sala se encontró con insinuaciones silenciosas y risas maliciosas que continuaron

mientras fue conducido hacia un lugar en la mesa del rey, frente a Veruna y colocado entre Kun Lago y la jefa de seguridad Magneta.

Haciendo gestos con su cetro real según las buenas costumbres, Veruna saludó a Palpatine con una sonrisa exagerada.

—Bienvenido, Palpatine. —La bebida le había dado una ligera mala pronunciación a su discurso. Dando palmadas añadió—: Traed vino para el celebrado senador de Naboo.

—Gracias, Majestad —dijo Palpatine, siguiéndole el juego a la insinceridad de Veruna—. No he tomado vino de flores durante demasiado tiempo.

Veruna golpeó con un puño la larga mesa de madera.

—Entonces traedle dos copas y haced que siga viniendo hasta que su sed se apague.

Palpatine se echó hacia atrás en su silla mientras los sirvientes se daban prisa por honrar la orden de Veruna. Ambos extremos de la mesa estaban bloqueados por seres que él conocía por su reputación más que por amistad. Lejos hacia la derecha de Veruna estaba sentado Alexi Garyn, jefe del sindicato del crimen Sol Negro, y a su izquierda, elevada sobre cojines duraderos y extrayendo humo de una pipa de agua, se arrellanaba una hembra hutt llamada Gardulla, de Tatooine. Entre el séquito de seres de ella había dos humanoides cuyos uniformes marciales les identificaban como miembros del grupo terrorista Bando Gora.

Más munición para Padmé Naberrie, pensó.

—Dinos, Palpatine —dijo Veruna, después de limpiarse la boca en la manga de su túnica chillona—, ¿qué te impulsó a proponer esta reunión en Eriadu?

Palpatine ignoró las copas de vino.

—La reunión proporcionará una oportunidad para que todos los implicados expongan sus pensamientos y sus quejas respecto al impuesto de las zonas de libre comercio.

—Estoy seguro de que tus amigos de la Federación de Comercio estarán muy agradecidos.

Palpatine esperó a que las risas terminaran, complacido de encontrar que la conversación se dirigía en la dirección que había esperado

que fuera.

—Naboo tiene mucho en juego en lo que salga de la reunión, Majestad.

—Ah, entonces organizaste esto por el bien de Naboo. —Veruna levantó su voz de manera que todo el mundo en la mesa pudiera oírle—. ¡Palpatine hizo esto por preocupación por Naboo! —Su expresión se endureció mientras él se inclinaba hacia delante—. Y sin duda estabas pensando en Naboo cuando te aproximaste a los Naberrie para que hicieran que su hija se oponga a mí en las próximas elecciones.

—Piénsatelo dos veces antes de negarlo —le dijo tranquilamente Magneta.

—Mi hijo —añadió Lago inclinándose— estaba presente cuando les presentaste la oferta.

—Con Padmé Naberrie, si no estoy equivocado —dijo Palpatine como en una conspiración.

Mientras Lago estaba intentando salir de su desconcierto, él miró a Veruna.

—Discutimos el movimiento de refugiados.

El monarca le miró y luego hizo un gesto despectivamente con los dedos.

—Lo hecho, hecho está. Y me temo que eso te incluye a ti, senador. —Haciendo un gesto amplio en dirección a la Plaza del Palacio, dijo—: ¿Realmente crees que esa pequeña advenediza política puede derrocarme? ¿La hija de los campesinos de las montañas?

Palpatine se encogió de hombros.

—Las multitudes a las que ha atraído parecen pensar eso.

—Idealistas —dijo Veruna, burlón—. Retrógrados. Sueñan con el Naboo de hace cincuenta años, pero no están a punto de conseguir sus deseos. —Su dedo se clavó en el aire delante de la cara de Palpatine—. Mi primer acto oficial tras mi reelección será llamarte de vuelta como senador. —Miró a Lago—. Kun será el nuevo representante de Naboo.

Palpatine frunció el ceño con burlona decepción.

—Janus Greejatus sería una mejor elección.

Veruna se puso nervioso.

—¡Una recomendación para ti es una condena! Y te sugiero firmemente que permanezcas en Coruscant, porque ya no serás bienvenido en Naboo. —Bajó la voz—. Ten en mente que tengo información que puede arruinarte, Palpatine, del mismo modo que tú, los Naberrie y el resto estáis intentando arruinarme a mí.

La mesa quedó en silencio cuando un escuadrón de cazas N-1 pasó a toda prisa tras las ventanas arqueadas para interrumpir el mitin de la plaza.

Palpatine conjuró una sonrisa.

—Los naboo estarán complacidos de ver que vuestra fuerza espacial vale para algo, majestad.

La cara hinchada de Veruna enrojeció.

—Más de lo que sabes. Te dije que pretendía terminar nuestro acuerdo con la Federación de Comercio y Hego Damask y así lo haré.

Palpatine miró a la hutt y a sus subordinados de Bando Gora.

—Con la ayuda de vuestros nuevos asociados. ¿Y qué haréis? ¿Perseguir a los cazas de la Federación de Comercio hasta echarles del sector Chommel? ¿Desafiar abiertamente a Damask?

—Damask ha traicionado a todo el mundo. Pregúntale a Gardulla. Pregúntale a Alexi Garyn. El muun debería haber aprendido la lección hace treinta años de los grans que le fijaron como objetivo.

Palpatine se complació en secreto por el comentario. *Y tú cometes los mismos ilustres disparates que cometieron ellos*.

—¿Qué os hace pensar que no aprendió?

Veruna empezó a hablar, pero se tragó lo que tenía en mente y empezó de nuevo.

—Desde este punto, Naboo administrará sus propios recursos. Gardulla y Sol Negro supervisarán la exportación de plasma y las importaciones de bienes y los Bando Gora protegerán nuestros intereses en las líneas espaciales. Es una pena que no seas parte de ello.

—Una pena, desde luego —dijo Palpatine, poniéndose en pie—. Hasta que llegue el momento en el que me reemplacéis, majestad, continuaré actuando en el mejor interés para Naboo, en Eriadu y en Coruscant. En el caso de que vea a Damask, me aseguraré de decirle que subestimó… vuestras ambiciones.

Veruna cruzó la mirada con él.

—No te preocupes excesivamente, Palpatine. No le volverás a ver.

Con el transpirador fijado a su cara, Plagueis se movió con propósito ágil a través de las salas de piedra fría que habían albergado treinta años de experimentos. La mayoría de las jaulas y las celdas estaban ahora vacías. Y los cautivos que habían contenido, liberados. Él se preguntó si los bosques de greel de Sojourn se convertirían en una especie de laboratorio, un gran medio de madera escarlata para la evolución mutante. UnoUno-CuatroDé se cruzó con él de camino al patio, con cajas de almacenamiento de aleación apiladas hasta muy alto en su cuarteto de apéndices.

—Asegúrate de que todos los datos han sido borrados permanentemente —dijo Plagueis.

El droide asintió.

—Me aseguraré de ello por tercera vez, Magíster Damask.

—Y CuatroDé, llévale mis instrucciones a los Guardias del Sol de que contactaré con ellos en Thyrsus.

—Me encargaré de ello, Magíster.

Plagueis entró en la habitación que había servido como su cámara de meditación. Aunque el espacio de techos altos ya estaba fijado en su memoria, estudió las pocas piezas decorativas en silencio, como si buscara algún detalle que se le hubiera escapado. Sus ojos se detuvieron en la pequeña antecámara en la que Sidious y él habían estado sentados cuando habían llevado a cabo el camino y la fortaleza de ese recuerdo fue tal que se vio catapultado hacia un momento de intensa ensoñación.

Durante algún tiempo, había sido consciente de que Sidious se había vuelto crítico con su fijación con descubrir los secretos de la vida y la muerte. Con certeza Sidious sentía como si Plagueis se hubiera convertido a sí mismo en gran parte en un proyecto, descuidando a menudo el Gran Plan, que Plagueis había llegado a colocar más importancia en su propia supervivencia que en la de los Sith. Mientras tanto, sobre Sidious había recaído la responsabilidad

de organizar y ejecutar las conjuras que les colocarían a los dos en el poder en Coruscant. Sidious dirigiendo los sucesos galácticos en gran parte del mismo modo en el que Plagueis estaba gestionando las corrientes del lado oscuro. Y sin embargo los arreglos eran como debían ser, porque Sidious tenía un don para el subterfugio que superaba los talentos de cualquiera de los Señores Sith que le habían precedido, incluyendo a Bane.

Plagueis encontró irónico el hecho de que Sidious hubiera llegado a sentirse con respecto a él como él mismo se había sentido con respecto a Tenebrous al final de su largo aprendizaje. Tenebrous confiaba más en la ciencia bith y las proyecciones de los ordenadores que en las artes Sith… Pero Plagueis también comprendía que había llegado el momento de que él se reuniera al mundo y de que estuviera con Sidious para ver dar frutos a la fase más importante del plan: la ascendencia de Palpatine a la cancillería y al nombramiento sin precedentes de Hego Damask como cocanciller de la República. El atemporal Hego Damask, como al final emergería. Cuando eso hubiera quedado atrás, podrían volverse hacia la tarea más grande de aniquilar a la Orden Jedi.

Los titubeos del Maestro Dooku sobre dejar la Orden no eran una sorpresa. Yoda había sacado a Dooku de Serenno, pero no había sido capaz de sacar a Serenno de Dooku. Veinte años antes, Plagueis había visto los indicios del lado oscuro en él y había intentado desde entonces (cuando y donde había sido posible) coaccionar a más de aquellos poderes latentes a salir a la superficie. En Galidraan, con la asociación clandestina del gobernador local y de los miembros de la Guardia de la Muerte para atraer a los Jedi a una confrontación final sin esperanzas con los Auténticos Mandalorianos. En Yinchorr y en Malastare. Y más recientemente, a través de los esfuerzos de Sidious, en Asmeru y Eriadu. Ya poderoso en la Fuerza, entrenado en combate y también un diplomático, Dooku podría haber sido un compañero poderoso en circunstancias diferentes. Excepto por el hecho de que Dooku, a diferencia del zabrak dathomiri a quien Sidious había entrenado, nunca se habría contentado con servir como aprendiz o mero asesino. Demandaría convertirse en un auténtico Sith y eso crearía problemas.

Un curso de acción mejor sería permitirle a Dooku que encontrara su propio camino hacia el lado oscuro, a través de cualquier versión que pudiera ser accesible para él a través del estudio de los Holocrones Sith que los Jedi poseían. Era mejor hacer que dejara la Orden por decisión propia y se convirtiera en el benevolente portavoz de los discriminados, como uno podría esperar de un ser de su estatus. Sí, era mejor dejarle que persuadiera a planetas y sistemas para que se independizaran de la República y fomentara una guerra civil a la que se podía atraer a los Jedi…

La repentina cacofonía de las bocinas detuvo repentinamente sus reflexiones.

El tiempo se acaba.

UnoUno-CuatroDé volvió, moviéndose rápidamente para ser un droide.

—Cinco naves de guerra han sido detectadas, Magíster.

—Antes de tiempo.

—Quizá sus enemigos recibieron datos de inteligencia de que su plan de ataque se había comprometido, Magíster.

—Una especulación inteligente, CuatroDé. ¿Está lista la nave?

—Esperando, Magíster.

Después de una mirada final a su alrededor, Plagueis se dio prisa por salir por la puerta abierta de par en par que llevaba al patio, donde la esbelta nave estelar diseñada por Rugess Nome y construida por Raith Sienar estaba esperando. Estilizado débilmente como una nave correo que había sido común durante el antiguo Imperio Sith, el Infiltrador todavía parecía como si hubiera salido del pasado. Justo por debajo de los treinta metros de largo y con forma de un dardo arrojadizo, tenía dos alas cortas donde podrían haber estado las plumas de la cola, sobresaliendo de un módulo de mando redondo y terminando en aletas curvadas del radiador que encerraba el módulo entre paréntesis cuando se desplegaban. Pero lo que hacía única a la nave era su sistema de ocultación abastecido por cristales estígios que ocupaba gran parte de la proa larga y afilada del fuselaje.

Cuando Plagueis entró en la cabina, 11-4D abandonó la silla del único piloto por uno de los asientos que se alineaban en la circunfe-

rencia trasera del módulo.

—Los sistemas están conectados, Magíster.

Doblándose sobre sí mismo en la silla giratoria, Plagueis se aseguró el arnés, sujetó con sus manos la palanca y levantó la nave, que trazó una espiral mientras ascendía por encima de los altos muros de la vieja fortaleza antes de lanzarse como un cohete hacia el cielo opaco de Sojourn, invisible para cualquier escáner que pudiera estar apuntado hacia abajo. Los primeros rayos de energía de la flotilla enemiga ya estaban trazando líneas en los bosques de greel, derribando la vegetación y provocando incendios. Otra extinción para algunas de las criaturas que habían sido clonadas exclusivamente para la luna, pensó Plagueis. Una segunda ofensiva de rayos láser alcanzó a la torre donde él había pasado tantas horas en contemplación, tumbándola sobre el patio. Fuera del Infiltrador, el aire se estaba volviendo cálido y las corrientes de aire que se sacudían estaban siendo agitadas por lo que había sido desencadenado desde arriba. Lejos a estribor, la luz de la estrella centelló antes de ocultarse tras una nave de ataque que estaba corriendo hacia la superficie.

Las baterías turboláser de tierra empezaron a responder con fuego recíproco, haciendo que pareciera como si el cielo estuviera en guerra consigo mismo. Al borde del espacio, florecían explosiones de corta duración, cuando los escudos de las naves que eran el objetivo se sobrecargaban. Pero otras rompían las andanadas, con sus armas reduciendo ringleras de bosque a cenizas y haciendo volar enormes trozos de roca del acantilado. El suelo se estremecía y grandes columnas de humo salían hacia arriba. Un emplazamiento de armas y luego otro explotaron, llevándose con ellos un muro entero de la fortaleza.

Plagueis estudió las pantallas de la cabina mientras el Infiltrador continuaba ganando elevación y velocidad, corriendo a través del humo y las nubes que se dispersaban.

—Las coordenadas de la reunión ya están programadas en el ordenador de navegación —dijo 11-4D desde detrás de él—. La frecuencia de comunicación también está prefijada.

Plagueis se giró hacia el ordenador de navegación mientras los impactos sacudían la nave. Había colocado una mano sobre el teclado

del aparato cuando el cielo pareció parir a una esfera de luz cegadora. Siguiendo a un momento de absoluta quietud, una cascada de energía infernal descendió sobre lo que quedaba de la fortaleza y anillos concéntricos de poder explosivo radiaron hacia fuera, arrasándolo todo en un radio de veinte kilómetros desde la zona cero. El Infiltrador fue levantado como un pájaro atrapado en una corriente termal y, durante un momento, todos los sistemas fallaron.

Plagueis estaba sentado con furiosa incredulidad.

De alguna manera, Veruna y sus cohortes (Gardulla, Sol Negro y los Bando Gora) habían puesto sus manos en un aparato nuclear proscrito. Ningún Guardia del Sol podría haber sobrevivido a la explosión. Pero entonces, ninguno merecía sobrevivir. Las armas nucleares eran pocas y los echani obviamente habían descuidado comprobar a los pocos suministradores del mercado negro que tenían acceso a ellas.

Un pilar de fuego y humo rodante estaba escalando hacia el cielo, desplegándose en la atmósfera cada vez menor para convertirse en una nube con forma de hongo. Los bosques de greel eran yermos ennegrecidos. La fortaleza estaba destruida y convertida en cristal. Profundamente conmovido, Plagueis comprendió que no había experimentado unas emociones tan poderosas desde que se había despedido de Mygeeto tantas décadas antes y se había colocado bajo el cuidado de Darth Tenebrous.

Sin desviarse de su curso, el Infiltrador se elevó sobre la turbulencia. Las estrellas se encendieron para ser visibles y la nave estuvo de repente libre de la gravedad de la luna y arrastrada hacia el abrazo poderoso del padre de Sojourn. Apenas había entrado en el lado nocturno del planeta cuando el panel de comunicaciones lanzó un tono urgente.

—Magíster Damask, no encontramos rastro de su nave en ninguno de nuestros escáneres, pero confiamos en que esté ahí fuera en alguna parte.

Plagueis desconectó el aparato de ocultación de la nave y se giró hacia el panel.

—*Joya Estelar*, aquí Damask. Sus escáneres deben de ser capaces de

encontrarnos ahora.

—Afirmativo, Magíster Damask. Tiene permiso para proceder hacia la Bahía de Atraque Cuatro.

Un crucero espacial de tamaño inmenso y de diseño ostentoso se podía ver flotando a media distancia. Con forma de cabeza de flecha, la nave estaba pesadamente armada y lo bastante grande como para acomodar a media docena de cazas estelares. Mientras Plagueis estaba maniobrando hacia ella, los altavoces del panel de comunicaciones estuvieron traqueteando con una risa resonante.

—Espero persuadirle un día para que comparta el secreto de su nave invisible, Magíster Damask.

—Aprecio su puntualidad, Jabba Desilijic Tiure. Igual que los datos avanzados de inteligencia que me permitieron evitar el ser atomizado.

—De ese modo se solidifican las asociaciones duraderas, Magíster. ¿Cuál es nuestro destino?

—Coruscant —dijo Plagueis—. Pero tengo un favor más que pedir antes de que lleguemos.

—Dígalo simplemente y estará hecho.

—Entonces prepare una comunicación con Naboo. El rey Veruna necesita ser informado de lo que se han buscado él y sus confederados.

Jabba se rió a carcajadas otra vez.

—Será un placer.

27: CALIBRACIONES

Hego Damask no tenía simplemente un ático en Coruscant. Poseía un edificio entero. Mientras que no era tan grande como el República 500, las Espiras Kaldani era la dirección más deseada del Centro Galáctico fuera del Distrito del Senado. Alzándose sobre la Plaza del Monumento, el edificio majestuoso era un ejemplo tan bueno de la arquitectura del Periodo Hasennan como se podía encontrar en el planeta y, desde sus suites más altas, los residentes podían ver desde las cumbres de las Montañas Manarai claramente hasta el Mar Oeste, únicas muestras de roca desnuda y de agua en superficie de Coruscant. Un vecindario que no era para políticos ni para los recién llegados, el distrito estaba enfocado a la ciudadanía de sólida riqueza ancestral: financieros, jefes corporativos, industriales y banqueros.

La residencia de Damask ocupaba toda la cima de las Kaldani.

Un par de Guardias del Sol subieron con Palpatine en el turboascensor privado, sólo para entregarle a otro par estacionados en el atrio lleno de luz del ático. Pero fue el droide 11-4D el que le escoltó hasta el estudio de Damask, que estaba oscurecido por unas altas cortinas brocadas y lleno de obras de arte galáctico. El propio muun enmascarado se elevó de un sillón fastuoso para saludar a Palpatine cuando le llevaron a la habitación.

—Maestro —dijo Sidious entrelazando sus manos delante de él e inclinando la cabeza.

Plagueis bajó la cabeza en un gesto de respeto mutuo.

—Bienvenido, Darth Sidious. Me alegro de verte.

Como la habitación era lo opuesto a la que a menudo se había confinado en Sojourn, Plagueis ya no parecía como el místico de ojos muy abiertos que había parecido sólo unos meses antes. Excepto por tener que llevar el aparato respiratorio, le pareció a Palpatine como una versión ligeramente más vieja del muun que le había visitado en Naboo tantísimas décadas antes.

Los dos Sith se movieron hacia una zona hundida de la habitación se sentaron el uno frente al otro. Plagueis llenó dos vasos con un vino claro y le entregó uno a su aprendiz. Hizo que su acto de beber a través de sus pasajes nasales pareciera casi rutina.

—Después de Sojourn, encontré en cierto modo trastornador estar de vuelta en el mundo más grande.

—Maestro, siento no haber sido el primero en advertirte del ataque —dijo Sidious—. No creí que Veruna tuviera el coraje de llevar a cabo sus veladas amenazas. Quizás le empujé demasiado.

Un largo momento de silencio pasó entre ellos.

—Lo que hiciste y no hiciste es inmaterial —dijo Plagueis al fin—. Al suceder cuando ocurrió, casi en el preciso mismo momento en el que los miembros del Directorado de la Federación de Comercio se estaban encontrando con sus destinos, el ataque fue obra de la Fuerza, especialmente, poniendo a prueba nuestras ambiciones. —Tomó más vino y dejó su vaso—. Yo nunca habría tenido el ánimo de destruir Sojourn, aunque había que hacerlo. Y así la Fuerza se encargó de ello. El incidente nos recuerda la necesidad de estar preparados para repentinas eventualidades, tanto si son armoniosas o contrarias para nuestros planes, y de acatar las circunstancias.

—Y ahora tenemos una justificación para devolver el golpe —dijo Sidious.

—Ya no necesitamos justificar nuestras acciones ante nadie. Pero ten en mente lo que te dije hace tanto tiempo: al matar a uno, podemos asustar a muchos.

Sidious asintió.

—Tenemos una gran deuda con Jabba.

—Hablé brevemente con Veruna desde la nave hutt.

Sidious sonrió ligeramente.

—Lo sospeché cuando descubrí justo antes de la reunión que había abdicado y que Padmé Naberrie había sido nombrada reina. Aparentemente se ha ocultado en el Extremo Oeste de Naboo.

—Eso no es esconderse —dijo Plagueis con una nota de amenaza—. ¿Todo fue bien en Eriadu?

—Mejor de lo esperado, debido a que los Jedi corrían en círculos y se convencieron de que Valorum era el objetivo. Saboreé su desalentada incredulidad al descubrir que los droides habían vaciado sus armas sobre los miembros del directorado. Al final, los líderes del Frente de la Nebulosa murieron también y nuestro amigo Wilhuff Tarkin le está poniendo las cosas difíciles a los investigadores de la República. Pronto el aurodium robado del carguero de la Federación de Comercio será descubierto invertido en Envío y Transporte Valorum, haciendo que parezca que la presión del Canciller Supremo para el impuesto estaba motivada por la avaricia y el enriquecimiento ilegal. Está destruido. Incluso su poder para desplegar a los Jedi o los Judiciales le será arrebatado.

Los ojos de Plagueis se estrecharon.

—¿Y Gunray?

—Precisamente donde le queremos: líder por defecto de la Federación de Comercio y ocupado adquiriendo las armas droide que el Senado sancionará. Donde los neimoidianos deberían estar agradecidos al senador Palpatine por proponer la reunión y en su lugar están furiosos. Todo está en su lugar para lanzar el bloqueo.

—Casi todo —dijo Plagueis—. Primero, está la cuestión de nuestra venganza.

—¿Debo encargarle a Maul que le haga una visita a Veruna?

Plagueis negó con la cabeza.

—Pretendo verle personalmente. ¿Es capaz el zabrak (Maul, como tú le llamas) de tratar con Alexi Garyn y sus Vigos?

—No nos fallará.

Plagueis consideró eso durante un momento.

—El Infiltrador —dijo entonces— descansa bajo vigilancia en el Puerto Estelar Championne Oeste. Haz que Pestage transporte la

nave hasta el Edificio LiMerge, de manera que puedas presentárselo como un regalo a tu aprendiz. Yo te proporcionaré información sobre el paradero actual de Garyn.

—Eso deja sólo a la hutt y a Bando Gora —dijo Sidious.

—Le he prometido Gardulla a Jabba. En cuanto a los Bando Gora... —Plagueis se levantó de la silla, caminó hacia las ventanas con cortinas y miró fuera—. Hay un rumor digno de investigar de que la antigua aprendiz del Maestro Dooku, Komari Vosa, no sólo está viva sino que es la nueva líder del culto y está ansiosa por vengarse de la Orden Jedi por haberles abandonado a ella y a sus compañeros en Baltizaar.

—Vosa volviéndose al lado oscuro —dijo Sidious, como si pensara en voz alta—. Dooku la entrenó mejor de lo que piensa.

—Sí, pero es una Jedi caída, no una Sith. Nos vengaremos de los Bando Gora en otro momento.

Sidious se puso en pie y se reunió con Plagueis junto a las cortinas abiertas.

—Informaré al virrey Gunray de que prepare sus naves armadas para reubicarse en el sistema Naboo.

En un hangar en un nivel medio en el Edificio LiMerge, Sidious vio a Maul subir las últimas piezas de su equipamiento y los dispositivos hechos a mano en el Infiltrador, que, como la moto deslizadora del zabrak, ahora tenía un nombre: *Cimitarra*. Cerrando la escotilla de carga en la porción delantera del casco, Maul retrocedió para admirar la nave, luego se giró hacia Sidious y se arrodilló.

—No soy merecedor de tal regalo, Maestro.

Sidious le fulminó con la mirada.

—Si te sientes así, entonces demuéstrate tu valía a ti mismo y a mí teniendo éxito en tu misión.

—Eso lo prometo.

Sidious le miró cuidadosamente.

—Necesitamos desmantelar el cártel criminal de Sol Negro. Los Vigos tenían fuertes vínculos con algunos de los miembros del Di-

rectorado de la Federación de Comercio y sospechan que hubo juego sucio en Eriadu. Justo ahora, los neimoidianos están en su punto de mira y no podemos arriesgarnos a que interfieran con nuestros planes.

No hizo mención a la complicidad de Sol Negro en el ataque en Sojourn.

Maul asintió.

—Lo comprendo, Maestro.

Sidious hizo un gesto con las manos.

—Levanta y escucha cuidadosamente, Darth Maul. El tiempo no permite perseguir a Alexi Garyn y sus Vigos de uno en uno. Por lo tanto, convierte al Jefe Darnada en tu primera víctima. Encontrarás al dug en su estación de reclamación en el espacio profundo. Luego salta con tu nave hasta Mon Calamari y mata al Vigo llamado Morn. Para entonces, la noticia de tus acciones habrán llegado hasta Garyn y él probablemente convocará a los siete Vigos que queden a su fortaleza en Ralltiir. Narees, Madre Dean, Nep Chung y el resto. Tienes que contactar conmigo cuando hayas verificado que están todos en un lugar. —Miró a la *Cimitarra*—. Será una oportunidad para poner a prueba tus droides sonda.

Una expresión de ansiedad tomó forma en la cara temible de Maul. Sidious caminó hasta él y colocó sus manos encima de los hombros de Maul.

—Te enfrentarás a muchos oponentes hábiles, mi aprendiz. El guardaespaldas twi'leko de Darnada, Sinya. El propio Garyn, que tiene ciertos poderes en la Fuerza. Y la jefa protectora de Garyn, Mighella, que es una Hermana de la Noche y te identificará inmediatamente como un Hermano de la Noche.

Maul frunció el ceño.

—Una Hermana de la Noche no es un Sith.

Los ojos de Sidious se estrecharon.

—Como bien sabes. Pero como en Dorvalla, cuida de no dejar testigos.

Maul le mostró sus dientes afilados.

—Así se hará. Y Sol Negro dejará de ser un impedimento.

Sidious asintió.

—Entonces ponte en camino, Darth Maul. El lado oscuro está contigo.

Maul inclinó la cabeza y se dio prisa en subir por la rampa de entrada trasera hacia el módulo de la cabina. Sidious se quedó a ver elevarse la nave y salir fuera del hangar, haciéndose invisible mientras volaba sobre Los Talleres. A través del lado oscuro, continuó siguiendo a la *Cimitarra* mientras esta giraba hacia el norte en dirección al Templo Jedi en vez de ir hacia el sur y alejarse hacia el Distrito del Senado. Sidious recordó los viajes que había hecho diez años antes para ver a Maul luchar en competiciones de gladiadores en Orsis y los planetas cercanos. Empujado a ganar contra todas las posibilidades, sin ser afectado por el dolor, temerario y aterrorizador. Un contendiente prometedor a los diez años de edad y campeón a los doce. Bajo las marcas que enmascaraban su cara, que vestían sus brazos y se retorcían alrededor de sus piernas y torso, estaban las cicatrices de aquellas batallas a muerte.

Pero este no estará contento hasta que haya matado a un Maestro Jedi, pensó Sidious.

Asumiendo que el orgullo no le derrotara primero.

Dejando el espacio del hangar, Sidious se abrió camino hacia el holoproyector en la única habitación restaurada del edificio. ¿Qué sería de Maul una vez que Palpatine y Damask asumieran el control de la República?, se preguntó a sí mismo. Como arma secreta, continuaría siendo útil, ¿pero podría alguna vez salir a la vida pública? ¿Cómo reaccionaría al descubrir que su Maestro respondía ante un Maestro?

Con los pies plantados en la rejilla de transmisión, Sidious se sentó en la silla que estaba posicionada para las cámaras del holoproyector, ajustó los controles construidos en uno de los brazos y levantó la capucha de su capa sobre su cabeza. Durante veinte años había disfrutado viviendo una doble vida, pero ahora sentía la urgencia de ser conocido por quien era y temido por lo poderoso que podría ser. Dirigió sus pensamientos hacia delante en el tiempo, anhelando una visión clara del futuro, pero ninguna le llegó. ¿Cegaba el lado oscuro incluso a sus abogados más devotos a lo que asomaba en el ho-

rizonte? Plagueis había dicho que necesitaban estar preparados para eventualidades repentinas. ¿Le estaba ocultando conocimiento de los sucesos que sabía eran inminentes?

El vigor renovado del muun había tomado por sorpresa a Sidious. El mero hecho de que hubiera escapado de la devastación en Sojourn le hacía casi omnipotente. Aunque incluso cuando se ocultaba en su ciudadela opulenta en el distrito Manarai, aun tenía que relajar su vigilancia o rendirse al sueño.

Reprimiendo una sensación repentina de envidia, Sidious empezó a preguntarse si, cegado por el lado oscuro, realmente no había adivinado el ataque de Veruna contra Sojourn, o si no se había permitido a sí mismo adivinarlo.

Un toque de su dedo índice activó el holoproyector y, momentos después, un fantasma de la mitad de tamaño de Nute Gunray se resolvió en mitad del aire. Como en transmisiones recientes, los subordinados neimoidianos del virrey, el jefe litigador Rune Haako, el capitán Daultay Dofine y el virrey lugarteniente Hath Monchar estaban flotando en el fondo.

—Lord Sidious —dijo Gunray, con un ligero titubeo en su voz—. Hemos estado esperándole…

—¿Se creen que están tan centrados en mis pensamientos que debería descuidar otros asuntos para comunicarme con ustedes precisamente a la hora?

—No, Lord Sidious, simplemente quería decir…

—¿Está complacido con su nueva posición, virrey?

—Muy complacido. Aunque parece que he heredado el control de la Federación de Comercio en un momento de crisis.

—Ahórrese sus lloriqueos para otra ocasión, virrey, porque las cosas están a punto de ponerse peor.

Las membranas de los párpados de Gunray tuvieron un espasmo.

—¿Peor? ¿Cómo puede ser eso?

—El Senado de la República está a punto de aprobar la legislación que promulgará los impuestos a las zonas de libre comercio.

—¡Esto es un ultraje!

—Sin duda. Pero le advertí que esto ocurriría. El Canciller Su-

premo Valorum han perdido toda credibilidad y, después de lo que ha ocurrido en Eriadu, el Senado está determinado a debilitar más a la Federación de Comercio. El rey Veruna puede haber sido capaz de detener al Senado, pero ha abdicado y la joven reina Amidala y el senador de Naboo están liderando la petición del impuesto. Con el Senado preocupado, es el momento adecuado para que empiece usted a reunir una flota de cargueros armados para imponer un bloqueo.

—¿Un bloqueo? ¿De qué sistema, Lord Sidious?

—Le informaré a su debido tiempo. —Cuando Gunray no respondió, Sidious dijo—: ¿Qué ocurre, virrey? A través de la vastedad del espacio, puedo percibir el bamboleo de su débil cerebro.

—Perdóneme, Lord Sidious, pero, como han apuntado mis consejeros, la redistribución de nuestras naves conlleva un riesgo financiero considerable. Para empezar, está el coste del combustible. Luego, con tantas naves asignadas a un embargo, está la perturbación en el comercio en el Borde Medio y Exterior durante el tiempo que se mantenga el bloqueo. Finalmente, no hay manera de decir cómo podrían reaccionar nuestros inversores ante la noticia.

Sidious se inclinó hacia delante.

—Así que esto se trata de créditos, ¿verdad?

La boca de Gunray tuvo un espasmo.

—Somos, después de todo, Lord Sidious, una empresa comercial, no una armada.

Sidious no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo, su voz rezumaba disgusto.

—Incluso después de todo lo que he hecho por usted no comprende que, al aliarse conmigo, está invirtiendo en el futuro. —Agitó su mano con rechazo—. Pero no importa. ¿No se le ha ocurrido que los inversores que usted más valora están en una posición de obtener grandes beneficios de su conocimiento de lo que está a punto de ocurrir? ¿No se beneficiarían de saber que los xi char, los geonosianos y otros insectoides unidos han vuelto sus pinzas y garras hacia la fabricación de armas? ¿No podría equilibrar usted su precioso presupuesto al obtener ganancias de otras compañías de transporte por los ingresos que la Federación de Comercio se está arriesgando a perder?

Gunray pareció inseguro.

—Tememos que tales acciones pudieran minar el elemento sorpresa, Lord Sidious.

—Esa es la razón para una acción rápida.

Gunray asintió.

—Ordenaré que se reúna una flota.

Sidious se echó hacia atrás en la silla.

—Bien. Recuerde, virrey, que lo que le he entregado, podría quitárselo con la misma facilidad.

Sidious terminó la transmisión y se bajó la capucha.

¿Era esto una visión del futuro? ¿Una vida de microadministrar los asuntos de seres incompetentes mientras que Plagueis y él ponían en movimiento las fases finales del Gran Plan? ¿O tal vez había otro modo de que él gobernara, con malevolente satisfacción?

Incluso sin la lluvia torrencial, el terreno habría sido suave bajo los pies con botas de Plagueis, compuesto como estaba de eones de materia orgánica podrida. El agua goteaba de la máscara transpiratoria y la capucha levantada de su capa y salpicaba en los charcos que se habían formado bajo él. El castillo que había pertenecido una vez al ancestro de Veruna, el conde de Vis, coronaba una colina desolada, sin ningún camino que llevara hasta él y una visión en todas direcciones del terreno ondulado, empapado y sin árboles. A través de los electrobinoculares con visión nocturna, Plagueis estudió los escáneres que salpicaban los muros del castillo y la disposición de los guardias, algunos de los cuales se mantenían secos al resguardo de un arco que coronaba un rastrillo ornamentado. Aparcados cerca de la entrada había una auténtica flota de deslizadores terrestres y, hacia un lado, centrado en una zona de aterrizaje circular, descansaba un yate espacial cuyo casco brillante ni siquiera la lluvia lo podía apagar. Una fila iluminada brillaba tras cortinas flotantes de lluvia.

Siguiendo un arroyo profundo y rápido, Plagueis descendió la colina que había subido hacia donde había posado su propia nave estelar entre un revoltijo de flores y bayas halcón salvajes dobladas.

UnoUno-CuatroDé estaba esperando al pie de la rampa de entrada, con gotas de lluvia golpeteando sobre su carcasa de aleación.

—Sus escáneres pueden haber captado la nave —dijo Plagueis.

—Dado que todas las contramedidas estaban conectadas, eso parece improbable, Magíster.

—Han inundado el área con luz.

—Como podría hacerlo cualquier ser vigilante en una noche como esta.

—Una noche que no es adecuada ni para un muun ni para un shaak.

Los fotorreceptores del droide fijaron su atención en él.

—La referencia escapa a mis bancos de datos.

—Sella la nave y permanece en la cabina. Si te llamo por el comunicador, posiciona la nave por encima de la esquina sudoeste del castillo y mantén la rampa de entrada extendida.

—¿Está anticipando resistencia, Magíster?

—Meramente anticipando, CuatroDé.

—Lo comprendo. Yo haría lo mismo.

—Es consolador saberlo.

Plagueis fijó la empuñadura del sable láser a su cadera y partió a paso rápido, casi corriendo más rápido que la lluvia. Si los escáneres y los detectores de movimiento eran tan precisos como parecían ser, le encontrarían, aunque su velocidad podría que quien quiera que estuviera monitorizando los aparatos de seguridad le confundieran con uno de los cuadrúpedos salvajes y de cola peluda que habitaban el terreno. Se detuvo en el borde nebuloso del área iluminada para confirmar su orientación y entonces se dirigió directamente hacia el muro sur de diez metros de alto del castillo y saltó por encima sin romper el paso. Igual de rápidamente y sin esfuerzo, cayó en el jardín de más abajo y corrió hacia las sombras proyectadas por un arbusto ornamental podado para que se pareciera a alguna bestia fantástica. Plagueis razonó que la seguridad debería ser laxa dentro de la mansión, porque el ala de habitaciones de Veruna estaría equipada con aparatos de monitoreo redundantes y tal vez suelos sensibles a la presión.

Que no hubiera sido capaz de conseguir un plano interior del castillo era un testamento de la hipervigilancia del regente autoexiliado.

Plagueis se movió hasta una vidriera de colores justo mientras dos humanos se daban prisa por recorrer el pasillo de más allá. Con la lluvia anegando un canalón alto por encima de su cabeza, él se sintió como si estuviera tras una cascada.

—Comprueba su condición y vuelve a informarme —estaba diciendo la mujer.

Plagueis reconoció la voz de la jefa de seguridad Magneta. Quedándose cerca de la pared exterior, siguió paralelamente el movimiento del subordinado de Magneta hasta el final del pasillo y luego giró en un ángulo recto hacia un pasillo más ancho que llevaba a una sala de control colocada bajo la superficie de una gran escalera. Plagueis agudizó sus sentidos auditivos para oír al hombre de Magneta preguntar por Veruna y escuchó replicar a una mujer humana.

—Duerme como un bebé.

—Bien por él. Mientras el resto de nosotros nos ahogamos.

—Si eres tan miserable, Chary —dijo la mujer—, deberías considerar volver a Theed.

—Estoy pensando en ello.

—Simplemente no esperes que yo te siga.

Plagueis se apartó de la pared para mirar a las ventanas del piso superior, todas las cuales estaban oscuras, salvo por una abertura abovedada al final de la pared. Agachándose, maniobró a través de arbustos bajo una serie de ventanas anchas y entonces empezó a escalar la pared, sujeto a ella como un insecto. La abertura estrecha que era su objetivo resultó ser un vidrio fijo de cristal gordo. La fuente de la luz era un par de candelabros fotónicos de pared que flanqueaban a unas puertas dobles de madera elaboradamente talladas. Mirando a través del cristal, él chasqueó sus dedos hacia la cámara de seguridad montada en alto en la pared interior y la apuntó hacia la puerta, deslumbrando el mecanismo y congelando la imagen en la de una antecámara desocupada. Entonces, colocando su mano izquierda en el centro del cristal, llamó a la Fuerza, empujando hacia dentro el vidrio hasta que se separó del adhesivo impermeable que lo mantenía

en su lugar. Telequinéticamente, manipuló el vidrio intacto hasta dejarlo descansar encima de una mesa que descansaba contra la pared opuesta de la antecámara y se deslizó a través de la abertura. Durante un largo momento, permaneció en el alfeizar interior, esperando a que su capa y sus botas se secaran y estudiando el suelo estampado y las puertas dobles en busca de evidencias de aparatos de seguridad adicionales. Satisfecho de que la cámara inmovilizada fuera todo lo que había, plantó los pies en el suelo y caminó hacia las puertas, utilizando la Fuerza para engañarlas para que se abrieran justo lo suficiente como para acomodar su paso entre ellas.

La única luz en el dormitorio enorme de Veruna venía de una cámara similar a la de la antecámara y que se desarticuló con la misma facilidad. El antiguo rey estaba durmiendo bocarriba bajo sábanas de brilloseda en el centro de una cama con palio lo bastante grande como para acomodar a media docena de humanos de tamaño medio. Plagueis inhabilitó un panel junto a la cama de alarmas de seguridad, movió una silla antigua hasta los pies de la cama y encendió una lámpara de la mesilla que proporcionó una luz débil y amarillenta. Entonces, sentándose, despertó a Veruna de su sueño.

El anciano despertó con un sobresalto, parpadeando como respuesta a la luz y luego empujándose hacia arriba contra un montón de almohadas para examinar la habitación. Sus ojos se abrieron mucho con una sorpresa estupefacta cuando encontraron a Plagueis sentado al borde del alcance de la luz.

—¿Quién…?

—Hego Damask, majestad. Bajo esta máscara que mis antiguos enemigos también pueden haber hecho para mí.

Dado que los ojos de Veruna no podían abrirse más, su boca se abrió y él agitó la mano en busca de los paneles de control de seguridad, golpeando los botones cuando no respondieron.

—Los he dejado inoperativos —explicó Plagueis—, junto con las cámaras de seguridad. De manera que tú y yo podamos conversar sin ser interrumpidos.

Veruna tragó y encontró su voz.

—¿Cómo conseguiste pasar entre mis guardias, Damask?

—Llegaremos a eso en un momento.

—Magne… —intentó gritar Veruna hasta que su voz quedó muda y él se agarró la garganta.

—No habrá nada de eso —le advirtió Plagueis.

—¿Qué quieres de mí, Damask? —preguntó Veruna cuando pudo, respirando con dificultad.

—Una conclusión.

Veruna le miró con incredulidad.

—Obtuviste lo que querías. ¿No es suficiente que haya abdicado?

—Tu abdicación habría sido suficiente, de no haber intentado primero hacer que me mataran.

Veruna apretó los dientes.

—Todo lo que construí corría el riesgo de serme arrebatado. ¡Incluso la monarquía! ¡No me dejaste elección!

Plagueis se puso en pie y se volvió a sentar al borde de la cama, como algún confesor macabro.

—Lo entiendo. Enfrentado con una elección similar, yo podría haber hecho lo mismo. La diferencia es que yo habría tenido éxito donde tú fallaste.

—Permaneceré aquí —dijo Veruna de un modo comprensivo—. No os causaré ningún problema más ni a ti ni a Palpatine.

—Eso es cierto. —Plagueis hizo una pausa y luego dijo—: Tal vez debería haber sido más honesto contigo desde el principio. Te entregué la Federación de Comercio. Puse a Tapalo y luego a ti en el trono. ¿Cómo imaginas que llegué a tener tal poder?

Veruna se pasó una mano temblorosa por su pelo ralo.

—Naciste siendo el hijo de un muun rico y transformaste esa riqueza en poder.

Plagueis hizo un sonido de decepción.

—¿Aun no has aprendido que la galaxia no se mueve sólo por los créditos?

Veruna tragó y encontró su voz.

—¿Cómo llegaste a tener tal poder, Damask? —preguntó con un susurro de interés genuino.

—Un bith llamado Rugess Nome me mostró el camino al poder.

—Conozco el nombre.

—Sí, pero su auténtico nombre era Darth Tenebrous y llevaba el manto del Señor Oscuro de los Sith. Yo fui una vez su aprendiz.

—Sith —dijo Veruna, como si estuviera debilitado por la propia palabra.

—De haberlo sabido, ¿te habrías aliado conmigo?

Veruna reunió la fortaleza para negar con la cabeza.

—El poder político es una cosa, pero lo que representas…

Plagueis convirtió sus labios en una fina línea.

—Aprecio tu honestidad, Veruna. ¿Estás empezando a cansarte de mi presencia?

—No… de ti —dijo Veruna con los ojos medio cerrados.

—Déjame explicarte lo que te está pasando —dijo Plagueis—. Las células que forman todas las cosas vivas contienen dentro de ellas orgánulos conocidos como midiclorianos. Son, además de ser la base de la vida, los elementos que le permiten a seres como yo percibir y utilizar la Fuerza. Como resultado de una vida de estudio, he aprendido a manipular a los midicloranios y le he ordenado al limitado número que posees tú que vuelvan a su origen. En básico simple, Veruna, te estoy matando.

La cara de Veruna estaba perdiendo el color y su respiración se había ralentizado.

—Tráeme… de vuelta. Todavía puedo… serte… de utilidad…

—Pero lo estás siendo, majestad. Una antiguo y celebrado poeta dijo una vez que cada muerte le empequeñecía, porque se consideraba hermano de todo ser vivo. Yo, por otra parte, he llegado a comprender que cada muerte que superviso me alimenta y me *fortalece*, porque soy un auténtico Sith.

—No… mejor que eso… un anzati.

—¿Los comedores de cerebros? ¿qué significa *mejor que eso* para aquellos de nosotros que hemos pasado más allá de las nociones del bien y del mal? ¿Eres mejor que Bon Tapalo? ¿Eres mejor que la reina Padmé Amidala? Yo soy el único adecuado para responder a la pregunta. *Mejor* son aquellos que cumplen mi voluntad. —Plagueis colocó su mano encima de la de Veruna—. Permaneceré contigo du-

rante un tiempo mientras te fundes con la Fuerza. Pero en cierto punto, tendré que dejarte en el umbral para que continúes solo.

—No hagas esto… Damask. Por favor…

—Soy Darth Plagueis, Veruna. Tu pastor.

Mientras la vida dejaba el cuerpo de Veruna, el camino que Plagueis y él seguían se hundió más en la oscuridad y la ausencia. Entonces Plagueis se detuvo, abrumado por una sensación repentina de que ya había visto y viajado por este camino.

¿Lo había hecho?, se preguntó mientras Veruna respiró su último aliento.

¿O le había permitido la Fuerza un destello del futuro?

28: CADENA DE MANDO

Llegado de Ralltiir, Maul estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo del Edificio LiMerge mientras Sidious le interrogaba. Acabando de terminar una comunicación irritante con los neimoidianos, Sidious no estaba de humor para juegos.

—El modo en el que haces que suene, mi aprendiz, parece casi como una indignidad que ninguno sobreviviera para dispersar las noticias de tu masacre.

—Tus órdenes fueron que ninguno debía sobrevivir, Maestro.

—Sí —dijo Sidious, continuando dando vueltas a su alrededor—. ¿Y ninguno de ellos resultó ser un desafío?

—No, Maestro.

—¿Ni Sinya?

—Decapité al twi'leko.

—¿Ni Mighella?

—Mi espada cortó por la mitad a la Hermana de la Noche después de que ella intentara derrotarme con un rayo de la Fuerza invocado.

Sidious se detuvo durante un momento.

—¿Ni siquiera Garyn?

—No.

Sidious detectó una nota de duda.

—¿No, qué, Darth Maul?

—Le ahogué.

Tocándose la barbilla, Sidious se quedó donde el zabrak pudiera

verle.

—Bueno, alguien tuvo que haberte hecho la herida que sufriste en la mano izquierda. A menos, por supuesto, que te la hicieras tú mismo.

Maul cerró la mano con un guante negro.

—No hay dolor donde reside la fortaleza.

—No te pregunté si te dolía la herida. Te pregunté quién era responsable.

—Garyn —dijo tranquilamente Maul.

Sidious fingió sorpresa.

—Así que él *fue* una especie de desafío. Al ser ligeramente sensible a la Fuerza.

—No era nada comparado con el poder del lado oscuro.

Sidious le estudió.

—¿Le dijiste eso, mi aprendiz? Responde honestamente.

—Él llegó a esa conclusión.

—Él te identificó como un Sith. ¿Asumió entonces que eras un Señor Sith?

Maul miró al suelo.

—Yo…

—Tú revelaste que respondías ante un Maestro. ¿Tengo razón?

Maul se forzó a responder.

—Sí, Maestro.

—Y quizás fuiste tan lejos como para decirle algo sobre la venganza de los Sith.

—Sí, Maestro.

Sidious se aproximó a él, con la cara contorsionada por la furia.

—Y si por alguna maravilla Garyn se las hubiera arreglado para escapar o incluso para derrotar al ejército de un solo hombre que es Darth Maul, ¿a qué repercusiones podríamos estar enfrentándonos, aprendiz?

—Te ruego que me perdones, Maestro.

—Quizás no eres digno del Infiltrador, después de todo. En el momento en el que te permitiste distraerte, el líder de Sol Negro te abrió una herida en la mano.

Maul permaneció en silencio.

—Espero que le dieras las gracias antes de matarle —continuó Sidious—, porque te enseñó una lección valiosa. Cuando te enfrentas a alguien poderoso en la Fuerza debes permanecer concentrado, incluso cuando estás convencido de que tu oponente está incapacitado. Entonces no es el momento de deleitarse en la gloria de tu victoria o posponer el momento. Debes dar un golpe mortal y acabar con ello. Resérvate tu autoalabanza para después del hecho o sufrirás más que una herida en la mano.

—Lo recordaré, Maestro.

El silencio se atenuó.

—Quiero que dejes Coruscant de momento.

Maul levantó la mirada con alarma.

—Coge al Infiltrador y tus droides de combate y vuelve a tu antiguo hogar. Allí, entrena y medita hasta que yo vuelva a llamarte.

—Mi señor, te ruego…

Sidious levantó las manos.

—¡Ya es suficiente! Ejecutaste bien la misión y estoy complacido. Ahora aprende de tus errores.

Maul se levantó lentamente, inclinó la cabeza una vez y se dirigió hacia el hangar. Viéndole irse, Sidious examinó la naturaleza de su incomodidad.

¿Podría él, en una situación similar, haberse entregado a la urgencia de regodearse y revelar su auténtica identidad?

¿Lo había hecho Plagueis antes de matar a Veruna? ¿Se había sentido obligado a salir de detrás de su máscara? ¿A ser *honesto*?

¿O la revelación de Maul a Garyn no era más que un síntoma de la creciente impaciencia del lado oscuro y su demanda de su completa revelación?

—Sol Negro está en completo desorden —le dijo Palpatine a Hego Damask mientras paseaban entre los turistas que abarrotaban la Plaza del Monumento. Cientos estaban agrupados alrededor de la cima de Umate, que destacaba desde el centro con forma de cuenco del par-

que, y otros grupos mixtos de seres estaban siguiendo a guías turísticos hacia el viejo ágora del Senado o el Museo Galáctico—. El príncipe Xixor y Sise Fromm heredarán los restos.

—De nuevo, el zabrak demuestra su valor —dijo Damask—. Le entrenaste bien.

—Quizás no lo suficientemente bien —dijo Palpatine después de un momento—. Mientras que le estuve interrogando sobre la herida que recibió, confesó haber divulgado su identidad a Alexi Garyn.

—Garyn está muerto —dijo Damask, girando su cara enmascarada lejos de Palpatine—. ¿Qué importa ahora eso?

El tono frívolo del muun puso a Palpatine más de los nervios, pero su compostura aguantó.

—Esta puede ser la última vez que se me permita aparecer en público sin una escolta armada —dijo de un modo casual—. Cuando la reina Amidala me informó de la muerte inesperada de Veruna, mencionó que su nuevo jefe de seguridad, un hombre llamado Panaka, dará pasos sin precedentes para asegurar la seguridad de todos los diplomáticos de Naboo. La reina, por ejemplo, debe estar rodeada por un puñado de sirvientas, todas las cuales se parecen a ella en cierta medida.

—¿Y tú debes estar vigilado a todas horas? —preguntó Damask—. Eso debe ser así.

—Convenceré a Panaka de otra cosa.

Se detuvieron para ver a un grupo de niños jugando bajo una de las banderas de la plaza. Plagueis indicó un banco cercano, pero la intranquilidad de Palpatine no le permitió sentarse.

—¿Expresó la reina alguna preocupación sobre la presencia de tantos cargueros de la Federación de Comercio?

Palpatine negó con la cabeza.

—La flota se está manteniendo al borde del sistema, esperando noticias mías para saltar a Naboo. A pesar de lo enfadado que está Gunray por la legislación del impuesto, tuve que convencerle de que Naboo es suficientemente significativo como para asegurar el interés galáctico en el bloqueo. Le aseguré que Amidala no permitirá que su pueblo sufra y que antes de que pase un mes ella firmará un tratado

que convertirá a Naboo y al plasma de Naboo en la propiedad de la Federación de Comercio.

El transpirador ocultó la sonrisa de Damask, pero estaba claro que le gustaba lo que oía.

—Mientras que Valorum duda, el senador Palpatine reúne la simpatía del electorado. —Siguió a Palpatine—. ¿No es una medida de nuestro éxito que podamos otorgar planetas como si fueran meros contratos comerciales?

Un grupo de twi'lekos bien vestidos deambuló junto a ellos, boquiabiertos al reconocer a Palpatine. Que fraternizara abiertamente con un muun era una indicación del poder y la influencia de ambos seres.

Fue Damask quién había enfatizado la importancia de ser vistos juntos en público. Y así, en las semanas que habían pasado desde que el muun había llegado a Coruscant, habían cenado en varias ocasiones en el Manarai y en otros restaurantes exclusivos y habían asistido a recitales en las óperas de Coruscant y de las Galaxias. Más recientemente, habían estado presentes en una reunión de élite en el República 500, celebrada por el senador Orn Free Taa, en la que Plagueis había oído al twi'leko rutiano discutiendo planes para nominar a Palpatine para la cancillería. Lo siguiente en su ocupada agenda era un mitin político programado para tener lugar en la Instalación Orbital Perlemiana de Coruscant, donde los candidatos potenciales para el puesto de Canciller Supremo tendrían una oportunidad de relacionarse con ejecutivos corporativos, cabilderos, veteranos e incluso algunos Maestros Jedi.

—Un bloqueo seguido por una invasión real no es probable que le consiga a la Federación de Comercio nuevos aliados —estaba diciendo Damask—. Aunque no sirva más que para que podamos evaluar el rendimiento del ejercito droide de Gunray y podamos hacer los ajustes necesarios.

—A través de su propio descuido, los neimoidianos se las arreglaron para comprometer sus fundiciones secretas en Eos y en Alaris Prime —dijo Palpatine, dejando que parte de su exasperación se viera.

Damask le miró.

—Por el momento, tienen lo que necesitan. La adquisición de Naboo demostrará los fallos de la diplomacia e impulsará una sensación de militancia entre los Jedi. —Manteniendo su mirada fija en Palpatine, añadió—: Como preparativo para la guerra que se avecina, trasladaremos a Baktoid Armor a Genonosis. Incluso entonces, sin embargo, no podemos equipar a nuestros aliados con suficiente armamento para asegurar una victoria rápida. Un conflicto prolongado asegurará una galaxia machacada y ansiosa por abrazarnos.

Palpatine se sentó finalmente.

—Todavía necesitamos crear un ejército para que los Jedi lo comanden. Pero uno que responda al final ante el Canciller Supremo.

—Un ejército criado se podría diseñar para hacer justo eso —dijo Damask.

Palpatine lo consideró.

—Suena demasiado simple. A los Jedi no se les coge por sorpresa con facilidad. Agudizados por la guerra, serán incluso más difíciles de atrapar.

—¿Al final de una larga guerra, quizás? ¿Con la victoria a la vista?

—Para conseguir eso, habría que manejar ambos bandos. —Palpatine dejó escapar un suspiro—. Incluso si se pudiera lanzar un ataque sorpresa, no todos los Jedi estarían en el campo.

—Sólo aquellos adecuados para el combate necesitarían preocuparnos.

Palpatine rompió un largo silencio.

—Los clonadores kaminoanos te fallaron una vez.

Damask aceptó el comentario con un asentimiento de cabeza.

—Porque les di una plantilla yinchorri. Me dijeron que tu especie podría ser más fácil de replicar.

—¿Contactarás de nuevo con ellos?

—Este ejército no debe ser rastreado hasta nosotros. Pero hay alguien a quien podría ser capaz de persuadir para que hiciera el pedido inicial.

Palpatine esperó, pero Damask no tuvo nada que añadir. El hecho de que hubiera dicho tanto sobre el asunto como pretendía decir hizo que Palpatine completara el círculo de consternación. De repente, se

puso en pie y se alejó caminando del banco.

—Ordena a los neimoidianos que lancen el bloqueo —le dijo Damask a su espalda—. Es importante que los sucesos se pongan en movimiento antes del congreso de la instalación orbital. —Cuando Palpatine no respondió, Plagueis se puso en pie y le siguió—. ¿Qué te está preocupando, Sidious? Quizás sientes que te has convertido en nada más que un mensajero.

Palpatine se giró hacia él.

—Sí, a veces. Pero conozco cuál es mi lugar y estoy contento con él.

—¿Qué, entonces, te ha puesto nervioso?

—Los neimoidianos —dijo Palpatine con repentina convicción—. Además de Gunray, he estado tratando con otros tres: Haako, Daultay y Monchar.

—Conozco ligeramente a Monchar —dijo Damask—. Mantiene una suite en las Espiras Kaldani.

—Estaba ausente la última vez que hablé con Gunray.

La sospecha floreció en los ojos del muun y él siseó.

—¿Dónde estaban, entonces?

—A bordo de su nave insignia. Gunray clamó que Monchar se había puesto enfermo como resultado de una comida copiosa.

—Pero tú sabes que no es así.

Palpatine asintió.

—El adulador llorón sabe lo del bloqueo. Sospecho que anda suelto y buscando beneficios.

Los ojos de Damask centellearon en amarillo.

—¡Esto es lo que pasa cuando los seres son ascendidos más allá de su nivel de competencia!

Palpatine se tensó por la furia.

—Tú no —dijo Damask rápidamente. ¡Gunray y los de su clase! ¡La Fuerza nos acosa y nos penaliza por colaborar con aquellos que son demasiado ignorantes para apreciar y ejecutar nuestros designios!

Palpatine se consoló con el hecho de que incluso Plagueis tenía sus límites.

—No presté atención a tus palabras sobre los reveses repentinos.

Damask le frunció el ceño y luego se relajó.

—Yo ignoré mi propio consejo. El bloqueo debe esperar.

—Llamaré de nuevo a Maul —dijo Palpatine.

Dos semanas después de la desaparición sin anunciar del neimoidiano de la nave insignia *Saak'ak*, Plagueis y Sidious sólo sabían que Darth Maul había tenido éxito en perseguir y matar a Hath Monchar, aunque no sin daños colaterales de amplio alcance, y que Maul había pilotado el furtivo Infiltrador hasta un puesto de atraque conectado a través de una serie de escotillas de gravedad cero con la cúpula de recepción principal de la Instalación Orbital Permeliana, un gran recinto que miraba hacia una visión de conjunto de Coruscant y de las estrellas de más allá y estaba diseñado para que pareciera más como un jardín en el espacio que como una estéril sala de conferencias. Justo entonces la cúpula estaba llena de senadores y jueces, líderes corporativos y embajadores, traficantes de influencias y expertos de los medios de comunicación y contingentes de Guardias del Senado y Jedi.

—¿Por qué le ordenaste que viniera aquí, de entre todos los lugares? —le preguntó Damask a Palpatine durante una pausa entre estrechar manos, conversaciones casuales y la cordialidad forzada. Vestidos con sus mejores ropajes, estaban en pie cerca de una cascada iluminada desde atrás, asintiendo a los seres que pasaban, incluso mientras conspiraban—. Ha dejado un rastro de destrucción a través del Corredor Carmesí y mató a dos Jedi, junto con seres de una docena de especies, incluyendo a un hutt. No podemos confiar en que alguien no le siga el rastro. Si no son los Jedi, entonces quizás sea personal de las autoridades policiales. Si por casualidad es aprehendido, tiene la habilidad de confundir las mentes de los seres ordinarios, pero no para ocultarse de un Jedi. Nuestra existencia y nuestros planes para el bloqueo podrían estar en peligro.

—Los Jedi le seguían el rastro —explicó Palpatine—. Eso es precisamente por lo que le ordené que saliera del planeta.

Damask empezó a responder, pero se detuvo y empezó de nuevo.

—¿Está en posesión de este holocrón que Monchar grabó?

Palpatine asintió.

—Le ordené a Pestage que despejara una ruta a través de una bahía de atraque raramente utilizada. Meramente tengo que reunirme con Maul en el momento y lugar preacordado.

Damask todavía no estaba convencido. El asunto de Monchar casi había terminado en catástrofe. Era como si la Fuerza, tan a menudo comparada con una corriente, hubiera sido desviada hasta un cañón escarpado y se retorcía sobre sí misma para generar remolinos traicioneros y corrientes hidráulicas.

—¿Por qué no hiciste que él le entregara simplemente el cristal a Pestage? —preguntó al fin.

—No sabemos qué otros datos sensibles podría contener el holocrón.

Damask exhaló forzadamente a través de la máscara.

—Confío en que al menos le instruyeras que no se dejara ver. —Miró a su alrededor—. Un zabrak tatuado envuelto de la cabeza a los pies en negro con certeza destacaría entre esta multitud.

Palpatine no pudo discutir el asunto. Separados de ellos y hacia un lado estaban el senador Bail Antilles y sus ayudantes. Un príncipe en su planeta natal de Alderaan y uno de los asientos del Comité de Actividades Internas del Senado, el Antilles guapo y de pelo oscuro estaba rodeado por una multitud que incluía a senadores de los Planetas del Núcleo y seres de negocios, todos los cuales le habían prometido su apoyo en la próxima elección, y el Maestro Jedi Jorus C'baoth, que había sido reclutado para arbitrar una disputa entre algunas de las casas reales de Alderaan. Un humano arrogante y poco realista, C'baoth estaba cortado por las mismas tijeras que Dooku, cuya ausencia de la reunión política había sido notada por muchos. Antilles había sido el peón de los Sith para sacar a la luz las acusaciones de los crímenes por parte de Valorum durante la crisis en Eriadu, pero la notoriedad que había obtenido como resultado, en el Senado y en los medios, había reforzado su campaña y le había convertido en el candidato superior actual para la cancillería.

Ningún Jedi se había apegado a Ainlee Teem, que también estaba a la vista. Pero el gran de Malastare era ampliamente popular en

muchos de los planetas del Borde Medio y Exterior y disfrutaba del apoyo del senador Lott Dod, de la Federación de Comercio, y de Shu Mai, del Gremio de Comercio.

En el centro de la sala de la cúpula estaban Valorum y Sei Taria, que era tan conocedora de los medios de comunicación como adorable. Aunque no era elegible para la reelección, había sido desposeído recientemente de algunos de sus poderes senatoriales y estaba frecuentemente ocupado en defenderse contra las acusaciones del Comité de Ética, Valorum se las había arreglado para convertirse en el centro de atención, debido a la presencia de los Maestros Yoda, Mace Windu y Adi Galia entre sus seguidores. Al estar meramente con el Canciller Supremo, los Jedi estaban enviando el mensaje de que continuarían apoyándole durante lo que quedara de su mandato en el cargo, a pesar de la calumnia de su enriquecimiento ilegal.

Con la flota de la Federación de Comercio todavía oculta en el sector Chommell y sin un planeta asediado para generar simpatía y apoyo a su nominación, Palpatine podría haber sido simplemente un nominado potencial más, excepto por la compañía de Hego Damask, el copresidente del Clan Bancario San Hill, el recientemente nombrado Vicepresidente del Senado Mas Amedda y el senador Orn Free Taa, que era un objetivo móvil para la investigación de Antilles de corrupción y que ahora estaba condenado al ostracismo por la Facción del Borde por respaldar a Palpatine.

—Casi es la hora —dijo Palpatine. Indicó a un área ajardinada de árboles enanos y arbustos cerca de donde Ainlee Teem estaba conferenciando con un puñado de senadores—. Intercambiaré comentarios sarcásticos con el gran y luego encontraré algún pretexto para excusarme.

Damask gruñó vagamente.

—Mi propio objetivo está a la vista, en cualquier caso.

Sin más palabras, los dos se separaron, con Damask serpenteando para abrirse camino a través de la multitud hacia un Jedi humano barbudo de cara sombría que estaba separado de todo el mundo, observando la escena.

—Maestro Sifo-Dyas —le llamó.

El Jedi con un moño alto se volvió y, reconociéndole, asintió a modo de saludo.

—Magíster Damask.

—Espero no estar interrumpiendo.

Sifo-Dyas negó con la cabeza, con la mirada fija en la máscara respiratoria.

—No, estaba… —Exhaló y empezó de nuevo, ajustando su postura—. Hasta su reciente llegada a Coruscant, tenía la impresión de que se había usted retirado.

Damask dejó escapar un suspiro exagerado.

—No está en la sangre de un muun retirarse. Ahora trabajo sólo con unos cuantos clientes poderosos pero principalmente invisibles.

El Jedi levantó una ceja grisácea.

—Parece que no puedo ver un holo de noticias que no les muestre a usted y al senador Palpatine, que es cualquier cosa excepto invisible.

—A mi parecer, él es el único capaz de rescatar a la República del borde del abismo.

Sifo-Dyas gruñó.

—Permanecer sin tocar por el escándalo durante veinte años es en sí mismo extraordinario. Así que quizás tiene usted razón.

Damask esperó un momento.

—Nunca he olvidado nuestra discusión de Serenno —dijo entonces.

—¿Qué discusión fue esa, Magíster?

—Hablamos con cierto detalle sobre las amenazas que estaban asaltando a la República incluso entonces.

Sifo-Dyas se volvió pensativo.

—Tengo ciertos recuerdos vagos.

—Bueno, con los asesinatos, los impuestos de las zonas de libre comercio, la postura de la Federación de Comercio y las acusaciones de impropiedad política, la conversación ha estado mucho en mi mente últimamente. Revueltas, faccionalismo, conflictos interestelares… Incluso en esta sala los Jedi parecen tener sus lealtades divididas. El Maestro C'baoth aquí, los Maestros Yoda y Gallia allí y sin embargo no hay ni rastro del Maestro Dooku.

Sifo-Dyas no dijo nada.

—Maestro Jedi, quiero compartir con usted una sospecha que he estado llevando como una carga. —Damask hizo una pausa—. Tengo razones para sospechar que la Federación de Comercio ha estado procurando en secreto más armas de las que cualquiera se da cuenta.

La frente de Sifo-Dyas se arrugó.

—¿Tiene pruebas de esto?

—No tengo pruebas contundentes. Pero mi negocio demanda un conocimiento concienzudo de los mercados de inversiones. También mis clientes me revelan a veces información en privado.

—Entonces está rompiendo la confidencialidad al venirme con esto.

—Sí. Pero sólo porque creo tan fuertemente que lo que una vez fue especulación ahora es un hecho. Yendo más allá, predigo que una guerra civil se está fraguando. Le doy a la República quince años como mucho. Antes veremos sistemas estelares descontentos empezar a independizarse. Carecerán sólo de un líder fuerte y carismático que les una. —Quedó brevemente en silencio antes de añadir—: Seré franco con usted, Maestro Sifo-Dyas: la República será vulnerable. Los Jedi serán demasiado pocos para cambiar la marea. Es necesario crear un ejército ahora, mientras todavía hay una oportunidad.

Sifo-Dyas cruzó sus brazos sobre su pecho.

—Le animo a compartir esto con el Canciller Supremo Valorum e incluso con el senador Palpatine, Magíster.

—Pretendo hacerlo. Pero incluso bajo la vigilancia del Canciller Valorum este Senado no abolirá la Ley de Reforma. Demasiados senadores tienen activos financieros en juego en una guerra galáctica. Tienen grandes inversiones en corporaciones que engordarán las ganancias de las armas y la reconstrucción. La guerra será beneficiosa para una economía que ahora ven como estancada.

—¿Está dispuesto a declarar esto delante de un comité investigador?

Damask frunció el ceño con los ojos.

—Tiene que comprender que muchas de estas corporaciones son propiedad y están operadas por mis clientes.

Una expresión oscura apareció en la cara del Jedi.

—Ha leído mis pensamientos, Magíster. Yo también he sentido que la guerra es inminente. He confesado eso mismo al Maestro Yoda y a los otros, aunque en vano. Ellos darán la impresión de no estar preocupados. O de estar preocupados. Ya no estoy seguro.

—¿El Maestro Dooku también?

Sifo-Dyas sorbió por la nariz.

—Desafortunadamente, Magíster, las recientes declaraciones de Dooku sobre la discordia en la República y la "seguridad de tener siempre razón" de nuestra Orden sólo se han sumado a mi preocupación.

—Dijo que tenía algunos vagos recuerdos de nuestra conversación en Serenno. ¿Recuerda que mencioné a un grupo de clonadores dotados?

—Lo siento, no lo recuerdo.

—Son nativos de un planeta extragaláctico llamado Kamino. En ocasiones he hecho negocios con ellos en nombre de clientes que desean clonar criaturas o requieren trabajadores clonados capaces de trabajar en ambientes duros.

El Jedi negó con la cabeza con inseguridad.

—¿Qué tiene esto que ver con algo?

—Creo que los kaminoanos podrían ser inducidos a criar y entrenar un ejército clonado.

Sifo-Dyas se tomó un largo momento para responder.

—Usted mismo dijo que la República nunca sancionaría un ejército.

—La República no necesita saberlo —dijo cuidadosamente Damask—. Ni tampoco la Orden Jedi tendría que saberlo. Sería un ejército que podría no tener que ser utilizado jamás y sin embargo estaría disponible y en reserva de presentarse alguna vez la necesidad.

—¿Quién en su sano juicio pagaría por un ejército que podría no utilizarse jamás?

—Yo lo haría —dijo Damask—. Junto con algunos de mis asociados en el Clan Bancario. Y en conjunción con los contactos en Ingeniería Pesada Rothana, que proporcionaría las naves, el armamento y

los otros materiales.

Sifo-Dyas fijó en él una mirada.

—Vaya al grano, Magíster.

—Los kaminoanos no crearán un ejército para mí, pero lo harían para la Orden Jedi. Han estado fascinados por los Jedi durante milenios.

Los ojos marrón oscuro de Sifo-Dyas se abrieron mucho.

—No está proponiendo clonar a Jedi…

—No. Se me ha asegurado que tal cosa es imposible, en cualquier caso. Pero también me han asegurado que un ejército humano de un millón podría estar listo para desplegarse en unos diez años.

—Estás sugiriendo que engañe al Alto Consejo.

—Supongo que sí. Los kaminoanos necesitan sólo una paga modesta como señal, que yo podría proporcionarle a través de cuentas imposibles de rastrear que mantengo en bancos del Borde Exterior.

De nuevo, el Jedi permaneció en silencio durante un largo momento.

—Necesito tiempo para considerar esto.

—Por supuesto que sí —dijo Damask—. Y cuando tome una decisión, puede contactar conmigo en mi residencia de abajo.

Sifo-Dyas asintió con sombría introspección y Damask se giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud. Palpatine estaba justamente volviendo al lugar donde habían estado antes, con sus ojos y sus movimientos sugiriendo una excitación inusual.

—¿Tienes el holocrón? —dijo Damask mientras se aproximaba.

—Sí, pero no de Maul.

Damask esperó una explicación.

—Fue dejado en mis manos por nada menos que el traficante de información al que Maul ha estado persiguiendo y que pensaba que estaba muerto: Lorn Pavan. El hecho de que la mano derecha de Pavan haya sido amputada limpia y recientemente me dice al instante que los dos lucharon en una de las escotillas.

—¿Este Pavan derrotó a Maul?

Palpatine negó con la cabeza.

—Pero sospecho que Pavan de alguna manera se las arregló para

ganarle la partida y cogerle por sorpresa.

—Increíble —dijo Damask, sorprendido de que los sucesos se volvieran incluso más convulsos—. Entonces Pavan debe saber lo que contiene el holocrón.

—Se supone que tengo que entregárselo a los Jedi —dijo Palpatine con una diversión obvia. Y mirando a su alrededor añadió—: Quizás a Yoda o Windu…

—Pavan —le espetó Damask.

Palpatine cuadró los hombros.

—Pestage y Doriana le están escoltando abajo, donde recibirá atención médica, tal vez incluso una mano nueva, y una cómoda suite de hotel donde pasará el último día de su vida.

—Una recompensa que debemos ocultar a Maul, pero que probablemente no lo haremos. —Damask miró a Palpatine—. En cualquier caso, no fue Pavan quien te entregó el holocrón. Fue entregado por el lado oscuro.

Palpatine pensó en ello durante un momento.

—¿Y Sifo-Dyas? ¿Lo hará?

—Incluso si decide no hacerlo, podría haber un modo de hacer el pedido en su nombre. Pero la Fuerza me dice que lo hará.

—Eso le convertirá en un peligro potencial para nosotros.

Damask asintió.

—Pero no importará. Nos hemos vuelto invencibles.

Esto nunca servirá, pensó Palpatine mientras estaba sentado frente a Valorum en la oficina del Canciller Supremo que atravesaba las nubes en el Edificio del Senado, escuchándole parlotear sobre sus problemas con el Comité de Ética.

La vista a través de las grandes ventanas triangulares era bastante agradable, pero la oficina era demasiado pequeña. Peor aun, era más como una reliquia de una edad pasada más que un centro nervioso para el Nuevo Orden. Ninguna cantidad de remodelación podía transformarla en el espacio que Palpatine imaginaba para sí mismo. Tal vez se requería un nuevo edificio, un anexo de alguna clase o, me-

jor aun, un edificio de oficinas ejecutivo, aunque sólo fuera para garantizar a aquellos que trabajaban allí que sus patéticos esfuerzos importaban…

—Cuanto más profundamente persiguen esta cuestión mis abogados y contables, más callejones sin salida encuentran —estaba diciendo Valorum. Círculos negros acentuaban sus ojos y sus manos estaban temblando ligeramente—. Los lingotes de aurodium que el Frente de la Nebulosa robó del carguero de la Federación de Comercio fueron convertidos en créditos, que fueron utilizados para financiar sus operaciones en Asmeru y Eriadu. Pero los propios lingotes se movieron a través de una serie de bancos y de otras instituciones financieras falsos y fueron invertidos al final en Transportes Valorum por grupos desconocidos. Digo *desconocidos* porque los seres inscritos como inversores parecen no haber existido nunca.

—Es desconcertante —dijo Palpatine, alargando las palabras—. No sé qué pensar.

Había pasado una semana desde la reunión política en la Perlemiana. Lorn Pavan había muerto bajo el sable láser de Maul y un día antes una mano artificial tenía que haber sido montada en el muñón del antebrazo del traficante de información. *Reducción de gastos*, había comentado Plagueis en aquel momento.

Valorum estaba descansando su cabeza en sus manos.

—Ese alguien o alguna organización planeó esto para aplastarme más allá de toda duda. La pregunta de porqué alguien, incluso mis detractores más resueltos del Senado, esencialmente despilfarrarían millones de créditos para conseguir esto en los últimos meses de mi mandato es inexplicable. —Levantó la cara hacia Palpatine—. Mis predecesores inmediatos fueron osados y sabían cómo manejar al Senado. Yo creía que podría traer algo diferente al puesto. Una diplomacia más tranquila. Una informada por la Fuerza y por los ideales de la Orden Jedi.

Palpatine suprimió la urgencia de saltar sobre el escritorio y estrangularle.

—Me doy cuenta de que he tomado algunas decisiones pobres. ¿Pero algún canciller del último siglo ha tenido que enfrentarse a más

desafíos que yo? ¿Ha tenido algún canciller que tratar con un Senado más corrupto y egoísta o con corporaciones más megalomaníacas? —Valorum cerró los ojos y exhaló—. Quien quiera que esté detrás de esta maquinación no quiere nada más que destruir completamente mi legado. Quiere hacer que el nombre Valorum parezca una mancha en la historia…

—Entonces debemos redoblar nuestros esfuerzos para exonerarle —dijo Palpatine.

Valorum se rió sin diversión.

—Soy inútil para la República si no podemos hacerlo. Hasta que el asunto se resuelva, se me ha prohibido aprobar el uso de Jedi o Judiciales para intervenir en las disputas. No se me permite convocar sesiones especiales sin el consentimiento expreso de este nuevo vicecanciller, Mas Amedda, que bloquea cada una de mis proposiciones y venera los procedimientos como si fueran un texto sagrado.

—El engaño empieza por la burocracia —dijo Palpatine.

Guardando silencio durante un momento, Valorum adoptó una expresión de resolución.

—No carezco de ideas.

Le dio unos golpecitos a una pantalla táctil construida en su escritorio y una larga pantalla de datos apareció sobre el holoproyector. Levantándose de su silla, indicó un gráfico en el que estaban enumeradas varias docenas de corporaciones.

—Uno podría asumir, a la luz de las acusaciones apiladas contra mí, que la empresa de mi familia en Eriadu sufriría un repentino declive en el mercado. Pero está ocurriendo precisamente lo opuesto. Los créditos han estado fluyendo hacia Transportes Valorum a una velocidad sin precedente y también hacia otras compañías de envíos y transportes, muchas de ellas con base en el Borde Exterior. Y eso no es todo.

Sus manos volvieron a la pantalla táctil y un segundo gráfico tomó forma junto al primero.

—Las inversiones en los suministradores menores de plasma y los conglomerados de energía alternativa se han triplicado. Pero lo que es más importante, se ha producido un aumento en el sector de sumi-

nistros militares, con un crecimiento sorprendente de Baktoid Armor Workshop, Ingeniería Haor Chall, el Nido de Creación Colicoide y suministradores similiares.

Palpatine, a pesar de sí mismo, estaba impresionado.

—¿Qué sugieren estos datos?

—Que algún asunto nefario se está desarrollando bajo nuestras propias narices. Que incluso el escándalo en el que estoy envuelto puede ser parte de un plan más grande.

Palpatine estaba a punto de responder cuando la voz de la secretaria personal de Valorum sonó desde el intercomunicador.

—Canciller Supremo, me disculpo por interrumpirle, pero hemos recibido una transmisión urgente de la reina Amidala, de Naboo.

—¡La reina! —dijo Palpatine con sorpresa teatral.

—¿Puede dirigir la transmisión a mi oficina? —dijo Valorum.

—Nuestros técnicos de comunicaciones me están diciendo que la señal es muy débil, pero que harán todo lo que puedan.

Palpatine y Valorum se volvieron hacia la mesa holoproyectora de la oficina y esperaron. En unos momentos una imagen con ruido y fluctuante de la reina adolescente de cara pálida de Naboo apareció.

—Canciller Supremo Valorum —dijo ella—. Traemos noticias de un grave acontecimiento en nuestro planeta natal. Sin advertencia, la facción neimoidiana de la Federación de Comercio ha iniciado un bloqueo. Sus enormes cargueros rodean nuestro planeta y a ninguna nave se le permite llegar o marcharse.

Palpatine y Valorum intercambiaron miradas sorprendidas.

Qué perfectamente representa ella su parte, pensó Palpatine. Sentada en su trono como alguna muñeca animatrónica disfrazada y excesivamente artificial. La pose majestuosa, la voz sin inflexión, con el consejero Sio Bibble de larga barba de pie a un lado y el jefe de seguridad Panaka de complexión oscura al otro…

—Alteza, ¿han comunicado los neimoidianos alguna demanda? —preguntó Valorum mientras la imagen teñida de azul parpadeaba, se estabilizaba y parpadeaba de nuevo.

—El virrey Gunray declara que el bloqueo ha sido lanzado como protesta por la decisión del Senado de gravar los envíos en las zonas

de libre comercio. Asegura que cualquier intento de romper el embargo se encontrará con una fuerza mortal. A menos que las nuevas regulaciones se rescindan, está preparado para ver morir de hambre a todos en Naboo.

Valorum apretó sus manos.

—Majestad, el senador Palpatine está aquí conmigo.

Ni la expresión de Amidala ni su tono monótono fluctuaron.

—Senador Palpatine, nos complace que sea capaz de oír estas noticias de primera mano.

—Alteza —dijo Palpatine, entrando en el campo de visión de las cámaras del holoproyector e inclinando la cabeza—. Contactaré con los delegados de la Federación de Comercio inmediatamente y demandaré que se termine este bloqueo.

—Las demandas pueden no ser bastante para influirles, senador. Naboo solicita que la República intervenga en esta cuestión tan rápidamente como sea posible.

—Y lo hará, alteza —dijo Valorum demasiado rápidamente—. Convocaré una sesión especial… Prometo que Naboo tendrá mi completa atención.

Amidala asintió.

—Nos ha mostrado mucha cortesía en el pasado, Canciller Supremo. Confiamos en que hará todo lo que esté en su poder, ya que es usted nuestra única esperanza.

La transmisión terminó de repente.

—La cara de este asunto nefario se revela —dijo Palpatine.

Valorum volvió a su escritorio y se sentó.

—Le doy mi palabra, por su ayuda durante la Crisis Yinchorri y por tantos años de amistad, que esta situación no perdurará. Aunque mis manos estén atadas, encontraré algún modo de resolver esto.

—Sé que lo intentará, Canciller Supremo.

Valorum tomó aire profundamente.

—Una palabra de consejo, Palpatine. Prepárese para ser lanzado bajo los focos.

29: LA FUERZA CONTRAATACA

Aunque el bloqueo de Naboo había sido lanzado en desafío directo de las leyes de la República, tanto como protesta contra los impuestos como en desafío a la jurisdicción de los Jedi, no consiguió el efecto inmediato que Plagueis y Sidious habían anticipado. Lejos del Núcleo, Naboo no había sido invadido y ningún ser importante había muerto, como había ocurrido durante la Crisis Yinchorri y la reunión en Eriadu. De ese modo, muchos vieron el bloqueo como poco más que un entrechocar de espadas por parte de la enfadada Federación de Comercio. Se veía como un inconveniente para aquellos planetas que dependían del consorcio para conseguir bienes. La última de una serie de confrontaciones para exponer la incompetencia de un Senado dividido más allá de toda esperanza.

Sin embargo, los dos Sith había trabajado incansablemente para aprovechar al máximo la difícil situación de Naboo para asegurarse el apoyo entre los iguales de Palpatine y asegurarse no sólo que su nombre sería colocado para ser nominado, sino que podría ganar si se le nominaba. Igualmente importante, tenían que asegurarse de que Palpatine podría reunir suficientes votos en el Senado para ratificar su decisión de nombrar a Hego Damask cocanciller.

Para variar, Damask había tomado la iniciativa (visitando, haciendo promesas, pidiendo favores y deudas vencidas hacía mucho), mientras Palpatine, por el bien de las apariencias, hacía varios intentos fútiles de reunirse en privado con el representante de la Fede-

ración de Comercio, Lott Dod. Pestage, Doriana, Janus Greejatus, Armand Isard y otros también estaban ocupados entre bambalinas, plantando evidencias incriminatorias donde fueran necesarias y encargándose de que, en caso de soborno, se hicieran públicas.

Sus esfuerzos unidos no constituyeron una campaña política tanto como un ejercicio de subterfugio elaborado.

—Bail Antilles sigue siendo el candidato con mayores probabilidades de ganar —le dijo Plagueis a Sidious cuando llegó al ático del muun—. Irónicamente, la crisis de Naboo ha llevado a los Planetas del Núcleo a estar más unidos. Donde Antilles siempre ha corrido el peligro de ser descartado como el candidato más probable de seguir los pasos de Valorum, de repente es el deseado por aquellos que abogan por una autoridad fuerte y centralizada.

—Se le puede desacreditar —dijo Sidious—. ¿Qué hay de Teem?

—Además de la Federación de Comercio, Teem tiene ahora el respaldo de la Liga de Política Corporativa.

Sidious permaneció indiferente.

—El Senado no está preparado para elegir a un militarista, mucho menos a un militarista gran. Abrazar el apoyo de la LPC es equivalente a prometer la abolición de las restricciones antiesclavitud.

La frustración de Plagueis era evidente, aunque había ocultado su fruncimiento de ceño.

—El interés en Naboo ya está empezando a desvanecerse y con él el voto de simpatía con el que contamos.

Sidious tenía su boca abierta para responder cuando su comunicador sonó y él sostuvo el aparato junto a su oído.

Plagueis le miró con atención.

—Esa noticia es de lo más bienvenida —le dijo Sidious al aparato como si estuviera asombrado.

—No esperaba esto… Una buena elección, creo… Estoy seguro de ello, Canciller Supremo… Sí, estoy seguro de que ella decía en serio cada palabra.

—¿Y ahora qué? —preguntó Plagueis en el momento en el que Palpatine rompió la comunicación.

Sidious negó con la cabeza con incredulidad.

—Valorum, de alguna manera, se las arregló para persuadir al Consejo de que enviara a dos Jedi a Naboo.

A pesar de todo su hablar sobre invencibilidad, Plagueis parecía confundido.

—¿Sin la aprobación del Senado? ¡Tensa el nudo alrededor de su propio cuello!

—Y del nuestro —dijo Sidious—, si los neimoidianos se rinden al pánico y deciden admitir la verdad sobre el bloqueo.

Plagueis se alejó caminando de él con furia.

—Debe de haber tratado con el Alto Consejo en secreto. De otro modo, Mas Amedda nos habría informado.

Sidious siguió los movimientos nerviosos del muun.

—Dooku mencionó que el Consejo continuaría apoyándole.

—¿Dijo Valorum qué Jedi enviaron?

—Qui-Gon Jinn y su Padawan, Obi-Wan Kenobi.

Plagueis se detuvo de golpe.

—Peores noticias aun. He conocido a Qui-Gon y no se parece para nada a algunos de los otros que entrenó Dooku.

—Son un dúo molesto —dijo Sidious—. La némesis del Frente de la Nebulosa en Dorvalla, Asmeru y en Eriadu.

—Entonces Gunray y sus sicofantes no tienen ninguna oportunidad contra ellos.

Sidious tenía una respuesta preparada.

—Dos Jedi solitarios no son rival para miles de droides de batalla y droidekas. Le ordenaré a Gunray que les mate.

—Y tendremos otro Yinchorr y el peligro añadido de que Gunray divulgue nuestras acciones, pasadas y presentes. —Plagueis pensó durante un momento—. Qui-Gon evitará ser detectado por los droides y provocará la destrucción lenta pero inevitable de la nave insignia.

—Entonces le ordenaré a Gunray que lance la invasión antes de lo previsto. Proteger a los naboo se convertirá en una preocupación inmediata, en oposición a arrestar a los neimoidianos. Gunray puede mostrarse reacio ante la idea, pero le aseguraré que la República no intervendrá.

Plagueis estuvo de acuerdo.

—Amedda puede negar cualquier petición que haga Valorum de convocar al Senado en una sesión especial. Aun así…

Se miraron el uno al otro en absoluto silencio. Entonces Sidious asintió.

—Me encargaré de que Maul esté listo.

Plagueis presionó sus manos juntas.

—Es la voluntad del lado oscuro que finalmente nos revelemos —dijo con voz solemne.

Con certeza no era que no confiara en Darth Sidious. Pero Plagueis nunca había observado a Maul de cerca y sentía curiosidad por la relación de Sidious con él. Sabía que raramente se habían encontrado fuera de Los Talleres, mucho menos caminando juntos en una balconada de una de las mónadas más elegantes de Coruscant en mitad de la noche, envueltos en sus capas con capucha. Pero simplemente era apropiado que finalmente debieran hacerlo. Con 11-4D cerca, Plagueis estaba observándoles a los dos desde lejos, con su presencia en la Fuerza minimizada.

La invasión y la ocupación de Naboo estaban procediendo según lo previsto y los pantanos estaban siendo explorados en un esfuerzo por localizar y aislar los hábitats sumergidos principales de los indígenas gungans del planeta, antes de que ellos pudieran suponer una amenaza. Pero los dos Jedi, la reina Amidala y su séquito de dobles y guardias habían tenido éxito en abrirse camino a tiros a través del bloqueo. Con la ayuda de Maul, se habían transmitido mensajes falsos del consejero de la reina Sio Bibble a la nave estelar desaparecida y una transmisión había devuelto un leve rastro de conexión con el planeta propiedad del hutt de Tatooine. Al descubrir eso, Plagueis había considerado pedirle a Jabba que capturara a la reina, pero no durante mucho tiempo, por preocupación de lo que el lado oscuro podría demandar de él a cambio.

—Tatooine está escasamente poblado —dijo 11-4D, repitiendo lo que el zabrak dathomiri le estaba diciendo a Sidious—. Si el rastro es correcto, les encontraré rápidamente, Maestro.

—Continua —dijo tranquilamente Plagueis.

—Como réplica, Sidious está instruyendo a Maul que convierta a los Jedi en su primera prioridad. Una vez que se haya deshecho de Qui-Gon y Obi-Wan, Maul debe devolver a la reina Amidala a Naboo y debe forzarla a firmar un tratado que ceda el control del planeta y sus reservas de plasma a la Federación de Comercio.

El droide hizo una pausa.

—Maul dice —añadió entonces—: "Por fin nos revelaremos a los Jedi. Por fin podremos vengarnos".

En la distancia, Sidious se volvió hacia Maul.

CuatroDé agudizó sus entradas auditivas.

—Sidious dice: "Has sido bien entrenado, mi joven aprendiz. No serán rival para ti".

Las palabras agitaron profundas dudas en Plagueis y él se abrió con la Fuerza, adaptándose con sus corrientes giratorias. Momentáneamente, las puertas que oscurecían el futuro se separaron y tuvo un destello de los sucesos que estaban por ocurrir o sucesos que podrían llegar a ocurrir.

En cualquier caso, no se sintió animado.

¿Lo habían malinterpretado Sidious y él? ¿Sería mejor abortar el plan y confiar en que Palpatine fuera elegido incluso sin hacer que Naboo cayera ante la Federación de Comercio? Una vez que los Jedi descubrieran la existencia de un Sith, ¿pondrían en marcha una intensa cacería en busca del otro?

Sidious había formado casi un vínculo filial con Maul. Apegado al presente, no comprendió la verdad: que esta era la última vez que su aprendiz y él podrían verse el uno al otro en carne y hueso.

Los sucesos estaban convergiendo rápidamente.

A pesar de los obstáculos inesperados, las habilidades de seguimiento de Maul le habían llevado hasta la reina desaparecida. Pero él había fallado en su misión. A pesar de una breve confrontación con Qui-Gon Jinn, el Maestro Jedi y su grupo se las habían arreglado para llevar a cabo un segundo escape con éxito. Al zabrak no le habían ma-

tado, como había temido inicialmente Plagueis, pero su hoja carmesí le había identificado como un Sith y ahora los Jedi, Amidala y su séquito de guardias y sirvientas estaban viajando hacia Coruscant en la nave estelar reflectante de la reina. Sidious le había ordenado a Maul que fuera a Naboo a supervisar la ocupación neimoidiana.

—Pestage y Doriana han hecho planes que debilitarán las campañas de tus principales rivales —estaba diciendo Plagueis mientras Palpatine y él se daban prisa en ir hacia el saltacielos que les llevaría hasta la plataforma antigravitatoria en la que la Nave Estelar Real había obtenido permiso para aterrizar.

—Coruscant pronto sabrá que el senador Ainlee Teem ha estado protegiendo a un dug que está profundamente involucrado en la red de distribución de barritas letales de Gardulla la Hutt y los Bando Gora.

—¿Otro favor de Jabba? —preguntó Sidious.

—El hutt se ha convertido en un aliado —dijo Plagueis.

—Con Sol Negro descabezado, tendrá libertad de acción sobre el comercio de especia.

—Durante un tiempo —dijo Plagueis—. La información sobre el senador Teem ha sido enviada a Antilles, que ha estado intentando durante años hacer que le echaran del Senado. Cuando se anuncie la investigación de corrupción, el apoyo de Teem desaparecerá. Del mismo modo que lo hará el apoyo de Antilles, cuyas ambiciones le han cegado ante el hecho de que nadie en el Senado quiere a un reformador fanático en la cancillería. La Facción del Medio se agrupará entonces contigo, con la esperanza de ser capaz de manipularte y la Facción del Núcleo centrada en los humanos te respaldará porque eres uno de los suyos.

Sidious le miró.

—De no ser por ti…

Plagueis le mandó callar con un gesto de su mano y se detuvo de repente.

Sidious dio unos cuantos pasos más y se volvió hacia él.

—¿No vas a acompañarme a saludar a la reina?

—No. Los Jedi aun están con ella y nuestra presencia unida puede

permitirles sentir nuestras inclinaciones.

—Tienes razón, por supuesto.

—Hay una cosa más —dijo Plagueis—. La crisis de Naboo finalmente ha atraído el interés de Coruscant. Si pudiéramos forzar una crisis similar en el Senado, tu elección estaría garantizada.

Sidious pensó en ello.

—Puede haber un modo. —Miró con dureza a Plagueis—. La solicitud de una moción de censura a Valorum.

—Si tú…

—Yo no —le interrumpió Sidious—. La reina Amidala. Yo le llenaré la cabeza con dudas sobre la incapacidad de Valorum para resolver la crisis y miedos sobre lo que el gobierno de la Federación de Comercio significaría para Naboo. Entonces la llevaré al Senado de manera que pueda ver por sí misma lo insostenible que se ha vuelto la situación.

—El gran teatro —meditó Plagueis—. No sólo solicitará una moción de censura. Ella huirá a su hogar para estar con su gente.

—Donde la queríamos para empezar.

—Confío en que la comida sea mejor que la vista —comentó Dooku sin humor mientras se reunía con Palpatine en una mesa junto a la ventana en Comidas Baratas de Mok al día siguiente. Un pequeño establecimiento que abastecía al personal de las fábricas, que dominaba el corazón de Los Talleres.

—El Senado está estudiando planes para desarrollar proyectos de viviendas en las tierras llanas.

Dooku frunció el ceño con revulsión.

—¿Por qué no construyen simplemente sobre un basurero de residuos radioactivos?

—Donde hay créditos que ganar, las vidas de los ciudadanos ordinarios son de poca consecuencia.

Dooku levantó una ceja.

—Espero que tú lo detengas.

—Preferiría que Los Talleres permanecieran sin cambiar durante

un tiempo.

Dooku alejó a un camarero con un gesto y miró a Palpatine con interés.

—Así que, un bloqueo evita que vayas a Naboo y lo que pasa es que Naboo viene hacia ti. Vaya pedazo de magia.

Palpatine le mostró una sonrisa fina.

—Si, mi reina ha llegado.

—Tu reina —dijo Dooku, tirándose de la barba corta—. Y por todo lo que oigo tú puedes ser pronto su Canciller Supremo.

Palpatine minimizó el comentario y luego adoptó una expresión más seria.

—Eso es, sin embargo, parte de la razón por la que te pedí que te reunieras conmigo aquí.

—¿Te preocupa no recibir el respaldo Jedi si se te ve conmigo en los lugares de costumbre?

—Nada por el estilo. Pero *si* soy elegido, y *si* tú y yo vamos a empezar a trabajar juntos, nos importa dar todas las impresiones de que estamos en bandos opuestos.

Dooku cruzó sus brazos y le miró.

—¿Trabajar juntos en capacidad de qué?

—Eso está por verse. Pero nuestra meta común sería devolver a la República a lo que fue una vez al hacerla pedazos.

Dooku no dijo nada durante un largo momento y, cuando habló, fue como si estuviera reuniendo sus pensamientos sobre la marcha.

—¿Con tu planeta natal siendo quizás la chispa que dispara una conflagración? Claramente la crisis te ha beneficiado políticamente y ese hecho solo tiene a ciertos seres haciéndose preguntas. —Examinó la cara de Palpatine—. Bajo circunstancias normales, el Consejo no habría puesto en entredicho la autoridad del Senado al honrar la petición de Valorum de enviar Jedi a Naboo. Pero para Yoda, Mace Windu y el resto, Valorum es un valor seguro, mientras que los senadores Antilles y Teem y tú aun tenéis que revelar vuestras auténticas agendas. Tomémoste a ti, por ejemplo. La mayoría son conscientes de que eres un político de carrera y que te las has arreglado hasta ahora para evitar embrollos. ¿Pero qué sabe alguien sobre ti más allá

de tu historial de votaciones o el hecho de que resides en el República Quinientos? Todos pensamos que hay mucho más en ti que lo que se ve a simple vista, por así decirlo. Algo sobre ti que todavía tiene que ser descubierto.

—Me sorprendió tanto como a cualquiera descubrir que el Maestro Qui-Gon y Obi-Wan Kenobi fueron enviados a Naboo —dijo Palpatine en lugar de comentar directamente la explicación de Dooku.

—Te soprendió, por supuesto. ¿Pero te complació?

—Naboo es mi planeta natal. Quiero ver la crisis resulta tan rápidamente como sea posible.

—¿Sí?

Palpatine le sostuvo la mirada.

—Empiezo a preguntarme qué puede haber incitado tu humor antagónico. Pero por el bien de la discusión, digamos que no siento vergüenza por aprovecharme al máximo de la crisis. ¿Causaría eso que te distanciaras de mí?

Dooku sonrió con sus ojos, pero no con regocijo.

—Al contrario, como dices. Dado que estoy interesado en descubrir más sobre la posibilidad de una alianza.

Palpatine adoptó una expresión sombría.

—¿Estás resuelto a dejar la Orden?

—Incluso más que cuando hablamos la última vez.

—¿Debido a la decisión del Consejo de intervenir en Naboo?

—Puedo perdonarles eso. Había que romper el bloqueo. Pero algo más ha ocurrido. —Dooku eligió sus siguientes palabras cuidadosamente—. Qui-Gon volvió de Tatooine con un antiguo niño esclavo. Según la madre del chico, el niño no tiene padre.

—¿Un clon? —preguntó Palpatine inciertamente.

—No es un clon —dijo Dooku—. Quizás fue concebido por la Fuerza. Como cree Qui-Gon.

La cabeza de Palpatine se echó hacia atrás de golpe.

—No te sientas en el Consejo. ¿Cómo sabes esto?

—Tengo mis métodos.

—¿Tiene esto algo que ver con la profecía de la que hablaste?

—Todo. Qui-Gon cree que el chico, su nombre es Anakin, está en

el centro de una vergencia en la Fuerza y cree más aun que encontrarle fue la voluntad de la Fuerza. Aparentemente se llevaron a cabo análisis de sangre y la concentración de midiclorianos del niño no tiene precedentes.

—¿Crees que es el profetizado?

—El Elegido —le corrigió Dooku—. No. Pero Qui-Gon lo acepta como un hecho y el Consejo está dispuesto a hacerle una prueba.

—¿Qué se sabe de este Anakin?

—Muy poco, excepto por el hecho de que nació en esclavitud hace nueve años y fue, hasta recientemente, junto con su madre, propiedad de Gardulla la Hutt y luego de un chatarrero toydariano. —Dooku sonrió burlonamente—. También que ganó la Carrera de Vainas Clásica de Boonta Eve.

Palpatine había dejado de escuchar.

Nueve años de edad… Concebido por la Fuerza… ¿Es posible…?

Sus pensamientos rebobinaron a una velocidad frenética: hasta la plataforma de aterrizaje en la que Valorum y él le habían dado la bienvenida a Amidala y su grupo. En realidad no a Amidala, sino a una de las que se le parecían. Pero el chico de pelo color arena, este Anakin, envuelto en ropajes asquerosos, había estado allí, junto con un gungan y los dos Jedi. Anakin había pasado la noche en una diminuta habitación de su apartamento.

Y no sentí nada *en él.*

—Qui-Gon es impulsivo —estaba diciendo Dooku—. A pesar de su fijación con la Fuerza viva, demuestra sus propias contradicciones al ser un auténtico creyente de la profecía, un vaticinio más en línea con la Fuerza unificadora.

—Nueve años de edad —dijo Palpatine cuando pudo—. Seguramente es demasiado mayor para ser entrenado.

—Si el Consejo muestra algo de sentido común.

—¿Y qué será del niño entonces?

Los hombros de Dooku se alzaron.

—Aunque ya no sea un esclavo, probablemente será enviado a reunirse con su madre en Tatooine.

—Comprendo tu desilusión —dijo Palpatine.

Dooku negó con la cabeza.

—No te lo he contado todo. Como si el anuncio de haber encontrado al Elegido no fuera bastante, Qui-Gon descubrió que la Federación de Comercio puede haber tenido la ayuda de aliados poderosos para planear y ejecutar el bloqueo de Naboo.

Palpatine se sentó más recto en su silla.

—¿Qué aliados?

—En Tatooine, Qui-Gon luchó con un asesino que está bien entrenado en las artes Jedi. Pero descartó la idea de que el asesino fuera algún Jedi caído. Está convencido de que el guerrero es un Sith.

Ignorando las reacciones de los aprensivos residentes y del personal de seguridad alerta, Plagueis aceleró a lo largo de un corredor majestuoso en el República 500 hacia la suite de habitaciones carmesí de Palpatine. Había planeado estar en el Edificio del Senado para oír la solicitud de moción de censura de Amidala a Valorum, que daría el primer toque de difuntos por la República. En el último momento, sin embargo, Palpatine había contactado con él para contarle una conversación que había tenido con Dooku. El hecho de que Qui-Gon hubiera identificado a Maul como un Sith era de esperar. Pero las noticias de Dooku sobre un chico humano en el centro de una vergencia de la Fuerza habían llegado como un shock. Más aun, ¡Qui-Gon veía al chico como el Elegido profetizado de los Jedi!

Tenía que ver a este Anakin Skywalker por sí mismo. Tenía que sentirle por sí mismo. Tenía que saber si la Fuerza le había devuelto el golpe de nuevo, nueve años después, al concebir a un ser humano para que restaurara el equilibrio en la galaxia.

Plagueis se había detenido en la entrada del apartamento de Palpatine. Al final, una de las sirvientas casi idénticas de la reina Amidala llegó hasta la puerta, una visión con una larga capa con capucha. Los ojos de ella se fijaron en la máscara respiratoria.

—Lo siento, señor —dijo ella—. El senador Palpatine no está aquí.

—Lo sé —dijo Plagueis—. Estoy aquí para hablar con un invitado del senador. Un jovencito humano.

Los ojos de ella permanecieron pegados a la máscara.

—No se me permite…

Damask agitó rápidamente su mano izquierda, obligándola a responderle.

—Tienes mi permiso para hablar.

—Tengo vuestro permiso —dijo ella con una voz distraída.

—Ahora, ¿dónde está el chico?

—Anakin, queréis decir.

—Anakin, sí —dijo él con prisas—. Ese es. Ve a buscarle. ¡Ahora!

—Justo llegáis tarde, señor —dijo la sirvienta.

Plagueis miró más allá de ella hacia el interior de la suite de Palpatine.

—¿Que llego tarde? —Se enderezó por la furia—. ¿Dónde está?

—El Maestro Jedi Qui-Gon Jinn vino a recogerle, señor. Sospecho que podéis encontrarle en el Templo Jedi.

Plagueis retrocedió un paso, con sus pensamientos dando vueltas.

Todavía había una oportunidad de que el Consejo decidiera que Anakin eran demasiado mayor para ser entrenado como Jedi. De ese modo, asumiendo que fuera devuelto a Tatooine…

Pero si no… Si Qui-Gon se las arreglaba para influenciar a los Maestros del Consejo y ellos renegaban de sus propios dictados…

Plagueis se pasó una mano sobre su frente. *¿Estamos destruidos?*, pensó. *¿Nos has destruido tú?*

30: DIRIGIÉNDOSE AL FUTURO DESDE EL PRESENTE

El Magíster Damask todavía estaba nervioso cuando llego al Edificio del Senado y se dio prisa por recorrer su laberinto de corredores y turboascensores para llegar al puesto de Naboo a tiempo para el evento.

Durante un receso que ocurrió tras la petición de la moción de censura, la reina Amidala y la pareja de criadas con las que había llegado habían decidido volver al República 500. Pero Panaka estaba allí, con su gorra y su chaleco de cuero marrón, junto con Sate Pestage y Kinman Doriana. Con apenas una palabra de saludo, Plagueis pasó entre los tres hombres para reunirse con Palpatine en la plataforma flotante.

—¿Hablaste con él? —preguntó Palpatine, mientras la voz del senador de Kuat retumbaba a través de los altavoces de la Rotonda.

El muun negó con la cabeza con furia.

—Qui-Gon ya había estado allí. Se han ido al Templo.

—Todavía hay una oportunidad de…

—Sí —dijo Damask—. Pero si la concentración de midiclorianos del chico es tan alta como Dooku sugirió, entonces los Jedi no es probable que le permitan escapar de sus garras.

—Un recuento de midiclorianos alto no siempre equivale a talentos de la Fuerza. Tú mismo me dijiste eso.

—Eso no es lo que me preocupa —dijo Damask, pero no fue más allá. Haciendo un gesto amplio, preguntó—: ¿Dónde estamos?

—Antilles fue nominado por Com Fordox. Teem, por Edcel Bar Gan.

—Traidores —barbotó Damask—. Fordox y Bar Gan.

Palpatine estaba a punto de replicar cuando la voz de Mas Amedda llenó la Rotonda.

—El Senado reconoce al senador Orn Free Taa de Ryloth —dijo el chagriano desde el podio.

Sei Taria estaba también allí, pero Valorum, casi expulsado del poder, o había desaparecido o estaba sentado fuera de la vista.

El gran twi'leko azul se alzaba orgullosamente en la proa de la plataforma mientras esta flotaba hacia el centro de la Rotonda, flanqueado por holocámaras. En la parte trasera curva de la plataforma estaba la consorte de Free Taa, una pequeña twi'leko de piel roja, y el cosenador de Ryloth y distribuidor de barritas letales, Connus Trell.

—Ryloth se enorgullece de nominar a alguien que no sólo ha consagrado veinte años de servicio incansable a la República mientras se las arreglaba para navegar por un curso valiente a través de las tormentas que continúan azotando a este cuerpo, sino cuyo planeta natal se ha convertido en el último objetivo de la avaricia corporativa y la corrupción. Seres de todas las especies y todos los planetas, nomino al senador Palpatine de Naboo.

Vítores y aplausos sonaron desde casi cada sector de la sala, haciéndose más altos y más entusiastas cuando la plataforma de Naboo se soltó del puesto de atraque y flotó para unirse a las de Alderaan y Malastare.

—Lo has conseguido, Darth Plagueis —dijo Palpatine tranquilamente y sin mirarle.

—Aun no —le llegó la replica—. No descansaré hasta que esté seguro de una *victoria*.

Era tarde por la noche cuando Plagueis se abrió camino hasta un observatorio público que proporcionaba una vista privilegiada sobre el

arabesco exclusivo de una plataforma de aterrizaje en la que la Nave Estelar Real de la reina Amidala estaba expuesta a la luz ambiente.

Con la capucha de su capa levantada, se movió hasta uno de los puestos fijos de macrobinoculares y presionó sus ojos contra los huecos acolchados para los ojos. Qui-Gon Jinn, Obi-Wan Kenobi y el chico habían llegado a la plataforma en una nave Jedi. Amidala, sus sirvientas y guardias y un gungan de miembros flácidos llegaron en un taxi aéreo descubierto hemisférico. Justo entonces el último grupo estaba ascendiendo por la rampa de entrada de la nave estelar, pero Qui-Gon y el pilluelo de cara redonda del desierto se habían detenido cerca de la nave para hablar sobre algo.

¿Qué?, se preguntó Plagueis a sí mismo. *¿Qué conversación ha invocado una expresión de tal ansiedad en la cara de Qui-Gon y una urgencia tan confusa en la del chico?*

Levantando su cara de los macrobinoculares, se abrió con la Fuerza y cayó víctima de un asalto de imágenes perplejas: feroces batallas en el espacio profundo, el entrechocar de sables láser, mamparas de luz brillante, un ciborg de casco negro levantándose de una mesa… Para cuando su mirada hubo vuelto a la plataforma, Qui-Gon y el chico habían desaparecido.

Intentando desesperadamente encontrarle algún sentido a las imágenes que le había concedido la Fuerza, se quedó inmóvil, viendo elevarse a la nave de la plataforma y escalar en la noche.

Luchó por reprimir la verdad.

El chico cambiaría el curso de la historia.

A menos que…

Maul tenía que matar a Qui-Gon, para evitar que el niño fuera entrenado.

Qui-Gon era la clave de todo.

Plagueis y Sidious pasaron el día anterior a la votación en el Senado en el Edificio LiMerge, comunicándose con Maul y Gunray y encargándose de otros asuntos. Los primeros informes de Naboo indicaban que Amidala era más atrevida de lo que ninguno de ellos hubiera

anticipado. Había tramado una reconciliación entre los naboo y los gungans y había persuadido a los últimos de que reunieran a un ejército en los pantanos. Inicialmente, Sidious le había prohibido a Maul y a los neimoidianos que emprendieran acciones. Lo último que los Sith necesitaban era hacer que Amidala emergiera como una heroína del drama fabricado por ellos. Pero cuando el ejército gungan comenzó una marcha contra la ciudad de Theed, no le quedó más remedio que ordenarle a Gunray que repeliera el ataque y masacrara a todo el mundo.

Plagueis no ofreció consejo ni contradijo las órdenes, incluso aunque sabía que la batalla estaba perdida y que el chico no moriría.

En su lugar organizó una conferencia por comunicador con los líderes del Gremio de Comercio, la Tecno Unión, la Alianza Corporativa y los otros, diciéndoles que, a pesar de la legalidad del bloqueo, la Federación de Comercio se había buscado su perdición.

—Prestad atención al modo en el que la República y la Orden Jedi tratan con ellos —le dijo Hego Damask a su holoaudiencia—. La Federación será desmantelada y se sentará un precedente. A menos que deis pasos para comenzar una retirada lenta y cuidadosamente planeada del Senado, llevándoos a vuestros sistemas natales y clientes con vosotros, también vosotros corréis el riesgo de convertiros en propiedad de la República.

Mientras la luz del día se desvanecía sobre Los Talleres, Sate Pestage les informó de que los senadores Teem y Antilles estaban inhabilitados y que algunos de los corredores de apuestas de Coruscant estaban ahora dándole ventaja a Palpatine en la elección.

Eso sólo dejó una cuestión de negocios para acabar.

Asistir a la ópera.

Suspendida como un ornamento centelleante en un soporte de caminos y rampas peatonales, la Ópera de las Galaxias era propiedad del notorio jugador y playboy Romeo Treblanc y estaba diseñada para funcionar como alternativa a la tediosa Ópera de Coruscant, que durante décadas había sido patrocinada por la Casa Valorum y

otros linajes ricos del Núcleo. Con el Senado convocado para reunirse en sesión extraordinaria a la mañana siguiente, la excitación absorbía Coruscant y, como celebración de la posibilidad de que la elección de que un nuevo Canciller Supremo pudiera abrir una era de cambios positivos, la mitad del Senado había salido. Nunca tanta tela veda, brocado y brilloseda habían honrado a las alfombras fastuosas que llevaban a las puertas principales. Y nunca un surtido tan diverso de coruscanti había salido de los taxis y limusinas que les habían llevado: patricios y decanas, magnates y filántropos, eruditos y mecenas, libertinos y jovencitas ingenuas, gánsters y sus prostitutas… muchos vestidos con vestidos tan ostentosos como lo llevados por los actores en el escenario.

Valorum había declinado aparecer, pero Ainlee Teem y Bail Antilles estaban entre los miles que entraban para disfrutar del estreno de un nuevo trabajo de un genio mon calamari. Sin embargo, sólo a Palpatine y Damask les dio personalmente la bienvenida Treblanc. Palpatine estaba envuelto en una capa oscura y el muun en una verde oscura, con un bonete a juego y una máscara respiratoria que dejaba expuesta parte de su mandíbula blanquecina.

—Las noticias dicen que perdió una fortuna en la Carrera de Vainas de Boonta Eve —dijo Damask cuando estuvieron fuera del alcance del oído de Treblanc.

—El evento que ganó Anakin —dijo Palpatine.

Damask se detuvo de golpe por la sorpresa y se volvió hacia Palpatine en busca de una explicación.

—Consiguió el primer lugar.

Damask absorbió las noticias con un silencio ensimismado.

—Las acciones del chico —dijo entonces— ya tienen un eco a través de las estrellas.

Una mujer nautolana les escoltó hasta un palco privado en el tercer nivel, cerca del escenario, con su aparición provocando un aplauso de algunos de los seres sentados abajo y murmullos de rumores de otros.

Las luces se hicieron más tenues y la obra empezó. Metáforas acuáticas se alternaron con proyecciones cargadas de simbolismo. La naturaleza experimental de la obra pareció reforzar la atmósfera de ex-

pectación que flotaba sobre la audiencia. Con sus pensamientos en otro lugar, los dos Sith secretos estaban sentados en respetuoso silencio, como si estuvieran hipnotizados.

Durante el intermedio, la multitud llenó el vestíbulo en busca de refrigerios. Discretamente, Damask sorbió de una copa de vino mientras distinguía a los seres que se aproximaban a Palpatine para desearle buena fortuna en la próxima elección. Otros seres celebrados miraban estúpidamente a Damask desde una distancia respetuosa. Era como si algún fantasma buscado desde hacía mucho se hubiera vuelto de carne y hueso durante la noche. Las holocámaras grababan imágenes de la pareja para los medios de comunicación. Damask ingirió una segunda copa de vino mientras las luces parpadearon, anunciando el final del intermedio. Pestage le había asegurado que algunos de los oponentes de Palpatine en el Senado serían atacados. Otros, estarían demasiado borrachos o drogados para asistir a la sesión de por la mañana. Ninguno moriría, pero varios podrían tener que ser amenazados. Y sin embargo, Damask continuaba poniéndose nervioso por el resultado…

Tras la representación, Palpatine y él se unieron a un grupo selecto de políticos que incluía a Orn Free Taa y Mas Amedda para una cena tardía en una habitación privada en las Manarai.

Entonces se retiraron al ático de Damask.

Plagueis les había dado la noche libre a los Guardias del Sol y la otra única inteligencia en el apartamento amplio era el droide 11-4D, su sirviente para la ocasión, vertiendo vino en vasos caros mientras ellos se quitaban las capas.

—Sullustano —dijo Plagueis, sosteniendo el vaso en alto hacia la luz y girando su contenido clarete—. De más de medio siglo.

—Un brindis, entonces —dijo Sidious—. Por la culminación de décadas de brillante planificación y ejecución.

—Y por el nuevo significado que mañana le daremos a la Regla de Dos.

Vaciaron sus vasos y 11-4D los volvió a llenar inmediatamente.

—Sólo tú podrías haber hecho que esto diera frutos, Darth Plagueis —dijo Sidious, colocándose en una silla—. Me esforzaré por estar a la altura de tus expectativas y por cumplir con mi responsabilidad.

Plagueis recibió el cumplido al paso, sin altanería ni vergüenza.

—Con mi guía y tu carisma, pronto estaremos en posición para iniciar el acto final del Gran Plan. —Poniéndose más cómodo en el sofá, le hizo señas a 11-4D para que abriera una segunda botella de la cosecha—. ¿Has pensado en lo que dirás mañana?

—He preparado algunos comentarios —dijo Sidious—. ¿Te arruino la sorpresa?

—¿Por qué no?

Sidious se tomó un momento para componerse.

—Para empezar, pensé que diría que, mientras que nosotros en el Senado nos las hemos arreglado para mantener intacta a la República durante mil años, nunca habríamos sido capaces de hacerlo sin la ayuda de unos cuantos seres, principalmente invisibles para los ojos del público, cuyos logros necesitan ahora ser sacados a la luz del día.

Plagueis sonrió.

—Estoy complacido. Continua.

—Hego Damask es uno de esos seres —dijo Sidious, hablando con un tono bajo y monótono—. Fue Hego Damask quien fue responsable de supervisar el desarrollo de la Administración de la Reserva de la República y de proporcionar apoyo financiero a las Leyes de Reasentamiento que permitió que los seres recorrieran rápidamente nuevas rutas hiperespaciales hacia los sistemas exteriores y colonizaran planetas distantes.

—Eso será como una revelación para algunos.

—De modo similar, fue Hego Damask quien transformó a la Federación de Comercio…

—No, no —le interrumpió Plagueis—. Ahora no es el momento para mencionar a la Federación de Comercio.

—Pensé…

—No veo ningún problema con llamar la atención sobre los acuerdos que facilité entre la República y la Alianza Corporativa y la Tecno Unión. Pero debemos tener cuidado en evitar áreas de controversia.

—Por supuesto —dijo Sidious, como si le hubieran reprendido—. Estaba hablando de memoria.

—Intenta una aproximación diferente.

Y así lo hizo Sidious.

Y mientras la noche seguía adelante, él continuó enmendando e improvisando, tocando el tema la infancia de Damask en Mygeeto y el de las contribuciones del anciano Damask al Clan Bancario InterGaláctico durante su mandato como copresidente. Con el vaso de vino en la mano, Sidious paseó por el suelo ricamente alfombrado, vacilando a menudo entre la confianza y la ansiedad. Más de una vez, Plagueis expresó satisfacción con todo lo que oía, pero urgió a Sidious a guardarse su energía para por la mañana. Aunque para entonces, Sidious estaba demasiado estimulado como para prestar atención al consejo y siguió trabajando en el orden de los comentarios y el énfasis que le daba a ciertos puntos.

El droide llevó una tercera y luego una cuarta botella del vino sullustano.

Agradablemente borracho, Plagueis, que no había querido nada más que saborear el dulce sabor de la victoria, estaba empezando a encontrar agotadora la actuación de su colaborador y no quería nada más que cerrar los ojos y dejarse llevar por fantasías de su marcha al entrar en la Rotonda del Senado, de las miradas de sorpresa, asombro y trepidación en las caras de los senadores reunidos, de su emergencia de las sombras anticipada durante mucho tiempo, de su ascensión al poder galáctico…

Desafortunadamente, Sidious no le dejaría.

—Ya es suficiente por ahora —intentó Plagueis una última vez—. Probablemente deberías volver a casa y descansar al menos unas cuantas horas antes de…

—Sólo una vez más. Desde el principio.

—¿El principio?

—Lord Plagueis, dijiste que no descansarías hasta que nuestra victoria fuera un hecho.

—Así lo dije y así será, Darth Sidious.

—Entonces celebremos eso también. —Sidious llamó por gestos a

11-4D—. Llena nuestros vasos, droide.

Con una fatiga somnolienta empezando a vencerle, todo lo que Plagueis pudo hacer fue levantar el vaso hacia su nariz. Apenas había dejado el vaso cuando este se volcó, empapando el mantel. Sus párpados empezaron a parpadear y a cerrarse y su respiración se ralentizó. Tras veinte años de no tener que lidiar nunca con Plagueis en un estado de sueño, el transpirador dio chasquidos repetidamente para ajustarse, casi como si tuviera pánico.

A unos cuantos metros de distancia, Sidious se detuvo, mirando a Plagueis durante un largo momento, como si tomara una decisión sobre algo. Entonces, dejando escapar un suspiro, dejó su propio vaso y alargó la mano hacia la capa que había colgado en una silla. Girándose, se dirigió hacia la puerta, sólo para detenerse poco antes de llegar a ella. Dándose la vuelta y abriéndose con la Fuerza, miró a su alrededor a la habitación, como podría hacerlo uno para fijar un recuerdo en la mente. Su mirada se posó brevemente en el droide, con sus brillantes fotorreceptores zumbando para mirarle a él con curiosidad evidente.

Una expresión de siniestro propósito retorció la cara de Sidious.

De nuevo, sus ojos recorrieron la habitación y el lado oscuro le susurró.

Tu elección está asegurada, los Guardias del Sol están ausentes, Plagueis no sospecha nada y está dormido…

Y él se movió como un borrón.

Crepitando desde las yemas de sus dedos, una red de rayos azules se posó sobre el aparato respiratorio del muun. Los ojos de Plagueis se abrieron de golpe, con la Fuerza reuniéndose en él como una tormenta, pero no llegó a defenderse. Este ser que había sobrevivido a intentos de asesinato y había matado a incontables oponentes meramente miró a Sidious, ¡hasta le pareció que Plagueis le estaba desafiando! Confiado en que no se le podía matar y negándose a admitir que se estaba ahogando lentamente, podría haber estado simplemente experimentando consigo mismo, cortejando en realidad a la muerte para colocarla en su lugar. Cogido momentáneamente con la guardia baja, Sidious se quedó absolutamente quieto. ¿Estaba

Plagueis tan autoengañado como para creer que había alcanzado la inmortalidad?

La pregunta duró sólo un momento y entonces Sidious liberó otra maraña de rayos, llamando al lado oscuro más profundamente de lo que lo había hecho jamás.

—Repasemos la segunda parte del discurso, ¿quieres? —dijo, alisando su capa alborotada—. So viejo tonto inútil.

Con un gruñido, lanzó la capa sobre sus hombros y se inclinó hacia Plagueis, plantando las palmas de sus manos sobre la mesa baja que ahora estaba encharcada por el vino derramado.

—Fue Hego Damask como Darth Plagueis quien vino a Naboo, determinado a exprimir el plasma del planeta y levantó su Federación de Comercio como si fuera su supervisor. Fue Hego Damask como Plagueis quien entonces puso sus miras en un joven aparentemente confuso y, con una habilidad meticulosa, le manipuló para que cometiera parricidio, matricidio y fratricidio. Darth Plagueis quien le tomó como aprendiz, compartiendo parte de su conocimiento pero reteniendo sus secretos más poderosos, negándole al aprendiz sus deseos como un medio de controlarlo, inculcándole una sensación de furia asesina y volviéndole al lado oscuro.

Sidious se alzó en toda su estatura, mirándole.

—Fue Plagueis quien criticó los primeros esfuerzos de su aprendiz y que una vez le estranguló en una demostración de su superioridad.

»Plagueis, quien le denigró en privado por contratar a una asesina inepta para que llevara a cabo el asesinato del senador Kim. Y sin embargo fue quien se permitió ser engañado por el gran y casi fue asesinado por mercenarios.

»Plagueis, quien se apartó del Gran Plan para concentrarse completamente en sí mismo, en una búsqueda egoísta de la inmortalidad.

»Plagueis quien tuvo la temeridad de criticar a su aprendiz por haber inculcado demasiado orgullo en el asesino que *él* había entrenado.

»Plagueis quien intentó convertir a su aprendiz igualmente poderoso en un mensajero y mero intermediario.

»Y Plagueis quien le vigiló en secreto mientras su aprendiz le encargaba a su auténtico intermediario que revelara a los Sith renacidos a la galaxia.

Sidious se detuvo.

—Plagueis el Sabio —dijo entonces con ironía—, que en su tiempo realmente lo fue, excepto al final, confiaba en que la Regla de Dos había sido superada y no se dio cuenta de que no sería eximido de ella. Plagueis el Sabio, quien forjó al Señor Sith más poderoso que la galaxia ha conocido jamás y sin embargo olvidó dejar un lugar para sí mismo. Cuyo orgullo nunca le permitió cuestionarse que ya no se le necesitaría.

Luchando todavía por respirar, Plagueis se las arregló para ponerse en pie, pero sólo para derrumbarse de nuevo sobre el sofá, derribando a una estatua de su pedestal. Sidious se acercó, con sus manos levantadas para descargar un nuevo golpe, con su expresión lo bastante ártica como para enfriar la habitación. Una tormenta de la Fuerza se reunió sobre el sofá, expandiéndose en anillos concéntricos, para envolver a Sidious y lanzar objetos contra los rincones. En el centro de ella, la forma de Plagueis se volvió borrosa y luego volvió a tener forma cuando la tormenta empezó a desvanecerse.

Los ojos de Sidious perforaron los del muun.

—Cuántas veces dijiste que el viejo orden de Bane había terminado con la muerte de tu Maestro. Un aprendiz ya no necesita ser más fuerte, me dijiste, meramente más inteligente. La era de ajuste de cuentas, la sospecha y la traición había terminado. La fortaleza no está en la carne sino en la Fuerza.

Se rió.

—Perdiste el juego en el primer día en el que elegiste entrenarme para que gobernara a tu lado, o mejor aun, bajo tus garras. Profesor, sí, y por eso te estaré eternamente agradecido. Pero Maestro, *nunca*.

Sidious miró a Plagueis a través de la Fuerza.

—Oh, sí, por supuesto, reúne tus midiclorianos, Plagueis. —Sostuvo el pulgar y el índice juntos—. Intenta mantenerte vivo mientras ahogo la vida que hay en ti.

Plagueis tragó en busca de aire y levantó un brazo hacia él.

—Ahí está el problema, ¿ves? —dijo Sidious en un tono filosófico—. Todos con los que has experimentado, a los que has matado y has traído de vuelta a vida… Fueron poco más que juguetes. Ahora, sin embargo, tienes la experiencia desde su punto de vista y mira lo que descubres: en un cuerpo al que se le niega el aire, en el que incluso la Fuerza está fallando, tus propios midiclorianos no pueden conseguir lo que les estás pidiendo.

El odio tiñó los ojos de Sidious.

—Podría salvarte, por supuesto. Traerte de vuelta desde el borde del abismo, como hiciste tú con Venamis. Yo podría volver a encargarle a tu cuerpo que reparara el daño que ya ha hecho a tus pulmones, tus corazones y tu envejecido cerebro. Pero no haré tal cosa. La idea aquí no es arrastrarte de vuelta en el último momento, sino llevarte a las puertas de la muerte y empujarte por ella hacia el otro lado.

Sidious suspiró.

—Una tragedia, realmente, para alguien tan sabio. Alguien que podía dirigir la vida y la muerte de todos los seres, excepto la suya propia.

Los ojos del muun habían empezado a hincharse. Su piel pálida, a ponerse cianótica.

—Puedes estar preguntándote: ¿cuándo empezó a cambiar?

»La verdad es que no he cambiado. Igual que hemos nublado las mentes de los Jedi, yo nublé la tuya. Ni una sola vez tuve la intención de compartir el poder contigo. Necesitaba aprender de ti. Nada más y nada menos. Aprender todos tus secretos, que confié que eventualmente me revelarías. ¿Pero qué te hizo pensar que te necesitaría después de eso? Vanidad, tal vez. Tu sentido de la autoimportancia. No has sido más que un peón en un juego jugado por un genuino Maestro.

»El Sith'ari.

Se le escapó una risa cruel.

—Reflexiona sobre los pasados años, asumiendo que tengas la capacidad de hacerlo. Yinchorr, Dorvala, Eriadu, Maul, los neimoidianos, Naboo, un ejército de clones, el Jedi caído Dooku… Crees que estas fueron ideas tuyas, cuando de hecho fueron mías, inteli-

gentemente sugeridas a ti de manera que pudieras proponérmelas de nuevo a mí. Eras demasiado confiado, Plagueis. Ningún auténtico Sith puede preocuparse de verdad por otro. Siempre se ha sabido esto. No hay camino excepto mi camino.

Los ojos de Sidious se estrecharon.

—¿Todavía estás conmigo, Plagueis? Sí, detecto que lo estás, aunque apenas.

—Unas cuantas palabras finales, entonces.

»Podría haber dejado que murieras en el distrito Fobosi, pero no podía permitir que eso ocurriera cuando todavía había tanto que no sabía, tantos poderes que permanecían justo fuera de mi alcance. Y cuando eso ocurrió, actué sabiamente al rescatarte. De otro modo, ¿cómo podría estar aquí y tu muriéndote? Realmente pensé que morirías en Sojourn. Y lo habrías hecho si el hutt no te hubiera advertido del plan de Veruna.

»Y sin embargo eso también resultó ser lo mejor, porque incluso después de todo lo que me enseñaste, no podría haber sido capaz de dar los pasos finales hacia la cancillería sin tu ayuda al manipular al Senado y traer al juego a tus aliados variados y diversos. Pero ahora que hemos ganado la carrera, no tengo necesidad de un cocanciller. Tu presencia, mucho menos tus consejos innecesarios, sólo confundirían las cosas. Tengo a Maul para que haga lo que el riesgo de ser descubierto podría no permitirme hacer, mientras que ejecuto el resto del Gran Plan: criar un ejército, fomentar la rebelión y fabricar una guerra intergaláctica, acorralando a los Jedi y cogiéndoles desprevenidos…

»Descansa tranquilo en tu tumba, Plagueis. Al final, seré proclamado Emperador. Los Sith habrán tenido su venganza y yo gobernaré la galaxia.

Plagueis se deslizó hasta el suelo y rodó hasta quedar bocabajo. La muerte hizo gorjear sus pulmones y él murió.

UnoUno-CuatroDé empezó a aproximarse, pero Sidious le hizo gestos para que se detuviera.

—Vamos a tener que encontrarte un nuevo hogar y un cuerpo nuevo, droide.

UnoUno-CuatroDé miró una vez al muun y luego a Sidious.

—Sí, amo Palpatine.

Sidious se movió hacia la ventana y luego se volvió para mirar a la escena del crimen. Hego Damask parecería que había muerto debido a un mal funcionamiento del aparato respiratorio. Haría que el droide alertara a los técnicos médicos. Pero no se llevaría a cabo ninguna autopsia y ninguna investigación le seguiría. Los holos de su aparición en la Ópera de las Galaxias continuarían en la HoloRed y los expertos la sopesarían. El senador Palpatine podría recibir incluso mayor simpatía. Su deleite al ser elegido para la cancillería disminuiría por la muerte repentina de un poderoso aliado financiero.

Sidious volvió a moverse por la habitación para mirar de cerca a Plagueis. Entonces, después de un largo momento, volvió a la ventana y apartó las cortinas.

Su espíritu se elevó, pero brevemente.

Algo estaba oscureciendo su sentido de triunfo: una vaga consciencia de un poder más grande que él mismo. ¿Era Plagueis abriéndose desde la parte más alejada de la muerte para molestarle? ¿O la sensación era una mera consecuencia de la apoteosis?

Fuera, las cumbres de los edificios más altos estaban doradas por los primeros rayos de la luz del día.

EPÍLOGO

La elección de Palpatine para la cancillería dominaba la HoloRed. Estaba lejos de ser una victoria aplastante, pero ganó por un margen más amplio del que incluso los corredores de apuestas habían predicho, debido en parte a la ausencia inexplicable de varios de sus oponentes clave. Con dos jueces de la Corte Suprema y el Vicecanciller Mas Amedda presidiéndolo, hizo el juramento del puesto encima del Podio del Senado, después de que Valorum le hubiera estrechado la mano y hubiera desaparecido por el turboascensor que llevaba a la sala de preparación mucho más abajo. En su discurso, él prometió devolver a la República a su antigua gloria y purgar al Senado de prácticas corruptas. Nadie le prestó mucha atención, dado que cada Canciller Supremo de los pasados doscientos años había hecho las mismas promesas.

Los expertos, sin embargo, se apresuraron a sopesar lo que la elección podría significar para el futuro inmediato. El hecho de que Naboo se las hubiera arreglado para derrotar a la Federación de Comercio sin la ayuda de mercenarios o de la intervención de la República hizo que muchos seres se preguntaran si los planetas podrían seguir el ejemplo de Naboo de establecer sus propios ejércitos y desafiar el poder de los consorcios galácticos. ¿Cómo podrían dar forma los sucesos de Naboo a las políticas del nuevo Canciller Supremo hacia la Alianza Corporativa y los otros cárteles? ¿Sería reexaminada la legislación referente a las zonas de libre comercio y

a la legalidad de los ejércitos droide? ¿Llevaría eventualmente una aplicación más dura de las leyes a la secesión de los cárteles de la República? ¿Y podrían sistemas enteros acabar uniéndose al éxodo?

Con tanta atención fija en la elección, historias que podrían haberse visto de otro modo como significativas, escaparon a la noticia. Una de tales historias fue la muerte inexplicable del solitario financiero muun Hego Damask. Obituarios preparados a toda prisa contenían los pocos hechos sobre su vida que eran de conocimiento público pero apenas tocaron el papel entre bambalinas que había jugado en darle forma a la historia de la República. Los miembros del Clan Bancario Intergaláctico se negaban a dar ninguna información sobre el funeral o sobre la disposición de las sustanciales riquezas de Damask en Muunilinst y en otras docenas de planetas. Confidencialmente, los seres comentaban que les preocupaba que pudiera llevar décadas desenmarañar la complejidad de los negocios del muun.

Con la Batalla de Naboo concluida (*perdida*, en su estimación), Palpatine no tenía tiempo para gozar de la adulación o celebrar su victoria. Su asunto de primer orden, en realidad su primer deber oficial, fue viajar a su planeta natal para darle la enhorabuena a la Reina Amidala y sus nuevos aliados, los gungans, por su sorprendente victoria.

No fue hasta que llegó a Theed y descubrió la derrota de Darth Maul a manos de los Jedi en una estación del generador de energía que comprendió en parte la razón de la sensación de pérdida y profunda soledad que había experimentado tras el asesinato de Plagueis. Podría haber presionado a uno de los Jedi que habían llegado a Naboo para conseguir información sobre cómo se las había arreglado Maul para matar a un maestro luchador de espada sólo para ser vencido por uno menor, pero no quería saberlo y, como resultado, ser capaz de imaginar la pelea. Aun así, le dio gran placer estar entre Yoda, Mace Windu y otros Maestros y ver el cuerpo de Qui-Gon Jinn convertido en cenizas, sabiendo que el Jedi era sólo la primera baja en una guerra que había sido declarada pero aun no ha-

bía empezado. Una en la que diez mil Jedi seguirían a Qui-Gon a la tumba…

Que la muerte de Plagueis y la derrota de Maul hubieran ocurrido en relativa simultaneidad sólo podría haber sido la voluntad de la Fuerza, como lo era el hecho de que, hasta el momento en el que tomara y entrenara a un nuevo aprendiz, Palpatine era ahora el único Señor Sith de la galaxia.

La decepción también atendía al hecho de que el ejército droide de la Federación de Comercio hubiera sido derrotado tan fácilmente por un puñado de naboo y un ejército de primitivos. Pero Anakin Skywalker era la cuestión más importante. Nadie podía discutir que había mostrado un coraje remarcable y habilidades en la Fuerza al destruir la Nave de Control de Droides de la Federación de Comercio.

Como Plagueis había dicho: *Sus acciones ya empiezan a resonar a través de las estrellas*.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Dooku después de que Palpatine le hubiera dado la bienvenida en el Edificio LiMerge.

—Una vieja fábrica. Era de Hego Damask, pero me la cedió antes de morir.

El ceño de Dooku se arrugó.

—¿Con qué propósito?

—Pensó que yo podría tener algún uso para él para poner en marcha un plan de revitalización urbana.

Habiendo vuelto a Coruscant hacía poco más de un mes, Palpatine llevaba una capa con capucha cerrada al cuello por un broche Sith, ostensiblemente como protección contra la lluvia ácida que estaba cayendo en Los Talleres. Dooku estaba vestido como un civil, con unos pantalones estrechos y una capa elegante.

El antiguo Jedi miró a la sala principal enorme de la fábrica.

—¿No hay Guardias del Senado?

—Están dentro del alcance de comunicador de necesitarles.

—Habría pensado que tú al menos querrías que viera tu nueva ofi-

cina —dijo Dooku, sacudiéndose gotitas de agua de sus hombros—. Entonces recordé lo que dijiste la última vez que hablamos, sobre que no nos vieran juntos en público.

Palpatine agitó la mano negligentemente.

—La oficina es temporal. Una más adecuada para el puesto ya está en los estadios de planificación.

Uno al lado del otro, empezaron a caminar a través de la habitación.

—Así que ya les has enganchado —dijo Dooku.

Palpatine fingió una mirada de inocencia.

—Para nada. El Comité de Apropiación se me aproximó con la idea de construir una cúpula cerca del Edificio del Senado que también servirá como instalación de atraque.

—Pareces estar muy complacido con la idea.

—De lo más complacido.

Dooku se detuvo para estudiarle.

—Tu auténtica naturaleza empieza a revelarse a sí misma, creo. —Cuando Palpatine no ofreció respuesta, añadió—: Enhorabuena, por cierto, por la derrota de la Federación de Comercio en Naboo. Una extraña serie de sucesos, ¿no estás de acuerdo?

Palpatine asintió y reasumió un paso mesurado.

—Todo el mundo involucrado, incluido yo, subestimó las habilidades de nuestra reina. Me dolió enterarme de que habían matado al Maestro Qui-Gon. —Se detuvo momentáneamente—. ¿Fue su muerte la que firmó tu decisión de dejar la Orden?

—Hasta cierto grado —dijo Dooku, frunciendo el ceño—. He descubierto recientemente que otra de mis Padawans, Komari Vosa, está viva.

—Espero que eso sea cierto consuelo —empezó a decir Palpatine.

—No lo es, ya que se dice que ella está liderando a los Bando Gora. —Dooku le miró—. Ella podría ser un peligro para la República, Canciller Supremo.

—Entonces gracias por tu advertencia. ¿Cómo reaccionó el Consejo a tu partida?

—No bien. Demandaron más explicaciones de lo que estaba dis-

puesto a proporcionar.

—¿Y el Maestro Sifo-Dyas?

Dooku frunció el ceño.

—Él sabía que mi marcha era simplemente una cuestión de tiempo. Aunque dijo algo que encontré bastante curioso. Dijo que si yo tenía algún designio para instigar la disensión, él estaría un paso por delante de mí.

Palpatine negó con la cabeza con confusión.

—¿Estás planeando instigar la disensión?

Dooku sonrió débilmente.

—Mi asunto de primer orden es reclamar mi título.

—Conde Dooku —dijo Palpatine, sopesando cómo sonaba—. De alguna manera te encaja más que Maestro Dooku.

—Estoy tentado de adoptar un nombre completamente nuevo.

—Un nuevo comienzo.

—Quizás debo hacer como has hecho tú.

—¿Como yo he hecho? —dijo Palpatine.

—Llamarme a mí mismo Dooku, como tú te cambiaste el nombre a Palpatine.

—Ya veo. Bien, ¿qué significado se transmite con un nombre, en cualquier caso? —De nuevo, hizo una pausa durante un largo momento—. Tengo entendido que Qui-Gon cayó bajo un sable láser.

La cabeza de Dooku se giró de golpe.

—El mismo Sith al que se enfrentó en Tatooine. El Consejo está esperando que Gunray pueda arrojar alguna luz sobre la cuestión una vez que el juicio esté en marcha.

—Yo no pondría mucha fe en eso. ¿Sabe algo el Consejo?

—Ni siquiera su nombre Sith —dijo Dooku—. Pero saben que hay otro.

—¿Cómo podrían saberlo?

—En teoría, cuando los Sith se ocultaron hace mil años, juraron que sólo habría dos de ellos en cualquier momento dado: un Maestro y un aprendiz, a través de las generaciones.

—¿Este que mató a Qui-Gon era el aprendiz o el Maestro?

Dooku le miró mientras caminaban.

—Cada unos de mis instintos me dice que era el aprendiz. Obi-Wan sospecha eso, también, basándose en el comportamiento del zabrak. El Consejo está siendo más circunspecto, pero naturalmente quieren que se encuentre al otro. —Guardó silencio y luego añadió—: El Sith se reveló deliberadamente en Tatooine y en Naboo. Más que revelar su alianza con la Federación de Comercio, lo hizo para enviar un mensaje a los Jedi. Eso equivale a una declaración de guerra.

Palpatine se detuvo junto a una ventana rota que dominaba a Los Talleres empapados por la lluvia.

—¿Cómo empieza uno incluso a saber dónde buscar a este otro Sith?

—No estoy seguro —dijo Dooku, llegando a su lado—. Varias crisis de la pasada década llevan la firma de una inteligencia más siniestra que la de aquellos que planearon y perpetraron los sucesos. Yinchorr, por ejemplo. Pero especialmente Eriadu y los asesinatos de los líderes de la Federación de Comercio. Claramente, ciertos seres han tratado con los Sith, quizás sin darse cuenta de ello, y muchos pueden estar tratando con el superviviente actualmente. Ahora que ya no soy un Jedi, puede haber un modo para mí de extraer información de los cárteles del crimen y otras organizaciones. Eventualmente le encontraré a él, o a ella, y con un poco de fortuna, lo haré antes de que lo hagan los Jedi.

—Para vengar la muerte del Maestro Qui-Gon —dijo Palpatine, asintiendo, y consciente de que Dooku le estaba mirando intensamente.

—La idea me preocupó durante un tiempo, pero ya no.

Palpatine giró la cabeza ligeramente.

—¿Entonces por qué buscar a este?

—Porque sospecho que Naboo sólo fue el principio, una especie de salva de apertura. El Sith quiere ver a la República derribada. Tanto como lo queremos tú y yo.

Palpatine no respondió durante un largo momento.

—Pero aliarse con un Sith…

—Para muchos, ellos son la encarnación de la maldad pura, pero el Consejo conoce la diferencia. Lo que separa a un Sith de un Jedi es el

modo en el que cada uno se aproxima a la Fuerza. La Orden Jedi ha colocado los límites en sí misma, pero los Sith nunca han rehuido incorporar el poder del lado oscuro para conseguir sus metas.

—¿Deseas aprender los secretos del lado oscuro?

—Confieso que sí.

Palpatine contuvo un impulso de revelar su auténtica identidad. Dooku era fuerte en la Fuerza y podría simplemente estar intentando hacerle hablar. Por otra parte…

—Algo me dice que este Sith oculto puede eventualmente encontrar su camino hasta ti —dijo al fin—. Y si ocurre y cuando él o ella lo haga, espero que la alianza que forjes nos ayude a restaurar el orden en la galaxia.

Sate Pestage acompañó a Obi-Wan Kenobi y su joven Padawan, Anakin Skywalker, a la oficina temporal de Palpatine en el Edificio del Senado. Ambos Jedi llevaban túnicas de colores claros, capas marrones y botas altas. Facsímiles uno del otro.

—Gracias a ambos por aceptar mi invitación —dijo Palpatine, saliendo de detrás de un escritorio amplio y pulido para darles la bienvenida—. Siéntense, por favor, los dos —añadió haciendo un gesto hacia las sillas que estaban frente al escritorio y la gran ventana tras él.

Anakin casi se había sentado cuando Obi-Wan le reprendió con una negación de cabeza.

—Gracias, Canciller Supremo —dijo el Jedi de barba corta—, pero nos quedaremos de pie. —Cruzó sus brazos delante de él y esperó a que Anakin se reuniera con él antes de decir—: Nos damos cuenta de que su tiempo es valioso.

Habiendo vuelto a su sillón, Palpatine sonrió receptivamente.

—No demasiado valioso para gastarlo con dos de las personas que salvaron la vida de mi reina y rescataron a mi planeta natal de las garras de la Federación de Comercio. —Mantuvo sus ojos fijos en Obi-Wan—. Siento la pérdida de Qui-Gon Jinn, Maestro Obi-Wan.

El Jedi asintió con gratitud.

—Sólo he sido nombrado Caballero Jedi recientemente, Canciller

Supremo —dijo entonces.

Palpatine adoptó una expresión de sorpresa.

—Y ya le han adjudicado a un aprendiz. Qui-Gon debe de haberle entrenado brillantemente.

De nuevo, Obi-Wan asintió.

—Fue un profesor inspirador.

Palpatine afirmó sus labios y negó con la cabeza.

—Tal desperdicio de vida… —Movió su mirada hacia Anakin—. No tuve la oportunidad en Naboo para darte las gracias, joven Skywalker. Tus acciones no fueron nada por debajo de extraordinario. Que la Fuerza te acompañe siempre igual de fuertemente.

—Gracias, señor —dijo Anakin con una voz tranquila.

Palpatine entrelazó los dedos de sus manos.

—Me han dicho que creciste en Tatooine. Estuve de visita allí, hace muchos años.

Los ojos de Anakin se estrecharon durante un momento muy breve.

—Crecí allí, señor, pero se supone que no debo hablar sobre eso.

Palpatine le vio levantar la mirada hacia Obi-Wan.

—¿Y por qué es eso?

—Mi madre…

—Anakin —le espetó Obi-Wan como reprimenda.

Palpatine se reclinó ligeramente, estudiándoles a los dos. Obi-Wan parecía haberse dado cuenta de la furia que brillaba en el chico, pero durante un instante Palpatine percibió un toque de su joven yo en Skywalker. La necesidad de desafiar la autoridad. El don para enmascarar sus emociones. El *poder* aun sin reconocer.

—Me disculpo si he provocado algo entre ustedes —dijo después de un momento.

Claramente incómodo, Obi-Wan se movió en su lugar.

—Los Jedi estamos entrenados para vivir en el momento, Canciller Supremo. Nuestro nacimiento tiene poco que ver con nuestras vidas en la Fuerza.

Palpatine arrugó su ceño.

—Es fácil para un bebé, estoy seguro, pero para un chico joven…

—Se interrumpió con un gesto negligente—. Bueno, ¿quién soy yo para emitir juicios sobre los dogmas de su Orden, cuando los Jedi han mantenido la paz en la República durante mil años.

Obi-Wan no dijo nada de un modo definitivo.

—Pero dime, Padawan Skywalker, ¿qué se siente al haberse convertido en un miembro de un grupo tan reverenciado?

—Es como un sueño hecho realidad, señor —dijo Anakin con genuina sinceridad.

—Un sueño hecho realidad… ¿Entonces has pensado mucho en la Orden Jedi y en la Fuerza?

Anakin asintió.

—Siempre he querido traer justicia…

—No te corresponde a ti decidir tu destino, Anakin —dijo Obi-Wan—. La Fuerza te guiará.

Palpatine sonrió para sus adentros. *Te guiará hasta mí, joven Skywalker*.

Dooku tenía talento y podría ser alguien poderoso que ocupara el puesto. Pero este chico de cara agradable, aparentemente inocente, este niño *poderoso en la Fuerza*, era el que él tomaría como su aprendiz y le utilizaría para ejecutar los estadios finales del Gran Plan. Dejaría que Obi-Wan le instruyera en los caminos de la Fuerza y dejaría que Skywalker creciera amargado durante la próxima década mientras su madre envejecía en la esclavitud, la galaxia se deterioraba a su alrededor y sus compañeros Jedi caían en conflictos inextricables. Era demasiado joven para ser entrenado en los caminos de los Sith, en cualquier caso, pero tenía la edad perfecta para formar un vínculo con una figura paterna que escucharía todos sus problemas y le engatusaría inexorablemente para que se pasara al lado oscuro.

—Como te dije en Naboo, Anakin —dijo finalmente—, continuaremos siguiendo tu carrera con gran interés.

¡Y me aseguraré de que culmina en la ruina de la Orden Jedi y la reascendencia de los Sith!